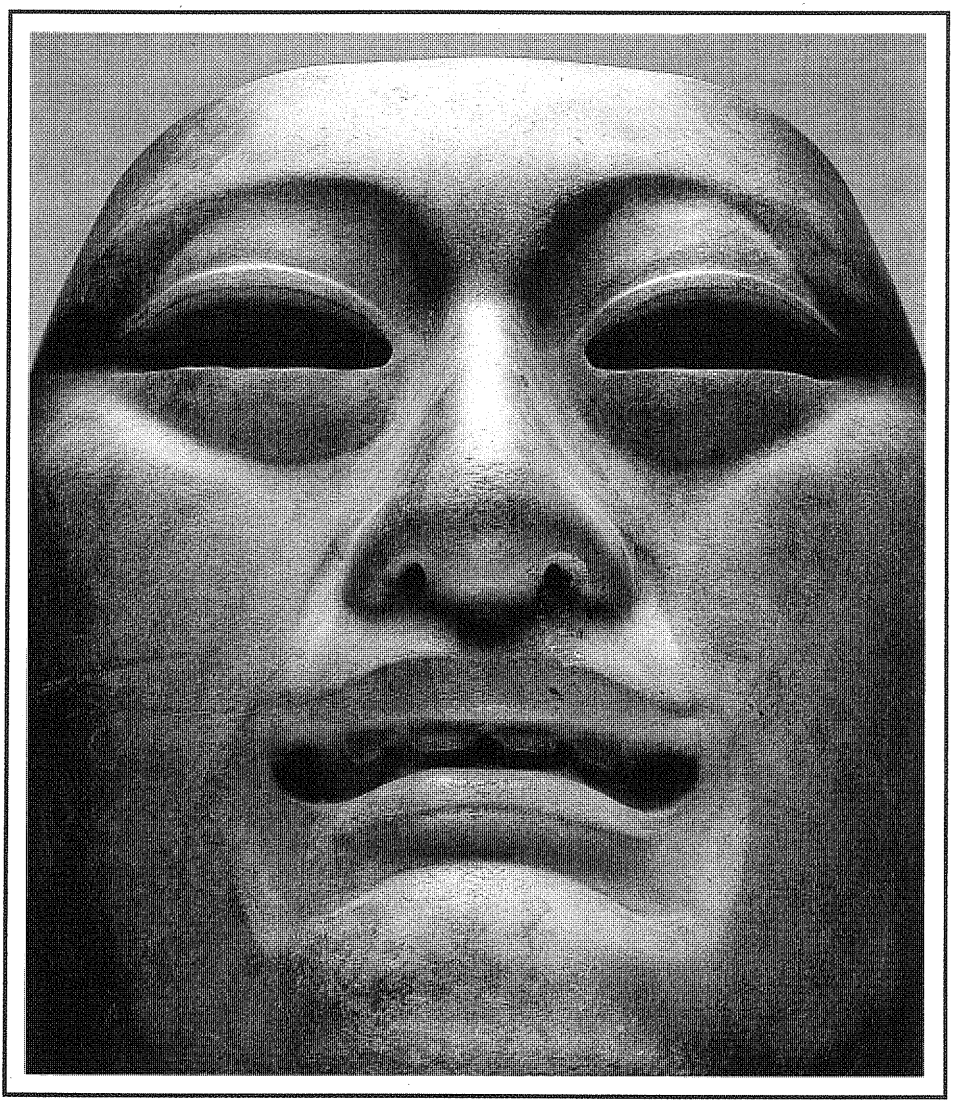
Alfredo López Austin
Leonardo López Luján

El pasado indígena



Fideicomiso Historia de las Américas
Serie Hacia una Nueva Historia de Méx

NUEVA EDICIÓN

Alfredo López Austin
Leonardo López Luján

El pasado indígena

La necesidad de comprender la compleja realidad mexicana hace indispensable remontar nuestra historia a las primeras sociedades que habitaron el territorio patrio. Por lo regular, al abordar el tema del periodo prehispánico, los libros generales de historia de México dan una enorme importancia a la mitad meridional del país y se explayan en el esplendor mesoamericano. Esto es comprensible en parte, dada la riqueza de información que existe sobre Mesoamérica, sobre todo si se compara con la que se refiere a las otras dos superáreas culturales surgidas en el territorio mexicano: Aridamérica y Oasisamérica. Y lo es también porque suele responder a la preferencia ideológica del pasado prestigioso, preferencia que no toma en cuenta el enorme interés científico que tienen, en el contexto de la historia universal, las sociedades que se desarrollan en medios adversos. Sin duda, la descripción insuficiente de las culturas del norte del país provoca una laguna histórica en el lector no especializado.

Esta obra es una visión global y unitaria del pasado indígena de México. Los autores han procurado proporcionar al lector una visión panorámica que se inicia hace más de treinta milenios, con los primeros recolectores-cazadores, y siguen la pista de las grandes transformaciones sociales hasta principios del siglo XVI. En la historia incluyen las tres superáreas culturales del período prehispánico. No sólo esto, sino que muestran los vínculos que existieron entre ellas, imprimiendo recíprocamente su sello en sus respectivos procesos históricos. Esto permite ver cómo

(pasa a la segunda solapa)

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS
Hacia una nueva historia de México

Coordinada por
ALICIA HERNÁNDEZ CHÁVEZ

El pasado indígena

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN
LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

EL PASADO INDÍGENA

EL COLEGIO DE MÉXICO
FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 1996
Segunda reimpresión, 1999
Segunda edición, 2001

D. R. © 2001, Fideicomiso Historia de las Américas
D. R. © 2001, El Colegio de México
Camino al Ajusco, 20; 10740 México, D. F.

D. R. © 2001, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.
www.fce.com.mx
Comentarios y sugerencias:
editor@fce.com.mx

ISBN 968-16-6434-5 (segunda edición)
ISBN 968-16-4890-0 (primera edición)

Impreso en México

PRESENTACIÓN

EL FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS nace de la idea y la convicción de que la mayor comprensión de nuestra historia nos permitirá pensarnos como una unidad plural de americanos y mexicanos, al mismo tiempo unidos y diferenciados. Éste es el origen de las series Para una historia de América y Hacia una nueva historia de México.

La serie Hacia una nueva historia de México tiene como propósito recoger las interpretaciones de nuevo cuño sobre nuestro pasado. Su finalidad última no es hacer una historia que simplemente describa lo que sucedió en el pasado, sino una historia con una concepción más amplia, que permita comprender el presente. De ahí que las obras que integren esta serie tendrán como característica la presentación de problemas estructurales de temas específicos que ilustren conceptos fundamentales de nuestra historia.

Esta empresa cultural del Fideicomiso Historia de las Américas es posible gracias a la promoción de El Colegio de México, el patrocinio del gobierno federal y la colaboración del Fondo de Cultura Económica.

ALICIA HERNÁNDEZ CHÁVEZ
Presidenta del Fideicomiso Historia de las América

A
MARTHA ROSARIO y LAURA

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Lineamientos generales

Cuando, a principios de 1994, Alicia Hernández Chávez, entonces directora del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, nos invitó a participar en este proyecto editorial, nos sentimos muy honrados, pues dicha institución ha forjado a lo largo de los años una tradición historiográfica de excelencia. Así lo demuestran, entre sus muchas obras publicadas, las colecciones antecedentes de historia general de México, que son de consulta indispensable para entendidos y profanos. Evidentemente, cada una de estas colecciones, incluida la presente, tiene una concepción muy propia. El plan de esta última nos atrajo especialmente porque propone un tratamiento global sobre un largo periodo histórico. Aceptamos con gusto, pues el proyecto era propicio para abandonar temporalmente nuestros reductos de especialistas, en busca de una visión panorámica del pasado precolonial de México.

En nuestras conversaciones previas quedamos enterados de los lineamientos de la colección y, en consecuencia, de nuestro futuro trabajo. A su carácter de visión unitaria debía agregarse concisión; la obra debía ser de reflexión, crítica y orientadora, más que prolija en datos; dirigida tanto a especialistas como a un público más amplio, y desprovista del aparato instrumental propio de los trabajos destinados a foros académicos; es decir, carecería de notas al pie de página, la bibliografía sería breve y los mapas y cuadros tendrían que reducirse al mínimo.

Aunque desde un principio acordamos con agrado tales pautas, debemos confesar que, ya en el proceso de la obra, su cumplimiento no fue tan sencillo. Uno de nuestros mayores problemas derivaba del objeto mismo de estudio. Se nos encargaba escribir una historia antigua de México, lo que nos obligó a referirnos no sólo a las sociedades indígenas que poblaron el espacio que hoy se encuentra comprendido dentro de sus fronteras políticas, sino al conjunto de pueblos de las tres superáreas culturales que se extendieron y rebasaron en mucho el territorio mencionado: Aridamérica, Oasisamérica y Mesoamérica. Si esto no constituyó un enorme motivo de debate, sí lo fue el título del libro,

pues teníamos que escribir sobre la historia de México en un periodo en que éste no existía como unidad cultural o política. No queríamos evadir el conflicto ni provocar un equívoco con un título inadecuado. Sorteamos el problema remitiéndonos tácitamente al nombre genérico de la colección, y explícita y específicamente al tema de nuestro volumen: *El pasado indígena*. Los límites temporales de más de 34 milenios de desarrollo serían la llegada de los primeros pobladores a este territorio y el fin de la vida autónoma de los indígenas.

En este volumen dimos a la historia prehispánica del norte de México un peso mayor al que recibe normalmente en los textos generales. Quisimos con esto evitar la apreciación errónea de que la importancia histórica de un pueblo es proporcional a sus logros culturales o a su nivel de organización sociopolítica. Sin embargo, tuvimos que ser realistas ante la desproporción de datos y, en esa medida, privilegiamos el estudio de las sociedades a las cuales es más fácil acceder a través de la información disponible. Por otra parte, nuestra visión unitaria del pasado indígena no resultó tan completa como hubiéramos deseado debido a que la realidad de las tres superáreas culturales nos indica la existencia de tres historias distintas. Si bien es cierto que hubo contactos permanentes, y en ocasiones muy intensos, entre Aridamérica, Oasisamérica y Mesoamérica, cada superárea mantuvo un alto nivel de autonomía con respecto a las demás. Procuramos, por tanto, buscar un sentido de continuidad histórica dentro de cada una de dichas superáreas, aunque en el caso de Aridamérica son pocas las posibilidades de entender el conjunto, tanto por la escasez de información sobre las sociedades de recolectores-cazadores como por su diversidad y lo limitado de sus interrelaciones.

En lo que toca a la concisión, aunque nos fue imposible ceñirnos a los límites sugeridos, nos queda la satisfacción de haber privilegiado nuestro propósito de no sacrificar la posibilidad de intelección del lector en aras de la brevedad. Buena parte de nuestras discusiones al diseñar cada uno de los capítulos giraron en torno a la elección de los temas que considerábamos imprescindibles, cuáles debíamos sintetizar al máximo y cuáles podían ser eliminados, a pesar de su importancia, en razón del limitado número de páginas de que disponíamos. Estamos conscientes de que muchos temas quedaron sin tratar o fueron drásticamente resumidos; pero consideramos que el tipo de obra elegido obliga a estas opciones.

Ya durante el proceso de elaboración fue necesario cambiar de criterio en cuanto a prescindir de fechas, nombres de sitios, fases o tipos cerámicos. Nos dimos cuenta de que la información escueta, sin los

mínimos parámetros temporales, espaciales y culturales, impediría al lector percatarse del sentido histórico de los acontecimientos. La historia indígena antigua es un encadenamiento de cuadros sucesivos y escenarios simultáneos, y la falta de ubicación puede dejar sumergido al lector en una masa amorfa de datos. En cuanto a mapas y cuadros, seguimos la indicación de sólo incluir los indispensables, y en ellos procuramos dar información simple, clara y escueta.

Al dirigirnos tanto a historiadores como a un público más amplio, pero culto e interesado por la historia, nos apartamos del estilo magistral que ofrece todo conocimiento digerido y consolidado como verdad absoluta. Por ello, el lector encontrará —y esperamos que no lo juzgue excesivo— un sabor hipotético que quisimos que fuese una proyección del mundo académico en perpetuo debate y transformación. En muchos de los capítulos encontrará enunciadas las polémicas vigentes y, si no los argumentos en pro y en contra —para los cuales no hay espacio—, al menos algunas de las soluciones más viables.

Indudablemente la tarea más difícil fue suprimir las referencias a los innumerables autores cuyos trabajos consultamos, sin quienes nuestra aproximación a la mayor parte de los temas hubiera sido imposible. El lector debe tomar en cuenta que ambos autores somos, como el resto de nuestros colegas, especialistas en parcelas reducidas del conocimiento sobre el pasado. De ahí que la construcción de una obra tan general tenga que estar cimentada en una multitud de investigaciones, opiniones y propuestas ajenas. Aquí no hemos podido mencionar sino a una cantidad reducida de investigadores, y estamos plenamente conscientes de nuestra injusticia. Sin embargo, a todos agradecemos su aportación, en el productivo ámbito del acuerdo y el desacuerdo científicos. La bibliografía, reducida también por necesidad, no refleja la inmensa literatura que se ha producido en las últimas décadas.

A este respecto, no resulta ocioso ubicar rápidamente nuestro libro en dicha producción. Pueden distinguirse dos clases de trabajos generales sobre el pasado indígena: los estudios globales de autoría única y las colecciones de monografías de autores diversos que proporcionan un cuadro completo sobre el tema. Ambas se complementan armónicamente. Los estudios monográficos dan cuenta del estado actual de las pesquisas de los especialistas sobre las temáticas particulares. En cambio, los globales pretenden encontrar un sentido histórico general a grandes periodos del pasado. Consideramos que la lectura alterna de ambas clases de obras es de gran utilidad para los interesados. Entre las colecciones de

monografías publicadas en las últimas décadas, destacan el *Handbook of Middle American Indians,* editado por Robert Wauchope; la *Historia de México,* dirigida por Miguel León-Portilla; la *Historia general de México,* preparada en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México —antecedente de la que el lector tiene en sus manos—; *México: panorama histórico y cultural,* coordinado por Ignacio Bernal; el *Handbook of North American Indians,* editado por William C. Sturtevant, y la *Historia antigua de México,* coordinada por Linda Manzanilla y Leonardo López Luján. En los estudios globales de autoría única se inscriben *Una visión del México prehispánico,* de Román Piña Chan; *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization,* de William T. Sanders y Barbara J. Price; *The Aztecs, Maya, and their Predecessors,* de Muriel Porter Weaver; *Mexico. From the Olmecs to the Aztecs,* de Michael D. Coe; *Prehistoric Mesoamerica,* de Richard E. W. Adams; "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", de Enrique Nalda; *Ancient Mesoamerica,* de Richard E. Blanton, Stephen A. Kowalewski, Gary Feinman y Jill Appel, y este libro que hoy ofrecemos a los lectores.

Por último, queremos pecar de inmodestia al señalar un mérito más de nuestra obra. En su integridad, es producto del diálogo entre un historiador y un arqueólogo. Hasta la última línea ha sido escrita por ambos autores, que confrontamos criterios distintos para llegar a su conjunción pasajera. Para cualquiera de nosotros hubiera sido mucho más sencillo escribir su parte, aislado en la tranquilidad de un gabinete, para después integrarla en una unidad. Sin embargo, optamos por el camino difícil y lento, aunque mucho más enriquecedor, lo cual ha sido para nosotros una aventura feliz y provechosa. Por ello esperamos que este trabajo sea de utilidad y regocijo para el lector.

Damos las gracias a William T. Sanders por su lectura minuciosa del texto y sus eruditas observaciones; a Laura Filloy por la detallada revisión del manuscrito; a Editorial Raíces —en particular a Mónica del Villar y Daniel Díaz— y a Lorenzo Ochoa por permitirnos publicar parte del material fotográfico que ilustra este libro, y a Alejandra García y Mario Enrique Figueroa por su labor editorial. Muy especialmente reconocemos a Alicia Hernández Chávez su confianza y el habernos proporcionado la oportunidad de vivir momentos que serán motivo de plática para nuestros hijos y nietos.

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN
LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

Tepoztlán y Princeton, septiembre de 1995

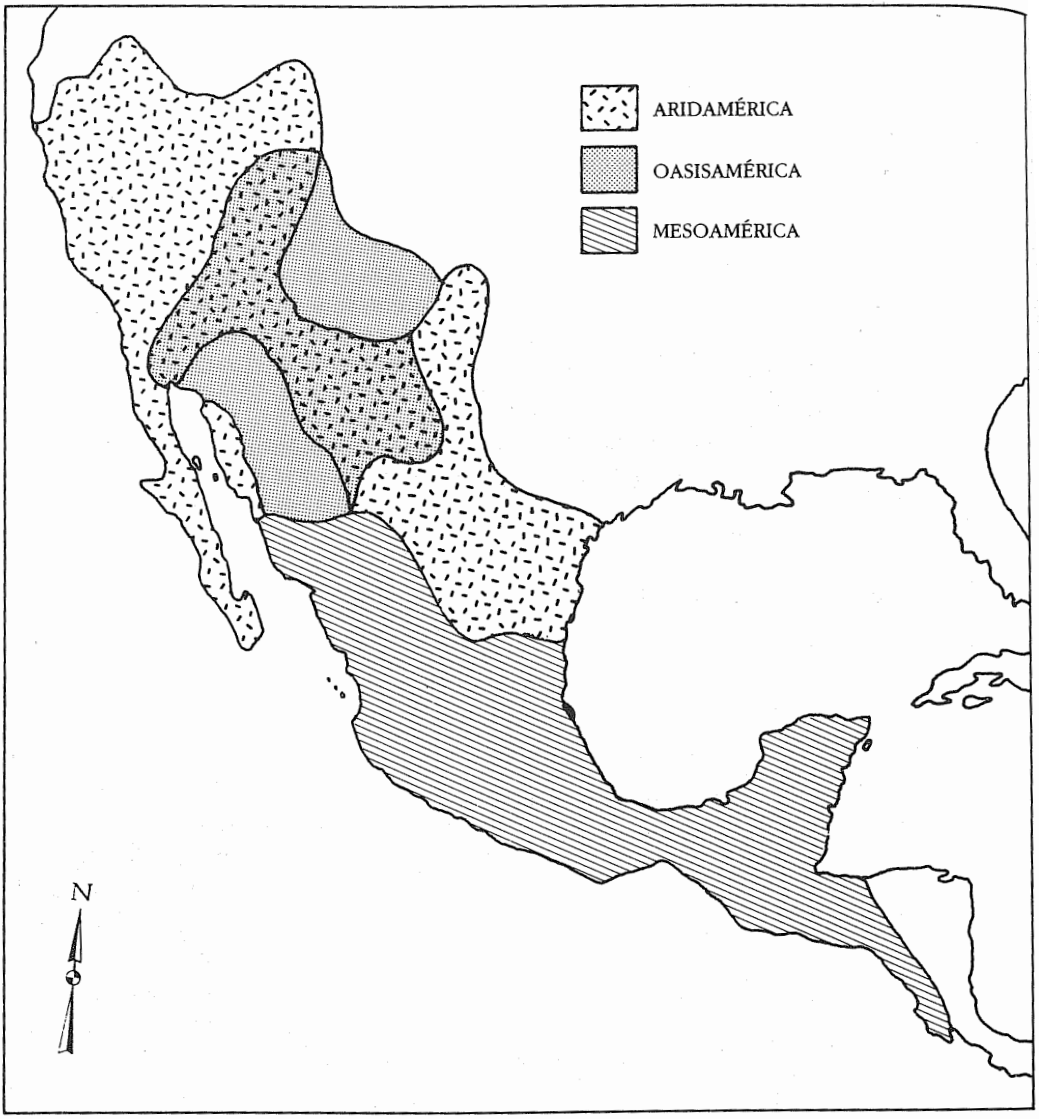
EL MÉXICO ANTIGUO

NUESTRO PRESENTE HISTÓRICO es como un flujo alimentado por diversas corrientes que, próximas, distantes o remotas, integran y dan cuenta de la compleja realidad que es el México actual. Cada una de las grandes etapas de este devenir pervive en nosotros; por más lejanas que parezcan, no dejan de proyectarnos su sombra.

La primera de dichas etapas, conocida como México antiguo, se define por su aislamiento continental. Tuvo una enorme duración: más de 34 000 años. Se inició con la llegada paulatina de bandas de recolectores-cazadores y concluyó, tras grandes transformaciones sociales, con la ocupación europea. El México antiguo nunca existió como unidad histórica. Sus límites se fijan artificialmente a partir de las fronteras políticas de nuestros días. No obstante, este concepto es útil porque el conjunto de sociedades que vivieron en el territorio que actualmente ocupa México es uno de los antecedentes de nuestro ser.

En la antigüedad hubo en dicho territorio tres superáreas culturales. Si bien es cierto que las sociedades que integraban cada una no constituyeron una unidad política, sí formaron dentro de ellas sendos entramados históricos. Las tres superáreas a las cuales nos referimos comprendían, *grosso modo,* Aridamérica al noreste y a la Península de Baja California; Oasisamérica al noroeste, y Mesoamérica a la mitad meridional de México. Debemos advertir que todas rebasaban el territorio mexicano: las dos primeras ocupaban buena parte de los Estados Unidos, mientras que la última se extendía a lo largo de Guatemala, Belize, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

Una superárea cultural supone la existencia de grupos humanos ligados por un conjunto complejo y heterogéneo de relaciones. A lo largo de los milenios, éstas se establecen entre sociedades que viven en áreas contiguas; el resultado son tradiciones e historia compartidas. Fundamentalmente, las relaciones se generan a partir de los intercambios constantes de bienes; de los desplazamientos transitorios o permanentes de grupos dentro de la superárea; de los intereses compartidos entre las elites que gobiernan las diferentes entidades políticas; del dominio de unas sociedades sobre otras; de las acciones bélicas,



MAPA 1. *México antiguo y sus tres superáreas culturales*

tanto de alianza como de conflicto, etc. Más que como un conjunto de elementos inmutables en el tiempo y en el espacio, las tradiciones que caracterizan una superárea cultural deben concebirse como una peculiar corriente de concepciones y prácticas en continua evolución multisecular y con notables particularidades regionales.

Las sociedades de una misma superárea cultural podían diferir en nivel de desarrollo. Lo importante fue que las relaciones se constituyeron en forma estructural y permanente. En cambio, las meras relaciones comerciales o las simples copias de estilos artísticos entre las tres superáreas no bastaron para integrar a sus pueblos en una misma tradición. Por ejemplo, el intercambio entre Oasisamérica y Mesoamérica, aunque intenso, no uniformó los fundamentos socioculturales de ambas superáreas.

I. LAS GRANDES DIVISIONES

La etapa Lítica

LA COEXISTENCIA DE LAS TRES SUPERÁREAS culturales es breve en el contexto de los milenios. Las diferencias entre ellas apenas comenzaron a gestarse hace 7000 años, con la domesticación del maíz. Antes de este hito de la historia continental, el territorio que hoy es México estaba ocupado por grupos humanos muy semejantes entre sí que vivían de la recolección, la caza y la pesca. De acuerdo con los últimos hallazgos arqueológicos, el hombre ya estaba presente en nuestro país hace 35 000 años. Esto significa que en 80% de nuestro pasado no se practicó el cultivo de las plantas.

Las primeras sociedades recolectoras-cazadoras

Lamentablemente, poco sabemos del prolongado periodo preagrícola. Los testimonios de aquella época son muy escasos. Nuestro desconocimiento se debe a la baja densidad demográfica y la dispersión de los grupos recolectores-cazadores, a la irremisible acción del tiempo sobre sus antiquísimos vestigios y, por si fuera poco, al limitado número de excavaciones hechas para su estudio. Además, la información con que contamos se reduce en buena medida al aspecto tecnológico de estas sociedades. De hecho, las fuentes principales del arqueólogo son los utensilios de piedra, en primer término; los hogares, los huesos de la fauna consumida y unos cuantos restos óseos humanos.

A partir de la naturaleza de los datos, José Luis Lorenzo llamó a este larguísimo periodo la Etapa Lítica y lo subdividió en dos horizontes: el Arqueolítico (33000-12000 aC) y el Cenolítico (12000-5000 aC). Hasta la fecha se conoce una decena de sitios pertenecientes al primer horizonte, entre los cuales destaca El Cedral, San Luis Potosí, que cuenta con las fechas radiocarbónicas más antiguas. Las sociedades del horizonte Arqueolítico ("lítica antigua"), al igual que sus antepasados provenientes de Asia, no poseían un equipo técnico especializado. Se limi-

taban a dar unos cuantos golpes con una piedra sobre rocas, guijarros o lascas para obtener bordes cortantes y ángulos agudos. El resultado eran instrumentos grandes, burdos, con una o dos caras trabajadas, que podían tener múltiples funciones: raspar, rayar, cortar, machacar y golpear. Parece incuestionable que también hayan usado objetos de fibras duras, piel, hueso y madera.

Todo el horizonte Arqueolítico queda comprendido en la parte final del Pleistoceno. El hombre de estos tiempos conoció un paisaje más húmedo y frío que el actual. La lluvias llegaban a zonas hoy día áridas; los lagos eran más profundos y extensos; numerosas corrientes de agua favorecían la proliferación de pastizales donde se alimentaban manadas de caballos, mastodontes, mamutes, camélidos y bisontes.

Según arqueólogos como José Luis Lorenzo y Lorena Mirambel, hacia el 12000 aC tuvieron lugar innovaciones en la tecnología de la piedra lo suficientemente importantes como para poder establecer un nuevo horizonte: el Cenolítico ("lítica nueva"). A la técnica arqueolítica de golpe de piedra contra piedra, se sumaron la percusión con objetos blandos de madera o hueso; el impacto sobre un utensilio intermedio entre el percutor y la pieza, y la presión con punzones para desprender pequeñas lascas. Con estas técnicas se obtenían artefactos más finos y regulares destinados a funciones específicas. Entre los nuevos instrumentos destacan las puntas de proyectil, los cuchillos, las navajas y los raspadores. El predominio de las puntas de proyectil durante este horizonte ha hecho suponer a los especialistas que el hombre dedicaba mucho tiempo a la cacería de presas de todos tamaños, aunque no más que a la recolección.

El Cenolítico se ha dividido en dos fases: la Inferior (12000-7000 aC) y la Superior (7000-5000 aC). Se han descubierto vestigios de la primera fase en más de 40 localidades de la República Mexicana. La mayor parte de dichos materiales no han sido hallados en excavaciones, sino en la superficie del terreno. Los artefactos típicos del Cenolítico Inferior son las puntas de proyectil en forma de hoja, trabajadas por ambas caras y con acanaladuras para facilitar el enmangado. Las puntas tipo Clovis, con una longitud de cuatro a 12 cm, son las más comunes. Su peso y su tamaño permiten suponer que servían como cabezas de dardos arrojados con propulsores. Cabe advertir que el arco y la flecha fueron inventos mucho más tardíos y no tan generalizados como el propulsor.

El paso del Pleistoceno al Holoceno marca la separación entre las

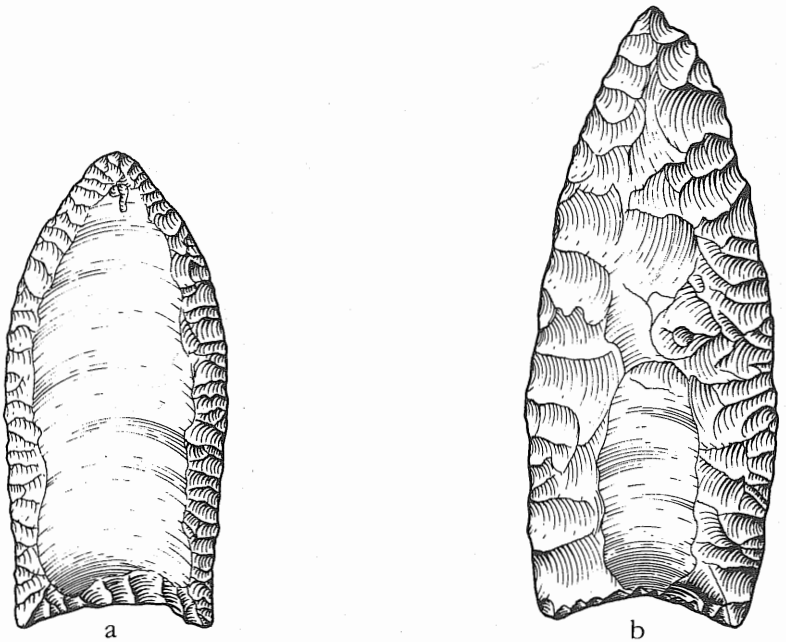


FIGURA I.1. *Puntas de proyectil de la etapa Lítica (Cenolítico Inferior): a) punta tipo Folsom; b) punta tipo Clovis (dibujo de Fernando Carrizosa Montfort)*

dos fases del Cenolítico, debido a que la transformación del clima, la flora y la fauna repercutió en las formas de vida de los recolectores-cazadores. El fin del Pleistoceno estuvo marcado por la aridez creciente que hizo desaparecer numerosos bosques, extensos pastizales y buena parte de la fauna mayor. Corresponden al Cenolítico Superior la mayor parte de los sitios de la Etapa Lítica, incluidos los concheros, asentamientos permanentes de poblaciones costeras que se dedicaban a la recolección y consumo de mariscos.

Las sociedades del Cenolítico Superior produjeron instrumentos mucho más finos y diversos que los de la fase anterior. Por ejemplo, los bordes de las puntas de proyectil fueron retocados delicadamente con punzones blandos para obtener filos más agudos. Los tipos acanalados desaparecieron casi por completo. Entre las nuevas formas destacan las puntas foliáceas del tipo Lerma y las que tienen en su base pedúnculos o aletas que permiten un enmangado más eficaz. También aparecieron en esta época instrumentos pulidos, tales como hachas y piedras

de molienda. Éstas permiten deducir el incremento en el consumo de semillas.

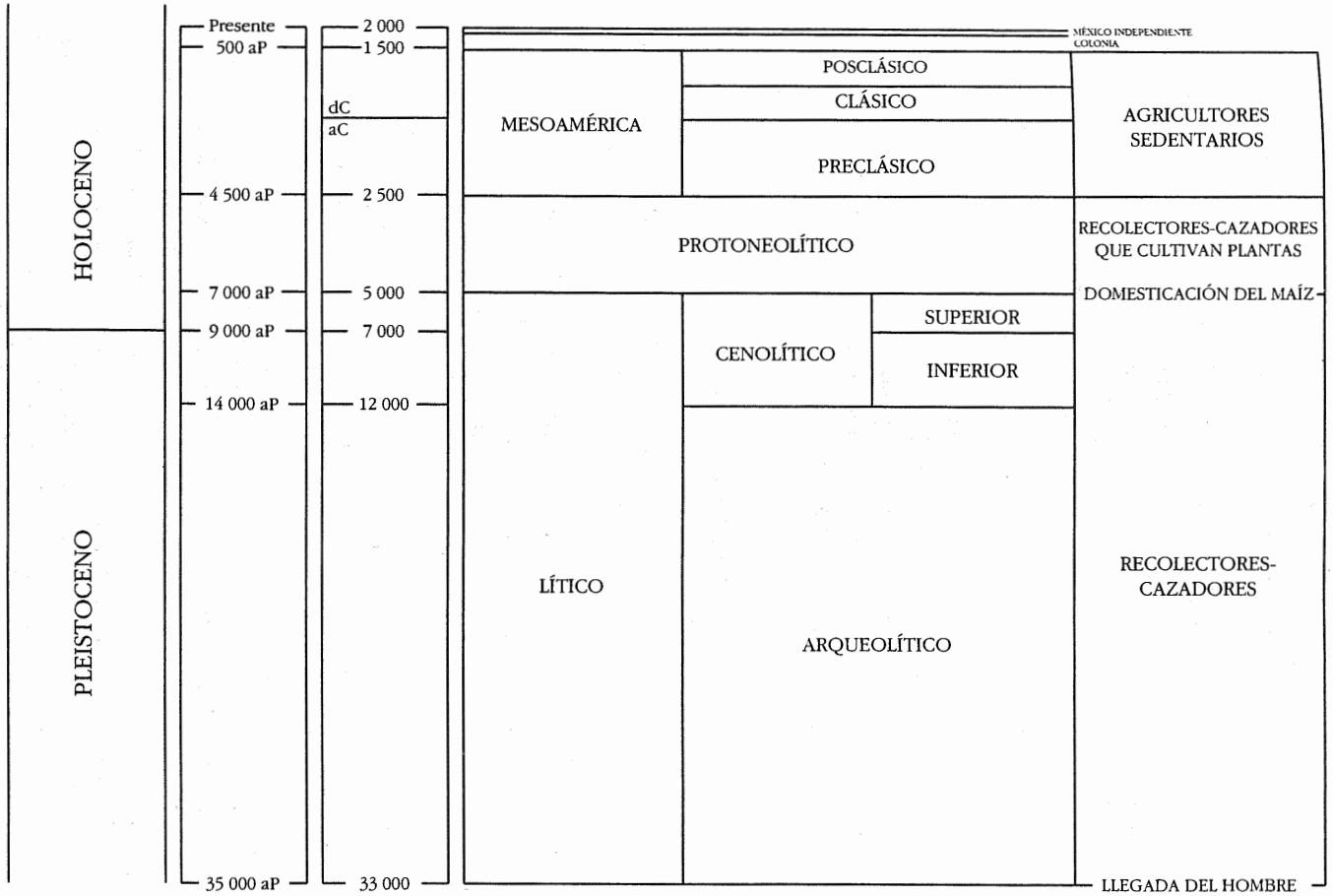
Ante la crudeza de los datos escuetamente expuestos, cabe preguntarse qué se sabe de la vida de los recolectores-cazadores de la Etapa Lítica. Es preciso reconocer que el tipo de información arqueológica referente a esta época no nos permite reconstruir aspectos fundamentales de estas sociedades. Pocos son los proyectos, como el emprendido por Richard S. MacNeish en el Valle de Tehuacán, que han intentado profundizar en el estudio de los movimientos estacionales de estos grupos y en el aprovechamiento de diversos ecosistemas. Por tal razón, algunos investigadores recurren a la analogía etnográfica. Deducen las formas de existencia del pasado remoto a partir de las similitudes de la cultura material de la Etapa Lítica con la de los pueblos recolectores-cazadores que vivieron en diversas partes del mundo hace menos de un siglo. Quienes hacen estas proyecciones hipotéticas reconocen los riesgos de las comparaciones automáticas y excesivas; pero, con la prudencia necesaria, las proyecciones pueden ofrecer un cuadro mucho más rico.

Por esta vía podemos suponer que entre 33000 y 5000 aC los hombres se agrupaban en bandas que raras veces rebasaban 100 miembros. Las relaciones internas descansaban en el parentesco y el reconocimiento de un antepasado común. Las bandas integraban sistemas de alianza de hasta 1 000 individuos que se reunían en los periodos estacionales de abundancia o en situaciones de conflicto con otros grupos. Las reuniones estacionales tenían entre sus motivos el intercambio de mujeres, ya que las bandas, por su escaso número de componentes, no aseguraban la proporción equilibrada entre ambos sexos para la formación de parejas. En esta forma se ampliaban los lazos del parentesco.

Al parecer, estas sociedades eran igualitarias, aunque existía diferenciación por sexo y edad, principalmente en lo que toca a las actividades productivas. Así, los varones realizaban esporádicas aunque intensas actividades de cacería, mientras que las mujeres se ocupaban en forma más constante y sosegada de las faenas de recolección. Ancianos y niños desempeñaban, por su parte, tareas auxiliares.

Los traslados del grupo no se daban al azar, sino en los circuitos preestablecidos. La existencia giraba en torno a patrones de trashumancia, en los cuales el grupo se desplazaba de acuerdo con las estaciones a fin de aprovechar los recursos naturales en los momentos y lugares

CUADRO I.1. *Los tiempos de la historia (la etapa Lítica y el Protoneolítico según José Luis Lorenzo)*



¿Qué fue entonces lo que motivó el tránsito gradual a la agricultura? Aún no lo sabemos. Múltiples teorías tratan de dar respuesta a esta pregunta, privilegiando unas los motores de índole social; otras, las causas ambientales, y otras más, los cambios genéticos de las plantas. Dentro del primer tipo de respuestas se acentúa el papel causal del incremento demográfico constante. La población habría llegado a un punto en que las actividades de apropiación no eran suficientes para su subsistencia, por lo que tendría que adoptarse la agricultura; pero ni en Oaxaca ni en Tehuacán hay indicios de un incremento demográfico sustancial.

La mayor información con que contamos acerca del Protoneolítico procede de cuatro regiones con larguísimas secuencias de ocupación: el Valle de Tehuacán, en Puebla; la Sierra de Tamaulipas y la Sierra Madre del suroeste de Tamaulipas (ambas áreas estudiadas por MacNeish); el Valle de Oaxaca (investigado por Flannery y Marcus), y el sur de la Cuenca de México (explorado por Niederberger en Zohapilco). Las investigaciones proporcionan un cuadro de desarrollo bastante completo. Durante los 2 500 años de dicho horizonte se observa el paulatino aumento de la población, señalado por el número y la importancia de los asentamientos en una misma región. Conforme pasa el tiempo se alargan los periodos en los cuales las bandas se reúnen en un solo lugar para formar macrobandas. A lo largo del Protoneolítico siguen habitándose campamentos, abrigos y cuevas; pero, para el año 3000 aC, existe en el Valle de Tehuacán una pequeña casa semisubterránea de planta ovalada.

En el proceso hacia el sedentarismo va aumentando la importancia de las plantas domesticadas respecto a las silvestres. En un principio tienen lugar cambios genéticos en la flora, posiblemente relacionados con conductas selectivas del hombre. Tiempo después, y a un ritmo muy lento, se acrecentará el número de vegetales domésticos. Hubo un proceso paralelo con los animales, aunque a una escala mucho menor, limitada al perro, guajolote, perico, guacamaya y abeja.

Tal como lo señala Emily McClung de Tapia, los restos botánicos que documentan la transición son escasos y fueron descubiertos en unas cuantas áreas del territorio mexicano. En su mayoría se trata de materiales conservados en cavernas secas o gracias a que sufrieron un proceso de carbonización en el subsuelo. Las especies encontradas permiten suponer que no existió un foco único de domesticación, sino procesos regionales independientes: los cultígenos más antiguos de

cada una de las cuatro regiones mencionadas son distintos. Es posible que posteriormente se enriqueciera por difusión la variedad de los cultivos en todo el territorio.

Los restos descubiertos en México permiten afirmar que el guaje y la calabaza son dos de los cultígenos más antiguos del Nuevo Mundo, puesto que hacen su aparición a finales del Cenolítico. Les seguirán en el tiempo diversas especies de frijol, maíz, maguey, nopal, coyol, yuca, tomate, aguacate, amaranto, chile, zapote negro, zapote blanco, ciruela y algodón. En lo que toca al maíz, el principal cultivo de nuestra historia, se ha estimado su domesticación entre 5000 y 4000 aC. Nuevos fechamientos de los restos de maíz de las fases Coxcatlán y Abejas de Tehuacán los sitúan en el 3000 aC. Sin embargo, los especialistas consideran que esta discrepancia se debe a que el maíz se introdujo ya domesticado a Tehuacán en fechas tardías o que las muestras usadas para los nuevos fechamientos se contaminaron en el laboratorio.

Durante décadas se ha discutido acerca del antecedente silvestre del maíz. En la actualidad destaca por su gran solidez la hipótesis que afirma que fue el teocintle *(Zea mexicana)* la planta que generó, por mutación, el maíz doméstico *(Zea mays)*. En cuanto a la cuna de esta transformación se propone buena parte de las tierras altas semiáridas y semitropicales desde Chihuahua hasta Guatemala. Las semejanzas del maíz con una de las razas del teocintle, la conocida como Chalco, llevan a pensar, hasta ahora, que la cuna fue el centro de México.

La transformación de la vida durante el Protoneolítico se observa también en la industria de la piedra. Las piezas se van haciendo más pequeñas y funcionales gracias al retoque refinado y al pulimento. En contextos de esta antigüedad se han recuperado cuentas de collares, pipas, hachas y azuelas de piedra que fueron cuidadosamente pulidas. Al igual que en épocas anteriores, se emplearon fibras vegetales en la manufactura de cordeles, cestos, redes y telas.

Cierra este horizonte un hecho histórico trascendental: la invención de la cerámica.

Aridamérica

En las regiones septentrionales, donde la aridez no permitió la transformación protoneolítica hacia la agricultura, los recolectores-cazadores continuaron su antigua forma de vida durante milenios. Con la separación en 2500 aC de las sociedades nómadas y las agrícolas se-

dentarias se marca convencionalmente el nacimiento de Aridamérica y Mesoamérica. Dos mil años después, el vasto territorio aridamericano se verá disminuido probablemente por las avanzadas de los agricultores que penetran desde el sur a los actuales territorios de Chihuahua, Sonora, Nuevo México y Arizona. Surgirá así en el corazón mismo de Aridamérica una nueva superárea cultural: Oasisamérica.

Los contactos entre agricultores y recolectores-cazadores de las tres superáreas fueron intensos, ya pacíficos, ya antagónicos. Con frecuencia se produjeron relaciones de complementariedad entre ambos tipos de economía. Esto creó amplias y difusas franjas fronterizas en las que convivieron grupos de diferente organización social y en las que se generaron comunidades mixtas en economía y cultura. Las fronteras, además, variaron a lo largo del tiempo debido fundamentalmente a cambios en los regímenes pluviométricos. *Grosso modo,* los avances y los retrocesos de los agricultores estuvieron determinados por las fluctuaciones de los límites de las zonas climáticas BShw (seco estepario cálido, con lluvias en verano) y Cw (templado húmedo con lluvias en verano).

La colonización europea afectaría seriamente a los aridamericanos. El proceso expansivo iniciado en el siglo XVI significó la imposición del sedentarismo a algunos grupos nómadas; el acoso, que llevó a otros a regiones inhóspitas de refugio; el hostigamiento militar y el exterminio. Los gobiernos de México y los Estados Unidos continuarían con estas prácticas genocidas declarando una guerra abierta a los recolectores-cazadores. A pesar de ello, a principios de este siglo el nomadismo no había desaparecido por completo en nuestro país.

Paul Kirchhoff precisó el concepto de Aridamérica en 1954. Consideró entonces que esta superárea cultural se caracterizaba por la existencia de sociedades que vivían principalmente en regiones áridas y semiáridas, y que tenían una economía en la que predominaba la recolección de vegetales sobre la cacería. Incluyó también dentro de dicha superárea a pescadores y a recolectores que cultivaban de manera incipiente. Con base en estos criterios económicos, distinguía a los aridamericanos de otras sociedades nómadas del norte de América, por ejemplo, los cazadores avanzados de las praderas, cuyo recurso principal era el bisonte. Kirchhoff estimó que en Aridamérica podían distinguirse nueve áreas: Centro de California, Sur de California, Gran Cuenca, Noroeste de Arizona, Apachería, Baja California, Costa de Sonora y Sinaloa, Norte de México y Sur de Texas.

Debemos aclarar, sin embargo, que la caracterización de Aridamérica es problemática. Esto se debe a que las sociedades recolectoras de las zonas áridas y semiáridas, a pesar de contar con formas económicas semejantes, poseían tradiciones culturales muy variadas. En comparación con los pueblos mesoamericanos, no mantuvieron contactos tan intensos y permanentes entre sí, suficientes para forjar una sólida tradición común. Por si esto fuera poco, son muy escasos nuestros conocimientos acerca de buena parte de estos grupos. Tal es el caso de los coahuiltecos, los tobosos, los mansos, etc. A partir de los estudios de Kirchhoff no ha existido el debate científico que amerita el modelo de superárea cultural aridamericana. Son prácticamente inexistentes los trabajos que lo critiquen, lo enriquezcan o lo modifiquen. Esto significa que, en tanto no se profundice en el tema, el modelo debe emplearse con precaución.

El territorio de Aridamérica es un mosaico geográfico. Pese a que la aridez es su rasgo dominante, los paisajes de esta superárea comprenden montañas, mesetas, estepas, desiertos y costas. En términos generales, la vegetación oscila entre los pastos bajos, las xerófitas, las cactáceas y las coníferas. La variedad y riqueza de recursos cambia diametralmente de región en región. Por ejemplo, en ciertas zonas de California los espesos bosques de encinas proveían al hombre de bellotas. En contraste, y según lo registraron documentos antiguos, en épocas de penuria, los habitantes de los desiertos de Coahuila se veían obligados a comer tierra, madera y excremento de venado para engañar el hambre.

Aridamérica colindaba con sociedades pertenecientes a seis diferentes superáreas culturales: en el sur con las civilizaciones mesoamericanas; en el oriente, en una pequeña franja, con los pueblos del Sureste de los Estados Unidos y, en un larguísimo corredor, con los cazadores de las Praderas; en el septentrión con los pueblos de la Altiplanicie y con los pescadores de la Costa Noroeste, y en su porción central con los cultivadores oasisamericanos. Sus costas eran muy extensas en el Océano Pacífico y en el Golfo de California; en cambio era reducido su litoral en el Golfo de México.

Ya nos hemos referido a la escasez de información acerca de los pueblos aridamericanos. Las fuentes para su estudio son, principalmente, la arqueología, los documentos descriptivos de la Colonia y los estudios etnográficos modernos. En lo que toca a la arqueología, no se han llevado a cabo suficientes excavaciones sistemáticas y sus re-

sultados no siempre han visto la luz. Esta situación es particularmente grave en México, pues se ha privilegiado el estudio de las altas culturas de Mesoamérica en menoscabo de los grupos menos desarrollados del norte.

Por lo que toca a los registros históricos sobre los aridamericanos, su imprecisión contrasta notablemente con los documentos referentes a Mesoamérica. Existió una enorme incomprensión entre los europeos y los indígenas. Esto se debió a que casi todos los pueblos nómadas fueron renuentes a la dominación colonial que los forzaba al sedentarismo. Con frecuencia los contactos se limitaron a enfrentamientos bélicos. Cuando los occidentales reducían a los indígenas a las misiones, los presidios o las minas, poco podían conocer de su anterior existencia nómada. Los evangelizadores, de quienes nos llega la mayor parte de la información, estaban cargados de prejuicios sobre aquellos hombres que no cultivaban la tierra, no tenían asentamientos permanentes y poseían muy limitados bienes materiales. Las descripciones etnográficas son, por lo regular, superficiales, generalizantes y poco precisas. Bajo los términos "salvaje" o "bárbaro" designaban sociedades diferentes en economía y formas de organización. El desprecio a los recolectores-cazadores era mayor en los aspectos religiosos y morales. No es de extrañar que las descripciones estén repletas de noticias que acentúan la inferioridad de los indígenas o que se limiten a listas de nombres de grupos cuya identificación es muy difícil en nuestros días. En resumen, nuestros conocimientos de Aridamérica a través de las fuentes documentales no cubren de manera sistemática y uniforme todo el territorio.

Gracias a la arqueología podemos obtener secuencias culturales posteriores al Cenolítico Superior en no pocas regiones de Aridamérica. A manera de ilustración mencionaremos a continuación secuencias de las áreas del Norte de México, Baja California y la Gran Cuenca.

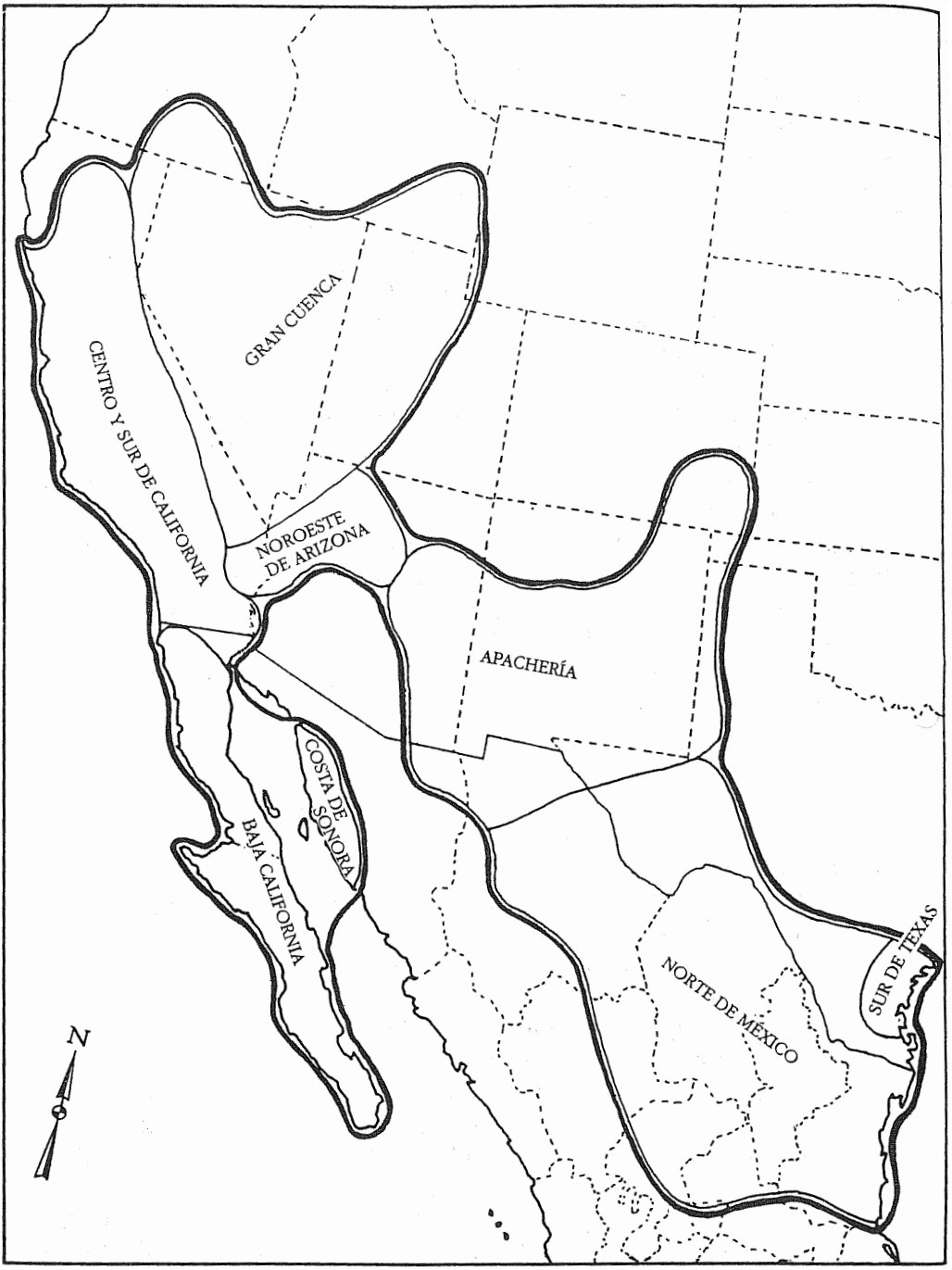
Los antiguos habitantes del Norte de México pertenecieron a la denominada Tradición del Desierto, caracterizada por una permanencia cultural de nueve milenios, en los que no parece que hayan existido cambios demasiado significativos. Las principales concentraciones humanas de dicha tradición se encontraban en las vertientes internas de la Sierra Madre Occidental, bien irrigadas y con relativa abundacia vegetal. Los traslados se hacían de los campamentos del somonte a las cuevas y abrigos de las tierras altas, en busca de los recursos estacionales. Otros grupos, en cambio, permanecieron en zonas semidesérti-

cas del altiplano, donde la situación era más difícil. Una parte sobresaliente de la alimentación de los hombres del desierto provenía de los agaves, los nopales, el mezquite, el pino y el abeto, a los que se sumaban otros muchos vegetales que proveían de frutos, bayas, raíces y semillas. La explotación era posible gracias a las hachas de mano, metates de laja y martillos de piedra con los cuales los hombres del desierto cortaban, trituraban y obtenían las duras fibras vegetales necesarias para la producción de sandalias, redes para pesca y carga, bolsas y mecapales. Los guajes eran ya en esa época un importante recurso para el transporte del agua. En cuanto a los instrumentos de caza, los hallazgos más importantes son los de las zonas altas de la Sierra Madre. A juzgar por la escasez de puntas líticas de proyectil, es de suponer que era frecuente el uso de varas con puntas agudas endurecidas por el fuego. Se han encontrado dos tipos de propulsor de dardos. Por otra parte, puede pensarse que para la captura de las presas se usaban el bastón largo para hurgar en las madrigueras de los roedores, la maza y la trampa. Un invento cambió fundamentalmente las técnicas de caza y aumentó los recursos del hombre: hacia el año 2000 aC se utilizaban ya el arco y la flecha.

Las excavaciones arqueológicas en Coahuila han permitido dividir la historia arcaica de la región en tres complejos, cuyas fechas es sumamente difícil precisar. El primero, denominado Complejo Ciénegas, queda fuera del periodo estudiado, pues comprende de 8000 a 5000 aC. El segundo es el Complejo Coahuila, que va de 7500 aC a 200 dC. En este tiempo se produjeron considerables trastornos climáticos de desecación. Los cambios debieron de obligar a los hombres del desierto a responder con prácticas específicas: se ha supuesto un aumento en el radio del nomadismo y una mayor explotación de las plantas productoras de fibras largas. Los asentamientos cambian a las bocas de los cañones y a los sitios próximos de las planicies aluviales. Los complejos Jora y Mayrán (200-1500 dC) difieren del anterior en algunas particularidades de los artefactos; pero hay una continuidad en sus funciones.

Los estudios arqueológicos en Baja California permiten dividir la península en tres zonas culturales. La septentrional estuvo vinculada con el suroeste de Arizona y la cuenca baja del Río Colorado. Hacia 800 dC los cucapás adoptaron la economía agrícola y produjeron cerámica.

La zona central, la más extensa de la Baja California, corresponde al Complejo Comondú. Abarca el desierto central y las sierras de San Francisco y de la Giganta. Los contrastes bióticos fueron sumamente favo-



MAPA I.1. *Aridamérica y sus áreas culturales*

rables para recolectores, cazadores y pescadores. El consumo de frutos y semillas duras dejó como testimonios metates y ganchos de madera para la colecta de pitahayas. Se encontraron asimismo objetos de fibras duras, principalmente cestería y sandalias; pipas tubulares de piedra y tablas con dibujos que, por analogía, se les atribuye un uso ritual. El rasgo más distintivo de los pueblos de la zona central son los petrograbados y las pinturas rupestres. En la Sierra de San Francisco han sido reportados hasta la fecha más de 250 sitios de este tipo. Los petrograbados son, en su mayoría, geométricos, aunque los hay naturalistas, en forma de animales (venados, liebres, lagartijas, etc.) o de hombres, ya el cuerpo completo, ya pies o manos. En cambio, en las pinturas dominan las figuras naturalistas, tanto humanas como de borregos cimarrones, pumas, mantarrayas, ballenas, leones marinos y otros animales. Es interesante observar que estas últimas representaciones son dinámicas, mientras que las antropomorfas son estáticas. Los seres humanos están divididos longitudinalmente en una mitad roja y otra negra, lo que posiblemente se refiera a concepciones duales relacionadas con el cuerpo humano. Las investigaciones del equipo dirigido por María de la Luz Gutiérrez en Cueva Pintada, Baja California Sur, han obtenido fechas de radiocarbono que van de 2350 aC a 1480 dC, lo que puede dar una idea de la asombrosa dimensión temporal de estas prácticas pictóricas.

La tercera zona cultural bajacaliforniana se localiza en el extremo sur. Recibe el nombre de Cultura de las Palmas. Como la anterior, posee gran diversidad ecológica (serranías, planicies y playas) y abundan en ella los petroglifos. Han aparecido durante las excavaciones lanzadardos de madera, recipientes de corteza de palma y espátulas de hueso.

La historia precolombina de la Gran Cuenca se divide, según Jesse D. Jennings, en cinco grandes periodos, dos de los cuales pertenecen a la época que aquí estudiamos: el Arcaico Medio (2000 aC-500 dC) y el Arcaico Tardío (500-1700 dC). En términos generales, durante estos 3 700 años poblaron la zona recolectores nómadas que se alimentaban de semillas de gramíneas, tubérculos, nueces, frutas, así como de la fauna mayor y menor de la región. Se trata de pueblos que carecieron de animales domésticos, de asentamientos permanentes y de horticultura. No obstante, a partir de 400 dC, en la mitad oriental y el suroeste de la Gran Cuenca, que tiene como centro el actual estado de Utah, los recolectores modificaron su economía hacia una agricultura más o menos sedentaria. Así surgió la Cultura Fremont. Es casi seguro que dicho

cambio fuera inducido por los anasazis de Oasisamérica, si bien la Cultura Fremont nunca alcanzó la complejidad de sus vecinos del sur debido a la falta de recursos del área. Esta cultura concluyó hacia 1300 dC tal vez por una transformación climática, y en toda la región hubo un retorno a las formas de subsistencia típicamente aridamericanas.

La información más rica sobre las sociedades de Aridamérica data del momento de contacto con los europeos y procede, pese a sus deficiencias, de las descripciones documentales. Para simplificar la exposición, seguiremos a grandes rasgos la división en áreas propuesta por Kirchhoff.

Las áreas del Centro y del Sur de California

Las áreas del Centro y del Sur de California fueron escenarios excepcionales por la riqueza de los recursos naturales. En este dilatado territorio habitaron sociedades de muy distintos orígenes, que hablaban cerca de cien lenguas diferentes. La densidad de población fue alta en comparación con la de las demás áreas aridamericanas. Cada grupo ocupaba un territorio específico en el que desarrollaba una actividad particular. Esto permitió una convivencia pacífica basada en un comercio intenso en el que discos pequeños de concha y las columelas recortadas de los caracoles fungían como bienes de cambio. Entre los yuroks y los hupas la posición social dependía de la riqueza acumulada por cada individuo. Existió la estratificación social y se conoció la esclavitud.

Los californianos del centro y el sur fueron prósperos no por el cultivo, sino por su magnífica adaptación al medio. La bellota constituyó su principal recurso alimenticio. Para su aprovechamiento y, sobre todo, para eliminar el ácido tánico que contiene en alta proporción, era necesario un proceso que incluía la molienda, el lavado, el secado y la torrefacción. Con la harina de la bellota elaboraban gachas y panes. Además, producían miel a partir de la savia del pino sacarino. En las costas del Pacífico capturaban abundantes peces y mamíferos marinos. Incursionaban en altamar en botes de madera, muy diferentes éstos a las balsas de tule que utilizaban en lagos y ríos. Durante los inviernos, los californianos suspendían sus desplazamientos para establecerse en verdaderas aldeas compuestas por chozas de materiales perecederos. De tres a 30 aldeas constituían lo que los especialistas han denominado un *tribelet,* unidad social que usufructuaba un mismo territorio bajo el débil gobierno de un jefe.

La cestería da un sello característico a estas sociedades. Se afirma que ningún pueblo ha alcanzado la maestría de los californianos en la fabricación de canastas. Los pomos descuellan por sus finísimas creaciones, principalmente en las piezas de delgadas fibras adornadas con cuentas y plumas de colibríes, pájaros carpinteros y otras aves. En materia religiosa, los antiguos habitantes del centro y el sur de California, al igual que algunos de sus vecinos, buscaban el contacto individual con sus divinidades por medio de las visiones. Éstas, con frecuencia, eran provocadas por la ingestión del toloache *(Datura stramonium)*. La mitología era compleja y en ella destaca la figura del coyote, astuto personaje que causa los males y las imperfecciones del mundo. Dentro de estas ricas concepciones del cosmos, se encuentra la creencia de los gabrielinos de la posibilidad de supervivencia de los hombres de moral recta, que tras la muerte ocupaban su lugar en el cielo en forma de estrellas.

El área de la Gran Cuenca

Al este del rico suelo californiano, más allá de la Sierra Nevada, se extiende el área conocida como la Gran Cuenca, contrastante por su escasez de recursos. Es un territorio árido, impropio para el cultivo. Sus pobladores —utes, paiutes, shoshones, entre otros— vivían diseminados en una inacabable sucesión de montañas y valles. La pobreza de una vegetación de hierbas, arbustos y árboles de climas extremosos y secos apenas permitía la subsistencia de pequeños grupos familiares. La hostilidad del medio explica que shoshones y paiutes tuvieran la cultura más precaria entre todos los indígenas norteamericanos. De ahí que los shoshones fueran conocidos como "excavadores de raíces". En la Gran Cuenca la actividad económica primordial era la recolección de piñones. Durante el otoño se acumulaban éstas y otras semillas en cuevas y abrigos rocosos, lugares donde, más tarde, el hombre se refugiaría de las inclemencias invernales.

Si bien es cierto que en el norte y el este de la Gran Cuenca podían cazarse alces, osos y bisontes, lo normal en el resto del territorio era la captura de especies menores: topos, perros de las praderas, pájaros, reptiles y ratas. Entre las técnicas cinegéticas se acostumbraba envenenar las flechas con ponzoña de víboras de cascabel, vísceras podridas y jugos tóxicos de algunas plantas. Sin embargo, había métodos mucho más sencillos y habituales, como los círculos de fuego para acorralar y

tostar chapulines. Las familias se concentraban en épocas propicias para la actividad colectiva, por ejemplo, cuando realizaban batidas de antílopes. No había tribus en sentido político, sino pequeños grupos que reclamaban, cada uno, una comarca como territorio propio.

El área del Noroeste de Arizona

Al sur de la Gran Cuenca, en la esquina noroeste de Arizona, vivieron tres etnias hablantes de lenguas yumanas: los havasupáis, los yavapáis y los walapáis. Se trata de pueblos geográfica y culturalmente intermedios, puesto que habitaron entre la Gran Cuenca y Oasisamérica. En un ambiente similar al de la altiplanicie de Colorado, practicaban la recolección-caza durante el invierno y un cultivo incipiente a lo largo del verano. En esta forma, en los meses fríos, basaban su alimentación en carne de venado, antílope y conejo, además de piñones, nueces, semillas de girasol, gramíneas silvestres y agave cocido. Durante los meses cálidos, vivían de las cosechas de maíz, frijol y calabaza. La cultura propia del área Noroeste de Arizona también presenta rasgos híbridos. Sus habitantes poseen tecnología y artefactos prácticamente iguales a los de los paiutes de la Gran Cuenca. Por si fuera poco, estos yumanos recibieron una leve influencia de los californianos y de los apaches.

La Apachería

En los estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila, ya en las postrimerías del siglo XIX, los apaches libraban las últimas batallas frente al ejército mexicano para defender su forma de vida nómada. Lo mismo ocurría al norte, en Arizona, Nuevo México, Colorado, Oklahoma y Texas, donde el gobierno de los Estados Unidos estaba a punto de reducir a estos grupos en estrechas reservaciones. La imagen popular de los apaches dista mucho de la realidad. Su carácter beligerante, por ejemplo, fue un producto tardío del empuje de la expansión del mundo occidental. A diferencia de los hombres de las Planicies, su cultura no estaba marcada por el signo de la guerra. Es cierto que los apaches se caracterizaron por las correrías, el pillaje y por sus habilidades en la batalla, pero sus tradiciones no estaban estructuradas por el ejercicio guerrero y la búsqueda de trofeos humanos.

Hacia 1300 dC los apaches formaban un solo grupo lingüístico. Eran pueblos atapascanos cuyo origen se remonta muy al norte, a la cuenca del río Mackenzie. Ya establecidos en el sur, se dividieron en siete tribus: chiricahuas, jicarillas, kiowas, mezcaleros, apaches occidentales, lipanes y navajos. Con excepción de los lipanes, pertenecientes a los grupos de las Praderas, y de los navajos, incorporados a las culturas oasisamericanas, los apaches se dedicaron principalmente a la caza de venados y antílopes y a la recolección de agave, yuca, mezquite, girasol y diversas gramíneas. Como la de muchos otros pueblos indígenas, la economía apache se benefició con la adquisición del caballo en el siglo XVII. Las labores cotidianas estaban diferenciadas. Mientras que los hombres consagraban casi todo su tiempo a la cacería, correspondían a las mujeres las faenas de recolección, cuidado de los niños, preparación de las pieles, confección de la ropa y construcción de la casa. Sin embargo, el hombre se encargaba de la recolección del agave y la mujer participaba en la caza del conejo.

La unidad básica era la familia extensa con residencia matrilocal. Cada familia habitaba en conjuntos de casas cuyas características dependían de la ubicación estacional del campamento: en las llanuras vivían en *tipis,* las conocidas tiendas cónicas de varas cubiertas con pieles; en las tierras altas construían el *wickiup,* cobertizo semiesférico de ramas y hierbas. Como en la mayoría de las sociedades recolectoras-cazadoras, la dirección del grupo estaba en manos de un jefe elegido por sus cualidades personales. Cuando perdía sus facultades con la vejez, el jefe era sucedido por otro que no necesariamente era su pariente.

En la vida apache había momentos rituales de gran trascendencia, entre ellos la entrada de la mujer a la pubertad, paso señalado con la danza del amanecer. Otro momento importante para la comunidad era la muerte de uno de sus miembros. Tras cuidadosas ceremonias funerarias, el cadáver era llevado a un paraje distante, pues temían el regreso nocivo del alma. El rito pretendía encaminar al muerto a su entrada al inframundo, por el norte, para que iniciara un viaje que duraba cuatro días. La mitología apache era muy rica. Destacan en ella dos héroes culturales, uno asociado al agua y el otro al fuego y al Sol. Uno de sus mitos más conocidos describe el juego de pelota entre los animales benéficos y los maléficos. El desenlace originó la derrota de la oscuridad perenne y produjo la alternancia de la luz.

El área de la Baja California

La Baja California ha sido considerada por los especialistas como un *cul-de-sac*. Se supone que en este callejón geográfico penetraron desde el norte, sucesivamente, pericúes, guaicuras, cochimíes y otros grupos. Los primeros recorrieron toda la península para ocupar, al final, el extremo sur. Los guaicuras, que pertenecían a una familia lingüística distinta a la de sus predecesores, se establecieron desde el arroyo de Todos Santos hasta la mitad de la Sierra de la Giganta. Allí comenzaba el extenso territorio cochimí, que comprendía, en el norte, la Sierra de San Pedro Mártir. Los cochimíes hablaban una lengua lejanamente relacionada con las lenguas yumanas. En el extremo norte de la Baja California se establecieron grupos como los paipáis, los kiliwas, los kumiáis, los diegueños y los cucapás, la mayor parte de los cuales también eran de filiación yumana.

Con excepción de los cucapás, los bajacalifornianos no practicaron la agricultura. Explotaron el medio de la misma forma en que lo hicieron las sociedades remotas de las cuales nos habla la arqueología. Evangelizadores y navegantes describieron pescadores que se aventuraban en las aguas marinas sobre balsas de haces de cañas con el fin de capturar peces y mamíferos acuáticos, y quedaron sorprendidos por la pobreza de hombres y mujeres casi desnudos que se movilizaban llevando todas sus pertenencias a cuestas: arcos y flechas, bateas, aleznas de hueso, anzuelos de caparazón de tortuga, palos para encender el fuego, tabaco, redes de fibra de maguey, etc. También sabemos por ellos que estos recolectores de pitahayas y cazadores de venados, conejos, lagartos y culebras, vivían en "rancherías" compuestas por unas cuantas viviendas de materiales deleznables.

Entre las costumbres de dichas sociedades es interesante mencionar la ceremonia de redistribución de las pieles de venado obtenidas a lo largo de un año. Los cochimíes celebraban la fiesta del *cabet,* extendiendo como alfombra todas las pieles de la comunidad y al final las repartían entre las mujeres para que confeccionaran prendas de vestir. Este mismo grupo es conocido por dividir el año en seis periodos, caracterizados tanto por los distintos recursos estacionales como por particulares fiestas religiosas. Una de las creencias mejor difundidas a lo largo del área de la Baja California era que un enviado del dios celeste se había hecho presente en la superficie de la tierra sembrando las pitahayas, componiendo los esteros y enseñando a los hombres cómo explotar su entorno.

El área de la Costa de Sonora

Del otro lado del Golfo de California, en la costa del actual estado de Sonora, así como en las islas del Tiburón y de San Esteban, se asentaron los seris. Este grupo, hablante de una lengua de la familia hokano-coahuilteca, es bien conocido no sólo por documentos del siglo XVII, sino por los datos recientes, ya que hasta mediados de nuestro siglo mantuvieron muchas de sus costumbres nómadas. El medio desértico costero del área los proveía de una rica variedad de especies vegetales y animales; no era propicio para el cultivo, puesto que carecía de corrientes de agua superficiales. Sin embargo, los seris consumían el maíz que trocaban por pieles de venado y sal con sus vecinos agricultores. Uno de los alimentos primordiales era la carne de caguama.

Expertos navegantes, los seris construían balsas con tres haces de carrizos y puntas hacia ambos extremos. Tanto en la caza como en la pesca se valían de arcos de hasta dos metros de altura. Fueron también expertos fabricantes de canastas de tejido fino que actualmente reciben el nombre de coritas.

El área del Norte de México

El área conocida como Norte de México es la más compleja de las mencionadas por Kirchhoff. Es un ancho corredor que abarca el altiplano mexicano y las llanuras costeras tamaulipecas. Ocupa territorio, en su mayor parte semiárido, de 11 estados: Nuevo México, Texas, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Durango, Zacatecas, Guanajuato, San Luis Potosí y Querétaro. En esta inmensa extensión vivieron muchísimos grupos, entre los que destacan janos, cocomes, sumas, jumanos, conchos, coahuiltecos, cacaxtes, tobosos, laguneros, guachichiles, zacatecos, guamares y pames. Se trata de pueblos cuya filiación lingüística es mal conocida y cuyas economías difieren mucho entre sí. Así, por ejemplo, encontramos recolectores como los tobosos, cazadores como los guachichiles, pescadores de aguas dulces como los laguneros, cultivadores incipientes como los conchos y cultivadores más desarrollados como los sumas y los jumanos.

Debemos aclarar que algunas de estas sociedades son tan desconocidas que es incierta su adscripción a la tradición aridamericana. La ignorancia de los grupos del área Norte de México hizo que desde los

albores de la Colonia se les llamara "chichimecas", nombre que ya desde la época prehispánica era impreciso. Este término designa pueblos de características económicas, étnicas y culturales diferentes que eran originarios de la región mencionada.

Sin pretender generalizar, mencionamos algunas de las costumbres chichimecas descritas en los documentos coloniales. En su mayor parte, las sociedades del área tenían una economía fundamentada en la recolección de vegetales. Nopales, mezquites, agaves, tubérculos y yucas estaban entre las preferencias alimenticias. De los nopales aprovechaban pencas, flores y tunas. Las pencas, debidamente cortadas, servían también como recipientes de líquidos. El jugo de tuna sustituía al agua en épocas y lugares secos; cocido y fermentado, adquiría propiedades alcohólicas. Las vainas del mezquite, incluidas sus semillas, se secaban y molían para producir harinas que se consumían en polvo o en roscas de pan que tenían la cualidad de conservarse durante meses. El agave era, sin duda, la planta con menor desperdicio. Al cocerse sus pencas y sus cogollos en hornos subterráneos, se convertían en el dulce conocido como mezcal. Las raíces también se comían cocidas. La savia se bebía como aguamiel o, fermentada, como pulque. Con las fibras del maguey se manufacturaban telas y cordeles, y con las espinas se elaboraban agujas. Una planta no sólo consumida, sino también exportada a Mesoamérica, era el peyote. Sus efectos alucinógenos servían a los chichimecas para predecir la suerte en las batallas. Aunque la caza del venado era importante, la alimentación dependía más del consumo de liebres, conejos, codornices, ardillas, ranas, gusanos y, en el caso de los laguneros, de pescados y aves lacustres.

Tanto en la época prehispánica como durante la Colonia, los chichimecas fueron célebres por su destreza con el arco y la flecha. De hecho, fueron ellos quienes introdujeron estas armas al territorio mesoamericano. Manejaban además las navajas de pedernal, las macanas y las hondas. En las expediciones de caza utilizaban tanto la técnica del ojeo como los disfraces con cabezas de venado y el reclamo. Cuando un grupo de caza mataba una presa mayor, la piel se adjudicaba al cazador que había dado en el blanco y la carne se distribuía entre las familias de todos los participantes. La fama de los chichimecas como experimentados guerreros trasciende hasta nuestros días; también su crueldad. Los documentos coloniales se refieren a las flechas envenenadas, a los asaltos fugaces, a las emboscadas, a la evisceración de los cautivos y al uso de las calotas como trofeos de guerra en los que

acostumbraban beber. Las guerras daban lugar a una particular estructuración social. En los tiempos de paz, las bandas chichimecas permanecían atomizadas; pero, en ocasión de conflictos intergrupales o interétnicos, las bandas se aglutinaban en verdaderas confederaciones con mando unitario.

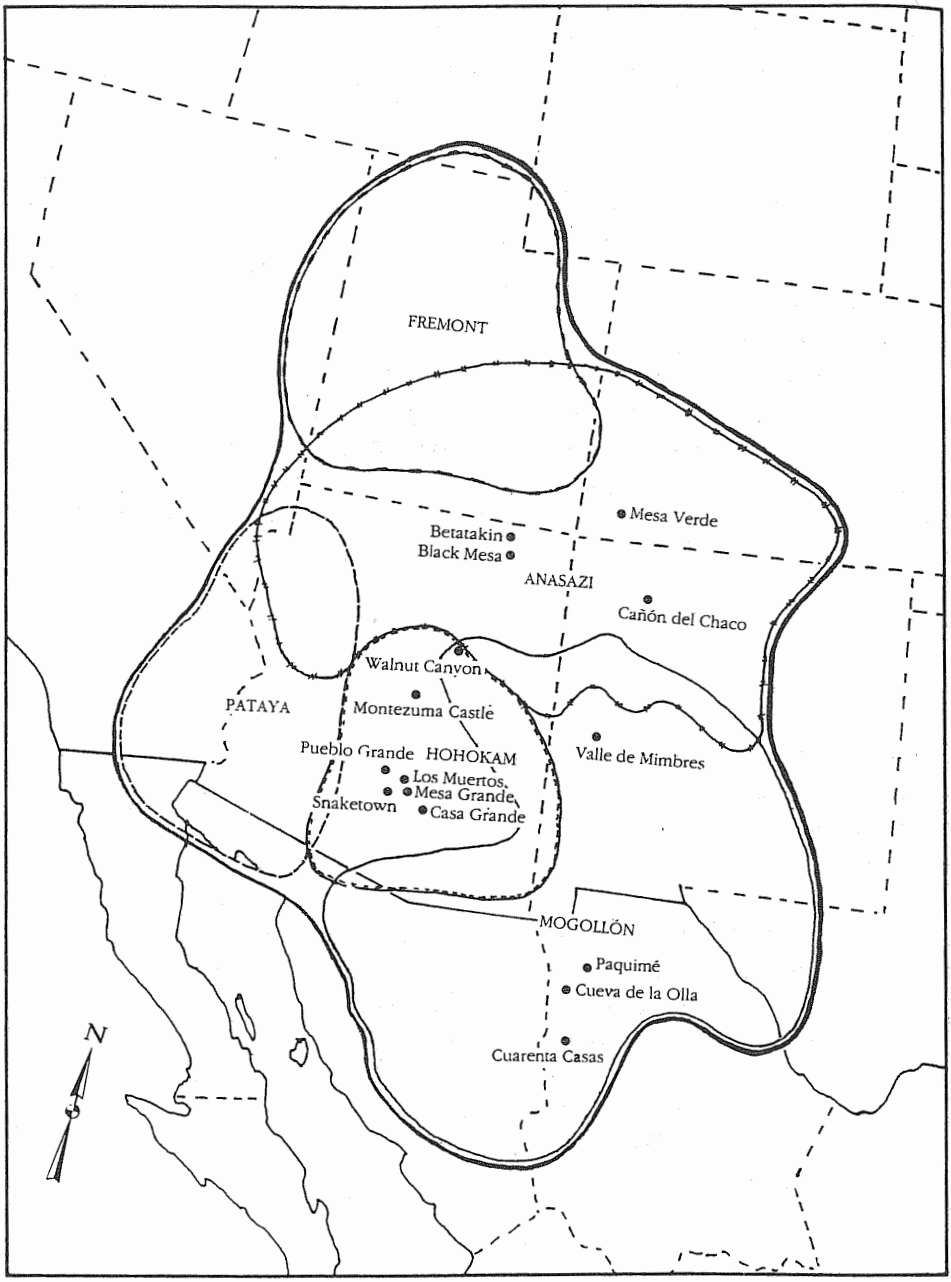
Las concepciones religiosas de estas sociedades se conocen vagamente. Sabemos, por ejemplo, que rendían culto a los astros, montes, cuevas, árboles y animales. Al parecer no fueron comunes las imágenes de los dioses. Las prácticas terapéuticas incluían las sangrías y la aplicación de botones de fuego para evitar el dolor de los miembros afectados. Debido a su situación de vecindad con Mesoamérica, los recolectores-cazadores del Norte de México establecieron múltiples relaciones de intercambio que propiciaron las recíprocas influencias culturales. Los flujos comerciales llevaban de norte a sur pieles, turquesa y peyote; en sentido inverso, granos, cerámica, textiles, metales y adornos.

El área del Sur de Texas

La última área mencionada por Kirchhoff es el Sur de Texas, territorio cubierto por pantanos y estuarios donde proliferaban lotos, bambúes, leguminosas, ostras, tortugas, peces, marsopas, cocodrilos, venados, bisontes y pecaríes. En este fértil escenario, los karankawas se trasladaban de un campamento a otro supeditados a los ciclos de la naturaleza. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, quien conoció a fondo a los karankawas, cuenta que en otoño consumían raíces acuáticas; en invierno, cuando dichas raíces se habían endurecido, se mudaban a zonas ricas en moluscos y, tiempo después, cambiaban de emplazamiento a sitios donde las zarzamoras ya habían madurado. Entre las peculiaridades culturales de este grupo se encuentran la domesticación de perros mudos, la elaboración de cerámica recubierta con chapopote, el gobierno compuesto por dos jefes (uno para la paz y otro para la guerra) y la aceptación llana de las relaciones homosexuales.

Oasisamérica

De las tres superáreas culturales del México prehispánico, Oasisamérica es la última en formarse. Su origen tiene lugar 2 000 años después



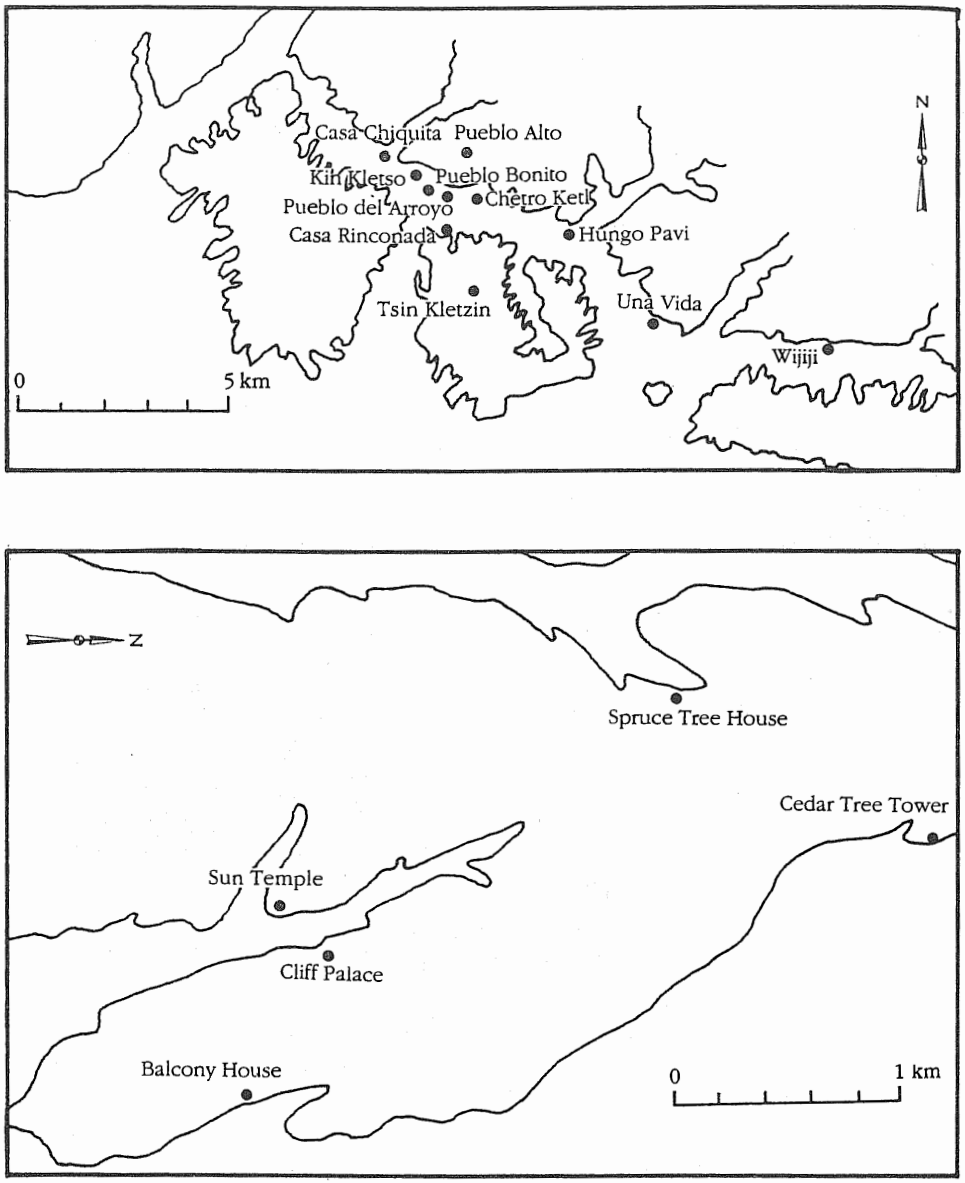
MAPA I.2. *Oasisamérica y sus áreas culturales*

de la separación de Mesoamérica y Aridamérica, es decir, hacia 500 aC. Como mencionamos anteriormente, algunos pueblos aridamericanos practicaron el cultivo como una actividad complementaria. Muchos de ellos, pertenecientes a la llamada Tradición del Desierto, fueron dependiendo cada vez más de las plantas cultivadas hasta convertirse en verdaderos agricultores. A diferencia de los mesoamericanos, estas nacientes sociedades agrícolas se enfrentaron a un medio adverso por su sequedad, en el que casi sólo en oasis o en zonas donde se empleaban los sistemas de irrigación se garantizaba la prosperidad de los sembradíos. La construcción de las obras de riego hizo que la expansión del territorio oasisamericano fuese muy gradual y difícil. Algunos grupos la adoptaron en fechas tan tardías como 600 dC, y todos siguieron apoyando fuertemente su economía en la recolección y la caza.

En el momento de máxima expansión, Oasisamérica ocupaba lo que hoy día se conoce como Suroeste de los Estados Unidos y Noroeste de México: la mayor parte de Utah, Arizona y Nuevo México; porciones importantes de Colorado, Sonora y Chihuahua, así como extensiones menores de California, Baja California y Texas. En términos generales, éste es un territorio semiárido y de clima extremoso. Las precipitaciones son escasas y se dan en forma torrencial en pocos meses del año. Kirchhoff bautizó esta superárea cultural a partir de la existencia de pequeños oasis donde se concentraron algunas de las grandes poblaciones.

Las excavaciones de Bat Cave, Nuevo México, exhumaron las evidencias más antiguas de maíz (prechapalote) y calabaza en Oasisamérica. Sin embargo, el fechamiento es muy incierto, y los especialistas debaten sobre su edad entre 3500 y 1500 aC. En capas superiores de la misma cueva, anteriores a 500 aC, aparecieron restos de maíz chapalote, naltel y teocintle.

A raíz de estos hallazgos se desataron polémicas en torno al origen endógeno o exógeno de las plantas domesticadas y de la agricultura oasisamericanas. En relación con las primeras, predominan en la actualidad opiniones autorizadas que coinciden en afirmar que todas fueron introducidas desde Mesoamérica, con excepción del frijol tepary *(Phaseolus acutifolius)*. En cuanto a la agricultura, también es generalmente aceptado que procede del sur. En efecto, el paso abrupto de la inexistencia de la agricultura a la agricultura compleja, con extensas redes de canales, únicamente se explica como una importación tecnológica. La ruta propuesta es el largo corredor de sociedades sedentarias que habitaron la Sierra Madre Occidental. Los especialistas proponen el



MAPA 1.3. *Cañón del Chaco y Mesa Verde*

mismo camino para la alfarería. Aunque no hay un prototipo mesoamericano de la cerámica más antigua de Oasisamérica, que data de 300 aC, es probable que derive de las tradiciones de Zacatecas y Durango.

A pesar de que las plantas cultivadas, la agricultura y la cerámica llegaron muy probablemente desde Mesoamérica, las sociedades oasisamericanas adquirieron con el paso de los siglos un carácter propio. Grandes culturas como la anasazi, la hohokam y la mogollón imprimieron un sello peculiar en los áridos paisajes septentrionales con sus sistemas de control del agua y de la erosión. Canales, terrazas, represas y camellones transformaron el desierto. En los valles, las mesetas y los acantilados se erigieron poblados con viviendas multifamiliares de varios pisos. Extensos y numerosos caminos enlazaban entonces los centros de poder con las comunidades dependientes.

A partir de 500 dC y hasta el colapso de sus grandes centros, Oasisamérica incrementó los intercambios con las distantes sociedades mesoamericanas. Se supone que los principales contactos hacia el sur se entablaron con los pueblos de Guanajuato, Michoacán, Jalisco y Nayarit. Es necesario hacer hincapié aquí que las relaciones entre ambas superáreas fueron fundamentalmente comerciales. Así lo ponen de manifiesto en Oasisamérica los hallazgos de cascabeles de cobre, mosaicos de pirita y esqueletos de guacamayas, y en Mesoamérica, de la preciada turquesa del norte. Con el flujo comercial arribaron también a Oasisamérica tradiciones religiosas mesoamericanas que se descubren en la proliferación de montículos rituales y de canchas de juego de pelota. Las influencias fueron recíprocas, pero siempre se mantuvieron autónomas y vigorosas las culturas septentrionales.

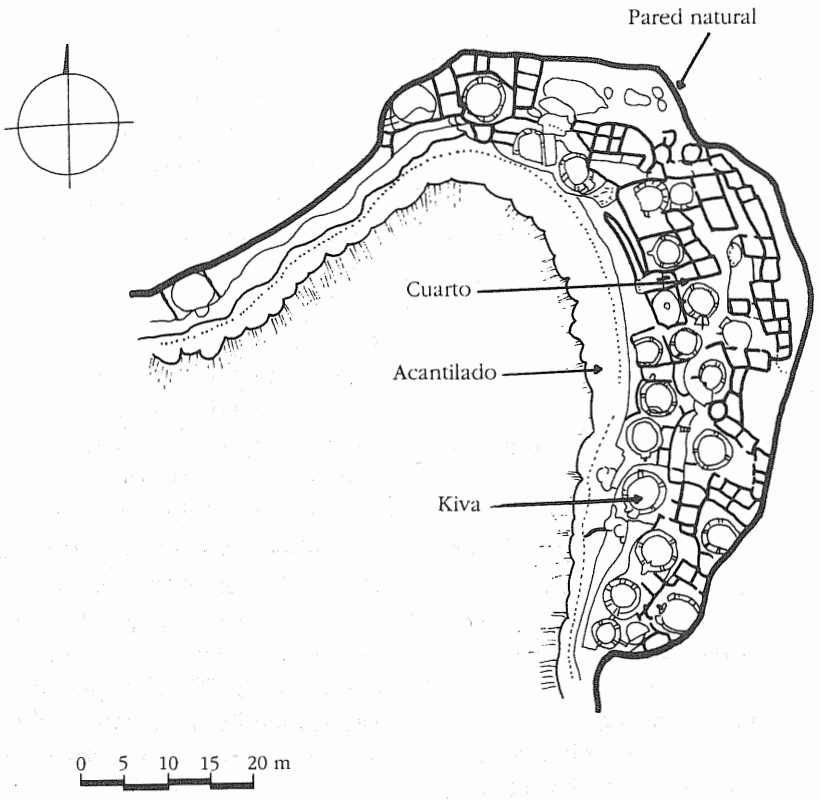
En gran medida, la preservación de sus peculiaridades se debió a la enorme distancia entre los núcleos de ambas superáreas culturales y a la presencia intermedia de grupos sedentarios que no alcanzaron la complejidad de sus vecinos del norte y del sur. Esto ha puesto en dificultades a los especialistas que pretenden fijar de manera precisa las fronteras entre Oasisamérica y Mesoamérica. La sucesión de pueblos agricultores a lo largo de la Sierra Madre Occidental, como los huicholes, coras, tepehuanes y tarahumaras, marca una dilatada transición entre las dos superáreas. Por otra parte, los oasisamericanos establecieron contactos más intensos y frecuentes con sus vecinos recolectores-cazadores. Como vimos en páginas anteriores, habitaron en las franjas fronterizas con Aridamérica sociedades de tradiciones y economías intermedias.

Oasisamérica se erigió en una unidad histórica por derecho propio. La coexistencia secular de sociedades con diferente nivel de desarrollo forjó una tradición básicamente homogénea, pero con fuertes peculiaridades regionales. Pueden reconocerse en forma nítida diversas áreas de fronteras oscilantes. A principios de nuestra era, las sociedades de agricultores que habían surgido de la Tradición del Desierto comenzaron a diferenciarse entre sí. Entre las propuestas de división de Oasisamérica se encuentra la que hiciera Paul Kirchhoff en 1954. Basado en la situación histórica del siglo XVI elaboró un modelo de siete áreas: *1)* indios pueblos hablantes de tanoano; *2)* otros indios pueblos (hopis, zuñis, keres y jémez); *3)* navajos; *4)* cahitas; *5)* pima-ópatas; *6)* tarahumaras, y 7) yumanos del río. Divisiones más modernas reúnen a los oasisamericanos de los siglos I al XVI en cinco grandes áreas: Anasazi (1, 2 y 3 de Kirchhoff), Hohokam (5 de Kirchhoff sin contar a los ópatas), Mogollón (4, 6 y ópatas), Pataya (7 de Kirchhoff) y Fremont.

El área Anasazi

En el territorio conocido como las Cuatro Esquinas, región en que se unen los actuales estados de Utah, Colorado, Arizona y Nuevo México, florecieron las sociedades más complejas de Oasisamérica. Los bosques bajos de junípero dan a esta bella región un toque distintivo. Sus pobladores dependieron durante siglos de su habilidad para almacenar los productos de la recolección, ya que entre noviembre y abril los recursos vegetales escaseaban.

El área Anasazi es, sin lugar a dudas, la mejor estudiada de todos los Estados Unidos. Las excavaciones intensivas llevadas a cabo durante un siglo han permitido dividir de manera precisa la historia prehispánica de sus habitantes en tres fases Cesteros *(Basketmakers)* y cuatro fases Pueblo. Las sociedades de las tres primeras fases fueron herederas de la Tradición del Desierto y se caracterizaron tanto por su economía mixta como por la producción de fina cestería en lugar de cerámica. La fase Cesteros I (anterior a 100 aC) marca la transición entre la vida nómada y el sedentarismo agrícola, basado éste en el cultivo del maíz, cuya introducción data de 750 aC. En la fase II (100 aC-400 dC) la mayoría de la población habitaba en cuevas, abrigos y promontorios, en tanto que en la fase III (400-700 dC) vivía en conjuntos de tres o cuatro casas semisubterráneas de planta circular.



MAPA I.4. *Plano de la zona arqueológica de Cliff Palace, Colorado. Área Anasazi, Oasisamérica (basado en Fewkes)*

El periodo Pueblo se inicia en 700 dC con la producción de la cerámica. Los anasazis se distinguirían de las áreas vecinas por el predominio de vasijas de fondos blancos o rojos con diseños geométricos o naturalistas negros. Las cuatro fases en que se divide este periodo son la I (700-900 dC), caracterizada por la agricultura de riego y por la sustitución de las casas semisubterráneas por las construidas con mampostería sobre la superficie de la tierra; la II (900-1100 dC) se distingue por la arquitectura de grandes multifamiliares de varios pisos escalonados, algunos erigidos en acantilados; en la III (1100-1300 dC) tiene lugar la máxima expansión de la agricultura y de las redes de caminos regionales; finalmente, después del apogeo de las dos fases anteriores, en la IV (1300-1540 dC) el sistema se contrae, los grandes sitios son

abandonados y, en algunos lugares, se regresa a la economía de recolección-caza.

Mesa Verde, en el suroeste de Colorado, y el Cañón del Chaco, en el noroeste de Nuevo México, fueron las dos principales concentraciones demográficas del apogeo anasazi. A Mesa Verde corresponden sitios como Fair View House, Big Juniper House, Badger House, Mug House y Cliff Palace. Este último es el más importante. Construido en el amplio abrigo rocoso de un acantilado, libraba a sus habitantes de los ataques enemigos. Cliff Palace era un verdadero complejo habitacional. Se ha calculado que albergaba alrededor de 400 personas en las más de 200 habitaciones con que cuenta; posee también numerosos graneros y 23 cámaras subterráneas, construcciones oasisamericanas que han sido bautizadas con el nombre de *kivas* por su analogía con los edificios ceremoniales de los actuales indios pueblos.

Por su parte, en el Cañón del Chaco destacan los sitios de Casa Rinconada, Pueblo Alto, Chetro Ketl, Una Vida, Half House y Pueblo Bonito, todos muy próximos entre sí. Estos sitios y muchos más estaban interconectados por una impresionante red de caminos que permitían la fácil comunicación entre los grandes asentamientos y sus satélites. Pueblo Bonito es el conjunto arquitectónico más impresionante del Cañón del Chaco. Entre 950 y 1150 dC este núcleo urbano parece haber dominado toda la región. A pesar de lo que se creyó durante muchos años, el edificio principal de Pueblo Bonito no se construyó poco a poco, habitación por habitación. Su complejo plano semicircular denota cuatro grandes momentos constructivos en que se siguieron estrictos lineamientos derivados de concepciones cosmológicas. Este conjunto amurallado se compone de más de 650 cuartos distribuidos en cinco niveles escalonados. La arquitectura de este edificio, al igual que la de muchos más del Cañón del Chaco, se distingue por el empleo de mampostería de lajas, puertas bajas, múltiples ventanas, balcones, bodegas de almacenamiento y grandes kivas. La magnitud de la obra en cuestión implica la existencia de un considerable número de individuos coordinados por una elite gobernante. Para darnos una idea de la empresa debemos tomar en consideración que se calcula que se requirieron vigas de unos 215 000 pinos para sus pisos y techumbres, y que esta madera tuvo que ser transportada desde bosques a 80 km de distancia.

Las dimensiones de los múltiples asentamientos del Cañón del Chaco, la longitud de los canales de riego y la extensa red de caminos

han permitido que se interprete que la sociedad no fue igualitaria, y que quizá se haya organizado como un cacicazgo. Los descubrimientos de bienes suntuarios en lugares como Pueblo Bonito apoyan esta hipótesis. Los espejos de pirita, los pericos y la cerámica seudocloisonné procedentes de Mesoamérica hablan de una elite que importaba ricos productos desde regiones ubicadas a miles de kilómetros al sur.

Hoy se ignoran los motivos de la decadencia de las sociedades anasazis. Entre las múltiples teorías que intentan explicar este proceso, la más difundida es la que habla de un largo periodo de sequía comprendido entre 1276 y 1299. Lo que sucedió después de estas fechas no es muy claro. Es posible que los indios pueblos que conocieron los españoles en el siglo XVI fueran los descendientes de los antiguos anasazis.

A la llegada de los españoles, los indios pueblos no conformaban una unidad lingüística: por ejemplo, los zuñis no tenían parientes próximos; los hopis eran yutoaztecas; los tewas y los tiwas, tanoanos; los pobladores de Acoma, Zia y Cochiti, keresanos, y los navajos, atapascanos. .Muchos de ellos compartieron las fértiles tierras del alto Río Grande, zona donde —al igual que sus antecesores— sembraron el maíz, produjeron una cerámica excepcional y construyeron sus conocidas casas comunales de varios cuartos.

Uno de los aspectos mejor estudiados de la vida cotidiana de los pueblos es su religión, aún vigente en sus fundamentos, literatura y ritos principales. Eminentemente agrícola, esta religión exalta la figura de las divinidades vegetales. Los seres sobrenaturales de la cosmovisión pueblo, asociados a los cultivos, a la lluvia y a la caza, tomaron la forma de *kachinas,* personajes que surgieron a la superficie terrestre por el centro del mundo *(sipapu)* en el momento de la creación del género humano. Las kachinas son definidas como espíritus que dan vida y de los que proceden todas las criaturas del universo; residen al oeste, en una montaña prominente, desde donde vienen periódicamente a auxiliar a los hombres. Kachinas como Madre Cuervo, Dios de la Tierra, Maíz Maduro, Solsticio, Orejas Grandes, el ogro Comedor de Piedras o el chocarrero incestuoso Cabeza de Lodo, aparecen entre los hombres como imágenes vivientes, representadas por miembros de la comunidad o como pequeñas esculturas de madera polícroma que se colocan sobre las paredes de las viviendas. El culto de los pueblos se organiza en torno a sociedades secretas de varones que se reúnen en el secreto de las kivas. La Sociedad del Antílope y la de la Serpiente son las encargadas de inducir la lluvia por medio de la fa-

mosa danza de la serpiente, durante la cual algunos de los participantes sujetan los reptiles vivos con los dientes.

Se ignora la época en que los pueblos atapascanos llegaron a la región de las Cuatro Esquinas. Algunos de estos cazadores, al entrar en contacto con los indios pueblos, se convirtieron a la vida agrícola semisedentaria. Éstos fueron los navajos, grupo que pobló cañones y acantilados. Su principal relación con los pueblos se fincó en el comercio de carne, sal, alumbre y pieles. El trato permanente hizo que adoptaran la religión de los agricultores, misma que enriquecieron con sus peculiares cantos y con las pinturas de arenas de colores, ambas prácticas realizadas con fines terapéuticos.

El área Hohokam

El área Hohokam, en amplio contraste con la Anasazi, ha sido muy poco estudiada. Aunque de fronteras cambiantes a lo largo de los siglos, tuvo su núcleo principal de desarrollo en Arizona, al centro de las cuencas de los ríos Gila y Salado que atraviesan el desierto de Sonora. Como ninguna otra sociedad oasisamericana, los hohokam dominaron los ambientes semiáridos del desierto. Las altas temperaturas, la baja humedad y las lluvias escasas, aunque torrenciales, constriñeron a estos agricultores a canalizar el Gila y el Salado. Los canales alcanzaron en ocasiones 10 km de longitud, y con el tiempo se volvieron más estrechos y profundos para evitar la evaporación. Si bien es cierto que estas técnicas exigieron un gran esfuerzo a las comunidades hohokam, gracias a tales obras pudieron levantarse dos cosechas anuales en un medio tan riguroso. De cualquier manera, los productos agrícolas fueron complementados con los de recolección: pitahayas en el verano y vainas de mezquite en el otoño.

Snaketown, Casa Grande, Red Mountain, Roosevelt, Pueblo de los Muertos y Valshni Village son algunos de los asentamientos más conocidos del área. Los hohokam son fácilmente diferenciables de sus vecinos anasazis y mogollones por el predominio de la cerámica de color bayo con decoración roja. Vivían en aldeas de unas cuantas casas semisubterráneas de planta alargada. Otros elementos arqueológicos distintivos son las paletas de piedra para moler pigmentos, las hachas con escotaduras bajas para enmangado y los adornos de concha trabajados con el ácido producido a partir de la fermentación del jugo de la

pitahaya. En su mayoría, las conchas eran importadas desde las costas del Golfo de California, trabajadas por los hohokam y exportadas a las áreas Mogollón y Anasazi.

El origen de los hohokam es debatido. Existe poco acuerdo en cuanto a los acontecimientos anteriores al año 600 dC: mientras que algunos investigadores sostienen que los principios de Snaketown, el sitio más importante de esta área, se remonta a 300 aC, otros opinan que éste tuvo lugar 600 años más tarde. Igualmente se desconoce el proceso que dio nacimiento a esta cultura. De acuerdo con algunos autores, el desarrollo fue endógeno, aunque con influjos mesoamericanos; otros proponen que el mundo hohokam surge a partir de una migración directa desde Mesoamérica. La aparición en 300 aC de un complejo cerámico bien desarrollado, de canales de irrigación, de metates y de prácticas funerarias de cremación, para los que no había antecedentes locales, hace un poco más creíble la segunda explicación.

La historia del área Hohokam ha sido dividida en cinco periodos: Pionero (300 aC-550 dC); Colonial (550-900 dC); Sedentario (900-1100 dC) y Clásico (1100-1450 dC). Este último concluyó con la desaparición de los grandes centros de poder hohokam, quizá por enfermedades, invasiones de nómadas, guerras internas o cambios climáticos. Después de 1450 dC y hasta la llegada de los españoles a Arizona existe un hiato de difícil respuesta.

Desde el primer periodo mencionado, el Pionero, los hohokam construyeron canales de riego próximos a sus aldeas. Sus viviendas fueron entonces excavadas en la tierra para resguardarse del clima extremoso de la región. El apogeo en el arte y la arquitectura se alcanza en el periodo Colonial, durante el cual aumentan las relaciones con Mesoamérica. Producto de tales contactos serán grandes sitios con canchas para el juego de pelota y con plataformas sobre las que se elevaban construcciones religiosas. Las canchas fueron excavadas por los hohokam en forma oval y alargada, y contaban con un marcador central. También venían de Mesoamérica los cascabeles de cobre y los mosaicos de pirita, importados por las elites de la región. Todo esto sugiere que los hohokam del Colonial y del Sedentario estaban organizados en cacicazgos, compuestos por centros de poder y aldeas dependientes.

Ya en el Clásico la población se concentra en asentamientos más densos, caracterizados por edificios de varios pisos, cuyo más conocido ejemplo es el de Casa Grande, con cuatro niveles. Durante esta época disminuyen las relaciones del área con Mesoamérica.

Cuando los primeros europeos llegaron al Desierto de Sonora, los grandes centros hohokam habían desaparecido. La región, a la que los españoles denominaron Pimería Alta, estaba ocupada por quienes se supone descendientes de los hohokam: los pápagos, hablantes de una lengua uto-azteca. Este pueblo pimano se dedicaba a la agricultura de manera estacional. En invierno habitaban en el somonte, lugares próximos a corrientes permanentes de agua; en verano se trasladaban a los planos intermontanos, donde cultivaban tierras de temporal. Era muy importante para el éxito de los cultivos la afluencia de las aguas de las laderas, conducida a través de represas. Los pápagos, al igual que los antiguos hohokam, aprovecharon la pitahaya. De esta planta obtenían mermelada, dulce, miel, vino, fruta, aceite y harina.

El área Mogollón

El área Mogollón limita con el área Hohokam. Se localiza en un inmenso territorio que abarca el sureste de Arizona, el suroeste de Nuevo México, el norte de Chihuahua y el noreste de Sonora. Los mogollones se adaptaron como ningún otro pueblo oasisamericano a los terrenos montañosos cubiertos de bosques de pinos. No obstante, las máximas concentraciones demográficas durante el periodo de esplendor se registraron en valles abiertos y bien irrigados.

Un rasgo distintivo de los mogollones es que, a diferencia de sus vecinos del norte, acostumbraban enterrar a sus muertos. Los cadáveres encontrados por los arqueólogos estaban acompañados de la más bella cerámica de Oasisamérica. La calidad de estas obras es tal que ha propiciado el saqueo sistemático de las tumbas, pues las piezas son sumamente codiciadas por los coleccionistas norteamericanos. Las vajillas que predominan en el área y que distinguen a sus pueblos son las de color café con decoración roja. En la porción suroeste de Nuevo México, en el río Mimbres, se desarrolló uno de los complejos cerámicos más espectaculares del mundo prehispánico. Dicho complejo, que tiene como límites de producción los siglos VIII y XII, no sólo es importantísimo por sus valores estéticos, sino también por la información etnográfica que proporciona a través de sus diseños. Casi todas las piezas son cuencos de superficies blancas con decorados geométricos negros; pero una quinta parte tiene representaciones figurativas que hacen alusión tanto al mundo sobrenatural como al cotidiano: perso-

najes míticos, animales con máscaras, decapitaciones, guerreros y sacerdotes, escenas de caza y recolección, luchas contra osos, nacimientos, episodios de natación, de apuestas, de entrenamiento de loros, de fabricación de cerámica, etcétera.

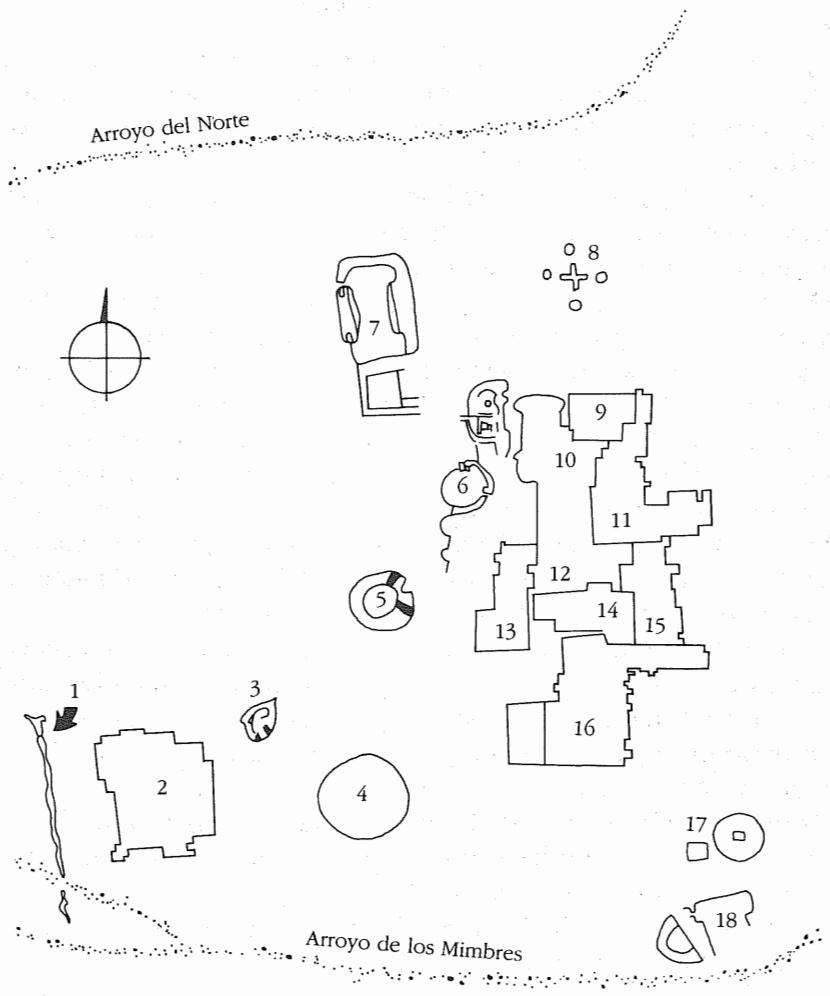
La arqueología de los mogollones, en contraste con las de las dos áreas anteriormente descritas, carece de una cronología general que sea aceptada por la mayoría de los especialistas. Las secuencias temporales propuestas se limitan a regiones o sitios específicos. Sin embargo, con el propósito de simplificar la descripción global de los mogollones, seguimos la división de Paul S. Martin en dos larguísimos periodos: uno Temprano (500 aC-1000 dC) y otro Tardío (1000-1500 dC).

Durante los 1 500 años del primer periodo los mogollones se establecieron en mesas, cumbres de montañas y riscos. Estos lugares eran poco vulnerables a los ataques de sus vecinos recolectores-cazadores. Por lo común, los asentamientos de esta primera época no sobrepasaban las 15 viviendas, semisubterráneas y de planta redondeada. En ocasiones este tipo de aldeas contaban con una kiva.

A partir de 1000 dC los sitios crecen en número y complejidad. Es muy probable que en el periodo Tardío hubieran disminuido los conflictos de los mogollones con los pueblos nómadas, pues ahora se construye en lugares abiertos y de fácil acceso, como los valles bien irrigados por ríos y arroyos. El incremento demográfico y el proceso de estratificación social que distinguen esta época han sido vinculados a la mayor eficacia de las técnicas agrícolas, sobre todo en lo que se refiere al control de las aguas.

En la primera parte del periodo Tardío las habitaciones siguen siendo semisubterráneas, pero de planta rectangular y de mejor calidad. En cambio, durante la segunda parte, las casas adquieren mayores dimensiones. Tal vez por influencia anasazi se construyen sobre la superficie del terreno con muros de adobe o mampostería. Al igual que los edificios de Pueblo Bonito o Snaketown, éstos poseen más de cuatro cuartos, y se llega a 500 en el caso de Grasshopper Ruin. Las aldeas medias de los mogollones, que normalmente alojaban entre 200 y 300 habitantes, poseían plazas y algunas kivas. Después del año 1200 dC, algunas regiones del área fueron abandonadas. Otras, entre ellas Grasshopper y Paquimé, prolongaron su existencia hasta los siglos XIV o XV.

En México, dentro del área Mogollón, se desarrolló uno de los asentamientos más impresionantes de Oasisamérica: Paquimé, también conocida como Casas Grandes. Esta ciudad fue construida sobre la plani-



1 Montículo de la Serpiente
2 Casa de la Serpiente
3 Montículo del Pájaro
4 Depósito de agua
5 Montículo de los Héroes
6 Depósito de agua
7 Juego de Pelota
8 Montículo de la Cruz
9 Unidad habitacional Norte
10 Plaza Principal
11 Casa del Pozo
12 Mercado
13 Casa de las Guacamayas
14 Casa de los Muertos
15 Casa de los Cráneos
16 Casa de los Pilares
17 Casa del Dios
18 Juego de Pelota

MAPA I.5. *Plano de la zona arqueológica de Paquimé, Chihuahua. Área Mogollón, Oasisamérica (basado en C. DiPeso)*

cie occidental del estado de Chihuahua, junto al río Casas Grandes. Contrasta su ubicación con la de sus supuestos satélites, sitios erigidos en abrigos o cuevas de la Sierra Madre Occidental. La posición de éstos en acantilados y sus construcciones de adobe evocan asentamientos anasazis, como el Cliff Palace. Son, entre otros, Cuarenta Casas, Valle de las Cuevas, El Segundo, Cueva Grande y El Potrero, compuestos por conjuntos habitacionales de varios cuartos, silos y torres de vigilancia.

Los señeros trabajos de Charles C. DiPeso establecen el esplendor de Paquimé entre 1060 y 1340 dC. Sin embargo, nuevas investigaciones han recorrido varios siglos el florecimiento de esta ciudad: ahora se proponen las fechas límites de 1300 y 1450 dC. El núcleo de Paquimé está ocupado por los vestigios de un gran complejo multifamiliar de por lo menos cuatro pisos. Sus muros —hoy sumamente erosionados por la lluvia y el viento o reconstruidos por los arqueólogos— fueron levantados con la técnica de tapiales. El resultado fueron sólidas paredes de adobe de una sola pieza, recubiertas por una capa de cal, que aislaban el interior del calor y el frío extremos del desierto. El complejo conserva parte de sus puertas; son aberturas en forma de T, cuya escasa altura obligaba a sus habitantes a pasar inclinados de un cuarto a otro. Este tipo de puertas es común en Oasisamérica; pero en ningún otro sitio son tan abundantes como en Paquimé. La vida en un complejo de esta naturaleza debió de ser confortable gracias a servicios tales como redes de distribución de agua potable, estufas y graneros. Estos últimos eran grandes silos similares a los cuezcomates del centro de México o grandes ollas de fondo redondeado.

Las actividades públicas de los paquimenses tenían lugar en torno del gran complejo multifamiliar que hemos mencionado. En efecto, los edificios ceremoniales se encuentran alrededor de dicha construcción. Algunos tienen formas muy peculiares y funciones desconocidas. El Montículo de la Cruz es uno de los más interesantes, no sólo por su planta, sino por la orientación astronómica de sus brazos. Otros edificios de indudable carácter religioso son las dos canchas de juego de pelota con que cuenta el sitio.

Las excavaciones de Di Peso en los años sesenta arrojaron a la luz materiales que descubren el signo comercial de Paquimé. En la llamada Casa de la Noria se exhumaron alrededor de cuatro millones de conchas del género *Nassarius* obtenidas en playas del Golfo de California, situadas a más de 300 km de distancia. En otros edificios fueron

hallados espejos de pirita y cerámica con decoración seudocloisonné procedentes de Mesoamérica, y turquesas de Nuevo México. También originarias de lugares distantes eran las guacamayas de las especies *Ara macao* y *Ara militaris*, cuyos abundantes restos asombraron a los arqueólogos; pero en este caso eran criadas ya en Paquimé. Los cerca de 500 individuos encontrados hasta la fecha pertenecían a todas las edades, desde huevos hasta aves viejas. Por si esto fuera poco, se descubrieron periqueras de adobe en el gran conjunto multifamiliar. Paquimé se revela asimismo como un centro productor de artefactos metálicos. La presencia de escoria de cobre es indicio de antiguos hornos de fundición.

A partir de la información mencionada es fácil inferir que Paquimé fue un gran centro de intercambio ubicado en la ruta de 5 600 km que existen entre el Altiplano Central de México y el Cañón del Chaco. En algún tiempo se pensó que la ciudad había sido sede de comerciantes toltecas. Sin embargo, no hay indicio arqueológico alguno que justifique su dependencia de alguna de las grandes metrópolis mesoamericanas. Además, la nueva cronología del auge de Paquimé la hace posterior a Tula y anterior a Tenochtitlan.

Paquimé y los últimos asentamientos mogollones declinaron mucho antes de la llegada de los españoles. No se saben a ciencia cierta las causas de tal caída ni el destino de sus habitantes. Existen sospechas de que algunos grupos emigraron hacia el sureste; se cree que es el caso de la gente del río Mimbres, que se estableció en Coahuila. Otros irían a refugiarse al norte, en tierras anasazis, como se supone que lo hicieron algunos paquimenses, uniéndose a los zuñis.

Lo más probable, sin embargo, es que el grueso de la población haya permanecido en el área y que sus descendientes fuesen los tarahumaras, los ópatas o los cahitas. Los primeros se encuentran hoy distribuidos en el suroeste de Chihuahua. Habitan el territorio más abrupto de la Sierra Madre Occidental, desde los altos pinares hasta los fondos subtropicales de los cañones. Forman rancherías constituidas ya por cabañas, ya por habitaciones en cuevas. En cambio, el territorio de los belicosos ópatas abarca los valles estrechos y fértiles del centro y del este de Sonora. Como los tarahumaras y los ópatas, los cahitas pertenecen lingüísticamente a la familia yutoazteca. Los grupos cahitas más conocidos son los yaquis y los mayos. Se extienden desde Arizona hasta Sinaloa, aprovechando para la agricultura las generosas tierras de inundación, y para la pesca, los ríos y las costas.

El área Fremont

Al norte del área Anasazi, en el actual estado de Utah, Oasisamérica tuvo un desarrollo periférico entre 400 y 1300 dC. Esta ramificación, de la cual hablamos en el capítulo anterior, es conocida como área Fremont. De acuerdo con varios especialistas, se trata simplemente de un producto norteño de la tradición anasazi que, debido a la rudeza del medio y al contacto con los recolectores-cazadores de la Gran Cuenca, nunca pudo prosperar al nivel de las sociedades del Cañón del Chaco y de Mesa Verde. Otros investigadores, en cambio, sostienen que las sociedades de la Cultura Fremont derivaron de cazadores de bisontes, posiblemente atapascanos, que llegaron al territorio de Utah hacia 500 dC. Con el paso del tiempo adoptarían, modificadas, la cerámica y la horticultura de los anasazis, fusionando las culturas nómadas de las Praderas y la oasisamericana. La influencia anasazi se hace patente, entre otras cosas, en las habitaciones semisubterráneas de mampostería.

La Cultura Fremont empieza a declinar en 950 dC; se contrae drásticamente en 1150 y desaparece por completo 150 años después. Según parece, sus descendientes fueron los shoshones, pueblo de lengua yutoazteca.

El área Pataya

Otra área periférica de Oasisamérica es Pataya, situada en el sureste de California, el oeste de Arizona, el norte de Baja California y el noroeste de Sonora. En casi toda esta región se suceden montañas y cuencas que alimentan al río Colorado, principal recurso acuífero en un ambiente desértico y de temperaturas extremas.

Los antiguos habitantes del área Pataya fueron influidos por los hohokam, de quienes aprendieron, a partir de 500 dC, las prácticas agrícolas, la alfarería, el juego de pelota y la cremación de los muertos. Sin embargo, jamás formaron grandes pueblos ni asentamientos permanentes. Los patayas seguían un modelo seminómada, lo que motivaba que habitaran por cortas temporadas jacales de materiales deleznables. Su ocaso se fija entre 1300 y 1400 dC. En el siglo XVI ocupaban la región los yumanos del río, descendientes de los patayas, quienes conservaron la costumbre de cultivar en las tierras de aluvión del Colorado y del Gila. Como los ópatas, los yumanos del río se distinguieron por su belicosidad y por su fuerte cohesión tribal.

MESOAMÉRICA

Ya desde la Colonia temprana una mirada externa había percibido la unidad de las tradiciones de los conquistados. Fue fray Bartolomé de las Casas quien en aquel entonces hizo notar, en su *Apologética historia sumaria,* la semejanza entre las creencias de los guatemaltecos y las de otros pueblos que hoy denominamos mesoamericanos: "Toda esta tierra —dijo al referirse a Guatemala—, con la que propiamente se dice la Nueva España, debía tener una religión y una manera de dioses, poco más o menos, y extendíase hasta las provincias de Nicaragua y Honduras, y volviendo hacia la de Xalisco, y llegaban, según creo, a la provincia de Colima y Culiacán". Las sociedades indígenas de este vastísimo territorio integraban, evidentemente, una unidad.

Lo advertido por fray Bartolomé en el ámbito de las creencias religiosas debe suponerse en todos los campos de la acción y el pensamiento, y así lo siguieron entendiendo, a lo largo del tiempo, quienes se interesaron por el estudio de la historia prehispánica de Mesoamérica. La unidad misma se convirtió en objeto de interés científico en las primeras décadas de nuestro siglo, cuando pensadores de la talla de Miguel Othón de Mendizábal, Clark Wissler, Alfred L. Kroeber y Wigberto Jiménez Moreno se encargaron de determinar los límites espaciales de la afinidad cultural, aportar elementos conceptuales para una futura precisión y fincar algunos de los términos de lo que sería el debate. En forma paralela, una corriente del pensamiento antropológico afinaba sus herramientas teóricas para abordar problemas similares en el nivel continental. Eran éstas el concepto de *horizonte cultural,* precisado por Herbert Spinden; el de *área cultural,* definido por Wissler; el de *rasgo cultural*, propuesto por Kroeber; el de *complejo cultural* y otros afines.

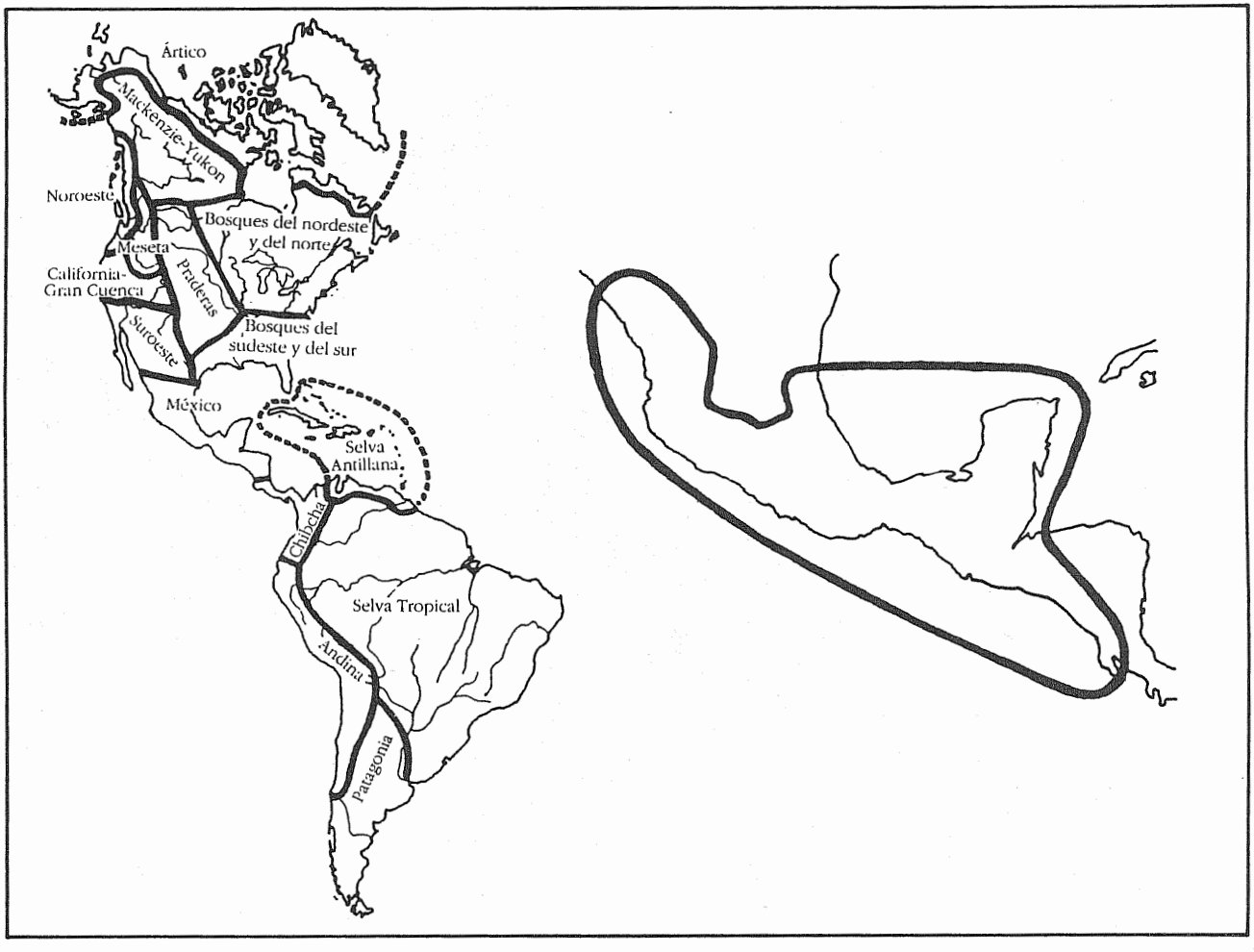
Entonces fue necesario que confluyeran plenamente la teoría y el conocimiento concreto de las antiguas tradiciones precolombinas. Como una derivación del XXVII Congreso Internacional de Americanistas (1939) se creó con este propósito el Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América, órgano que encomendó el caso particular de las mitades meridional de México y occidental de Centroamérica a un distinguido antropólogo: Paul Kirchhoff. Para el cumplimiento de su misión, Kirchhoff empezó por identificar la superárea cultural con el nombre de *Mesoamérica* y reconocer a las socie-

dades que la integraron como "cultivadores superiores". Hizo notar que dichas sociedades eran muy diversas desde el punto de vista lingüístico, y las dividió en cinco grupos, uno de los cuales, por cierto, estaba integrado por las que hablaban lenguas hasta entonces no clasificadas. En cuanto al territorio que ocupaba la superárea a la llegada de los españoles, lo delimitó señalando la frontera norte como la formada por los ríos Sinaloa, Lerma y Pánuco, y la frontera sur como una franja que iba del río Motagua hasta el Golfo de Nicoya, pasando por el Lago de Nicaragua. Interpretada la realidad de Mesoamérica con base en la concepción histórica esbozada por Jiménez Moreno, Kirchhoff afirmó que era una superárea que había sido formada por inmigrantes diferentes entre sí que ingresaron en el territorio en diversas épocas, y que, al penetrar en la órbita estudiada, vivieron unidos por una historia común.

Con el fin de distinguir culturalmente a los pueblos de la superárea, Kirchhoff aplicó la técnica de caracterización por medio del señalamiento de rasgos presentes y ausentes, comparando Mesoamérica con los pueblos de otras superáreas americanas: sureste y suroeste de los Estados Unidos de América, Chibcha, Andes y Amazonia. El resultado fue una tabla en la que concentró los elementos exclusiva o al menos típicamente mesoamericanos; los elementos comunes a Mesoamérica y a otras superáreas culturales de América, y los elementos significativos por su ausencia en Mesoamérica. Entre los elementos exclusivos, por ejemplo, señaló el año de 18 meses de 20 días, más cinco días adicionales, y la combinación de 20 signos con 13 números para formar un periodo de 260 días. Con los elementos comunes a Mesoamérica y otras superáreas hizo subgrupos, y así el cultivo del maíz, el frijol y la calabaza integró a todas las superáreas en un conjunto, mientras que la organización por clanes tipo *calpulli-ayllu* sólo reunió a Mesoamérica y los Andes. Por último, entre los elementos no encontrados en Mesoamérica, pero sí en otras superáreas, señaló los clanes matrilineales y el uso de armas envenenadas.

Kirchhoff expuso estos resultados en 1943, en un pequeño texto que reeditó en 1960 y 1967. Repetidamente solicitó la crítica constructiva de sus colegas, y repetidamente quedó decepcionado al no recibirla:

> Concebí este estudio como el primero de una serie de investigaciones que trataran sucesivamente de estos problemas, anticipando que la mayor parte de esta tarea deberían tomarla otros a su cargo. Con esta esperanza quedé



MAPA 1.6. *Las divisiones culturales de América, según Kroeber, y la delimitación de Mesoamérica, según Kirchhoff*

defraudado, pues mientras que muchos han aceptado el concepto "Mesoamérica", ninguno, que yo sepa, lo ha hecho objeto de una crítica constructiva o lo ha aplicado o desarrollado sistemáticamente.

Sin embargo, debe reconocerse que, si bien no hubo una crítica temprana a las propuestas de Kirchhoff, tras la publicación de su trabajo se produjeron muy valiosas contribuciones, entre ellas las de Pedro Armillas, quien trató de conciliar el concepto de Mesoamérica con el de formaciones socioeconómicas para darle un sentido dinámico; las de Jiménez Moreno, con su tesis de la relación dialéctica entre la costa y el altiplano como explicativa de la dinámica de la superárea; las de Ángel Palerm y Eric R. Wolf, que hicieron hincapié en la presencia de terrazas de cultivo en todas las áreas claves de Mesoamérica, y las de Gordon R. Willey, quien concibió la superárea como una cultura de agricultores aldeanos que pasó a convertirse en una cultura urbana.

Sería demasiado prolijo referirse con detalle al estado actual de la polémica. Son numerosos los investigadores que han participado en la discusión teórica del concepto, y aquí sólo mencionamos a unos cuantos, sin poder referirnos por extenso a sus aportaciones. En 1968, por ejemplo, Kent V. Flannery hace especial hincapié en los factores ambientales y señala que en la integración de la superárea tuvo una importancia fundamental la formación de un complejo sistema compuesto por múltiples subsistemas de sociedades adaptadas a microambientes específicos. En el mismo año, William T. Sanders y Barbara J. Price se refieren a una única y gran tradición mesoamericana, lo que hace que sincrónicamente pueda verse el proceso como una área cultural, y diacrónicamente como una cotradición. Estos autores enfocan su estudio en la secuencia de desarrollo de los sistemas sociales mesoamericanos (bandas, tribus, cacicazgos y civilizaciones) como eje de una interpretación evolucionista y ecológica. Tiempo después, en 1975, Jaime Litvak King destaca el papel que tuvo el intercambio interétnico en la conformación de Mesoamérica, proceso que, a partir de zonas caracterizadas por su diversidad ambiental, formó una red de relaciones normales en equilibrio siempre cambiante. De esta manera, explica, se combinaron varios mecanismos simultáneos: las dinámicas locales, las medias o regionales (de carácter ecológico, tecnológico y económico-político) y la general (precisamente el intercambio interétnico e interregional que define la superárea).

Para 1982, Eduardo Matos Moctezuma estima que el concepto de Mesoamérica es sinónimo de la presencia de un modo de producción, existente a partir de los olmecas y que se irá extendiendo hasta llegar, en el siglo XVI, a los límites territoriales establecidos por Kirchhoff. En dicho modo de producción, donde la agricultura y el tributo son básicos, se establecía una doble forma de explotación: la de una clase sobre otra de la misma sociedad, y la de la clase dirigente sobre pueblos tributarios. En aquellos años se intentó aplicar otros modelos, entre ellos el de "sistemas-mundo", con la intención de comprender de mejor manera una realidad tan compleja. Otras propuestas interesantes se dieron a conocer durante la XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, organización que convocó a sus miembros precisamente para debatir sobre el problema del concepto *Mesoamérica*. Durante esta reunión académica, que tuvo lugar en 1985 en la ciudad de Querétaro, Anne Chapman consideró que el modelo de Mesoamérica debe construirse considerando la superárea como una alta cultura o civilización, con base en dos niveles: sociedad y cultura. Según esta autora, tal construcción debe empezarse con la información sobre las sociedades del siglo XVI, por ser la más abundante y compleja, y retrotraer el modelo a sus antecedentes, pueblos que llegaron a una identidad común a pesar de haber seguido diferentes trayectorias.

La crítica específica al trabajo de Kirchhoff, aunque tardía, ha sido muy útil para continuar la polémica sobre la validez teórica del concepto. Se produjo tanto en los años previos a la mesa redonda de Querétaro como en ésta, y participaron diversos investigadores, entre ellos Eduardo Matos Moctezuma y Enrique Nalda. Los puntos cuestionados son nodales. Se señala, por ejemplo, que el procedimiento mismo de clasificación a partir de rasgos culturales desnaturaliza la cultura, pues desmiembra sus elementos como si éstos no estuvieran estrechamente vinculados entre sí dentro de sistemas sociales. También se afirma que Kirchhoff, al elegir los rasgos que le servirían de base en su definición, no los sistematizó ni los jerarquizó; que éstos son propios sólo de determinadas áreas, y que el resultado no es el reflejo de una superárea cultural dinámica, sino de un momento de la existencia de Mesoamérica, precisamente la víspera de la Conquista. Sin embargo, en la mesa redonda se coincidió en la idea de que el concepto ha sido de enorme utilidad para el estudio de la superárea y que, pese a haber envejecido, puede reconstruirse sobre bases más sólidas.

La reformulación del concepto es un reto para la mesoamericanísti-

ca. Y plantea, indudablemente, un asunto arduo. Mesoamérica fue una realidad histórica, producto de muy variadas interrelaciones (de intercambio, políticas, bélicas, religiosas, etc.) que integraron diversas clases de sistemas. El nuevo concepto deberá referirse, entre otras muchas cosas, a los nexos causales de la incorporación de sociedades al sistema; a los nexos cohesivos que permitieron que, una vez incorporadas, se mantuvieran permanentemente relacionadas entre sí, y a los nexos estructurales, que hicieron que cada una de ellas articulara su acción en la complejidad del sistema como uno de sus componentes.

Hombres, tiempos y espacios

¿A qué realidad concreta tiene que enfrentarse el estudioso que pretenda abordar el problema desde el punto de vista teórico? A una realidad muy compleja, tanto por la diversidad de las sociedades que crearon este proceso histórico milenario, como por los diferentes caminos que siguieron en su devenir; por las proporciones de su transformación social y política, y por la magnitud de la temporalidad y el territorio de la superárea. Como lo señalara Kirchhoff, la diversidad de los pueblos mesoamericanos arranca de su origen mismo: arribaron al territorio estudiado en muy diferentes épocas, y hablaban muy distintas lenguas. En efecto, los mesoamericanos pueden ser agrupados en 16 familias lingüísticas, algunas de ellas con numerosos componentes y otras, en cambio, con apenas una lengua:

1. Hokano-coahuilteca (tequistlateco o chontal de Oaxaca).
2. Chinanteca (chinanteco).
3. Otopame (otomí, mazahua, matlatzinca, ocuilteco y matlame).
4. Oaxaqueña (zapoteco, mixteco, mazateco, chatino, papabuco, cuicateco, trique, amuzgo, popoloca e ixcateco).
5. Mangueña (chiapaneco, chorotega, dirián, maribio, oritiña y nagranda).
6. Huave (huave).
7. Tlapaneca (tlapaneco y subtiaba).
8. Totonaca (totonaco y tepehua).
9. Mixe (mixe, zoque y popoluca).
10. Maya (huasteco, cotoque, maya yucateco, lacandón, mopán, chol, chontal, tzeltal, tzotzil, tojolabal, mam, chuj, kanjobal, kekchí, po-

konchí, ixil, quiché, cakchiquel, pokomam, rabinal, tzutuhil, aguacateca, chortí, etcétera).

11. Yutoazteca (cora, huichol, tecual, huaynamota, teúl, náhuatl, pochuteco, pipil y nicarao).

12. Tarasca (tarasco).

13. Cuitlateca (cuitlateco).

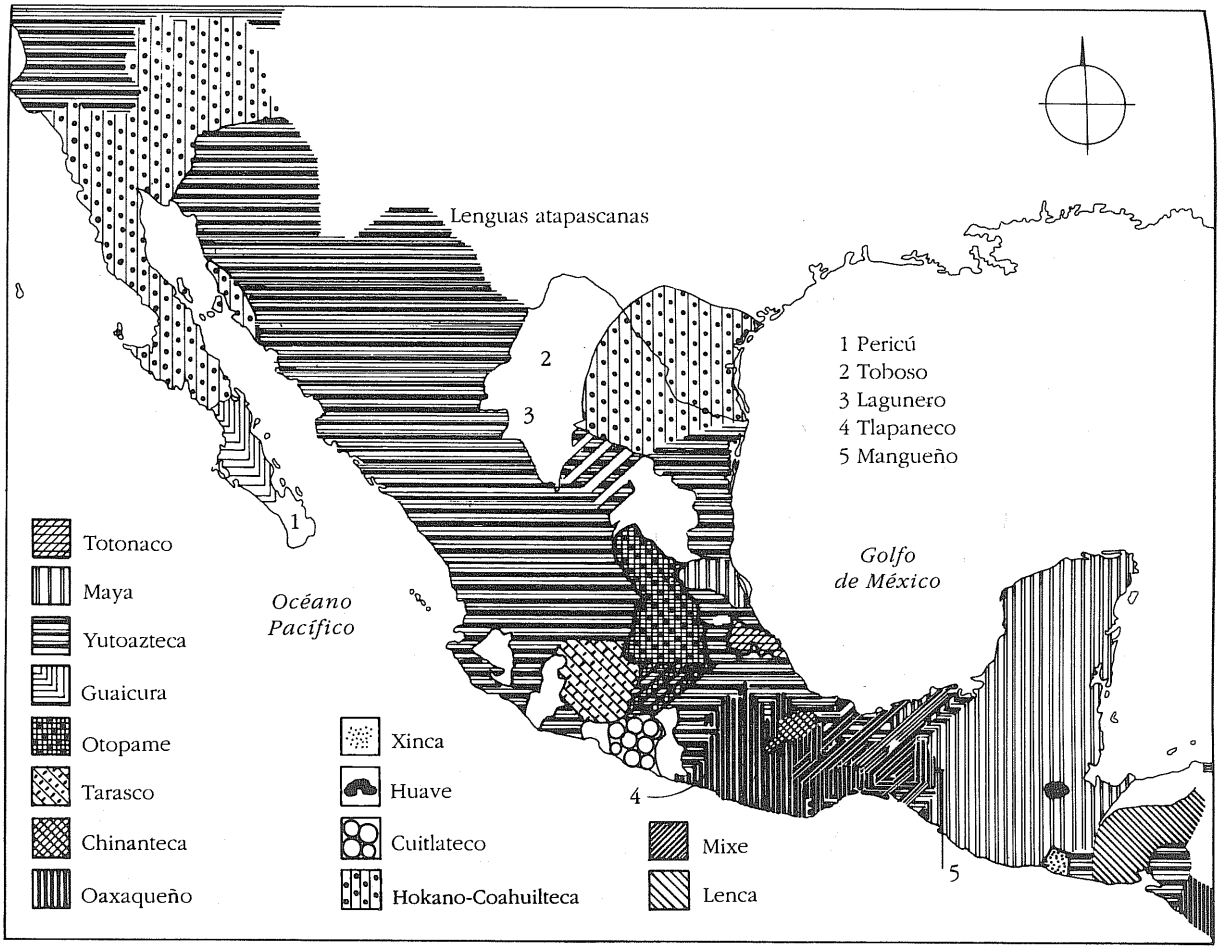
14. Lenca (lenca).

15. Xinca (xinca).

16. Misumalpa (matagalpa y cacaopera).

Gracias a los estudios glotocronológicos que iniciara Mauricio Swadesh y a las actuales investigaciones de Leonardo Manrique, hoy es posible aproximarse al difícil problema de la progresiva penetración de las corrientes lingüísticas al territorio mesoamericano. Con el transcurso de los siglos, estos pueblos de tan distinto origen fueron capaces de crear una unidad cultural fundada en torno al cultivo del maíz. En efecto, los primeros mesoamericanos se identifican como pueblos agricultores, descendientes de los nómadas recolectores-cazadores que habían habitado el mismo territorio durante milenios. Como anteriormente se comentó, los antepasados nómadas habían domesticado y cultivado, entre otras plantas, el maíz, el frijol, la calabaza y el chile. Esta invaluable herencia constituyó la base de la alimentación mesoamericana. Los agricultores, como cultivadores de dichas plantas, pudieron desarrollar una tradición compartida, independiente de influencias extracontinentales, hasta el siglo XVI. Estos dos grandes hitos históricos —sedentarismo agrícola e irrupción europea— son los límites temporales de Mesoamérica, que se inicia hacia 2500 aC para desaparecer como tradición cultural autónoma a partir de 1521 dC.

Los límites espaciales de Mesoamérica, como es obvio, variaron con el paso del tiempo. Tal como lo planteara Kirchhoff, en el momento de la Conquista iban aproximadamente de los 25° a los 10° latitud norte, y de mar a mar en la mayor parte de su extensión. El territorio así acotado incluye valles fríos y elevados, bosques tropicales y lluviosos, amplias planicies costeras, llanuras extensas, tierras áridas unas y otras ricas en corrientes y depósitos de agua. En este hábitat tan dispar, los mesoamericanos perfeccionaron sus técnicas de subsistencia y desarrollaron formas de organización, instituciones políticas y concepciones del cosmos propias. Todo esto aconteció a lo largo de una secuencia evolutiva que partió del nivel de los agricultores primitivos



MAPA I.7. *Ubicación aproximada de las familias lingüísticas entre 1500 y 1700 dC (basado en L. Manrique)*

que habitaban caseríos dispersos y se regían por normas igualitarias, para que muchos de ellos llegaran a integrar sociedades sumamente estratificadas que construyeron ciudades impresionantes y formaron estados poderosos. Paradójicamente, y como se verá más adelante, la diversidad geográfica y la humana fueron factores muy importantes en la construcción de esta tradición común.

En resumen, la definición de Mesoamérica debe partir de tres elementos entrelazados: *a)* un patrón de subsistencia basado principalmente en las técnicas del cultivo del maíz; *b)* una tradición compartida creada por los agricultores en el territorio estudiado, y *c)* una historia, también común, que hizo posible que dicha tradición de agricultores se fuera formando y transformando a lo largo de los siglos.

Por tradición podemos entender un acervo intelectual creado, compartido, transmitido y modificado socialmente, compuesto por representaciones y formas de acción, en el cual se desarrollan ideas y pautas de conducta con que los miembros de una sociedad hacen frente individual o colectivamente, de manera mental o exteriorizada, a las distintas situaciones que se les presentan en la vida. No se trata, por tanto, de un mero conjunto cristalizado y uniforme de expresiones sociales que se transmite de generación en generación, sino de la forma propia que tiene una sociedad para responder intelectualmente ante cualquier circunstancia. Los elementos de una tradición van desde los que integran un núcleo duro (no inmune a la transformación histórica, pero muy resistente al cambio) hasta los más mutables, pasando por los que tienen ritmos intermedios de evolución. A partir de los elementos nucleares se genera y estructura continuamente el resto del acervo tradicional.

Cabe advertir que los elementos nucleares de la tradición mesoamericana fueron producto de las formas de vida que generó el sedentarismo agrícola, sin que esto menoscabe el valor de la herencia cultural de los pueblos nómadas antecesores. Sobre este núcleo duro, primario y común a los cultivadores de maíz, se desarrollaron las tradiciones locales mesoamericanas y a él se fueron superponiendo las estructuras de pensamiento producidas a lo largo de la historia. Por ello, pese a los contrastes regionales y a las transformaciones que implicaban las diferencias de desarrollo social, político y económico, las sociedades de Mesoamérica establecían el diálogo con base en el contenido común de sus respectivas tradiciones particulares, contenido que, por supuesto, se reforzaba en la comunicación.

En consecuencia, la unidad mesoamericana no implica necesariamente la existencia de rasgos culturales comunes, ni deriva de una evolución paralela de formas de organización. Dicha unidad descansa, más bien, en una historia compartida por sociedades de desigual grado de complejidad; en un desarrollo fincado en muy intensas relaciones que convirtieron a este conjunto heterogéneo de pueblos en coproductores de un sustrato cultural. Con lo anterior, aclaremos que los nexos que originaban la coproducción cultural no fueron siempre de la misma naturaleza, ni se dieron por igual en todos los rincones de la superárea ni, una vez establecidos, se mantuvieron de manera uniforme y permanente. Muy por el contrario, estos nexos sufrieron los vaivenes de los grandes procesos históricos.

Puede afirmarse que buena parte de los elementos comunes de lo mesoamericano, de los componentes del núcleo duro de la tradición, se crearon y fortalecieron durante los 13 siglos de duración del periodo conocido como Preclásico Temprano, que arranca desde el inicio de la vida sedentaria agrícola hasta el nacimiento de las primeras sociedades jerarquizadas. Las técnicas de producción que se desarrollaron posteriormente, las formas de organización familiar, la cosmovisión y la religión hunden sus raíces en el lejano pensamiento de los primeros aldeanos.

Sobre esta *base mesoamericana* se levantaron las tradiciones locales y regionales, derivadas de particularidades ecológicas, étnicas, culturales e históricas propias de radios más reducidos. Y sobre las tradiciones locales y regionales se extendieron fuerzas de otra naturaleza, aunque nuevamente generalizadoras. Fueron las de los "protagonistas", sociedades que por distintos motivos tuvieron una influencia decisiva en épocas determinadas y sobre amplias extensiones de Mesoamérica. Más adelante se analizarán, en capítulos específicos, las características de la acción "protagónica", globalizadora, de olmecas, teotihuacanos, toltecas y mexicas. Desde ahora hay que advertir, sin embargo, que los cambios históricos producidos por su intervención no sólo fueron obra suya, pues mucho correspondió a la manera en que los otros actores de la historia recibieron, asimilaron, rechazaron o imitaron la influencia de estos hombres.

La historia de Mesoamérica se teje, pues, con tres hilos: lo mesoamericano (producto de la gran tradición básica), lo local-regional y la acción globalizadora de los "protagonistas". La última es considerada, sin más, como una fuerza uniformadora. Sin embargo, es necesario matizar el calificativo. Es verdad que olmecas, teotihuacanos, toltecas y mexicas difundieron bienes, creencias, instituciones, conocimientos, es-

tilos y modas; pero también implantaron sistemas, y no siempre para establecer relaciones simétricas sobre los pueblos incluidos en su radio de influencia. En muchos casos no propiciaron el desarrollo del modelo del que ellos eran el prototipo, y además inhibieron con su acción la potencialidad económica y creativa de los afectados. Su globalización produjo con frecuencia un tipo de mesoamericanización que propiciaba no sólo semejanzas, sino diferencias. Las sociedades que ingresaban en sus sistemas tenían que responder a los papeles específicos que les correspondían en el orden introducido.

El problema de la complejidad histórica desemboca forzosamente en la división cronológica de Mesoamérica. Toda periodización es un modelo de transformación histórica, fundado en un criterio de clasificación de las sociedades que obedece a una forma dada de concebir la historia. Un estudio general de las periodizaciones de que ha sido objeto Mesoamérica haría necesario un amplio espacio. En efecto, incontables investigadores se han dado a la tarea de plantear teóricamente el problema, a partir de todo tipo de corrientes filosóficas, y han desarrollado esquemas sugerentes. Estamos conscientes de la injusticia de mencionar entre ellos sólo a Spinden, Vaillant, Steward, Vivó, Ekholm, Armillas, Caso, Bernal, Olivé Negrete, Willey, Piña Chan, Sanders, Price, Matos, Nalda y Bate, y más aún de no escribir unas líneas sobre cada propuesta teórica y concreta. No hay, por ahora, posibilidad de dedicar una atención mayor al problema.

Al menos plantearemos una disyuntiva preocupante derivada de los razonamientos arriba expuestos. Un criterio basado en el desarrollo evolutivo llevaría a una división cronológica por áreas culturales que, al ser integrado en una visión general de Mesoamérica, ofrecería desfases considerables. Por el contrario, un criterio de carácter histórico global permitiría uniformar los periodos, pero exigiría formas novedosas de interpretación histórica tanto de la superárea como de sus áreas constitutivas. Aunque nos inclinamos por la segunda opción, debemos ser muy realistas: ambos criterios (el cultural-evolutivo y el histórico) han sido frecuentemente mezclados, prevaleciendo una división que, pese a sus desajustes y a las críticas sobre su fundamento teórico y su terminología, se ha convertido desde hace tiempo en un importante vehículo de comunicación entre los especialistas.

A reserva de destinar al problema un espacio adicional en nuestro último capítulo, nos atenemos aquí a la periodización más popular. Ésta es la que sigue las tres divisiones básicas llamadas Preclásico, Clá-

sico y Posclásico. Lo hacemos más por conveniencia y costumbre que por convicción, pero sin atribuir a esta clasificación un sentido evolutivo unilineal, ni caracteres compartidos en un mismo momento por todas las sociedades de Mesoamérica. Esta conocida clasificación divide el tiempo mesoamericano en grandes periodos, cuyos límites cronológicos, subdivisiones y nomenclatura varían considerablemente no sólo de un área a otra, sino de autor a autor. Aunque nos referiremos con más detalle a la división temporal en los capítulos correspondientes, describimos a continuación las características y límites cronológicos aproximados de cada periodo:

1. Preclásico (2500 aC-200 dC). Reconociendo las variantes de cada área, puede dividirse en Temprano (2500 aC-1200 aC), Medio (1200 aC-400 aC) y Tardío (400 aC-200 dC). Inicio del sedentarismo agrícola y de la cerámica. Incremento demográfico constante, paralelo al desarrollo de las técnicas agrícolas. Paulatino dominio de los sistemas de control de aguas. Perfeccionamiento de la cerámica. Largo recorrido desde las sociedades igualitarias hasta las jerarquizadas. Especialización del trabajo. Sitios que van de los caseríos y aldeas originales a las capitales protourbanas derivadas de centros regionales. Desde un principio es importante el intercambio de bienes, que llega al establecimiento de largas rutas comerciales. Gran importancia de la talla de piedra, del jade pulimentado a la escultura monumental. Al final del Preclásico algunos pueblos mesoamericanos poseen un calendario y una escritura complejos, y llegan al gigantismo arquitectónico.

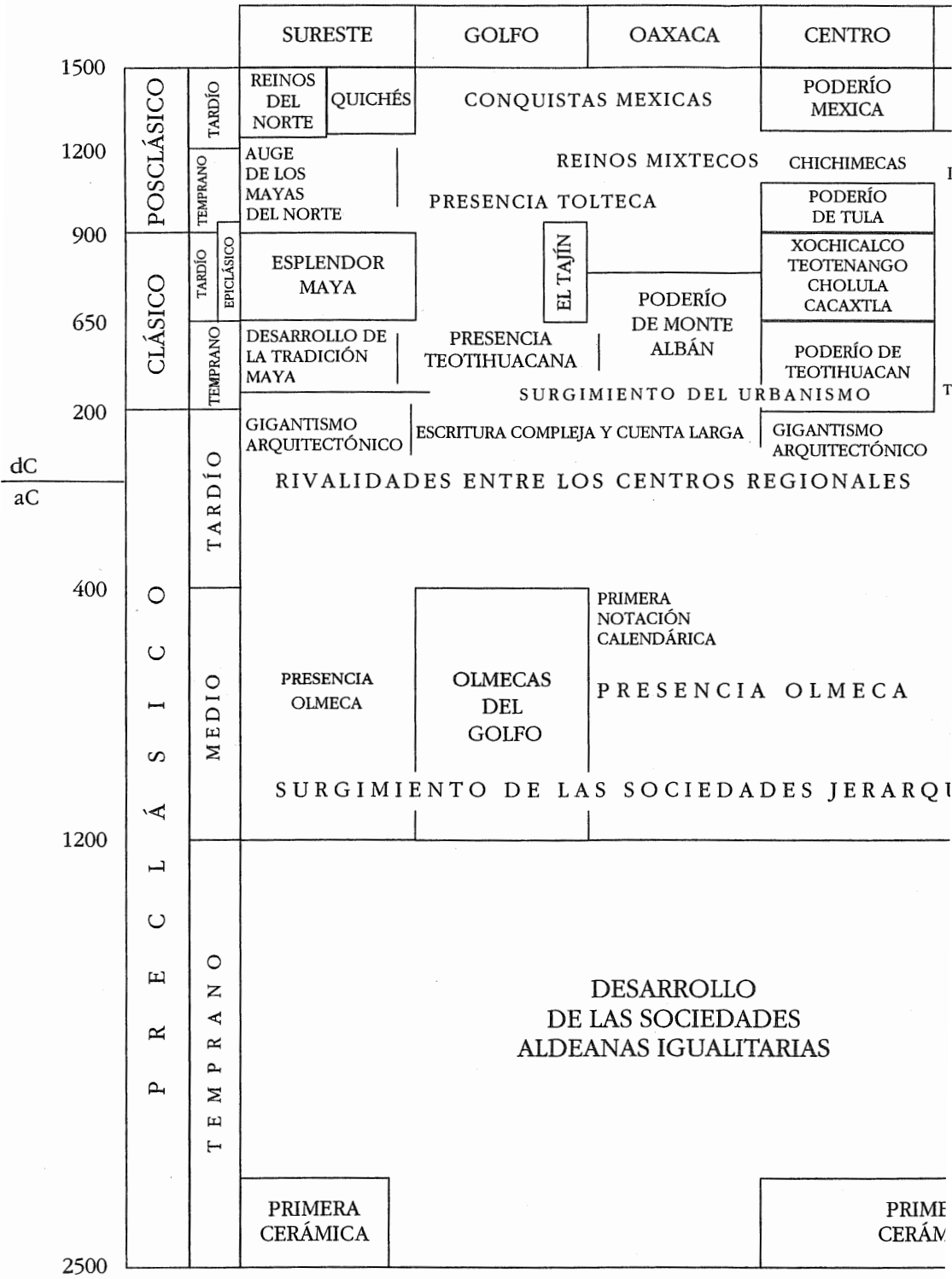
1.a. Protoclásico. Algunos autores usan este término como sinónimo de Preclásico Tardío (400 aC-200 dC) y otros lo identifican con su segunda mitad (100 aC-200 dC). Es frecuente encontrar en las clasificaciones este periodo intermedio, transicional, entre el Preclásico y el Clásico. Se lo identifica como el tiempo en que se sientan las bases del desarrollo cultural y político del Clásico. Algunos autores consideran que en esta época se practica una agricultura intensiva que permite un crecimiento rápido de la población. Más sitios y sitios más grandes. Rivalidades y conflictos bélicos entre los centros regionales que posiblemente contribuyeron a crear formas más desarrolladas de organización política. Complejidad socioeconómica creciente. Arquitectura monumental, que llega en casos al gigantismo. Se emplean en lugares específicos el calendario, la es-

critura y la numeración complejos. Preferimos no considerar el Protoclásico como base de división capitular. Su información está comprendida en los capítulos que se refieren al Preclásico.

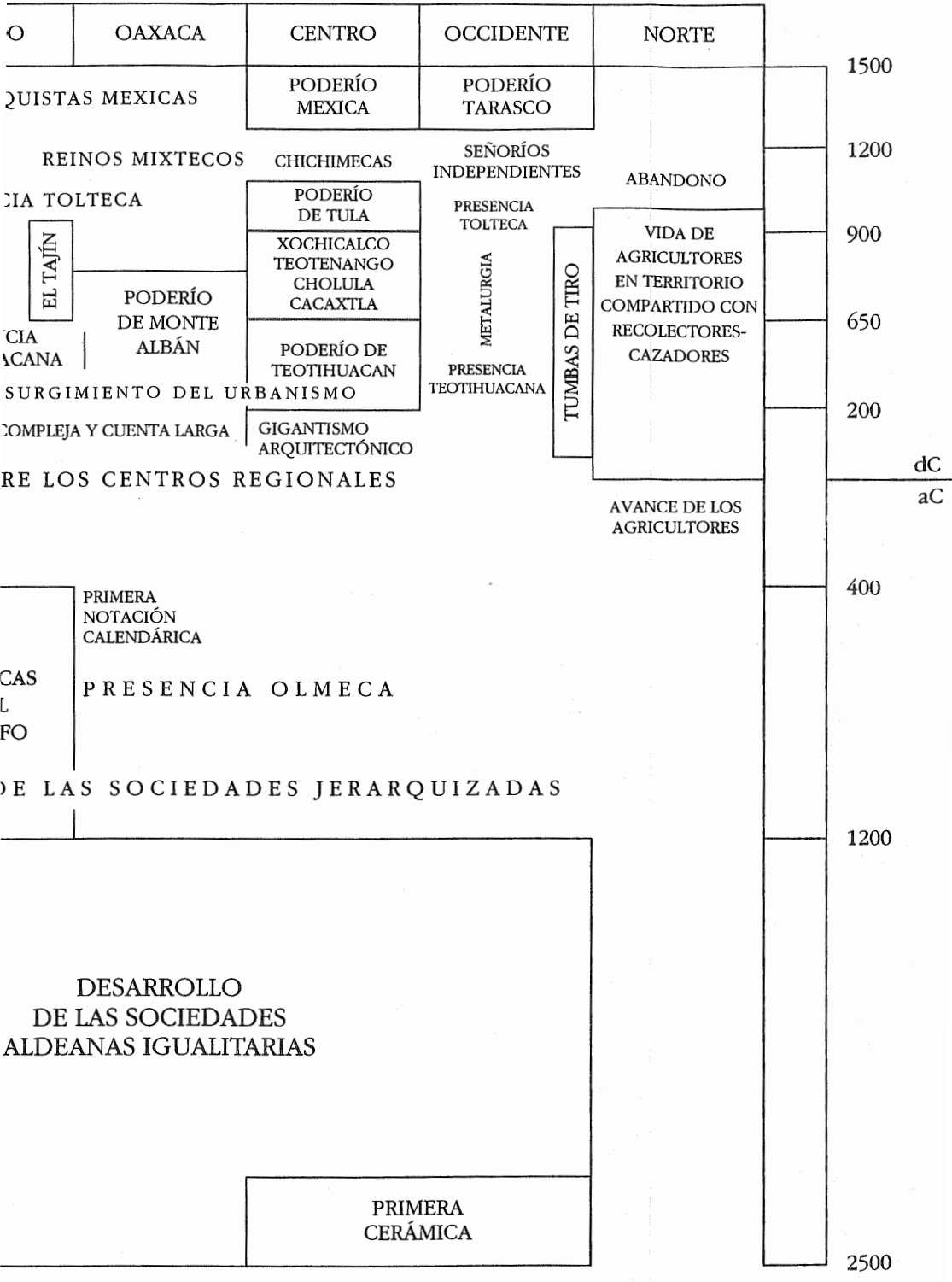
2. Clásico (200 dC-650/900 dC). Reconociendo las variantes de las distintas áreas, puede dividirse en Temprano (200 dC-650/750 dC) y Tardío (650/750 dC-900 dC). Diferenciación campo-ciudad; en el campo se produce el grueso de los bienes de subsistencia, mientras que en la ciudad se concentran las actividades artesanales, administrativas (políticas y religiosas) y los servicios. Se caracteriza por la formación de las grandes tradiciones regionales. Incremento notable de la población, que produce grandes concentraciones. Desarrollo de las técnicas de agricultura intensiva capaces de sustentar a dicha población numerosa. Metalurgia al final del periodo, reducida a regiones muy limitadas y sin una verdadera importancia económica. Notable diferenciación social. Gran especialización ocupacional. Consolidación de las elites en el gobierno, con control político e ideológico general. Institución religiosa incluida en las esferas gubernamentales. Comercio a larga distancia, organizado en redes complejas que influyen considerablemente en las economías y políticas locales y regionales. Las grandes capitales controlan las ciudades de su región y extienden su influencia al exterior. Surgimiento de potencias políticas, identificadas con las ciudades más importantes. Urbanismo desarrollado, con planificación rigurosa; complejos arquitectónicos masivos, algunos con decoración profusa. Guerras frecuentes. Esplendor del calendario, la escritura, la numeración y la astronomía. Florecimiento espectacular de las artes. Panteón cristalizado. Al final, muchas de las grandes capitales del Clásico declinan y se colapsan.

2.a. Epiclásico. Algunos autores usan este término como sinónimo del Clásico Tardío (650/750 dC-900/1000 dC) y otros lo identifican con su segunda mitad (859 dC-1000 dC). Es común encontrar en las clasificaciones un periodo intermedio, transicional, entre el Clásico y el Posclásico. Se caracteriza por el auge de ciudades que se benefician con el colapso de las grandes capitales clásicas. Las redes de comercio se fragmentan y se establece una importante competencia regional. Los centros de poder se ubican en sitios elegidos estratégicamente. Arquitectura y urbanismo defensivos. Sociedades con marcada pluralidad étnica. Integración de tradiciones regionales diversas en nuevas formas culturales. Hemos tomado en cuenta este periodo Epiclásico y destinado a su exposición algunos capítulos de este libro.

CUADRO I.2. *Los periodos mesoamericanos*



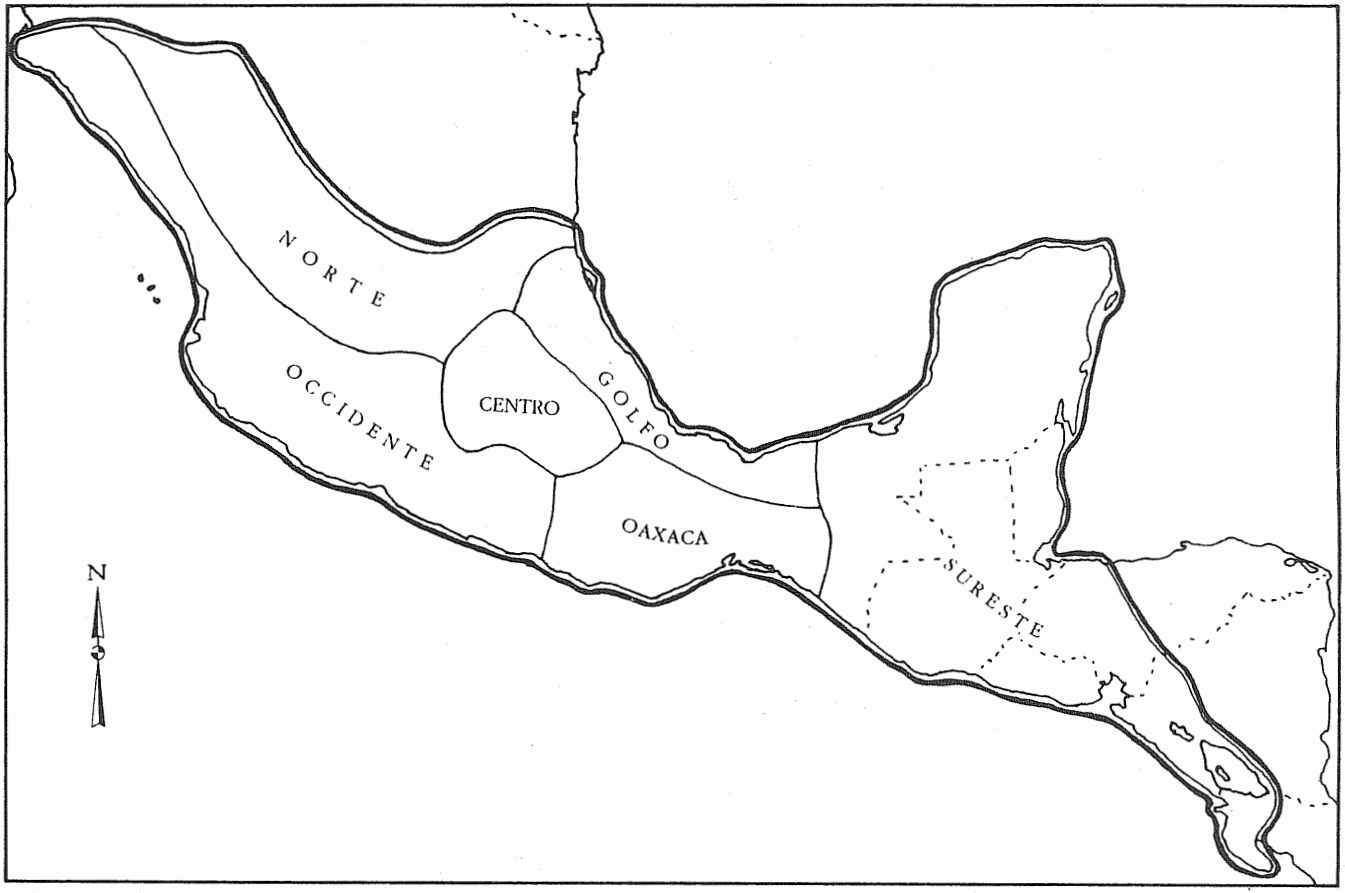
CUADRO 1.2. *Los periodos mesoamericanos*



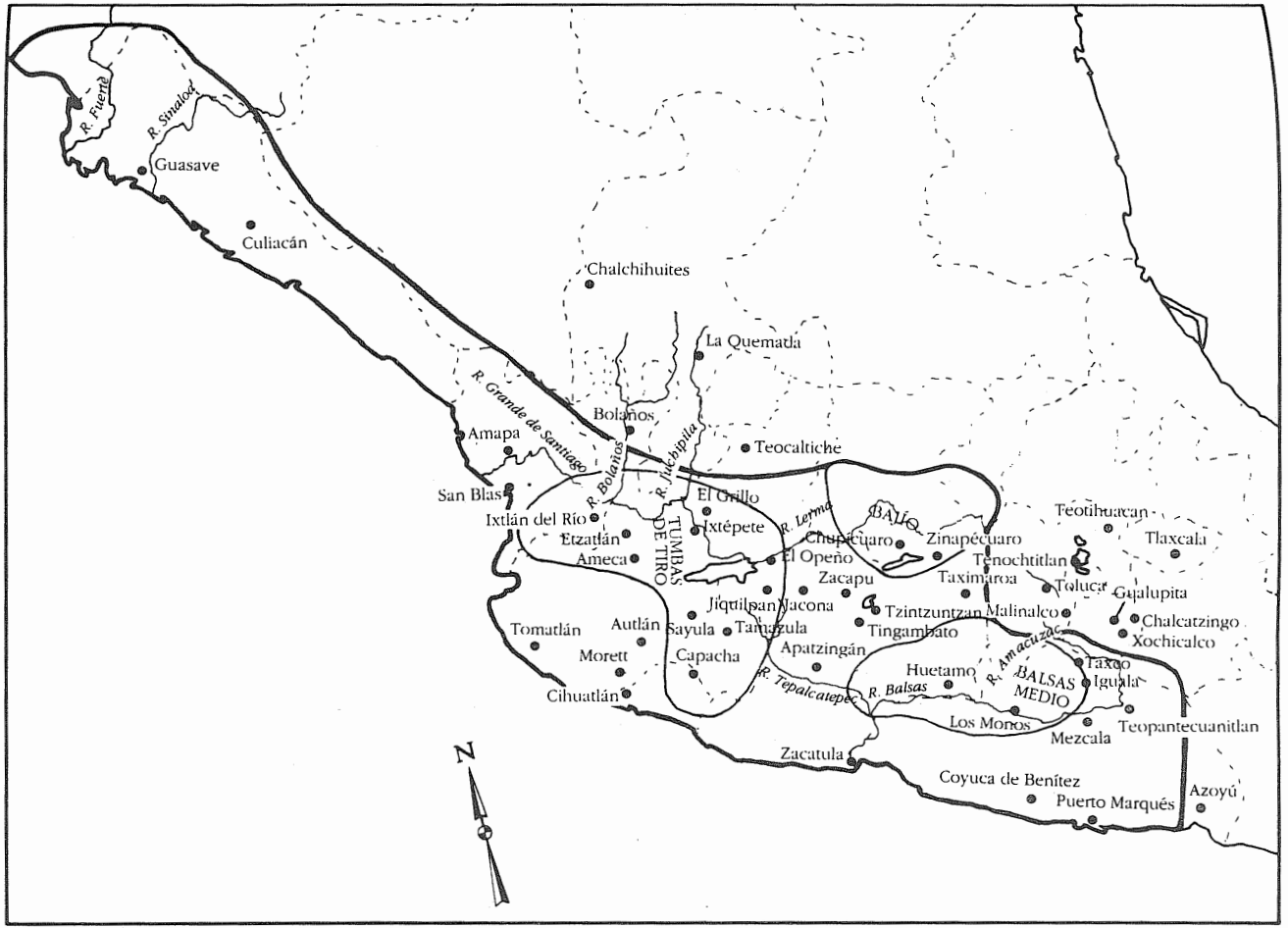
3. Posclásico (900/1000 dC-1520 dC). Reconociendo las variantes de las distintas áreas, puede dividirse en Temprano (900 dC-1200 dC) y Tardío (1200 dC-1520 dC). Movilidad de los grupos humanos. Retracción de la frontera norte. Tras el abandono del área Norte por los agricultores, contingentes de éstos y de recolectores-cazadores penetran en Mesoamérica. Amplia difusión de elementos culturales. Desarrollo de la metalurgia con la elaboración de objetos de oro, plata y cobre. Gran distribución de mercancías por toda la superárea y hacia Oasisamérica. Inestabilidad política, con surgimiento y caída súbita de estados agresivos. Militarismo. Expansiones por conquista. Tributación de los vencidos. Urbanismo y arquitectura de carácter defensivo. Nuevas formas de culto en una religión que adquiere fuertes tintes bélicos y políticos. Incremento considerable del sacrificio humano. Aumenta en importancia la arquitectura civil. Arte bélico y con referencias a la muerte y el sacrificio. El fin del Posclásico —y de Mesoamérica— es producto de la conquista española. Como podrá verse, la fecha de 1521 que aparece como límite corresponde a la realidad mexica. El último rincón de Mesoamérica no colonizada, Tayasal, subsistió libre hasta 1697.

En lo que toca al aspecto territorial, Mesoamérica —como toda superárea cultural— cambió de dimensiones durante su existencia. La tradición de los agricultores fue extendiéndose gradualmente por toda la zona en que las aguas de temporal garantizaban las cosechas. Después, en el primer siglo de nuestra era, dominadas las técnicas de regadío y aprovechando las condiciones climáticas favorables, los agricultores avanzaron hacia el norte para alcanzar durante el Clásico sus posiciones más septentrionales. Al parecer, fue un prolongado tiempo de sequías lo que provocó que se replegaran nuevamente hasta sus antiguos dominios, hacia el año 1000, y así fue como Kirchhoff, al tomar como límites de Mesoamérica los existentes en el tiempo de la Conquista, no consideró esta amplísima faja que se prolongaba 250 km hacia el norte, y que constituyó el área Norte.

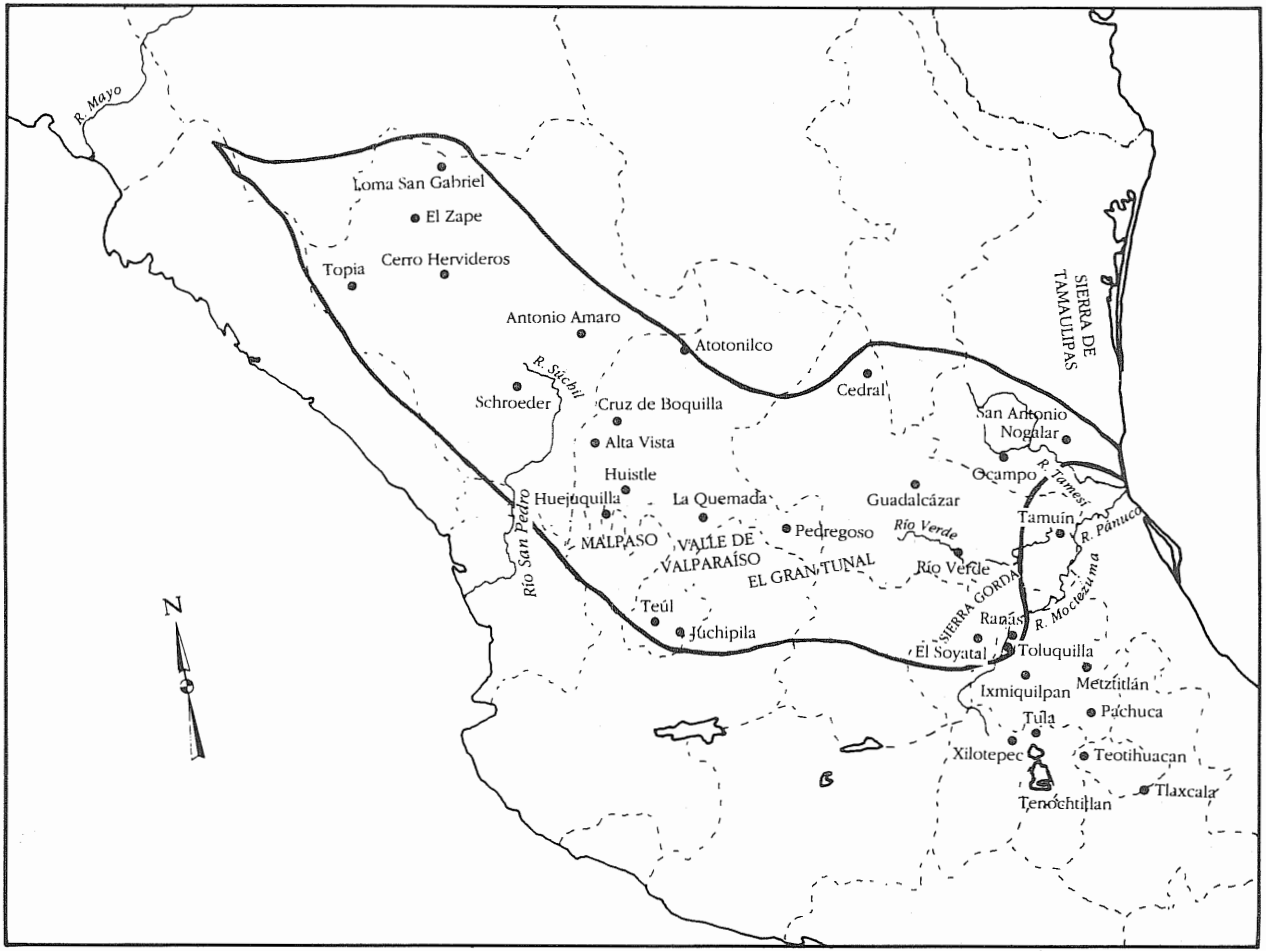
En su totalidad, Mesoamérica incluyó la mitad meridional de México, todo Guatemala, Belize y El Salvador, la parte occidental de Honduras, la costa pacífica de Nicaragua y el noroeste de Costa Rica. Sus fronteras tienen características muy particulares. La noroccidental llega hasta el territorio de pueblos agricultores, tanto serranos como costeños, que forman una franja de tradición intermedia entre Mesoamérica



MAPA 1.8. *Mesoamérica y sus áreas culturales*



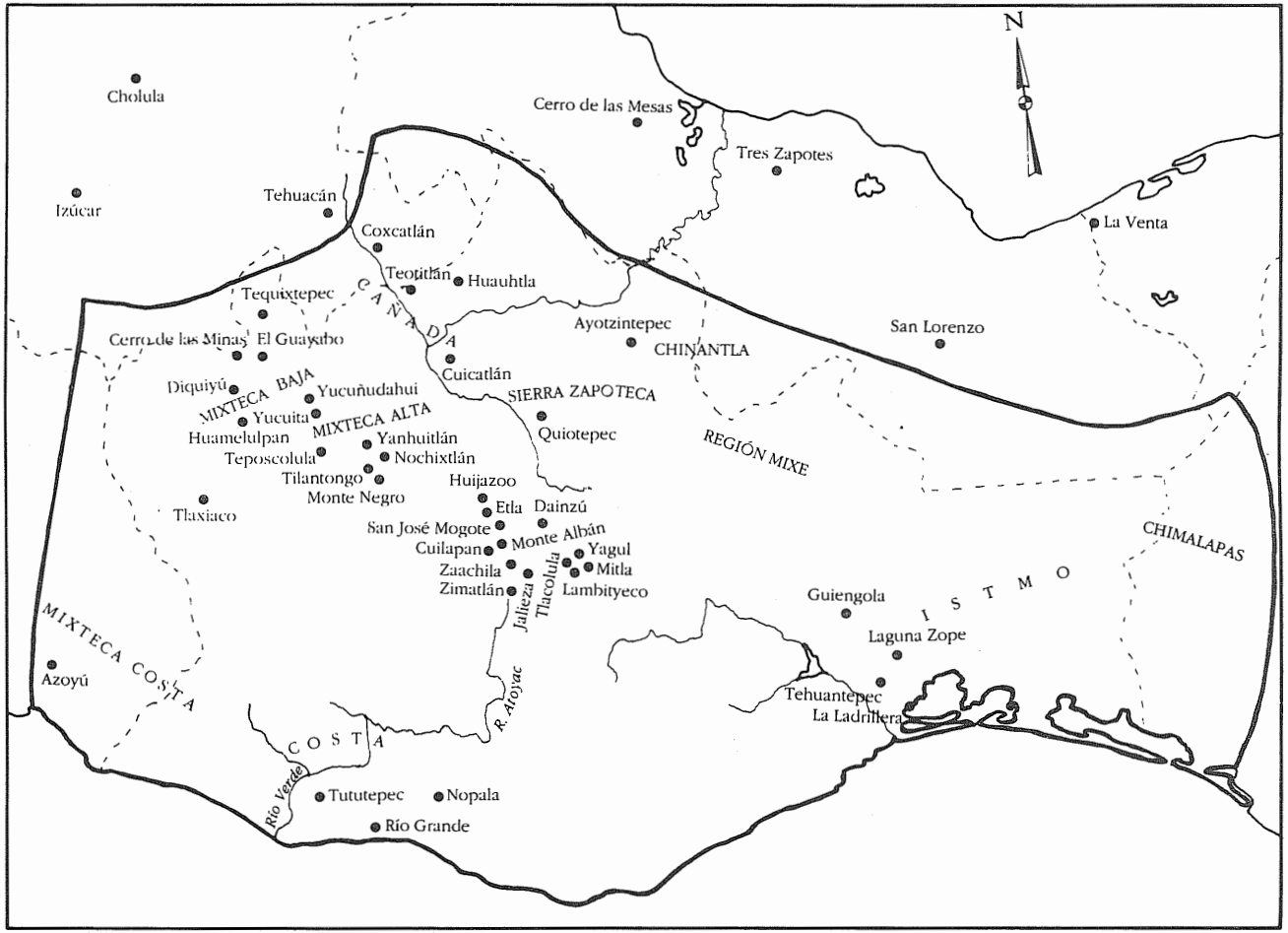
MAPA I.9. *El Occidente*



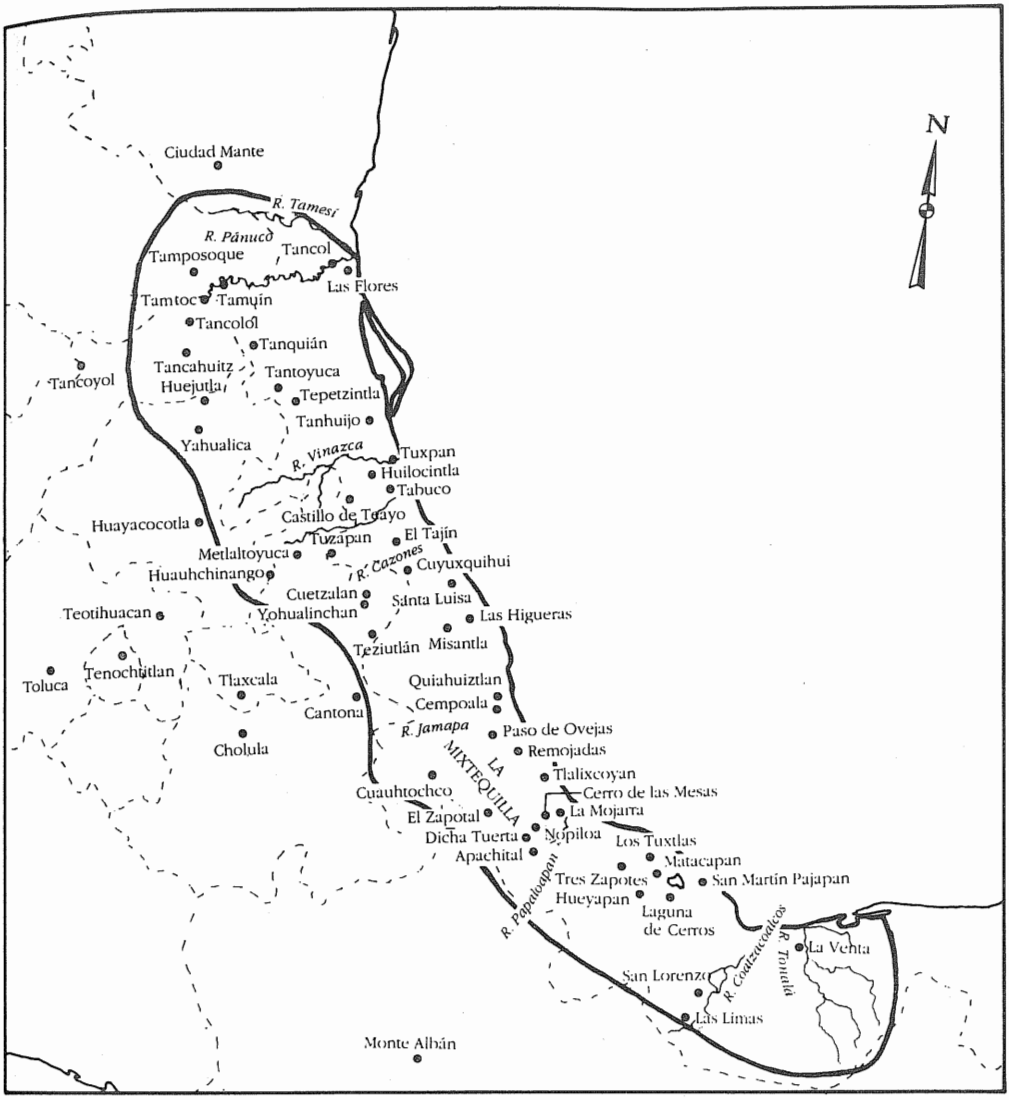
MAPA 1.10. *El Norte*



MAPA I.11. *El Centro*



MAPA 1.12. *Oaxaca*



MAPA I.13. *El Golfo*



MAPA I.14. *El Sureste*

y Oasisamérica, por lo que la precisión se hace sumamente difícil. La septentrional es la más variable de todas, debido a la avanzada y el repliegue mencionados, entre el siglo I y el X dC; en el tiempo de su mayor extensión se encontraban imbricadas en ella sociedades de recolectores-cazadores y de agricultores sedentarios. Al sureste, donde la frontera mesoamericana era más firme que la anterior, se lindaba con pueblos también agricultores, cultivadores de maíz, pero cuya tradición pertenecía a otra superárea: la chibcha.

La superárea mesoamericana ha sido dividida aquí en seis áreas, caracterizadas por sus particularidades ya históricas, ya étnicas, ya lingüísticas, ya geográficas, generadoras de peculiaridades culturales importantes. Estas seis áreas son:

1. Occidente. Comprende total o parcialmente territorios de los actuales estados de Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Colima, Michoacán y Guerrero.
2. Norte. Comprende total o parcialmente territorios de los actuales estados de Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Tamaulipas, Jalisco, Aguascalientes, Guanajuato y Querétaro.
3. Centro de México. Comprende total o parcialmente territorios de los actuales estados de Hidalgo, México, Tlaxcala, Morelos y Puebla, y el Distrito Federal.
4. Oaxaca. Sus dimensiones casi coinciden con las del actual estado de Oaxaca, aunque comprende parte de los territorios colindantes de Guerrero, Puebla y Veracruz.
5. Golfo. Comprende total o parcialmente territorios de los actuales estados de Tamaulipas, San Luis Potosí, Hidalgo, Veracruz, Puebla y Tabasco.
6. Sureste. Comprende total o parcialmente territorios de los actuales estados de Tabasco, Chiapas, Campeche, Yucatán y Quintana Roo, y los países centroamericanos de Guatemala, Belize, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

Como puede suponerse, los límites entre estas áreas culturales no fueron siempre los mismos, pues las regiones que las integraban podían pasar de un escenario histórico-cultural a otro en una época dada. Sin embargo, la división global es útil como instrumento clasificatorio de una realidad tan extensa y tan variada.

II. EL PRECLÁSICO MESOAMERICANO

Una visión general del Preclásico

Cuando los arqueólogos, con su particular terminología, afirman haber llegado a una capa precerámica, se están refiriendo a los estratos más antiguos de la historia humana. En ellos encontrarán los vestigios de la época en que sólo existían las sociedades de recolectores-cazadores. En cambio, por la presencia de la cerámica en capas menos profundas distinguen otros estadios de desarrollo cultural: los de la vida sedentaria. Lo anterior se debe a que la alfarería es un excelente índice del sedentarismo, ya que los nómadas —aun los vecinos de pueblos ceramistas— prescinden de artefactos que, para su forma de existencia, resultan muy voluminosos, pesados y frágiles. Otra es la situación de los pueblos que no tienen que desplazarse periódicamente: las vasijas de barro cocido ofrecen más ventajas que los recipientes de cestería, de madera o de piedra. La invención de la cerámica significó un enorme avance tecnológico, ya que permite formas especializadas, retiene muy bien los líquidos, soporta altas temperaturas y resiste los ataques de los depredadores y los microorganismos.

La aparición de la cerámica está vinculada al nacimiento de Mesoamérica. De acuerdo con los fechamientos radiocarbónicos, las cerámicas más antiguas, procedentes de Puerto Marqués, Guerrero, de Tehuacán, Puebla, y de Tlapacoya, Estado de México, datan de 2400-2300 aC. Son cerámicas aún burdas, de superficie áspera debido a las arenas gruesas que se mezclaron a la arcilla para hacerla más modelable. Sin embargo, no debe equipararse el inicio del Preclásico a la aparición de la cerámica. Hay que aclarar que lo que define el principio del Preclásico y, en consecuencia, el de Mesoamérica, es el surgimiento de nuevas formas de organización social. La cerámica es sólo uno de los rasgos más evidentes para los arqueólogos.

Los años 2500 aC y 200 dC son los límites temporales de este primer periodo mesoamericano. El fenómeno más notable del Preclásico es la generalización del sedentarismo agrícola. En efecto, las sociedades de este tiempo dependerán predominantemente de los frutos de sus se-

menteras, se incrementará el número de sus miembros y se concentrarán en caseríos y aldeas.

El Preclásico puede dividirse globalmente en tres grandes momentos de distinta complejidad social. El primero corresponde al Preclásico Temprano (2500 aC-1200 aC), época en que tan sólo existieron comunidades tribales igualitarias. Junto a los campos de cultivo se establecían pequeñas aldeas, conjuntos que no rebasaban 20 chozas. Éstas, construidas con materiales perecederos, eran muy parecidas entre sí, y respondían a la homogeneidad del grupo. Las actividades comunitarias giraban en torno al cultivo que aprovechaba las lluvias estacionales, las inundaciones de los ríos o los suelos humedecidos por el alto nivel freático. La variedad del entorno geográfico favorecía el intercambio entre las aldeas; no obstante, cada comunidad producía la mayor parte de los bienes que requería para su subsistencia. Las concepciones religiosas de los aldeanos pueden deducirse de las prácticas frecuentes de enterrar a los muertos bajo los pisos de las habitaciones.

El segundo momento corresponde al Preclásico Medio (1200 aC-400 aC). En estos ocho siglos se produjeron cambios tecnológicos considerables, principalmente en la agricultura. En regiones claves del territorio mesoamericano se han descubierto represas, canales, terrazas y otros sistemas de control de aguas. Gracias a ellos, el hombre atenuaba los riesgos de la insuficiencia y el retraso de las lluvias, y podía aumentar el número de cosechas por año. Los sistemas de irrigación aparecen en Tehuacán hacia 700 aC; 100 o 200 años más tarde en la Cuenca de México y en el 400 aC en el Valle de Oaxaca. Correlativamente se enriquecerá la variedad de las plantas domésticas.

El desarrollo en otros campos tecnológicos y la creciente especialización en la producción fomentarían el intercambio de materias primas, productos e ideas entre aldeas y regiones, robusteciendo la unidad cultural e histórica de Mesoamérica. La especialización trajo consigo un número creciente de individuos apartados de la producción de alimentos.

El fenómeno más importante del Preclásico Medio es el surgimiento de la diferenciación social, el cual alcanza sus primeros efectos espectaculares entre los olmecas del área del Golfo de México. Las desigualdades entre los individuos de una misma comunidad son notorias en la complejidad de las tumbas, en la riqueza de las ofrendas funerarias, en las representaciones iconográficas y en la importancia que adquieren los bienes de prestigio, sobre todo cuando son de procedencia foránea.

Los estudiosos de este periodo han hecho hincapié en la importan-

cia que entonces gozó el intercambio de bienes de prestigio entre las elites. Eran bienes cuyos materiales procedían con frecuencia de regiones muy remotas. Además, la manufactura de la mayor parte de ellos exigía muchas horas de trabajo y una refinada especialización artesanal. Pueden mencionarse entre los objetos suntuarios del Preclásico la refinada cerámica polícroma, los espejos de hematita e ilmenita, el polvo de cinabrio, las figurillas de piedra verde y los adornos de hueso, concha y piedras semipreciosas. Además, su uso parece haber estado ligado a los cargos de gobierno, a las funciones de representación de la comunidad ante grupos externos y a las de mediación entre los hombres y los poderes sobrenaturales.

Son varias las hipótesis que pretenden explicar el surgimiento de la diferenciación social. Cada una atribuye este trascendental cambio a una causa distinta: el acceso diferencial a los recursos naturales originado por el incremento demográfico; el desarrollo tecnológico; el conocimiento de fenómenos naturales básicos para la producción agrícola; la coordinación de las obras hidráulicas comunales; el control del intercambio regional y la redistribución de los productos alóctonos, o el manejo de la sobrenaturaleza. Es difícil tomar partido con base en los magros datos concretos que nos ofrece hasta hoy la arqueología. De cualquier manera, la mayor parte de las hipótesis coinciden en una creciente especialización de segmentos específicos de la sociedad, probablemente grupos de parentesco. Con el paso del tiempo, algunos de estos segmentos tendrían un acceso privilegiado a los bienes y a los servicios, ejercerían funciones de control social y alcanzarían una posición prestigiosa.

Un proceso paralelo y estrechamente vinculado al origen de la diferenciación social es el surgimiento del calendario y la escritura. La escritura, en efecto, transmite desde sus inicios información política, y a ella van asociados muy frecuentemente los registros cronológicos. Según Joyce Marcus, la historia, el mito y la propaganda política se funden y quedan registrados por la escritura desde 600 aC hasta el fin de Mesoamérica. Los monumentos de piedra en los cuales aparecen las primeras notaciones calendáricas han sido descubiertos en el Valle de Oaxaca: el Monumento 3 de San José Mogote, las lápidas de "danzantes" de Monte Albán y las Estelas 12 y 13 de este mismo sitio. En unas de estas obras están registradas fechas del calendario adivinatorio de 260 días; en otras hay, además, cargadores y signos de años, y, posiblemente, nombres de veintenas, lo que haría referencia al año de 365 días.

En regiones específicas del territorio mesoamericano surgieron densos centros de población con arquitectura monumental. Los mejores ejemplos son La Venta y San José Mogote.

El tercer momento se inicia con el ocaso del mundo olmeca. Ha sido llamado Preclásico Tardío, y comprende de 400 aC a 200 dC. En él algunos asentamientos aumentaron de tamaño y complejidad hasta el punto de llegar a convertirse en enormes centros de poder rodeados por aldeas que fueron sus satélites, estructuradas por orden de importancia. La multiplicidad de las pujantes cabeceras generó pugnas y francos conflictos bélicos dirigidos a zanjar las rivalidades por el control comercial y político.

Los nuevos centros se distinguen por un tipo arquitectónico de plazas, plataformas y templos monumentales formados por basamentos superpuestos de planta rectangular o circular, en cuya cúspide había una capilla a la que se accedía por rampas o escalinatas. El gigantismo fue el sello de la época. Nunca antes se habían erigido pirámides de tales dimensiones. Basten como ejemplos la Pirámide del Sol en Teotihuacan o la pirámide principal del conjunto El Tigre en El Mirador, Guatemala, respectivamente de 63 y 55 m de altura.

Los arqueólogos han encontrado evidencias de la importancia que el comercio llegó a tener en estas capitales. Así, se sabe que Kaminaljuyú, en los altos guatemaltecos, fue un floreciente centro mercantil, y que Teotihuacan se fundó en una encrucijada de rutas de intercambio y próxima a ricas minas de obsidiana.

Durante el Preclásico Tardío proliferó la escultura religiosa que reproduce episodios míticos y escenas cosmológicas. Entre las obras más notables están las de Izapa, que nos aproximan a las creencias de la época. También durante el Preclásico Tardío se desarrolla la escritura, que irá extendiéndose hasta ocupar un vasto territorio de Oaxaca, Veracruz, Tabasco, Chiapas y Guatemala. El estado actual de nuestros conocimientos impide atribuir la escritura a un grupo étnico específico. No obstante, las inscripciones de esta época se encuentran distribuidas en territorios ocupados por hablantes de lenguas otomangues y mixezoques. Los textos conocidos tienen mayor complejidad en su estructura y un número inusitado de glifos, lo cual habla de mensajes cada vez más elaborados. En la segunda mitad del Preclásico Tardío aparece la *cuenta larga,* el sistema de cómputo calendárico más desarrollado de Mesoamérica, que fija en el tiempo, en forma precisa, acontecimientos míticos y reales a partir de una fecha-hito. La Estela 2 de

Chiapa de Corzo contiene la fecha más antigua conocida de cuenta larga (36 aC). Otros monumentos con fechas tempranas son la Estela C de Tres Zapotes (31 aC), la Estela 1 de El Baúl, en el sur de Guatemala (16 y 36 dC), la Estatuilla de los Tuxtlas (162 dC) y la Estela 1 de La Mojarra (143 y 156 dC). Con un larguísimo texto que se refiere a la imagen de un gobernante ricamente ataviado, la Estela de la Mojarra prefigura la escritura maya del Clásico. Su carácter excepcional reside en que, al parecer, está escrita en una lengua mixeana.

El Centro en el Preclásico

Sin lugar a dudas, el Centro de México es el área mesoamericana cuya larga historia prehispánica es la mejor conocida por las minuciosas descripciones de las fuentes documentales y las intensas investigaciones arqueológicas. Es un territorio compuesto fundamentalmente por cuatro unidades geográficas enlazadas por sus tradiciones: el Valle de Morelos al sur, el Valle de Puebla-Tlaxcala al oriente, la Cuenca de México al centro y el Valle de Toluca al occidente. De ellos, el Valle de Morelos es el único emplazado en tierra caliente. En cambio, las otras tres unidades, rodeadas por altas montañas, se encuentran al norte del Eje Neovolcánico y a más de 2 000 metros sobre el nivel del mar. Éstas son grandes extensiones de tierras fértiles que en épocas prehispánicas contaron con importantes sistemas fluviales y lacustres.

La Cuenca de México desempeñó un papel protagónico en la historia mesoamericana debido, entre otras cosas, a su posición central, a su considerable extensión y a la riqueza y diversidad de sus ecosistemas. Una séptima parte de su superficie era ocupada por un sistema de lagos y pantanos que proveían de abundante proteína animal y facilitaban los desplazamientos al hombre. A lo anterior se suman su temperatura benigna, sus densos bosques, la buena calidad de sus suelos aluviales con altos niveles freáticos y la magnífica repartición de los recursos estacionales. Todo ello contribuyó a que, aun antes de la generalización de la agricultura, en la Cuenca existieran comunidades de recolectores-cazadores de vida sedentaria.

El Preclásico del Centro de México, en forma semejante al resto de Mesoamérica, puede dividirse en tres grandes momentos: el Temprano (2500-1250 aC), caracterizado por las aldeas agrarias; el Medio (1250-600 aC), en el cual surgen numerosos centros regionales, y el Tardío

(600 aC-150 dC), que se inicia con la transformación de algunos de dichos centros en capitales protourbanas y finaliza con el nacimiento de una ciudad de poder suprarregional: Teotihuacan.

De acuerdo con los estudios de Christine Niederberguer, David C. Grove, Paul Tolstoy y muchos más, las sociedades del Preclásico Temprano eran igualitarias, de economía plenamente agrícola y se distribuían en aldeas muy semejantes entre sí. Al menos en la Cuenca, no existió entonces un notorio aumento demográfico en relación con la etapa previa de sedentarismo preagrícola. Las poblaciones mejor conocidas de aquel entonces son Chalcatzingo en el Valle de Amatzinac, Morelos, y Loma Terremote, El Arbolillo, Tlatilco, Tlapacoya y Coapexco en la Cuenca. Con excepción de este último, parece que la norma era el asentamiento en las riberas fluviales y lacustres y en el somonte.

Como ya se dijo, los restos de producción alfarera más antigua en el Centro de México provienen del Valle de Tehuacán, en Puebla (fase Purrón), y podrían remontarse a 2300 aC, de acuerdo con los fechamientos de Richard S. MacNeish. Esta cerámica, de superficies tan ásperas que le han valido la designación inglesa de *pox potery,* contrasta con las bellísimas piezas de alfarería de un milenio más tarde, producidas en Tlatilco y Tlapacoya. Su decoración roja sobre fondo bayo, similar a la de San José Mogote y Chupícuaro, ha hecho suponer intensos contactos de la Cuenca de México con sus contemporáneos mesoamericanos.

Cambios sustanciales tuvieron lugar a partir de 1250 aC, año en que se ha fijado el inicio del Preclásico Medio. Dos de los fenómenos más importantes de este periodo fueron un considerable aumento de población y el desarrollo de técnicas de intensificación agrícola. Tanto en las zonas secas de la Cuenca de México como en las de los valles de Puebla y Morelos se han encontrado vestigios de sistemas de terrazas y de canalización. Igualmente, existen indicios de construcción de chinampas en las zonas pantanosas de los lagos. A pesar de la gran importancia de estas técnicas, es preciso reconocer que la mayor parte de la agricultura seguía dependiendo de las lluvias estacionales.

En el Preclásico Medio el isomorfismo aldeano deja su lugar a una nueva realidad política: el espacio adquiere entonces otro sentido con el surgimiento de centros regionales que agrupan a su alrededor numerosas aldeas satélites. Esto permite suponer la conformación de estructuras políticas y administrativas complejas que se fueron integrando en un sistema de intercambio panmesoamericano. Destacan en la

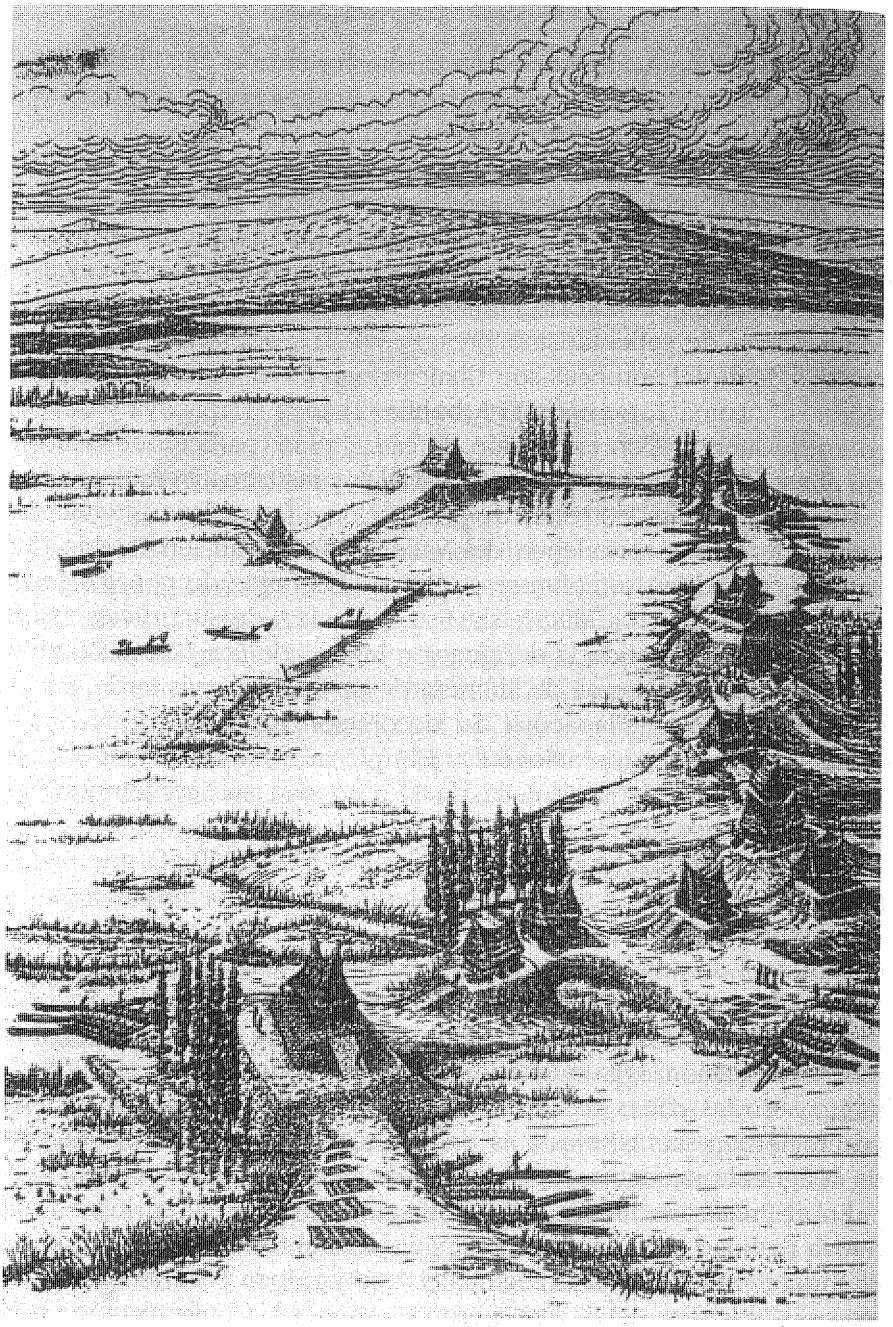


FIGURA II.1. *Aldea lacustre de Terremote, Distrito Federal. Área Centro, periodo Preclásico (dibujo reconstructivo de Fernando Botas Vera)*

Cuenca sitios como Tlapacoya en la ribera lacustre, Tlatilco en el somonte y Coapexco en las estribaciones del Iztaccíhuatl. Otro sitio muy importante, pero en el Valle de Amatzinac, Morelos, es Chalcatzingo, que aprovechó la riqueza regional de hematita, cal y caolín, y un clima favorable para el cultivo del algodón.

En estas poblaciones residía un nuevo grupo social, que no estaba dedicado de manera directa a la producción de alimentos. Los beneficios que la elite emergente obtuvo por medio de una desigual distribución de prestigio, poder, bienes y servicios son evidentes hoy en los restos arqueológicos: representaciones cerámicas de individuos ricamente ataviados o con atributos de mando, y tumbas suntuosas no sólo de adultos, sino de niños, lo que evidencia el estatus adquirido por el mero nacimiento dentro de un linaje privilegiado.

Como en muchas otras partes de Mesoamérica, el poder de estas elites se expresó mediante objetos suntuarios en que aparecen el estilo y los símbolos de un arte generalizado en la época, el conocido como olmeca. Esta amplia difusión artística fue una de las consecuencias de la inusitada interrelación mesoamericana que se produjo en esta época. Así, por ejemplo, es notable la distribución hasta remotas regiones de Mesoamérica de la obsidiana extraída de las minas de la Cuenca. En el nuevo orden jerárquico eran los gobernantes quienes tenían en sus manos la organización de la producción especializada, el intercambio con regiones distantes y la redistribución de los productos foráneos. Los contactos más importantes del Centro de México fueron con San Lorenzo en el área del Golfo, el Valle de Oaxaca y el territorio chiapaneco.

Otro elemento que define al Preclásico Medio es la proliferación de figurillas de cerámica que dejan entrever algunas de las concepciones religiosas de la época. Predominan las figuras femeninas de caderas amplias, que han sido asociadas a la fertilidad de la tierra. También son comunes las representaciones de individuos de dos cabezas o de dos caras, así como de jugadores de pelota y contorsionistas. Es en Chalcatzingo donde se conserva el conjunto más impresionante de imágenes religiosas, bajorrelieves de estilo olmeca esculpidos en las peñas de un cerro. Los personajes humanos o divinos allí representados, los felinos rampantes, los animales fantásticos y los motivos fitomorfos de calabazas y bromelias, todo relacionado directamente con la agricultura, revelan un culto complejo a la tierra y a la lluvia, y una rica mitología.

De acuerdo con los investigadores especializados en el Centro de

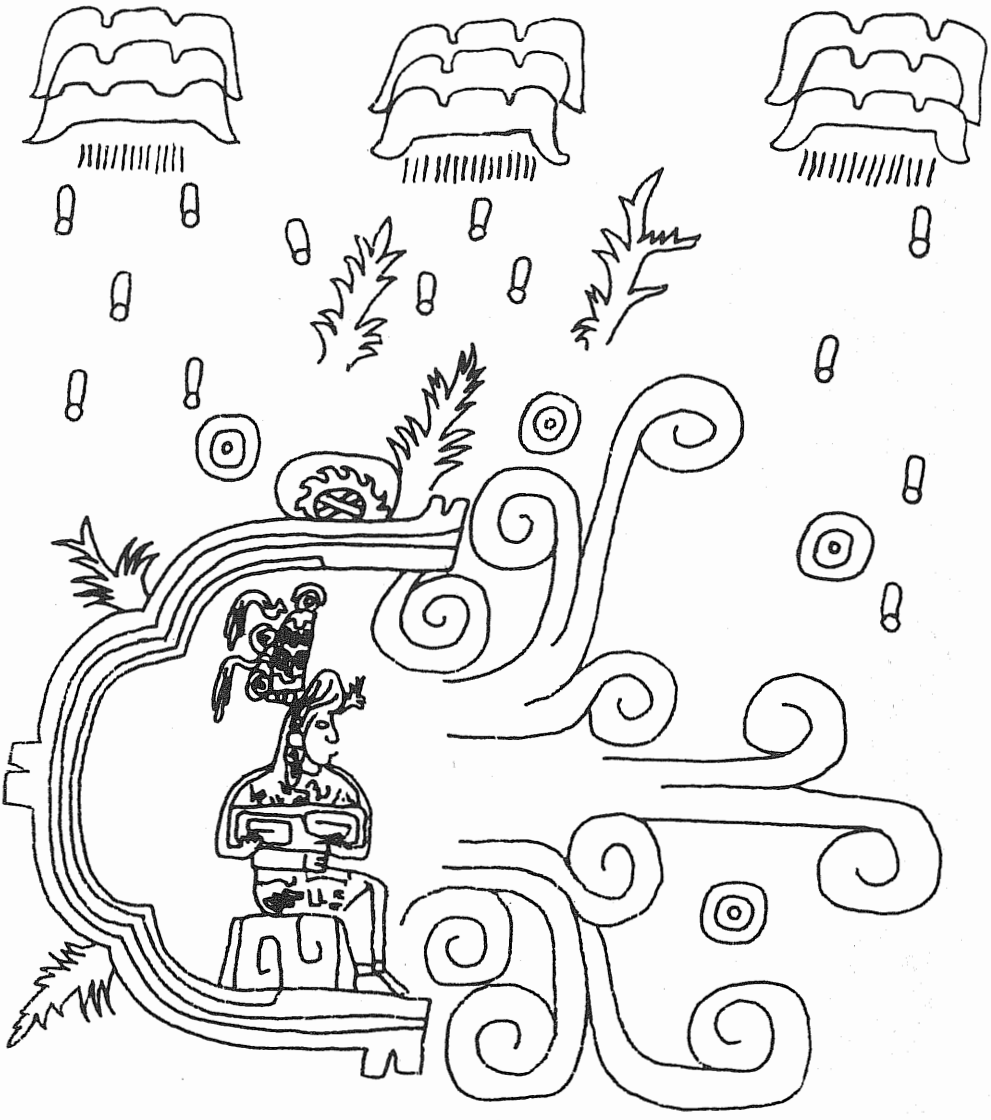


FIGURA II.2. *Relieve conocido como "El Rey", Chalcatzingo, Morelos. Área Centro, periodo Preclásico*

México, el Preclásico Tardío se inicia en esta área hacia 600 aC con la desaparición de lo olmeca. Este periodo, que concluiría hacia 150 dC, se caracteriza por la transformación de algunos centros regionales en capitales protourbanas que no sólo concentran el poder, sino que son verdaderos imanes de población. En el Valle de Puebla, por ejemplo, diversos centros se desarrollaron al grado de formar capitales con plataformas templarias, plazas, calles, sistemas de drenaje y juegos de pelota.

Cuicuilco es un caso notable de este mismo fenómeno. Establecida en las márgenes occidentales del Lago de Xochimilco, contó con la fuerza económica y política suficiente para erigir un majestuoso complejo de edificios públicos, en torno a un templo con basamento en forma de cono truncado que llegó a medir aproximadamente 135 m de diámetro y 25 de altura. La atracción que ejerció Cuicuilco sobre las aldeas de la región fue impresionante. Según Sanders *et al.*, entre el 650 y el 300 aC la Cuenca tenía 80 000 habitantes, de los cuales entre 5 000 y 10 000 ocupaban Cuicuilco. En los dos siglos subsecuentes, cuando la Cuenca contaba con 140 000, Cuicuilco al menos había doblado su población. En ese entonces Teotihuacan había igualado en población y extensión a su rival del sur.

En la última parte del Preclásico Tardío, Cuicuilco desaparece, probablemente antes de las erupciones del Xitle. Teotihuacan, que muy bien pudo haber captado su población, se convierte de esta manera no sólo en el poder absoluto de la Cuenca, sino que lleva su influencia mucho más allá de los límites regionales. Entre 100 aC y 150 dC casi 80 000 personas residían en esta capital, es decir, de 80 a 90% del total de la Cuenca. Tal concentración humana permitiría la erección de las pirámides del Sol y de la Luna y, a la postre, el surgimiento de la monumental ciudad mesoamericana.

Oaxaca en el Preclásico

De todas las áreas mesoamericanas Oaxaca es, quizá, la que ofrece al estudioso la secuencia evolutiva más clara del Preclásico. Desde tiempos remotos, sociedades de las distintas ramas lingüísticas de la familia oaxaqueña establecieron aldeas agrícolas en todos los confines del territorio. Sitios como El Guayabo en la Mixteca Baja, Yucuita en la Mixteca Alta, San José Mogote en el Valle de Oaxaca, Hacienda Tecomaxtlahua en la Cañada, Ayotzintepec en la Chinantla y Laguna Zope en el

Istmo son ejemplos de esta prístina fase aldeana. En el siglo v aC varias aldeas, entre ellas Yucuita, Huamelulpan, Cerro de las Minas y Monte Albán, se habrán convertido en lo que fuera el preludio del urbanismo mesoamericano.

Los arqueólogos han centrado su atención fundamentalmente en el Valle de Oaxaca, compuesto por tres ramales: Etla, Tlacolula y Zimatlán. El valle ocupa una extensión de más de 2000 km^2 limitada por la Sierra Madre del Sur y las elevaciones de la Mixteca Alta. La región es de clima semiárido, templado y de gran potencial agrícola, ya que dominan en ella los suelos aluviales irrigados por los ríos Atoyac y Salado. Durante el Preclásico, sus recursos fueron abundantes en bosques y en minerales como la arcilla, el cuarzo, el pedernal, la magnetita y la ilmenita.

Gracias a los trabajos sistemáticos del equipo dirigido por Kent V. Flannery y Joyce Marcus, sabemos que durante el Preclásico tuvo lugar en el Valle de Oaxaca una transformación firme y continuada de las sociedades aldeanas igualitarias hacia las urbanas jerárquicas. En efecto, los vestigios arqueológicos exhumados permiten reconstruir la vida en el Valle desde estadios precerámicos hasta el surgimiento de la ciudad de Monte Albán.

Los límites del Preclásico Temprano en el Valle de Oaxaca se fijan en 1900 y 1150 aC. Comprende las fases Espiridión y Tierras Largas. En la primera fase se fabricó una cerámica burda y sin decoración que tiene ciertas semejanzas con la alfarería Purrón de Tehuacán. Hacia 1400 aC, en el Valle de Etla había ya cinco caseríos distribuidos en torno a la pequeña aldea de San José Mogote, la cual tendría unos 150 habitantes y una extensión de más de siete hectáreas. El centro de esta aldea estaba ocupado por un edificio público estucado y con un altar interior. Alrededor de esta construcción se levantaban casas de bajareque provistas de hornos y de pozos troncocónicos que servían para almacenar granos.

A partir de 1150 y hasta 500 aC se desarrolla el Preclásico Medio, dividido en las fases San José, Guadalupe y Rosario. Esta época tendrá como signos un sorprendente aumento de población, la multiplicación de los asentamientos en el Valle y el desarrollo de la diferenciación social. En los primeros tres siglos del Preclásico Medio, San José Mogote llega a 700 habitantes, repartidos en cuatro barrios residenciales. Hay para ese entonces viviendas que se distinguen por sus mayores dimensiones, por su construcción de piedra y adobe y por sus entierros con

ricas ofrendas. La presencia de cerámica y esculturas de piedra verde procedentes del Golfo, de alfarería de Morelos y Guatemala, y de productos costeros como espinas de mantarraya, dientes de tiburón y trompetas de caracol, nos hablan de un intenso contacto con sus contemporáneos mesoamericanos, principalmente con los olmecas de San Lorenzo. A cambio de estos productos, los habitantes de San José Mogote exportaban cerámica, hachas de piedra y, sobre todo, espejos de magnetita e ilmenita que han aparecido en sitios de Morelos y en la llamada zona metropolitana olmeca. Estos minerales de hierro, encontrados en pequeños trozos en los arroyos del ramal de Etla, servían para fabricar piezas reflejantes que se usaban como pendientes o que se incrustaban en madera y concha.

A partir del siglo IX aC se inició una disminución paulatina de los intercambios oaxaqueños con el área nuclear olmeca. De acuerdo con Marcus Winter, Oaxaca sufre un proceso de regionalización perceptible en la creciente variedad cerámica. En este tiempo la Mixteca Baja adquiere fuertes vínculos con el Valle de Puebla-Tlaxcala; la Chinantla con la zona del Golfo, y el Istmo de Tehuantepec con los olmecas, el Soconusco y los Altos de Guatemala.

En ese mismo siglo hicieron su aparición en el Valle de Oaxaca técnicas de riego -—como la canalización y el terraceado en Hierve el Agua— que incrementaron la producción agrícola. El aumento de las cosechas fue paralelo a la multiplicación de las aldeas. Algunos investigadores han dividido los asentamientos en tres niveles de complejidad: San José Mogote ocupa la cúspide de esta pirámide, en tanto que el centro rival de Huitzo se halla en la segunda categoría.

Ya casi al final del Preclásico Medio, San José Mogote alcanza su máximo esplendor. Su población se calcula para aquel entonces en 1 400 habitantes. Este centro, del cual dependían 20 aldeas, contaba con varios edificios públicos sobre plataformas de mampostería. A la entrada de uno de ellos, en un monumento de piedra, se grabó una figura humana similar a las que más tarde se esculpirían en Monte Albán, los llamados "danzantes". Esta figura es importante por dos razones. En primer término, porque parece representar un cautivo sacrificado, lo que robustece la idea de un clima bélico en la época. Por otra parte, el glifo 1 Temblor en dicho monumento constituye el más antiguo testimonio del calendario adivinatorio de 260 días.

En el Preclásico Tardío (500 aC-250 dC), San José Mogote perdió la preeminencia que había conservado durante siglos. Su lugar fue ocu-

pado por un nuevo centro de poder, Monte Albán, al cual San José Mogote quedaría subordinado. El surgimiento de la que algunos consideran la más antigua ciudad de Mesoamérica no deja de ser polémico: su fundación en la cima de un cerro deshabitado de 400 m de altura y de difícil acceso a fuentes de aprovisionamiento de agua. Richard E. Blanton explica la selección del emplazamiento debido a que el cerro de Monte Albán se encuentra justo en la unión de los tres ramales y los domina desde lo alto. Según este autor es probable que Monte Albán haya sido el producto de la confederación de tres entidades políticas antes autónomas que fundaron una nueva capital común en un territorio neutral y estratégico.

La historia preclásica de este centro se ha dividido en tres fases: Monte Albán I Temprano (500-300 aC), Monte Albán I Tardío (300-200 aC) y Monte Albán II (200 aC-250 dC). En la primera fase inicia su urbanización y llega a tener 5 000 habitantes. Los arqueólogos distinguen en esta época cuatro niveles jerárquicos en los asentamientos del valle.

Un impresionante aumento demográfico tiene lugar en Monte Albán I Tardío: la población estimada de la ciudad es de 16 000 individuos. La diferenciación social se advierte claramente con la aparición de lujosas tumbas de piedra. A esta época se remonta el Edificio de los Danzantes, célebre por sus muros decorados con cerca de 300 lápidas que representan hombres desnudos, en muy diversas posiciones y, comúnmente, con peinado elaborado, orejeras, ojos cerrados, boca abierta, piernas distorsionadas y extrañas volutas en el pecho o en la zona genital. Dependiendo de su posición vertical u horizontal, han sido bautizados "danzantes" y "nadadores", respectivamente. Muchas de estas imágenes están acompañadas de glifos; algunos pudieran ser sus nombres. Entre las múltiples hipótesis sobre el significado del conjunto, nos inclinamos por la que propone que son jefes enemigos vencidos y sacrificados, algunos emasculados.

La traza urbana de Monte Albán se establece en la fase II con la nivelación y pavimentación de la Gran Plaza, conjunto organizador del espacio. Alrededor se elevaron los primeros templos de dos cuartos y en medio de ella el Edificio J, extraña construcción con planta en forma de punta de flecha orientada hacia el punto donde surgía la estrella Capella, según lo calcula Anthony F. Aveni. Un total de 40 losas que registran conquistas están empotradas en este edificio, al que se atribuye la función de observatorio. Se han podido identificar algunos de los topónimos de estas losas, que dan nombres equivalentes a las

actuales Cuicatlán, Miahuatlán, Tututepec, Sosola, Ocelotepec y Chiltepec. Si se supusiera que estos nombres han permanecido durante siglos, pudiera verse un corredor de influencia zapoteca que se extendía desde Cuicatlán hasta el norte de la costa del Pacífico sur. Al parecer, la sede de gobierno y la residencia de la familia real estaba situada en la Plataforma Norte. En las postrimerías del Preclásico, la ciudad tenía casi 3 000 casas divididas en 14 barrios. El centro de cada barrio estaba ocupado por una pequeña área de edificios públicos.

El Occidente en el Preclásico

A diferencia de las demás áreas mesoamericanas, el Occidente no forma una clara unidad cultural. Las sociedades que habitaron el extenso territorio que comprende el centro y el sur de Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Colima, Michoacán y partes de Guanajuato y Guerrero carecieron de una historia común tan evidente como la de los pobladores del Centro de México, el Golfo, el Sureste o Oaxaca. Si en la actualidad se define esta enorme franja como un área, es en parte porque la escasez de las investigaciones arqueológicas impide hacer una subdivisión más adecuada. El desconocimiento se acentúa debido a que la cerámica del Occidente es muy codiciada por los coleccionistas y su demanda propicia el saqueo sistemático de los sitios. De hecho, la información anterior a 250 dC se limita a unas cuantas regiones, por lo que no se tiene una visión de conjunto. Quizá el único común denominador nítido de las sociedades preclásicas occidentales sea el arraigo de la vida aldeana y la lenta evolución —en contraste con las demás áreas— hacia formas de organización más complejas.

En Colima y Jalisco se produjo una cerámica monócroma que Isabel Kelly llamó Capacha. Los fechamientos por radiocarbono han dado a esta cerámica una sorprendente antigüedad, pues la ubican hacia el siglo XVIII aC. Sus formas más típicas son los tecomates decorados por incisión y punzonado. La estrecha cintura de algunos recipientes hace que parezcan un par de vasijas colocadas una sobre otra; los casos extremos son aquellos en que verdaderamente se forman dos vasijas, comunicadas entre sí por tres tubos curvos verticales.

Es sin duda la llamada Tradición de las Tumbas de Tiro una de las más vigorosas del Occidente. Se extiende por Nayarit, Jalisco, Colima y Michoacán; se inicia en 200 aC y va a concluir 800 años más tarde.

Los pueblos de esta tradición acostumbraban enterrar a sus muertos, entre ricas ofrendas, en cámaras subterráneas excavadas en el tepetate, a las cuales se accedía a través de tiros que frecuentemente tenían entre cuatro y seis metros de profundidad. El Opeño, en Michoacán, es uno de los pocos sitios donde los arqueólogos han descubierto tumbas de tiro sin saquear. Una de ellas contenía los restos de 10 individuos, recipientes y figurillas de cerámica. Otra tumba encontrada indemne es la de Huitzilapa, Jalisco, entierro múltiple en el cual hay vestigios de los petates con que fueron envueltos los cadáveres. Entre los individuos encontrados en la tumba, a uno se dedicó una rica ofrenda de conchas y cerámica. Otra más es la de San Martín de Bolaños, en Jalisco, cuya reciente investigación la sitúa hacia 135 aC. Es muy interesante señalar que estas sociedades y algunas de sus contemporáneas del noroeste sudamericano tenían en común la construcción de tumbas de tiro y la elaboración de vasijas con asas en forma de estribo. Lo anterior ha hecho suponer contactos marítimos.

Más al sur, en el estado de Guerrero, los olmecas tuvieron una notable presencia entre 1400 y 600 aC. Teopantecuanitlan, en la confluencia del Amacuzac y el Balsas, es el asentamiento de mayores proporciones. La magnitud de sus restos, excavados por Guadalupe Martínez Donjuán, revela la existencia de una sociedad compleja. Entre ellos destacan un acueducto de piedra que conducía el agua de una represa a los campos de cultivo; un recinto cuadrangular hundido, limitado por pesados bloques de piedra, y cuatro monolitos que representan personajes antropomorfos con los típicos rasgos del jaguar. Otros dos sitios olmecas de Guerrero son las cavernas de Juxtlahuaca y Oxtotitlan, célebres por sus pinturas polícromas.

Mucho más tardíos son los restos de la cultura Mezcala en el alto río Balsas. También ésta es una región muy saqueada, pues en ella se buscan las preciadas esculturas de piedra verde que, por su esquematismo, han sido comparadas con las de las islas Cícladas. En el arte Mezcala bastaron trazos breves y rectilíneos para representar bellas figuras humanas de cuerpo completo, máscaras, animales, templos y objetos rituales. Ahuináhuac es el único sitio preclásico de la región en donde estas obras han sido registradas en contexto arqueológico. Su antigüedad ha sido establecida por Louise I. Paradis entre 700 y 200 aC. Los lapidarios que tallaron estas piezas vivían en conjuntos habitacionales compuestos por varios cuartos.

Finalmente nos referiremos a Chupícuaro, aldea del Preclásico Tar-

día que desaparece hacia 300 dC. Ubicada en los bancos del río Lerma, en Guanajuato, Chupícuaro es notable porque allí se rescataron más de 400 tumbas con ricas ofrendas. Junto a los muertos fueron inhumados instrumentos musicales, perros, cráneos con evidencias de extracción de la masa encefálica y rica cerámica sin pintar o con diseños rojos y negros sobre fondo bayo. La alfarería de Chupícuaro comparte estilos con las de otros sitios contemporáneos del Occidente, el Norte y el Centro de Mesoamérica.

El Sureste en el Preclásico

Hasta hace poco tiempo nuestras reconstrucciones de las sociedades preclásicas del Sureste mesoamericano resultaban muy limitadas. Las grandes lagunas en el conocimiento de este periodo eran consecuencia directa de la dificultad de la conservación en contextos selváticos de los restos más tempranos de pueblos agricultores; de los obstáculos que debían y deben todavía franquearse para conocer pequeñas partes de los primeros edificios públicos, sepultados bajo masivos rellenos de construcciones más recientes, y del desinterés de muchos arqueólogos, dedicados más a establecer la secuencia cultural de sitios grandiosos que al estudio regional de las épocas más antiguas y con vestigios más modestos.

Afortunadamente, el creciente interés por el Preclásico y la consecuente proliferación de exploraciones arqueológicas en los últimos años han permitido una visión global del área y el surgimiento de teorías que pretenden explicar la génesis de las culturas olmeca y maya. Debemos subrayar, no obstante, que la novedad de estos trabajos los hace susceptibles aún a los fuertes debates propios del quehacer científico.

Uno de los rasgos que más influyó en el desarrollo de las sociedades del Sureste fue la diversidad geográfica. Durante el Preclásico los principales focos culturales se dieron en cuatro ambientes totalmente distintos: las planicies costeras meridionales de Chiapas y Guatemala, las tierras altas guatemaltecas, la región selvática del Petén y las extensas llanuras calcáreas de la Península de Yucatán. Fueron éstos los escenarios de dos grandes complejos culturales que los especialistas adscriben a las familias lingüísticas mixe-zoque y maya.

El complejo mixe-zoque, la Gran Tradición del Istmo, ha sido estudiado recientemente por John E. Clark y Michael Blake. De acuerdo

con su polémica propuesta, el complejo se generó en territorio chiapaneco, para más tarde traspasar los límites del Sureste y llegar hasta el sur de Veracruz y el occidente de Tabasco. En el Preclásico Temprano, entre 1800 y 1325 aC (fases Barra, Locona y Ocós), habitaron en las fértiles planicies costeras del Soconusco y Guatemala pueblos aldeanos dedicados a la agricultura, la pesca, la caza y la producción alfarera. Esta última actividad los distingue de sus contemporáneos de Oaxaca y Tehuacán, pues alcanzaron grandes alturas técnicas y artísticas. Las cerámicas decoradas con pigmento iridiscente y por impresión de cuerda y concha han hecho suponer que estos pueblos tuvieron contactos con Ecuador. Altamira, La Victoria, Salinas la Blanca y Paso de la Amada son sitios de esta época.

Hacia 1600 aC, las sociedades del Soconusco se habrían expandido a través del Istmo hasta ocupar lo que a partir de 1200 aC sería el área nuclear olmeca. Con base en estudios glotocronológicos se infiere que estos hombres penetraron como una cuña en territorios habitados por hablantes de protomaya. Según Clark y Blake, el resultado de este proceso fue la génesis de la tradición olmeca, fusión de estos mixe-zoques con los protomayas y los oaxaqueños en la costa del Golfo.

Durante el Preclásico Medio (1200-400 aC), en una franja que se prolonga desde México hasta El Salvador, la Gran Tradición del Istmo floreció en sitios como Tzutzuculi, Pijijiapan, Chiapa de Corzo, La Blanca, Bilbao, Chalchuapa y Quelepa. La vida de estas sociedades estaría marcada por el contacto con los olmecas. Eran al parecer unidades políticas independientes con influencia cultural olmeca, que se puede observar tanto en sus montículos, de más de 20 m de altura, como en sus importantes monumentos escultóricos.

El segundo complejo, la Tradición de las Tierras Bajas Mayas, comenzó a integrarse entre 1200 y 900 aC en las selvas tropicales de Guatemala y Belize, y en Yucatán. Las aldeas más antiguas estaban habitadas por cultivadores de maíz. De estos remotos tiempos son dignos de mención los antiguos entierros descubiertos en el Grupo 9N-8 de Copán, los cuales estaban acompañados de vasijas decoradas con motivos similares a los de Tlatilco, Tlapacoya y San José Mogote.

En la actualidad también se debate el origen de la Tradición de las Tierras Bajas Mayas. Autores como E. Wyllys Andrews V suponen una doble ascendencia. Hacia 1000 aC, el sur del Petén estaba habitado por un grupo no maya que produjo la cerámica Xe. Sus principales sitios fueron Seibal y Altar de Sacrificios. Por la semejanza de esta ce-



Lámina I. *Pinturas rupestres de la Sierra de San Francisco. Área de la Baja California, Aridamérica*
(foto: André Cabrioler / © Arqueología Mexicana, *INAH)*



Lámina II *Kivas del multifamiliar de Pueblo Bonito, Cañón del Chaco, Nuevo México. Área Anasazi, Oasisamérica, periodo Pueblo III (foto: Leonardo López Luján)*

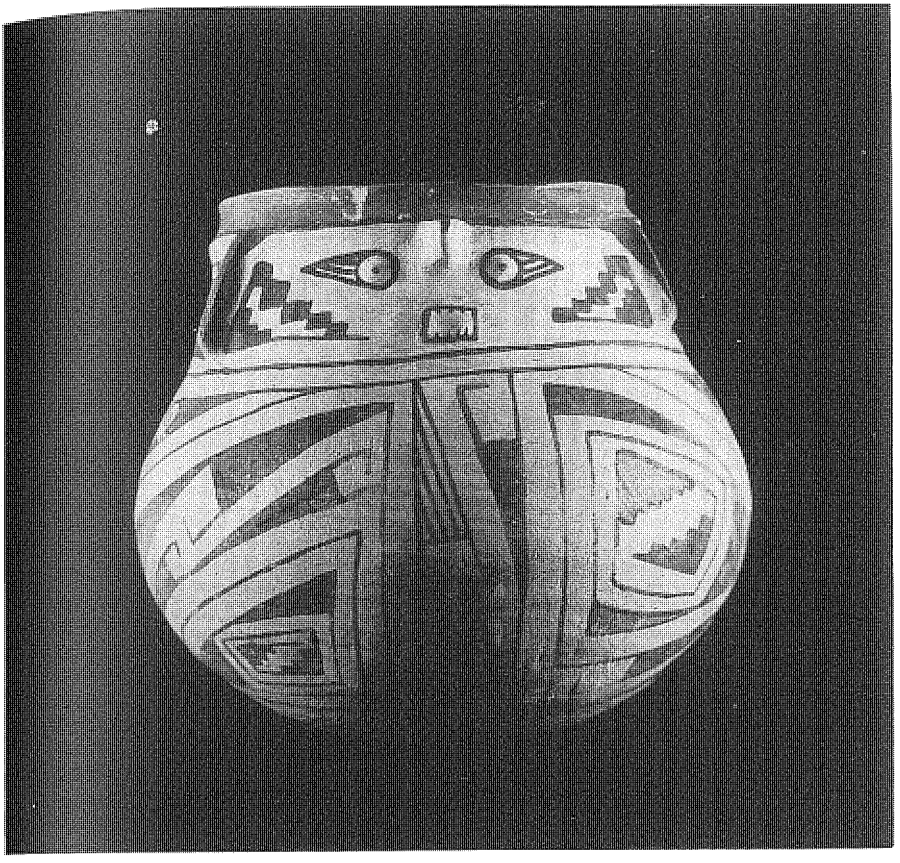


Lámina III. *Vasija antropomorfa de Paquimé, Chihuahua. Área Mogollón, Oasisamérica, periodo Tardío*
(foto: Carlos Blanco / © Arqueología Mexicana, *INAH)*



LÁMINA IV. *Templo semienterrado por la lava. Cuicuilco, Distrito Federal. Área Centro, periodo Preclásico (cortesía de Aerofotoservicios)*



Lámina V. *Relieve de "danzante" de Monte Albán, Oaxaca. Área Oaxaca, periodo Preclásico (foto: Carlos Blanco /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*



Lámina VI. *Brasero con la efigie del dios joven del fuego. Área Oaxaca, periodo Preclásico (cortesía de Salvador Guilliem)*

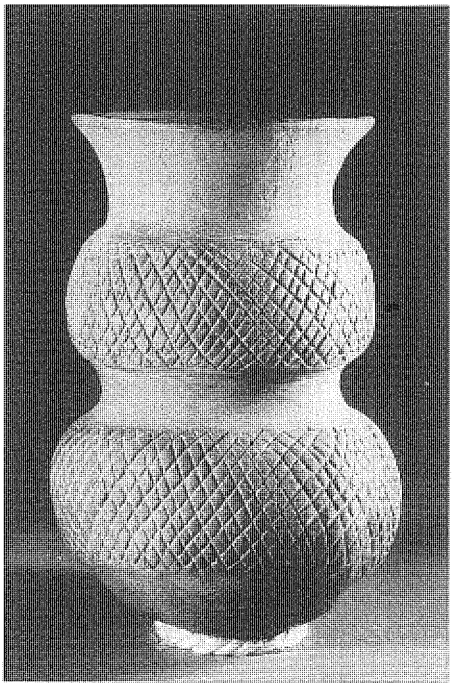


Lámina VII. *Tecomate acinturado de cerámica, tipo Capacha (Jalisco y Colima). Área Occidente, periodo Preclásico (foto: Ignacio Guevara/* © Arqueología Mexicana, *INAH)*

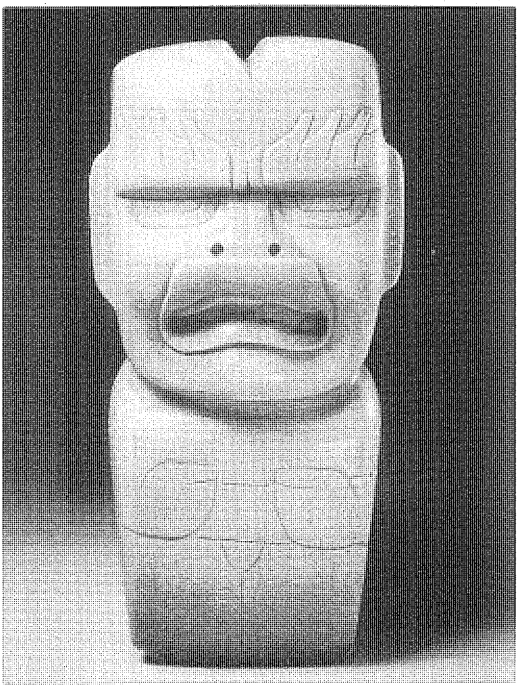


Lámina VIII. *Hacha ceremonial olmeca de piedra verde. Área Golfo, periodo Preclásico (foto: Ignacio Guevara/* © Arqueología Mexicana, *INAH)*



Lámina IX. *Vista aérea de Teotihuacan, Estado de México. Área Centro, periodo Clásico (foto: Carlos Blanco/* © Arqueología Mexicana, *INAH)*

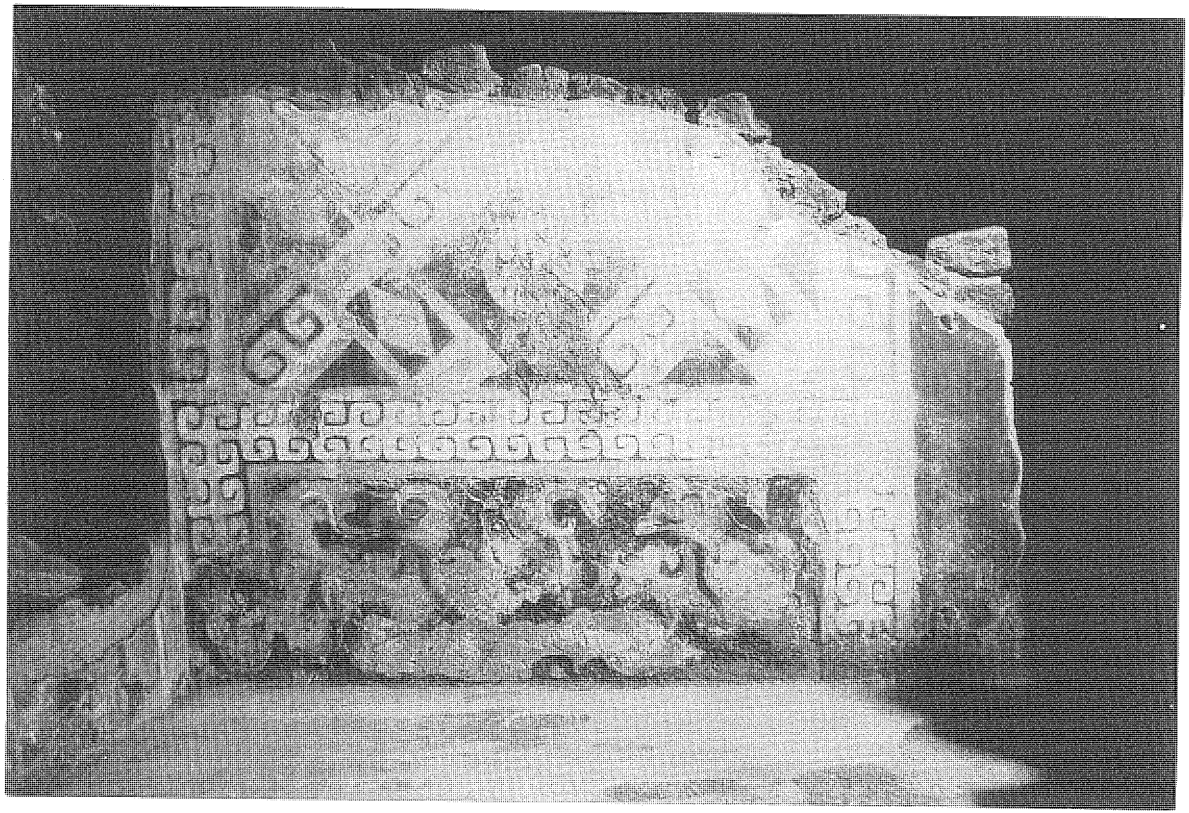


Lámina X. *Murales teotihuacanos de Totometla, Teotihuacan, Estado de México. Área Centro, periodo Clásico (foto: Marco Antonio Pacheco/* © Arqueología Mexicana, *INAH)*



Lámina XI. *Tapa de incensario teotihuacano encontrada en Oztoyahualco, Teotihuacan, Estado de México, Área Centro, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*



Lámina XII. *Almena de alabastro, Teotihuacan, Estado de México. Área Centro, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*



LÁMINA XIII. *Estela zapoteca encontrada en el Barrio oaxaqueño de Teotihuacan, Estado de México. Área Centro, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*

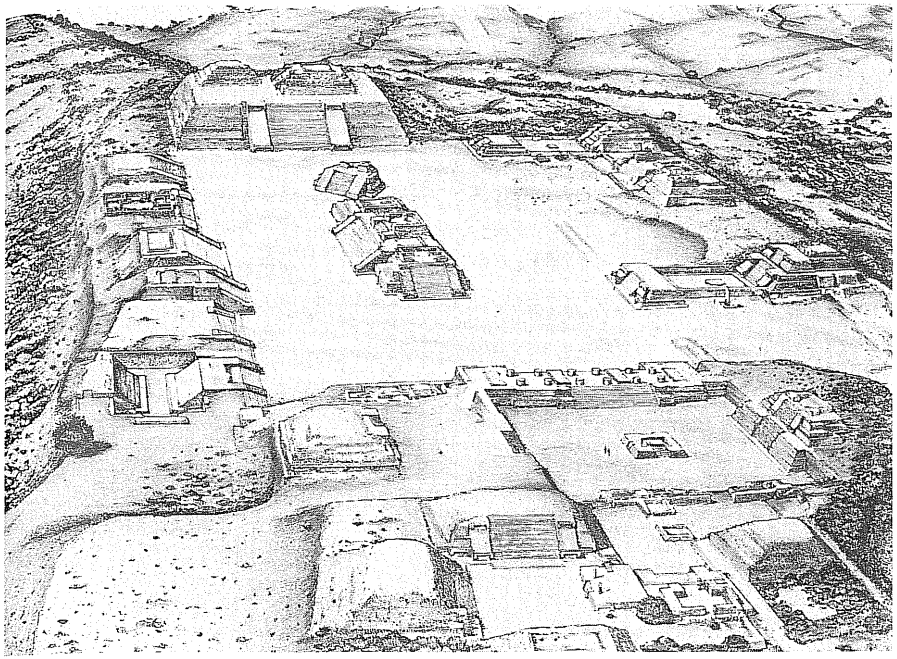


LÁMINA XIV. *Perspectiva de la Gran Plaza de Monte Albán, Oaxaca. Área Oaxaca, periodo Clásico (ilustración: Beatriz Saldaña, basada en Paul Gendrop /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*



LÁMINA XV. *Urna de deidad con tocado de jaguar. Área Oaxaca, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*

Lámina XVI. *Lápida genealógica de una tumba cercana a Cuilapan, Oaxaca. Área Oaxaca, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*





Lámina XVII. *Urna policromada ñuiñé que representa al Dios Viejo, Cerro de las Minas, Oaxaca. Área Oaxaca, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*

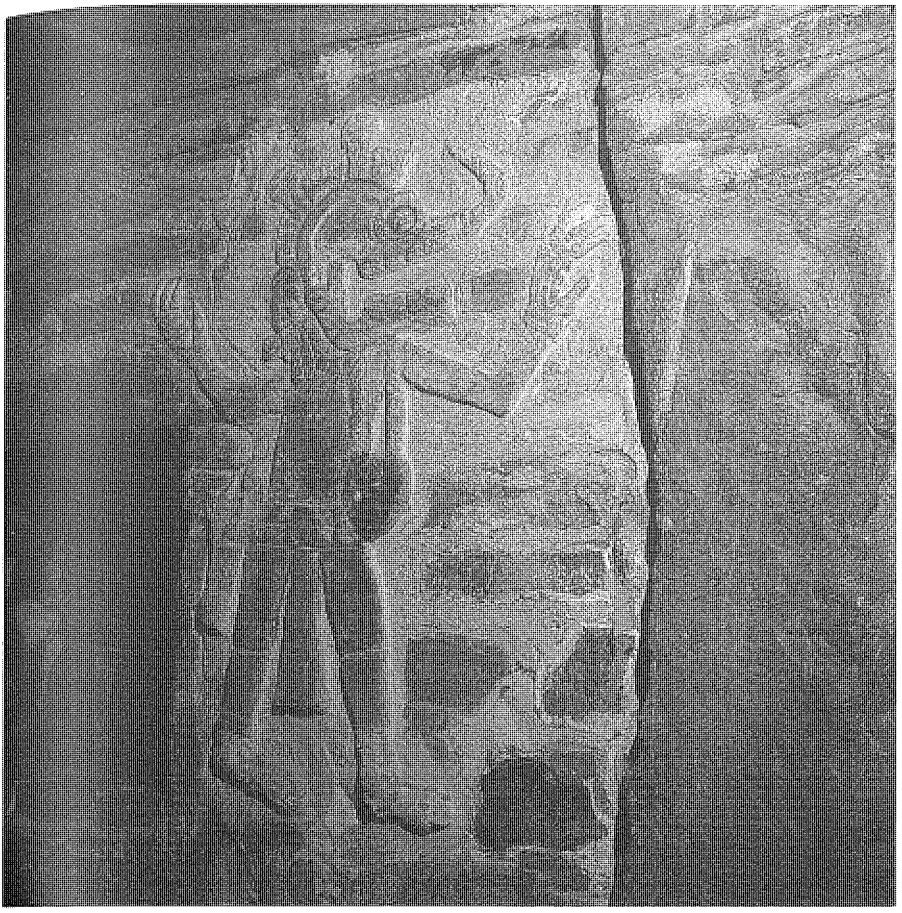


Lámina XVIII. *Bajorrelieve que representa al dios de la muerte, Tumba 1 de Zaachila, Oaxaca. Área Oaxaca, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*



Lámina XIX. *Montículos conocidos con el nombre de "guachimontones", Teuchitlán, Jalisco. Área Occidente, periodo Clásico (foto: Ignacio Guevara /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*



Lámina XX. *Vasija en forma de calabaza con patas antropomorfas, cerámica de Colima. Área Occidente, periodo Clásico (foto: Ignacio Guevara /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*



Lámina XXI. *Esculturas antropomorfas de estilo Mezcala, encontradas en Tenochtitlan México, Distrito Federal. Área Occidente, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*



Lámina XXII. *Muros en talud del sistema defensivo de La Quemada, Zacatecas. Área Norte, periodo Clásico (foto: Ignacio Guevara /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*

rámica con otras del sur, se supone que sus antecedentes se encuentran en las tierras altas de Chiapas y Guatemala, y quizá anteriormente en la costa del Pacífico. El segundo grupo estaba constituido por hablantes de maya y se concentraba en el norte de Belize, en sitios como Cuello. Hacia 600 aC, estos mayas comenzaron a expandirse por todo el Petén, alcanzando incluso tierras salvadoreñas. Entonces aparece otra cerámica muy diferente, la conocida con el nombre de Mamom. Los principales centros de esta tradición fueron Uaxactún y Tikal.

Los sitios mayas mejor estudiados del Preclásico Medio son la aldea igualitaria de Cuello, en Belize, y los asentamientos mucho más complejos —con varios templos de piedra y mayor diferenciación social— de Nakbé y El Mirador en Guatemala, y de Calakmul en Campeche. En la Península de Yucatán han sido descubiertos innumerables caseríos que datan de esta época en Dzibilchaltún, Aké, Maní, Dzibilnocac y Edzná.

En 400 aC se iniciaron cambios trascendentales que marcan el principio del Preclásico Tardío. Una de las notas distintivas de esta época, que finalizaría en 250 dC, es el clima de violencia y de competencia entre los principales centros de poder. Así lo atestiguan los enterramientos masivos de víctimas sacrificiales en sitios como Cuello y Chalchuapa. Algunos autores suponen que las continuas escaramuzas y los francos enfrentamientos bélicos se encuentran entre las causas del florecimiento y del colapso de capitales preclásicas como El Mirador, así como entre los catalizadores del surgimiento del estado.

Otro elemento que caracteriza el Preclásico Tardío son las obras arquitectónicas cuya consecución implicó el trabajo de miles de hombres y la necesaria coordinación de especialistas. Las antiguas áreas residenciales de las aldeas del Preclásico Medio son ahora teatro de impresionantes programas constructivos. Entre los ejemplos más notables se encuentran el conjunto de 55 m de altura conocido como El Tigre, en El Mirador; la Estructura II de Calakmul, de la misma altura; la Acrópolis Norte de Tikal; la pirámide de 33 m de Lamanai; el foso defensivo de dos kilómetros que encierra a Becán, y el muelle y el canal de Cerros. En cambio, en los centros yucatecos, como Dzibilchaltún y Komchén, la arquitectura pública no alcanzó tales dimensiones.

En las tierras bajas centrales muchos de los templos estuvieron bellamente decorados con grandes mascarones de estuco, imágenes de las deidades adoradas a fines del Preclásico. Entre ellas se encuentran el Sol y el planeta Venus, dioses estudiados por Linda Schele y David

Freidel en la Estructura 5C-2ª de Cerros. Esta misma pasión por las representaciones de la sobrenaturaleza se observa claramente mucho más al sur, en los sitios de Izapa y Abaj Takalik. Sólo que sus imágenes se plasmaron en estelas y altares de piedra. Aparecen representaciones de figuras míticas, como la del árbol sagrado que comunica el cielo, la superficie de la tierra y el inframundo, y los dioses protagonizan aventuras en escenas que se seguirán repitiendo durante siglos. El estilo artístico, la temática mitológica y las notaciones de cuenta larga plasmadas en los monumentos de Izapa y Abaj Takalik han hecho afirmar a muchos investigadores que ambos centros son una suerte de eslabón entre la tradición olmeca y la maya. Desde esta perspectiva, las concepciones ideológicas del mundo maya habrían tenido su origen en las costas del Pacífico próximas a la frontera actual entre México y Guatemala.

El Golfo en el Preclásico

Poco queda de aquel ambiente exuberante que fuera el hogar de los aldeanos del río Barí en el tercer milenio antes de nuestra era y que aún subsistía en los años cuarenta, cuando Mathew W. Stirling exploraba las capitales del mundo olmeca. Hoy, la ganadería y la explotación petrolera han hecho estragos en las selvas altas de Veracruz y Tabasco, convirtiéndolas en sabanas. Sin embargo, subsiste en esta enorme llanura costera una amplia red hidrológica, abundante en ríos caudalosos y extensos pantanos. El clima es tropical de lluvias torrenciales. La superficie de mayor actividad cultural durante el Preclásico abarcaba casi 18 000 km^2 que rebasaban los límites del Papaloapan y el Tonalá. Al centro de este territorio de elevación uniforme se levantan las montañas de los Tuxtlas.

Muy próximo a La Venta, en el estado de Tabasco, se han descubierto los que, hasta la fecha, son los asentamientos aldeanos más antiguos del Preclásico Temprano en el área. Hacia 2250 aC, grupos humanos cultivaban las riberas del río Barí y aprovechaban los recursos del manglar. De este rico ambiente obtenían pescados, moluscos, tortugas, pecaríes y venados, fauna que, junto con el maíz y muy probablemente la yuca, les proporcionaba su sustento. Su primera cerámica se produjo entre 1750 y 1400 aC.

En este mismo periodo pudieron haber llegado al Golfo migrantes del Soconusco, pertenecientes a la Gran Tradición del Istmo. Estos

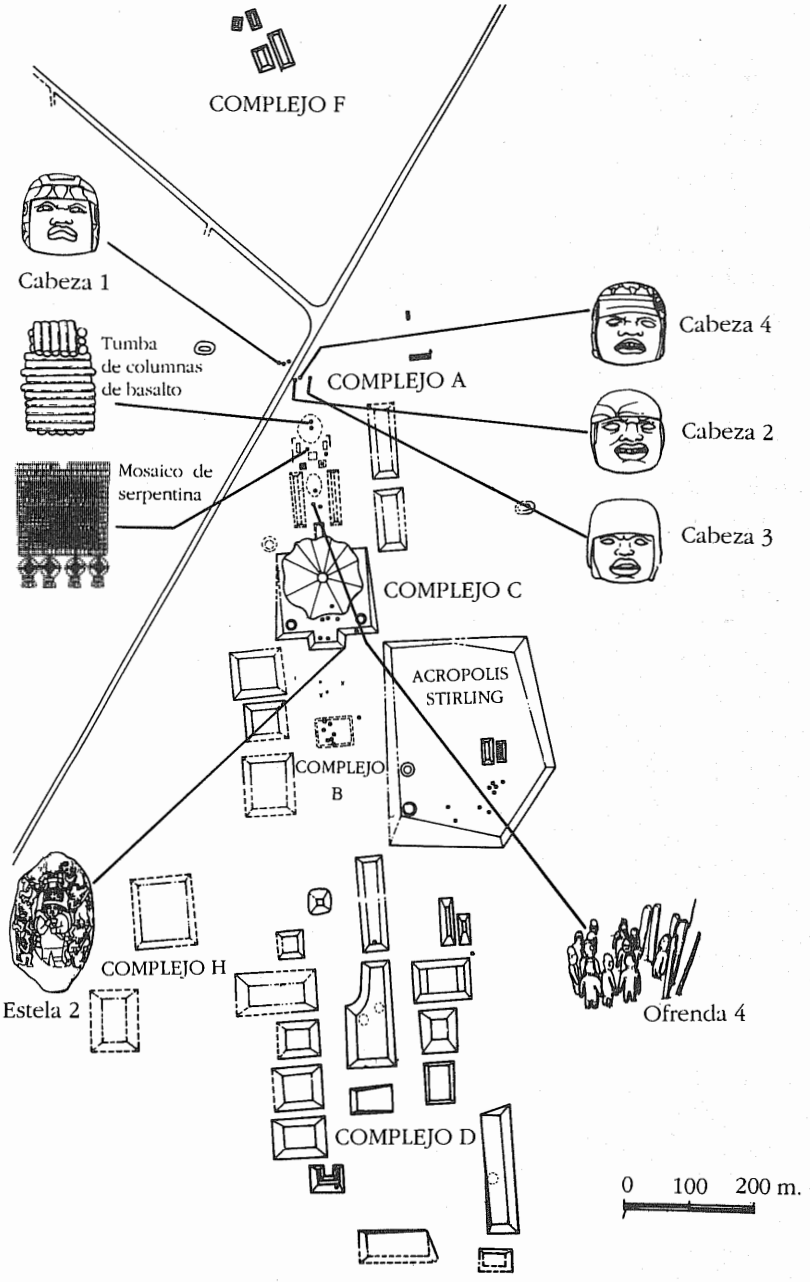
pueblos producirían en San Lorenzo, de 1500 a 1150 aC (fases Ojochi, Bajío y Chicharras), una cerámica muy semejante a la Ocós de la costa del Pacífico.

El Preclásico Medio se identifica con la historia olmeca, que dura siete siglos y medio (1150-400 aC). Aún se debate el origen de la civilización olmeca, a la que se han atribuido principalmente filiaciones lingüísticas de las familias maya y mixe. En últimas fechas se ha propuesto que el pueblo olmeca fue la fusión de hombres pertenecientes a estas dos familias lingüísticas y a las oaxaqueñas, todos integrados en cacicazgos desarrollados.

Es tal la belleza del arte olmeca que muchos investigadores se han inclinado por los estudios estilísticos e iconográficos, dando menos importancia a los aspectos económicos y sociales de sus creadores. Proporcionalmente es bajo el número de publicaciones dedicadas a aspectos como la producción agrícola, el aprovechamiento de los recursos y el patrón de asentamiento. Sin embargo, la rica simbología plasmada en muy diversas obras, desde los grandes monolitos de basalto hasta las pequeñas esculturas de piedras verdes, es una magnífica vía para conocer aspectos fundamentales de la organización social, la legitimación de la jerarquía y las concepciones religiosas. Las representaciones escultóricas reafirman la posición y el lujo de la elite. Junto a las imágenes de los gobernantes aparecen seres sobrenaturales que dan a éstos un carácter semidivino, así como servidores y cautivos de guerra que aluden a la materialidad del poder.

Mediante el arte se particulariza también un panteón complejo. Las deidades adquieren formas fantásticas que conjugan rasgos humanos y animales. El cocodrilo, el tiburón, la serpiente, el ave rapaz, pero sobre todo el jaguar, son los modelos tomados de la naturaleza para configurar el mundo mítico expresado en un estilo vigoroso. Muchas veces bastan elementos anatómicos esquematizados —fauces, alas, garras, cejas, manchas de la piel— para aludir a estos seres. Hay una fusión obsesiva del hombre y el jaguar en representaciones de personajes infantiles, regordetes, mofletudos, con largos colmillos, labios felinos y aun con garras.

Los símbolos van más allá: reproducen la topología del universo, tal y como lo señala F. Kent Reilly. Bajo los ojos de los olmecas la superficie terrestre es concebida como un plano definido por cuatro puntos extremos y un centro que es el eje del mundo. Se personifica como un ser mítico con una hendidura en forma de V en la cabeza. De ella



MAPA II.1. *Plano del sitio olmeca de La Venta, Tabasco. Área Golfo, periodo Preclásico (reprografía: Marco Antonio Pacheco / © Arqueología Mexicana, INAH)*



FIGURA II.3. *Algunos ejemplos de iconografía olmeca, periodo Preclásico*

emerge una planta de maíz, símbolo polivalente del poder real y del árbol cósmico que comunica el cielo con el inframundo. Los otros cuatro puntos del plano tienen forma semejante; son las columnas restantes del cosmos. El esquema de los cinco elementos se repite en el cielo con la figura de la cruz de San Andrés.

Las obras de arte olmeca proceden de sitios arqueológicos como San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes, El Manatí, Laguna de los Cerros, Potrero Nuevo y Las Limas. San Lorenzo fue el centro olmeca de mayor importancia entre 1150 y 900 aC. Se construyó entre las tierras altas y las fértiles planicies irrigadas por el Coatzacoalcos y el Río Chiquito. La mayor parte de sus construcciones fueron levantadas sobre una gran plataforma de 45 m de altura y 50 ha de superficie, regularizada por la mano del hombre. Predominan en ella los montículos de tierra que encierran plazas rectangulares. También hay numerosas estructuras habitacionales. Entre las obras de planificación más importan-

FIGURA II.4. *Estela 1 de la Mojarra, Veracruz. Área Golfo, periodo Preclásico*

tes de San Lorenzo sobresale un acueducto, explorado en una longitud de 170 m y compuesto por grandes piezas de basalto tallado.

Aún más sorprendentes, por la cantidad de trabajo necesario para producirlos, fueron los bellos monumentos esculpidos durante el esplendor de este centro. Basta imaginar el esfuerzo realizado para trasladar las enormes piedras desde el cerro Cintepec, situado a 70 km de distancia en las montañas de los Tuxtlas. Muy probablemente se necesitaron cientos de hombres para llevar estas rocas en balsas a través de los flujos del Coatzacoalcos. Algunos de los monolitos —diez encontrados hasta ahora— son cabezas masculinas colosales cubiertas por cascos ceñidos. Dadas las particularidades de sus rostros, es de suponerse que son verdaderos retratos de los gobernantes. Otros monolitos han sido llamados altares por tener plana su cara superior. Entre los motivos escultóricos de estos altares está el del gobernante que, sentado al frente de la pieza, en un nicho que representa la boca de la tierra, sostiene sobre las piernas un niño pequeño con rasgos de jaguar.

Durante el esplendor de San Lorenzo, otros sitios como La Venta y Tres Zapotes tuvieron una gran actividad constructiva. En ellos también se tallaron cabezas colosales, de las cuales se conocen cuatro en La Venta y dos en Tres Zapotes. La homogeneidad cultural del momento no se limita a las cabezas. Los edificios de La Venta tienen la misma orientación axial que los de San Lorenzo. Ambos sitios comparten, además, la presencia de altares, conductos subterráneos de agua, ofrendas con figurillas de piedra verde y espejos de hematita.

San Lorenzo declina hacia el año 900 aC. En cambio La Venta alcanzará en los cuatro siglos siguientes su máximo esplendor, aunque ya en ese tiempo no se tallarán esculturas colosales. Contra lo que se supuso hasta hace poco tiempo, La Venta no fue un mero centro ceremonial. Mientras que los grandes edificios públicos se levantaban en una isla, una extensa población se distribuía en el territorio circundante, surcado por ríos y pantanos.

El corazón de La Venta está formado por varias plazas. La principal de ellas (el Complejo C) está limitada por dos estructuras alargadas, un montículo bajo y una gran pirámide de 34 m de altura, planta radial y esquinas remetidas, como lo muestran las exploraciones de Rebeca González Lauck. Al norte, y siguiendo el mismo eje, hay otra plaza rectangular (el Complejo A) que en alguna época estuvo circundada por varios edificios y una valla de columnas prismáticas de basalto de

dos metros de altura. Bajo sus pisos de arcillas de colores rosa, morado y rojo aparecieron depósitos masivos de serpentina, pavimentos de mosaico que forman mascarones geométricos de seres telúricos, hachas y figurillas de piedra verde, todo esto colocado como ofrenda. En el extremo norte de esta plaza se eleva un montículo de arcilla bajo el cual se encontró una tumba con paredes y techo de pilares de basalto en que yacían dos cuerpos juveniles. A La Venta también se ha atribuido un fin violento: los arqueólogos fijan hacia 400 aC la mutilación de 20 de los 24 grandes monumentos pétreos conocidos hasta ahora, hecho análogo al registrado en San Lorenzo siglos antes.

Tres Zapotes, el tercero de los centros importantes de los olmecas, fue construido sobre las colinas de una cuenca pantanosa de los ríos Papaloapan y San Juan. En él se levantaron más de 50 edificios y numerosos monumentos pétreos. Esta larga tradición escultórica continuaría en Tres Zapotes varios siglos después de la caída del mundo olmeca, establecida por los arqueólogos hacia el año 400 aC. No se sabe con certeza qué sucedió en esa época, pero los especialistas consideran que a partir de ella ya no se puede hablar de los olmecas como unidad cultural. Después, a lo largo del Preclásico Tardío, Tres Zapotes siguió habitado por pueblos que se supone fueron de la misma familia lingüística que los olmecas, la mixe. Incluso su producción artística llega a tener una reminiscencia de la gran tradición desaparecida, lo que le ha merecido la denominación de epiolmeca. La Estela C es el monumento más célebre de este periodo. Conjuga un estilo que es clara derivación del arte olmeca con una fecha calendárica de cuenta larga, el año 31 aC, uno de los más tempranos testimonios del uso de este sistema de cómputo.

De la región del Golfo proceden otros registros tempranos de cuenta larga, acompañados de extensas inscripciones jeroglíficas. Los más notables son la Estatuilla de los Tuxtlas (162 dC) y la Estela 1 de La Mojarra (143 y 156 dC). En ésta aparece la figura ricamente ataviada de un gobernante y un texto extraordinariamente largo que describe los principales momentos políticos de su vida. Lo anterior demostraría que este sistema calendárico y la escritura compleja, característicos del pueblo maya del Clásico, no les fueron privativos y tuvieron como antecedentes las producciones de pueblos mixe-zoques.

El Preclásico y lo olmeca

Si tuviéramos que caracterizar el Preclásico de manera sintética, distinguiríamos tres grandes momentos. El primero, fundacional de Mesoamérica, sería definido como un universo de aldeas agrícolas muy semejantes entre sí, vinculadas por el intercambio y compuestas por grupos igualitarios. El segundo periodo sería decisivo, pues la relación en cadena entre las aldeas se transforma en una compleja red pluriétnica. Nacen por doquier centros de poder político, económico y religioso rodeados por constelaciones de aldeas donde comienzan a cobrar importancia novedosas técnicas de intensificación agrícola. A partir de entonces las sociedades se dividen jerárquicamente. El tercero y último momento del Preclásico sería el de la diferenciación regional, del desarrollo de la escritura y el calendario, y del monumentalismo arquitectónico.

En el contexto global mesoamericano es indudable que el segundo periodo o Preclásico Medio (1200 a 400 aC) es el de la maduración: logran romperse las barreras impuestas por las diversidades geográfica y lingüística, dando lugar al gran dinamismo globalizador olmeca. Sin embargo, el primer problema que se presenta es el de la definición de lo olmeca. Bajo este término han sido caracterizadas realidades históricas muy disímiles: un pueblo de la región del Golfo, un estilo artístico y una cultura panmesoamericana. Ya hemos hablado del pueblo olmeca, cuyo hábitat se circunscribió al sureste de Veracruz y al occidente de Tabasco. En cambio, el estilo normalmente atribuido a este pueblo trasciende en mucho los límites de dicha región. Efectivamente, los símbolos y las formas de este estilo, plasmados en peñas, cuevas, monolitos, pequeñas esculturas de piedra verde y objetos de barro, se encuentran diseminados por toda Mesoamérica. Desde Jalisco hasta Costa Rica lo olmeca se manifiesta en imágenes de niños-jaguares, cejas flamígeras, cruces de San Andrés y muchos más rasgos propios de este arte.

Ya hemos hablado también de la presencia de lo olmeca en la cerámica de la costa y del Valle de Oaxaca desde fechas tan tempranas como 1150 aC. En el estado de Chiapas proliferan las esculturas megalíticas, las estelas, los relieves grabados en afloraciones rocosas y el arte mobiliar olmeca en sitios como Xoc, Tzutzuculi, Ojo de Agua, Altamira, Izapa y Aquiles Serdán. Ejemplos semejantes abundan en Gua-

temala, principalmente en la costa del Pacífico y en sitios más elevados, como Abaj Takalik; además, existen pinturas rupestres en Cañón Muñeca. También en Centroamérica se localizan los sitios salvadoreños de Chalchoapa y Las Victorias, y los hondureños de Los Naranjos, Playa de los Muertos y las Grutas de Cuyamel. A muchos kilómetros de distancia, en el Altiplano Central de México, también se han descubierto excelsas obras de arte olmeca. En Puebla destacan los sitios del valle del río Nexapa, Las Bocas, Necaxa, Tepatlaxco y San Martín Texmelucan; en la Cuenca de México se localizan los ya mencionados Tlatilco y Tlapacoya, y en Morelos sobresalen Chalcatzingo, Atlihuayán y Gualupita. Por su parte, el estado de Guerrero cuenta con el impresionante centro arqueológico de Teopantecuanitlan, así como con las pinturas rupestres de Juxtlahuaca y Oxtotitlan. Muchos artefactos del más puro estilo olmeca, principalmente de cerámica y de piedra verde pulida, han sido exhumados en regiones periféricas, a las cuales debieron de haber llegado como preciados bienes de intercambio. Son claros ejemplos de lo anterior un hacha encontrada en Etzatlán, Jalisco, y numerosos objetos depositados hoy día en colecciones públicas y privadas de Costa Rica.

Pero ¿quiénes fueron los creadores del estilo que desde los años veinte conocemos con el nombre de "olmeca"? La respuesta tradicional ha adjudicado la autoría a los habitantes de la costa del Golfo que irradiaron su cultura sobre pueblos receptores de cultura inferior. En esta misma línea de pensamiento se han propuesto otros focos difusores, entre ellos Guerrero y Morelos. Tales posiciones dan por sentada la influencia directa de sociedades culturalmente activas sobre poblaciones maleables y poco evolucionadas. Esta explicación crea, sin embargo, un nuevo problema: el derivado del uso de un término tan vago como lo es *influencia,* mismo que engloba una gran diversidad de fenómenos. Algunos autores, al intentar precisar, han propuesto diversas hipótesis: conquistas militares que habrían creado un imperio; expansión comercial que distribuía objetos suntuarios a cambio de materias primas como la obsidiana, el cinabrio, las piedras verdes y los minerales de hierro necesarios para la elaboración de espejos; colonización o migraciones de grupos de especialistas que inculcarían en las poblaciones locales una nueva forma de vida, y difusión de una doctrina religiosa promovida por misioneros.

En la actualidad cobra fuerza la idea de que los pueblos olmecas del Golfo, desde esta región, impulsaron una red de intercambios con

numerosas etnias ubicadas en territorios muy distantes. De acuerdo con Flannery, dichas etnias contaban con elites incipientes que apuntalaban su posición jerárquica mediante la ideología olmeca y el uso de bienes de prestigio importados desde sitios como La Venta y San Lorenzo. Las ideas, los símbolos, las costumbres adoptadas y quizá el intercambio de mujeres entre elites habrían de reforzar los contrastes sociales y políticos dentro de los cacicazgos de buena parte de Mesoamérica.

Hoy es demasiado complicado evaluar empíricamente las hipótesis mencionadas. El principal obstáculo es la gran dificultad para discernir, a partir de los vestigios arqueológicos, procesos pretéritos de conquista, expansión comercial, colonización o adoctrinamiento. Si bien es cierto que en algunos sitios hay indicios que apoyan alguna de estas proposiciones, aún falta refinar la metodología y las técnicas arqueológicas para convertir los indicios en pruebas. Además debemos tomar en cuenta que lo más probable es que en cada región, e incluso en cada época en la misma región, se presentaran uno o más de los procesos mencionados.

Aunque aún muy arraigadas, las hipótesis de la influencia directa a partir de un único foco han perdido adeptos recientemente. En poco tiempo se ha pasado de hablar de una "cultura madre" a concebir muchas "culturas hermanas". Por ejemplo, Christine Niederberger ha hecho notar que las fechas de radiocarbono no permiten sostener la existencia precoz de lo olmeca en un solo foco cultural; por el contrario, a partir del siglo XIII aC se observa una sincronía en el surgimiento de las manifestaciones simbólicas y estilísticas olmecas. Esto se hace patente en sitios muy lejanos a la costa del Golfo, en los cuales se produjeron con materias primas locales obras cuya calidad artística va mucho más allá de las simples copias provinciales. Lo anterior hace proponer a Niederberger que en 1200 aC se gestó la primera cultura panmesoamericana como resultado de un proceso generalizado de ósmosis económica, cuya evidencia más tangible es el llamado estilo olmeca. Fue éste un proceso de maduración cultural simultánea de numerosas etnias que habitaban un vasto territorio geográficamente diverso.

De ser cierto lo señalado por Niederberger, podría suponerse que las sociedades del área del Golfo, conocidas en sentido estricto como olmecas, serían, por su particular desarrollo sociopolítico, el caso más evolucionado de la cultura que caracterizó el Preclásico Medio. Duran-

te esta etapa proliferaron en Mesoamérica cacicazgos con diferentes niveles de desarrollo, aunque todos con un alto grado de centralización política, una organización social jerarquizada, una especialización técnica y artística nada despreciable, y un ceremonialismo complejo y compartido.

III. EL CLÁSICO MESOAMERICANO

Una visión general del Clásico

El término "Clásico", del cual deriva la nomenclatura más popular de los periodos mesoamericanos, lleva implícita una enorme carga de esteticismo. Sirve para designar una época de gran esplendor, cuando las artes de Mesoamérica, y sobre todo el urbanismo y la arquitectura, descollaron al lado del bienestar superlativo de las elites, la prosperidad del comercio, la incuestionable potestad de los gobernantes y la gran evolución del calendario, la escritura y la observación del cielo.

El inicio del periodo puede fijarse en el año 200 dC; pero mucho tiempo atrás, a partir de 400 aC, se encuentran sus gérmenes en el aumento demográfico, la concentración de la población, la creciente división del trabajo y su consecuente especialización, la producción de bienes destinados al intercambio regional e interregional, y la jerarquización creciente de las aldeas, los centros regionales y las capitales protourbanas. Este grandioso final del Preclásico es llamado Protoclásico por muchos investigadores debido a que en él tuvieron lugar procesos sociales, económicos y políticos que sentarían las bases para el Clásico: la profundización de las diferencias de clase, el desarrollo de las redes de intercambio, la aparición de los regímenes señoriales de linaje y el nacimiento de sistemas complejos de numeración, calendario y escritura. En algunos de los grandes centros planificados surge entonces el gigantismo arquitectónico. Los mayores escenarios del auge son Kaminaljuyú e Izapa en la zona meridional del Sureste; El Mirador y Uaxactún en el Petén; San José Mogote y Monte Albán en Oaxaca; Tres Zapotes en el Golfo, y Cuicuilco y Teotihuacan en el Centro de México.

El Clásico fue la cima de este proceso. El cambio de mayor trascendencia consistió en la polarización ciudad/campo. En efecto, las capitales llegaron a tan altos niveles de concentración humana que fueron incapaces de producir sus propios alimentos. El campo fue la fuente del sustento y la ciudad se convirtió en la gran concentradora y distribuidora de la riqueza. Y en el Clásico se dieron las condiciones propi-

cias para tal transformación: cosechas abundantes; vías adecuadas para el flujo de recursos de la periferia a los centros; manufactura especializada y en gran escala de bienes destinados al comercio; integración de sistemas productivos regionales; solidez del intercambio interregional; control de redes mercantiles, y existencia de complejos aparatos administrativos y burocráticos capaces de impulsar y organizar la producción, de dirigir y proteger el comercio y de redistribuir los bienes que afluían a las capitales.

Llevaron la ventaja los centros urbanos situados en zonas nodales, que controlaban regiones en que las técnicas agrícolas se habían desarrollado y en donde existían, además, abundantes recursos complementarios, sobre todo los provenientes de lagos y ríos. Pero para el progreso extremo de las ciudades era indispensable también el dominio de recursos naturales estratégicos. Fue el caso, por ejemplo, de Teotihuacan, sitio que dispuso de minas de obsidiana próximas y que fue capaz de manufacturar enormes cantidades de instrumentos de este vidrio volcánico en sus numerosos talleres especializados. Las ciudades, además de funcionar como centros de producción y distribución manufacturera a gran escala, fueron sede de las decisiones políticas de mayor relevancia para la sociedad y teatro de las principales actividades religiosas.

Uno de los retos más difíciles para la arqueología del Clásico ha sido la determinación de las técnicas agrícolas que hicieron posible la subsistencia de las ciudades. Los especialistas han supuesto una amplia utilización de huertos, terrazas de cultivo, irrigación por canales y por inundación, represas, chinampas y algunas otras técnicas que pudieron haber permitido una producción intensiva. En la zona maya se han estudiado con detalle los campos levantados, las terrazas en las laderas, las parcelas encerradas por muros de piedra y los pequeños huertos elevados. Para el Valle de Oaxaca se proponen el cultivo por humedad y el riego por medio de pozos. Los estudiosos del Valle de Teotihuacan afirman que los manantiales fueron canalizados y que hubo una zona propicia para el cultivo de chinampas de tierra adentro. Sin embargo, hoy sabemos que la mayor parte de los cultivos teotihuacanos y oaxaqueños dependían de las aguas de temporal, al mismo tiempo que negamos que el simple cultivo maicero de roza o de barbecho fueran suficientes para hacer frente a las necesidades de una urbe.

Si la arqueología nos proporciona herramientas adecuadas para conocer —no sin gran esfuerzo— la tecnología del Clásico, existen mu-

chos otros aspectos de carácter social, político y cultural que nos resultan oscuros. Pese a los recientes e increíbles avances en el campo de la epigrafía maya, el tipo de mensajes contenidos en los textos jeroglíficos es demasiado limitado para responder a la variada gama de las dudas históricas. Y entre éstas, como es natural, se encuentran las que se refieren a la conformación social y política de este periodo. Si nos es difícil entender cuáles fueron las unidades sociales básicas mayas, cómo se integraban sus cuerpos de gobierno y qué relaciones existían entre las distintas ciudades, el lector puede imaginar nuestras lagunas sobre los teotihuacanos, quienes no poseyeron una escritura semejante a la maya. ¿Qué grupos étnicos fueron mayoritarios en la ciudad? ¿Qué lenguas hablaban? ¿Cómo se organizaban sus barrios? ¿Qué tipo de gobierno tenía la urbe? ¿Estuvieron regidos por reyes de linaje? A falta de textos complejos seguimos a la espera de un mayor avance técnico y metodológico de la arqueología, de la antropología física y de la iconografía para responder con certeza a estas preguntas básicas.

A pesar de tales limitaciones, podemos percibir con cierta nitidez una diferenciación cultural que, indirectamente, nos remite a dos grupos distintos de prácticas y concepciones sociales y políticas en las tradiciones del Clásico. Es una bifurcación de tradiciones que se inició en el Preclásico Tardío. Su presencia es clara en los sistemas de registro del calendario y del pensamiento; sus dos vertientes se distinguen entre sí por su nivel de complejidad. En lo tocante al calendario, la primera vertiente (seguida, entre otros pueblos, por los teotihuacanos) conservó los sistemas más sencillos de cómputo del tiempo. Tenía como parte medular la combinación del ciclo de 365 días (agrícola-religioso) y el de 260 (adivinatorio). En cambio, en la segunda vertiente (desarrollada en grado máximo por los mayas) se emplearon sistemas complejos. El calendario usaba una combinación básica en la cual sumaba a los dos ciclos arriba mencionados el de 360 días (histórico-adivinatorio), y se valía de la cuenta larga, que hacía necesarios cálculos sumamente elaborados y precisos.

En lo que toca al registro visual del pensamiento, la primera vertiente recurrió a la simbolización de las representaciones mentales; en tanto que la segunda simbolizó las expresiones verbales. En términos generales, esto quiere decir que mientras que en la primera el símbolo representaba la idea (símbolo figurativo o ideograma), en la segunda el símbolo representaba la palabra (símbolo verbal o logograma) que a su vez representaba la idea. El logograma podía ser de carácter se-

mántico o fonético. En esta última vertiente el triple paso obligaba al sistema a regirse por algunas de las leyes lingüísticas, entre ellas la de la secuencia sintáctica. Como es normal en los sistemas de registro de pensamiento, ni el de la primera vertiente ni el de la segunda son absolutos, sino que tienen un carácter mixto. Por otra parte, en lo que toca a la numeración, los guarismos empleados por el primer sistema no tuvieron valor posicional; por el contrario, el segundo sistema, al dar valor posicional a sus guarismos, tuvo que crear uno con valor equivalente a "posición ocupada" o "cero".

La vertiente de mayor complejidad —la segunda— dio un salto gigantesco durante el Clásico, periodo que destaca por los avances mayas en la escritura y el cómputo del tiempo. La causa de esta bifurcación cultural, como anteriormente se dijo, parece residir en las diferencias de conformaciones sociales y políticas. Es muy interesante comprobar que el pueblo más poderoso del Clásico, el teotihuacano, no utilizara ni una escritura, ni una numeración, ni un calendario semejantes a los mayas. Dada la intensidad de los tratos entre mayas y teotihuacanos durante el Clásico Temprano, la carencia de estos sistemas en el Centro de México sólo es explicable por la existencia de estructuras sociales y de gobierno que *no necesitaban* de estos conocimientos. Esta afirmación, a la que volveremos en capítulos subsiguientes, parte de los estudios que han acentuado el valor político y propagandístico de los sistemas mayas de registro del pensamiento y del calendario.

Otra diferencia entre las tradiciones del Centro de México y del Sureste durante el Clásico queda de manifiesto en el ejercicio de las armas. Ni los teotihuacanos ni los mayas fueron pueblos pacíficos; pero los estudios más recientes permiten saber que los segundos vivían en un clima de tensión bélica que casi podríamos calificar de endémica. Hasta ahora no hay indicios de algo semejante en Teotihuacan. De cualquier modo, es necesario dejar establecido aquí que las guerras mayas del Clásico no alcanzaron el carácter de pronunciado militarismo que prevaleció durante el Posclásico.

En el nivel general, el comercio mesoamericano a larga distancia fue el factor cohesivo más importante durante el Clásico. Al vincularse las grandes capitales entre sí para entablar relaciones de intercambio, se propició como nunca la interacción cultural. La eficacia comercial fue posible por la existencia de una red de circulación sumamente organizada, promovida y dirigida por los teotihuacanos hasta mediados del siglo VIII. Después del colapso de Teotihuacan, la red se fragmentó, y

otras ciudades tomaron las riendas mercantiles; pero nunca más pudo reintegrarse el orden anterior.

El urbanismo es el rostro más ostentoso del Clásico. Teotihuacan es única por su modelo ortogonal, con calles espaciadas regularmente. Monte Albán se yergue majestuosa en las alturas, dominando la amplitud del valle, y a partir de su Gran Plaza va descendiendo por las terrazas de las laderas. Las ciudades mayas —una pléyade en la selva— siguen por lo común los contornos del terreno; pero conservan siempre la armonía de sus conjuntos arquitectónicos: plazas, templos, palacios y juegos de pelota. En las distintas áreas de Mesoamérica, todas las ciudades se erigen obedeciendo los modelos cósmicos y los movimientos marcados por los astros sobre el horizonte. El urbanismo es complejo, desarrollado, cuidadoso de los detalles. El proceso se emprende a partir de centros arquitectónicos masivos, propiamente administrativos y ceremoniales, para continuar en extensas zonas residenciales que pueden llegar a ser demasiado compactas. El urbanismo también resuelve los requerimientos de depósito y abastecimiento de agua, de conductos pluviales y de salida de desechos. Los caminos y los acueductos se combinan con la decoración profusa y con el mensaje iconográfico constante —en esculturas de bulto, en mosaicos, en aplanados de estuco bruñido y pintado, y en murales fastuosos— para hacer de cada ciudad un prototipo del poder, de la religión y de la sabiduría.

Las ciudades fueron los centros de producción de bienes de prestigio que eran ostentados por los nobles locales e intercambiados en toda la superárea. En sus talleres se elaboraban tallas de piedras semipreciosas, tocados de plumas, prendas finas de algodón, adornos de concha, además de cerámicas de lujo de las más variadas formas, funciones y decoraciones. También se manufacturaban enormes cantidades de bienes utilitarios, principalmente de cerámica y de piedras como la obsidiana y el pedernal. Por lo común, estos objetos eran de formas y tamaños estandarizados, y algunos de ellos se producían en serie gracias al uso de moldes.

La religión tiene una especial importancia durante el Clásico, pues durante este periodo adquiere muchas de las características que persistirán hasta la Conquista. Una parte nada despreciable del panteón mesoamericano queda entonces cristalizada; los dioses personificados aparecen en representaciones pictóricas y escultóricas con atributos y atavíos que permiten reconocerlos a partir de la iconografía de épocas posteriores. Las divinidades relacionadas con la lluvia, el fuego, la

tierra y la sucesión temporal alcanzan una enorme importancia y amparan el poder de los gobernantes. Es verosímil que desde los inicios del Clásico el clero monopolizara todas las sabidurías: la del transcurso del tiempo, la de la voluntad de los dioses, la matemática, la astrológica, la histórica, la artística y posiblemente —así lo han supuesto algunos autores— la comercial y la política. Así pudieron dedicar todo su conocimiento e influencia religiosa al servicio del poder, al cual el clero quedó definitivamente adscrito como el auxiliar más útil.

La extensión cronológica del Clásico se fija convencionalmente entre 200 dC y 650/900 dC. Pero al analizar la historia de cada área, los límites varían considerablemente, de 200 dC-650/750 dC en el Centro de México a 292 dC-810/909 dC en el Sureste. La razón de las diferencias de inicio responden simplemente a la mayor o menor anticipación de la vida urbana; pero el gran desfase entre las fechas del final del Clásico obedece a causas más graves: se toman como hitos las épocas de declinación de las grandes capitales, que van cayendo una a una por causas aún no explicadas satisfactoriamente, en una secuencia que se prolonga cuando menos siglo y medio. Obviamente, esto hace imposible la generalización de las subdivisiones temporales. Los especialistas del Sureste separan el Clásico Temprano del Tardío tomando en cuenta, respectivamente, la presencia y la ausencia teotihuacana en el área. En el Clásico Temprano se inscribe, además, el más vigoroso impulso cultural de los mayas; en el Tardío sobreviene un florecimiento de tales proporciones que para muchos autores esta época corresponde a la apoteosis de la civilización mesoamericana. Con el propósito de equiparar las fechas más tardías del Sureste con las del Centro de México, algunas periodizaciones de esta última área dan el nombre de Clásico Terminal a la época que va de 650 a 900. Pero a este problema volveremos en los capítulos dedicados a la caída del Clásico y al Epiclásico.

Entre todas las capitales clásicas, ninguna tuvo las dimensiones físicas, urbanísticas y políticas de Teotihuacan. Puede afirmarse que en el Centro de México tuvo lugar un fenómeno de megacefalia, debido al cual eran desproporcionadas las diferencias entre Teotihuacan y los centros que le seguían en orden de importancia. Se calcula que en su esplendor la ciudad llegó a tener 125 000 habitantes, y hay quien lleva la cifra a 200 000, cantidades ambas muy elevadas para su tiempo no sólo en Mesoamérica, sino en el mundo. En cambio, en el área oaxaqueña se dio una proliferación de ciudades, principalmente en el Valle

de Oaxaca y en las Mixtecas Alta y Baja. En el Valle se produjo una interesante jerarquización de centros urbanos, de acuerdo con sus dimensiones y su peso dentro del sistema regional. En la cúspide de la pirámide se encontraba Monte Albán, ciudad que mantuvo un intenso trato con Teotihuacan.

En el Occidente la situación fue muy distinta. Con excepción de Guerrero, el área se mantuvo relativamente aislada del resto de Mesoamérica. En sentido estricto esta área no ingresó en la etapa urbana, por lo cual no es nítida la separación entre el Preclásico y el Clásico. Con este relativo atraso evolutivo, aparecieron en el Occidente múltiples culturas locales, con relativa independencia entre sí, pero teniendo como común denominador un desarrollo cerámico considerable, particularmente de carácter estético.

Para el área Norte, el Clásico abarca casi la totalidad de su existencia. Las difíciles condiciones climáticas del área ocasionaron que su ocupación agrícola fuese tardía —en los albores de la era cristiana—, posiblemente a partir de las avanzadas de las sociedades vecinas del Occidente, del Centro y del área del Golfo. Estos hombres habrían llevado al septentrión técnicas desarrolladas, suficientes para cultivar en aquellas tierras que se habían vuelto un poco más benignas en ese entonces. Un milenio más tarde, los agricultores abandonaron el área Norte. Aunque el área se caracterizó en su conjunto por ser un espacio compartido por sociedades plenamente sedentarias, por grupos de economía mixta y por recolectores-cazadores, en sus tres zonas se registraron procesos distintos: en la central no pudo existir un desarrollo notable; en la rama oriental prosperaron, gracias a las minas de cinabrio, centros fundados en los lomos montañosos de las regiones mineras; en la rama occidental floreció la cultura Chalchihuites, cuyas manifestaciones más septentrionales llegaron hasta Durango.

A diferencia del Occidente, el área del Golfo tuvo muy estrechas relaciones con el resto de Mesoamérica, y sobre todo con Teotihuacan. Sin embargo, pese a las exquisitas manifestaciones artísticas producidas durante el Clásico en esta área, sólo se conocen hasta la fecha tres centros urbanos de importancia: dos, El Tajín y Cerro de las Mesas, independientes; el otro, Matacapan, como un enclave teotihuacano.

Por último, el Sureste fue durante el Clásico el escenario del surgimiento de múltiples ciudades-estado que fueron la cuna del mayor esplendor artístico de Mesoamérica, y los centros donde el calendario, la numeración y la escritura llegaron a una complejidad incomparable.

El Centro en el Clásico

Teotihuacan fue la ciudad mesoamericana por antonomasia. Su grandeza y hegemonía se fincaron, sin embargo, siglos antes de que alcanzara el rango de urbe. Como hemos visto, en el Preclásico Tardío dos capitales señoreaban la Cuenca de México: Cuicuilco y Teotihuacan. Precisamente entre 300 y 100 aC la primera deja de ser el único centro de poder en la región, pues Teotihuacan la dobla en número de habitantes. Tiempo después, en los albores de la era cristiana, y tal vez a causa de las erupciones del Xitle, las tres cuartas partes de la población de la Cuenca se trasladan al Valle de Teotihuacan. Cabría entonces preguntarse por qué hubo tal concentración humana en tan reducido espacio y por qué floreció precisamente allí la ciudad más célebre del Clásico.

El Valle de Teotihuacan tiene una extensión de 505 km^2, lo que significa menos de 6.5% de la superficie total de la Cuenca. Rico en tierras aluviales, se beneficia de flujos de agua, entre ellos los ríos San Juan, San Lorenzo y Huixulco, y numerosos manantiales de aguas permanentes. Además, en época prehispánica el Lago de Texcoco llegaba a las fértiles planicies de Acolman.

A su potencial agrícola se sumaba el recurso mineral más importante en la economía de la época: la obsidiana. Con ella los teotihuacanos elaboraron toda suerte de utensilios que llegaban a los confines de Mesoamérica. Del cerro Olivares, en las proximidades de Otumba, procedía la obsidiana gris veteada; en tanto que la verde era extraída de un pequeño volcán al oeste de Tulancingo y de las excepcionalmente ricas minas de la Sierra de las Navajas, cerca de Pachuca. También podían obtenerse en la región una arcilla de excelente calidad para la alfarería, el basalto, el tezontle, la pizarra, la andesita y la arenisca.

Otras dos condiciones muy favorables para el desarrollo urbano de Teotihuacan fueron, por una parte, la posición privilegiada de su valle como lugar de paso en la ruta comercial más directa entre el Golfo de México y la Cuenca y, por otra, la presencia de numerosas cuevas que, sacralizadas, convirtieron la zona en un prestigiado Santuario. Precisamente, la Pirámide del Sol fue levantada a fines del Preclásico sobre una de estas cuevas subterráneas, que al parecer fue su antecedente ritual. Se trata de una cavidad (posiblemente natural, pero muy

modificada por la mano del hombre) que consta de un túnel de acceso de 100 m de longitud y de una cámara tetralobulada.

Gracias a los estudios realizados por Rene Millon, William T. Sanders y George L. Cowgill se conoce la secuencia histórica de la urbe y de su entorno rural desde su gestación hasta su ocaso. Para Miccaotli (150-250 dC), la primera fase del Clásico, Teotihuacan puede considerarse una verdadera ciudad. No creció en extensión, pero sí en densidad y complejidad. Se vivía entonces un momento de florecimiento y expansión comercial. En efecto, hay vestigios de que entonces llegaba la obsidiana teotihuacana hasta Altún Ha, en Belize. De esta época data la construcción del eje norte-sur, organizador del espacio urbano, que después fue nombrado por los mexicas el Camino de los Muertos *(Miccaotli)*. También fueron erigidos en aquel entonces la Ciudadela, el Templo de Quetzalcóatl y posiblemente el Templo de la Agricultura y el Grupo Viking.

En la siguiente fase, Tlamimilolpa (250-400), aumentó la población teotihuacana. Se construyeron la Plaza de la Pirámide de la Luna, el Templo de los Caracoles Emplumados y el Gran Conjunto, enfrente de la Ciudadela. La mayoría de los conjuntos habitacionales también datan de esta época. El carácter cosmopolita de la ciudad tiene como evidencia más notable la fundación de un barrio oaxaqueño. Esto corresponde a una fuerte presencia teotihuacana en el Valle de Oaxaca, y particularmente en Monte Albán. Pero los teotihuacanos llegaron mucho más allá en esta época, hasta Kaminaljuyú, en los altos de Guatemala. Otra evidencia de la intensidad de relaciones con el exterior es la influencia artística que la ciudad recibió de la costa del Golfo. Con la obsidiana, que fue siempre importante en el comercio teotihuacano, viajó a partir de la fase Tlamimilolpa la cerámica de lujo conocida por los arqueólogos como Anaranjada Delgado. Actualmente se debate sobre el origen de esta cerámica. Al parecer las minas de arcilla y quizá el centro de elaboración se encontraban en el Valle de Puebla; pero, indiscutiblemente, fue Teotihuacan su gran distribuidora en toda Mesoamérica.

Xolalpan (400-550) fue la fase de máximo esplendor. La población llegó aproximadamente a una media de 125 000 habitantes, pero posiblemente alcanzó 200 000 en su apogeo. Millon afirma que hacia el año 600 Teotihuacan se había convertido en la sexta ciudad más grande del mundo en lo que se refiere al número de habitantes. No obstante lo anterior, la ciudad se contrajo en extensión, lo que motivó una

fuerte concentración demográfica que afectó la estructura de los centros residenciales.

La última fase del Clásico teotihuacano fue Metepec (550-650). La población decreció en esta fase a 85 000 habitantes. Existen indicios de que el centro de la ciudad fue incendiado y saqueado. Se calcula que fueron por lo menos 147 edificios los dañados por el fuego. A pesar de que perdió entonces la hegemonía mesoamericana, sus dimensiones la situaban aún como el centro más importante del Altiplano Central. Conservará esta preeminencia prácticamente durante dos siglos más (fases Oxtotícpac y Xometla, post-650).

Como se ha dicho, durante el Clásico sobrevinieron cambios radicales en el modelo de asentamiento en la Cuenca de México y paralelamente surge la dicotomía campo/ciudad. Entre 300 y 750 una elevadísima proporción de 230 000 habitantes que llegó a tener la Cuenca residían en Teotihuacan. El resto de la población se distribuía en nueve centros provinciales, 17 aldeas grandes, 77 aldeas pequeñas y 149 caseríos.

Dos de los problemas científicos más interesantes en la relación campo/ciudad son el porqué de la concentración de la población y la procedencia de sus recursos alimentarios. Entre varios intentos de explicación global se encuentra el de Sanders, quien vincula el incremento demográfico y las transformaciones dramáticas del modelo de asentamiento y la organización política del Clásico con el desarrollo de la agricultura hidráulica. Desde esta perspectiva, los teotihuacanos habrían construido chinampas, ganando terreno a los pantanos de las fuentes del río San Juan. Estas tierras estarían consagradas al cultivo intensivo. Además, abrieron parcelas a gran escala, irrigadas permanentemente con los flujos de los numerosos manantiales del valle. Esta hipótesis es sugerente; sin embargo, algunos investigadores estiman que no es posible demostrar arqueológicamente que estas técnicas agrícolas se hubiesen practicado en fechas tan remotas.

Independientemente de lo anterior, es casi seguro que la mayor parte de las cosechas fuesen de temporal. Se supone que los teotihuacanos practicaban el barbecho, técnica extensiva que consiste en el corte y quema de la hierba para abonar la tierra. Esta técnica permite sembrar durante dos o tres años consecutivos, seguidos de un tiempo igual de descanso para que el suelo recupere sus nutrientes. Resulta convincente que los teotihuacanos, como lo hacen los campesinos actuales, hubieran construido terrazas con paredes de rocas y magueyes

en las laderas de pendiente moderada. También se ha sugerido la práctica de irrigación por inundación, desviando el agua de las barrancas por medio de pequeñas represas.

Por otro lado, Sanders ha propuesto que las tierras aluviales situadas en las inmediaciones de la ciudad no eran cultivadas por campesinos, sino por dos terceras partes de la misma población citadina, modelo no muy común, pero conocido en otros lugares. Se trataría de individuos que, paralelamente, practicarían actividades diversas, en su mayoría de tipo artesanal. Asimismo, existía una nada despreciable población agrícola en los suburbios teotihuacanos.

La alimentación basada en el maíz, el frijol, la calabaza y el chile era complementada con muchos otros cultivos, así como con los productos de la recolección, la caza y la pesca. Las proteínas animales procedían principalmente del consumo del conejo, el venado y el perro doméstico. En menor proporción se obtenían del guajolote, el ganso, la codorniz, el armadillo, la ardilla y la lagartija. La proximidad al Lago de Texcoco y al sistema de ríos que en él desembocaban permitía a los teotihuacanos el aprovechamiento de las aves, entre ellas las migratorias, los pescados, los batracios, las tortugas e infinidad de insectos y sus huevas que recogían de las aguas. El Lago también los proveía de sal.

A pesar del increíble volumen de la producción de alimentos, Teotihuacan debió su auge económico a su carácter de ciudad artesanal. Como dijimos, esta urbe dependía en buena medida de la exportación de manufacturas, y en primer término las de obsidiana. Distribuidos en prácticamente toda la ciudad, se han encontrado numerosos talleres especializados, entre ellos los de navajas prismáticas y los de cuchillos y puntas de proyectil. Aparte de este vidrio volcánico, los teotihuacanos trabajaban otros minerales, como el basalto, la andesita, la arenisca, la pizarra y el pedernal. Con ellos elaboraban toda suerte de instrumentos, tales como raspadores, raederas, puntas, metates, molcajetes, alisadores, machacadores, goznes de puertas y lajas de revestimiento. Los teotihuacanos también son célebres por sus trabajos de piedra pulida, en especial las máscaras elaboradas con piedras verdes.

La alfarería no era menos importante. Las arcillas procedían de varias minas del propio valle y, debido a su origen volcánico, daban tras su cocción colores negros, cremas, rosáceos, grisáceos o cafés, característicos de la cerámica de Teotihuacan. También en este campo había especialización. La producción de algunos alfares estaba dedicada a

vajillas para el consumo doméstico. Un ejemplo interesante es el taller encontrado en Tlajinga, donde se manufacturaban, en hornos excavados en el tepetate, cazuelas y ánforas del tipo denominado Anaranjado San Martín. En cambio, de otros alfares procedían objetos rituales, como los incensarios tipo teatro, elaborados a un costado de la Ciudadela. La cerámica teotihuacana era rica en formas y decoración. La masificación de la producción hizo que, además de las técnicas de moldeado sin torno, se generalizara el uso de moldes. Proliferaron así las figurillas humanas con grandes cabezas planas, rapadas total o parcialmente, o con grandes tocados. También se fabricaron recipientes cuyas particulares formas llevarían el estilo teotihuacano a toda Mesoamérica; entre ellas se encuentran los célebres cajetes de cuerpo cilíndrico, con paredes sumamente delgadas y patas en forma de "almena". En muchas ocasiones los recipientes cerámicos eran decorados con una compleja simbología geométrica acompañada de formas naturalistas.

Hacia el año 600 Teotihuacan mostraba una asombrosa regularidad, lograda a partir de dos ejes ortogonales que ordenaban el espacio urbano. El Camino o la Calzada de los Muertos era el eje principal, y corría de sur a norte hasta desembocar en la Plaza de la Pirámide de la Luna. El otro eje, orientado de este a oeste y con más de cinco kilómetros de longitud, seguía el cauce modificado del río San Juan, flanqueando al norte la Ciudadela y el Gran Conjunto. Ambos ejes dividían la ciudad en cuadrantes, haciendo corresponder la imagen urbana a la superficie terrestre, que tenía como símbolo sagrado la gran flor de cuatro pétalos. Al mismo tiempo, servían de base a una retícula que ordenaba grandes manzanas, muchas de ellas de 60 m por lado. Las calles eran rectas y cubrían el sistema de abastecimiento de agua potable y la red de drenaje y alcantarillado que descargaba en el río San Juan.

La arquitectura de Teotihuacan seguía un orden rígido, bajo el cual la simetría y las rítmicas repeticiones de los elementos ratificaban la idea de que la ciudad terrenal era una réplica del arquetipo divino. Imperaba en las formas la composición talud-tablero, suma de un paramento inclinado inferior con un marco rectangular en saledizo que bordea un lienzo plano. Esta combinación podía repetirse al infinito, superponiendo los módulos talud-tablero para formar así edificios de varios cuerpos con una apariencia de solidez y un alto valor plástico. De hecho, la composición daba un sello característico a la arquitectura teotihuacana que se difundiría ampliamente en el Clásico. Lejos de provocar una sensación de monotonía, los módulos variaban entre sí

tanto por sus juegos de luces y sombras como por los vivos colores de sus superficies estucadas. Las líneas horizontales sobre el firmamento se interrumpían con placas verticales de piedra, de carácter ornamental y simbólico, que coronaban los edificios.

A la arquitectura pública correspondió una escultura igualmente monumental. Su estilo geométrico reprodujo en monolitos prismáticos las imágenes de animales y dioses, generalmente asociados al mundo acuático y a la fertilidad.

Una visión de la urbe a vuelo de pájaro resaltaría la sucesión de espacios cerrados —dedicados a la vida privada y laboral— y de amplios espacios abiertos, consagrados a las actividades públicas propias de la religión, la administración, el mercado y el esparcimiento. La columna vertebral de la ciudad era la Calzada de los Muertos, que en su tiempo llegó a medir más de tres kilómetros de largo y 45 m de ancho, con cerca de 30 m de desnivel salvado con terrazas escalonadas. La mancha urbana estaba dominada por dos templos de dimensiones ciclópeas. En el extremo norte de la calzada se eleva la Pirámide de la Luna, formando con su plaza ceremonial el espacio arquitectónico más bello de la ciudad. Al sur, no muy lejos de allí y a un lado de la calzada, está el mayor edificio del sitio: la Pirámide del Sol. Esta enorme mole, quizá consagrada al culto de una deidad acuática, conserva su sabor primitivo, ya que la mayor parte de sus taludes nunca fueron modernizados con la típica adición de tableros.

Si se siguen los desniveles descendentes de la Calzada de los Muertos se pasa por un puente que salva el cauce del río San Juan y se llega a los dos espacios abiertos más extensos de la ciudad. Al oriente se halla la Ciudadela, conjunto que, a pesar de su nombre, no tuvo funciones defensivas. Se trata de un cuadrángulo de 400 m por lado bordeado por una plataforma provista de escalinatas y coronada por pequeños templos. La presencia de dos conjuntos habitacionales en sus cuadrantes noreste y sureste sugieren que allí moró el linaje gobernante. Una pirámide roja de cuatro cuerpos ocupa el fondo de este recinto. Gracias a las excavaciones arqueológicas está hoy a la vista el Templo de Quetzalcóatl, que fue cubierto por esta pirámide. Los teotihuacanos del año 600 ya no lo conocieron. Fue, sin duda, la obra arquitectónica más suntuosa de la larga historia de Teotihuacan, pues sus cuatro fachadas estuvieron totalmente cubiertas por monolitos que representaban una y otra vez el cuerpo sinuoso de la Serpiente Emplumada cargando un tocado. Ésta fue confundido durante mucho

tiempo con el rostro de Tláloc. Hoy día sabemos que el templo en su conjunto alude al mito de creación del tiempo y a su figura principal, la Serpiente Emplumada, como patrono de los gobernantes. Al occidente, del otro lado de la calzada, se sitúa el Gran Conjunto, que algunos arqueólogos han supuesto que era el mercado o el centro administrativo de la urbe.

Uno de los modelos arquitectónicos más interesantes de Teotihuacan fue el llamado Complejo de Tres Templos. Alrededor de un patio rectangular y generalmente en los costados norte, este y oeste, se levantaban tres edificios templarios que otorgaban al espacio central la preeminencia del culto colectivo, probablemente el del barrio.

Intercalados en estos amplios espacios públicos existían las construcciones donde los teotihuacanos encontraban un ambiente de recogimiento. Éstas podían ser simples chozas unifamiliares o intrincados conjuntos habitacionales capaces de albergar entre 20 y 100 individuos. Hasta ahora han sido localizados más de 2 000 conjuntos, que variaban en calidad de acuerdo con el estatus y nivel económico de sus moradores. Sin embargo, todos ocupaban grandes superficies rectangulares (con frecuencia de 60 × 60 m) y estaban limitados por muros altos y lisos. Al transeúnte le era difícil averiguar lo que sucedía dentro de ellos, puesto que carecían de ventanas. Generalmente sólo contaban con uno o dos accesos. En su interior se distribuían numerosos cuartos en torno a pequeños patios porticados que permitían la entrada de la luz, la captación de agua y la ventilación. Las habitaciones se comunicaban entre sí por pasillos laberínticos. Al parecer, los conjuntos se dividían en varios apartamentos unifamiliares, cada uno de ellos compuesto por áreas de preparación y consumo de alimentos, de estancia y reposo, de almacenamiento de víveres y materias primas, de trabajo, de culto y enterramiento, y de desecho. Había, además, áreas compartidas por todas las familias del conjunto, asociadas unas al ritual religioso. Estas áreas generales de culto consistían en amplios patios con altares provistos en ocasiones de templos piramidales. En algunos lugares también había otras áreas destinadas a la crianza de animales domésticos. Todos los conjuntos tenían un solo piso y estaban cubiertos por techumbres planas.

Se supone que el proyecto y la construcción de cada conjunto habitacional se llevaban a cabo en un solo momento. No era extraño que con el paso del tiempo se hicieran remodelaciones, principalmente para aumentar el número de los cuartos.

Los estudios de la antropología física aportan indicios de que en algunos conjuntos los varones tenían vínculos genéticos, lo que no se ha visto en los restos esqueléticos de las mujeres. Esto ha sido interpretado como consecuencia de la exogamia y la virilocalidad (establecimiento de la nueva pareja en la residencia de la familia del varón) dentro de una organización de linaje.

El análisis de los materiales arqueológicos obtenidos en los conjuntos permite caracterizar a sus habitantes. Contamos con estudios sobre las prácticas funerarias, los objetos usados y producidos por sus moradores, y las pinturas murales; la suma de los datos lleva a suponer que dos o más conjuntos componían una unidad de etnia, parentesco, profesión y culto. Es posible que estas unidades formaran una organización semejante en las que en épocas muy posteriores recibirían en náhuatl el nombre de *calpultin*. Los ejemplos más notables de este tipo de unidades son los conjuntos del Barrio Oaxaqueño de Tlailotlacan, los del Barrio de los Mercaderes de San Francisco Mazapan y los del linaje de militares de alto rango, en Amanalco.

Hoy día no hay la menor duda de que Teotihuacan fue una ciudad pluriétnica, dividida espacialmente en conjuntos habitacionales que facilitaban tanto la cohesión de los grupos étnicos como la conservación de sus especificidades lingüísticas y culturales. Hay que advertir, además, que una organización de esta naturaleza simplificaría la administración central, la captación de tributos, el reclutamiento laboral para obras colectivas y el control del Estado, como lo ha sugerido Millon.

En este contexto cabría preguntarse cuál era la etnia mayoritaria y si ésta detentaba el poder. Durante varias décadas se han sugerido diversos pueblos como los principales componentes de la ciudad: otomíes, nahuas, totonacos, mazatecos o popolocas. Sin embargo, hasta la fecha no es posible apoyar firmemente ninguna de estas propuestas. Seguimos también sin saber cuál era el nombre de esta urbe, que los nahuas del Posclásico llamarían "Lugar de la Deificación" en alusión al mito de la creación del Sol y de la Luna.

Otro problema polémico y sumamente interesante tiene que ver con el tipo de organización política capaz de articular las relaciones entre los heterogéneos componentes de la sociedad teotihuacana. A diferencia de las unidades políticas del Clásico maya, compuestas por grupos relativamente uniformes e integrados en torno a gobiernos de linaje, Teotihuacan debió de haber ejercido sobre su propia población un

dominio de índole territorial. En pocas palabras, Teotihuacan no pudo erigir su poderío sobre la tradicional estructura de parentesco. El resultado fue, en cambio, que encima de todos los linajes de la urbe se colocara una elite gobernante. Ésta pudo haber sido originalmente ya uno de tantos grupos de linajes que se impuso sobre los demás, ya una asociación colegiada compuesta por miembros de cada uno de dichos grupos. Cualquiera que haya sido el caso, el poder de esta elite debió de haber residido en la representación de un dios territorial, cuyos poderes englobarían los de las deidades de linaje.

La hipótesis de un dominio sustentado en la territorialidad permite contestar uno de los grandes enigmas de la historia mesoamericana: por qué Teotihuacan —a pesar de ser la ciudad más poderosa de su tiempo— no desarrolló a fondo la escritura, el calendario, las matemáticas, la astronomía y el arte de la representación individualizada de los gobernantes, al mismo nivel que alcanzaron sus contemporáneos mayas. Como se dirá más adelante, tales logros han sido ligados por los especialistas al fortalecimiento ideológico del sistema gubernamental de linaje, por lo cual los teotihuacanos no precisaron de ellos. Sus múltiples imágenes referentes al poder no enaltecen la individualidad, y cuentan con relativamente pocos signos de escritura y calendario.

Esta particular iconografía de las elites de Teotihuacan, en especial las representaciones de individuos asimilados a deidades que donan los frutos de la agricultura, sirvieron de base hace varias décadas para proponer la hegemonía de una supuesta clase sacerdotal que ejercía funciones políticas y que redistribuía los bienes económicos. La visión un tanto idílica de un Estado teocrático suponía la ausencia de coerción militar y de sacrificio humano. Las nuevas exploraciones arqueológicas nos muestran un panorama muy distinto: gobernantes, dioses y animales mitológicos armados; abundantes referencias simbólicas al sacrificio y las víctimas mismas enterradas bajo importantes estructuras templarias. Sin embargo, como lo ha observado Pasztory, a diferencia de pueblos como el olmeca, el maya, el mixteco y el mexica, los teotihuacanos no representaron guerreros con las víctimas conquistadas a sus pies o asidas por los cabellos. Agrega esta autora que el arte de la ciudad no exalta la conquista ni la guerra, sino la ofrenda de corazones humanos en su sentido más abstracto. Lo anterior puede hacer suponer que las víctimas eran tanto cautivos de guerra como teotihuacanos.

La iconografía de guerra y sacrificio nunca llega a equipararse con la presencia abrumadora de las deidades acuáticas e ígneas en todos

los rincones de la ciudad, aunque es necesario reconocer la dificultad de separar en algunos casos los símbolos de la fertilidad y los de la guerra. Los primeros se asocian a la idea de donación divina, ya que los dioses o las representaciones de sus manos aisladas generan chorros de agua en que fluyen los mantenimientos. Las deidades más importantes de este panteón fueron el Dios de la Lluvia, el Dios del Fuego, la Diosa del Agua, la Diosa Terrestre, la Serpiente Emplumada y el dios cubierto con una piel humana que en el Posclásico se conocería con el nombre de Xipe Tótec.

Dada la enorme importancia de Teotihuacan, casi toda la investigación arqueológica sobre el Clásico del Centro de México se ha concentrado en dicha capital y en las poblaciones circunvecinas. Comparativamente es poco lo que se sabe de la historia de las sociedades contemporáneas de los demás valles; pero en términos generales puede afirmarse con seguridad que todas ellas vivieron a la sombra del mundo teotihuacano, lo que impidió su franco desarrollo autónomo. La imposición teotihuacana es notoria en el norte y el oeste del valle, así como en dos corredores que comunican hacia el Golfo de México y hacia Tehuacán y Oaxaca, a través del Valle de Puebla-Tlaxcala. En el centro de este valle tiene su foco la cultura Tenanyécac, que entre 100 y 600 dC sufre una disminución en el número de asentamientos y una marcada ruralización. Al sur del mismo floreció Cholula, ciudad en la cual se erigió una pirámide que durante el Clásico recibió la influencia arquitectónica de Teotihuacan. Sobre la construcción original del templo se levantaron fachadas compuestas por los característicos taludes y tableros, y en éstos se pintaron figuras que han sido identificadas como extraños insectos que tienen el cuerpo de perfil y la cara de frente. También corresponden al Clásico otras pinturas sobre la fachada de un palacio anexo a la pirámide. Se trata de una secuencia de personajes de cuerpos completos que beben en grandes tazones, por lo que han recibido el nombre de "los borrachos".

Al noroeste de la Cuenca de México, en el valle donde surgiría en el Posclásico la ciudad de Tula, florecieron Chingú y Villagrán, poblaciones que formaron parte de la esfera de Teotihuacan. Al parecer ambas tuvieron su apogeo entre 200 y 400 gracias a la construcción de extensos sistemas de riego y a la explotación de calizas. Chingú fue un asentamiento mayor de 2 km^2 que, al igual que Teotihuacan, seguía una distribución ortogonal, contaba con una plaza semejante a la Ciudadela y tenía conjuntos habitacionales. El hecho de que la vajilla domés-

tica no sea teotihuacana sugiere que sólo la elite administrativa procedía de la metrópoli.

En el Valle de Amatzinac encontramos un panorama similar. En efecto, la presencia teotihuacana se manifiesta claramente en esta porción oriental del Valle de Morelos, en especial en la alfarería.

Ya en los límites del área central con la del Golfo de México, en la Cuenca de Oriental, floreció durante el Clásico Temprano el extenso sitio de Cantona, cuya prosperidad se debió a la producción agrícola, a la explotación de las minas de obsidiana de Oyameles, en el Pico de Orizaba, y a su posición intermedia en importantes vías de comunicación entre el altiplano y la costa. La ciudad fue construida sobre un derrame basáltico en pendiente. Sobre el relieve accidentado se distribuyeron los edificios monumentales sin una planificación semejante a la de otras poblaciones del altiplano. Son peculiares en Cantona los complejos de pirámide, juego de pelota y una o dos plazas, aunque no todas las numerosas canchas de la ciudad pertenecen a este tipo de asociación arquitectónica. Un buen número de calles y calzadas intercomunican las unidades habitacionales. Estas unidades, de las que se han identificado 3 000 hasta ahora, se caracterizan por tener patios delimitados con muros de piedra. Destaca en Cantona un sistema constructivo de piedras volcánicas sobrepuestas sin cementante y sin estuco, lo cual produce paramentos desnudos.

Oaxaca en el Clásico

Monte Albán alcanzó el rango de ciudad en el Preclásico Tardío. Desde entonces tuvieron que transcurrir varios siglos para que el urbanismo se implantara plenamente en casi toda Oaxaca. A lo largo y ancho de esta área se propagaron las capitales que concentraban grandes poblaciones claramente estratificadas. Se trata en su mayoría de asentamientos inusualmente nucleados en cuyo corazón se levantan templos, palacios, juegos de pelota y otros edificios de proporciones ciclópeas, así como monumentos pétreos con inscripciones que nos revelan el uso de una escritura bien desarrollada. Eran verdaderas ciudades que centralizaban el poder político y religioso de vastos territorios ocupados por sitios jerarquizados en varios niveles, según su importancia.

Este periodo de urbanismo generalizado y máximo esplendor del área puede enmarcarse a grandes rasgos entre 250 y 800/900 dC, es decir,

durante la totalidad del Clásico mesoamericano. Las zonas oaxaqueñas mejor conocidas arqueológicamente son la Mixteca Alta (fase Las Flores) y el Valle de Oaxaca (fases Monte Albán IIIA y IIIB-IV). Contamos también con numerosos datos que nos dan luz sobre ciudades en otras zonas del área. Por ejemplo, han sido detectados y estudiados importantes desarrollos clásicos en sitios como Cerro de las Minas y Tequixtepec en la Mixteca Baja (fase Ñuiñé); Huauhtla y Eloxochitlán en la Sierra Mazateca; Río Viejo y Río Grande en la Costa; San Juan Luvina y Ayotzintepec, en la Chinantla; Quiotepec en la Cañada, y La Ladrillera en el Istmo.

Los valles intermontanos de la Mixteca Alta vivieron un impresionante incremento en el número y el tamaño de los asentamientos. Uno de los casos más contundentes de este fenómeno aconteció en el Valle de Nochixtlán, donde han sido registrados sólo 35 sitios pertenecientes al Preclásico contra 113 del Clásico. A diferencia de lo que sucedía al mismo tiempo en el Valle de Oaxaca, en la Mixteca Alta nunca existió una capital hegemónica. En su lugar surgieron muchos centros urbanos relativamente pequeños, de nivel semejante y que, con toda seguridad, competían entre sí por el dominio de la zona. Esto explicaría en parte por qué fueron seleccionados lugares elevados para el emplazamiento de muchos de los asentamientos.

En uno de estos valles intermontanos, el de Nochixtlán, los estudios sobre el patrón de asentamiento han descubierto una gran variedad en lo que toca a la forma, ubicación, función y tamaño de los sitios clásicos mixtecos. En cuanto a esta última característica, existe toda una gradación: los más pequeños oscilan entre 100 y 500 m^2; les siguen los que, como Topiltepec, ocupan entre 500 y 700 m^2; luego los que alcanzan un kilómetro cuadrado, como Cerro Jazmín, y, por último, se llega a la famosa Yucuñudahui, de dos kilómetros cuadrados. Ésta fue la sucesora de Yucuita —la capital preclásica del Valle— y se erigió en una de las principales ciudades de la Mixteca Alta. Yucuñudahui fue construida sobre una gran eminencia a aproximadamente 400 m sobre el nivel del valle. Cuenta con una compleja planificación urbana en la que sus principales plazas, palacios y edificios religiosos se distribuyen a lo largo de un patrón lineal en forma de L. Son dignos de mención su juego de pelota, sus esculturas talladas en bajorrelieve y la Tumba 1, sepulcro similar a los de Monte Albán, que estaba compuesto por una antecámara cruciforme y una cámara cuadrada de 3.5 m por lado.

Como es bien sabido, el escenario máximo del urbanismo en el área fue el Valle de Oaxaca, cuna zapoteca de una de las ciudades más imponentes de Mesoamérica. A partir de 250 dC, a los caseríos, las aldeas y los pueblos que durante el Preclásico habían ocupado los tres ramales del valle, se sumaron varios centros que pudieran equipararse a las capitales clásicas de la Mixteca. Entre ellos se encuentran Loma de la Montura, Huijazoo, Zaachila, Jalieza, Macuilxóchitl, Lambityeco, Yagul y Mitla, sitios cuya población ha sido estimada entre 500 y 3 000 habitantes, y que pertenecen al segundo o al tercer nivel dentro de la jerarquía regional. Obviamente, los cerca de mil sitios de distinta jerarquía que se encontraban en el Valle estaban subordinados al poder indiscutible de Monte Albán. Como mencionamos, esta ciudad había logrado el dominio de la región desde el Preclásico Tardío, cuando se impuso a San José Mogote.

Monte Albán, desde lo alto de un cerro ubicado justo en la intersección de los tres ramales —Etla, Tlacolula y Zimatlán—, dominaba una fértil comarca agrícola, rica también en fuentes de abastecimiento de agua, cal, arcilla propia para la alfarería, sal y pedernal. Durante su máxima expansión, en la fase IIIB, la ciudad se extendía sobre unos 6.5 km^2, ocupando los cerros Monte Albán, Atzompa, El Gallo y Monte Albán Chico. Según cálculos conservadores, tendría en ese entonces entre 15 000 y 30 000 habitantes. A diferencia de otras ciudades mesoamericanas, Monte Albán careció de grandes avenidas y caminos que organizaran el espacio urbano. En cambio, el orden del asentamiento lo daban la Gran Plaza y Atzompa, los dos distritos ceremoniales y administrativos de la urbe, en torno a los cuales se distribuían las terrazas habitacionales.

Para Kent V. Flannery, las mejores pruebas de la supremacía política, económica y religiosa de Monte Albán en el Valle de Oaxaca son la riqueza y la monumentalidad de sus templos y palacios. La Gran Plaza, construida a 400 m sobre el nivel del valle, era el centro neurálgico de la ciudad. Este amplio espacio de 270 × 125 m había sido nivelado y estucado desde la fase Monte Albán II; pero la mayor parte de los edificios que se admiran en la actualidad datan de la fase IIIB. En la Gran Plaza se escenificaban las principales ceremonias cívicas y religiosas del Valle, durante las cuales podían congregarse allí cerca de 15 000 personas. El conjunto arquitectónico está integrado por numerosos edificios de piedra, estucados y pintados. Sus fachadas están decoradas con taludes y tableros del típico estilo zapoteco conocido como "do-

ble escapulario", esto es, el que utiliza molduras horizontales superpuestas y rematadas hacia abajo en franjas verticales.

La Gran Plaza tiene como límite meridional la Plataforma Sur. Ésta es la estructura piramidal de mayores proporciones del sitio y base de un templo de primera importancia; el edificio en conjunto supera los 25 m de altura. En el extremo oriental se localizan el Juego de Pelota principal, los templos II, P, Q, además de dos grandes palacios. En el extremo contrario se levantan los conjuntos templo-patio-altar denominados Sistema IV y Sistema M, así como el palacio conocido como Edificio L. El límite septentrional de la plaza está cerrado por la Plataforma Norte, imponente elevación de acceso restringido que cuenta con un pórtico y un patio hundido. Por su configuración, la Plataforma Norte parece haber sido el lugar idóneo para la residencia del gobernante supremo de Monte Albán. Finalmente, en el área central de la Plaza se encuentran el extraño Edificio J —ya mencionado en el capítulo relativo al Preclásico— y los edificos G, H e I, complejo templario que ejemplifica las típicas capillas zapotecas compuestas por dos cuartos.

De acuerdo con Richard E. Blanton, la ciudad de Monte Albán estaba dividida en 15 grandes barrios, quizá correspondientes a un número igual de linajes o de grupos corporados con actividades económicas propias. En el núcleo de cada barrio se conservan en la actualidad conjuntos de dos a cuatro montículos organizados en torno a patios. Por sus características específicas no resulta descabellado proponer que originalmente algunos de estos espacios estuvieran consagrados al culto del numen protector del barrio, y que otros fueran las lujosas residencias de las familias de mayor jerarquía. En torno a estos interesantes conjuntos, hoy día en ruinas, se distribuyen las terrazas habitacionales donde moraba el grueso de la población. Hasta la fecha se han contabilizado más de 2 000 terrazas de clara función residencial; las más pequeñas pueden medir únicamente 10 m de largo por cinco de ancho, en tanto que las más grandes alcanzan 300 m de longitud y alrededor de 100 m de anchura.

Si bien es cierto que el tamaño y la calidad de las casas variaban enormemente en relación con la prosperidad de sus residentes, todas las construcciones seguían el mismo modelo básico: un conjunto de habitaciones independientes con comunicación hacia patios rectangulares. Se estima que entre 96 y 98% de los habitantes de Monte Albán vivían en casas pequeñas o medianas, cuyos espacios techados y al aire libre

ocupaban 312 m^2 en promedio. Las más chicas solían tener muros de carrizo o de bajareque, y sus entierros eran en fosas simples o delimitadas con lajas. En cambio, las moradas medianas eran más sólidas, ya que sus muros fueron construidos con adobes. Además, contaban con varias fosas de lajas y, por lo regular, una tumba cuyos acabados y ofrendas nos indican que las familias que allí vivían eran de mayor jerarquía.

La población restante (entre 2 y 4%) estaba alojada en las 57 residencias de grandes proporciones localizadas en la ciudad. Es factible que estas casas, con muros de piedra y pisos de estuco, fueran exclusivas de la nobleza hereditaria. A partir de la superficie promedio (2 473 m^2 entre espacios techados y abiertos) y de los múltiples cuartos de que disponía cada una de dichas viviendas, se ha propuesto que en ellas moraban familias extensas acompañadas de una nutrida servidumbre.

Es precisamente en este último tipo de residencias donde Alfonso Caso e Ignacio Bernal descubrieron las tumbas más espectaculares del sitio. Son especialmente famosas la 103, la 104 y la 105, halladas en las terrazas que están al norte de la Gran Plaza. Se trata muy probablemente de tumbas reales, pues sus muros interiores están ocupados por composiciones pictóricas con imágenes de dioses y antepasados del linaje, y del glifo llamado "Fauces del Cielo". De acuerdo con Joyce Marcus, este glifo fue empleado en periodos posteriores para denotar la descendencia nobiliaria.

Las tumbas a las cuales nos referimos fueron excavadas en la roca madre. Son de planta cruciforme, y se componen de una cámara principal, una antecámara, una entrada bellamente esculpida y una escalinata que comunica con la superficie. Cada tumba fue techada con grandes losas a fin de que el conjunto resistiera el enorme peso de los templos o palacios que después se levantaron sobre ellas. Generalmente, las tumbas alojaban en su interior los restos mortales de uno o dos individuos, aunque también han sido exhumadas algunas con entierros múltiples. Muchos de los esqueletos ya no tenían sus huesos en relación anatómica, lo que indica que fueron removidos durante sucesivas inhumaciones, en algunos casos con fines rituales.

Sin excepción, los dignatarios de Monte Albán eran enterrados con ricas ofrendas compuestas de ornamentos de concha, piedra verde, tecali, mica y obsidiana, así como de figurillas toscas de piedras duras. No obstante, los objetos más comúnmente encontrados en sus tumbas,

y privativos de la cultura zapoteca, son las urnas de cerámica grisácea. Lejos de lo que pudiera suponerse, estas bellísimas piezas no sirvieron como contenedores de restos funerarios. Por lo común se les encuentra vacías o con algunas cuentas de piedra verde, conchas, huesos de animal o cuchillos de obsidiana. Pero más que por su contenido, las urnas son famosas por sus formas elaboradas, ricas en información iconográfica. Cada pieza consiste en un vaso cilíndrico completamente cubierto en una de sus caras por una figura antropomorfa de cuerpo completo. La diversidad del inventario de urnas es sorprendente, pues estas figuras varían mucho en lo que toca a posición, sexo, tocado, máscara, glifos calendáricos y objetos portados en las manos. A partir de estos múltiples atributos, las imágenes han sido identificadas como antepasados, como sacerdotes vestidos de dioses o como las mismas divinidades de la lluvia, del maíz, del fuego, de la muerte, etcétera.

Junto a las tumbas reales, uno de los aspectos más impresionantes de Monte Albán es la profusión de glifos tallados en estelas, lápidas, jambas y dinteles. La abundancia es tal que, al parecer, durante el Clásico el Sureste es la única área que supera al Valle de Oaxaca en el número de monumentos con inscripciones. Estas manifestaciones escultóricas, cuyas raíces se remontan a la fase I de Monte Albán, son los mejores ejemplos del sistema de escritura zapoteca. Gracias a los estudios de Caso y, más recientemente, de Urcid, sabemos que el repertorio glífico rebasa los cien signos. Al igual que los sistemas epiolmeca y maya, el zapoteco es mixto. Cuenta con una base logográfica (cada glifo representa una palabra). En la representación se emplean algunos glifos con valor fonético, siguiendo el principio de homofonía. Algunos de ellos son silábicos. Los glifos principales son complementados por los determinativos que indican categorías gramaticales de las palabras. También existen glifos calendáricos que sirven tanto para fijar fechas como para nombrar a personas de acuerdo con el día en que nacieron o en que su destino fue predeterminado.

Aunque breves, las inscripciones zapotecas tienen un claro ordenamiento lineal que nos revela una sintaxis. A partir del estudio minucioso de la estructura de los textos ha sido posible definir también funciones gramaticales básicas (sujeto, verbo y predicado, además de locativos y marcadores de tiempo). Las inscripciones nunca aparecen aisladas, sino que están acompañadas de imágenes de hombres y mujeres particularizados por glifos onomásticos. Dichas imágenes forman parte de escenas de temática generalmente histórica, tales como conquistas, nacimien-

tos y bodas reales. Así, por ejemplo, es común encontrar representaciones de gobernantes sentados en tronos y sujetando cetros que simbolizan su poder; también son recurrentes las figuras de dignatarios, quizá provenientes de lejanas ciudades, así como de prisioneros con las manos atadas atrás de la espalda.

La historia clásica de Monte Albán suele dividirse en dos grandes fases. La primera de ellas, conocida como Monte Albán IIIA (250-600 dC), se singulariza por la existencia de relaciones sumamente estrechas entre el Valle de Oaxaca y el Centro de México. Como veremos en un capítulo posterior, estos vínculos fueron muy diferentes a los que Teotihuacan estableció con sitios como Kaminaljuyú o Matacapan. A pesar de que en aquel entonces había un claro desequilibrio entre la capital de la Cuenca de México y Monte Albán (esta última tenía una superficie tres veces menor y una población equivalente a una cuarta parte), la capital zapoteca era lo suficientemente poderosa como para resistir cualquier pretensión expansionista de los teotihuacanos. De hecho, la información arqueológica y las representaciones iconográficas nos hablan de posibles contactos pacíficos entre ambas ciudades.

Una comparación profunda entre Teotihuacan y Monte Albán muestra enormes diferencias a nivel de traza urbana, uso del espacio, modelo de asentamiento regional e importancia de la escritura. Esto significa que la influencia que recibió Monte Albán del Centro de México es menor a la que muchos autores han supuesto, pues parece limitarse a la arquitectura y a la producción artesanal, fundamentalmente la alfarera.

La fase Monte Albán IIIB-IV (también llamada Xoo y con fechas 600-800/900) corresponde al máximo esplendor del sitio y a la disminución de los contactos con la Cuenca de México como consecuencia del colapso teotihuacano. Esta época de florecimiento, sin embargo, no duraría mucho tiempo: entre 750 y 800/900 aconteció la todavía enigmática disolución del poder centralizado que Monte Albán había ejercido durante siglos. Efectivamente, a pesar de que nunca fueron abandonados los cerros donde estaba emplazada la urbe, su población y su influencia hegemónica se vieron reducidas al final de la fase IIIB-IV. En esta misma época y de manera sintomática tuvieron lugar dos fenómenos que han sido puestos de relieve por Flannery y Marcus. Por un lado, viejos centros del Valle de Oaxaca, como Zaachila, Jalieza, Mitla y Cuilapan, adquieren un inusitado liderazgo en la región, aunque sin lograr el antiguo poderío de Monte Albán. Por el otro, cesa la erección de grandes monumentos públicos con temas militares, para dar paso a

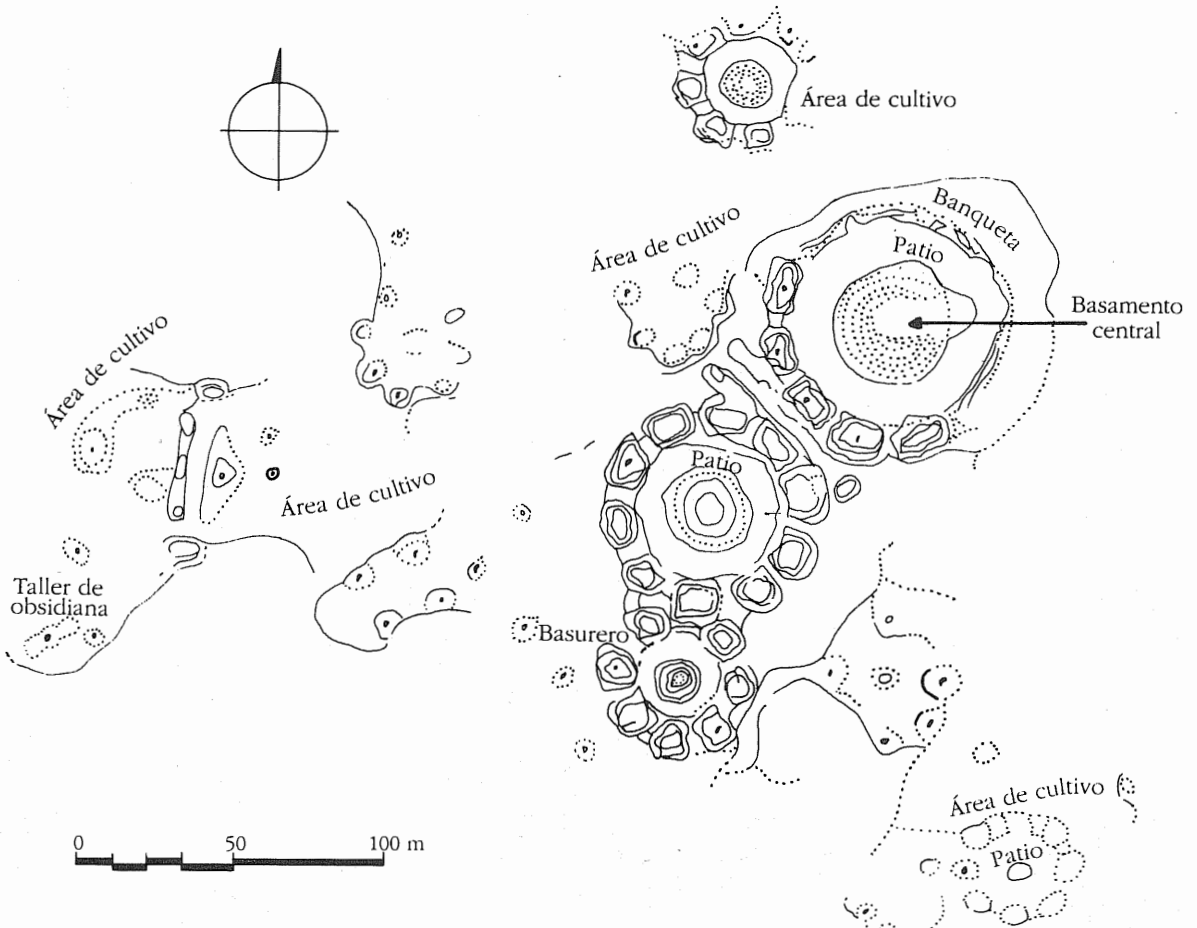
pequeños registros genealógicos que hacen especial hincapié en bodas reales y que preludian la enorme relevancia que tendrían las alianzas matrimoniales en la intrincada política de los nuevos tiempos.

El Occidente en el Clásico

Mientras que en la mayoría de las áreas mesoamericanas florecían los estados y proliferaban las ciudades, en el Occidente se mantuvieron las formas de organización que los antropólogos clasifican como señoríos. Es indudable que entre los siglos IV aC y VII dC la complejidad social y política aumentó paulatinamente en el Occidente; pero no al grado de hacer nítida en el área una división entre el Preclásico y el Clásico. De manera concomitante, las relaciones del Occidente con el resto de Mesoamérica fueron escasas durante el Clásico.

La excepción fue Guerrero, pues a lo largo del río Balsas y sus afluentes resulta notoria una influencia artística del Centro de México. En la tradición guerrerense son característicos los asentamientos ribereños con pirámides de hasta 30 m de altura, plazas y juegos de pelota. Su cerámica tiene como formas predominantes vasijas de silueta compuesta, vasos, platos, ollas de cuello corto o sin él y tecomates; son monocromas, de colores anaranjado, rojo, bayo o negro; tienen acabado lustroso y decoración incisa de motivos geométricos. Sin embargo, la industria más vigorosa de Guerrero es el tallado de piedras duras, de colores verduscos o grises. Esta industria, que hunde sus raíces en el Preclásico, es conocida genéricamente como Mezcala y comprende diferentes estilos. Así como en tiempos remotos hubo un estilo de rasgos olmecas junto a las expresiones locales, durante el Clásico se manufacturaron piezas con marcada inspiración del arte teotihuacano, además de las imágenes esquemáticas propias de la región. La mayor parte de las piezas conocidas proceden de saqueos, por lo cual es poco lo que se sabe de la vida de sus productores. Entre las pocas localidades guerrerenses en donde se han encontrado las esculturas Mezcala en contexto arqueológico están La Organera y El Mirador.

Una segunda tradición comprende las Culturas del Bajío, herederas de Chupícuaro y ubicadas en Guanajuato y el norte de Michoacán. Sus asentamientos dejaron como principales vestigios terrazas, plataformas y edificios con columnas fabricadas de piedra y lodo. Los habitantes del Bajío produjeron durante el Clásico una cerámica cuyas formas prin-



MAPA III.1. *Plano de la zona arqueológica de Teuchitlán, Jalisco. Área Occidente, periodo Clásico*

cipales son cajetes trípodes y vasijas con asas que evocan las de una canasta. Entre su decoración destaca la polícroma, pulida y geométrica, y entre sus técnicas el seudocloisonné.

Más al norte se encuentran los sitios de la Tradición de las Tumbas de Tiro, distribuidos a lo largo de un territorio en forma de media luna, el cual va desde la mitad meridional de Colima, cruza Jalisco y llega al oriente de Nayarit. Esta tradición, cuya antigüedad arranca en el Preclásico y se extiende hasta el siglo VI dC, debe su nombre a sus muy peculiares formas de enterramiento. Como vimos, las tumbas se componen de un tiro vertical que lleva a una o varias cámaras excavadas en el subsuelo. A semejanza de lo que ocurre en Colombia y Ecuador, esta clase de tumbas están separadas de las áreas residenciales, práctica funeraria típica del Occidente, pero muy rara en el resto de Mesoamérica. En el Clásico el tiro de las tumbas llega a medir 16 m de profundidad. La pluralidad de cámaras ha sugerido que algunas de las tumbas eran usadas por familias o linajes durante largo tiempo. Junto a los cuerpos se acostumbraba depositar ofrendas de cerámica y ornamentos, en ocasiones de tan buena factura o de tan remotos orígenes que puede pensarse en la posición privilegiada de los difuntos. La cerámica comprende figurillas, vasijas y composiciones complejas en forma de maquetas. Éstas reproducen escenas cotidianas y familiares, lo que constituye un buen testimonio etnográfico que da a conocer prácticas festivas y estilos de construcción. Por ellas se conoce el uso de casas de uno o más aposentos, algunas levantadas sobre plataformas, con terrazas y vestíbulos; sus techumbres, de cuatro aguas, son independientes en cada cuarto; los muros, las plataformas y las cubiertas están decorados. Es necesario advertir que las investigaciones arqueológicas de las tumbas de tiro no han dado resultados proporcionales a su importancia, debido a que éstas han sido saqueadas sistemáticamente.

La cerámica de esta tradición se extiende más allá del territorio de las tumbas y varía considerablemente de una región a otra. Se han distinguido hasta ahora tres grandes grupos, correspondientes respectivamente a los territorios de los actuales estados de Colima, Jalisco y Nayarit. La cerámica colimota se caracteriza por sus bellas figuras antropomorfas, zoomorfas y fitomorfas, realistas, huecas, generalmente recipientes con vertedera, trabajadas con base en el modelado, pastillaje e incisión, muy bien pulidas y monocromas, en rojo, café o negro. Son famosas las que tienen forma de seres humanos, perros, loros y calabazas. En su fase Comala destacan los cántaros trípodes, cuyas

patas son con frecuencia efigies. En Jalisco, en cambio, predominan las piezas antropomorfas, aunque hay bules y cajas. En éstas se combina la técnica de modelado con la pintura, roja sobre crema o bayo en el tipo Ameca y blanca sobre rojo en las llamadas "caras de cordero". Los seres humanos representados aparecen aislados o en grupos, con frecuencia dedicados a actividades cotidianas. Son rasgos peculiares en ellos las caras largas y las narices prominentes. Finalmente, las esculturas nayaritas fueron poco modeladas, por lo cual rasgos faciales, prendas y adornos debieron formarse con la pintura, utilizándose para ello el rojo, el negro, el anaranjado y el crema amarillento, o la decoración al negativo. Las figurillas no son recipientes; como las jalisciense, representan fundamentalmente hombres, solos o en grupo; pero existen también calabazas y algunos animales. Los antropomorfos se distinguen por sus ojos muy separados y por sus profusos adornos, principalmente narigueras y aretes múltiples en cada figura.

Las excavaciones realizadas por Phil C. Weigand en el Valle de Ameca, Jalisco, han puesto en relieve singulares concentraciones demográficas. En un área relativamente pequeña existen numerosos asentamientos, de diversas dimensiones y funciones, que se distribuyen en torno de centros provistos de grandes construcciones públicas. Esto último, por una parte, viene a desmentir las afirmaciones de la inexistencia de arquitectura monumental en el Occidente, y por la otra da a conocer una estructura jerarquizada que parece corresponder a un orden político más desarrollado que el atribuido al área durante el periodo. Los conjuntos arquitectónicos, designados con el nombre popular de "guachimontones", son exclusivos del Occidente y llegan a alcanzar 125 m de diámetro. El patrón de los guachimontones parte de un basamento central de planta circular, con cuerpos superpuestos que pueden sumar hasta 17 m de altura. Dicho basamento está rodeado por un patio anular, y éste, a su vez, por una banqueta, también anular. Sobre la banqueta hay entre ocho y 16 plataformas uniformemente distribuidas. En los tiempos de florecimiento los habitantes de estos sitios erigieron, además, numerosas canchas para el juego de pelota.

Teuchitlán, donde se encuentran los guachimontones más espectaculares, da su nombre a una tradición cuyos orígenes se remontan al Preclásico, en la fase Arenal (350 aC-200 dC), pero que tiene su apogeo durante el Clásico, en las fases Ahualulco (200-400 dC) y en Teuchitlán I (400-700 dC). Weigand encuentra que la peculiar arquitectura de los guachimontones tiene una amplia distribución geográfica, del su-

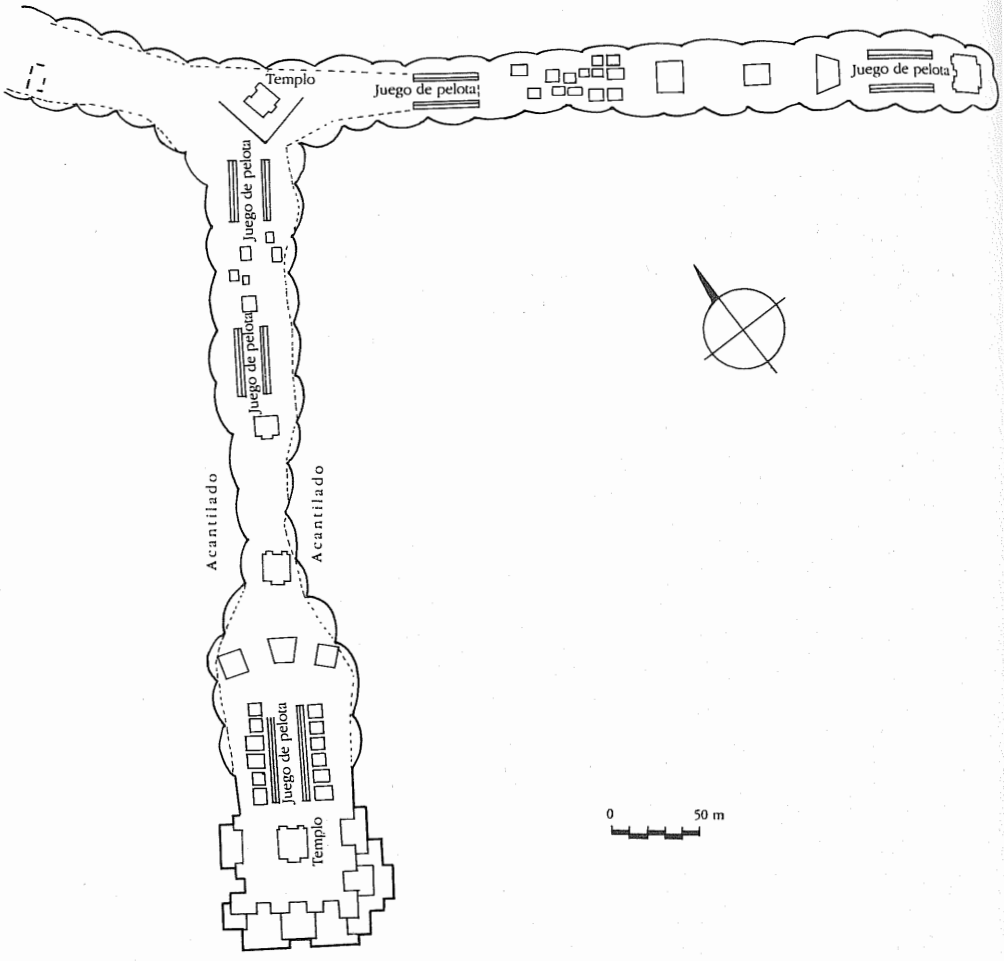
reste de Nayarit al noroccidente de Jalisco y que podría prolongarse hasta Zacatecas, a través del Cañón de Bolaños-Mezquitic.

El Norte en el Clásico

Al inicio de nuestra era hubo un crecimiento nunca antes visto del territorio mesoamericano, particularmente hacia el norte, sobre una amplia franja que había sido dominada durante milenios por pueblos recolectores-cazadores. Los límites fronterizos septentrionales que resultaron de esta expansión corrían en forma paralela a los confines de la Mesoamérica del siglo XVI, aunque 250 km más al norte. De acuerdo con Pedro Armillas, comenzaban en la desembocadura del río Pánuco, en territorio tamaulipeco; subían por el río Tamesí, abarcando la Sierra de Tamaulipas y la zona de Ocampo, en el mismo estado; continuaban por los poblados de Guadalcázar, Peñasco y San Juan Sin Agua, en San Luis Potosí; seguían por Ojo de Agua y Atotonilco, en Zacatecas, y Antonio Amaro, Zape y Loma San Gabriel, en Durango, para concluir aproximadamente en la desembocadura del río Mayo en Sonora.

Un número considerable de sitios arqueológicos deja claro que la vida aldeana se había arraigado por primera ocasión en esta vasta franja norteña entre el 1 y el 100 dC. Los especialistas, sin embargo, siguen buscando indicios que permitan explicar el origen de dichos agricultores. Aún no contamos con pruebas contundentes de la existencia de un largo proceso autóctono de domesticación vegetal inducido por grupos locales, ni de un fenómeno de aculturación producto del continuado contacto entre nómadas y sedentarios, ni de colonizaciones por agricultores provenientes del sur o del occidente. Las tendencias actuales apuntan hacia la última de las opciones: diversas oleadas de emigrantes originadas en focos tan diversos como Capacha, El Opeño y Chupícuaro en el Occidente, Zacatenco, Tlatilco y Cuicuilco en la Cuenca de México, y algunos sitios de la costa del Golfo. Al respecto, J. Charles Kelley se inclina por flujos migratorios muy graduales. En contraste, Pedro Armillas, Beatriz Branniff, Marie-Areti Hers y otros coinciden en que la intrusión de los agricultores pudo haber sido súbita y tal vez provocada por presiones demográficas o por el inicio de un periodo de mayor precipitación pluvial generalizada que permitió la vida sedentaria en un territorio que se caracterizaba por su aridez.

Ante todas estas dudas, lo único cierto es que para el siglo I dC ya



MAPA III.2. *Plano de la zona arqueológica de Ranas, Querétaro. Área Norte, periodo Clásico (basado en P. Primer)*

podemos hablar con propiedad de un área septentrional mesoamericana, con un gran dinamismo que se mantendría hasta el siglo x. A grandes rasgos, la forma de esta área Norte era semejante a la de una letra *U*, ya que consistía en una franja que atravesaba la Mesa Central de oriente a poniente, con dos ramales que se prolongaban hacia el norte a lo largo de las vertientes húmedas de la Sierra Madre Oriental y de la Occidental. De esta manera el área puede dividirse en tres grandes zonas.

La primera es la franja central, bautizada en la literatura arqueológica con el nombre de El Tunal Grande. Comprende territorios contiguos de los actuales estados de Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas, Aguascalientes y Jalisco. Hasta la fecha han sido detectados en ella más de una veintena de sitios importantes, la mayor parte de los cuales tiene su auge entre 600 y 900 dC. Gracias a los estudios realizados en sitios como Electra, en el estado de San Luis Potosí, sabemos que las sociedades de El Tunal Grande nunca alcanzaron un desarrollo comparable al del resto de Mesoamérica. Sus pequeños asentamientos carecían de edificaciones públicas de envergadura y estaban formados por casas construidas sobre plataformas que encerraban patios hundidos, módulo arquitectónico semejante al de las viviendas de la cultura Chalchihuites.

La segunda zona es el ramal oriental y puede subdividirse, por una parte, en la región del sur de Tamaulipas y, por la otra, en las regiones culturalmente similares de Río Verde en San Luis Potosí y de la Sierra Gorda en Querétaro. En lo que toca al meridión tamaulipeco, sabemos que durante el Clásico predominó la vida aldeana. Sitios bien conocidos como Balcón de Montezuma y San Antonio Nogalar se caracterizan por la concentración irregular de decenas de plataformas de bloques de caliza, planta circular y poca elevación. Cada una de ellas sirvió como base a una modesta choza cilíndrica, quizá provista de un techo cónico de materiales perecederos. La aldea de Balcón de Montezuma, excavada por Jesús Nárez, está compuesta por más de 80 de dichas plataformas; se ubica en la cumbre de un cerro cuyos flancos son prácticamente inexpugnables. En cambio, San Antonio Nogalar es un asentamiento de mayores proporciones situado en un valle; lo integran alrededor de 160 plataformas, dos templos troncocónicos y un juego de pelota. Entre los materiales encontrados en estas dos aldeas destacan los recipientes y las pipas de cerámica que nos hablan de relaciones intensas tanto con sociedades de la Huasteca como de la cuenca del Mississippi. A partir de los trabajos de Richard MacNeish y de

Guy Stresser-Péan, el apogeo del sur de Tamaulipas parece ubicarse cronológicamente en los cinco primeros siglos de nuestra era, aunque la ocupación pudo haberse extendido hasta el Posclásico.

Como dijimos, las regiones rioverdense y de la Sierra Gorda muestran un desarrollo cultural paralelo, debido no sólo a su relativa proximidad, sino también a sus actividades comunes como aprovisionadoras de cinabrio, mineral de mercurio de color rojizo que era apreciado a lo largo y ancho de Mesoamérica por su uso ritual, principalmente funerario. En lo que toca a la cuenca de Río Verde, podemos distinguir un primer periodo (250 aC-500 dC) marcado por un modo de vida sedentario e igualitario, y por el influjo constante de gente, ideas y productos del centro de Veracruz, del Pánuco, de Teotihuacan y, quizá, de la cuenca del Mississippi. A partir de 500 y hasta 1000 dC, se registró en la región una época de florecimiento, de mayor autonomía y de incremento demográfico. Un nítido proceso de jerarquización de los asentamientos nos habla de la pérdida paulatina de la igualdad social; de acuerdo con Dominique Michelet existieron en la fase Río Verde B decenas de caseríos, unas cuantas aldeas y un centro rector denominado RV.120 que contaba con 231 edificios distribuidos en 25 ha. Tal parece que RV.120, desde su posición meridional dentro de la región, canalizaba la producción alfarera hacia la planicie de San Luis y el cinabrio (extraído de Guadalcázar y procesado en RV.13) hacia Teotihuacan y El Tajín.

En el actual estado de Querétaro se encuentra la Sierra Gorda, territorio habitado durante el Clásico por sociedades complejas dedicadas fundamentalmente a la agricultura y a la minería. Sus principales centros, Ranas y Toluquilla, fueron erigidos en elevados lomos rocosos, rodeados por profundas barrancas. Dichos centros son hoy día célebres por sus basamentos piramidales y por sus juegos de pelota recubiertos de lajas de caliza, los cuales siguen una característica distribución lineal determinada por el terreno. En las ruinas de Ranas y Toluquilla, además de las manufacturas locales, han sidc exhumados objetos provenientes del Altiplano Central y de la costa del Golfo. Tal parece que estas importaciones eran obtenidas a cambio de materias primas como la fluorita, la calcita y, sobre todo, el cinabrio. Para valorar la importancia de la extracción de cinabrio en la Sierra Gorda, podemos mencionar que ha sido calculada la existencia de 2000 a 3000 bocaminas, entre ellas las de El Soyatal, fechadas entre los siglos I y V dC.

El ramal occidental es la más conocida de las tres zonas del área

Norte debido a que allí se desarrolló la espectacular Cultura Chalchihuites. Este ramal se extiende 600 km a lo largo de los territorios duranguense, zacatecano y jalisciense de la Sierra Madre Occidental. Durante los tres primeros siglos de nuestra era, prácticamente todos los habitantes de las estribaciones de la Sierra y de los valles fluviales que la cortan, vivían en pequeñas comunidades agrícolas. Según el parecer de algunos especialistas, en aquel entonces el modelo de asentamiento regional estaba regido por dos factores básicos: por un lado, la proximidad a fuentes de agua y, por el otro, la cercanía a terrenos que favorecían la defensa militar contra las escaramuzas de nómadas o los ataques de otros sedentarios. Las aldeas de la época se reducían a simples agregaciones de módulos arquitectónicos unifamiliares, cada uno de los cuales estaba conformado por un pequeño patio central con un altar y limitado por una plataforma rectangular. Ésta servía de base a otras plataformas de piedra revestida que sustentaban casas de adobe o bajareque. La homogeneidad de los módulos y de todos los ajuares mortuorios excavados sugiere una relativa igualdad sociopolítica y la inexistencia de grupos con grandes privilegios.

No obstante, entre los años 300 y 500 dC se gestaron cambios significativos en las sociedades aldeanas de la Cultura Chalchihuites. Es probable que entonces se realizaran los primeros cultivos intensivos en enormes terrazas artificiales irrigadas por canales. Al parecer, en dicha época existió una verdadera explosión demográfica y la complejidad social aumentó en forma súbita. Pruebas de estos novedosos fenómenos son la sensible transformación del modelo de asentamiento regional y de la arquitectura. Efectivamente, por una parte sabemos que las aldeas agrícolas se multiplicaron y que algunas de ellas crecieron en forma desproporcionada. Por ejemplo, en el Valle de Malpaso surgió La Quemada, gran centro hegemónico de 17 hectáreas de extensión, que estaba comunicado por medio de una compleja red de caminos con sus asentamientos satélites, casi todos menores a 0.6 ha. Por otra parte, los módulos arquitectónicos de esta nueva época sumaron a su modelo básico tradicional pequeñas pirámides y altares elaborados, en tanto que en capitales como Alta Vista se construyeron salas hipóstilas, espacios semitechados gigantescos de cuando menos 400 m^2.

Todos estos cambios preludiaron un largo periodo de florecimiento que ha sido establecido entre 500 y 900 dC. Puede afirmarse que en el siglo VI las sociedades de la Cultura Chalchihuites, aunque no alcanzaron la complejidad propia de las de otras áreas mesoamericanas, aban-

donaron totalmente su antigua condición de uniformidad e igualdad. La elite emergente disfrutaba quizá de los beneficios de la tributación de productos agrícolas, del control comercial y de la producción de bienes orientados a la exportación.

Gran parte de la mano de obra aldeana, antes dedicada por completo a la agricultura, fue concentrada, cuando menos estacionalmente, en las duras labores de construcción de edificios monumentales, de obras defensivas, de sistemas de calzadas y de terrazas de cultivo. El trabajo colectivo también se destinó a la minería. La extracción de minerales como el ocre, la hematita y la turquesa, destinados a la manufactura de bienes suntuarios, debió de haber reportado grandes beneficios a los emergentes grupos privilegiados de sitios como Alta Vista, El Chapín y Pedregoso. La minería se fundamentó en buena medida en la demanda de materias primas escasas por parte de las principales urbes de Mesoamérica. La dependencia llegaría a establecerse con tal intensidad que tal vez en este aspecto la economía de la Cultura Chalchihuites fuera un sistema subsidiario del complejo económico teotihuacano.

Otro renglón en el que posiblemente se vieron favorecidas las elites locales fue el comercio a larga distancia. Alta Vista, además de funcionar como centro minero de primera importancia, fue puerto de intercambio de una ruta de comercio continental que enlazaba Teotihuacan con Paquimé y el Cañón del Chaco. Cascabeles, espejos y campanas de cobre, animales tropicales y plumas preciosas, vestidos y mantas de algodón, adornos de turquesa y ámbar, pudieron haber formado parte del rico cargamento comercial que tenía como destino intermedio los centros regionales de la Cultura Chalchihuites. A este respecto, autores como Kelley y Weigand han propuesto que Alta Vista pudo haber sido una verdadera colonia gobernada por guerreros, mercaderes y astrónomos teotihuacanos, elite que tenía como principal misión aprovisionar de recursos exóticos a la metrópoli. Aunque sugerente, esta hipótesis no cuenta con pruebas suficientes y, en su lugar, abundan los indicadores que nos hablan de una elite netamente local.

Un rasgo distintivo de la cultura Chalchihuites es la poca frecuencia de edificaciones destinadas exclusivamente a los rituales públicos, como son templos y pirámides. La causa de este fenómeno reside tal vez en que los gobernantes legitimaban más su poder mediante sus funciones militares que religiosas. Sin embargo, se observan en los contextos arqueológicos vestigios de importantes prácticas rituales como el juego de pelota, el sacrificio humano, el canibalismo y la obtención de cabezas-

trofeo. En El Huistle se ha descubierto que los cráneos de los decapitados se exponían públicamente en armazones de madera conocidos con el nombre náhuatl de *tzonpantli*. Entre las imágenes religiosas destacan las de la serpiente de dos cabezas y la de un probable prototipo de *chacmool*.

Siguiendo a Hers, podemos parcelar el ramal occidental en cuatro regiones culturales con características propias, aunque todas con el sello de la Cultura Chalchihuites. La región de los valles de Juchipila y de El Teúl es la más sureña, y Las Ventanas, su sitio más renombrado. Éste es un asentamiento poco común, pues está conformado por casas de adobe que fueron levantadas en la cavidad natural de un cerro escarpado, de manera semejante a algunos poblados anasazis y mogollones.

La cuenca del río Bolaños-Mezquitic es la región que presenta mayores diferencias respecto a las demás. Esto último se debe a que durante siglos el cauce de este río permitió que las sociedades locales establecieran fuertes nexos con las culturas del Occidente, en particular con la Tradición Teuchitlán. Dichos nexos se expresan principalmente en la presencia de plataformas o patios de planta circular en sitios como El Totoate, y de tumbas de tiro, como las encontradas en el Valle de Valparaíso.

Un poco más hacia el noreste se encuentra la región que se extiende desde el Valle de Malpaso hasta el alto Súchil y que alojó las mayores capitales del Norte: La Quemada y Alta Vista. La Quemada ocupa varias terrazas en la cumbre de una colina alargada que está protegida por una muralla y acantilados inaccesibles. Sin lugar a dudas, sus construcciones pétreas —entre las que se encuentran una sala hipóstila de 30×40 m, un juego de pelota y numerosos módulos residenciales de elite— son las más espectaculares del septentrión mesoamericano.

La cuarta y última región, que va del Valle de Guadiana a los linderos meridionales del estado de Chihuahua, representa quizá una expansión muy tardía de la Cultura Chalchihuites. Los sitios característicos de la región son Weicker, Zape y Schroeder (éste con una gran pirámide, un juego de pelota y numerosas plataformas de mampostería que sustentaron casas de materiales perecederos).

De acuerdo con los nuevos fechamientos, en el siglo IX se inicia la decadencia de la Cultura Chalchihuites. Algunos sitios fueron abandonados desde entonces. A partir de estos datos, Hers propone que de allí partieron grupos que, junto con los nonoalcas, darían origen a la tradición tolteca. Funda su enlace en la presencia en el norte —500 años

antes que en Tula— de cerámica seudocloisonné, objetos de cobre y turquesa, *tzonpantli,* salas hipóstilas y una escultura que considera antecedente del *chacmool.*

El Golfo en el Clásico

El área del Golfo mantuvo durante el Clásico muy estrechas relaciones con el resto de Mesoamérica, y en forma prioritaria con Teotihuacan, ya como exportadora de valiosos bienes, ya como vía de paso comercial, ya como base de enclaves. La presencia de los hombres del Centro de México en las tierras bajas orientales se expresó de diversas maneras. Por ejemplo, entre los préstamos iconográficos sobresale en La Mixtequilla la imagen del dios viejo del fuego, con su gran brasero sobre la cabeza, soberbia pieza de cerámica que no tiene igual en Teotihuacan. Se fabricaron también en el área del Golfo —como en la Cuenca de México— figurillas antropomorfas de cerámica con los miembros articulados. Asimismo, la concepción arquitectónica del talud-tablero se propagó en el oriente, aunque en versiones locales. Y en lo que toca a los restos de cerámica, aparecen en el Golfo piezas exógenas que ratifican el importante intercambio entre las dos áreas.

Debe advertirse, sin embargo, que las influencias del Centro de México en esta área se daban sobre sociedades de profunda raigambre cultural, establecidas allí desde muchos siglos atrás. Por ello, pese a la presencia teotihuacana, estos pueblos mantuvieron la recia idiosincrasia de su tradición milenaria. Esto se refleja en la cultura clásica de La Mixtequilla, que comprende numerosos sitios repartidos en las cuencas inferiores del Papaloapan, el Blanco y el Jamapan. Entre ellos destaca Cerro de las Mesas, población que pudiera ser heredera de los epiolmecas que habían habitado la región en remotos tiempos. El estilo escultórico de sus estelas no sólo nos remite a dichos orígenes (y en especial a La Mojarra), sino que revela las ligas que sus hombres tuvieron en épocas distantes con las costas del Pacífico chiapaneco y guatemalteco, sobre todo con Izapa. En Cerro de las Mesas se conservó la forma canónica del personaje retratado de perfil, con un pie adelantado, ricamente ataviado, provisto de un yelmo consistente en un mascarón fantástico y acompañado de fechas de cuenta larga. Los registros calendáricos del sitio son hasta ahora los más septentrionales de este sistema y corresponden a los años de 468 y 533 dC. Muy próxima, al sur de Cerro de las Mesas, se encuentra Matacapan, caso ex-

cepcional en el área por sus profundos rasgos teotihuacanos, como se verá en otro capítulo.

Los sitios clásicos más importantes del área del Golfo pueden agruparse en dos grandes zonas: al sur, Veracruz Central, de la cuenca del río Papaloapan a la del Cazones; al norte, la Huasteca, hasta la cuenca del Pánuco. Con excepción de El Tajín y Matacapan, las principales poblaciones de Veracruz Central no reflejan un cambio cualitativo considerable en el tránsito del Preclásico al Clásico. En sitios como Cerro de las Mesas, Las Higueras, El Zapotal, Remojadas, Nopiloa o Dicha Tuerta se encuentran las técnicas constructivas y la disposición espacial características del Preclásico, pese a que en los asentamientos suele haber un aumento de dimensiones. Son comunes los centros ceremoniales edificados con lodo, adobes y cantos rodados, en los cuales las construcciones de mayor tamaño tienen basamentos piramidales de uno o varios cuerpos. Sobre dichos basamentos debieron de erigirse capillas de bajareque. Los pisos de los edificios más importantes son con frecuencia de tierra quemada. Algunos monumentos tienen sus muros recubiertos con aplanados de tierra arcillosa o con delgadas capas de estuco.

El Clásico en Veracruz Central se distingue por la elaboración de objetos de gran calidad artística, al parecer todos ellos ligados a diferentes aspectos del culto religioso. En La Mixtequilla sitios como Los Cerros, Apachital, Dicha Tuerta, Nopiloa, Remojadas y Tlalixcoyan produjeron figurillas huecas de cerámica que representan seres infantiles; por su expresión de felicidad han sido llamadas "caritas sonrientes". Todas muestran deformación craneal y, muchas de ellas, mutilación dentaria. Presentan extraños cortes de cabello o tocados que, sobre una superficie frontal plana, tienen realzados motivos como monos, garzas que atrapan peces, grecas, rizos, entrelaces, el signo del movimiento o elaborados complejos iconográficos. En franco contraste con las "caritas sonrientes", fueron producidas también en La Mixtequilla esculturas de barro próximas al tamaño natural, buena parte de las cuales son imágenes de dioses con expresiones severas y realistas. En El Zapotal, por ejemplo, se exhumó un esqueleto de barro crudo que representa al Dios de la Muerte. Junto a él se encontraban impresionantes imágenes de cerámica que reciben el nombre de *cihuateteo,* pues se han identificado con las mujeres divinizadas por fallecer en su primer parto. Otras piezas propias de la región son las figurillas zoomorfas —jaguares, perros, cocodrilos— que, por estar provistas de ruedas, han sido

consideradas juguetes, sin que hasta ahora haya indicios de que fueran fabricadas con tal propósito. Estos interesantes objetos procedentes de contextos funerarios han dado lugar a serios interrogantes, ya que en Mesoamérica era inusitada la aplicación mecánica de la rueda. Sin suficientes antecedentes tecnológicos que desembocaran en objetos de tan limitada utilidad práctica, hay quien los supone una aportación accidental y excepcional de algún navío del Viejo Mundo.

De Veracruz Central procede un complejo escultórico de gran originalidad: la tríada yugo-palma-hacha, piezas de carácter religioso —muy posiblemente funerario— vinculadas al juego de pelota. Se trata, al menos en el caso de los yugos y las palmas, de tallas en piedra que representaban partes del equipo protector usado en los ejercicios lúdicos, que sería de materiales ligeros como la madera y el cuero. Los yugos tienen por lo general forma de herradura, aunque los hay cerrados. Por su parte, las palmas siguen un modelo arbóreo con un extraño saliente en la parte delantera de su base. Las hachas deben el nombre a su semejanza con este instrumento. Se ha supuesto que representan las cabezas de los decapitados en los juegos rituales, los cuales concluían con la occisión de uno de los contendientes. Estas esculturas aparecen desde el Preclásico; pero las piezas más elaboradas corresponden al Clásico Tardío. Los motivos finamente tallados pueden ser figuras humanas, animales o las volutas entrelazadas con orillas levantadas que son características del Clásico veracruzano.

En el extremo norte de Veracruz Central, en tierras de selva tropical lluviosa, se ubican El Tajín y Santa Luisa, a escasos 29 km de distancia entre sí. Ambos lograron una extraordinaria actividad constructiva y expandieron sus dominios gracias, principalmente, a la explotación de tres pródigas llanuras aluviales: Espinal, San Pablo y Gutiérrez Zamora.

Durante mucho tiempo se supuso que los artífices del esplendor de El Tajín habían sido los totonacos. Hoy, en cambio, adquieren mayor solidez las hipótesis que consideran que esta urbe fue desde sus inicios heredera cultural de los pueblos que poblaban la región en el Preclásico. Se supone que éstos pertenecían lingüísticamente al grupo inic de la familia maya, y que su lengua era el huasteco o el cotoque. En su rápido desarrollo, El Tajín pudo aventajar a Santa Luisa y convertirse en rector de las cuencas del Tecolutla y el Cazones. Sabemos que sus relaciones con Teotihuacan fueron intensas, aunque desconocemos la naturaleza de tales vínculos. Hacia el año 600, El Tajín había alcanzado el poder económico y cultural suficiente para constituirse

en el núcleo político del centro y norte de Veracruz. En ese entonces parece ubicarse la construcción del Grupo Arroyo. Sin embargo, como se verá en un próximo capítulo, el máximo esplendor de la ciudad llegó más tarde, en el periodo conocido como Epiclásico.

Muchos de los productos culturales que hemos mencionado como peculiares de las sociedades clásicas de Veracruz Central circulaban por las principales rutas de intercambio mesoamericanas. Así, las miniaturas con ruedas llegaron a lugares como Tula o Quelepa, en El Salvador, mientras que yugos, palmas y hachas fueron importados por los habitantes de regiones tan distantes entre sí como la Sierra Gorda queretana y Centroamérica.

La Huasteca también cuenta con vestigios arqueológicos dignos de mención. Esta zona del área del Golfo comprendía desde el norte de El Tajín hasta la cuenca del río Pánuco, y se extendía de la costa a las estribaciones de la Sierra Madre Oriental. Durante el Clásico, su población se encontraba relativamente dispersa, con mayores concentraciones en la cuenca baja del Pánuco. Casi todos los asentamientos eran pequeños; aun los más grandes, en los que existían edificios públicos en torno a plazas, carecían de una verdadera planificación. El patrón arquitectónico predominante da un sello propio a la Huasteca: las construcciones tienen planta circular o rectangular; pero en el segundo caso las esquinas son redondeadas. Este rasgo está presente en sitios como Tamtzán, en el estado de Tamaulipas, y Huaxcamá, Tancahuitz, Cuatlamayán y Tampozoque en el de San Luis Potosí. En Tamtzán las plataformas poseen recubrimientos de piedra; en Huaxcamá se hicieron de estuco y conservan restos de pintura al fresco. En esta población las escalinatas carecen de alfarda y se levantan considerablemente por la brevedad de la huella de los escalones en relación con su peralte. Al final del Clásico, la arquitectura de El Tajín pudo haber influido en la potosina al introducir la combinación de talud y tablero; pero no parece haber transmitido su obsesión constructiva de estructuras para el juego de pelota. Por otra parte, en la Huasteca hidalguense se han encontrado tumbas en el interior de estructuras cónicas o piramidales.

Durante la mayor parte del Clásico la escultura huasteca siguió los lineamientos de una iconografía que no marcaba una distinción clara en las imágenes de sus dioses a partir de emblemas o atavíos particulares. Así, los dioses masculinos de la fertilidad se distinguen únicamente por el pene erecto, mientras que las diosas sólo por sus caderas y senos prominentes o por la postura de sus manos sobre el vientre. Esto cam-

bió a fines del Clásico, pues tanto en las tallas de piedra como en las de concha aparecen deidades que se pueden identificar plenamente por atributos semejantes a los existentes en el Centro de México. Ésta no es sino una muestra más del estrechamiento de los vínculos de la Huasteca con Teotihuacan y con El Tajín, correspondiente al debilitamiento de las relaciones, en esa misma época, con el Norte de Mesoamérica, y específicamente con Río Verde.

El Sureste en el Clásico

En los últimos años las investigaciones sobre los mayas no sólo han sido excepcionales por su volumen, sino por la diversificación de sus enfoques, por los avances alcanzados y por el impulso que han dado al intercambio académico, tanto entre los mayistas como en el más amplio contexto mesoamericanista. Nadie puede dudar de las ventajas de una producción científica tan abundante y, en términos globales, tan valiosa. Pero quienes deseamos proporcionar en unas cuantas páginas un panorama sobre los mayas, nos vemos no sólo rebasados por la información, sino constreñidos en la elección temática. Si este libro ha sido concebido más con el propósito de orientar que de informar, en este capítulo nuestro propósito central se extrema.

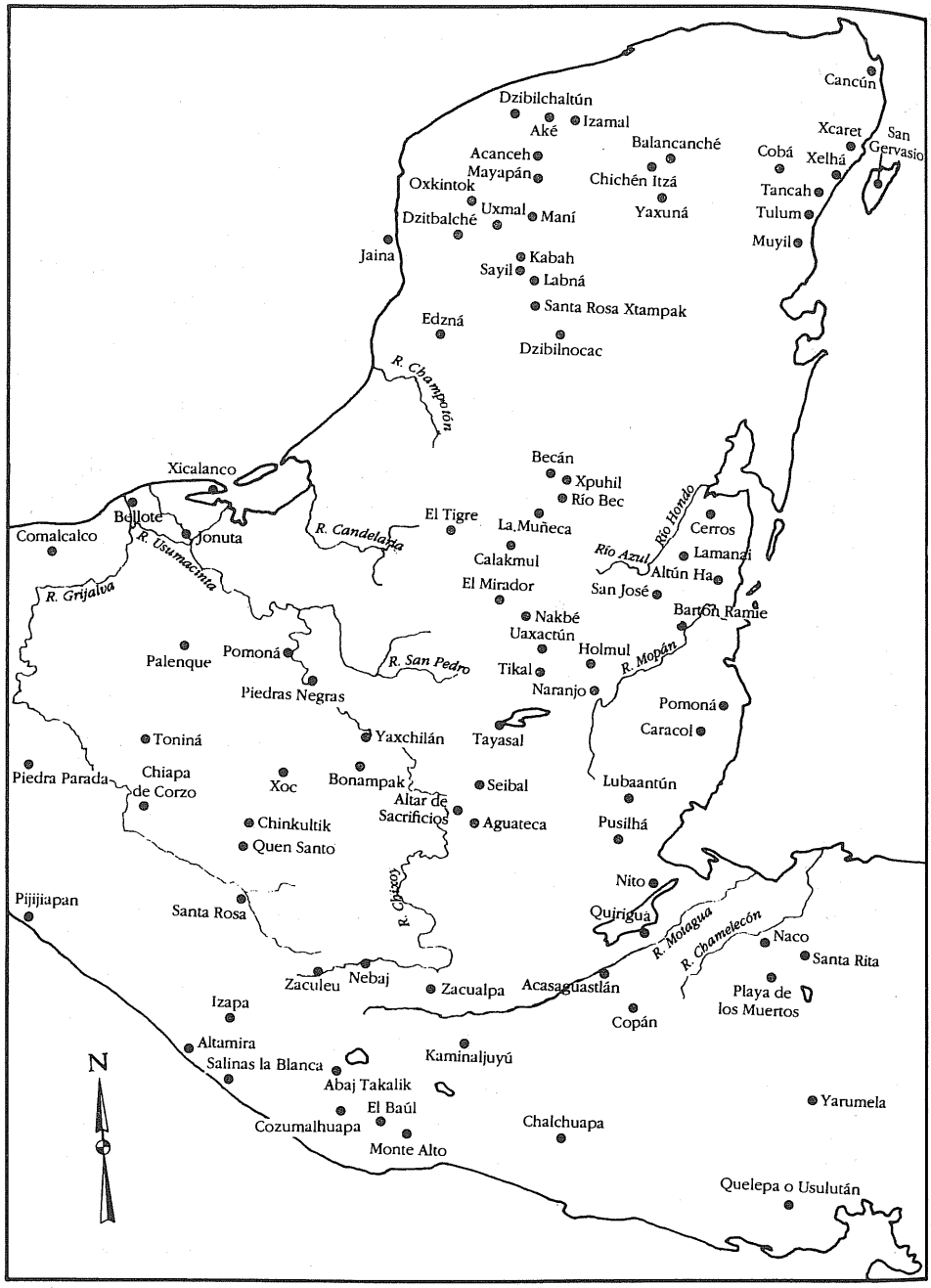
El desarrollo científico reciente ha transformado diametralmente las concepciones sobre este pueblo. Estudiosos como Joyce Marcus, Jeremy Sabloff y Linda Schele, al evaluar los resultados de las últimas publicaciones, hacen hincapié en el total abandono de la visión idealizada de los mayas como un pueblo pacífico, gobernado por sabios sacerdotes que se entregaban a la observación de los astros y a la filosofía del tiempo, y que desconocían casi por completo la práctica del sacrificio humano. Durante décadas, autores de la magnitud de Sylvanus G. Morley y J. Eric S. Thompson habían popularizado un hipotético escenario en el cual sitios como Tikal, Palenque o Copán eran meros centros ceremoniales a los cuales confluía la población campesina los días de fiestas religiosas y de mercado. En efecto, el predominio de esta visión durante muchos años acotó las vías de análisis, distorsionó la imagen histórica de los mayas y los aisló artificialmente de su contexto cultural mesoamericano, inhibiendo en buena medida las comparaciones con sus contemporáneos. Eran, se decía insistentemente, los creadores de una civilización única. Hoy, por fortuna, se desmorona la idea

de un mundo monolítico, excepcional y aislado, con lo cual se potencian las perspectivas de estudio y los mayas recobran su fisonomía humana.

El área del Sureste mesoamericano fue señaladamente maya. Englobó a todos los pueblos de dicha tradición, y fueron pocos sus habitantes que cultural y lingüísticamente no pertenecieron a ella. *Grosso modo* el área se divide en tres partes de caracteres geográficos y culturales contrastantes. La zona sur comprende territorios de Chiapas, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica; es una franja que va de la confluencia de las Montañas del Norte de Chiapas al Golfo de Nicoya. Es precisamente aquí donde convivieron los pueblos no mayas con los mayas. En la zona predominan las tierras altas (a más de 1 200 metros sobre el nivel del mar), frescas o frías, de relieve accidentado, abundantes valles aislados y cuencas lacustres de importancia; pero en la región del Pacífico la altitud desciende abruptamente, formándose una larga faja costera, de clima tórrido y ricos suelos aluviales.

La zona central va del Golfo de México al Caribe. Ocupa tierras bajas, calientes y húmedas, de selva densa, alta y lluviosa. Abundan en ella los lagos, pantanos y ríos de amplios meandros. Su centro es el Petén, la región de mayor florecimiento de la cultura clásica; al oeste se encuentra la cuenca del Usumacinta, que desemboca junto al Grijalva en la exuberante región tabasqueña; al oriente se extiende la cuenca del río Belize; al sur, la del Río de la Pasión, y al sureste, arrinconada entre montañas, la rica región del Motagua.

La zona norte corresponde a poco más de la mitad septentrional de la Península de Yucatán. Es también un área de tierras bajas, pero con una pluviosidad marcadamente inferior a la de la zona central. Se cubre por una selva baja que crece sobre una magra capa de suelo. Fisiográficamente la península consiste en una gran extensión calcárea, plana, donde unas pequeñas montañas nororientales son los únicos accidentes que rompen la monotonía. Su superficie está casi desprovista de ríos superficiales; los antiguos habitantes se abastecían ya en los chultunes (excavaciones en forma de botella), ya en los cenotes (oquedades naturales que dejaban expuestas a la superficie las corrientes subterráneas). En la zona se distinguen culturalmente, al oeste, la región campechana; al sur, colindando con el Petén, la región de Río Bec; al centro, Chenes; inmediatamente al noroeste, la región serrana del Puuc, cuyas tradiciones y estilos se extienden en forma prominente a la región de las planicies del norte, y, al este, la Costa Oriental.

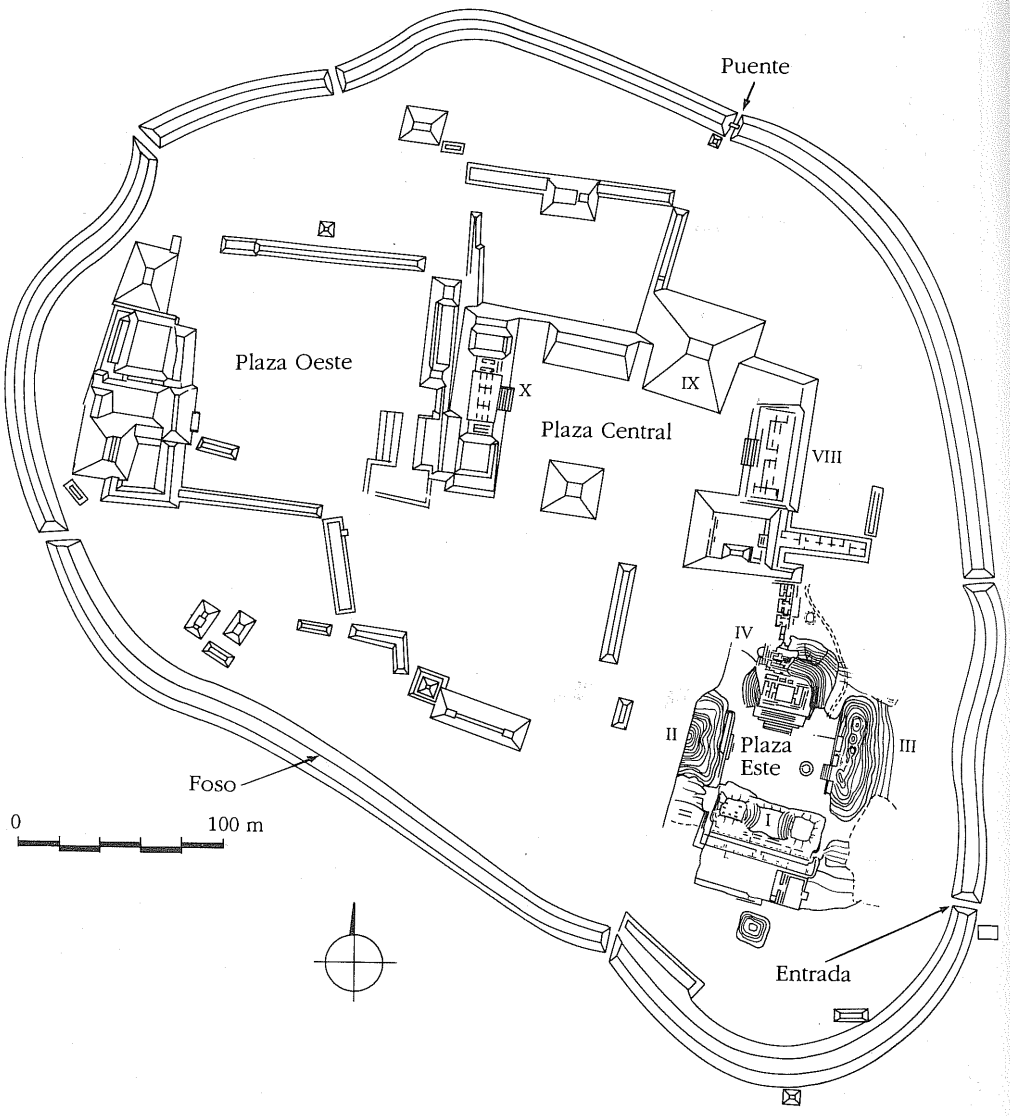


MAPA III.3. *El territorio maya*

Para envidia de los especialistas en otras áreas de Mesoamérica, el Clásico maya quedó cronológicamente establecido con una impresionante exactitud, pues sus fechas límites se fijaron a partir de los años extremos que registran las inscripciones calendáricas de cuenta larga en los monumentos de piedra. De acuerdo con esta forma de fechamiento absoluto, el Clásico se inició en 292, concluyó en 909, y quedó dividido en Temprano y Tardío por un hiato en el registro cronológico. Hoy, sin embargo, esta supuesta precisión queda en desuso con el reconocimiento del carácter gradual de los cambios históricos; así, algunos mayistas prefieren cerrar en ceros para dar al Clásico Temprano una temporalidad que va aproximadamente de 250 a 600, y al Tardío una duración de 600 a 900. La división establecida en 600 no es artificial, pues se basa en dos hitos fundamentales: la interrupción temporal de la práctica político-religiosa de erección de estelas y dinteles, y la notable diferencia de los vestigios arqueológicos pertenecientes a cada una de estas mitades.

A grandes rasgos, el Clásico Temprano se distingue por la influencia teotihuacana y por el inusitado impulso de los elementos culturales más característicos de los mayas. El Clásico Tardío, ya sin el ascendiente del Centro de México, fue una época de considerable aumento demográfico, con grandes concentraciones urbanas, y de máximo florecimiento económico, político y cultural. El fin del Clásico se estableció a partir de un colapso que provocó la decadencia en numerosas capitales mayas. Como veremos más adelante, las nuevas tendencias consideran que este proceso no fue tan uniforme como se había estimado; que a la caída de los principales centros de poder de la zona central florecieron los de la zona norte, y que no existió una marcada diferencia entre las prácticas bélicas del Clásico y del Posclásico.

Tras este panorama general, revisemos con un poco más de detalle el proceso histórico del área. Hemos afirmado que durante el Clásico Temprano se dio un incuestionable influjo teotihuacano aún no del todo comprendido. Las evidencias de un contacto directo con la metrópoli del Centro de México durante el Clásico Temprano son de muy distinta naturaleza: la copia del estilo arquitectónico teotihuacano, la forma cilíndrica de algunas fosas funerarias, la presencia de objetos suntuarios de intercambio, sus imitaciones de manufactura local, las inscripciones en monumentos públicos y los resultados de los análisis de estroncio en restos óseos humanos. En su conjunto, estos indicadores permiten suponer intrusiones de gente procedente de Teotihuacan que



MAPA III.4. *Plano de la zona arqueológica de Becan, Campeche. Área Sureste, periodo Clásico (basado en P. Primer)*

impone en territorio maya símbolos, ideología y gustos foráneos. Sin embargo, tales intrusiones no parecen haber sido producto de avanzadas imperialistas teotihuacanas en el Sureste, salvo el caso de Kaminaljuyú, según la opinión de algunos autores. La hipótesis más verosímil sostiene que grupos extranjeros, separados de la metrópoli y políticamente independientes, se incrustaron en el nivel superior del gobierno por medio del matrimonio con mujeres de las aristocracias locales mayas. Al paso del tiempo, las nuevas generaciones fueron asimilándose a la cultura local, pese a que conservaron la tradición de su origen alóctono como un elemento ideológico importante.

En la zona sur estos tres siglos y medio están marcados por la suerte de Kaminaljuyú, un antiguo y próspero centro comercial que siguió con exactitud los cánones arquitectónicos de Teotihuacan en sus construcciones ceremoniales. En efecto, en esta ciudad guatemalteca se construyeron y ampliaron, entre los años 450 y 500, dos grandes templos piramidales con el característico talud-tablero teotihuacano. Al pie de dichos edificios fueron inhumados importantes dignatarios con objetos de estilo teotihuacano —vasos trípodes, por ejemplo—, ya procedentes del Centro de México, ya imitados localmente. Las hipótesis sobre la posible presencia de los teotihuacanos en la ciudad guatemalteca varían considerablemente y algunos arqueólogos llegan a suponer que fue conquistada y transformada en un enclave del Centro de México.

También es evidente la repercusión teotihuacana en la zona central; pero, en igual forma, las interpretaciones no encuentran todavía un apoyo sólido. Por ejemplo, se reprodujeron en la poderosa Tikal los clásicos tableros y taludes de Teotihuacan. Además, los soberanos de la ciudad maya, Nun Yax Ayín (Morro Rizado) y Siyah Chan K'awil (Cielo Tormentoso) fueron retratados con atuendos y divisas teotihuacanos. Nun Yax Ayín está vestido y armado a la usanza del Centro de México. Es precisamente ésta la época en que aparece en el Petén la cerámica Tzakol 3. Así como en Tikal se encuentra la obsidiana verde de Teotihuacan, en esta última hay restos de la cerámica Tzakol. Uaxactún es otra de las ciudades del Petén que revela intrusión de aquella distante civilización, y Yaxhá tiene un plano que es una extraña mezcla de la irregularidad característica de las poblaciones mayas y las calles típicas de Teotihuacan.

Simultáneamente, la población de la zona central aumenta en forma notable, y se generalizan los rasgos culturales que han sido considerados peculiares de los mayas clásicos: el par estela-altar, en el cual se

narran los acontecimientos más significativos de la vida de los gobernantes; el llamado arco maya y la bóveda de él derivada; la escritura compleja, y la excepcionalmente bella cerámica polícroma. Se construyen ciudades populosas con altos templos y suntuosos palacios de piedra caliza, revestidos con estuco, que cierran amplias plazas. El grueso de la población se distribuye en forma irregular en áreas extensas que rodean los núcleos urbanos.

Durante el Clásico Temprano la arquitectura y la cerámica de la zona norte siguen los lineamientos de la central. Uno de tantos ejemplos de lo anterior se encuentra en Oxkintok: un dintel de piedra labrada que data del siglo v. Pero no sólo valieron los modelos mayas centrales, pues, al menos en Acanceh, en el Puuc, junto a una plataforma escalonada muy semejante a las del Petén, está otra de talud-tablero teotihuacano con figuras zoomorfas modeladas en estuco.

El Clásico Tardío ha sido definido como la época de florecimiento por antonomasia en el área del Sureste. Sin embargo, no hubo un auge similar en las tres zonas analizadas. En la zona sur, en el Valle de Guatemala, al decrecer la influencia teotihuacana se produjo un clímax demográfico y constructivo que culminó hacia 800 o 900 dC. Por su parte, la costa del Pacífico guatemalteco fue durante el Clásico Tardío el escenario de una cultura muy diferente a la maya: la de los pipiles. Estos hombres, hablantes de una lengua nahua, ocuparon la región de Cotzumalhuapa, óptima para el cultivo del cacao, y allí construyeron varios sitios, entre ellos El Baúl. Tanto la talla de yugos y hachas en esta región como la representación en piedra de rituales asociados al juego de pelota parecen vincularlos a las culturas del Golfo de México. Las imágenes escultóricas revelan una obsesión por la muerte, la decapitación, el culto a los dioses astrales y la planta de cacao.

Algunas ciudades de la zona central no parecen haber sufrido una transición violenta entre el Temprano y el Tardío. En contraste, en algunos sitios importantes del Petén y la cuenca del Usumacinta no sólo se suspendió temporalmente la erección de estelas labradas, sino que hubo una destrucción sistemática de monumentos públicos que ha hecho pensar en guerras intestinas. Después de un largo periodo de inestabilidad, se reinició el auge cultural y aumentó la población en forma vertiginosa, tal vez por efecto de una economía pujante y de la ampliación de las redes de comercio. En ese entonces se construyeron en la selva cientos de ciudades y pueblos con los edificios y los monumentos pétreos más suntuosos de la historia maya. Tikal y Ca-

lakmul fueron las capitales más poderosas del Petén. Al occidente tenían la primacía Palenque y Yaxchilán, y al sureste estaba Copán, ciudad próxima a las minas de jade. Cada una de estas grandes capitales ejerció, por medio de las armas y de los enlaces matrimoniales entre las elites, un dominio fluctuante sobre las ciudades y los pueblos que las circundaban. Al cabo de tres siglos de florecimiento de la zona central, se produjo un colapso que afectó su cultura y poderío en forma irreversible.

Uno de los problemas más graves al que se enfrentan los mayistas es el relativo a la subsistencia de una población tan numerosa como la que se calcula para el Clásico Tardío, sobre todo en el ambiente de la selva lluviosa. Originalmente se planteó la posibilidad de la subsistencia con base en el sistema de roza; pero cuando la densidad demográfica se aproxima a 320 personas por km^2 es necesario intensificar los cultivos. La población calculada para Tikal era de 600 habitantes por km^2, por lo que los mayas recurrieron a la reducción del descanso de la tierra, a técnicas agrícolas intensivas y a la diversificación de los cultivos, sobre todo de tubérculos y hortalizas. Esto implicó no sólo el terraceado, sino la recuperación de tierras de pantano, la canalización y el uso de los bajos como depósitos de agua en la época de secas, acondicionando el lecho con arcillas impermeables para impedir la filtración.

Las modernas técnicas de registro, entre ellas las utilizadas desde satélites artificiales, causaron gran revuelo entre los investigadores al revelar las huellas de verdaderas redes de canales en regiones selváticas. Investigaciones posteriores sacaron a la luz que estas obras no eran prehispánicas, sino posteriores, tanto de la Colonia como del siglo XIX, y que habían proliferado como vías de extracción de las maderas preciosas de la selva. Sin embargo, como producto de este estudio, colateralmente se han descubierto conjuntos de campos levantados. En el río Candelaria, los análisis de semillas y polen corroboran el uso intensivo de dichos campos levantados para el cultivo del maíz. A la larga, la explotación agrícola excesiva produjo la degradación de los suelos. Sabemos, por ejemplo, que los habitantes de Copán talaron inmoderadamente su valle, y los análisis de los sedimentos lacustres del Petén muestran la erosión y la salinización resultantes del abuso del cultivo.

Nuestros conocimientos acerca de la organización interna de la sociedad maya son relativamente limitados. Extrapolando la información del Posclásico, puede suponerse que los habitantes de la zona central



FIGURA III.1. *Dintel 24 de Yaxchilán, Chiapas. Se observa a Escudo Jaguar y Señora Xoc, ésta en actitud de autosacrificio. Área Sureste, periodo Clásico*

en el Clásico Tardío se dividían *grosso modo* en nobles y plebeyos. Evidentemente, dentro de cada uno de estos dos grandes grupos existieron numerosos niveles sociales. Esto se refleja en los distintos niveles de bienestar y riqueza estudiados en las unidades habitacionales de Tikal. A partir de los vestigios arqueológicos se infiere, en igual forma, que las familias eran complejas, compuestas por dos o más parejas conyugales, y que sus distintos segmentos se distribuían en varias habitaciones construidas sobre una misma plataforma, en torno a un patio familiar común.

En la zona central, el poder político estaba distribuido entre un número aún indeterminado de ciudades que sujetaban a las poblaciones menores de su entorno y que mantenían entre sí relaciones mutables de alianza y guerra. Marcus, al referirse a las tierras bajas, hace notar que el número de capitales calculado por los arqueólogos oscila entre 10 y 100. No existía, por tanto, algo semejante a un imperio, sino una pléyade de ciudades-estado que formaban redes de subordinación militar, social, política, económica y ritual.

La conformación del poder debió de haber sido sumamente compleja. Las familias nobles desempeñaban cargos muy diversificados que se transmitían por medio de estrictas reglas sucesorias. Debido a que el representante máximo del poder era un personaje semidivino, las inscripciones jeroglíficas y las representaciones figurativas se centran principalmente en él y en su consorte, desdibujando así la autoridad ejercida por todo un cuerpo social privilegiado. Esto se debe a que la legitimidad del poder derivaba de la relación entre una divinidad y un grupo humano a través de un eslabón sagrado: el soberano. Este ser semidivino debía pertenecer al linaje más próximo al numen protector. Se ha supuesto que la línea materna tenía una especial importancia en la sucesión del linaje, lo que explica la jerarquía femenina en la iconografía. La historia dinástica era un reflejo especular, una repetición mundana de las hazañas divinas del protector en el más allá, y el paralelismo debía demostrarse en la concordancia del movimiento de los astros y en la exactitud de las cuentas calendáricas registradas en estelas y lápidas. El nexo dinástico con la sobrenaturaleza debía revitalizarse. De aquí resulta la necesidad ritual de las grandes efusiones de sangre del rey y su consorte. Las representaciones escultóricas los muestran en el momento en que se entregan al autosacrificio, perforándose la lengua de lado a lado y pasando gruesas cuerdas a través de la herida. La penitencia —posiblemente ayudada por algún psico-

trópico— conducía al éxtasis, y el pacto del orden político quedaba renovado en el encuentro místico con el Primer Antepasado.

La importancia de la organización en linajes hizo que las dinastías se mantuvieran en el poder durante siglos: los gobernantes de Tikal se remitían al fundador Yax Moch Xoc, del siglo III, mientras que los de Copán hablaban de Yax Kuk Mo', quien instauró una línea que perduró de principios del siglo V al año de 820.

La guerra no fue un fenómeno esporádico como lo creyeron los idealizadores del mundo maya. La antropología física descubre sacrificios masivos y mutilaciones; las imágenes escultóricas y pictográficas muestran batallas y trato cruel a los vencidos; los textos hablan de enfrentamientos, conquistas, triunfos y señores enaltecidos por las victorias, y la arqueología descubre zanjas y parapetos alrededor de Becán, o entre Tikal y su vecina Uaxactún.

Durante el Clásico las actividades comerciales enlazaban a los pueblos mayas entre sí y con buena parte de Mesoamérica. No es fácil estimar el volumen del tráfico de bienes perecederos; pero los perdurables, sobre todo los suntuarios, permiten reconstruir las rutas de las mercancías. Aparte de los caminos terrestres, servían como vías fluviales el Grijalva, el Usumacinta, el Candelaria, el Champotón, el Hondo, el Nuevo y el Motagua. Posiblemente la navegación de cabotaje tuvo durante el Clásico una importancia similar a la que se le sabe en el Posclásico.

En la medida de sus posibilidades, las ciudades secundarias seguían el modelo de las grandes capitales, ninguna de ellas tan impresionante como Tikal. Se calcula que durante el Clásico, Tikal tuvo una población de 10 000 habitantes en un centro urbano de 16 km^2, pero que si se cuentan los alrededores de la ciudad, se llegaría a los 39 000, más otros 10 000 en las proximidades del sitio. Como el resto de las ciudades mayas, su modelo dista mucho del plano ortogonal teotihuacano; si bien se siguieron cánones cosmológicos, su distribución resulta anárquica a simple vista. Las ciudades se integraban a partir de un centro ceremonial y administrativo, compuesto por varias plazas rodeadas por templos y acrópolis palaciegas. Sus grupos arquitectónicos se intercomunicaban con frecuencia por medio de calzadas. Los conjuntos residenciales se iban agrupando, muchas veces en un relativo orden económico decreciente, hasta distanciarse en los imprecisos límites con la selva.

Las habitaciones se elevaban sobre plataformas rectangulares de pie-

dra o tierra que evitaban las inundaciones en tiempo de lluvia. Dependiendo de la ubicación geográfica, el suministro de agua en tiempo de secas se hacía a partir de chultunes, cenotes, acueductos (entre ellos el del río Otulum en Palenque) o las cárcavas de antiguas canteras, como se hizo en Tikal. Algunas ciudades se comunicaron por medio de caminos rectos, anchos y planos, construidos con piedra caliza, los *sacbeoob*. Cobá contó con 16, entre ellos el más largo hasta ahora conocido: de 100 km que conduce a Yaxuná. Sin embargo, aún se debate si estos caminos, cuya construcción requiere de un esfuerzo humano gigantesco, tuvieron un fin comercial, político o meramente ritual.

En los centros ceremoniales y administrativos destacaban las plazas, los templos piramidales, los palacios, los juegos de pelota y los arcos monumentales. En algunas ocasiones los centros se erigían sobre partes elevadas para formar acrópolis, como se hizo en Copán, Yaxchilán y Piedras Negras. El aspecto general era de un lujo recargado en el cual la caliza de la mayor parte del territorio, la traquita verde de Copán, la arenisca de Quiriguá o el ladrillo de Comalcalco mostraban tallas profusas o se cubrían con capas de estuco modelado y pintado. Así, sobre lápidas, tableros, jambas y dinteles se representaban cuerpos de dioses, hombres, animales y plantas, glifos calendáricos, textos completos o escenas mitológicas. Las capillas se elevaban sobre pirámides templarias de grandes alturas —65 m del Templo IV de Tikal—, y eran coronadas por cresterías. Los palacios eran construcciones lujosas de un solo piso, levantadas sobre plataformas escalonadas, integradas por galerías de pequeños cuartos y, con frecuencia, con patios interiores. Obviamente, no todos los edificios ahora llamados palacios tenían funciones residenciales. Algunos de ellos son demasiado reducidos e incómodos para haber servido como habitaciones permanentes. De éstos se supone que fueron celdas de sacerdotes, cuartos para ceremonias administrativas o rituales, o sitios de ejercicios místicos.

Son fundamentales en la arquitectura del Clásico el llamado arco maya, la bóveda que de él deriva y el complejo estela-altar. El "arco" y la "bóveda" no lo son en sentido estricto. El "arco" es un elemento de construcción formado por la gradual inclinación de dos columnas o pilares cuyas piedras se aproximan en la parte alta hasta unirse y cerrar el hueco intermedio. Tanto el "arco" como la "bóveda", al no distribuir fuerzas ni presiones sobre sus soportes, hacían necesaria la proximidad de éstos. En el caso de los recintos techados, las paredes tenían

que ser muy gruesas para resistir el peso de la cubierta. Con lo anterior, las dimensiones de los vanos resultaban demasiado reducidas.

Si bien la arquitectura maya de las zonas central y norte posee peculiaridades que la hacen inconfundible, es tal la diferencia de sus estilos que con base en su distribución geográfica se han propuesto regiones políticas. Entre dichos estilos son notables los del Petén, el Usumacinta, el Motagua, Río Bec, Chenes y Puuc. En sitios como Tikal, Uaxactún, Yaxhá y Naranjo el estilo Petén se distingue por la profusión de templos piramidales de formidable altura y empinadas escalinatas. Las esquinas de sus basamentos suelen estar remetidas y tener molduras de "delantal". Los recintos son reducidos; las paredes, gruesas, y las elevadas cresterías macizas pueden sostenerse gracias a la robustez de los muros en que descansan. Prolonga el Petén algunas influencias al sur, a la región del Río de la Pasión, que cuenta con sitios como Seibal y Altar de Sacrificios, y al occidente, a la cuenca del Usumacinta, donde se yerguen Yaxchilán, Piedras Negras, Bonampak y Palenque. Las construcciones de esta última región poseen, no obstante, variantes significativas. En efecto, presentan pórticos abiertos y tienen recintos más amplios, paredes menos masivas y cresterías caladas, lo que disminuye la carga de éstas sobre los muros y les permite ofrecer menor resistencia al viento. En la región del Motagua, las ciudades de Copán y Quiriguá se distinguen por sus sillares de piedra bien labrada, por sus mascarones del Dios del Cerro en las esquinas de los edificios y por las bellísimas esculturas a ellos asociadas, de excelente y recargada talla. En la parte meridional de la Península de Yucatán, el estilo Río Bec tiene como rasgo más sobresaliente la construcción de torres macizas que imitan basamentos piramidales escalonados con su capilla en la parte superior. Son en realidad meros elementos ornamentales, en los cuales las entradas a los templos son vanos falsos y los peldaños de las escalinatas tienen huellas tan angostas que el ascenso es imposible. Pertenecen a este estilo la propia Río Bec, Xpuhil y Becán. En el centro de la península, en la región de Chenes, los edificios monumentales de sitios como Dzibilnocac, Hochob y Santa Rosa Xtampak cubren toda la superficie de las fachadas de sus edificios monumentales con una profusa decoración de mascarones de fauces fantásticas, mismas que suelen ser los accesos al interior. En vecindad con Chenes está el Puuc, cuya inigualable arquitectura usó también una rica decoración de enchapados de piedra tallada; con ellos se integraron tamborcillos, junquillos y mosaicos que forman grecas y en-

trelaces. El estilo es peculiar en Oxkintok, Uxmal, Kabah, Sayil y Labná; pero se extendió fuera del Puuc, al centro-norte de la península, hasta Chichén Itzá.

Tanto en la zona central como en la norte fue peculiar el complejo estela-altar. La estela es un monumento vertical, por lo general una lápida empotrada en el piso, en cuya superficie están labradas la figura de un gobernante y las inscripciones de su conmemoración. Representa el árbol cósmico. El altar es un elemento horizontal, regularmente cilíndrico, de poca altura y amplio diámetro, colocado frente a la estela. En algunas ocasiones tiene forma de animal mítico, generalmente un monstruo de la tierra.

La estela es el indicador histórico por excelencia del periodo de esplendor maya. Subyace en su elaboración una concepción que fue el punto nodal de muchas otras creaciones culturales. En ella confluyen creencias, conocimientos, prácticas y manifestaciones artísticas que remiten a la ideología del poder. Los indiscutibles desarrollos en la representación numérica, la escritura, el cómputo del tiempo y el conocimiento de los cuerpos celestes responden en conjunto a la obsesión intelectual de las elites que apuntalaban la legitimidad de los gobernantes en una regularidad cósmica que parecía determinante aun de la voluntad de los dioses.

En efecto, la máxima regularidad debía buscarse en el tiempo, y el tiempo eran los dioses que circulaban por el mundo, invisibles, utilizando las vías rígidamente establecidas en la exactitud de un cosmos geométrico. Cada dios-tiempo —cada destino— poseía un carácter y una forma de actuar sobre los distintos seres mundanos. Su turno, su punto geográfico de aparición y su carga obedecían a un orden estricto. Por ello, la vida de los gobernantes y el gobierno mismo estaban ceñidos a los ciclos históricos y cósmicos. El devenir se interpretaba como el cumplimiento de los movimientos circulares, y el hombre estaba capacitado para conocerlo matemática y astronómicamente.

La perpetuación del poder descansaba en el relevo cíclico. Los tableros de Palenque muestran al señor Chan Bahlum en el otro mundo, recibiendo el mando de manos de su padre muerto. La alternancia de la vida y de la muerte como una cadena sucesoria fue, por tanto, una de las mayores preocupaciones de la nobleza. El mito confirmaba el mecanismo de la sucesión a través de la muerte, y los relatos se reproducen pictóricamente. En efecto, los vasos polícromos encontrados en las tumbas de los nobles tienen con frecuencia bellísimas escenas

mitológicas que especialistas como Michael D. Coe han interpretado con base en los textos que aparecerían siglos más tarde en el *Popol Vuh*. Identifican entre los personajes a los gemelos Hunahpú e Ixbalanqué, reproducciones fieles de sus progenitores. Éstos, Hun Hunahpú y Vucub Hunahpú, habían sido los primeros gemelos. Tras aceptar el reto de los señores del Inframundo, murieron en el lance; pero a partir de sus restos se generó el nuevo par gemelar de Hunahpú e Ixbalanqué. En los vasos se reproducen las escenas de este enlace sucesorio a través de la muerte.

Cíclicas fueron también las guerras sagradas, marcadas por el curso venusino. Los ejércitos se enfrentaban para honrar a la Estrella de la Mañana, y los cautivos eran sacrificados a los dioses para confirmar el cumplimiento periódico de los destinos.

La aprehensión matemática del orden temporal hizo necesario un sistema particular de registro numérico. De carácter posicional, sólo contaba con tres signos (barra, punto y concha), aunque éstos podían tener variantes muy complejas (rostros de dioses, y aun cuerpos completos). La numeración mesoamericana fue vigesimal. En la primera posición, las unidades estaban representadas por un punto, y cada cinco unidades por una barra. De tal manera, tres barras y cuatro puntos indicaban el número 19, el máximo que podía aparecer en dicha posición. Para escribir el número 20 había que pasar a la segunda casilla o posición, la de las veintenas, donde su representación era un punto. En esta segunda casilla había igual posibilidad de llegar a un máximo de tres barras y cuatro puntos ($19 \times 20 = 380$). La tercera casilla, la de las cuatrocentenas, tenía como número más bajo el 400, representado por un punto. Y así sucesivamente, las casillas iban aumentando en múltiplos de 20.

Este registro no era posible sin marcar adecuadamente todas las casillas que, al quedar sin remanente, debían indicar que estaban ocupadas. En otras palabras, se necesitaba un guarismo que cumpliera la función específica del cero. Uno de sus signos más característicos fue la concha. Por tanto, para poner un ejemplo, si en la casilla de las unidades había dos barras y dos puntos, en la de las veintenas una concha y en la de las cuatrocentenas tres puntos, la lectura sería $(12 \times 1) + (0 \times 20) + (3 \times 400) = 1212$. Por otra parte, deben quedar muy claras dos particularidades del sistema: primera, que sólo manejó números enteros; segunda, que en los cómputos de tiempo se utilizó como unidad el año *tun,* de 360 días. Por ello, en este último tipo de cómputos,

en la segunda casilla el máximo número que puede aparecer es el 17, pues ya el 18 (que corresponde a 18 meses-veintenas) se marca como un punto en la tercera casilla; así, el 1 de la tercera casilla vale no 400, sino 360.

Gracias a este sistema, los mayas pudieron manejar cantidades gigantescas, cifras indispensables para enlazar, en las líneas dinásticas, el presente histórico con las remotísimas fechas del mito. Además, el sistema posicional permitía combinar en varias series numerosos ciclos calendáricos de muy diferentes dimensiones. No es posible aquí detenernos para señalar detalladamente cuáles fueron las series principales; pero cuando menos mencionaremos las combinaciones de los tres ciclos principales, que eran: *a)* el agrícola y de las principales ceremonias religiosas, de 365 días, con 18 meses de 20 días cada uno más cinco días aciagos complementarios *(haab* o año común); *b)* el adivinatorio, de 260 días, compuesto por la combinación de 20 signos y 13 numerales (hoy llamado *tzolkín),* y *c)* el histórico, de 360 días *(tun),* cuyas cinco unidades menores son el día *(kin),* el mes de 20 días *(uinal),* el año de 18 meses *(tun),* la veintena de años *(katún)* y la veintena de veintenas de años *(baktún).*

La primera combinación se hacía, como era común en el resto de Mesoamérica, en la *rueda calendárica.* Allí se ajustaban el *haab* y el *tzolkín* en un ciclo de 18980 días, lo que correspondía a 52 años de 365 días, o a 73 de 260 días. Con la rueda calendárica y la cuenta del *tun* se hacía una segunda combinación que comenzaba en un hito temporal muy remoto, por lo que recibía el nombre de *cuenta larga.* Este hito correspondía a un día en el que habían coincidido tres fechas de los tres ciclos: la fecha 13.0.0.0.0 *(baktún* 13, *katún* 0, *tun* 0, *uinal* 0, *kin* 0) de la cuenta del *tun,* 4 Ahau (4 -"señor") de la cuenta del *tzolkín,* y el octavo día del mes *cumkú* perteneciente a la cuenta del *haab.* Siguiendo la correlación Goodman-Martínez-Thompson para la correspondencia con el calendario juliano (el gregoriano se empezó a usar ya en tiempos de la Colonia), los especialistas en cómputo dicen que el día 13.0.0.0.0, 4 Ahau, 8° de *cumkú* se remonta al distante 13 de agosto de 3114 aC, que servía a los mayas para encontrar un sentido pleno a su presente.

Otras cuentas corroboraban la regularidad cósmica. Sus combinaciones calendáricas se complementaban con las ruedas que atribuían influencias, por turno, sobre la faz de la Tierra, a diferentes grupos de dioses (como los 9 Señores de la Noche); con los ciclos lunares y venu-

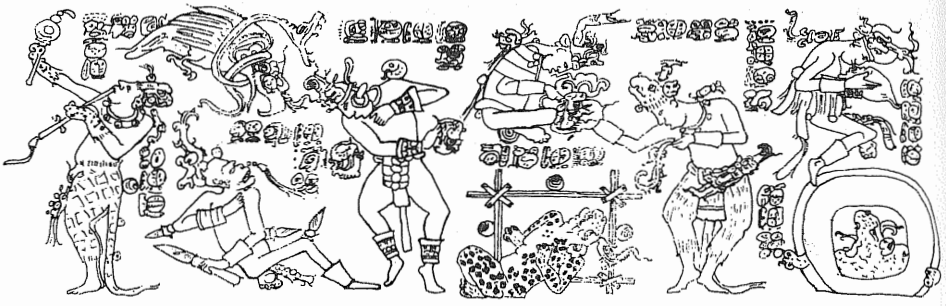


FIGURA III.2. *Escena de danza ritual en un vaso maya. Área Sureste, periodo Clásico*

sinos (según algunos autores, también los de otros planetas), y con las tablas de eclipses. Todo se ajustaba con cálculos carentes de fracciones. Los mayas, para esto, observaban los cursos del cielo a ojo desnudo, sin más auxilio que las alineaciones de sus edificios hacia puntos significativos del horizonte o de varas cruzadas que permitían percibir el movimiento de los cuerpos astrales.

A los registros calendáricos estaban indisolublemente unidos los de la palabra. Durante décadas éstos habían permanecido refractarios a la interpretación, dada su complejidad. En los últimos 50 años se ha venido acelerando su desciframiento en medio de un debate académico que ha tenido momentos espectaculares tanto por sus confrontaciones como por sus avances. Entre los numerosos participantes del debate destacan los nombres de J. Eric S. Thompson, Yuri Knorosov, Heinrich Berlin, Tatiana Proskouriakoff, Floyd G. Lounsbury, Peter Mathews, Linda Schele y David Stuart. Con cifras mayores o menores, hoy se calcula que ya ha sido puesto en claro un crecido porcentaje de los signos. El sistema es básicamente logográfico, pues sus signos registran palabras, y éstas siguen la secuencia sintáctica del discurso. También es mixto, ya que se compone tanto de elementos semánticos (un símbolo, por ejemplo, que convencionalmente representa un sustantivo o un verbo) como fonéticos. Éstos, de carácter silábico, son generalmente unidades de consonante y vocal que se enlazan conforme a reglas bien establecidas. Por ejemplo, una palabra monosílaba que tenga la fórmula consonante-vocal-consonante (por ejemplo *cuch* = "carga", "destino", "cargo") se escribe con dos sílabas, CV + CV *(cu + chu),* pero se pronuncia CVC *(cu + ch),* ya que se omite la vocal final. Los elemen-

tos semánticos y fonéticos, combinados en cartuchos rectangulares, se ordenan sintácticamente en columnas. Las columnas se leen por regla general de izquierda a derecha y de arriba abajo, por pares, esto es, tomando dos columnas en forma paralela para ir leyendo el par de cartuchos que quedan en la misma línea.

Morley y Thompson opinaban que la escritura maya se usaba sólo para fines religiosos, calendáricos y astronómicos, quedando muy alejados de ella los temas de carácter político y cotidiano. Contra estas aseveraciones se inconformaron Berlin y Proskouriakoff, aportando pruebas que constituyeron un gran avance en la investigación. Hoy se sabe que, en efecto, los textos privilegian las historias dinásticas y que constituyen uno de los grandes apoyos místicos y propagandísticos a la ideología del poder. Pero, además, empiezan a aparecer usos más comunes, y una vasija podrá tener escrita la indicación de cuál es la bebida para la que está destinada, por ejemplo, el cacao.

Hoy en día se espera que el progresivo desentrañamiento de los misterios de la escritura maya clásica siga transformando la visión que tenemos de este pueblo.

El Clásico y lo teotihuacano

La descripción panorámica del Clásico mesoamericano deja claro que en este periodo de florecimiento se acentúan las grandes diferencias regionales gestadas en el Preclásico Tardío. Cada una de las áreas desarrolló formas de expresión tan particulares y ricas que hicieron de Mesoamérica un vivo mosaico. No obstante, las distintas tradiciones siguieron formando parte de un mismo flujo cultural debido a la historia compartida, cimentada en complejas cadenas de interrelación. Al igual que en el Preclásico Medio, existieron durante los primeros siete siglos de nuestra era una fuerza cohesiva y una cultura protagónica cuya presencia dejó profunda huella en casi todo el territorio mesoamericano: la teotihuacana. Ésta, como la olmeca, imprimió su sello de manera específica en cada lugar y en cada época. Afortunadamente la cantidad y la calidad de los datos sobre los procesos cohesivos generados desde Teotihuacan nos permite distinguir con más detalle las diferentes formas de su influencia.

Todo parece indicar que en los procesos de penetración teotihuacana existe un común denominador: el interés mercantil. La metrópoli

del Centro de México ejerce un dominio no necesariamente basado en la sujeción militar, sino en la inclusión de sus contemporáneos en un vasto sistema de intercambio. Durante siglos, Teotihuacan produce y exporta básicamente manufacturas de obsidiana verde y de cerámica. Los teotihuacanos llevarán estas mercancías hasta muy remotas regiones. Este intercambio comercial, como puede suponerse, no sólo incidió en la producción especializada de los pueblos implicados en el sistema, sino en su vida política y cultural.

Hay que aclarar que la presencia teotihuacana no fue uniforme en todo el territorio mesoamericano. Al parecer, la ciudad ejerció un dominio directo sobre una amplia mancha territorial contigua que le permitía aprovisionarse de los recursos básicos para su subsistencia e industria. La presencia también se manifestaba a lo largo de las rutas comerciales, en forma de amplios corredores reforzados con asentamientos de muy diversos tipos. Estos corredores unían la metrópoli con nódulos de influencia que comprendían colonias, enclaves, puertos de intercambio y capitales incluidas en el sistema comercial o simplemente aliadas.

Un sistema comercial de esta naturaleza haría necesario un ejército suficientemente fuerte para proteger el libre tránsito de las mercancías y, probablemente, para desanimar a competidores en potencia. No hay que confundir esto con las fuerzas militares propias de los estados expansionistas que basaban su poderío en la conquista y el tributo. En el caso teotihuacano no cabe duda de la existencia de un ejército poderoso y de una ideología con algunos matices militaristas. Sin embargo, tanto la iconografía de la metrópoli como la de Monte Albán y Tikal parecen apoyar la idea de que el ejército teotihuacano rara vez sobrepasaba sus funciones protectoras del tráfico comercial: dioses y hombres están armados, pero nunca en contiendas bélicas ni sometiendo a los conquistados.

La interpretación recién expresada puede contrastarse con la información arqueológica y con algunas de las hipótesis que intentan explicar la influencia teotihuacana en cinco áreas de Mesoamérica: Norte, Occidente, Golfo, Oaxaca y Sureste. En lo que se refiere al área Norte, se distinguen dos fenómenos diferentes: el del ramal occidental, y el de la franja central y el ramal oriental. Phil C. Weigand y J. Charles Kelley opinan que el primero albergó colonias gobernadas por burócratas teotihuacanos. Desde esta perspectiva, centros como Alta Vista formarían parte de un sistema subsidiario del complejo eco-

nómico de Teotihuacan. Grupos de guerreros, mercaderes y astrónomos habrían llegado a estas regiones con el fin de organizar la explotación de minerales como la turquesa, la hematita, el pedernal y el ocre, destinados a la manufactura de bienes suntuarios. Al mismo tiempo, estos centros habrían fungido como puertos de intercambio que enlazarían Teotihuacan con Paquimé y Cañón del Chaco. Alta Vista sería, por tanto, un mercado en el cual se encontrarían productos exóticos como cascabeles y espejos de cobre, adornos de turquesa, animales tropicales, vestidos y mantas de algodón, y plumas multicolores. A pesar de lo atractivo de esta propuesta, no existen pruebas suficientes de la presencia de una elite colonizadora proveniente de la Cuenca de México. Independientemente de la intensiva explotación minera y de la plausible función de los sitios norteños como puertos de intercambio, carecemos de pruebas de una irrupción cultural. Por una parte, la arquitectura de los centros rectores y de las aldeas es de estilos y técnicas claramente locales. Además, las costumbres funerarias son distintas de las teotihuacanas; tampoco hay vestigios de distinción ritual de elites, pues los tipos de enterramiento son los mismos entre nobles y plebeyos, salvo las evidentes diferencias en riqueza. De hecho, los únicos elementos atribuibles a la cultura teotihuacana son la cerámica seudocloisonné y los grabados de cruces y círculos punteados que se han asociado a actividades astronómicas. Éstos han sido encontrados en Alta Vista, sitio ubicado en la línea del Trópico de Cáncer.

En las otras dos zonas del área Norte (la franja central y el ramal oriental) es mayor la presencia de materiales teotihuacanos, sobre todo en lo que toca a figurillas antropomorfas y a recipientes de cerámica de tipo Anaranjado Delgado. Pero estos materiales no son mayoritarios en el conjunto de bienes importados, por lo que tampoco aquí puede suponerse una sujeción directa a Teotihuacan. El norte de Querétaro es un caso interesante al respecto, ya que durante el Clásico hubo en él una intensa explotación de cinabrio, mineral de mercurio utilizado fundamentalmente con fines rituales. No obstante, la presencia de cerámica teotihuacana y de lítica del Golfo de México no son suficientes para determinar quiénes controlaban las actividades mineras. En resumen, aunque el área Norte de Mesoamérica pudo pertenecer a la esfera comercial dirigida por Teotihuacan, no es tangible allí una presencia directa de dicha capital.

En comparación con el área Norte, la influencia teotihuacana ejercida sobre el Occidente fue mayor. En Colima y Nayarit han sido recu-

perados unos cuantos objetos teotihuacanos que probablemente llegaron allí como resultado del intercambio comercial. La influencia más fuerte se ejerció sobre zonas específicas de Guerrero, Jalisco y Michoacán. Por ejemplo, los teotihuacanos se interesaron particularmente en lugares específicos de la cuenca del Balsas por su riqueza en piedras semipreciosas, sobre todo las de colores verdes, muy apreciadas en la manufactura de máscaras. Esta influencia es más evidente en los sitios michoacanos de Tingambato, Tres Cerritos y El Otero, y en los jaliscienses de El Ixtépete y El Grillo. En efecto, todos ellos tienen en común una arquitectura monumental con fachadas de talud-tablero de estilo teotihuacano. Esto es particularmente interesante en Tingambato, donde tal innovación se produjo hacia el año 600. Sin embargo, estudios detallados han revelado que las técnicas de construcción son muy diferentes a las del Centro de México. Por su parte, los objetos de cerámica encontrados como ofrendas funerarias, a pesar de ser también de estilo teotihuacano, fueron elaborados con materiales locales. De lo anterior se desprende que, independientemente de que la etnia dominante en sitios como Tingambato hubiera sido o no teotihuacana, la arquitectura y la cerámica fueron copias producidas por la población autóctona.

En el área del Golfo de México el ejemplo más interesante por el influjo del Centro es sin duda Matacapan, sitio emplazado en un nodo de rutas de intercambio. El asentamiento ocupa una región privilegiada, tanto por su fertilidad como por la abundancia de recursos minerales. Entre éstos se encuentran la sal, el cinabrio, las rocas volcánicas y, sobre todo, el caolín, que permitió a Matacapan convertirse en productora importante de vajillas de pasta fina. Una buena parte del material cerámico que se ha extraído en las excavaciones arqueológicas la forman figurillas y recipientes que son imitaciones del típico estilo teotihuacano. Concomitantemente, la cerámica foránea más abundante en Teotihuacan parece provenir de Matacapan. Todo sugiere que durante las fases teotihuacanas denominadas Tlamimilolpa Tardío y Xolalpan Temprano, gente portadora de esta cultura vivió en Matacapan. Una de las hipótesis que intenta explicar lo anterior identifica el sitio veracruzano como un verdadero enclave teotihuacano. Lo anterior se apoya en que una parte nada despreciable de los vestigios de la vida cotidiana de los habitantes de Matacapan muestra que sus usos y costumbres fueron los mismos de la población de la gran capital del Centro de México. Estos vestigios incluyen objetos domésticos y ceremo-

niales, enterramientos bajo los pisos a la usanza de la metrópoli, un conjunto habitacional con apartamentos y, al menos, una pirámide de grandes dimensiones con tablero-talud. Las relaciones de Teotihuacan con el área del Golfo pueden verse, recíprocamente, en los restos de posibles veracruzanos que vivían en la metrópoli. Gracias a los trabajos de Evelyn C. Rattray sabemos que en la parte noreste de la ciudad existió entre 200 y 500 un barrio en el cual, junto a un conjunto habitacional típicamente teotihuacano, había numerosas estructuras de planta circular, con rampas de acceso, a las que se atribuyen funciones de almacenamiento. La cerámica alóctona es inusualmente abundante y procede en su mayoría del sur de Veracruz y de la zona maya. Las prácticas funerarias de estos hombres son foráneas, como lo es la cerámica encontrada en las tumbas.

Una de las relaciones más ricas de los teotihuacanos con sociedades ubicadas más allá del Altiplano Central fueron las que entablaron con Monte Albán. Todo hace afirmar que éstas fueron no sólo muy intensas, sino de carácter pacífico. Se circunscribieron, seguramente, a los ámbitos del intercambio comercial y de la diplomacia, a los que pudieran agregarse los enlaces matrimoniales de carácter político entre zapotecos y teotihuacanos. El prolongado vínculo entre ambas metrópolis se expresa de manera muy diversa. En Teotihuacan, como vimos, existió cuando menos un barrio de población zapoteca. Sus habitantes, a pesar de haberse integrado muy bien a la vida de esta urbe, conservaron, a partir de 300 dC y durante generaciones, su cultura ancestral. Si bien es cierto que este conjunto residencial era de estilo teotihuacano y que sus habitantes utilizaban objetos de esta tradición, reprodujeron costumbres funerarias, vajillas e inscripciones típicas de Monte Albán. Probablemente, como opina Marcus Winter, los habitantes del barrio, conocido como Tlailotlacan, proveían la obsidiana verde al Valle de Oaxaca. Esta idea parte de la abundante presencia de la obsidiana de la Sierra de las Navajas en territorio oaxaqueño, fundamentalmente durante los periodos Monte Albán IIIA y IIIB. Junto a los objetos de este material se encuentra abundante cerámica tanto de origen teotihuacano como de imitación local de "floreros", "candeleros", ollas Tláloc y vasos cilíndricos, productos que denotan el gusto de la nobleza zapoteca por la moda extranjerizante. Sin embargo, los testimonios más interesantes de esta centenaria relación se encuentran en cinco monumentos pétreos. Cuatro fueron empotrados en las esquinas de la Plataforma Sur de la plaza principal de Monte Albán. Se repite en ellos la misma escena: un

personaje teotihuacano de alta jerarquía visita al gobernante de Monte Albán. De ocho personajes, dos usan el tocado teotihuacano de borlas, lo que indica su alto rango. El carácter pacífico de su misión es claro por la absoluta ausencia de armas y porque llevan una bolsa de copal —objeto ritual— y algunos dones. El quinto monumento es conocido con el nombre de Lápida de Bazán, y procede del Montículo X. En él fue tallada en forma más compleja una escena que podría representar el encuentro de un funcionario teotihuacano con un gobernante de Monte Albán. En ninguna de las representaciones se observan armas, pese a que algunos personajes teotihuacanos tienen yelmos y ornamentos militares.

No hay duda de que entre las relaciones más intensas establecidas por Teotihuacan están las que sostuvo con el área Sureste. Sin embargo, aún se debate sobre la naturaleza de los vínculos. Pueden diferenciarse dos focos principales: uno en los altos de Guatemala, en Kaminaljuyú, y el otro en el Petén, centrado en Tikal. Kaminaljuyú habría sido, desde mucho tiempo atrás, un importante centro de intercambio. Como dijimos, durante aproximadamente cincuenta años la influencia teotihuacana se manifiesta allí, sobre todo, en la construcción de edificios ceremoniales con tablero-talud. También aparecen los típicos vasos cilíndricos con tapa, los vasos con la figura del Dios de la Lluvia, los llamados "floreros", cerámica Anaranjada Delgada y obsidiana verde. Todo lo anterior dio pie para suponer que Kaminaljuyú se había convertido en un enclave de los teotihuacanos, quienes fueron atraídos por la posibilidad de controlar desde este centro la producción y el intercambio de la obsidiana de El Chayal y el cacao de la región del Pacífico. Desde Kaminaljuyú —se afirma— se habría abierto el paso de la influencia teotihuacana hacia las tierras bajas mayas, perceptible tanto en las formas cerámicas como en la arquitectura y en la posible inserción de la nobleza del Centro de México en la dinastía de Tikal. Sin embargo, existen otras interpretaciones que se fundan en la observación de que la arquitectura de Kaminaljuyú no es propiamente teotihuacana, sino una copia realizada con técnicas locales; que la cerámica y la obsidiana no aparecen en contextos domésticos, ni siquiera de elite, y que estos bienes son escasos, pues las imitaciones locales superan en número a los objetos importados. Esto implica que los pocos bienes importados serían de prestigio y de uso restringido a las ceremonias religiosas y a las ofrendas mortuorias. Es posible, según estas interpretaciones, que las influencias hubiesen llegado directamente de

Teotihuacan o a través de Matacapan. Desde esta perspectiva, Kaminaljuyú no sería ni un enclave teotihuacano ni una avanzada militar, sino un puerto de intercambio cuya elite se inclinaría considerablemente por la prestigiada cultura teotihuacana. Lo anterior se robustece porque no hay indicios de que en esta época hubiesen habido conflictos bélicos en el Valle de Guatemala. Una tercera hipótesis, como comentamos anteriormente, conjetura que grupos teotihuacanos independientes de la metrópoli se establecieron en Kaminaljuyú como gobernantes y se fundieron con la nobleza y la cultura mayas.

La influencia teotihuacana en Tikal data de los siglos IV y V. Sin embargo, la naturaleza de las relaciones es aún más polémica. Se expresa en grandes construcciones con tablero-talud, estilo localizado en el complejo Mundo Perdido; en un marcador de pelota muy similar al encontrado en La Ventilla, en Teotihuacan; en algunas ofrendas funerarias de elite, y en el Depósito Problemático 50. Este último es una fosa cavada en forma cilíndrica, a la manera de las sepulturas teotihuacanas. Por si esto fuera poco, en su interior contenía un vaso cilíndrico trípode con paredes incisas. Tiene una escena en la cual un personaje maya recibe, en un templo con tablero-talud, a un grupo compuesto por cuatro militares armados y dos dignatarios teotihuacanos que portan el tocado de borlas y llevan como regalos vasos cilíndricos con tapadera. Sin embargo, la información más valiosa procede de las Estelas 4, 31 y 32 de Tikal, y 11 de Yaxhá. En todas ellas se observan personajes con indiscutibles atuendos y símbolos teotihuacanos: el tocado de borlas, los atributos de Tláloc y las armas típicas del Centro de México (propulsor y dardos). La escena más compleja se encuentra en la Estela 31. En ella el gobernante Siyah Chan K'awil (Cielo Tormentoso) está flanqueado por dos representaciones de su padre, Nun Yax Ayín (Morro Rizado), ataviado y armado a la teotihuacana y en actitud no beligerante. De acuerdo con la interpretación de esta imagen y sus textos epigráficos realizada recientemente por David Stuart, un personaje llamado Siyah K'ak' (Rana Humeante) llegó a Tikal en 378, acontecimiento que extrañamente coincidió con la muerte del gobernante Garra de Jaguar. Tal parece que Siyah K'ak' actuó como regente del iniciador de una nueva dinastía, Nun Yax Ayín. Surge la duda de la filiación étnica de este soberano, pues el nombre de su padre, Atlatl Cauac (Propulsor Búho), coincide con un importante emblema militar teotihuacano. Por si esto fuera poco y como mencionamos anteriormente, el segundo gobernante de esta dinastía, Siyah Chan K'awil,

está retratado en la parte central de la Estela 31 con atuendos y divisas de estilo teotihuacano.

Gracias a los estudios de William Fash, Barbara Fash y David Stuart, Copán también resalta como un interesantísimo caso del impacto teotihuacano en el Sureste de Mesoamérica. En contextos fechados a principios del siglo v han sido recuperadas muy numerosas manufacturas del Centro de México: recipientes de cerámica Anaranjado Delgado, espejos de pirita con la parte posterior de pizarra y artefactos de obsidiana verde de Pachuca. Aparecen sobre todo en edificios públicos y en tumbas de elite, destacando entre ellos la estructura llamada Yax. En el relleno de este edificio se encontró la mayor cantidad de obsidiana verde hasta ahora registrada en sitio alguno fuera de la Cuenca de México. Otro edificio notable es el conocido como Hunal. Fue construido con talud-tablero y adornado con murales de estilo teotihuacano. En su interior se encuentra una tumba que se atribuye a K'inich Yax K'uk Mo, fundador de la dinastía copaneca. El análisis del estroncio de los restos óseos allí aparecidos revela que el muerto no era originario del Valle de Copán. En cambio, el esqueleto de quien se supone que fue su esposa, sometido al mismo análisis, corresponde a la composición química común en los pobladores de la región.

En el Clásico Tardío las condiciones cambiaron por completo. Pese a que en ese entonces Teotihuacan había declinado y a que su influjo directo había desaparecido en el Sureste, el simbolismo teotihuacano se mantuvo en ciudades como Copán, Piedras Negras, Yaxchilán, Palenque y Dos Pilas. En la primera de ellas los símbolos fueron abundantes; pero se trata más de una reelaboración maya tardía que de un reflejo auténtico del Centro de México. En efecto, lo que en el Clásico Temprano había sido una verdadera copia de estilo y modas teotihuacanas, en el Clásico Tardío se convirtió en una evocación omnipresente de un vínculo ya extinto. Los gobernantes mayas insistían en recordar la vieja y prestigiosa filiación con Teotihuacan, haciendo ahora hincapié en motivos bélicos, tales como escudos rectangulares, lanzadardos, tocados con el glifo del año y figuras reptilianas. Este simbolismo, militarizado, se interpreta como un medio ideológico de los soberanos para mantener su autoridad en un ambiente crecientemente bélico.

IV. EL EPICLÁSICO MESOAMERICANO

La caída del Clásico

Entre los años 650 y 750 dC, se inicia una de las transformaciones más significativas de la historia mesoamericana: Teotihuacan pierde la primacía política y económica que había mantenido durante cinco largos siglos. La renombrada metrópoli del mundo clásico decae tan estrepitosamente que, según se calcula, su población pasa en 150 años de 125 000 a 30 000 habitantes. Existen numerosos indicios de que al final de la fase Metepec son quemados y destruidos ritualmente los edificios de la zona nuclear. Paralelamente, la inmensa influencia comercial y militar de la ciudad comienza a desvanecerse más allá de los linderos de la Cuenca de México.

Si el peso de Teotihuacan en su época de esplendor fue tan grande, no es de extrañar que su colapso haya tenido repercusiones en prácticamente toda Mesoamérica. Así, al resquebrajamiento del sistema teotihuacano siguen 200 años de caídas de las grandes capitales clásicas y de surgimiento de los efímeros centros de poder del Epiclásico. En esta forma, se eclipsan una a una ciudades tan prestigiadas como La Quemada, Monte Albán, Palenque y Tikal, por mencionar unas cuantas. Sobreviene, en pocas palabras, un proceso de desintegración sociopolítica importante que anuncia una nueva época.

Este proceso, cuyos límites pueden fijarse entre los siglos VII y IX dC, es fácilmente reconocible para los investigadores a través de una cantidad nada despreciable de indicadores arqueológicos. En términos muy generales, podemos decir que se registra entonces una clara ruptura de las refinadas tradiciones culturales propias del Clásico. Además, buena parte de las capitales mesoamericanas pierden cuando menos la mitad de sus habitantes e, incluso, algunas de ellas son francamente abandonadas. Y, al mismo tiempo, las poblaciones campesinas que servían de sustento a las grandes concentraciones urbanas tienden a emigrar a nuevos territorios.

Por ejemplo, William T. Sanders *et al.* estiman que, tras el incendio del centro de Teotihuacan, la metrópoli sufre una pérdida de cerca de 95 000

habitantes y que la población del resto de la Cuenca de México se ve reducida en 75 000 individuos. Por ello no podemos pensar en una simple reubicación de la gente de la urbe en áreas próximas dentro de la misma Cuenca. Por otra parte, en 750 aparece la cerámica Coyotlatelco, tradición alfarera muy diferente a la de la fase Metepec.

Monte Albán, tal como lo indican Alfonso Caso e Ignacio Bernal, deja de ejercer su hegemonía en la región al final de la fase IIIB. Su población decrece sustancialmente, concentrándose, al parecer, en la parte septentrional del cerro. La Gran Plaza no volvería a ser remozada y en ella no se erigirían más monumentos públicos con temas militares.

En lo que toca al septentrión mesoamericano, Charles D. Trombold descubrió que los pobladores del Valle de Malpaso se concentran en un primer momento en torno de las zonas mejor irrigadas y de mayor fertilidad. Sin embargo, al incremento desmedido de la densidad en estas zonas, sucede un desplazamiento multitudinario hacia el norte, el noroeste y, sobre todo, hacia el Centro de México. La Quemada es abandonada en 850 y la franja fronteriza mesoamericana se retrae unos 250 km hacia el sur, quedando este territorio en manos de sociedades de recolectores-cazadores.

En el área Sureste el proceso es aún más tangible. En aproximadamente un siglo, entre 810 y 909, la elite gobernante parece desaparecer por completo. Las principales edificaciones administrativas y palaciegas son abandonadas definitivamente. Dejan de construirse templos y de enterrarse en ellos a dignatarios acompañados de bellos vasos polícromos y ricos adornos de jade. Cesa también la erección de estelas labradas con textos dinásticos y fechas en el sistema de cuenta larga. Esto último no significa simplemente la suspensión de un rito o de una expresión artística. Como vimos, la erección de estelas fue uno de los fundamentos formales del poder dinástico: la estela acreditaba y refrendaba el parentesco entre el rey y el antepasado divino. A todo lo anterior se suma la irrupción de cerámicas anaranjadas y grises de pasta fina, lo que nos habla de la llegada de nuevos grupos provenientes de las planicies de Tabasco.

Ante índices de tal importancia a lo largo y ancho del territorio mesoamericano, el colapso resulta incuestionable. El problema, claro está, se centra en la búsqueda de explicaciones coherentes a los fenómenos observados en el contexto arqueológico. Y no son pocos quienes han intentado dar respuesta a esta gran incógnita, aunque casi todos se han centrado en un sitio, en una región o, cuando más, en un área.

En el caso de Teotihuacan, existen dos hipótesis principales acerca de la destrucción de la ciudad. Por un lado, se encuentran autores como Wigberto Jiménez Moreno, que equiparan el declive de esta civilización con el del Imperio romano: la supuesta decadencia de un idílico estado teocrático habría facilitado la irrupción de los chichimecas, grupos belicosos y bárbaros del norte que pusieron fin a la gloriosa historia de la ciudad. Tampoco descartan la posibilidad de que grupos huastecos o mixtecos hayan invadido la urbe. Sin embargo, es más convincente la idea que sostienen investigadores como René Millon y Enrique Nalda, quienes dicen que fueron los mismos teotihuacanos los causantes del colapso. Arqueológicamente, existen pruebas de una novedosa tónica militarista durante la fase Metepec. En el campo de las artes proliferan entonces las escenas pictóricas alusivas a la guerra y las imágenes individualizadas que subrayan el prestigio de los gobernantes. A esto parecen sumarse ciertas evidencias que, aunque debatibles, hacen pensar en la fortificación de Teotihuacan. Este reforzamiento del poder público y militar fue tal vez una respuesta al creciente descontento de un campesinado que debía cumplir con las crecientes exigencias de la elite o a la pugna entre varias facciones de clase alta. No obstante, cualquiera que haya sido el caso, invasión chichimeca o revuelta interna, la quema sistemática de la urbe deja claro que quienes lo hicieron intentaban borrar todo símbolo que aludiera al grupo en el poder.

En contrapartida, algunos estudiosos han propuesto que Teotihuacan sucumbió ante un muy cuestionable agotamiento de los suelos cultivados y la sobrexplotación de las zonas boscosas aledañas. Otros, desde una perspectiva muy distinta, opinan que el colapso fue consecuencia directa de la competencia con centros emergentes como El Tajín, Cacaxtla y Xochicalco. De acuerdo con Jaime Litvak King, Xochicalco fungía como conductor dentro de una esfera monofocal que filtraba el tráfico de productos tropicales (cacao, plumas, piedras verdes y algodón) de la depresión del Balsas y el noreste de Guerrero a la Cuenca de México. En el siglo VII, Xochicalco, junto con Cholula, El Tajín y Tula, habría provocado la caída de Teotihuacan al detener el flujo de productos de su red de rutas, estrangulando así la base del poderío económico de la metrópoli.

En cuanto a la desintegración del poderío de Monte Albán, parece claro hoy en día que éste fue un fenómeno sumamente gradual. Antes señalamos que la ciudad había experimentado un súbito incremento

demográfico durante la fase Monte Albán IIIB y que las aldeas campesinas se habían multiplicado en el Valle de Oaxaca como nunca antes. Desde ciertas perspectivas, el detonador del colapso fue la sobreocupación de las tierras cultivables del Valle y la consecuente competencia sobre los recursos básicos. Otros sugieren, sin embargo, que el debilitamiento del poderío teotihuacano fue la verdadera causa de la caída. La desaparición de esta metrópoli habría hecho innecesaria la misión de Monte Albán como garante de la seguridad regional. El resultado fue la paulatina reubicación de sus habitantes en nuevos centros como Lambityeco y Zaachila.

De muy distinta índole son las explicaciones de la caída del área Norte y de la radical retracción de la frontera mesoamericana hacia el sur. Podemos decir que un primer conjunto de arqueólogos sigue a Kelley, quien afirma que Alta Vista perdió la razón de su existencia con la caída de Teotihuacan. Con el colapso de la metrópoli del Centro de México, ya no sería necesaria la función de esta colonia norteña como centro minero, como aprovisionador de recursos exóticos y como puerto de intercambio de la ruta hacia el Cañón del Chaco. Un segundo grupo de investigadores secunda las propuestas de Armillas, en el sentido de que el abandono de Alta Vista y La Quemada y la migración masiva de campesinos hacia el sur habrían seguido a un terrible deterioro climático que eliminó las condiciones mínimas para la práctica de la agricultura.

Sin lugar a dudas, la mayor cantidad de hipótesis se centra en los mayas de la zona central. Para 1973 las propuestas científicas sobre el "misterioso" colapso maya eran tantas y tan diversas que Richard E. Adams y Jeremy A. Sabloff publicaron por separado dos intentos de clasificación. Los esquemas de ambos autores hacen notoria la disparidad de las perspectivas tradicionales, aunque cabe decir que casi todas ellas atribuían el proceso a causas únicas. Tal vez el grupo más importante de autores se inclinaba por agentes de tipo interno. Mencionemos en primer término a quienes, presuponiendo que los mayas sólo practicaron el sistema agrícola de roza, sostenían que el colapso fue la consecuencia directa del agotamiento de los suelos. Desde esta perspectiva, las crecientes necesidades de alimento obligaron a los campesinos a reducir el tiempo de descanso de las milpas. El resultado fue la pérdida irremisible de la fertilidad y la proliferación de los ecosistemas de sabana. Otros autores, en contraste, opinaban que la causa de la transformación debía buscarse en la demografía. Así, sugerían ya un

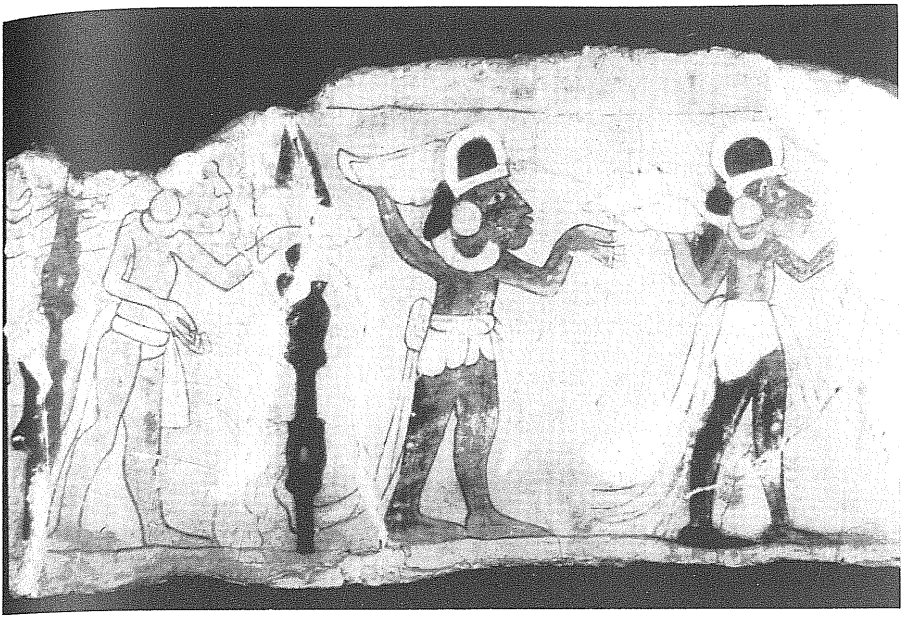


Lámina XXIII. *Fragmento de pintura mural de Las Higueras, Veracruz. Área Golfo, periodo Clásico (foto: Carlos Blanco /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*

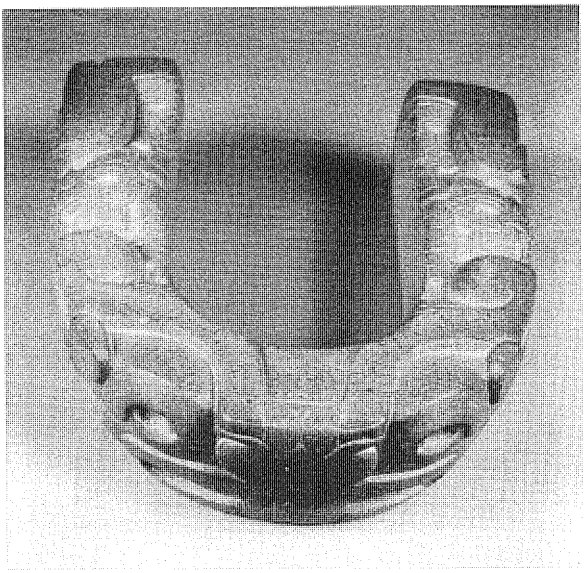


Lámina XXIV. *Escultura de piedra del tipo "yugo", Área Golfo, periodo Clásico (foto: André Cabrioler /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*



Lámina XXV. *Gobernante maya representado en una estela, Copán, Honduras. Área Sureste, periodo Clásico (foto: Leonardo López Luján)*

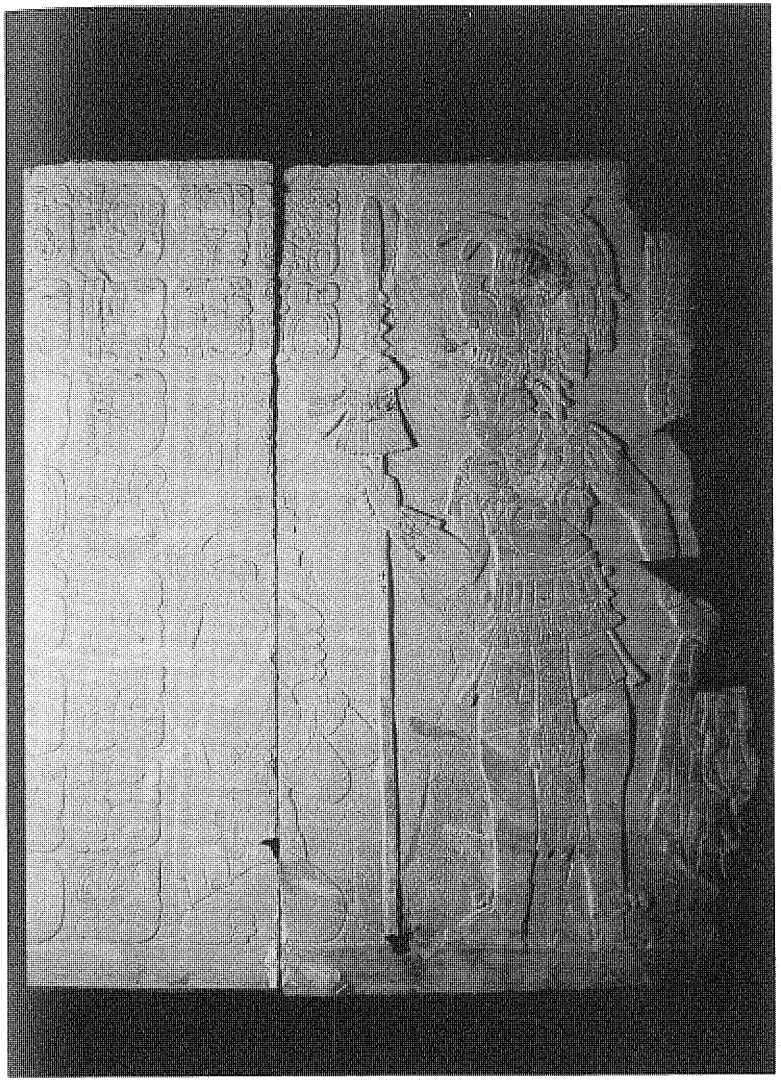


Lámina XXVI. *Tablero con el retrato de un gobernante de Palenque, Chiapas. Área Sureste, periodo Clásico (foto: Carlos Blanco /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*

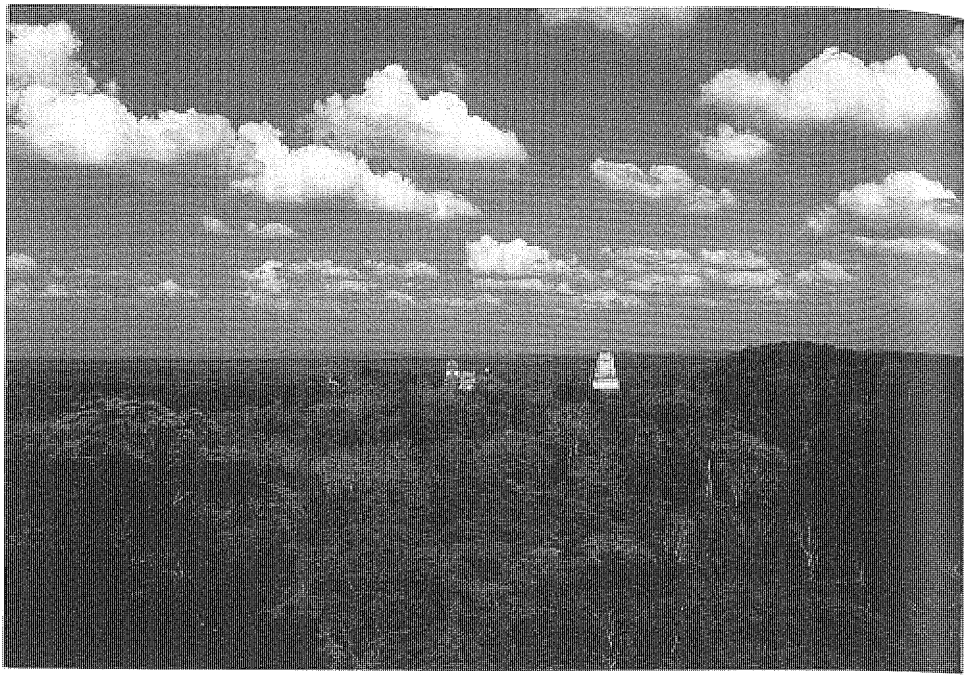
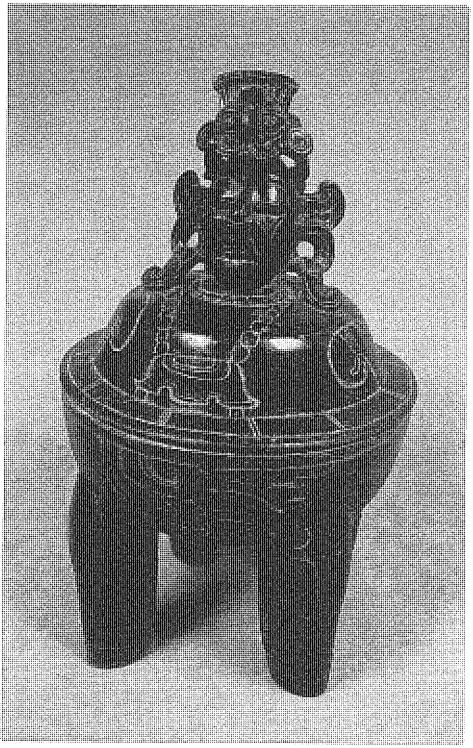


LÁMINA XXVII. *Vista aérea de Tikal, Guatemala. Área Sureste, periodo Clásico (cortesía de Leonardo López Luján)*



LÁMINA XXVIII. *Vaso cilíndrico maya encontrado en Teotihuacan, Estado de México. Área Sureste, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*

Lámina XXIX. *Vaso trípode de la Tumba 1 de Calakmul, Campeche. Área Sureste, periodo Clásico (cortesía de Salvador Guilliem)*



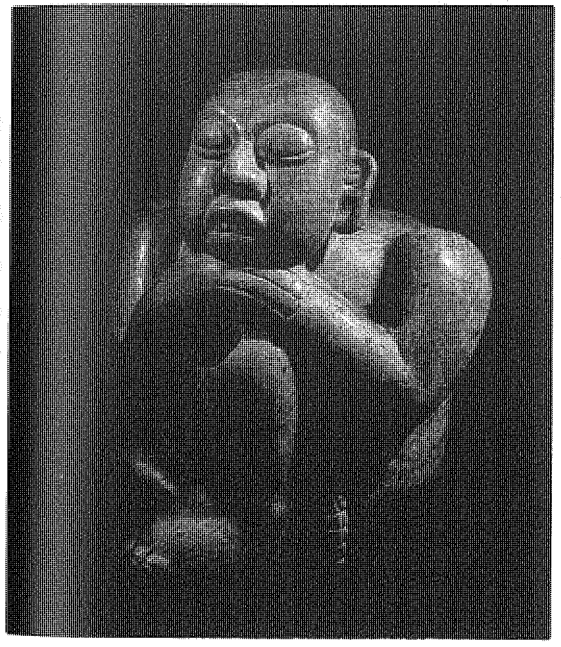
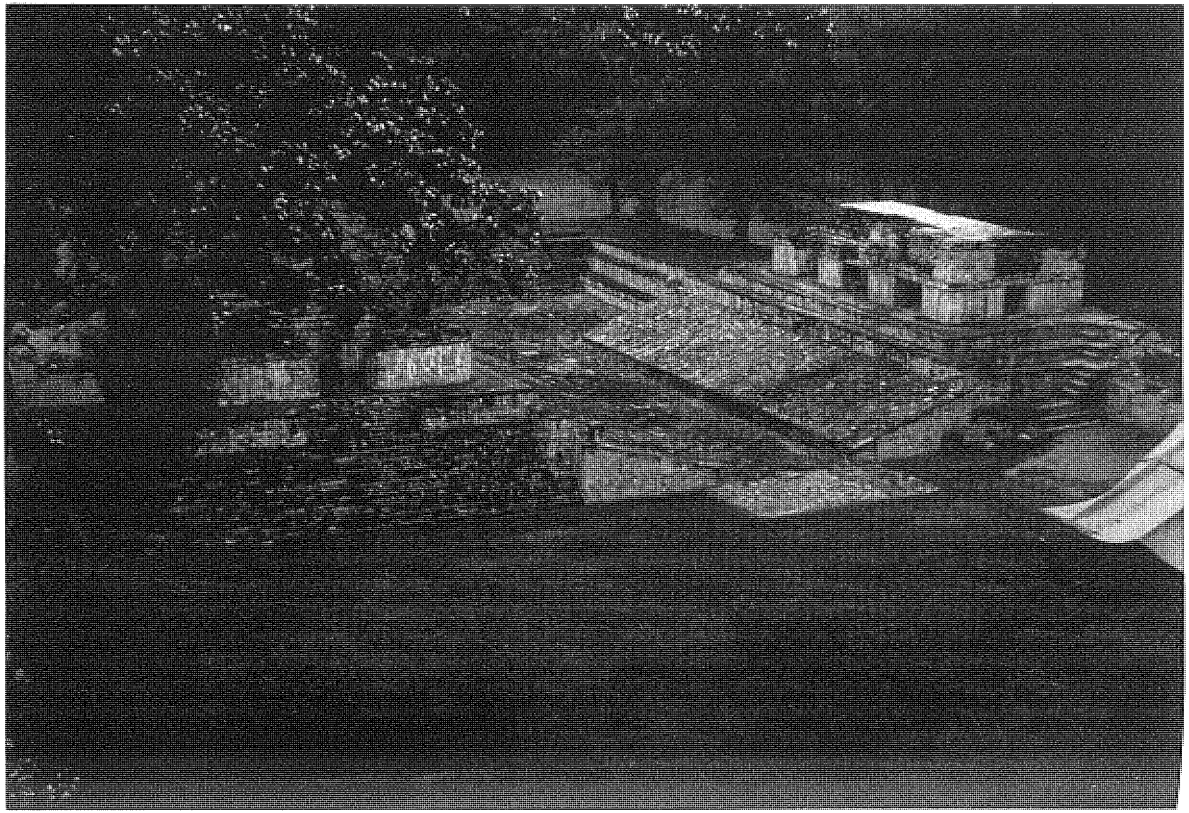


Lámina XXX. *Vaso con tapadera antropomorfa, Guajilar, Chiapas. Área Sureste (cortesía de Salvador Guilliem)*

Lámina XXXI.
Juego de pelota de Copán, Honduras. Área Sureste, periodo Clásico (cortesía de Leonardo López Luján)



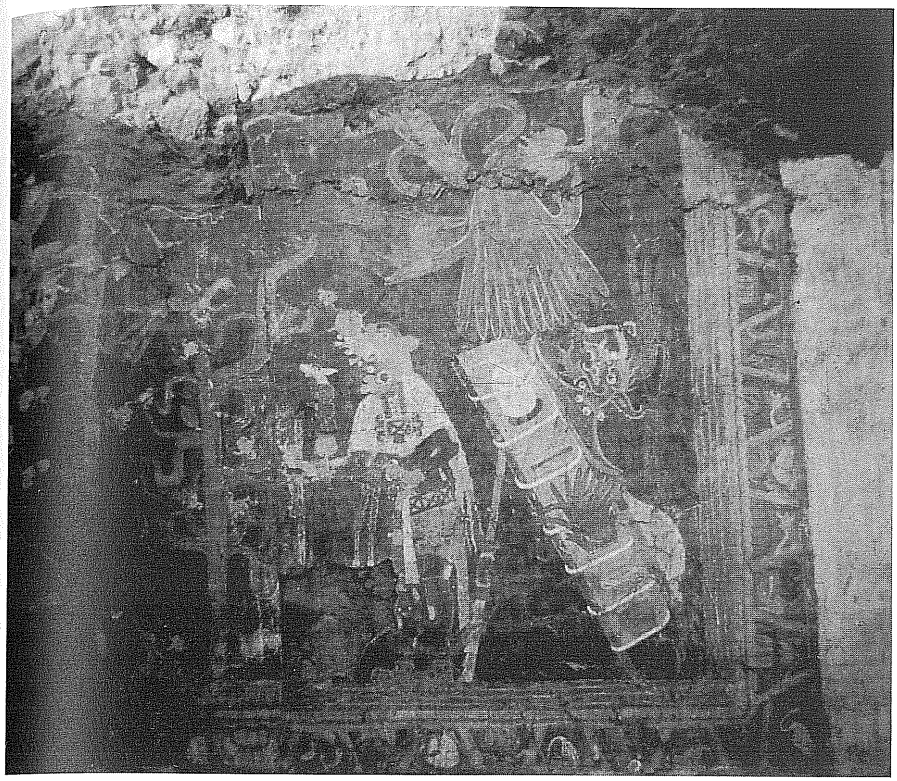


Lámina XXXII. *Mural del Templo Rojo de Cacaxtla, Tlaxcala. Área Centro, periodo Epiclásico (foto: Ignacio Guevara /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*

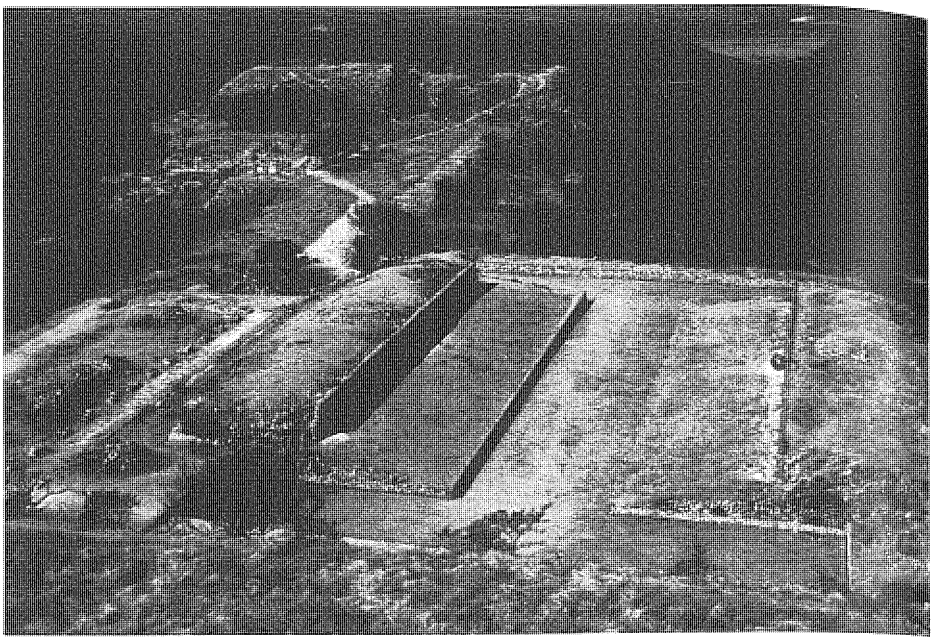


LÁMINA XXXIII. *Juego de pelota principal de Xochicalco, Morelos. Área Centro, periodo Epiclásico (cortesía de Leonardo López Luján)*



LÁMINA XXXIV. *Relieve de felino mitológico, Teotenango, Estado de México. Área Centro, periodo Epiclásico (cortesía de Salvador Guilliem)*

incremento desmedido de la población que hizo imposible la perpetuación del sistema con una tecnología simple, ya la disminución sensible de la tasa de nacimientos de varones que llevó a la sociedad a su propia aniquilación.

También dentro de este grupo se incluyen los defensores de que las causas resultaron de fenómenos naturales, que hoy día sabemos fueron muy localizados y esporádicos, o bien inexistentes. Aludimos aquí a todos aquellos que explicaron el colapso como efecto de huracanes, temblores, degradación climática, epidemias o plagas de insectos. Finalmente, citaremos las hipótesis, mucho más sugerentes, que insistían en causas internas de naturaleza sociopolítica, como las guerras constantes entre ciudades-estado y las revueltas campesinas contra gobernantes despóticos. En esta última se hace especial hincapié en el descontento de las clases bajas ocasionado por las cada vez mayores exigencias de la elite maya.

Un segundo grupo reúne las propuestas que resaltaban la enorme importancia que tuvieron en la historia maya las relaciones con el resto de Mesoamérica. Lo anterior explica por qué algunos autores daban el peso decisivo a causas económicas y sociopolíticas externas. Entre las ideas más socorridas se encuentran las de invasiones de grupos mayas putunes o de grupos provenientes del Centro de México.

Pese a que varias de las hipótesis mencionadas están basadas en datos de peso, en la actualidad existe la tendencia a desecharlas por su simplicidad. En su lugar, han sido elaborados verdaderos modelos explicativos cuya complejidad responde mejor al nuevo *corpus* de información sobre los mayas. En efecto, la descomposición generalizada de las sociedades del Clásico ya no puede ser vista como el desenlace de una sola causa. A pesar de que aún se desconoce el verdadero detonador, las últimas hipótesis insisten en la combinación de múltiples factores.

Gordon R. Willey y Dimitri B. Shimkin nos ofrecen uno de los mejores ejemplos de estos modelos complejos. Esquematizando sus ideas, podemos señalar que el clímax de las culturas del Clásico habría conducido a un inusitado crecimiento de la población y a la multiplicación de centros competidores. Como producto de este doble fenómeno se originaron duras presiones tanto de carácter interno como externo. Entre las primeras destaca la desmedida explotación agrícola de la selva con el objeto de responder a una demanda siempre en aumento. Al mismo tiempo se ampliaron las ya de por sí grandes diferencias que

separaban a nobles y plebeyos. Mientras que la elite se reproducía y se volvía cada vez más poderosa, el campesinado se enfrentaba cotidianamente a enormes demandas tributarias, siendo presa de la malnutrición y las enfermedades contagiosas. Todos estos factores se reflejaron en el descenso de la producción agrícola y en la competencia entre centros para controlar el mayor número posible de recursos. Entre las presiones externas sobresale el influjo desestabilizador de grupos comerciantes de las planicies costeras de Tabasco. Así, a falta de una respuesta tecnológica, se habrían debilitado irremisiblemente los fundamentos económicos y demográficos de un sistema que implicaba a cerca de cinco millones de personas. El proceso concluyó con el colapso de dicho sistema, la declinación de la población y la involución a formas de integración política menos complejas.

De acuerdo con los últimos avances de la arqueología maya, reseñados por Marcus, el colapso ya no debe concebirse como un fenómeno monolítico. Dependiendo de la región, puede reconstruirse uno de tres escenarios posibles. En primer lugar, los datos obtenidos en la región de Lamanai, Nohmul y La Milpa indican que el colapso no se generalizó a todos los asentamientos de dicha región, pues aunque algunos centros de importancia fueron abandonados, otros continuaron con vida. En cambio, las investigaciones en el Valle de Copán nos hablan de un colapso generalizado, aunque sumamente gradual: una larga degradación entre 800 y 1250. Por último, las exploraciones en la región de Petexbatún denotan un clima de violencia extrema que tuvo como secuela la caída súbita y generalizada de los centros de poder de la región.

Una visión general del Epiclásico

Tras el colapso del Clásico se gesta un periodo relativamente breve que ha sido denominado Epiclásico, aunque también ha recibido los nombres de Clásico Tardío, Clásico Terminal, Protoposclásico y Fase Uno del Segundo Periodo Intermedio. El Epiclásico está enmarcado por las fechas extremas de 650/800 y 900/1000 dC. Los principales signos de este tiempo fueron la movilidad social, la reorganización de los asentamientos, el cambio de las esferas de interacción cultural, la inestabilidad política y la revisión de las doctrinas religiosas. En consonancia con muchos autores, creemos que en este periodo se fincan las bases del mundo posclásico.

En el Epiclásico se encadenan de una manera aún no comprendida el Altiplano Central, la costa del Golfo, la Península de Yucatán y, probablemente, los territorios que hoy día ocupan Chiapas y Guatemala. Mesoamérica se convierte entonces en un enorme crisol donde entran en contacto y se fusionan pueblos étnica y culturalmente distintos. Los agricultores, liberados de los yugos centralizadores, vuelven la espalda a sus lugares de origen para asentarse no muy lejos en tierras más benignas. Por su parte, los artesanos especializados en la producción de bienes de prestigio tienden a recorrer distancias mucho mayores en busca de elites que puedan auspiciar sus actividades. A estos movimientos se suman los de comerciantes, guerreros, sacerdotes y gobernantes pertenecientes a grupos étnicos cuyo papel en la historia mesoamericana sería decisivo. Los nonoalcas, los olmeca-xicalancas y los itzaes son sólo algunos de ellos. También mencionaremos los continuos embates migratorios de sociedades nómadas y seminómadas septentrionales, grupos belicosos que forjarían nuevas formas de vida con los antiguos pobladores de Mesoamérica.

Como consecuencia de la virtual desaparición de las viejas ligas de dominio, surgieron pujantes centros de poder sin que ninguno de ellos lograra una hegemonía vagamente parecida a la que habían alcanzado Teotihuacan, Monte Albán o Tikal. A partir del siglo VII, Mesoamérica sufre un proceso de atomización política. En el caso del Centro de México, si bien es cierto que la llamada Ciudad de los Dioses conservaría la supremacía en la Cuenca hasta 900 dC, del otro lado de las montañas surgen y decaen sucesivamente sociedades muy vitales y de carácter expansionista. En el Epiclásico viven sus mejores años sitios como Cacaxtla, Xochicalco, El Tajín, Zaachila, Jalieza, Lambityeco, Uxmal, Kabah y Sayil. Se trata de centros regionales que establecen un panorama marcado por la competencia y el bajo nivel de integración. En medio de un clima incierto, estas capitales buscarían vanamente la preeminencia política. La relativa perdurabilidad de cada una de ellas dependía de su éxito en la disputa por los recursos escasos, la producción especializada, las rutas comerciales, así como de su capacidad de desarrollar controles de tipo estatal.

En este contexto se incrementa de manera inusual el aparato militar. Esto no significa que durante el Clásico no hubieran existido constantes conflictos bélicos; pero durante el Epiclásico la inestabilidad política logra que lo militar permee todos los ámbitos de la vida social. Por ello, buena parte de las ciudades fueron establecidas en lugares selec-

cionados por su posición estratégica y construidas con base en una estricta planificación defensiva. Murallas, fosos, palizadas, bastiones y fortalezas eran elementos indispensables para la subsistencia de cualquier núcleo urbano de la época. Al mismo tiempo proliferan en el Centro de México, como nunca antes, las representaciones iconográficas que hacen alusión a la guerra. De hecho, la importancia de los nuevos estados puede comprobarse en la riqueza de sus monumentos públicos, repletos de símbolos de sacrificio y muerte, de imágenes de batallas, así como de figuras humanas con emblemas y atributos de poder.

Éste es también el periodo de proliferación de los asentamientos pluriétnicos y de diversificación extrema de las alianzas por matrimonio, así como de las confederaciones en que se unen dos o más unidades políticas. La riqueza de contactos culturales se expresa en el arte público a través de estilos eclécticos que nos hablan de relaciones reales o ficticias con ánimos propagandísticos. En la arquitectura se difunden las salas hipóstilas que posibilitan la construcción de amplios espacios interiores, además del uso del *tzonpantli*.

El área Sureste merece aquí una mención especial. Como pudimos percatarnos, el proceso de disgregación política de las capitales mayas de la zona central se inicia unos 60 años después de la caída de Teotihuacan y termina en los albores del siglo x. Este desfase temporal respecto del Centro de México ha hecho que la mayor parte de los mayistas eviten el uso del término Epiclásico para referirse a dicho periodo, y que en su lugar utilicen el de Clásico Tardío o Clásico Terminal.

Resulta interesante que la región del Río de la Pasión renazca durante escasos cien años, precisamente en el siglo ix. Este efímero florecimiento está directamente asociado con la llegada de grupos supuestamente putunes. Su cerámica, encontrada en Altar de Sacrificios y Seibal, es de pastas finas y parece no haber duda de que fue producida en las tierras bajas tabasqueñas. Después de su irrupción, los invasores fueron retratados con los atavíos e insignias mayas del poder, como si hubieran usurpado el sitial de los gobernantes autóctonos; pero lucen también divisas extrañas y símbolos de dioses antes no adorados en la región. Por ejemplo, uno de los personajes porta una máscara con un largo pico de ave, semejante a la del Dios del Viento, advocación de Quetzalcóatl. Puede suponerse que la intrusión de los extranjeros fue posible debido a que la decadencia se encontraba en marcha.

Según Willey, en ese mismo siglo debió de haber tenido lugar un éxodo masivo hacia el norte. Este investigador opina que grupos no

mayas habrían guiado a la población local hacia las entonces florecientes capitales de la Península de Yucatán. Una propuesta más radical es la de Sabloff, quien afirma que la civilización clásica nunca se colapsó, sino que simplemente se desplazó hacia el norte. En esta forma, la decadencia definitiva de la zona central coincidiría con el florecimiento de la zona norte. Esto explicaría, asegura, las similitudes en instrumental, técnicas agrícolas, arquitectura, planeación urbana y creencias religiosas entre ambas zonas. Para él, las regiones Río Bec, Chenes, Costa Oriental y Puuc fueron prolongaciones y herederas culturales del Petén. Las sociedades del Puuc se desarrollaron entre 800 y 1000, descollando entonces Uxmal, Kabah, Sayil y Labná. Y en Chichén Itzá, alrededor de 900, cohabitan de manera interesante los estilos Puuc y tolteca. Gracias a numerosos fechamientos radiocarbónicos, hoy día nadie parece cuestionar el traslape de ambos estilos y de las fases cerámicas Cehpech y Sotuta. Así, ha quedado atrás la vieja idea de que una fase sucedía a la otra y de que los grupos arquitectónicos sur y norte de Chichén nunca fueron contemporáneos. Como veremos más adelante, Chichén Itzá es un crisol más de esta época de cambios en el cual se funden varias tradiciones culturales.

El Centro en el Epiclásico

La historia del Centro de México es especialmente interesante durante el Epiclásico (entre 650/800 y 900/1000 dC). Ello se debe a que, tras el debilitamiento de Teotihuacan, los valles aledaños a la Cuenca de México se convirtieron en campo fértil para el explosivo surgimiento de centros beligerantes. Nos referimos en particular a las ciudades de Cacaxtla, Xochicalco y Teotenango, situadas respectivamente en los valles de Puebla-Tlaxcala, Morelos y Toluca. Al igual que otras capitales epiclásicas, estas tres se caracterizaron por un rápido proceso de gestación, por haber sido construidas sobre prominencias que dominan amplias extensiones, por contar con complejos sistemas de defensa militar y por albergar grupos humanos de diversas etnias, quizá confederados en una sola unidad política.

Otra nota distintiva de Cacaxtla, Xochicalco y Teotenango es un arte que podemos calificar de ecléctico. En contraste con su sistema de escritura, cuyas raíces se hunden en la incipiente tradición teotihuacana, la iconografía y los estilos artísticos de estos tres centros son el resul-

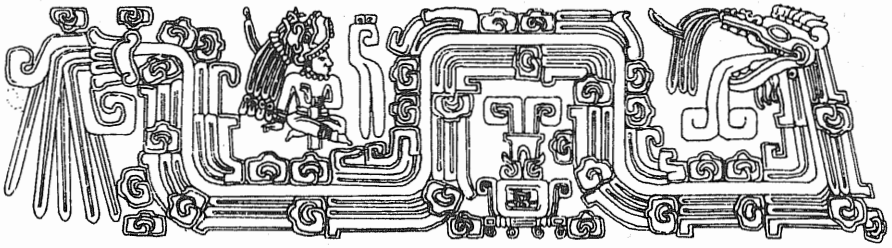
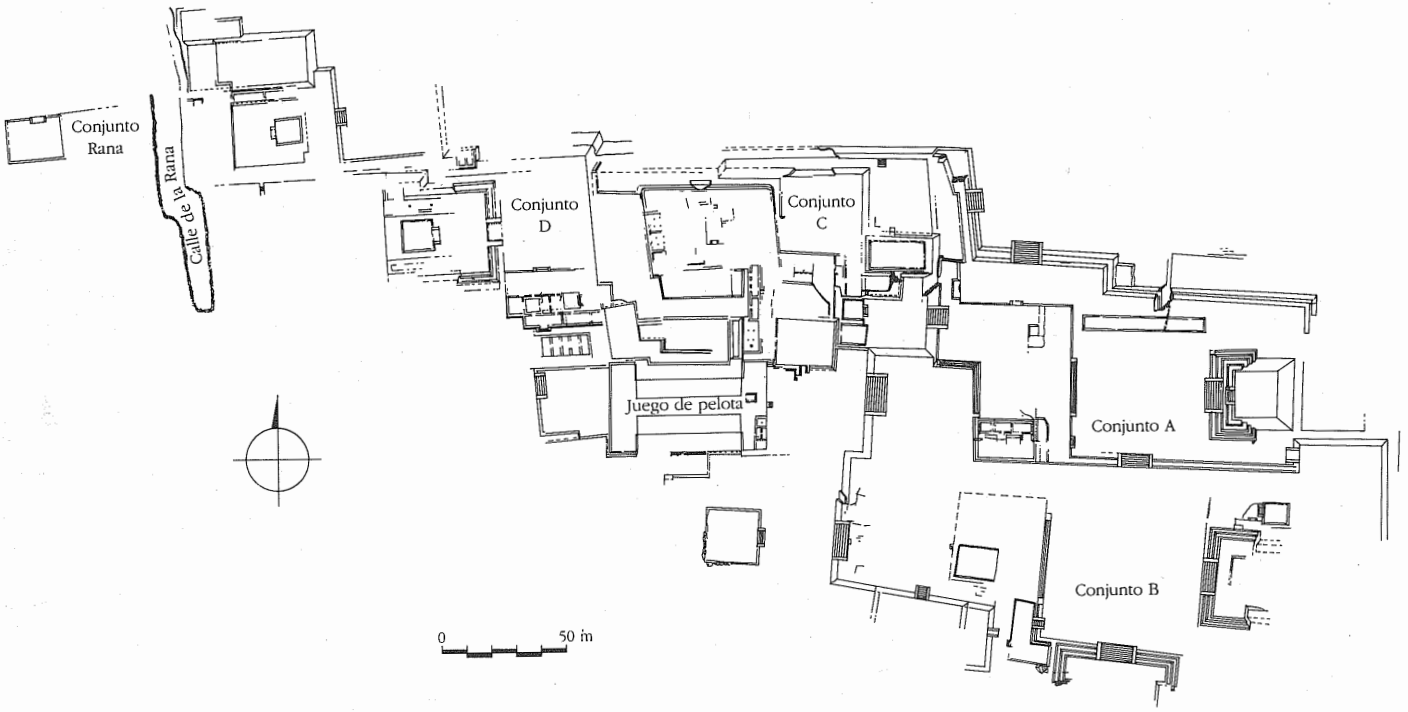


FIGURA IV.1. *Relieve del Templo de las Serpientes Emplumadas, Xochicalco, Morelos. Área Centro, periodo Epiclásico*

tado de impresionantes amalgamas culturales. Obviamente, el eclecticismo del Epiclásico puede ser interpretado de muchas maneras: como resultado de migraciones masivas, de alianzas matrimoniales, de la presencia de intelectuales extranjeros, de la confederación política de varias etnias, de conquistas, de relaciones comerciales intensas o del interés de los gobernantes por transmitir una imagen de cosmopolitismo. Sin embargo, pese a que muchos elementos de este arte tienen un origen reconocible en lejanas regiones, sabemos que los habitantes del Centro de México los adaptaron, los combinaron y los incluyeron en nuevos contextos simbólicos.

En otro orden de ideas, debemos destacar que esta nueva era de contactos en múltiples direcciones sólo fue posible gracias a la debacle del sistema monofocal teotihuacano. Pero también tenemos que insistir en que es la influencia omnipresente de esta civilización la que desaparece y no la ciudad misma. De hecho, Teotihuacan siguió siendo la urbe más importante de la Cuenca e, incluso, del Centro de México entre 750 y 950 (fases Xometla y Oxtotícpac). Si son correctas las estimaciones tanto de William T. Sanders como de Richard A. Diehl, el asentamiento pudo haber tenido en aquellos tiempos una superficie de 13 km^2 y alrededor de 30 000 individuos. Quizá únicamente Tikal tenía un número mayor de habitantes.

Pero, más que el peso relativo de Teotihuacan durante el Epiclásico, lo que se debate en la actualidad es si los habitantes de aquel entonces eran descendientes de los teotihuacanos de la fase Metepec, si estos últimos recibieron aportes de grupos presumiblemente norteños o si fueron totalmente remplazados por las sociedades productoras de la famosa cerámica Coyotlatelco. A este respecto conviene recordar que



MAPA IV.1. *Plano de la zona arqueológica de Teotenango, Estado de México. Área Centro, periodo Epiclásico (basado en Piña Chan)*

dicha cerámica tiene un origen polémico y que sirve para fechar la ocupación epiclásica tanto en el Valle de Teotihuacan como en otras muchas regiones del Centro de México. Pertenece a una añeja tradición alfarera en la cual se acostumbraba aplicar una decoración roja sobre fondos de color bayo. En el caso específico de la cerámica Coyotlatelco, predominan los motivos de cruces, grecas y puntos. La mayoría de los entendidos tiende a ubicar su cuna hacia el norte, en algún lugar de los actuales estados de Querétero, Guanajuato, San Luis Potosí o Zacatecas; sólo unos cuantos se inclinan por la Cuenca de México y, en especial, por Teotihuacan. Sin embargo, parece difícil defender esta última tesis, pues existen diametrales diferencias entre la cerámica Coyotlatelco y la de la fase Metepec.

Entre tanto, al noroeste de Teotihuacan, Tula daba los pasos previos a su inmensa fama. Robert H. Cobean y Alba Guadalupe Mastache opinan que durante la fase Prado (700-900) se establecieron en el área grupos coyotlatelcas norteños que tuvieron Magoni como centro principal. Gracias a nuevos procesos de inmigración, el área se tornó un verdadero crisol étnico y cultural durante la fase Corral (800-900). Tula Chico, el mayor asentamiento de esta fase, se extendía entre 3 y 5 km^2.

En el extremo opuesto, más allá de la Sierra Nevada, se encontraba Cacaxtla, núcleo rector de la vida del Valle poblano-tlaxcalteca durante el Epiclásico. Fue levantada sobre un macizo serrano delimitado por los ríos Zahuapan y Atoyac, desde donde dominaba tierras fértiles y bien irrigadas. Es muy factible que Cacaxtla haya sido fundada alrededor del año 600 por los olmeca-xicalancas, grupo nahuatizado de filiación popoloca-mixteca y oriundo de las costas tabasqueñas. De acuerdo con ciertas hipótesis, los olmeca-xicalancas señorearon este Valle hasta 900, fecha en que fueron vencidos por los chichimeca-poyauhtecas o por los tolteca-chichimecas, y expulsados hacia el sur y hacia la Sierra de Zacatlán. Según otras interpretaciones, los olmeca-xicalancas habrían permanecido en Cacaxtla entre 500 y 900, y en Cholula entre 800 y 1100, fecha esta última en que fueron desterrados definitivamente del Valle.

La configuración urbana de Cacaxtla se adapta a las irreguralidades topográficas, acusando una forma rectangular de 1700 × 800 m. En la época prehispánica la ciudad era prácticamente inexpugnable, pues contaba con un impresionante sistema de defensa compuesto por una muralla, numerosos taludes y nueve fosos. La puerta principal se encontraba al oeste y estaba resguardada por una garita. En las partes más

bajas del sitio se encontraban las principales zonas de cultivo. A continuación, en un emplazamiento más elevado, están las terrazas habitacionales y la explanada de La Mesita. Por último, en la parte superior, que alcanza 120 m sobre el nivel del valle, se localizan las edificaciones palaciegas y los templos de mayor envergadura: la Plaza de las Tres Pirámides, Los Cerritos y el Gran Basamento. Para llegar a este último conjunto arquitectónico, debían ascenderse 10 plataformas escalonadas.

El Gran Basamento era el centro neurálgico de Cacaxtla. Se trata de una enorme plataforma piramidal de 200 × 110 × 25 m que sustentaba las áreas residenciales y de culto más importantes. Destacan allí el Palacio —integrado por un patio porticado y varios aposentos—, el Patio de los Altares y la Plaza Norte. Sin embargo, la actual fama de Cacaxtla deriva del descubrimiento que hiciera Diana López de Molina de impresionantes pinturas murales a partir de 1976. Lo realmente sorprendente es que estos murales conjugan armónicamente la usanza maya de plasmar la figura humana de manera naturalista y la tradición glífica surgida en Teotihuacan y cristalizada en el Centro de México durante el Epiclásico.

En primera instancia nos referiremos al Mural de la Batalla, pintado sobre dos taludes del Edificio B alrededor del año 650. La escena de este fresco, de casi 26 m de longitud, es de carácter narrativo y se refiere a un cruel enfrentamiento armado entre dos grupos étnicos claramente diferenciados. El contingente vencedor es de tez café grisácea, nariz roma y carece de deformación craneana; viste pieles de jaguar y porta escudos redondos, cuchillos de obsidiana, lanzadardos y lanzas. Los vencidos han sido interpretados como mayas a partir de su piel rojiza, el perfil de sus rostros y la deformación de sus cabezas. Con excepción de sus dos jefes, todos yacen en el piso, heridos, terriblemente mutilados o muertos. A diferencia de sus contrincantes, están desnudos y sólo ostentan plumas, pectorales, orejeras y otras joyas de jade. Sus líderes permanecen dignamente de pie, desarmados, y lucen ricos atuendos en forma de ave.

Cien años más tarde fueron pintados los murales del Edificio A. Marta Foncerrada de Molina interpretó la temática de este conjunto como la sublimación de la guerra, compromiso esencial que el hombre tiene con los dioses y que le asegura la abundancia de la tierra, un rango heroico y la autoridad sobrenatural. En los muros principales de este edificio destacan dos escenas pintadas sobre fondos rojos que nos recuerdan, tal como lo señala Michel Graulich, el obsesivo modelo dual

de la religión mesoamericana. En el muro sur se observa la imagen de un personaje claramente maya, vestido con un traje y un yelmo de ave, el cual se yergue sobre una serpiente emplumada. Sujeta con sus brazos un gran cetro ceremonial rematado por una cabeza de serpiente que saca una lengua en forma de cuchillo de pedernal. De manera significativa, este hombre-ave está acompañado del glifo 13 Pluma, relacionado con los 13 cielos superiores y con el mundo de lo masculino, lo diáfano y lo seco. En el muro norte se encuentra la representación de un hombre ataviado con un traje y un yelmo de jaguar; está de pie sobre una serpiente con piel de jaguar. Dicho personaje sostiene un atado de dardos que derrama gotas de agua de uno de sus extremos. De manera complementaria, el hombre-jaguar está asociado a un glifo 9 Ojo de Reptil, vinculado con lo terrestre, lo femenino, lo oscuro y lo húmedo. Las jambas del Edificio A son igualmente interesantes. En ellas están plasmados sobre fondo azul dos personajes que también podrían tener valores complementarios: un hombre-jaguar que vierte agua de una olla Tláloc y un hombre de etnia maya con un caracol del que sale un hombrecito pelirrojo, quizá el Sol.

Estas pinturas, junto con las descubiertas más recientemente en el Templo Rojo y en otros edificios del Gran Basamento, se erigen en piedras angulares para todas las interpretaciones del origen de los olmeca-xicalancas. No es claro si sus autores fueron artistas mayas independientes contratados por los gobernantes del sitio. También pudiera pensarse en que los creadores fueron los mismos olmeca-xicalancas, pueblo inmerso a la vez en las tradiciones maya y altiplánica. Lo cierto es que su estilo ecléctico nos remite nuevamente a una época de intensa relación intercultural. Nos habla también de ciudades-estado que incluían en su seno poblaciones de diversas etnias.

A pocos kilómetros al sur de Cacaxtla se encuentra Cholula. A partir de un análisis basado en una serie limitada de pozos estratigráficos, Florencia Müller sugiere de manera poco contundente que el núcleo de este asentamiento estuvo deshabitado entre 800 y 900 dC. Sin embargo, parece haber suficientes datos para suponer lo contrario, como lo hacen Sanders, Diehl y McCafferty. La misma Müller señala la producción de cerámicas locales durante las fases Cholula IV (700-800) y Cholulteca I (800-900). Además, nota que a la primera de estas fases pertenecen tiestos que denotan relaciones con Teotihuacan, la Mixteca, el Golfo de México y el área maya, y que a la segunda se suma cerámica similar a la de Xochicalco. A estos datos pueden agregarse tres

conjuntos escultóricos que se encuentran en la Plaza G, ubicada en el extremo sur de la Gran Pirámide o Tlachihualtépetl. Nos referimos a los altares 1, 2 y 3, lápidas ciclópeas que fueron talladas con relieves de volutas en estilo tajinesco maduro, el cual suele fecharse después de 700 dC.

En lo que toca a Xochicalco, la capital epiclásica del Valle de Morelos podemos decir que tuvo una vida tan corta como intensa. En efecto, entre 650 y 900 dC (fase G), las aldeas que habían ocupado siete colinas próximas al río Tembembe cedieron su lugar a esta urbe cosmopolita. Desde la perspectiva de Kenneth C. Hirth y Ann Cyphers Guillén, Xochicalco es probablemente el fruto de una confederación formada por las elites de los asentamientos del oeste de Morelos, a su vez nacida de la intención de consolidar el control político regional tras la caída de Teotihuacan. La creación de una confederación de esta naturaleza explicaría el crecimiento tan acelerado y "no natural" de la población en un valle de escaso potencial agrícola. Asimismo, el concurso de todas las etnias que se habían unificado justificaría el breve lapso en que fueron edificadas las enormes construcciones públicas y de elite de la urbe. Sin embargo, al crecimiento explosivo de Xochicalco seguiría la destrucción violenta del núcleo urbano y el éxodo de sus habitantes. Este hecho decisivo queda patente en las huellas de incendio que presentan los principales edificios del sitio y en la súbita contracción del asentamiento después de 900 dC: de 4 km^2 se reduce a menos de 12 hectáreas.

En la época de esplendor, la mayor concentración arquitectónica se registra en el Cerro Xochicalco, prominencia que se eleva 130 m sobre el fondo del Valle y que mide 1200 × 800 m. Es entonces cuando se emprende la remodelación arquitectónica del cerro, nivelándose porciones considerables de la cima. Allí son erigidos los monumentos más insignes, entre los que destacan el Templo de las Serpientes Emplumadas, el Juego de Pelota Principal, la Acrópolis y las estructuras A, C, D y E. En las porciones media y baja se construyen amplias terrazas residenciales, pequeños grupos de plataformas domésticas y obras defensivas, tales como bastiones, taludes, trincheras, fosos, muros y murallas. La ciudad también tenía una compleja red de rampas y vías públicas que articulaban los segmentos urbanos, y de caminos que la comunicaban con otros sitios del Valle.

El Cerro Xochicalco era el corazón de la ciudad. Estaba compuesto de tres grandes lóbulos, ubicados al norte, al sur y al oeste. De mane-

ra semejante a lo que sucede en El Tajín, el asentamiento en el Cerro Xochicalco está dividido en dos grandes porciones: un conjunto de plazas bajas de carácter público y una acrópolis de acceso restringido. En efecto, en los lóbulos sur y poniente del Cerro se hallan las plazas y los monumentos relacionados con el intercambio comercial, las asambleas masivas, el juego de pelota, el culto público y las grandes fiestas populares. Por el contrario, el lóbulo norte conforma un nivel más elevado, exclusivo de la elite. Allí se encuentran las residencias de los más altos dignatarios estatales, dos pequeños juegos de pelota sin graderías y las principales estructuras de culto privado, entre las que destaca el Templo de las Serpientes Emplumadas.

Éste es el edificio más bello, célebre y estudiado de Xochicalco. Sus fachadas fueron formadas con enormes losas esculpidas en relieve, ensambladas a hueso y terminadas con una fina capa de estuco y pintura. En cada una de las cuatro caras del talud se extienden los cuerpos ondulantes de dos serpientes emplumadas, con penacho, lengua bífida y decoración de caracoles cortados sobre el cuerpo. En los espacios que dejan libres las ondulaciones fueron talladas fechas 9 Ojo de Reptil, imágenes antropomorfas en posición sedente a la manera maya, la representación del señor 2 Movimiento y lo que podrían ser correcciones calendáricas. Más arriba, en los tableros, hay una secuencia de personajes de perfil y en posición sedente. Todos tienen enfrente una mandíbula descarnada que parece morder un círculo con una cruz incisa en su interior. Sobre ambos elementos recurrentes descansan glifos que varían de un cuadrete a otro y que podrían ser los nombres de los gobernantes de la dinastía xochicalca o los topónimos de pueblos tributarios.

Finalmente nos referiremos a Teotenango, ciudad emplazada en el extremo suroeste del Valle de Toluca. La cronología de este sitio es problemática, debido a que no está basada en fechamientos radiocarbónicos, como la de Cacaxtla y la de Xochicalco. De acuerdo con Piña Chan, las fases 2 Tierra (750-900) y 3 Viento (900-1162) se caracterizan por la presencia de cerámica Coyotlatelco, aunque la alfarería de la segunda de ellas se distingue por una decoración con "influencias de la cerámica Mazapa". A partir de lo anterior, este autor supone que la fase 3 Viento, la del máximo esplendor, es posterior a 900 dC. En nuestra opinión, la configuración urbana, el estilo arquitectónico y las proporciones del juego de pelota, así como la iconografía y el sistema de escritura de sus monumentos, son muy similares a los que se

observan en Cacaxtla y Xochicalco, lo cual nos señalaría su contemporaneidad.

Teotenango fue construido sobre el cerro Tetépetl, larga mesa que asciende de 70 a 250 m de altura y que está próxima a manantiales y tupidos bosques de coníferas. El asentamiento tenía un claro cariz defensivo pues, además de estar protegido por los flancos abruptos del cerro, contaba con taludes, fosos, albarradas y una muralla. Al parecer, la calle de la Rana era uno de los accesos principales que unía las aldeas del fondo del Valle con la parte superior. La ocupación de la fase 3 Viento abarcaba 1.65 km^2 y se concentraba en la porción oriental del cerro. El Sistema Norte es el conjunto arquitectónico de mayores dimensiones y consta de varias plataformas artificiales sobre las que se construyeron amplias plazas hundidas, templos piramidales, un juego de pelota y las residencias de la elite. Entre los monumentos escultóricos más importantes del sitio destacan la Estela de Teotenango, la Lápida de Sección Triangular y un afloramiento natural que muestra un jaguar sedente en actitud de devorar un corazón.

El Golfo en el Epiclásico

Las feraces tierras tropicales del área del Golfo fueron durante siglos el hábitat propicio para el desarrollo de sociedades que se destacaron en la agricultura, en la artesanía, en el arte y en el comercio. Los productos de dichas sociedades, tales como la vainilla, el algodón, la cerámica fina, las telas multicolores, las plumas de aves exóticas y las pieles de animales fieros fueron muy apreciados por sus vecinos del Sureste, de Oaxaca y del Centro de México. Tal parece que Matacapan controló buena parte de los flujos comerciales durante el Clásico. Sin embargo, al caer Teotihuacan, el poder de Matacapan se eclipsó y fue sustituida por El Tajín, capital que, gracias a su desarrollo mercantil, alcanzó un esplendor que aún maravilla.

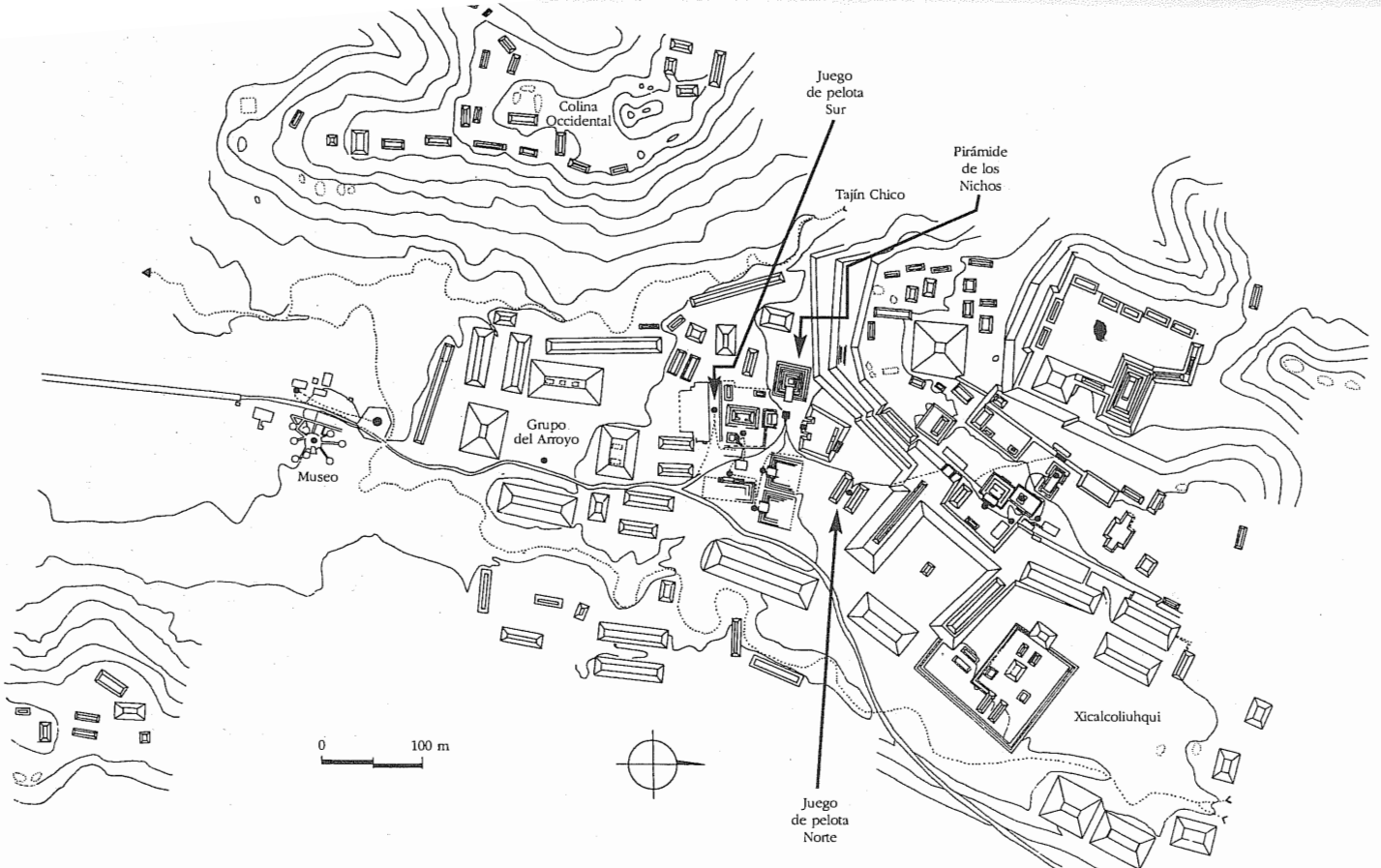
La ciudad de El Tajín, cuyas ruinas permanecieron ocultas en la selva durante siglos, todavía mantiene firmes muchos de sus grandes secretos. Las intensas exploraciones realizadas en ella durante los últimos años han proporcionado un volumen nada despreciable de material arqueológico cuyo procesamiento está aportando información valiosa para responder a las incógnitas que aún envuelven la historia de esta magna ciudad. Como puede suponerse, la investigación pasa por un

estadio creativo en el cual no sólo se cuestionan muchas ideas sostenidas anteriormente, sino que en él se confrontan múltiples propuestas. Entre ellas destacan las relativas a la cronología del sitio, pues, al parecer, su esplendor y decadencia resultan más tardíos de lo que se había estimado. Jürgen Kurt Brüggemann, responsable del último proyecto de excavación, es quien recorre las fechas a épocas más tardías, al considerar que el florecimiento de El Tajín se dio entre los siglos VIII y XII, y que, después de un siglo de decadencia, la ciudad fue abandonada. Otros autores proponen el florecimiento entre 900 y 1100, tras el cual El Tajín habría sido destruido intencionalmente. S. Jeffrey K. Wilkerson atribuye la ruina de la ciudad a una intrusión de grupos extranjeros de distintas etnias; muchos de los sitios de la región se habrían abandonado, refugiándose la población en lugares fortificados de las montañas.

Otro de los puntos debatidos es el que se refiere al lugar que ocuparon los totonacos en la historia de la ciudad. Por ejemplo, Wilkerson considera que la destrucción y abandono de El Tajín fue anterior a la llegada de los totonacos. Lorenzo Ochoa, por el contrario, supone que el cambio estilístico que se advierte en la última época de la urbe pudo haber sido obra de dicho pueblo, situando su presencia en la región desde el siglo VIII o IX. De acuerdo con esta idea, los totonacos, tras integrarse a una civilización pluriétnica, habrían adoptado los elementos arquitectónicos tajinescos para reproducirlos más tarde en sitios como Yohualinchan, en las estribaciones de la Sierra Norte de Puebla.

De cualquier manera, el auge de la ciudad corresponde a la época en que concluyó el control comercial teotihuacano en el área del Golfo. Es probable que en ese entonces El Tajín tomara el control del sistema de distribución de obsidiana, como lo sugiere la arquitectura de Zaragoza y Oyameles, ricos yacimientos de este mineral en Veracruz Central. En efecto, El Tajín, estrechamente ligado a Teotihuacan durante el Clásico, fue su sucesor veracruzano cuando la vieja capital perdió su poderío. Las escenas escultóricas del Epiclásico muestran a El Tajín como una potencia militarista. En ellas 13 Conejo, gobernante representado en diversos relieves, aparece victorioso sobre enemigos vencidos que reciben un trato cruel.

Durante su esplendor la ciudad se extendía sobre 196 hectáreas y tenía quizá entre 15 000 y 20 000 habitantes, distribuidos en cinco barrios. El patrón urbano tuvo que adaptarse a condiciones difíciles, sobre todo debidas al relieve accidentado y a las fuertes precipitaciones



MAPA IV.2. *Plano de la zona arqueológica de El Tajín, Veracruz. Área Golfo, periodo Epiclásico (basado en S. J. K. Wilkerson)*

pluviales de la zona. Con complejos sistemas de drenaje, canales subterráneos y tanques de almacenamiento, los arquitectos de El Tajín dieron respuesta a las lluvias torrenciales.

La ciudad contaba con un núcleo central, bajo y plano; una gran colina al norte; dos elevaciones menores al este y al oeste, y una amplia periferia. El núcleo está integrado en su mitad sur por edificios organizados en torno al llamado Grupo del Arroyo, que incluye la plaza de mayores proporciones de la ciudad. Se cree que allí se congregaba el grueso de la población para celebrar sus fiestas o realizar sus actividades comerciales. La otra mitad del núcleo era el principal escenario religioso y lúdico de la ciudad. En su corazón se levanta el monumento más bello: la Pirámide de los Nichos. Alrededor de ésta se suceden múltiples templos, plazas y una cantidad excepcional de edificios destinados al juego de pelota. Hasta ahora han sido encontrados diecisiete.

Tres de los juegos de pelota de El Tajín poseen bajorrelieves esculpidos sobre las paredes de la cancha. Se trata de tableros cuyas composiciones nos proporcionan valiosos datos sobre las concepciones religiosas de la época. En términos generales, describen las ceremonias asociadas al juego. Seres humanos y divinidades —entre ellas Quetzalcóatl y los dioses de la lluvia y la muerte— intervienen en ritos de occisión y autosacrificio por perforación del pene. En la parte superior de algunos tableros, el desdoblamiento de un personaje celeste parece referirse a la conocida dualidad divina mesoamericana.

Igualmente, en el núcleo central se encuentra una de las estructuras más originales de Mesoamérica. Nos referimos a un gigantesco muro en forma de greca que recibe el nombre de Xicalcoliuhqui.

Desde el extremo norte del núcleo se ascendía a los distintos niveles artificiales de la colina septentrional, hoy día conocida como El Tajín Chico. Era ésta una elevación que había sido regularizada por medio de terrazas para erigir sobre ellas plazas, lujosos edificios, en buena parte palaciegos, y fastuosas construcciones destinadas al culto. Los muros de contención de las terrazas —provistos de grandes grecas decorativas y de escalinatas de acceso— dieron a la urbe un aspecto majestuoso, pues aparentaban ser los taludes de gigantescos edificios. El Tajín Chico era un área restringida, tal vez limitada a la elite. El más alto de los niveles fue, a juzgar por la suntuosidad de sus palacios, la sede del linaje gobernante. Destaca el Edificio de las Columnas, rico en relieves en que aparecen, entre otras, escenas de la vida de 13 Conejo. Final-

mente, mencionaremos los edificios que fueron levantados en las colinas del este y del oeste, lugares relativamente separados del resto de la ciudad.

La arquitectura de El Tajín es de las más interesantes de Mesoamérica, no sólo por la peculiaridad y proporciones de sus elementos sino por sus sistemas constructivos. El sitio estaba pintado de colores brillantes: el rojo dominaba, y sólo unos cuantos edificios eran azules. Vale la pena citar el uso de techos planos de mortero de grava, arena y cal obtenida de conchas marinas calcinadas. Con mortero y madera se elaboraron losas masivas, sumamente pesadas, que sustentaban un piso superior. Algunos autores afirman que también fue utilizada en El Tajín la llamada bóveda maya; pero hoy se duda sobre su autenticidad, pues hay la sospecha de que su existencia se deba a tempranos errores arqueológicos de reconstrucción.

Los elementos arquitectónicos más sobresalientes son sin duda los nichos, los frisos y las altas y agudas cornisas saledizas. Los nichos son de formas muy variadas y tienen funciones tanto estructurales como decorativas. Están compuestos por lajas que fueron ajustadas en forma precisa, casi sin mezcla, con el fin de que se sostuvieran por su propio peso. El caso más sobresaliente es la famosa Pirámide de los Nichos, que repite este elemento 365 veces —distribuido en las cuatro caras de sus siete cuerpos— con clara alusión al año común. También son propias de El Tajín las escalinatas flanqueadas por amplias alfardas rematadas en nicho y cornisa. Las alfardas de la Pirámide de los Nichos tienen, además, una decoración de franjas de grecas escalonadas *(xicalcoliuhqui)* hechas con prismas de piedra ensamblados. Por otra parte, las columnas alcanzan en la urbe grandes dimensiones, y están formadas por tambores esculpidos con escenas de la vida ritual y cortesana.

Otro motivo que aparece por doquier en esta ciudad, seguramente con un profundo significado religioso, es la voluta entrelazada, cuyas raíces se hunden en el arte de las sociedades clásicas de Veracruz Central. Sin embargo, este motivo se difunde durante el Epiclásico, época en la que llega desde El Tajín a las capitales del Centro de México.

V. EL POSCLÁSICO MESOAMERICANO

Una visión general del Posclásico

La distinción entre el clásico y el posclásico era sumamente precisa hace apenas un par de décadas. Al concebirse el primero como una época de paz y clímax cultural, y el segundo como de inestabilidad política y guerra, los hombres del Posclásico contrastaban con los del Clásico como las polillas destructoras de colmenas contrastan con las abejas. En este escenario idealizado, los gobernantes de las sociedades clásicas aparecían como sacerdotes entregados a las especulaciones filosóficas, al registro del tiempo y a la observación de los astros; en contrapartida, los líderes posclásicos eran concebidos como valientes guerreros obnubilados por la obligación de entregar a los dioses la sangre de sus enemigos de guerra. Esta visión, creada fundamentalmente por los mayistas, empezó a desvanecerse hace unos cuantos años en beneficio de concepciones que conducen a una imagen más humana de los pueblos del Clásico. Así, el desciframiento de los textos jeroglíficos, la arqueología, los estudios iconográficos y los análisis de la antropología física siguen aportando pruebas sobre el carácter belicoso de las ciudades-estado del Clásico, las prácticas sacrificatorias de sus habitantes y las ambiciones expansionistas de sus gobernantes.

Las diferencias entre ambos periodos, aunque se siguen reconociendo, son ahora menos nítidas, sobre todo si se toma en cuenta que la principal característica del Posclásico fue el militarismo. Por si esto fuera poco, la exacerbación del aparato bélico y otros elementos definitorios del Posclásico, como la gran movilidad demográfica, la inestabilidad política, la difusión de elementos culturales y los procesos de expansión hegemónica, tienen sus primeras —aunque modestas— manifestaciones en el periodo transicional llamado Epiclásico. Hay entre el Clásico y el Posclásico, sin embargo, una diferencia notable en cuanto a la posiblidad de información. Para el estudio del Posclásico no sólo se cuenta con la arqueología y la antropología física, sino con los documentos en español, en lenguas indígenas y, en menor escala, en latín. Esto hace que conozcamos el Posclásico —al menos en su últi-

ma fase— con una precisión muy superior a la que podemos lograr al aproximarnos a periodos anteriores.

Dijimos que el colapso de las grandes capitales del Clásico produjo desequilibrios en las relaciones políticas, fragmentación de las redes comerciales y vacíos de poder. Como se ha visto en capítulos anteriores, nuevos centros se encargaron de restructurar y controlar, al menos regionalmente, las rutas de comercio; pero la fuerte competencia entre ellos desembocó en el incremento del ejercicio de las armas y, con él, en una mayor inestabilidad política. El clima de incertidumbre pudo haber sido uno de los factores originales de la movilización de grandes contingentes humanos, desplazados unos por la guerra, impulsados otros por la búsqueda de territorios más propicios a sus intereses, y otros más guiados por lo que parecen haber sido francas aventuras de conquista. Un factor que debió de tener mucho peso en esta cadena de movilizaciones fue la afluencia de sociedades septentrionales. Armillas suponía que las condiciones ambientales se volvieron completamente negativas para los agricultores del área Norte, generando migraciones multitudinarias hacia regiones más benignas. El problema llegó a ser tan grave, que hacia el año 1000 el septentrión mesoamericano había sido abandonado por los sedentarios, y dejado a los recolectores-cazadores. No es descabellado afirmar que esta retracción de la frontera tuvo enormes repercusiones en las áreas vecinas receptoras, que, sin centros políticos sólidos y sin fuerza para resistir el flujo de las masas de emigrantes norteños, sufrían los efectos de la enorme presión demográfica.

Los irruptores eran en buena parte agricultores en desgracia; pero en la corriente humana venían también grupos de recolectores-cazadores. Todos ellos recibieron el nombre genérico de chichimecas, término que, en propiedad, sólo debía aplicarse a los bárbaros. Al llegar a tierras más benignas del Centro de México, los nómadas y los sedentarios septentrionales asimilaron formas de vida más complejas, al mismo tiempo que infundieron una nueva tónica militarista a las sociedades receptoras. Según relatan los documentos históricos, pronto se incorporaron a la vida política de las distintas regiones y, en algunos casos —en un proceso ascendente inusitado— llegaron a tomar el poder. Buena parte de su éxito se debió a su capacidad militar. Los símbolos chichimecas por excelencia fueron el arco y la flecha, armas manejadas con destreza por los recién llegados.

En los procesos de restructuración política, y sobre todo en los que

intervenían los pueblos norteños, los centros de poder ya no sólo ambicionaban un dominio económico a través del control comercial; buscaban también un sometimiento político que generara flujos tributarios constantes hacia las nuevas capitales. En dicho escenario no se hicieron esperar las agresiones, las rivalidades y las luchas de resistencia. Este clima dio nacimiento a ideologías militaristas que proclamaban un nuevo orden regional, supraétnico, y que justificaban el uso de la fuerza cuando los pueblos más débiles no estaban convencidos de las bondades que ofrecía el ingreso en la esfera de dominio de los poderosos.

Tanto las representaciones visuales como los documentos del siglo XVI se refieren a órdenes de guerreros profesionales, muchas veces ataviados como animales fieros (águilas, jaguares, coyotes), que se agrupaban en torno a cultos religiosos propios. Los cuerpos militares se desplazaban a territorios extranjeros en calidad de mercenarios o guardias de *corps*. La carrera castrense otorgaba prestigio y era el camino más idóneo para el ascenso social. A esta ideología militarista estaba unido con frecuencia el culto al dios Serpiente Emplumada, cuyo fuego divino creían portar los gobernantes de los nuevos regímenes; así encontramos a soberanos que llevaban el nombre de Quetzalcóatl en el Centro de México, Kukulcán en el norte de la Península de Yucatán y K'ucumatz en los altos de Guatemala. Más adelante veremos cómo los mitos del dios Quetzalcóatl y la figura de su capital celestial, Tollan, generaban la explicación y la justificación del nuevo orden político. Otros mitos cumplían funciones semejantes, entre ellos el del Quinto Sol, que daba un sentido sagrado a las campañas de conquista, impulsando a los guerreros a capturar enemigos que debían ser conducidos a la piedra del sacrificio. A este propósito debemos aclarar que, aunque la occisión ritual era una práctica antiquísima en Mesoamérica, fue en el Posclásico cuando se vio exageradamente incrementada por pueblos que fundaban en ella sus pretensiones expansionistas.

Se ha visto anteriormente que en el Epiclásico proliferaron los sitios erigidos en las alturas y defendidos por fosos y murallas. Durante el Posclásico esta necesidad de protección fue aún más acentuada: así como Mexico-Tenochtitlan y Mexico-Tlatelolco lograron la ventaja estratégica por su insularidad, Tulum lo alcanzó por sus acantilados y K'umarcaaj e Iximché por sus barrancos, laderas empinadas, murallas y parapetos.

Las expresiones artísticas y culturales también cambiaron sensiblemente del Clásico al Posclásico. La escultura, especialmente la religio-

sa, perdió su exuberancia para volverse hierática, marcial y severa. En algunas regiones, entre ellas la Cuenca de México, el arte figurativo se hizo menos delicado, y la arquitectura se empobreció radicalmente. La simple comparación entre Teotihuacan y Tula nos ofrece uno de los casos más notables de tal transformación. Debe excluirse de este juicio global al territorio maya, pues, al declinar las capitales de la zona central, hubo un florecimiento en la zona norte, expresado en el técnicamente excepcional estilo arquitectónico del Puuc. Sin embargo, tampoco debemos olvidar que el área Sureste, que alcanzara la cúspide mesoamericana en escritura y calendario durante el Clásico, simplificó en el Posclásico ambos sistemas, al grado de que el último dejó de usar la cuenta larga.

Por otra parte, el mensaje transmitido en las artes visuales fue claramente bélico. Proliferaron entonces las representaciones de sacrificios humanos. Se labraron en los muros de los templos las figuras de fieras —mamíferos o aves carnívoras— que devoraban corazones. Fueron copiadas en las fachadas de los edificios religiosos las rengleras de cabezas-trofeo conocidas con el nombre náhuatl de *tzonpantli*. Como parte de los edificios destinados al culto —con funciones de columnas, telamones, aras o portaestandartes— se añadieron esculturas de militares armados; además, sus figuras en relieve, estucadas y pintadas, se encuentran en escenas de personajes que desfilan a lo largo de frisos y banquetas. Todo concordaba con una época de efervescencia que exaltaba el valor de la fuerza. Y todo tendía a justificar la expansión de las nuevas potencias.

El Posclásico abarca del año 900/1000 dC al momento de la conquista española. Tradicionalmente se divide en dos periodos, el Posclásico Temprano, de 900/1000 a 1200, y el Posclásico Tardío, de 1200 a 1521. El hito intermedio está fundado en acontecimientos políticos muy significativos, pues en el Altiplano Central Tula cae hacia 1150, y en la Península de Yucatán Chichén Itzá es vencida hacia 1250.

El Centro de México se erige como el prototipo del Posclásico mesoamericano, y esto se debe a varias razones. Una de ellas consiste en que, cuando la frontera septentrional se recorrió hacia el sur, numerosos pueblos norteños —agricultores y recolectores-cazadores— invadieron el área y provocaron cambios irreversibles en la cultura y la vida política de las sociedades autóctonas. Esto trajo como consecuencia, seguramente, el establecimiento de formas de organización pluriétnicas y muy beligerantes. Otra razón de peso es que los símbolos

más importantes de la ideología militarista del Posclásico procedían del Centro de México, y que desde allí fueron difundidos primero por los toltecas o por sus seguidores, y después por los mexicas. Cabe agregar que este pueblo ejerció un dominio nunca antes visto en Mesoamérica.

A la importancia histórica del Centro de México durante el Posclásico se suma la historiográfica. Es enorme el valor de las fuentes documentales que describen, con un detalle que no tiene parangón en el resto de Mesoamérica, los acontecimientos políticos, costumbres, tradiciones, literatura, creencias y, en resumen, los más diversos temas de la vida pública y privada de los mexicas y sus vecinos, sobre todo texcocanos y tlaxcaltecas. Esto se debió a que los mexicas y la lengua náhuatl formaron el puente de conocimiento con que Europa se aproximó a la realidad mesoamericana. Al ser el pueblo más poderoso en los albores del siglo XVI, fue el que sufrió el mayor golpe de la invasión, y sobre su capital se levantó el centro administrativo y político de la Nueva España. Desde allí y tomando a los mexicas como sus principales informantes del pasado indígena, los españoles registraron en letra latina la tradición de los vencidos.

El Posclásico del Centro de México puede dividirse en tres momentos, si se toman como base los acontecimientos políticos de la cuenca lacustre: *a)* el tolteca, que va de la ocupación de Tula Grande hasta su decadencia (900-1150); *b)* el chichimeca, que se inicia a fines del siglo XII con la llegada de la gente de Xólotl, y *c)* el mexica, que cuenta desde la formación de la última Triple Alianza, en la primera mitad del siglo XV, hasta 1521, año de la derrota de Tenochtitlan por los españoles.

En el Posclásico de Oaxaca destacan dos procesos fundamentales. El primero fue la movilización de población, que produjo a la vez conflictos bélicos y centros de poder ocupados de común acuerdo por dos o más grupos étnicos. Estos acontecimientos tuvieron como principal escenario el Valle de Oaxaca; aunque más tarde se generalizaron, volviendo más complejo el mosaico étnico y lingüístico del área. El segundo proceso tiene que ver directamente con el intento del señor mixteco 8 Venado Garra de Jaguar de constituir una gran unidad política pluriétnica. Este proyecto resultó fallido a la larga, pues, de manera contraria a lo planeado, condujo a una mayor fragmentación y antagonismo a los señoríos mixtecos. Si este fracaso se tomara como pauta para dividir el Posclásico, la separación entre Temprano y Tardío quedaría a mediados del siglo XI, debido a que los partidarios de la unifi-

cación fueron derrotados y el señor mixteco muerto en 1063. Es de subrayarse que durante el Posclásico los mixtecos dominaron el trabajo del oro, produciendo joyas admirables no sólo desde el punto de vista estético, sino técnico.

El Occidente adquirió gran presencia durante el Posclásico por haber sido el área puntera en la metalurgia. Sus secretos habrían llegado hacia el año 800, probablemente de Ecuador. En el área no sólo se produjeron bienes suntuarios de oro y plata, sino coas, hachas, escoplos y otros instrumentos metálicos de cobre, aplicaciones metalúrgicas que, de no haber sido interrumpido el curso de la historia por la Conquista, hubieran gestado una importante transformación tecnológica en Mesoamérica. Entre los objetos de mayor difusión comercial se cuentan los cascabeles de cobre, hechos con la técnica de la cera perdida; según puede verse por su difusión y abundancia arqueológica, llegaron a ser una de las mercancías de mayor atractivo tanto en el resto de Mesoamérica como en la distante Oasisamérica.

El Posclásico de Occidente puede dividirse en dos subperiodos de muy diferente duración. Durante el primero de ellos, el área mantiene su tradicional fragmentación política y cultural. En contraste con el resto de Mesoamérica, no se desarrolló entonces una arquitectura monumental. Sin embargo, fue un área próspera, pues en su parte septentrional se registró un aumento demográfico considerable, quizá debido a su posible función como corredor comercial que conducía a Oasisamérica. El segundo subperiodo, que comprende los siglos XV y XVI, corresponde a la formación y consolidación del poderío tarasco, proceso iniciado en la región lacustre de Michoacán con la incorporación pluriétnica, casi siempre forzada, de numerosos señoríos. En poco tiempo, los tarascos se convirtieron en los grandes rivales de los mexicas, a quienes igualaron en fuerza militar. La Conquista los sorprendió en un momento de vertiginoso ascenso.

Por su parte, el área del Golfo recibió durante el Posclásico a sociedades que procedían del Centro de México. Algunos llegaron expulsados por el arribo de los chichimecas; otros, por sus ambiciones de conquista. En el norte, la Huasteca pronto se enlazó con Tula para integrarse a las rutas de comercio dirigidas hacia la costa del Pacífico, y de allí hacia la frontera noroccidental. También se han supuesto relaciones entre la Huasteca y la cuenca del Mississippi. Al sur de la Huasteca tuvo lugar un hecho histórico que marca un hito en el Golfo. En el siglo XII declinó El Tajín y fue abandonado en el XIII, dejando un vacío

de poder en la región, pues la ciudad no fue sustituida por otra potencia. En la parte meridional del área la prosperidad agrícola, alcanzada en buena parte por la eficacia de los sistemas de riego en un territorio fértil, permitieron el surgimiento de centros prósperos, entre ellos la ciudad de Cempoala. Sin embargo, la misma riqueza de esta capital fue el atractivo que llevó a los mexicas a derrotarla y someterla a tributo.

Finalmente, el acontecer posclásico del Sureste tuvo coincidencias trascendentales en las tierras bajas y en las tierras altas. El motor globalizador de su historia fue la toma del poder por parte de poseedores de una ideología militarista que les sirvió de apoyo para aglutinar a los distintos pueblos de cada región. En la Península de Yucatán algunos de estos grupos están representados en la pintura, en la escultura y en las láminas metálicas repujadas, con armas y atavíos semejantes a los de los toltecas del Centro de México. Bajo el régimen implantado entonces, Chichén Itzá se situó al frente de los estados hegemónicos hasta mediados del siglo XIII, cuando fue derrotada por Mayapán, su antigua aliada. Mayapán la sustituyó hasta 1450, año de su propia caída. Vino después una era de fragmentación y de pugna entre los numerosos reinos, situación que encontraron y aprovecharon los conquistadores españoles para someter a los mayas yucatecos. En las tierras altas hubo durante el Posclásico un ascenso político y militar de quichés, cakchiqueles y rabinales, quienes, por medio de las armas, fueron acrecentando sus dominios hasta convertirse en los estados hegemónicos de la región. La alianza entre los tres pueblos poderosos tocó su fin al concluir el siglo XV, con la caída del rey quiché Q'uikab. Sobre la periodización del Sureste mesoamericano durante el Posclásico hay grandes desacuerdos entre los especialistas, problema al cual nos referimos en los capítulos correspondientes.

El Centro en el Posclásico. Los toltecas

Las fuentes escritas delinean el rostro del Posclásico mesoamericano. Por el registro de la palabra conocemos nombres de pueblos, fechas de migraciones y conquistas, perfiles de personajes célebres y listas de gobernantes. En pocas palabras, los documentos nos proporcionan una nueva clase de datos y potencian el valor de la información obtenida a partir del análisis de los restos arqueológicos.

En el Centro de México abundan las descripciones documentales

sobre una famosa ciudad del Posclásico Temprano: Tula. Encontramos en dichas fuentes la identificación de sus fundadores, la descripción de sus edificios, el relato de las proezas de sus héroes y la noticia de su declinación. A partir de Tula, todo pareciera aclararse en la historia mesoamericana. Y, sin embargo, la historia de Tula y los toltecas es un semillero de incógnitas. ¿A qué obedece esta paradoja? Para poder explicar el problema, iniciemos nuestro recorrido con el tradicional planteamiento de los datos arqueológicos.

La capital tolteca fue fundada muy cerca de lo que había sido el sitio de Chingú —en el estado de Hidalgo— desde donde los teotihuacanos explotaron por siglos las calizas de la región. Tula se encuentra en la amplia faja geográfica y cultural intermedia entre los lagos de la Cuenca de México y una vasta y árida región septentrional. Una parte considerable del norte y el este del área tolteca cae bajo la sombra pluvial de la Sierra Madre Oriental, compartiendo la semiaridez del Valle del Mezquital. Sin embargo, la sequedad es atenuada por las corrientes que, en la época de lluvias, fluyen por las barrancas de los cerros Magoni, El Cielito y La Malinche. Al pie de estas elevaciones se extienden los valles bañados por los ríos Tula y de las Rosas, ambos afluentes del Moctezuma. No debe impresionarnos el paisaje actual de la región, triste y deteriorado por la sobrexplotación del medio. En el Posclásico, Tula disfrutó de prósperos campos de cultivo, irrigados por un complejo sistema de canales.

Tras la desaparición de Chingú se inicia una época prototolteca, cuyos restos no pueden ser relacionados con los informes de las fuentes documentales. En una primera fase llamada Prado (700-800), se asientan en las lomas y los cerros de la región grupos que a juzgar por su cerámica provienen del noroeste. En efecto, la cerámica forma un complejo híbrido en el cual es importante el tipo Coyotlatelco —motivos geométricos de cruces, grecas y puntos rojos sobre un fondo bayo— posiblemente relacionado con las elites del área Norte de Mesoamérica, sobre todo del Bajío, Zacatecas y Jalisco. Uno de los sitios importantes de esta fase es Magoni. Después, en la fase Corral (800-900), hay una ocupación pluriétnica y masiva que se asienta en un territorio de 3 a 5 km^2. El centro del sitio estaba ocupado por un complejo de construcciones cívico-ceremoniales conocido como Tula Chico, cuya plaza circundada de palacios, pirámides y juegos de pelota sería imitada más tarde por la capital tolteca. Durante esta fase se sigue produciendo en la región la cerámica Coyotlatelco. Tras ella vendrá la fase Corral

Terminal (900-950), durante la cual se suma a la cerámica Coyotlatelco la llamanda Mazapa, con decoración de líneas paralelas ondulantes, también roja sobre fondo bayo. Es ésta una época de transición que indica un enlace de la población de Tula Chico con la de Tula Grande, centro de la época de esplendor.

Con fuertes raíces pluriétnicas se llega a la fase Tollan (950-1150), identificada plenamente con el apogeo y con el tiempo de los toltecas de las fuentes documentales. Tula Chico se abandona y el centro de la ciudad se desplaza 1.5 km al sureste, al núcleo conocido hoy como Tula Grande. Este sitio fue levantado en un promontorio que se encuentra sobre dos valles aluviales, próximo a la confluencia de los ríos Tula y de las Rosas. Existe una gran polémica sobre las dimensiones y el número de habitantes que tuvo Tula en su apogeo. Las cifras oscilan entre cinco y 16 km^2, y entre 18000 y 55000 habitantes. Lo que no puede dudarse es que Tula fue una importantísima ciudad en su época. El tipo diagnóstico de su cerámica es el Naranja Pulido Jará, conocido también como Naranja a Brochazos. También es muy significativa la presencia de dos vajillas de importación: la Plumbate tipo Tohil, procedente de Soconusco y Guatemala, y la Anaranjada Fina del sur de Veracruz.

Tras la fase Tollan se inicia un proceso de decadencia que desemboca en el abandono definitivo del centro urbano. El colapso corresponde al principio de la fase Fuego (1150-1350). Aún no se saben las causas del colapso. Hay indicios de destrucción, pues muchos de los edificios del centro ceremonial fueron quemados. Pese a la caída de la capital tolteca, el área sigue ocupada hasta los tiempos del asentamiento mexica (fase Palacio, 1350-1520).

En 950, al desplazarse el corazón de la ciudad de Tula Chico a Tula Grande, hubo un cambio sustancial en la orientación del asentamiento: de un alineamiento estricto norte-sur se pasó a una desviación de 15° al este. Posteriormente, en la época de esplendor (1000-1050), hubo un nuevo cambio, pues la orientación fue de 5° al oeste. El centro de la ciudad de la fase Tollan se construyó en el lugar más elevado del asentamiento, el cerro de El Tesoro. Como es común en Mesoamérica, la parte más importante del centro ceremonial es una amplia plaza rodeada de edificios, sobre todo religiosos. Al centro de la Plaza Principal hay un pequeño adoratorio. El extremo oriental de la plaza está cerrado por la inmensa mole de la Pirámide C, el edificio de mayores proporciones de la urbe. Lamentablemente su conservación es mínima, pues sus revestimientos fueron saqueados siglos más tarde por

los mexicas. Al norte se localizan la Pirámide B y el Palacio Quemado. La primera es una pirámide de 38 m por lado y 10 m de altura, excepcionalmente decorada por tableros esculpidos con relieves de seres fantásticos y de aves y mamíferos carniceros. Completaban la riqueza ornamental pilastras y columnas monumentales cuyo común denominador es la representación de guerreros armados con propulsores y dardos, todos con pectorales planos en forma de mariposa. A partir de la iconografía del templo, Acosta lo asoció a Tlahuizcalpantecuhtli, el "Señor de la Casa del Amanecer" o Estrella de la Mañana, una de las advocaciones de Quetzalcóatl. En la parte posterior de la pirámide se encuentra un muro conocido como Coatepantli, cuya superficie muestra grecas escalonadas y serpientes que transportan personajes humanos semidescarnados. Sus almenas en forma de caracoles cortados también se refieren a Quetzalcóatl. El edificio contiguo es el Palacio Quemado; pese a su nombre, no hay evidencias de que tuviese funciones residenciales. Se trata de un conjunto de tres grandes salas hipóstilas, varios cuartos menores y vestíbulos porticados. En las salas se encontraron largas banquetas adosadas a la pared y esculturas del dios reclinado con un ara sobre el vientre, imagen que ha recibido el arbitrario nombre de *chacmool*. Buena parte de las banquetas está cubierta por losas de piedra labradas y pintadas en las que se ve una procesión de figuras de guerreros y, en sus cornisas, un motivo de serpientes que han sido interpretadas como las representaciones de los dioses Mixcóatl y Quetzalcóatl. Atrás del Templo de Tlahuizcalpantecuhtli y del Palacio Quemado se levanta el Juego de Pelota 1, también dañado por la posible intervención de los mexicas. Es un edificio de 12 m de longitud, con cuatro escalinatas exteriores que daban acceso a la plataforma y otras cuatro, internas, que llevaban de ésta a la cancha. Hacia el poniente cierra la gran plaza otro juego de pelota, también de grandes dimensiones. En su extremo oriental se excavó la base de un *tzonpantli* (estructura de madera donde se exponían públicamente los cráneos de los sacrificados). La plaza se cierra al sur con el Edificio K, construcción muy semejante al Palacio Quemado que ha sido recientemente explorada por Robert H. Cobean.

No todos los grandes edificios templarios de la época del esplendor tolteca se levantaron en torno a la Plaza Principal. Uno de los más interesantes, perteneciente a un complejo próximo a la antigua ubicación de Tula Chico, es el llamado Templo de Ehécatl en El Corral. Su forma es mixta, combinación de una pirámide y un cono truncados.

La arquitectura monumental tolteca introduce nuevos elementos que, de acuerdo con Marie-Areti Hers, pudieran provenir del área Norte de Mesoamérica. Se revoluciona el manejo del espacio con la introducción de techumbres planas y ligeras, sostenidas por columnas y pilastras. El resultado son recintos de grandes dimensiones. Integradas en su mayor parte a la arquitectura del centro ceremonial, las esculturas hacen continua referencia a las escenas militares y de sacrificio humano: guerreros, haces de armas y animales que devoran corazones. Entre las figuras escultóricas que dan celebridad al arte tolteca se encuentran las grandes columnas en forma de guerreros, los pequeños atlantes que sostenían altares monolíticos y las del *chacmool.*

Del cerro de El Tesoro irradiaban calles y calzadas que ordenaban el espacio de la urbe. La compleja división social se refleja en la ubicación, el tamaño, la distribución y los materiales de construcción de las casas. Las más importantes se levantaban sobre un sistema de plataformas que se extendía de la plaza principal hasta el río. Seguían otras residencias de elite, de menores dimensiones, también próximas al área monumental. Éstas medían aproximadamente 30 × 30 m, tenían patios porticados y eran semejantes a los conjuntos habitacionales teotihuacanos. La mayor parte de la población habitaba en dos tipos diferentes de construcciones: unos son los denominados "conjuntos de apartamentos", semejantes a los anteriores, pero de menores dimensiones; los segundos son los "grupos de casas", el tipo más común de todos; se trata de conjuntos de tres o cuatro casas distribuidas en torno a un patio central. La intimidad del conjunto era protegida por un acceso estrecho en forma de *L.* Por él se llegaba al patio, área común destinada a las actividades productivas, como la molienda de granos, y a las ceremonias religiosas. Cada una de las casas se componía de varios cuartos.

Las unidades habitacionales se agrupaban en barrios que tenían como núcleo un templo para el culto de la colectividad. Es probable que la población de los barrios compartiera una misma actividad productiva aparte de las labores agrícolas. Así, al sureste de Tula Grande, sobre el cerro El Cielito, se ubicó el barrio de los trabajadores de la obsidiana. Además de los talleres de esta industria se encontraron grandes concentraciones de cerámica Mazapa, escasa en Tula y muy abundante en el Valle de Teotihuacan. Esto podría indicar el origen étnico de los pobladores de El Cielito. También por sus particularidades cerámicas se ha inferido la posible existencia de otros grupos étnicos:

huastecos, mixtecos y mayas. Por su parte las fuentes documentales hablan de la convivencia de dos grupos principales: los tolteca-chichimecas y los nonoalcas.

Como en los tiempos teotihuacanos, la Tula del Posclásico Temprano obtuvo buena parte de sus recursos económicos de la explotación de las minas de cal ubicadas al sureste del sitio. Los enormes volúmenes extraídos durante siglos sirvieron en la elaboración de las argamasas indispensables en la construcción y el decorado de los edificios públicos y domésticos. Además de la cal, los toltecas extrajeron de los cerros Magoni y La Malinche el basalto y la riolita necesarios tanto para la construcción como para la fabricación de instrumentos de molienda, raspadores, hachas y cuentas. Los raspadores son muy numerosos en las terrazas agrícolas, lo que indica una intensa producción de fibras vegetales y pulque, derivados del maguey Por otra parte, los talleres de navajillas prismáticas, cuchillos, puntas de proyectil y otros bifaciales, ornamentos y raspadores fueron posibles tanto por la existencia del pedernal local como por la importación de la obsidiana, de la que 80% provenía de las minas de Pachuca y 10% de las de Zinapécuaro. Otra industria mayor fue la cerámica, que, como en el resto de Mesoamérica, cubría las necesidades de almacenamiento, preparación y consumo de alimentos, de producción doméstica de textiles (malacates o husos) y las religiosas (braseros, incensarios y figurillas); además, los alfareros toltecas fabricaban tubos destinados al drenaje urbano. El barro, de muy buena calidad, provenía posiblemente de los bancales del río Tula. La única producción suntuaria documentada arqueológicamente es la de objetos de tecali, piedra traslúcida de color blanco, con la cual se fabricaron ornamentos y recipientes.

La Tula arqueológica —más ornamentada que bella— contrasta con la magnificencia de la Tula de las fuentes documentales. Éstas nos hablan de una ciudad maravillosa donde los frutos del campo eran gigantescos; los habitantes, grandes artífices, y el gobierno estaba en manos de un sacerdote sabio y virtuoso, Quetzalcóatl, que habitaba en aposentos de oro, plata, piedras preciosas, conchas marinas y plumas finas. El santo gobernante había quebrantado su ascetismo al embriagarse y yacer con una sacerdotisa. Arrepentido de su acción, ordenó el abandono de Tula y emigró hacia el oriente.

La falta de correspondencia entre las fuentes arqueológicas y las documentales ocasionó fuertes controversias entre los especialistas, quienes deseaban encontrar la Tollan maravillosa en la realidad histórica de

Tula. Para algunos sólo las ruinas de Teotihuacan eran merecedoras de las gloriosas descripciones de los documentos. La mayoría, en cambio, siguió a Jiménez Moreno, quien ofreció argumentos convincentes para identificar los vestigios de la Tula del estado de Hidalgo con la ciudad de las fuentes.

Ninguna de las dos perspectivas resuelve la paradoja planteada al principio de este capítulo. El origen de las confusiones parte de que el mito y la historia están imbricados, mezclándose de manera indisoluble una Tollan mítica y varias Tulas reales, réplicas terrenales del arquetipo divino. Otro tanto puede decirse de las imágenes paralelas del dios Quetzalcóatl y de los gobernantes de las Tulas reales, representantes del dios en el mundo de los hombres. La confusión deriva del uso político del mito y la historia. Los gobernantes más poderosos de épocas posteriores se decían descendientes de los toltecas y pertenecientes al linaje fundado por Quetzalcóatl. Al menos para los mexicas, la Tollan fuente del poder era la Tula hidalguense. Es probable que esta Tula se haya arrogado el papel de réplica terrena de la Tollan mítica para basar en él sus derechos de expansión militar. Más adelante volveremos a este problema.

El Centro en el Posclásico. Los chichimecas

Al igual que la historia tolteca, el desarrollo cultural de los llamados *chichimecas* es difícil de esbozar. A grandes rasgos sabemos que a partir del siglo XII se registraron nuevos desplazamientos multitudinarios de pueblos oriundos del sur de Aridamérica y del área Norte hacia el Centro de México. Esto cambió sensiblemente la vida de los habitantes del área. El problema es determinar cuáles fueron las causas de estas oleadas sucesivas, el grado de complejidad social de los emigrantes y la magnitud de su repercusión en cada una de las regiones en que se establecieron. Se trata, sin duda, de preguntas de difícil respuesta, dada la carencia de un acervo suficiente de datos procedentes de excavaciones y recorridos de superficie. Tampoco es empresa fácil delinear los fenómenos migratorios de esta época desde la perspectiva de los documentos históricos. En efecto, las pictografías y las fuentes escritas referentes al periodo comprendido entre la caída de Tula y el surgimiento de Tenochtitlan son frecuentemente contradictorias y contienen más elementos míticos de los que tradicionalmente se han supuesto.

En los escritos del siglo XVI existe otro obstáculo digno de ser tomado en cuenta. En ellos se hace un uso indiscriminado de nombres ambiguos para designar a varios de estos grupos septentrionales. Hay una verdadera maraña terminológica producida en buena medida por el desconocimiento y el desprecio de los españoles hacia los habitantes de la amplia faja fronteriza. En ciertos casos, un mismo grupo era conocido por múltiples nombres: el lingüístico, el étnico, el de su lugar de residencia, el de su dios tribal y el de su jefe, hecho que motiva toda clase de equívocos. También era común lo contrario. El caso extremo es el término peyorativo *chichimeca* empleado en su acepción de *bárbaro*. Se aplicaba a grupos con economías y formas de organización disímiles: desde las sociedades agrícolas y estratificadas de los cazcanes y tecuexes, hasta bandas igualitarias que vivían de la caza y la recolección, como los guachichiles y guamares, pasando por comunidades culturalmente híbridas, como los zacatecos. Además, entre estos grupos podía haber notables diferencias étnicas y lingüísticas. De lo anterior se deduce que el apelativo *chichimeca* no presupone igualdad tecnológica, económica, étnica o lingüística, sino únicamente un origen geográfico común: un vasto territorio que se extendía a ambos lados de la frontera entre Aridamérica y Mesoamérica, conocido en el siglo XVI como Chichimecapan, Teotlalpan, Mictlampa o Tlacochcalco.

Hemos visto que los primeros emigrantes chichimecas mencionados en las fuentes, al fusionarse con los nonoalcas, dieron origen a la ciudad de Tula. Siglos después se dieron nuevas oleadas de chichimecas. Una de las hipótesis que trata de explicar estos desplazamientos propone que a partir de los siglos XII y XIII existió un deterioro de las condiciones ambientales que permitían las prácticas agrícolas. La transformación climática habría obligado a los pueblos sedentarios de la frontera a replegarse, principalmente hacia el sur, en busca de regiones más húmedas. Así, los confines septentrionales de Mesoamérica habrían retrocedido unos 250 km. Tras la retirada de los aldeanos norteños, los nómadas no sólo se habrían extendido sobre las áreas desocupadas, sino que muchos de ellos habrían invadido —con los aldeanos emigrantes— el Centro de México. Otra hipótesis sugerente sostiene que los grandes cambios geopolíticos ocurridos en la Cuenca de México durante el siglo XII explican el abandono de los núcleos sedentarios del área Norte. La caída de Tula habría favorecido las incursiones de los pueblos agricultores y, en zaga, de los nómadas.

En contra de lo que señalan las fuentes, muchos investigadores

coinciden hoy en que la mayoría de los chichimecas que emigraron al Centro de México dependían para su sustento no sólo de la recolección y la caza, sino también del cultivo de la tierra. Poseían rasgos culturales típicamente mesoamericanos, como la construcción de pirámides y una organización social estratificada en la que el sacerdocio desempeñaba un papel esencial.

Entre todos los grupos chichimecas destacan los acaudillados por Xólotl. Estos hombres posiblemente hablaran el pame, el otomí o el mazahua. En las pictografías y fuentes escritas del siglo XVI se les describe como gente bárbara, belicosa y de costumbres nómadas. Se afirma que en su vida norteña se alimentaban principalmente de cactáceas y productos de la caza. Comúnmente son representados con vestidos de pieles, armados de arcos y flechas, y en ambientes áridos simbolizados por cuevas, mezquites, nopales y biznagas. Sin embargo, investigadores como Pedro Armillas, Pedro Carrasco y Brigitte Bohem se han negado a aceptar esta imagen de primitivismo. Sostienen que algunas conductas chichimecas, como la realización de censos, la demarcación de sus posesiones, la imposición de sus formas de gobierno y el poder de distribución de una numerosa población de reciente arribo en un vasto territorio, denotan una organización social mucho más compleja.

Según las fuentes documentales, los chichimecas de Xólotl llegaron a la Cuenca de México cuando Tula ya había sido abandonada. Hicieron su aparición por el norte, reconociendo un territorio rico en recursos, del cual se apropiarían más tarde sin mayor resistencia de la población autóctona. Datos arqueológicos demuestran que en aquella época se incrementó notablemente la población y se construyeron obras hidráulicas de gran tamaño. Estos chichimecas pasaron por las ruinas de Tula y siguieron por Actopan para asentarse temporalmente en un lugar al que llamaron Xóloc en honor de su caudillo. Posteriormente, Nopaltzin, hijo de Xólotl, se encargó de explorar el territorio donde más tarde se fundaría el Acolhuacan y continuó su recorrido hasta el Valle de Puebla. En efecto, primero atravesó Teotihuacan y las regiones de Chimalhuacan; siguió por Chalco y arribó a Cholula. Las fuentes afirman que estos hombres septentrionales se extendieron sobre un área vastísima. Dicen que Xólotl tomó posesión de un gran territorio que dividió en cuatro provincias cuyos puntos extremos eran el Nevado de Toluca, Izúcar, Atlixco, el Cofre de Perote, Huauchinango, Tulancinco, Metztitlan y Cuetzallan. La gran oleada del norte, sin

embargo, no se limitaba a la gente de Xólotl. Por ese entonces hicieron su entrada a la Cuenca otros chichimecas: los tepanecas, los otomazahuas y los acolhuas.

Entre tanto los tolteca-chichimecas salidos de la Tula en decadencia habían ido a asentarse en Cholula, con el permiso de sus moradores, los olmeca-xicalancas. Al poco tiempo de su establecimiento, los tolteca-chichimecas se apoderaron a traición de la ciudad. Para extender sus dominios hasta las faldas de los volcanes buscaron la alianza con otros grupos chichimecas. El resultado fue la expansión y dominio de los norteños sobre todo el valle. Se fundaron en él numerosos centros de poder que aparecen en las fuentes bajo la dirección de diversos *tetecuhtin* o señores. Sin embargo, estos señoríos nunca se consolidaron bajo un poder central, pese a que algunos de ellos alcanzaron una considerable fuerza política y militar.

Al otro lado de las montañas, los descendientes de Xólotl fundaron capitales sucesivas en Tenayuca, Coatlinchan y Texcoco. La estirpe gobernante consolidó su poder al mezclarse con los nobles de los antiguos habitantes de la Cuenca de México y al aceptar que se establecieran en la región pueblos de cultura superior. Es interesente notar que en las fuentes documentales se hace hincapié constante en una supuesta transformación de los chichimecas, debido tanto a los matrimonios mixtos entre los linajes nobles como a las enseñanzas de los civilizados. Se dice que en unas cuantas generaciones los chichimecas pasaron de un estadio bárbaro a uno de alta cultura, cuya cúspide se marcaría con los gobiernos sucesivos de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli. El cambio sería tan profundo que, se dice, el quinto de sus gobernantes ordenó que el idioma oficial fuese el náhuatl, obligando a su pueblo a abandonar el uso de la lengua propia.

El Centro en el Posclásico. Los mexicas

Cuando se hace referencia a Mesoamérica, la primera imagen que suele acudir a la mente es la de un pueblo guerrero: los mexicas. El hecho no es gratuito. En primer lugar, su poder abarcó un extenso territorio, y estaban en la cúspide a la llegada de los conquistadores europeos. En segundo, entre todos los mesoamericanos, el mexica es el pueblo del que existe el mayor volumen de documentos escritos en letra latina. Tras la victoria española sobre Mexico-Tenochtitlan, los europeos fun-

daron el centro del dominio colonial sobre las ruinas de la ciudad. Los conquistadores describieron las creencias, las costumbres y las instituciones de los vencidos tomando como principal modelo a los mexicas.

Todavía hoy impera tal perspectiva, en demérito de la comprensión de las particularidades culturales de otros pueblos del Posclásico. No podemos dejar de criticar esta visión simplificadora y hacemos la debida advertencia sobre el peligro de una exagerada generalización. Pero, por otra parte, tampoco desconocemos que el estudio de los ricos informes sobre los mexicas es imprescindible para entender a sus contemporáneos, y sostenemos que, ante la necesidad de describir con más detalle la vida cotidiana e institucional de un pueblo mesoamericano, no hay ejemplo más pertinente que el mexica. Debido a lo anterior, aquí ofrecemos al lector una muestra que, aunque panorámica, le permitirá captar con mayor profundidad los rasgos fundamentales de una de las sociedades descritas en este libro.

A grandes rasgos, los dos siglos de existencia de Mexico-Tenochtitlan pueden dividirse en cuatro periodos: el asentamiento de la población en una zona insular del lago de Texcoco y la vida subordinada al poder de los tepanecas (de 1325 hasta 1430); la estructuración del estado hegemónico tras la derrota de Azcapotzalco (hasta 1469); la expansión militar (hasta 1502) y la consolidación de los dominios (hasta la irrupción europea). Las fuentes documentales, sin embargo, se remontan dos siglos atrás de la fundación de Tenochtitlan con el tratamiento prolijo —aunque contradictorio y cargado de mitos— de una migración emprendida por los mexicas desde Aztlan hasta el que sería su asentamiento definitivo.

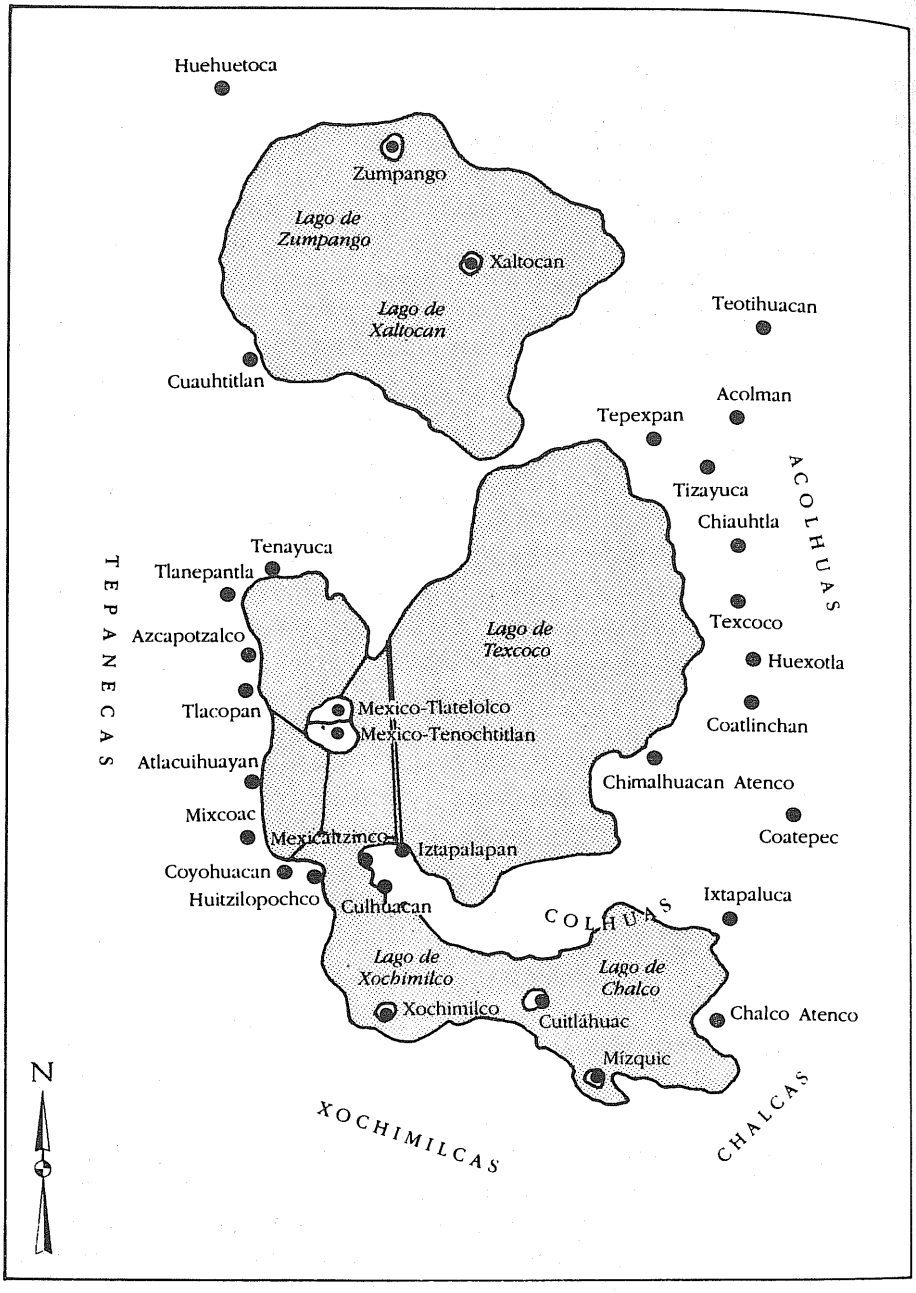
La referencia a la migración no es superflua. No lo era para los pueblos mesoamericanos, pues al registrar los sucesos de lo que consideraban sus años "primigenios" anclaban su historia en los mitos de origen. Tampoco lo es para los historiadores actuales, quienes encontramos en dichos relatos una buena descripción que hace un pueblo de su propia ideología. Los mexicas, al igual que los chichimecas y los tarascos, hablaban de un estadio pobre y errante del que se habían elevado para llegar a ser una sociedad poderosa. La polémica plantea hoy la disyuntiva entre una Aztlan mítica y una real. Para algunos, Aztlan es la concepción retrospectiva de una Mexico larvaria, igualmente lacustre y próxima a un sitio llamado Culhuacan. Quienes sostienen la existencia de una Aztlan real tienden a ubicarla en el Occidente o en el Norte de Mesoamérica, o aun más allá de los confines de esta su-

perárea cultural. La polémica también se ocupa de la tradición original de los mexicas: si eran recolectores-cazadores o si eran agricultores sedentarios. No nos es posible detenernos en los pormenores del debate. Como lo propone Martínez Marín, creemos que en las fuentes documentales existen evidencias suficientes para afirmar que el pueblo emigrante dominaba las técnicas agrícolas, y que su cultura, si bien era la de un grupo pobre, tenía características plenamente mesoamericanas.

Aztlan aparece en las fuentes con dos rostros contradictorios. Por una parte está ligada al mito, identificada total o parcialmente con el sitio materno de origen, y como tal confundida o considerada vecina de las míticas Chicomóztoc ("El Lugar de las Siete Cuevas"), Culhuacan ("El Lugar de los Antepasados"), Cemícac Mixtitlan Ayauhtitlan ("El que Siempre Está entre Nubes y Nieblas"), etc. Los emigrantes salieron de allí por mandato de su dios patrono, quien, ya a través de sus sacerdotes, ya con su presencia directa, guió a su pueblo hasta la tierra prometida. Por otra parte, en Aztlan vivía un pueblo casi desconocido que recibía el nombre de azteca. Los mexicas, cansados de la explotación a que los aztecas los tenían sometidos, escaparon en busca de mejores condiciones de vida. La milagrería de los relatos incluye un portentoso mandato por el cual los emigrantes dejan de llamarse aztecas para retomar su verdadera identidad como mexitin o mexicas, los protegidos por el dios llamado Mexi o Huitzilopochtli.

Aztlan ha tratado de ser ubicada geográficamente. Destacan entre los lugares señalados la isla nayarita de Mezcaltitlán y un recodo del Lerma, al sureste de Guanajuato, propuestos respectivamente por Jiménez Moreno y Kirchhoff. Ambos autores acentúan que en estos lugares existe el medio acuático que constantemente mencionan los textos históricos del siglo XVI.

Según las fuentes documentales, los emigrantes salieron de Aztlan bajo la protección de su patrono, el dios Huitzilopochtli, quien les había prometido un futuro de gloria y de riquezas. Viajaban agrupados en las típicas colectividades llamadas *calpultin,* formando un cuerpo que sufrió escisiones graves y recomposiciones durante las muchas décadas de migración. Cada *calpulli* portaba la imagen de su patrono particular y tenía su propio jefe. Al parecer, todos estos dioses estaban subordinados a Huitzilopochtli. Los establecimientos del grupo llegaron a ser muy prolongados en algunos lugares del trayecto y con frecuencia los emigrantes sufrieron la hostilidad de los comarcanos. Al final de un largo recorrido, los mexicas llegaron a las proximidades



MAPA V.1. *La Cuenca de México*

del Lago de Texcoco y merodearon en la región, fincándose provisionalmente en algunos sitios. Por fin, en 1325 (o años más tarde, según algunas fuentes) fundaron su hogar definitivo.

Las ventajas de poblar los islotes de la parte occidental del Lago de Texcoco eran evidentes: los mexicas conocían las técnicas de la explotación lacustre, y calcularon que allí encontrarían abundante fauna y flora aprovechable. El lago, por otra parte, les ofrecía una ventajosa posición defensiva. Los aspectos negativos, sin embargo, también eran de importancia: un terreno exiguo, poca agua potable, falta de piedra y madera, y la necesidad de construcción de un albarradón para el cultivo de pantano, pues fluctuaba demasiado el nivel del espejo del agua y existía el peligro de la afluencia de aguas salobres desde la parte oriental del lago. Esto en cuanto a las condiciones ambientales; en cuanto a las políticas, la situación era compleja. El largo deambular por la Cuenca les había permitido conocer, y con frecuencia sufrir, las difíciles relaciones imperantes en la región. Numerosas poblaciones se agrupaban en torno a ciudades poderosas y con frecuencia enfrentadas. Las alianzas, pese a estar basadas en parentescos étnicos y en pactos políticos, fluctuaban habitualmente, aumentando con ello el clima generalizado de inestabilidad. Durante todo un siglo de difícil equilibrio, los centros de poder habían luchado por extender y solidificar sus zonas de influencia. Xaltocan, al norte —en el lago homónimo—, aglutinó a los otomíes y sostuvo relaciones conflictivas con sus vecinos, los chichimecas de Cuauhtitlan. Tenayuca, al noreste, fue un centro chichimeca de importancia; Coatlinchan primero y Texcoco después agruparon a los acolhuas y a los chichimecas en la parte oriental del mayor de los lagos. En el sur, Culhuacan se ostentaba como una cabecera de estirpe tolteca, mientras que los pueblos cultivadores de las riberas y los pantanos de los lagos meridionales extendían sus territorios, y sus influencias llegaban a trasponer los límites de la Cuenca. Entre ellos, Chalco dominaba hasta Amaquemecan, ya en las faldas de los volcanes, y Xochimilco controlaba las montañas del sur. Sin embargo, la mayor potencia de la región era Azcapotzalco, ciudad tepaneca de composición otomiana y nahua, que encabezaba la ribera occidental del lago y los valles de Toluca e Ixtlahuaca. Todo lo anterior hacía indispensable a los mexicas entablar alianzas favorables.

Muchos de los mexicas se habían escindido del grupo original para integrarse a Azcapotzalco, Culhuacan, Xochimilco, Texcoco, Coatlinchan y otras ciudades de la Cuenca. Por otra parte, no todos los habi-

tantes de Mexico-Tenochtitlan fueron mexicas, pues una parte de la población era otomí, xochimilca o huexotzinca. Los fundadores destinaron el centro de la isla a la erección del Templo de Huitzilopochtli y Tláloc y otros edificios religiosos; dividieron el escaso territorio insular en cuatro segmentos y en cada uno de ellos delimitaron los barrios donde se asentarían los *calpultin*. Una parte considerable de los fundadores no quedó satisfecha con el reparto del territorio, por lo que se produjo una nueva segmentación hacia 1337: los inconformes se trasladaron a las islas inmediatas, al norte, y fundaron la gemela y rival Mexico-Tlatelolco.

La vida en ambas poblaciones fue precaria al principio. Si bien el lago les proporcionaba fauna y flora abundantes, escaseaban los materiales indispensables para la construcción de las chinampas o parcelas labrantías formadas sobre el pantano. Las islas pertenecían a Azcapotzalco, por lo que los mexicas tuvieron que pagar tributo. La necesidad de afirmar las relaciones de intercambio con los vecinos, de asegurar su existencia bajo la protección de alguno de los estados poderosos, y de mejorar las oportunidades de participación en la vida política de la Cuenca impulsó a los mexicas a solicitar una rama de linaje noble. Con ella establecerían su propia dinastía. El conflicto inicial entre tenochcas y tlatelolcas, sin embargo, logró que cada uno de los grupos hiciera la petición por separado. Los tenochcas obtuvieron su primer *tlatoani* o rey del linaje de Culhuacan, mientras que los tlatelolcas recibieron el suyo de Azcapotzalco.

Nuevas relaciones con los poderosos, entre ellas las alianzas militares y los matrimonios nobiliarios por conveniencia, fueron mejorando la situación política de las dos poblaciones mexicas. Incluso ahora se enriquecían con el fruto de las campañas emprendidas al lado del señor de Azcapotzalco. Hacia 1371 se había roto el precario equilibrio en la zona, y los tepanecas aumentaban sus dominios a costa de sus vecinos. Los mexicas se convirtieron en valiosos combatientes al lado de los agresivos tepanecas. Años más tarde, bajo el gobierno de Huitzilíhuitl, Mexico-Tenochtitlan conquistó para beneficio propio a los culhuas, el pueblo del que provenía su linaje gobernante.

Un vuelco político trastrocó las relaciones de la Cuenca. Tras la muerte de Tezozómoc, señor de Azcapotzalco y protector de los mexicas, éstos quedaron en malos términos con Maxtla, el sucesor. Al iniciarse una cruenta guerra, los mexicas se cambiaron al bando de los acolhuas de Texcoco, y con ellos derrotaron a los tepanecas en 1430. Los

vencedores decidieron reorganizar en la Cuenca de México la *excan tlatoloyan* o "tribunal de tres sedes". Esta institución supraestatal, conocida comúnmente como la Triple Alianza, proclamaba un orden impuesto por tres estados hegemónicos. Tiempo atrás la *excan tlatoloyan* había sido suspendida por los tepanecas. Al ser restablecida, Texcoco ya poseía uno de los títulos de cabecera, el heredado de Coatlinchan. Mexico-Tenochtitlan reclamó para sí el de Culhuacan. La posición que había ocupado la derrotada Azcapotzalco pasó a la ciudad tepaneca de Tlacopan. Con ello, Mexico-Tlatelolco quedó fuera del juego político.

La *excan tlatoloyan* tenía como función principal dirimir contiendas entre las distintas entidades políticas que caían bajo su jurisdicción; pero también se atribuía la de vigilar la seguridad de su región e incorporar a los estados que eran renuentes a formar parte de la coalición. Con este pretexto, las tres capitales encabezaron un proceso de expansión militar encaminado a controlar, primero, la cuenca lacustre, y luego un extenso territorio circundante. Otra de sus funciones era fomentar la ayuda mutua entre las tres capitales. Gracias a ello, Mexico-Tenochtitlan pudo construir un albarradón de 12 km de extensión y 20 m de ancho que la libraba de las afluencias intempestivas de las aguas salobres orientales.

El triunfo sobre Azcapotzalco, el enriquecimiento de las primeras conquistas y los requerimientos de las campañas expansivas propiciaron una profunda reforma en el estado tenochca. Itzcóatl primero y Motecuhzoma Ilhuicamina después dictaron medidas que profundizaban las diferencias entre nobles y plebeyos, centralizaban el poder, reorganizaban la administración pública, controlaban y propagaban la ideología militarista, fortalecían al clero y derivaban jerarquías y beneficios de los méritos militares.

Tras la muerte de Motecuhzoma Ilhuicamina, en 1469, se suceden en el poder tres hermanos que continúan la expansión de la Triple Alianza. El primero de ellos, Axayácatl, hace la guerra contra la ciudad hermana de Mexico-Tlatelolco, la cual, derrotada, no volverá a tener gobernante propio. Le sigue Tízoc, de arrestos bélicos menores. Bajo Ahuítzotl, el tercero de los hermanos, Mexico-Tenochtitlan alcanza su máximo poderío e impulsa el comercio a grandes distancias. Los dominios políticos y comerciales de la *excan tlatoloyan* se extendieron sobre el Centro de México, las costas veracruzanas, la Huasteca, Oaxaca y buena parte del Occidente. La influencia también se dejó sentir a

lo largo de un corredor comercial que llevaba a los mercaderes aliados hasta el Soconusco, centro productor de cacao. En pocas palabras, los dominios de la Triple Alianza llegaban de costa a costa, aunque quedaban excluidos algunos territorios indómitos, entre ellos Tlaxcala, Metztitlán, la Costa Chica de Guerrero, Tututepec y la región tarasca.

La expansión de Ahuítzotl propició el enaltecimiento de los comerciantes y llevó a muchos plebeyos a ocupar puestos administrativos de importancia. Tras su muerte, en 1502, la elección del nuevo *tlatoani* recayó en un hombre severo, religioso y, según algunas interpretaciones, identificado con los intereses de la nobleza: Motecuhzoma Xocoyotzin. La expansión militar de su antecesor había sido demasiado abrupta. El gobierno de este Motecuhzoma se dirigió a la consolidación y a la reorganización del reino en favor del estamento superior. Fue un periodo de esplendor que hizo del nombre del *tlatoani* un sinónimo de magnificencia. El complejo urbano insular alcanzó en su tiempo una población que se calcula entre 150 000 y 300 000 habitantes. Mexico-Tenochtitlan había aprovechado su posición como conductora de las acciones militares de la *excan tlatoloyan,* ubicándose en un plano político privilegiado. Nuevamente esta institución supraestatal se debilitaba por la supremacía de una de sus partes. Pero a Motecuhzoma Xocoyotzin tocó la triste suerte de enfrentar la invasión europea, y tras él ya sólo siguieron los breves periodos de los dos gobernantes que continuaron la guerra de resistencia: Cuitláhuac y Cuauhtémoc.

En su apogeo, tras dos siglos de ganar terreno al lago, las dos ciudades de Mexico formaban una gran mancha urbana que sobrepasaba los 13.5 km^2 y que estaba comunicada con tierra firme por tres grandes calzadas. Mexico-Tenochtitlan y Mexico-Tlatelolco estaban surcadas por amplias calzadas y canales que obedecían a una traza reticular. Tenochtitlan se dividía en cuadrantes urbanos que demarcaban las cuatro grandes unidades administrativas de la ciudad. Los cuadrantes se dividian en barrios —uno por cada *calpulli* que lo habitaba— ocupados por templos, plazas, escuelas, viviendas y estrechos predios cultivados. En el centro de la ciudad estaban enclavados los suntuosos palacios de la nobleza, sólidas construcciones, con frecuencia de dos niveles. El palacio real reunía bajo un mismo techo los aposentos del *tlatoani* y su familia, las salas de corte, tribunales y almacenes. El recinto cívico-ceremonial se erigía exactamente en la intersección de los dos principales ejes urbanos. Era un enorme espacio rectangular rodeado por una plataforma. En su interior se encontraba un enorme

conjunto de templos, entre los cuales descollaba la pirámide coronada por dos capillas, dedicadas a los dioses Huitzilopochtli y Tláloc.

Como puede suponerse, la vertiginosa carrera política de los mexicas afectó la vida de todos los pueblos del Centro de México. Tras los volcanes, en el Valle de Puebla-Tlaxcala, las conquistas y los asentamientos chichimecas habían desarrollado centros de poder muy importantes que convivieron en cambiantes relaciones políticas con la aún pujante Cholula. Procedentes de la región de Xilotépec, estos chichimecas se habían establecido previamente en territorios texcocanos, en buenos términos con los acolhuas. Como vimos, su paso al valle poblano-tlaxcalteca los llevó a una alianza con los tolteca-chichimecas de Cholula para derrotar a los antiguos pobladores de la región, los olmeca-xicalancas y los zacatecas. De las capitales chichimecas es sin duda Tlaxcala la que tuvo un proceso de desarrollo más interesante. Tlaxcala se fue integrando a partir de cuatro unidades políticas que conservaron buena parte de su autonomía hasta el momento de la Conquista. La primera población fue Tepetícpac, fundada hacia 1208. Ochenta años después se propició desde allí un nuevo asentamiento en Ocotelulco. Poco más tarde serían fundadas Tizatlan y Quiahuiztlan, la primera por un grupo nativo y la segunda por chichimecas de reciente ingreso. Los tlaxcaltecas se coaligaron con otros pueblos de los valles para resistir los intentos de conquista de la *excan tlatoloyan*. La unión de Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco y Tliliuhquitépec logró resistir las permanentes hostilidades de los mexicas y mantuvo la independencia de la región.

Al lado opuesto de la Cuenca de México, en los valles de Toluca e Ixtlahuaca, otros grupos chichimecas también habían logrado gran importancia económica, cultural y política. Estos grupos constituían un interesante mosaico lingüístico, sobre todo de lenguas otomianas (otomí, mazahua, matlatzinca y ocuilteca), aunque allí eran también numerosos los hablantes de náhuatl. Una pléyade de centros políticos menores mantenían inestables relaciones con otros más importantes, como Toluca, Teotenango, Tecáxic-Calixtlahuaca, Tenantzinco, Tzinacantépec y Xiquipilco, y reconocían el liderazgo de Azcapotzalco. Cuando los mexicas iniciaron la etapa de expansión, la *excan tlatoloyan* pudo conquistar a sus vecinos occidentales, que para aquel entonces estaban sumamente divididos. Posteriormente, cuando mexicas y tarascos se enfrentaron, los pueblos de los valles de Toluca e Ixtlahuaca quedaron geográficamente en medio de los contendientes y dividieron su apoyo entre éstos.

En lo que respecta a la tierra caliente meridional, puede decirse que en el siglo XII hubo en ella una masiva afluencia de pueblos chichimecas de habla náhuatl, sobre todo grupos xochimilcas y tlalhuicas. Los primeros fundaron, entre otras poblaciones, Tepoztlan, Tlayacapan y Tochimilco, mientras que los segundos tuvieron entre sus capitales a Cuauhnáhuac, Yauhtépec y Huaxtépec. El algodón producido en el Valle de Morelos fue ambicionado por los mexicas desde tiempos muy tempranos. Esto los impulsó a entablar una larguísima guerra contra Cuauhnáhuac, la cual fue vencida. Para el tiempo de Motecuhzoma Ilhuicamina los mexicas dominaban la región.

La división social

Uno de los aspectos medulares del estudio de la organización socioeconómica de los mexicas y sus vecinos es el que se refiere a las formas de constitución de la familia y a la manera en que las unidades domésticas organizaban su producción y consumo. La escasez de fuentes de información ha sido un considerable obstáculo para la investigación del tema. El análisis de documentos coloniales ha dado a conocer que después de la Conquista las unidades habitacionales alojaban familias nucleares (las formadas básicamente por padre, madre e hijos) o familias extensas (las que reúnen dos o más familias nucleares, generalmente encabezadas por la que constituye el tronco familiar). Esto ha sido proyectado al Posclásico Tardío. Basados en las mismas fuentes, los especialistas suponen que la mayor parte de la población estaba adscrita al segundo tipo de familia.

Es mayor la información sobre el nivel organizativo inmediato superior: el *calpulli*. A pesar de ello hay dos corrientes principales de interpretación, cuyos puntos de divergencia han sido estudiados por Pablo Escalante Gonzalbo. Para la primera corriente —propuesta, entre otros, por Víctor M. Castillo F. y Alfredo López Austin— el *calpulli* fue esencialmente una forma de organización gentilicia que incluía entre sus elementos constitutivos la vecindad territorial de las familias componentes. Sus características básicas eran muy antiguas —preestatales— y se conservaron debido a la capacidad de adaptación de la institución a los cambios de las estructuras políticas en que se inscribió el *calpulli* a lo largo de la historia. La segunda corriente, entre cuyos defensores destaca Pedro Carrasco, privilegia el aspecto territorial-administrativo del

calpulli. Según esta interpretación, cada *calpulli* era una demarcación en la división política de los asentamientos hecha por el gobierno estatal con los propósitos principales de recolectar el tributo y reclutar trabajadores.

No es posible exponer aquí los argumentos que sostienen nuestra posición en el debate; pero señalaremos en forma sumaria las características que reconocemos en el *calpulli,* siguiendo la primera de las corrientes. Ante todo es necesario subrayar que era un conjunto de numerosas familias emparentadas entre sí que reconocían como protector común al *calpultéotl* o dios patrono del *calpulli*. De éste derivaba míticamente la profesión de sus protegidos: su dios les había heredado el oficio que transmitían religiosamente de padres a hijos y que los caracterizaba frente a los miembros de otros *calpultin*.

Las ciudades-estado del Posclásico estaban divididas en barrios, cada uno de ellos ocupado por un *calpulli*. Sin duda fue muy importante el carácter territorial-administrativo del *calpulli* en este contexto estatal; pero de ninguna manera constituyó el meollo de la institución. Está claramente demostrada la existencia de *calpultin* no asentados en un territorio e independientes de cualquier gobierno estatal. Los casos típicos son los grupos emigrantes del Posclásico, que se segregaban de las grandes poblaciones y viajaban organizados en *calpultin*. Los mexicas, por ejemplo, después de una larga travesía, fundaron Tenochtitlan, dividiendo el territorio de la isla de acuerdo con el número de sus *calpultin*. Es claro aquí que la institución generó la demarcación.

Obviamente, la cohesión de los miembros del *calpulli* era robustecida por su régimen de posesión común de la tierra. El área adscrita a la comunidad se parcelaba de manera que algunos predios se entregaban a las familias para su ocupación y explotación, mientras que otros se destinaban al trabajo colectivo de los miembros del *calpulli* para sufragar los gastos comunales, entre ellos el tributo al gobierno central. Al mismo tiempo, con el fin de mantener la identidad de sus miembros, había fuertes restricciones para que gente ajena cultivase las tierras del *calpulli*.

Es lógico suponer que la doble naturaleza del *calpulli* produjese en él dos órdenes administrativos: el estrictamente interno y el que lo vinculaba al aparato central. Alonso de Zurita —el autor del siglo XVI que más información nos ofrece sobre esta institución— se refiere al primero de los órdenes como el dirigido por el "pariente mayor" y un grupo de ancianos de la comunidad. El pariente mayor era siempre un

miembro del *calpulli,* perteneciente a una rama particular del linaje y elegido internamente en razón de sus méritos personales. Sus principales funciones eran distribuir las parcelas entre las familias del *calpulli,* vigilar el uso adecuado de la tierra y determinar el destino de los predios vacantes. Para cumplir sus obligaciones, el pariente mayor llevaba el censo comunal y el registro predial, guardando "pintadas las suertes que son, y las lindes, e adónde y con quién parten términos, y quién las labra, e las que tiene cada uno, y cuáles están vacas", e iba "renovando siempre sus pinturas, según los sucesos". Eran también competencia de este orden administrativo la vigilancia del barrio, la distribución del trabajo comunal, el culto interno y la administración escolar. Es probable que a través de sus autoridades internas el *calpulli* coordinara la ayuda recíproca entre sus miembros, obligación muy importante para la vida de la comunidad.

Muy distintas eran las atribuciones del segundo orden administrativo, el de las relaciones entre el *calpulli* y el gobierno central. A este orden correspondían los tributos (que se pagaban en forma comunal), el cuerpo militar del *calpulli* en tiempo de guerra, la justicia y la participación en el culto central. Al frente de este orden se encontraba, como veremos más adelante, un funcionario nombrado no por el *calpulli,* sino por el *tlatoani.*

Por lo que toca a la división social, existían en términos generales dos clases claramente diferenciadas: los *macehualtin* o gente común, y los *pipiltin,* o nobles. En los plebeyos recaía el mayor peso de la producción. Eran básicamente agricultores, artesanos y comerciantes. Los nobles, en cambio, se ocupaban del grueso de las funciones públicas directivas: la administración, la judicatura, el ejército y el clero. En ambas clases la adscripción se daba por herencia. Un problema que tuvieron que enfrentar los mexicas al establecerse en Tenochtitlan fue la carencia de un grupo nobiliario. Las fuentes dicen que su primer *tlatoani,* procedente del linaje de Culhuacan, recibió como esposas a las hijas de los caudillos de *calpulli* para procrear con ellas la que sería la nobleza tenochca.

La diferencia fundamental entre los *macehualtin* y los *pipiltin* se establecía en términos tributarios. Los primeros, productores libres, entregaban periódicamente al gobierno central trabajo y excedentes de su producción. Los segundos no eran tributarios; administraban la hacienda y eran los beneficiarios directos de la riqueza recaudada. En esta forma los nobles adquirían para sí poder político, riqueza y presti-

gio. Para justificar esta diferencia, argüían ante el pueblo que sus tareas públicas eran sumamente arduas, por lo que sus privilegios correspondían a tales esfuerzos. En otras palabras, consideraban el cumplimiento de sus funciones como el pago de su tributo.

El poder, según lo postulaban los nobles, emanaba de dos fuentes principales. El linaje era la de mayor peso: en el plano mítico, Quetzalcóatl les había heredado su cargo; en el terrenal, se decían descendientes de una larga cadena de personajes distinguidos. Esta doble herencia era reforzada por las capacidades personales de los nobles, adquiridas a través de la esmerada y estricta educación en el *calmécac*.

Las funciones desempeñadas por los *pipiltin* les proporcionaban un ingreso permanente. A cada cargo correspondía un título, no hereditario pero con frecuencia vitalicio, que tenía adscritos una casa de gobierno y tributos asignados a ella. Los nobles podían recibir beneficios adicionales por medio de premios concedidos por el *tlatoani*. Existía todo un sistema de estímulos por servicios gubernamentales y hazañas militares. Las recompensas iban de la entrega de objetos valiosos (mantas, joyas, penachos) a los beneficios de predios denominados *pillalli* o "tierras de nobles". Estos beneficios no correspondían al desempeño de cargo alguno, sino a acciones meritorias; por ello podían ser conservados por el premiado, heredados o vendidos.

Las diferencias de clase se marcaban en los distintos ámbitos de la vida social. A los nobles se les juzgaba en tribunales especiales; se les permitía entrar en las casas reales y participar en las más importantes fiestas y ceremonias; tenían derecho exclusivo a determinadas prendas de vestir, entre ellas las de algodón y el calzado; usaban loza fina, y les era exclusivo el consumo de determinados alimentos y bebidas, como el cacao. Por otra parte, los varones nobles podían tener varias esposas. En contraste, la ley era mucho más estricta para los *pipiltin* y las obligaciones religiosas dictaban a algunas familias nobiliarias la entrega de sus hijas para el sacrificio. Evidentemente este rigor servía para legitimar el ejercicio del poder.

La rigidez de la división social no impidió la permeabilidad. Por una parte, los *pipiltin* que delinquían o no cumplían debidamente con sus cargos eran convertidos en *macehualtin,* pena que afectaba a toda la familia presente y futura. En sentido opuesto, los *macehualtin* distinguidos en la guerra alcanzaban posiciones intermedias en la escala. Sus hijos nacerían nobles.

También existía una institución que ha sido equiparada a la esclavi-

tud: la *tlatlacoliztli*. En el Centro de México no tuvo un peso económico considerable. Se adquiría la condición de *tlacotli* por no pagar deudas o por condena derivada de la comisión de un delito grave. El *tlacotli* quedaba obligado a trabajar para su acreedor sin más percepción que los alimentos cotidianos. No perdía sus derechos familiares ni los de propiedad; podía, incluso, tener a otro *tlacotli* a su servicio. Por lo regular, el trabajo no implicaba un esfuerzo excesivo, y a menudo se especificaba contractualmente el tipo de actividades que el *tlacotli* debía realizar. El acreedor no podía transferir sus derechos sin el consentimiento del *tlacotli*. Salvo casos extremos, la *tlatlacoliztli* no era hereditaria, aunque las fuentes nos dicen que en Texcoco se castigaba la traición de estado con la esclavitud hasta la cuarta generación. En los demás casos, se recuperaba la libertad cuando el acreedor condonaba la deuda a su *tlacotli,* cuando éste la pagaba, cuando ambos habían tenido relaciones sexuales o cuando se cumplían algunos ritos que lavaban la mancha de la *tlatlacoliztli*.

La situación del *tlacotli* podía agravarse cuando era sentenciado por desobediencia reiterada. En tal caso se le ponía una collera de madera que obstaculizaba sus movimientos, perdía la facultad de elegir a su dueño y podía ser adquirido por comerciantes que, tras lavarlo ritualmente de sus impurezas, podían ofrecerlo en sacrificio en calidad de cautivo de guerra.

En las últimas fases de la historia mexica, la afluencia masiva de cautivos de guerra empezó a transformar esta forma de trabajo forzado. Originalmente, todo cautivo era consagrado al sacrificio; pero con el paso del tiempo algunos hombres capturados en contienda comenzaron a ser destinados al trabajo para la manutención de los templos o para el servicio del palacio real, sobre todo aquellos que dominaban un arte o un oficio.

La tenencia de la tierra

Según Zurita, la mayor parte de la población poseía tierras de cultivo. Jurídicamente, las tierras se dividían en tres grandes grupos: las comunales, las estatales (reservadas a los gastos de gobierno, de culto y de guerra) y las destinadas a recompensar los méritos en combate o en servicios públicos.

Las tierras comunales pertenecían al *calpulli* y buena parte de sus parcelas era distribuida para el usufructo familiar. Las parcelas restan-

tes se destinaban al trabajo colectivo para cubrir los gastos de la comunidad misma. Cada familia usufructuaria estaba obligada a trabajar la tierra en forma directa, por lo cual le estaba prohibido enajenarla, darla en arrendamiento o contratar labradores, salvo en casos de viudez en la mujer, minoría de edad o incapacidad física. Tampoco podía dejarse de cultivar la tierra sin causa justificada. Cuando esto ocurría, la comunidad recuperaba el predio para entregarlo a otra familia. Además, los labradores eran duramente castigados cuando destruían sus propios frutos.

Aunque no existía derecho de propiedad familiar sobre las parcelas del *calpulli,* la posesión se heredaba a los descendientes. Al respecto, las fuentes no aclaran si el terreno se fraccionaba entre los hijos o si sólo uno de ellos era el heredero. Es muy probable que con el paso del tiempo se fuera perdiendo la equidad que había servido de base para la distribución original de la tierra. Al variar la correlación entre los predios disponibles y los labradores necesitados de tierras, se daban tanto los casos de *calpultin* que tenían familias sin parcelas como los de comunidades con predios vacantes. Ante tales situaciones, los agricultores sin tierras se veían en la necesidad de tomar en arrendamiento predios de otro *calpulli;* la comunidad arrendadora destinaba el alquiler a las necesidades colectivas. Conviene aclarar que los renteros seguían perteneciendo a su *calpulli* de origen y que eran considerados extraños en el *calpulli* arrendador. En palabras de Zurita, se hacía la distinción para "no dar lugar a que se mezclen unos con otros ni salgan del linaje".

Otras tierras comunales, como vimos, eran cultivadas por todos los miembros del *calpulli,* que acudían por turno a cumplir esta obligación. El fruto se destinaba a sufragar los gastos colectivos, entre ellos el sostenimiento de templos y escuelas de los *calpultin.* También se mantenía con el trabajo colectivo al gobierno interno, obligación que Zurita consideraba muy antigua y no dependiente de la relación con el poder central. Es muy probable que entre las tierras comunales hubiese algunas cuyas cosechas se diesen en el pago del tributo al gobierno central. Los *calpultin* de los pueblos conquistados cultivaban, además, las parcelas llamadas *tequitcatlalli* para responder a las imposiciones de los estados conquistadores.

Existen dos términos que designan a los integrantes de las familias usufructuarias de las tierras comunales: *calpuleque* y *teccaleque.* De acuerdo con Zurita, la diferencia entre ambos era que los primeros pa-

gaban tributo al *tlatoani* y los segundos al *tecuhtli*. Este último era un gobernador nombrado por la administración central para residir en el *calpulli* y cumplir allí funciones judiciales, hacendarias y militares. Su casa de gobierno, o "juzgado", era el *teccalli*. Este pequeño palacio tenía asignadas parcelas para su mantenimiento. Pero lo asignado al *teccalli* no serían propiamente las tierras, sino el tributo que en otras condiciones deberían pagar al *tlatoani* las familias que usufructuaban dichos predios. El *tlatoani* otorgaba al *tecuhtli* ese tributo como retribución de sus funciones. Desde esta perspectiva cobra sentido la distinción de Zurita entre *calpuleque* y *teccaleque*. Ambos grupos serían miembros del *calpulli*, gozarían de iguales derechos territoriales, y sólo se distinguirían por el destino de sus excedentes. A nuestro juicio era más sencillo para la administración central asignar en pago a cada uno de sus *tetecuhtin* parte del tributo generado en el propio *calpulli* en que residía que concentrar los bienes y devolverlos a sus lugares de origen para mantener a sus funcionarios, más aún cuando en este tipo de sociedades los grandes volúmenes de tributo en especie debían movilizarse con fuerza humana, ya que se carecía de bestias de carga.

El segundo grupo de tierras son las estatales. Las *tlatocatlalli* o *tlatocamilli* eran aquellas de las cuales vivía el *tlatoani*, se cubrían los gastos de gobierno y se atendía a pobres o forasteros que acudían a hospedarse en el palacio. Generalmente eran arrendadas a labradores sin tierras o cultivadas por *tlatlacotin* o por tributarios de pueblos conquistados. Las *tecpantlalli* se dedicaban a la manutención de la corte y del palacio. Las labraban familias de agricultores que pagaban el alquiler con el servicio palaciego. Las *teopantlalli* eran las tierras de los templos, cultivadas por estudiantes, por fieles o por braceros. Parte de sus frutos servía para la alimentación de los menesterosos. Por último, las *milchimalli* eran las tierras destinadas a los gastos del ejército.

El tercer grupo de tierras servía para recompensar los méritos en combate o en servicios públicos. Su nombre, *pillalli* ("tierra de nobles"), revela que eran destinadas como premio exclusivo de la nobleza. Varios autores las han considerado erróneamente como tierras de propiedad privada. En la actualidad, sin embargo, coinciden las opiniones en el sentido de que los derechos concedidos por el *tlatoani* no eran sobre las parcelas, sino sobre el tributo de sus ocupantes. La clave de la interpretación se encuentra en la caracterización de sus labradores, los *mayeque* o "braceros". Zurita los distingue claramente de

los renteros, pues éstos celebraban contratos temporales con los propietarios de la tierra y pagaban tributo al *tlatoani*. Los *mayeque,* en cambio, estaban sujetos a la tierra, vivían en ella como si fuera propia y entregaban a los nobles premiados los tributos que debieran dar al *tlatoani,* salvo el servicio de las armas, que se mantenía como su obligación con el gobierno central. Esto pudiera equipararlos en cierto modo con los *teccaleque;* pero es claro que mientras el *tecuhtli* recibía los tributos como la retribución al desempeño de su cargo, el noble premiado no tenía ninguna obligación derivada de su beneficio. Por ello no sólo podía disfrutar de aquellos tributos que le había otorgado el *tlatoani,* sino que también podía enajenar el derecho al *pillalli,* siempre que lo hiciera a otros nobles.

La organización política interna

Por razones de espacio sólo describiremos aquí las formas políticas más desarrolladas de la época: los *tlatocáyotl* o "reinos" de Mexico-Tenochtitlan y de Texcoco. Es muy probable que estas grandes urbes del Centro de México fuesen modelos de organización política para otros centros de poder de su época. Sin embargo, existía en el área tal pluralidad de formas y niveles de organización política que no puede proyectarse mecánicamente la información sobre las grandes capitales a las unidades políticas menores. Muchos grupos chichimecas, por ejemplo, habían conservado sus formas septentrionales de organización o habían seguido vías muy específicas para adaptarse a la geopolítica del Centro de México. Por su parte, Xochimilco y Tlaxcala se distinguían por sus aparatos gubernamentales colegiados, de tres y de cuatro señores respectivamente, que representaban a las grandes unidades constitutivas de sus poblaciones.

Uno de los mayores escollos para entender el orden político del Posclásico reside en la coexistencia concertada de dos sistemas diferentes de dependencia: el de linaje y el territorial. Hasta el día de hoy no es clara la forma en que estaban imbricados ambos sistemas, ni la manera en que los súbditos resolvían su doble fidelidad. Por una parte, reconocían a sus "señores naturales" (los gobernantes del grupo parental, cualquiera que fuera su nivel) y, por otra, obedecían a sus "soberanos" (los *tlatoque* que regían unidades políticas pluriétnicas). Un ejemplo podrá dar idea de tal problemática. Según cuenta fray Juan de

Torquemada, Techotlala, *tlatoani* del Acolhuacan, gobernaba sobre una población heterogénea. Bajo su poder se encontraban gentes de las etnias acolhua, chichimeca, tepaneca y culhua, gobernadas desde tiempos muy antiguos por "señores naturales". Techotlala temía que las alianzas étnicas internas de sus súbditos debilitaran la cohesión de su reino. En consecuencia, dividió cada una de las etnias y reubicó las fracciones, entreverándolas. Si bien es cierto que los súbditos siguieron reconociendo a sus "señores naturales", la fragmentación disminuyó considerablemente su poder.

El sistema de dependencia territorial tenía como entidad política fundamental el *tlatocáyotl.* Esta unidad, a la cual los españoles llamaron reino, era capaz de regir los destinos de conglomerados pluriétnicos que formaban las más importantes ciudades de la época. Es sumamente interesante el hecho de que, al constituirse, el sistema de dominio territorial no destruyó el sistema parental de las comunidades (como propone Carrasco), sino que fincó sus raíces en él, aprovechando las estructuras gentilicias y adaptándolas a sus intereses. A diferencia de Carrasco, estamos convencidos de que en este difícil proceso de integración, los "señores naturales" pasaron de dirigentes de sus comunidades a burócratas del orden político pluriétnico.

Esto explicaría por qué en las fuentes documentales el término *tecuhtli* significa en algunas ocasiones "señor natural", como aparece en procesos de Huexotzinco, y en otras es el nombre de funcionarios nombrados por el *tlatoani* por sus servicios o sus méritos militares, tal y como lo describen Zurita y Torquemada. Como hemos visto, en los regímenes más complejos el *tecuhtli* era el delegado del gobierno central que, con funciones judiciales, militares, administrativas y hacendarias, gobernaba el *calpulli* en lo que atañía a las relaciones con el *tlatocáyotl,* estableciendo en él su *teccalli* o casa de gobierno.

Al ser captado el *tecuhtli* por la administración central, las unidades gentilicias debieron de haberlo sustituido por otro funcionario de linaje. En el *calpulli,* este funcionario sería el "pariente mayor" mencionado por Zurita. En cambio, en otras sociedades del Centro de México este fenómeno no se dio. A la llegada de los españoles, el *tecuhtli* seguía siendo el "señor natural".

La imbricación de los dos sistemas de dependencia pudo haber generado complejas normas de distribución de títulos y de cargos públicos. Unos y otros se otorgaban ya por linaje, ya por méritos personales o combinando el abolengo del individuo con su carrera política.

Este orden permitió que algunos de los puestos importantes de gobierno pudieran ser ocupados por plebeyos enaltecidos.

Cada cargo reunía funciones muy diversas. Por ejemplo, un mismo individuo podía ser a la vez un alto mando en el ejército, juez, administrador, ejecutor de justicia y responsable de algunas ceremonias religiosas.

La legitimidad del cuerpo gobernante tuvo un fuerte apoyo en el esquema cósmico. El mando supremo debía ser una proyección del orden divino que dividía el mundo en dos mitades: cielo/tierra, luz/oscuridad, sequedad/humedad, masculino/femenino, etc. Si la divinidad suprema era la unión de los dos aspectos, el masculino y el femenino, era lógico que en Mexico-Tenochtitlan la máxima dirección política se encomendara a dos gobernantes: el *tlatoani* y el *cihuacóatl,* representantes respectivamente de los poderes del cielo y de la tierra.

El *tlatoani* era un personaje semidivino, representante del dios Tezcatlipoca sobre la tierra y, por tanto, con poder legal suficiente para matar. Era el máximo dirigente militar, el gran sacerdote y el juez supremo de su pueblo. El *tlatoani* de Mexico-Tenochtitlan era descendiente por línea directa de Acamapichtli, elegido entre los hijos o nietos de *tlatoque* anteriores por un selecto cuerpo de la nobleza. El *cihuacóatl* era el auxiliar más próximo del *tlatoani;* lo suplía en sus ausencias temporales o definitivas, y tenía una injerencia más directa en los asuntos administrativos, hacendarios y judiciales del *tlatocáyotl.* Ambos gobernantes nombraban a los funcionarios mayores.

Es interesante que en Cholula los dos gobernantes supremos no recibían estos títulos. Se llamaban, en cambio "mayor del cielo" y "mayor de la tierra", nombres que, pronunciados en forma conjunta, eran un epíteto de la divinidad suprema. El primero tenía como emblema al águila (símbolo celestial), y el segundo, al jaguar (símbolo de la tierra).

Cuerpos especializados auxiliaban al *tlatoani* y al *cihuacóatl* en el gobierno del *tlatocáyotl.* El número de los colegiados era variable, pero la recurrencia del cuatro, del 13 o del 20 hacen suponer que en estos cuerpos se imponía el modelo cósmico. Los asuntos urbanos, por ejemplo, estaban en manos de cuatro funcionarios, encargados de los cuadrantes de la ciudad, que a su vez eran la proyección de la cruz del plano terrestre. Ante ellos acudían los *tetecuhtin.*

El esquema cósmico se proyectaba también en el ejército. El mando supremo estaba en manos del *tlacatéccatl* y el *tlacochcálcatl,* cuyos nombres hacen suponer que estaban encargados respectivamente de

la tropa y de las armas. El ejército se componía por una tropa integrada por el común de la población; por órdenes militares de guerreros mantenidos por el palacio, y por un alto mando de funcionarios públicos, entre los cuales predominaban los nobles. Cada *calpulli* formaba un cuerpo que se identificaba por bandera y seña, comandado por el *tecuhtli*. La tropa no recibía soldada, pues la participación en la guerra era una forma de tributo; pero podía aprovecharse del botín, era recompensada con premios y tenía un tipo de seguro por invalidez y muerte.

Los sumos sacerdotes de Mexico-Tenochtitlan también eran dos: el *Quetzalcóatl Tótec tlamacazqui* y el *Quetzalcóatl Tláloc tlamacazqui*, consagrados al culto de los dos dioses cuyas capillas coronaban la pirámide mayor de la ciudad: Huitzilopochtli, el dios solar, y Tláloc, el señor de la lluvia. Bajo ambos sacerdotes se desplegaba una compleja jerarquía que terminaba en los estudiantes bisoños. El clero ocupaba, dependiendo de sus títulos, importantes cargos de gobierno, sobre todo en materia de educación. Por su parte, las sacerdotisas tenían un lugar destacado en la sociedad y en la pirámide eclesiástica, aunque sin vínculos con importantes cargos públicos.

En materia hacendaria, el esquema dual estructuraba las funciones entre el *hueicalpixqui*, quien dirigía a todos los recaudadores del tributo, y el *petlacálcatl*, encargado de su almacenamiento y redistribución. El nivel más bajo lo formaban los *tetecuhtin*, quienes recibían instrucciones del *hueicalpixqui* para recolectar los tributos en los *calpultin*.

La administración de justicia se iniciaba en cada *calpulli*, en el tribunal llamado *teccalli* o *teccalco*. El *tecuhtli* atendía allí los asuntos menores, entre ellos los divorcios. Si las sentencias implicaban una pena grave, el caso era proseguido en el *tlacxitlan*, tribunal del palacio real. Los casos extremos, sobre todo cuando la condena era de muerte, se ventilaban en el tribunal supremo del *cihuacóatl*, compuesto por 13 jueces. Es pertinente agregar que existían varios tribunales especiales, en los cuales se resolvían los juicios de los nobles de palacio, los militares, los comerciantes, los sacerdotes y los estudiantes.

La educación escolar

Cuando fray Bernardino de Sahagún describió las costumbres de los otomíes, habló del Otonteocalli, templo dedicado a Yocippa, el dios

principal de este pueblo. En dicho templo eran educados los niños entre ritos y penitencias. La áspera vida infantil comprendía las noches en vela, el aprovisionamiento de agua para el templo, el ayuno y las ofrendas de sangre propia. El rigor de la educación no era exclusivo de los otomíes; hay relatos semejantes sobre otros pueblos del Centro de México. Coinciden también los documentos al precisar que los templos eran los centros educativos, y los sacerdotes los educadores. Si bien la función principal de estos centros era impartir la educación formal a niños y jóvenes, cumplían colateralmente con otros fines: eran instituciones de culto, órganos auxiliares del ejército y centros que coordinaban el trabajo colectivo estudiantil.

Los templos-escuelas eran instituciones públicas a las cuales debían asistir obligatoriamente todos los niños y jóvenes de edad apropiada. De hecho, la pertenencia del niño a la escuela era un compromiso religioso adquirido en sus primeros días de nacido, cuando los padres lo llevaban a ofrecer como servidor de los sacerdotes. El incumplimiento de la presentación ponía al niño en riesgo mortal, por falta de protección del dios del templo. Tras la ceremonia, los padres dejaban como prenda un objeto que creían recipiente anímico del niño, en tanto llegaba a la edad de servicio. Las fuentes documentales son contradictorias en cuanto a la edad de ingreso: por lo regular, señalan que los niños eran internados en la escuela entre los cinco y los ocho años, aunque los nobles iban más tardíamente, después de haber estado los primeros años a cargo de sus ayos. La incorporación tenía también un fuerte sentido ritual. Así, en su ingreso al templo, las niñas texcocanas iban coronadas con guirnaldas de flores y galanamente vestidas, y el sacerdote las recibía entre discursos. Tanto los varones como las mujeres permanecían en la escuela hasta el momento del matrimonio.

La división social en nobles y plebeyos se proyectaba institucionalmente en dos clases distintas de templos-escuelas. A los *telpochcalli,* repartidos por todos los *calpultin,* asistían los hijos de los *macehualtin;* a los *calmécac,* menos numerosos, los de los *pipiltin.* Las fuentes documentales consignan que los padres tenían libertad para elegir la escuela de sus niños. Debemos suponer que, de haber existido esta libertad, estaría limitada considerablemente por razones económicas e ideológicas, entre éstas la lealtad familiar a determinados dioses.

Una diferencia fundamental entre el *telpochcalli* y el *calmécac* radicaba en la disciplina, pues en el segundo la rigidez era extrema. Por

ejemplo, mientras los miembros del *telpochcalli* podían pasar algún tiempo en sus propias casas —lo que debió de ser un gran auxilio en los periodos de intensificación de las actividades productivas—, a los estudiantes del *calmécac* no se les permitía abandonar el templo. La diferencia en la disciplina era más notable en lo tocante a la conducta sexual. Los jóvenes del *telpochcalli* podían disfrutar de esporádicas aventuras amorosas. En cambio, los del *calmécac* no gozaban de este privilegio; su voto de castidad era absoluto y cualquier infracción se castigaba severamente. Juan Bautista Pomar dice que en Texcoco las penas aplicadas a los hijos de los nobles eran las punciones con espinas de maguey, la exposición al humo de chile, y el azote con ortigas. Otras fuentes señalan que a los lujuriosos se les quemaba el cabello hasta la raíz, y que eran expulsados con gran ignominia de la escuela.

Los estudiantes del *telpochcalli* cumplían sus deberes productivos labrando las tierras de la escuela o acudiendo en grupos a la construcción de obras públicas. Cuando el joven adquiría fuerzas, iba como cargador al campo de batalla, donde se familiarizaba con las actividades bélicas. Si tenía coraje, se lanzaba con sus compañeros a la captura de un enemigo, y el éxito era recompensado con sus primeros ascensos dentro de la escuela. En el *calmécac* el joven recibía una educación militar más completa y, tras su preparación, salía al campo de batalla acompañado por un preceptor militar, guerrero experimentado, pagado por sus padres.

El contenido de la educación impartida en ambas escuelas no es descrito ampliamente en las fuentes documentales. Pomar menciona que los nobles aprendían oficios prestigiosos, como la platería o el tallado artístico de la piedra o la madera. Habla también del estudio del calendario adivinatorio y de los ejercicios en las canchas del juego de pelota. Debemos suponer que se destinaba mucho tiempo para preparar a los jóvenes nobles en retórica, ingeniería y derecho, indispensables para el buen gobierno. Para todos los jóvenes, nobles o plebeyos, era de primer orden el aprendizaje de bailes y cantos sacros y bélicos. La educación femenina se enfocaba en las actividades productivas, entre ellas el hilado y el tejido.

Un importante funcionario del gobierno central de Tenochtitlan, el *mexícatl teohuatzin,* era el dirigente supremo de todas las escuelas y determinaba el contenido religioso de la enseñanza. La compleja organización tenía como escalón inferior el de los "sacerdotillos", nombre con que eran conocidos los escolares novatos. Éstos se iniciaban co-

mo sirvientes del templo, encargados de barrer, acarrear leña y agua para el culto, auxiliar en las ceremonias religiosas, etc., y las fuentes los describen como penitentes que se bañaban a media noche con agua fría, se entintaban ritualmente el cuerpo, portaban incensarios encendidos sobre sus cabezas y ofrecían constantemente a los dioses las púas de maguey cubiertas con su propia sangre.

Lo anterior indica que todo hombre era sacerdote durante un largo periodo de su vida. En forma paralela, aunque limitada a los varones, todos cumplían en su juventud un servicio militar que los preparaba para el desempeño de las frecuentes participaciones bélicas de su vida adulta. A ello se debe que los miembros de las órdenes militares también intervinieran como maestros de niños y jóvenes, enseñándoles en los *cuicacalli* las danzas, los cantos guerreros y el arte de tañer los instrumentos musicales. Estas escuelas, "las casas del canto", eran instituciones anexas a los templos, a las que acudían los estudiantes para recibir la instrucción especializada.

Obviamente, la educación recibida durante la infancia y la adolescencia repercutía en la vida adulta, iniciada con la salida de la escuela para comenzar la vida matrimonial. Los *pipiltin* y los *macehualtin,* por separado, desempeñarían las actividades para las cuales habían sido preparados. Los primeros, educados esmerada y disciplinadamente en los *calmécac,* eran idóneos para ocupar los cargos públicos de importancia. Por otra parte, el nivel jerárquico adquirido por los méritos de unos y otros durante su vida escolar sería el punto de partida para el ejercicio de actividades al servicio del estado.

Las relaciones entre los pueblos

El clima de inseguridad política generado por la caída del Clásico se prolongó en el Centro de México hasta el tiempo de la Conquista como una situación de tensiones e inestabilidad. Fue un estado permanente de violencia institucionalizada. Para entenderlo es necesario estudiar la complejidad de las relaciones de los pueblos del área. De manera global, puede afirmarse que éstos constituían un conjunto enorme y heterogéneo, y que, pese a sus diferencias étnicas, lingüísticas y políticas, vivían inmersos en una historia común teñida intensamente por el comercio y la guerra. En su impresionante pluralidad, los pobladores del área se agrupaban siguiendo, entre otros, criterios de carácter étni-

co. En las fuentes documentales hay frecuentes alusiones a estos nexos gentilicios: en algunos pasajes se habla del parentesco entre los dioses patronos de dos grupos; otros textos se refieren a un origen mítico común a varios pueblos; en algunos discursos políticos se esgrimen razones de fidelidad y alianza en razón a la ascendencia común, y así por el estilo. Quienes formaban parte de aquellas enormes "familias" reconocían también a sus "señores naturales", dirigentes que estaban a la cabeza de distintos niveles de organización.

Sin embargo, el concierto y la cohesión emanados de esta estructura eran profundamente alterados por otra clase de nexos, a los cuales nos hemos referido en capítulos anteriores. Eran éstos los vínculos del sistema de dependencia territorial, es decir, los del poder ejercido sobre los diversos grupos que habitaban en un territorio dado, independientemente de las afinidades gentilicias que hubiese entre ellos. La unidad fundamental de este orden político era la ciudad. *De jure,* las ciudades eran entidades autónomas. No obstante, *de facto* su carácter político territorial creaba entre ellas, con frecuencia, lazos de dependencia. Las ciudades poderosas, dueñas de la tierra, consentían que entidades más débiles se instalaran en sus dominios a cambio de una retribución. Pongamos por caso la relación que entablaron los mexicas al establecerse en Mexico-Tenochtitlan. Esta población se fundó en las islas occidentales del Lago de Texcoco, territorio perteneciente a Azcapotzalco. Los mexicas pidieron autorización para asentarse en ellas. Azcapotzalco accedió a cambio de la subordinación política y la entrega de un tributo periódico.

El anterior es un simple ejemplo entre los muchos que quedaron registrados en la historia. El sistema de dependencia territorial, en efecto, conformaba una amplia red regional. Como puede suponerse, la coexistencia de los sistemas gentilicio y territorial produjo una gran complejidad en las relaciones entre los pueblos del Centro de México; y en mayor medida por cuanto a que los más poderosos gobernantes del área eran, con mucha frecuencia, dirigentes en ambos regímenes.

Si bien la coexistencia de los dos tipos de organización hace sumamente difícil la comprensión de las fuentes documentales, hay suficientes bases para suponer que el sistema de dependencia de tipo parental fue el fundamento remoto de la mayor y más poderosa institución supraestatal de la Cuenca de México: la *excan tlatoloyan*. Su nombre significa literalmente "el tribunal de tres sedes". Otros nombres corroboran su carácter judicial: Hernando Alvarado Tezozómoc la llama en

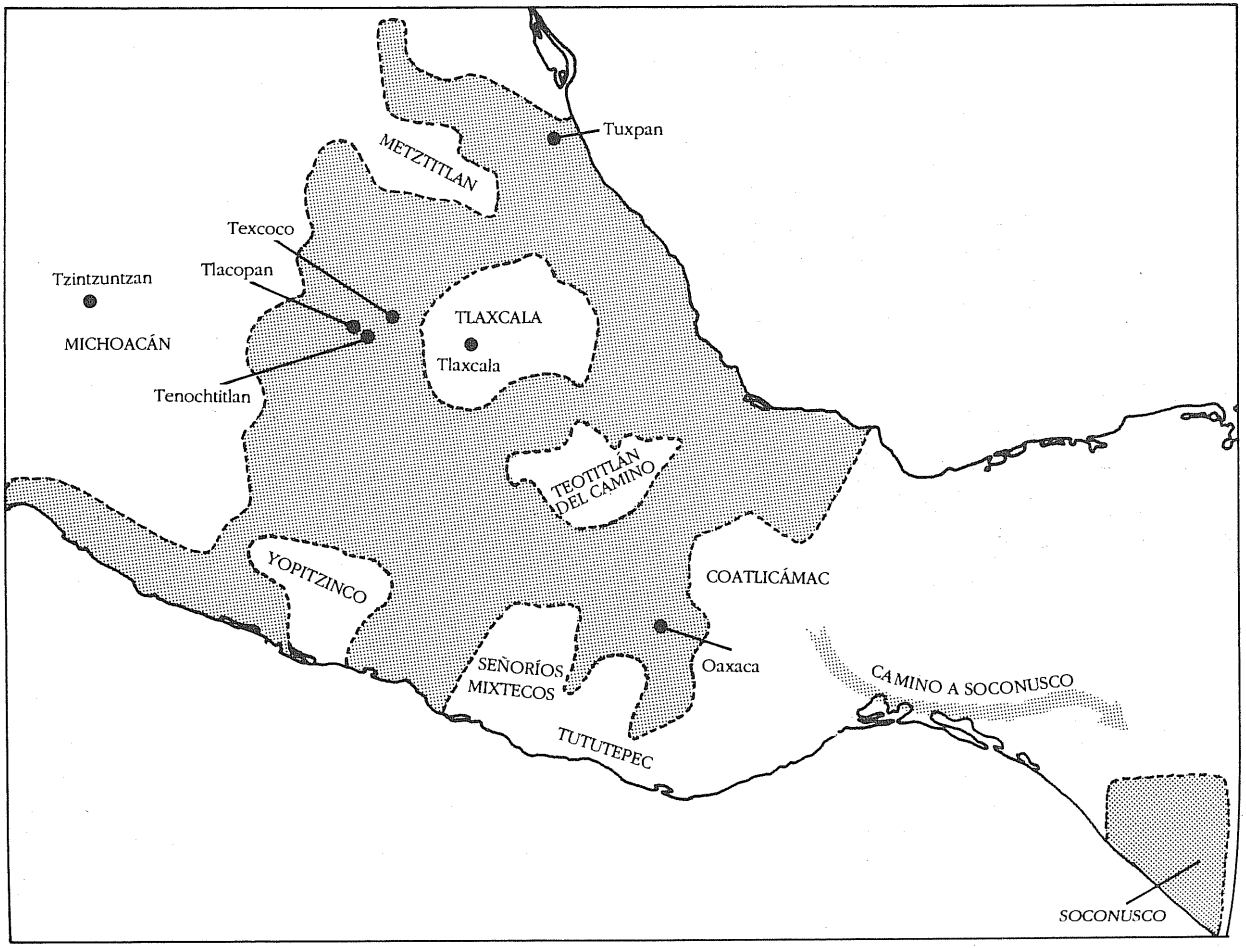
español "el tribunal de los reyes" o "las audiencias", y *tecuhtlatoloyan* en lengua náhuatl. Pero no eran judiciales todas sus funciones; la institución tenía también carácter militar. Por ello en las fuentes documentales se le denomina Triple Alianza.

La *excan tlatoloyan* parece haber respondido a los requerimientos de una organización supraestatal de nivel regional inscrita en un contexto de guerra endémica. Ésta era una situación común del Posclásico en toda Mesoamérica, por lo que no debe extrañar que hayan aparecido instituciones semejantes entre los mayas y entre los tarascos. En la Cuenca, la antigüedad de la *excan tlatoloyan* va mucho más allá del siglo XV. Aunque está muy difundida la idea de que surgió tras la guerra contra Azcapotzalco, en 1430, debe insistirse en que su existencia se remonta cuando menos a la época tolteca. Domingo Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin menciona, aunque en forma muy vaga, una remota alianza entre Tollan, Culhuacan y Otompan. Con el tiempo, Tollan fue sustituida por Coatlinchan, y ésta por Texcoco; Culhuacan tuvo como única heredera a Mexico-Tenochtitlan; el lugar de Otompan fue ocupado primero por Azcapotzalco y después por Tlacopan.

Con la constitución de la última Triple Alianza, los *tlatoque* de Texcoco, Mexico-Tenochtitlan y Tlacopan ocuparon las cabeceras correspondientes a los grandes grupos étnicos de la Cuenca. En efecto, además de su función de gobernantes territoriales de sus propias ciudades, ahora se ostentaban, respectivamente, como el "señor de los acolhuas y de los chichimecas" *(acolhuatecuhtli* y *chichimecatecuhtli),* el "señor de los culhuas" *(culhuatecuhtli)* y el "señor de los tepanecas" *(tepanecatecuhtli).*

En el plano ideal, la Triple Alianza seguía la estructura cósmica. Los datos que se tienen de esta institución, aunque escuetos, permiten descubrir que tuvo como arquetipo la división de los tres grandes niveles del universo (los cielos, la superficie de la tierra y el inframundo). Siguiendo este modelo básico, pueden descubrirse elementos que identifican a los acolhuas y chichimecas con el cielo, a los mexicas con la superficie terrestre (ámbito al que pertenece el Sol) y a los tepanecas con el inframundo.

La *excan tlatoloyan,* en tanto imagen de la totalidad cósmica, irradiaba su poder sobre todas las etnias. Los tres señores, actuando como jueces en un tribunal de carácter rotativo que tenía como sedes las tres capitales, resolvían los conflictos suscitados entre las entidades pertenecientes al gran complejo. Al mismo tiempo, la alianza militar los hacía



MAPA V.2. *Los dominios de la Triple Alianza (según Robert H. Barlow)*

guardianes de la seguridad regional ante los eventuales ataques externos. La tutela y el amparo debían ser ampliamente retribuidos por los protegidos con la subordinación y el tributo. Obviamente, no todos los pueblos vecinos estaban dispuestos a reconocer la legitimidad y las exigencias políticas de los tres señores. La *excan tlatoloyan* manifestaba entonces su derecho de dominio, utilizando la fuerza de las armas para incorporar a los renuentes.

Lo anterior concordaba con las iniciales ambiciones conquistadoras de la Triple Alianza. Desde su establecimiento, el poderío adquirido con la victoria sobre Azcapotzalco la hizo una coalición prepotente. Su expansión militar era ya un propósito franco en el establecimiento mismo del pacto: acordaron entonces que dos quintos de lo recaudado serían para Texcoco, otros dos para Mexico-Tenochtitlan y el restante para Tlacopan. La *excan tlatoloyan* fue sometiendo uno a uno a los pueblos próximos y a los remotos en un proceso de expansión desconocido hasta entonces en Mesoamérica.

La sumisión a la *excan tlatoloyan* se daba tanto en forma pacífica como por medio de las armas. Los pueblos más inseguros de su propia fuerza militar se entregaban sin resistencia tras los primeros requerimientos. Por lo común su inclusión se pactaba en términos benignos, y el reconocimiento se limitaba a la entrega periódica de dones a los gobernantes y a sus dioses. En cambio, los que se oponían al dominio y eran vencidos tenían una suerte diferente. Su condición variaba en razón a su resistencia. En la mayor parte de los casos las ciudades conquistadas entregaban el tributo que correspondía al reconocimiento, quedando además obligadas a permitir el libre paso de los comerciantes protegidos por la *excan tlatoloyan*, y a auxiliar a los ejércitos de los conquistadores con tropas y vituallas. Sin embargo, mantenían sus regímenes jurídicos y políticos propios. En casos de oposición extrema, la *excan tlatoloyan* podía imponer, además del tributo, un gobernador, o bien arrasar la población y ocupar el territorio anexado con su propia gente. Pese a los términos establecidos en el pacto de sumisión, todos los pueblos sojuzgados sufrían, en forma abierta o encubierta, las intromisiones de la *excan tlatoloyan* en sus asuntos internos de gobierno.

En la distribución de funciones entre las tres cabezas aliadas, tocó a los mexicas la dirección militar. Aprovechando su cometido en beneficio propio, pronto traspusieron la posición de igualdad que habían pactado con los texcocanos. Las campañas de conquista se orientaron

preferentemente hacia las zonas que más convenían a Mexico-Tenochtitlan. La ciudad insular, que carecía de un territorio agrícola suficiente, se enriqueció con el flujo de bienes que llegaban a ella por el tributo; pero también gracias a la producción artesanal, al comercio a larga distancia potenciado por la guerra y a las actividades mercantiles dentro de la Cuenca. De tierras distantes procedían las plumas y pieles finas, las piedras semipreciosas y los metales que requerían los artesanos mexicas para su labor especializada. En cambio, la propia Cuenca y los valles circunvecinos producían los víveres que se consumían en la ciudad. De acuerdo con Edward E. Calnek, los tributos procedentes principalmente de la zona chinampera de Chalco y Xochimilco proveían de alimentos a sólo un cuarto o un tercio de los habitantes de Tenochtitlan. Esta población estaría compuesta por la nobleza, el ejército profesional y la burocracia. La mayoría restante obtenía sus recursos alimenticios a través del sistema mercantil.

La supremacía transformó a los mexicas, que se proclamaron desde entonces los grandes guerreros del mundo conocido. Por eso, la guerra fue para ellos el principal medio para la resolución de los problemas políticos; la organización del ejército se convirtió en una de las empresas fundamentales del estado; la carrera de las armas fue la vía idónea para alcanzar altos puestos públicos no castrenses, y la ideología —especialmente la religiosa— descansó en los valores bélicos. A pesar de ello, los mexicas nunca se atrevieron a iniciar la guerra sin alegar ante el enemigo la existencia de una causa justa, por ejemplo el ataque a embajadores o comerciantes. Utilizaban un doble mensaje: hacia su pueblo, la exaltación militarista por los requerimientos de cautivos para el sacrificio; hacia el exterior, una declaración del uso de la fuerza sólo contra quienes violaban un orden subordinado.

Las tácticas militares y la estrategia de la expansión estuvieron en buena parte condicionadas por el desarrollo técnico, sobre todo por las limitaciones en la capacidad, velocidad y costo del transporte en sociedades en que las vituallas y los tributos tenían que movilizarse sobre las espaldas de cargadores humanos. Ganada la guerra se establecía el tributo, sin que quedara sobre el territorio derrotado un ejército de ocupación ni más burócratas que los *calpixque* o recaudadores. Sólo en casos contados, sobre todo en las zonas fronterizas, se establecían guarniciones. Esto permitía que el ejército estuviese compuesto principalmente por tropa no profesional (los cuerpos formados por los *calpultin)* que era dirigida por mandos procedentes del gobier-

no central. En estos cuerpos se intercalaban guerreros de órdenes militares, mantenidos a expensas del palacio. Cuando la movilización del ejército se hacía a través de territorios anexados, se recibía el auxilio tributario en vituallas, transporte y tropa adicional.

El propósito central del expansionismo hegemónico de la Triple Alianza no era el dominio territorial, sino el beneficio tributario. Se perseguían también el acceso privilegiado a ciertos recursos naturales, la reorganización del comercio y el control de mercados importantes. En ocasiones los pueblos tributarios no sólo entregaban los bienes producidos en sus propias regiones, sino que debían pagar su deuda con productos que adquirían a través del comercio con sus vecinos. En esta forma las capitales de la Triple Alianza adquirían recursos de regiones situadas más allá de sus dominios. Según algunos autores, esta forma de dominio era políticamente inadecuada, carecía de cohesión interna y se fundaba en una organización militar deficiente. Ross Hassig rebate lo anterior diciendo que el sistema era eficaz si se toman en cuenta tanto el propósito principal de la expansión —el tributo— como el nivel tecnológico de la época. Sin embargo, independientemente de la eficacia o ineficacia de dicho sistema, no podemos analizar el problema sólo desde la visión de los dominantes. La otra cara de la moneda son los pueblos conquistados, que vivían en las condiciones onerosas, inestables e inseguras que genera toda institucionalización de la violencia.

La enorme área controlada por la *excan tlatoloyan* fue aprovechada de inmediato por los pochtecas o comerciantes profesionales del Centro de México, establecidos tanto en las tres capitales como en las ciudades sometidas. Estos comerciantes estaban agrupados no sólo en las grandes ciudades del Centro de México —entre ellas la independiente Cholula, famosísima por sus actividades mercantiles—, sino en toda Mesoamérica. Miguel Acosta Saignes los supone originarios de la costa del Golfo. Singularizados por sus tradiciones, los pochtecas poseían una organización desarrollada y jerarquizada. Así, por ejemplo, todos los *calpultin* de comerciantes mexicas estaban presididos por dos altos funcionarios propios, el *pochtecatlailótlac* y el *acxotécatl,* y en el terreno militar los comandaba un jefe también propio, el *cuauhpoyatzin.*

Si bien tenían un amplio margen de autonomía en la organización de sus expediciones comerciales, los pochtecas servían a sus *tlatoque* como embajadores, espías y, excepcionalmente, como milicianos. Su riqueza y los servicios desempeñados los llevaron a una posición pri-

vilegiada, pues ejercían la jurisdicción en los mercados y fijaban los precios. Las fuentes documentales hablan de sus asociaciones mercantiles con el *tlatoani* de Mexico-Tenochtitlan, de su participación como altos consejeros en la corte de Texcoco o de sus cargos gubernamentales en Tlaxcala.

Asimismo los pochtecas se vinculaban estrechamente con los *calpultin* de artesanos. Los proveían de las materias primas indispensables para la producción de las manufacturas (arte plumaria, textiles de algodón, joyería, etcétera) que más tarde distribuirían por toda Mesoamérica. Los pochtecas de las ciudades de la Cuenca de México organizaban de común acuerdo sus expediciones comerciales, formando columnas que pasaban por Tehuacán y llegaban a Tochtépec. En esta población oaxaqueña se dividían en dos grupos, para dirigirse unos a Anáhuac Ayotlan, en las costas del Pacífico, y otros a Anáhuac Xicalanco, en las del Golfo de México. En su tráfico meridional los pochtecas de la *excan tlatoloyan* controlaban la región del Soconusco, rica productora de cacao. Este fruto no sólo era una mercancía de elevado valor, sino que, junto con el polvo de oro, las hachas de cobre y las mantas de algodón, servía de equivalente general, a manera de moneda.

En Tabasco, los pochtecas del Centro de México intercambiaban sus productos con los comerciantes zoques y mayas, que a su vez llegaban en sus tratos hasta Honduras. Las grandes transacciones se hacían en centros independientes y neutrales, conocidos como "puertos de intercambio".

El mayor control comercial de la *excan tlatoloyan* se ejercía, obviamente, sobre los mercados de la Cuenca de México, principalmente el de Taltelolco. En ellos era común la especialización. Por ejemplo, en Azcapotzalco se vendían esclavos; en Texcoco, alfarería fina y ropa; en Acolman, perros, y en Tepepulco, aves. Todos integraban un sistema de intercambio que reforzó la simbiosis económica de la Cuenca de México. Fuera de ella, la *excan tlatoloyan* trató de conquistar y controlar mercados importantes, sobre todo en Oaxaca. Los tratos mercantiles de sus comerciantes en los territorios conquistados solían ser abusivos, lo que detonó con frecuencia revueltas y rebeliones. Según Calnek y Berdan, el tributo, el comercio a larga distancia y el mercado interno de la Cuenca estaban estrechamente interconectados, de manera que formaban un sistema complejo y cambiante en el cual es difícil precisar la importancia correlativa de cada uno de los tres subsistemas mencionados. A nivel local y regional, el mercado era el punto estraté-

gico de interacción. Así, los bienes de prestigio que el soberano recibía como tributo eran más tarde "obsequiados" por él a los nobles y servidores como recompensa a sus funciones públicas. Éstos, a su vez, utilizaban dichos bienes para adquirir en el mercado productos de primera necesidad.

Las bases del conocimiento

Las sociedades mesoamericanas tuvieron entre los factores más sólidos de su unidad milenaria la producción común del conocimiento. La sabiduría agrícola, la pericia en la explotación de los recursos naturales, las fórmulas para el cómputo del tiempo y el arte de la medicina viajaron por las vías del trueque, robustecidas por la experiencia compartida y acrecentadas por la variedad geográfica. Pero así como la comunicación entre los pueblos y la concurrencia de las prácticas diversificadas enriqueció el conocimiento, hubo en Mesoamérica carencias desfavorables si se compara su tecnología con las de otros pueblos de niveles semejantes en organización social, urbanismo o desarrollo artístico. Una de estas carencias fue la de bestias de tiro y carga, y con ella la del uso mecanizado de la rueda. A ellas se suma la tardía introducción de la metalurgia. Si a pesar de lo anterior los mesoamericanos alcanzaron altas densidades de población y solucionaron sus necesidades de subsistencia, se debió principalmente a que sumaron a sus conocimientos agrícolas la alta organización del trabajo y la diversificación de fuentes de abastecimiento.

Por lo que respecta a la agricultura, el Centro de México contaba con amplias extensiones muy favorables para el cultivo, sobre todo por la abundancia de suelos fértiles y grandes masas de agua. Como en el resto de Mesoamérica, la mayor parte de la producción agrícola dependía del temporal. Por lo común se obtenía en el Altiplano una sola cosecha anual por medio del cultivo de barbecho, definido por Palerm como un sistema que —al igual que el de roza propio de las zonas tropicales— se inicia con la tala y corte de la vegetación existente. Sin embargo, los periodos de descanso de la tierra son menores que los necesarios en el sistema de roza: se requiere solamente un reposo igual o menor al del tiempo de cultivo.

A los cultivos de temporal se sumaban los de regadío. En este sistema se requería un mayor esfuerzo colectivo de agricultores pertenecientes a sociedades complejas. Eran utilizados canales, terrazas, diques

y otros medios de captación y distribución del agua. Con el riego se podían obtener dos cosechas anuales y se alcanzaba una mayor producción por cosecha.

Excepcionalmente, donde las aguas lacustres, dulces y poco profundas lo permitían, se hicieron chinampas. Este sistema estaba basado en la construcción de terrenos artificiales dentro del pantano, atravesados por canales, abonados con cieno y humedecidos por filtración. El rendimiento era altísimo, aunque se requerían técnicas de cultivo muy elaboradas, un trabajo ininterrumpido y obras hidráulicas para controlar el nivel de acuífero y evitar la contaminación de las aguas dulces por las salitrales. Las chinampas más conocidas son las de la región de Chalco y Xochimilco.

Un estudio adecuado sobre el saber mesoamericano hace necesario que se valoren las relaciones entre la práctica, la experiencia, la abstracción y la sistematización del conocimiento. Por conocimiento entendemos la acción y el efecto de un ejercicio que pretende aprehender intelectualmente un objeto. Es el proceso ideal de una percepción —realizada a partir de una preconcepción que la condiciona y estructura— y es el resultado conceptual y estructurante derivado de ella. Como serpiente que se muerde la cola, toda experiencia está determinada por un marco intelectual, y todo marco intelectual se modifica permanentemente a partir de la experiencia. Cualquier campo de conocimiento no es, por tanto, un mero cúmulo de experiencias. Es un producto social formado por proposiciones estructuradas en un sistema.

Los sistemas de conocimiento de las distintas tradiciones culturales pueden dividirse —con límites en ocasiones no demasiado precisos— en dos grandes clases: los pertenecientes a macrosistemas y los sistemas científicos. En ambas clases, están constituidos por proposiciones de carácter heterogéneo: teóricas y prácticas, comprobadas e hipotéticas, verdaderas y falsas, eficaces e ineficaces; pero todas son validadas por su pertenencia al cuerpo estructurado. Dentro de las diferencias existentes entre los sistemas pertenecientes a macrosistemas y los científicos pueden señalarse las relativas a su integración, a su potencialidad de transformación y a su rigor crítico. Dentro de cada tradición cultural, los sistemas de conocimiento de la primera clase se encuentran sumamente interconectados, hasta el punto de formar —como el nombre lo indica— un orden explicativo de muy amplia comprensión: la cosmovisión. Los sistemas científicos, en cambio, tienden a la dispersión y particularización de sus campos de saber. En estos sistemas hay

Lámina XXXV.
Un tablero de la cancha principal para el juego de pelota, El Tajín, Veracruz. Área Golfo, periodo Epiclásico (cortesía de Leonardo López Luján)





Lámina XXXVI. *Columnas monumentales que representan guerreros armados, Templo de Tlahuizcalpantecuhtli, Tula, Hidalgo. Área Centro, periodo Posclásico (foto: Ignacio Guevara /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*



Lámina XXXVII. *Monolito mexica usado para el sacrificio humano, encontrado en el Palacio del Ex Arzobispado, México, Distrito Federal. Área Centro, periodo Posclásico (foto: Agustín Uzárraga /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*

Lámina XXXVIII.
Escultura mexica de felino para depositar los corazones de los sacrificados. Área Centro, periodo Posclásico (cortesía de Salvador Guilliem)



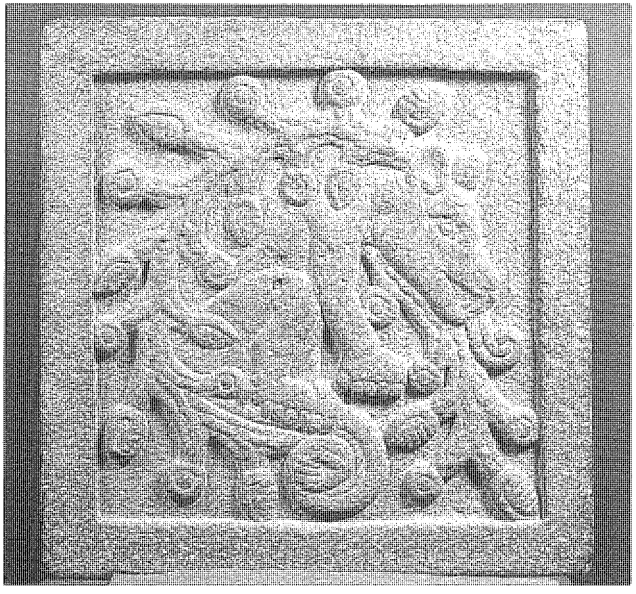


Lámina XXXIX.
Bajorrelieve mexica con el glifo del gobernante Ahuízotl, Tepoztlán, Morelos. Área Centro, periodo Posclásico (cortesía de Salvador Guilliem)

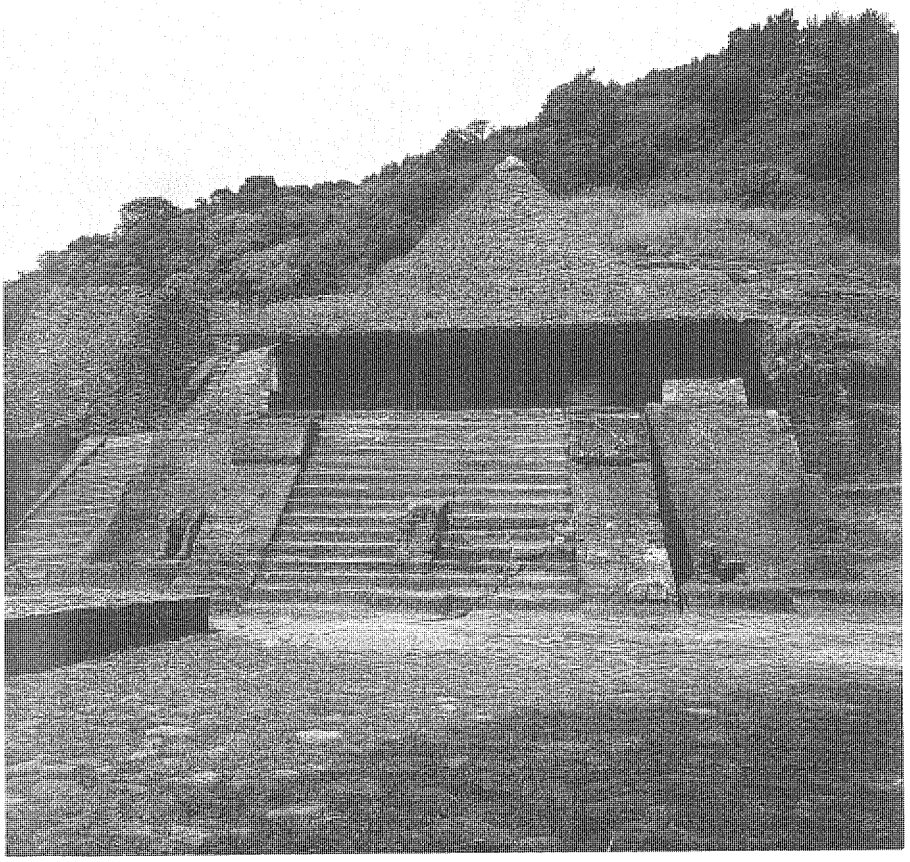


LÁMINA XL. *Pirámide de Malinalco, Estado de México. Área Centro, periodo Posclásico (cortesía de Salvador Guilliem)*

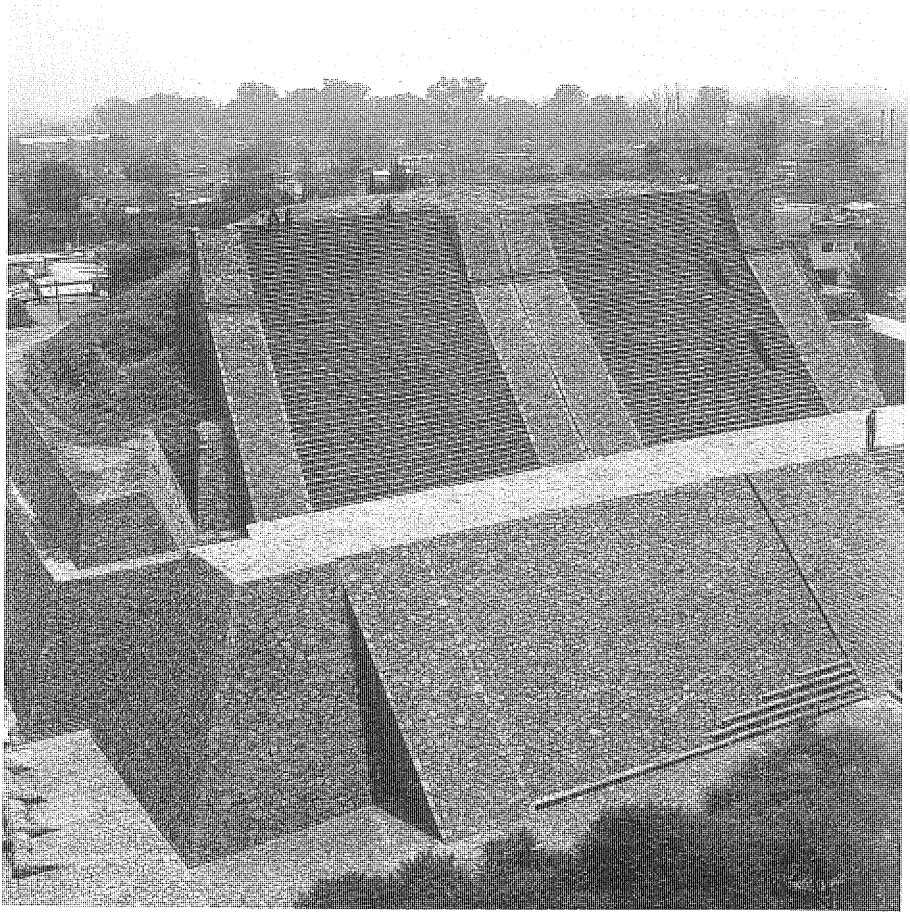
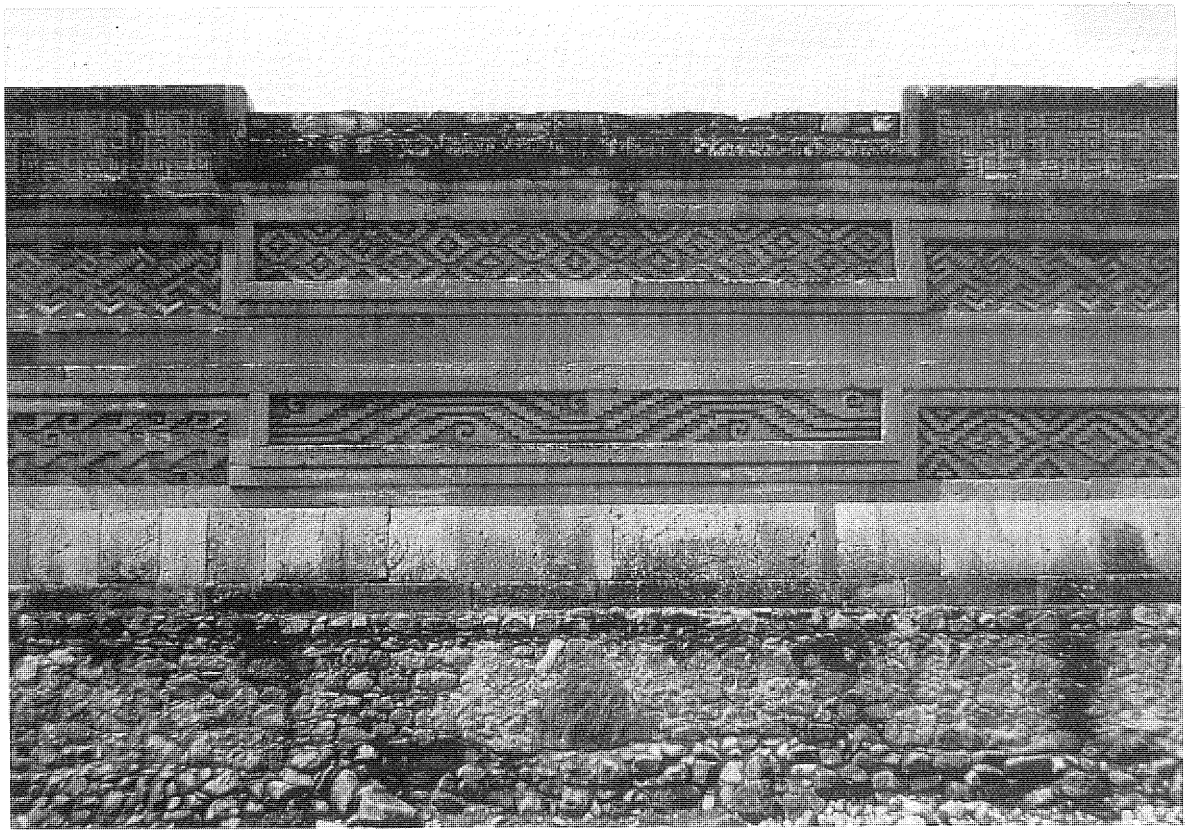


LÁMINA XLI. *Pirámide de Tenayuca, Estado de México. Área Centro, periodo Posclásico (cortesía de Salvador Guilliem)*

Lámina XLII.
Tableros decorados con mosaicos de grecas, Mitla, Oaxaca. Área Oaxaca, periodo Posclásico (foto: Leonardo López Luján)



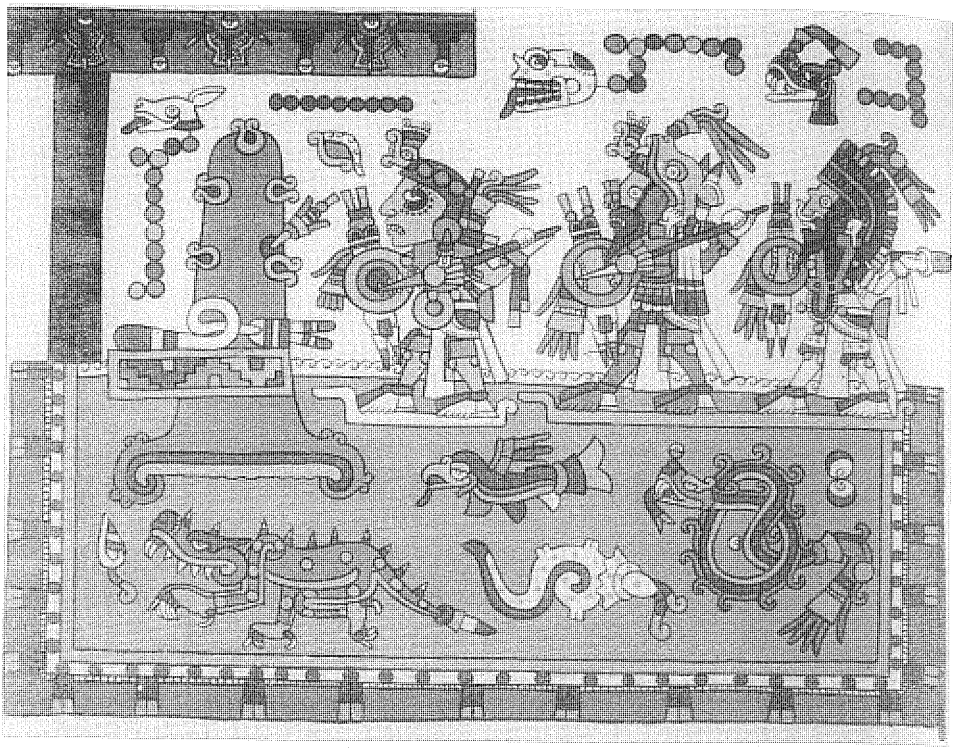
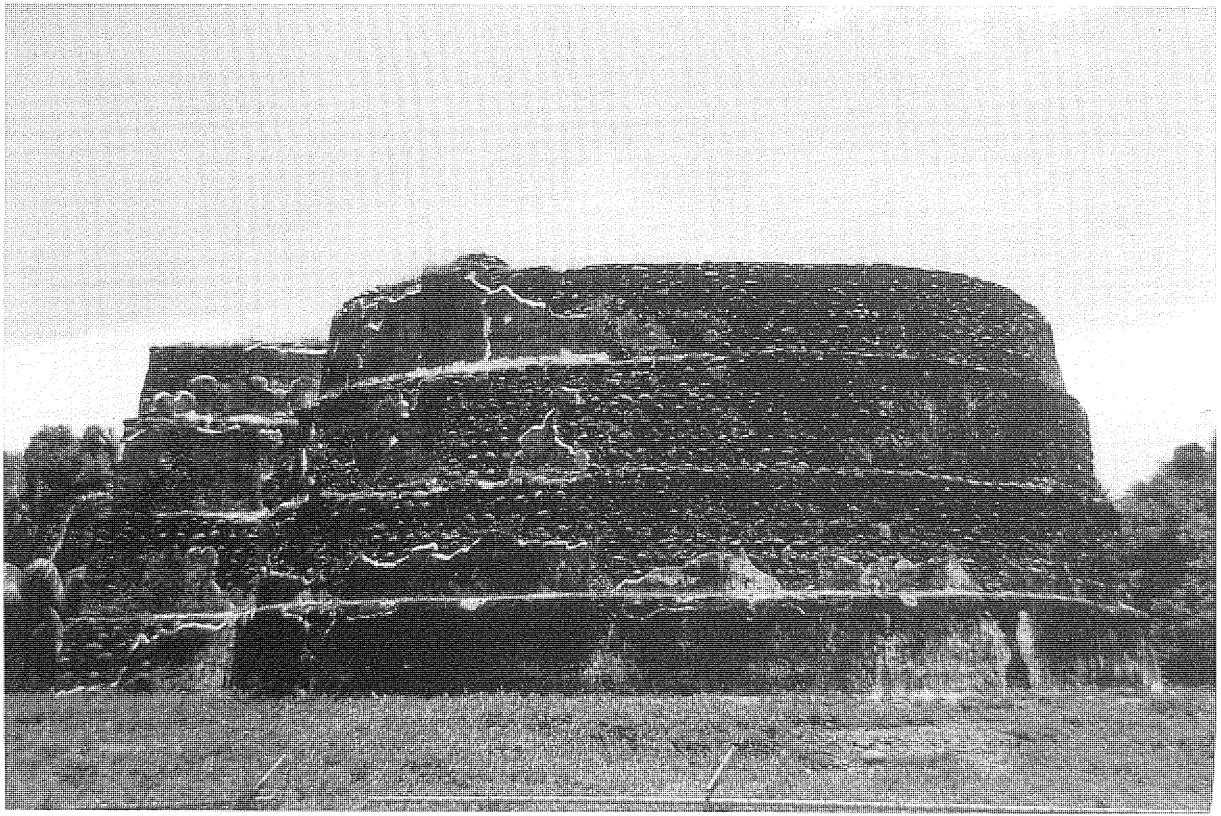


Lámina XLIII. *El Señor 8 Venado Garra de Tigre con dos de sus aliados,* Códice Nuttall. *Área Oaxaca, periodo Posclásico (foto: Carlos Blanco /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*



Lámina XLIV. *Yácatas tarascas de Tzintzuntzan, Michoacán. Área Occidente, periodo Posclásico (foto: Carlos Blanco /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*

Lámina XLV. *Templo totonaco de Quetzalcóatl, Cempoala, Veracruz. Área Golfo, periodo Posclásico (foto: Lorenzo Ochoa Salas)*



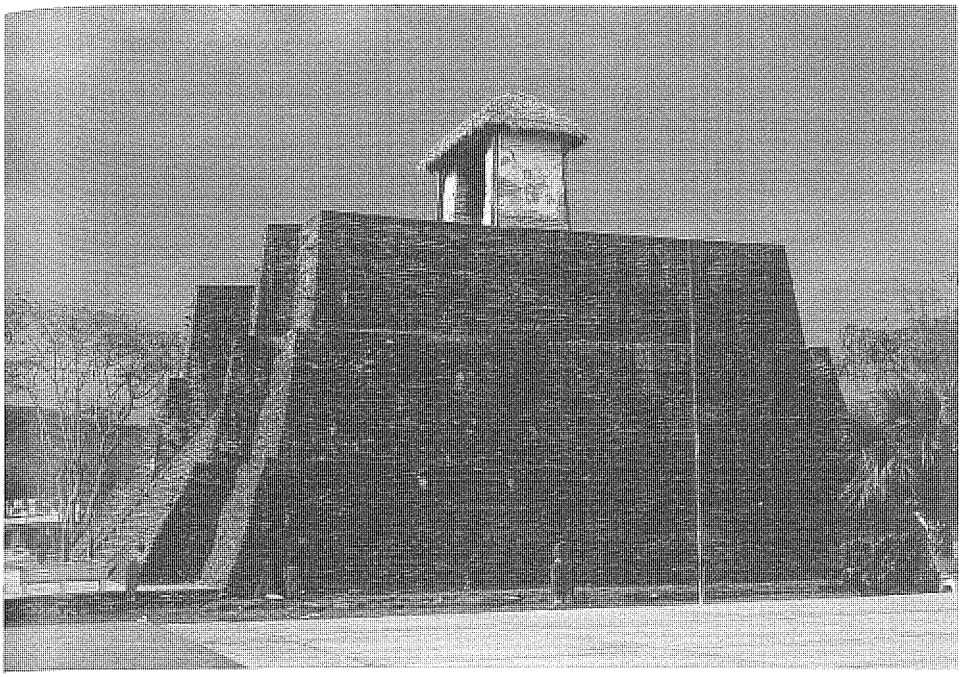


Lámina XLVI. *Pirámide conocida como "El Castillo", Teayo, Veracruz. Área Golfo, periodo Posclásico (cortesía de Leonardo López Luján)*



Lámina XLVII. *Estela con la imagen de Tláloc, Teayo, Veracruz. Área Golfo, periodo Posclásico (cortesía de Leonardo López Luján)*

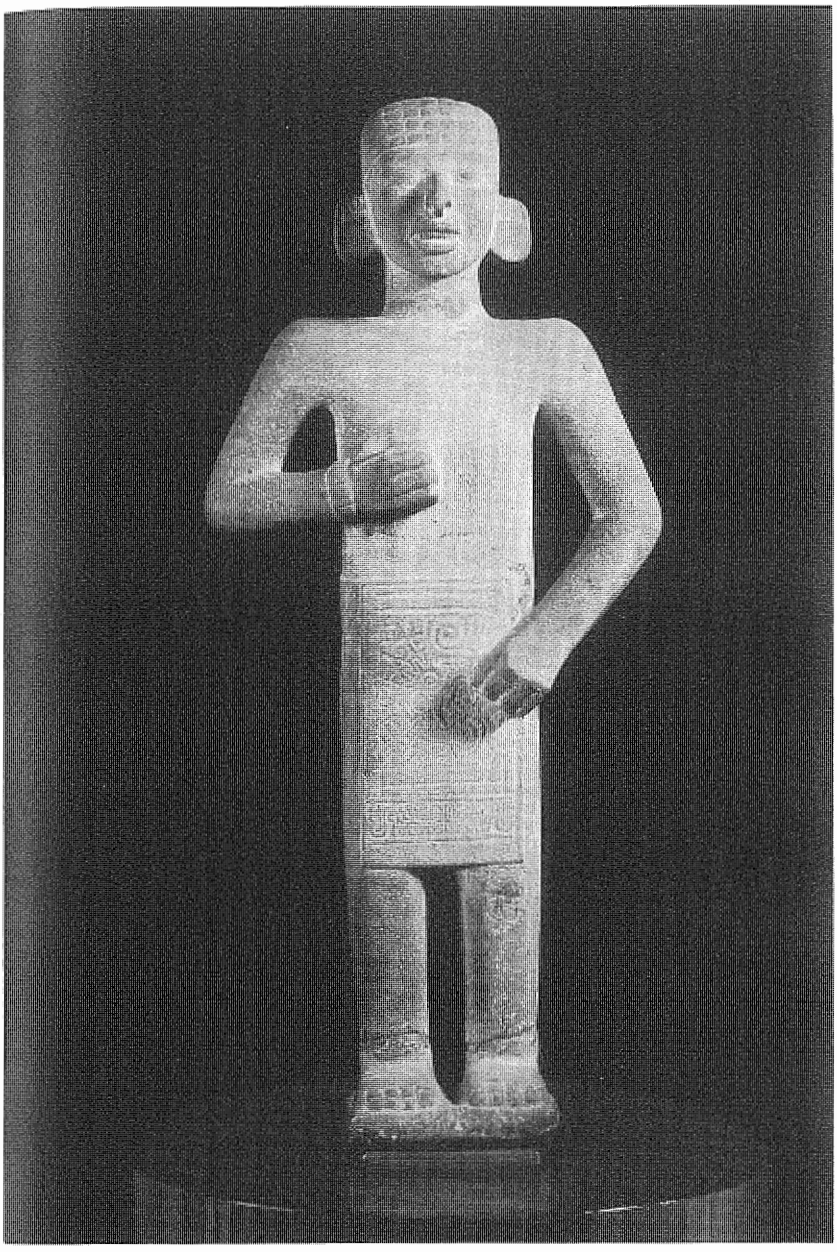


Lámina XLVIII. *Escultura huasteca de piedra. Área Golfo, periodo Posclásico (foto: Marco Antonio Pacheco /* © Arqueología Mexicana, *INAH)*

Lámina XLIX. *Palacio del Codz Pop de Kabab, Yucatán. Área Sureste, periodo Posclásico (foto: Leonardo López Luján)*

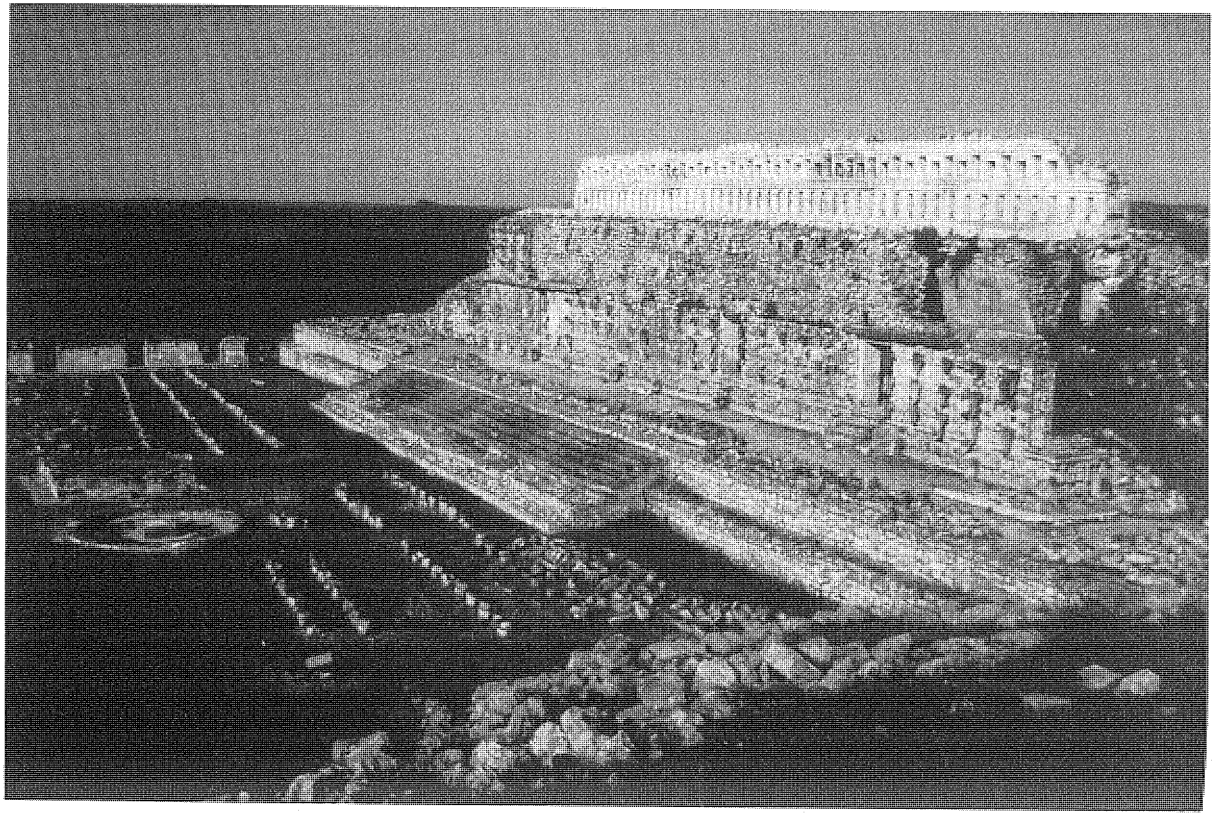




Lámina L. *Atlante del Templo de los Jaguares, Chicén Itzá, Yucatán. Área Sureste, periodo Posclásico (cortesía de Salvador Guilliem)*

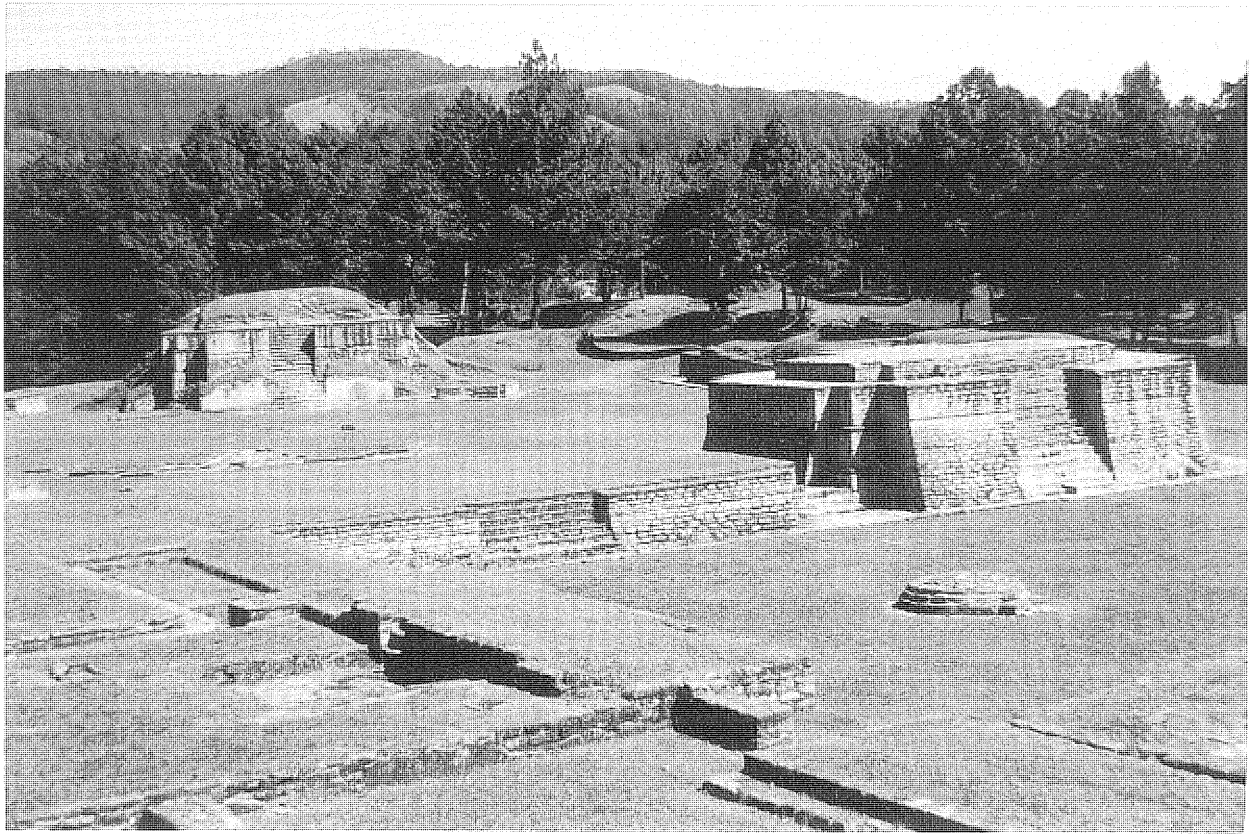


LÁMINA LI. *Perspectiva de Iximché, capital de los cakchiqueles, Guatemala. Área Sureste, periodo Posclásico (foto: Leonardo López Luján)*

una mayor conciencia de los procesos sociales de creación del conocimiento y, por tanto, una mayor velocidad de transformación. Por último, aunque la crítica está presente en todos los sistemas de conocimiento, los científicos se caracterizan por haber desarrollado rigurosos métodos de depuración.

Las formas mesoamericanas de conocimiento son macrosistémicas. Consecuentemente, cada una de ellas debe ser estudiada en su pertenencia a la cosmovisión. Ésta explica los procesos cósmicos como efectos de la acción regulada de seres sobrenaturales poseedores de intelecto, voluntad y poder de comunicación. Así, por ejemplo, los conocimientos agrícolas se entienden a partir de al menos tres principios universales. El primero se refiere al "corazón" de los seres mundanos. Todas las criaturas poseen, dentro de su materia perceptible, una sustancia divina, imperceptible, que es su esencia de clase. Por tanto, puede hablarse del "corazón del maíz", del "corazón de las piedras" o del "corazón de los venados" como una interioridad inmortal que trasciende a los individuos, necesariamente mortales. El segundo principio es la división de todos los seres en dos grandes grupos que son opuestos y complementarios. De una parte queda lo que se caracteriza por su esencia predominantemente caliente, seca, masculina, luminosa y vital; en la otra se encuentra aquello cuya esencia se inclina a lo frío, húmedo, femenino, oscuro y mortal. Esta separación binaria proporciona el primer criterio taxonómico de todo lo que existe. El tercer principio es la alternancia del poder de las esencias sobre la tierra: el dominio de las fuerzas opuestas se sucede para crear los ciclos que dan continuidad al mundo.

Un agricultor del Centro de México, por ejemplo, trabajaba en su parcela concibiendo el ciclo anual como una gran lucha en la cual se sucedían las victorias de lo femenino y lo masculino. En la mitad femenina del año, dominaban las lluvias y las fuerzas del crecimiento; la otra era regida por el Sol, que doraba las cosechas. Al inicio de la primera mitad se abría el mundo de la muerte para liberar las aguas, los poderes de germinación y los "corazones" de las plantas, todo lo cual había permanecido guardado durante el tiempo de secas. Al concluir el tiempo de lluvias, todo volvía a su encierro subterráneo, donde descansaba mientras el Sol cocía con sus rayos el alimento del hombre. El agricultor debía actuar en el ámbito de lo perceptible y en el de lo imperceptible: rozaba, abría la tierra o recogía las mazorcas; pero al mismo tiempo propiciaba ritualmente la llegada de los diversos seres

sobrenaturales que intervenían en el proceso, les agradecía el cumplimiento de sus funciones, los despedía al final de ellas, y quemaba los rastrojos con la creencia de que así liberaba —en el humo— el agua de lluvia que había caído sobre la milpa.

Otro tanto ocurría con la medicina. El cuerpo humano era concebido como un organismo complejo, compuesto por materia pesada y por materia ligera. Ésta, a diferencia de la primera, era imperceptible, y constituía varias entidades anímicas. La más importante era el "corazón", esencia ubicada en el órgano de este nombre. El "corazón" era una parte del dios patrono del grupo, del que derivaban no sólo la naturaleza humana del individuo, sino los rasgos fundamentales de la etnia protegida por el dios. Otra entidad anímica era la "irradiación", o *tonalli,* la cual proporcionaba las peculiaridades individuales del nombre secreto y el destino. Era una porción de los rayos solares que había sido introducida ritualmente en el recién nacido y que le proporcionaba el destino propio del día de la ceremonia. En efecto, se creía que el tiempo era una sustancia divina que viajaba regularmente por el mundo, y que, captada e introducida en el niño, formaba parte de su persona. Una tercera entidad, ubicada en el hígado, regía las pasiones del hombre.

La rectitud moral y la salud del individuo derivaban en buena parte de la armonía de sus entidades anímicas. Las dos últimas podían abandonar temporalmente el cuerpo. La "irradiación", por ejemplo, salía durante el sueño, durante el coito, por efecto de un psicotrópico o de una fuerte impresión. Si era atrapada en el exterior por algún dios, el individuo languidecía, enfermaba y moría.

Las fuentes documentales mencionan cualidades frías o calientes, atribuidas tanto al organismo humano como a las enfermedades, a las medicinas y a los alimentos. No se trata de valores térmicos, sino de su clasificación en el sistema polar al que nos hemos referido. Así, existían males de origen frío o caliente, y, concomitantemente, medicinas y alimentos que por su naturaleza contrarrestaban la acción de las enfermedades. La salud del organismo exigía, por tanto, un estado de equilibrio entre su calor y su frío.

Sin embargo, no todas las enfermedades se debían a la falta de armonía de las calidades esenciales. El mundo se concebía como una gran palestra invadida por infinidad de dioses en contienda. Todo lo colmaban y transformaban, ocupando a las criaturas en forma temporal o definitiva. Las posesiones que los dioses hacían del ser humano

podían ser benéficas o dañinas. Por ellas se explicaban estados de conciencia o de salud tan diversos como la inspiración artística, la lujuria, la inclinación criminal, la locura o el reumatismo. Esto hacía que muchas enfermedades fuesen identificadas como personas sobrenaturales que se alojaban en el organismo. La posesión definitiva significaba la muerte: el dios poseedor se adueñaba del "corazón" del poseído y se lo llevaba a sus dominios en el más allá.

En resumen, la enfermedad era un estado que implicaba, por lo común, un desequilibro o una discordancia, la salida por tiempo prolongado de una de las entidades anímicas o la introducción de un ser sobrenatural en el cuerpo. La intervención del médico era, en primer término, la búsqueda de la causa del mal, que podía ser tan variada como la infracción de una regla moral, la pasión desmedida, la falta de respeto a un anciano, el olvido del culto a un dios en su día, el trato imprudente del cuerpo o el maleficio de un hechicero. Encontrado el origen del mal, el médico procedía a devolver al cuerpo el equilibrio o la armonía perdidos, a rescatar y restituir la entidad anímica extraviada o a expulsar al invasor. El médico actuaba como confesor, guía moral, consejero o partícipe en el ritual religioso, conjurador de las enfermedades y administrador de los medicamentos. La atención más completa al paciente, como es obvio, era de naturaleza mixta, y tenía como objeto cubrir tanto el ámbito perceptible como el imperceptible. Así, el médico que intentaba reducir el hueso fracturado, daba al enfermo un medicamento, entablillaba el miembro e imprecaba a la codorniz divina en la cual se personificaba míticamente la fractura.

El conocimiento del curso celeste y el manejo de los ciclos pertenecen a los ámbitos del saber mesoamericano que más seguramente pueden rastrearse en la historia, hasta el remoto Preclásico. Las investigaciones arqueológicas revelan no sólo la preocupación humana por la sucesión de los tiempos, sino la existencia de un sistema cuyos símbolos perduraron a través de los siglos. El sistema calendárico mesoamericano era, como se ha dicho en capítulos anteriores, la articulación de ciclos de distintas dimensiones. Los habitantes del Centro de México utilizaron un calendario con dos ciclos principales: el de 365 días, dividido en 18 veintenas más cinco días supernumerarios, por el cual se regían las actividades estacionales y las fiestas religiosas más importantes, y el de 260 días, adivinatorio, integrado por la combinación de dos ciclos menores, de 13 y de 20 días. Tenían, además, el de nueve días, adivinatorio también, complementario del anterior pero dedicado

a los destinos marcados por los poderes nocturnos; el lunar y el venusino. La combinación numérica de estos ciclos daba lugar a otros, de grandes dimensiones. Entre éstos el más importante era el de 52 años de 365 días (equivalentes a 73 vueltas del ciclo de 260 días), que es propiamente el "siglo" mesoamericano.

Con el manejo del calendario se pretendía determinar, por medio de cálculos numéricos, la influencia sucesiva de los dioses. Los tiempos, como se ha afirmado, eran dioses que se extendían sobre el mundo, lo invadían y lo transformaban para abandonarlo después de haber impreso su huella. Los dioses-tiempos habitaban en los cielos superiores y en el inframundo. Viajaban por adentro de los cuatro árboles que separaban el cielo de la tierra. Cada uno de estos árboles se distinguía por un color característico. Los dioses llegaban a la morada de los hombres en el orden establecido por los ciclos calendáricos: primero por el oriente, luego por el norte, después por el occidente, a continuación por el sur, para recomenzar por el oriente en un permanente orden levógiro.

Cada unidad temporal era, en realidad, un dios compuesto por varios dioses. Por ejemplo, el día llamado 1 Muerte era producto de la unión del dios 1 con el dios Muerte, y en su conjunto este dios-tiempo se identificaba con Tezcatlipoca, Señor del Destino. Cada dios-tiempo traía consigo una fuerza particular. El mencionado día 1 Muerte era muy favorable para todos los esclavos y durante su transcurso existía el grave peligro de un viraje radical de la fortuna, que podía privar de sus bienes a quienes hasta entonces habían sido prósperos.

Se ha discutido si el calendario mesoamericano, despojado de todo su contenido religioso, tenía un uso eficaz en las actividades productivas. Debe reconocerse que el calendario útil al agricultor no requiere de la complejidad de dicho sistema; con el auxilio de algunas señales de la naturaleza un calendario simple cumple suficientemente los requerimientos reales de las labores del campo. Sin embargo, el saber agrícola —como cualquier otro— estaba articulado inextricablemente con el resto de los campos del conocimiento, y las respuestas a las esperanzas, temores e inquietudes del agricultor estaban contenidas, en buena parte, en las ruedas calendáricas interpretadas por los sacerdotes especializados en su manejo.

El mito, la religión, la magia y la adivinación

Si bien la cosmovisión —como macrosistema de conocimiento— se manifiesta en toda producción social, es en la narración mítica donde se exponen en forma más acabada los grandes principios que el hombre atribuye al orden universal. Lo anterior no quiere decir que en los mitos el enunciado de los principios sea explícito y transparente; pero el mito remite al gran principio del mundo, y debe tomarse en cuenta que dentro de una concepción no evolutiva del mundo —como lo es la mítica— el origen primordial de las criaturas da cuenta de sus peculiaridades y, con ellas, de las bases rectoras de su existencia sobre la tierra. La razón del ser está en su creación.

Así lo concebían los pueblos del Centro de México. Buscaban en el tiempo del mito las causas de todo lo que existía sobre la tierra. Debe hacerse hincapié en que no existe una narración mítica que se refiera a todo el proceso de la creación. Los numerosos mitos que han llegado hasta nuestros días se refieren a fragmentos de dicho proceso que explican el origen particular de las diversas criaturas. Es posible, sin embargo, reconstruir hipotéticamente o con fines heurísticos la concepción global de la creación analizando el sentido de cada uno de los relatos.

Los personajes de los mitos son dioses; esto es, seres sobrenaturales con poder, voluntad y personalidad definida, cuyas acciones regían todos los ámbitos del cosmos. En la región mesoamericana los dioses eran en su mayor parte antropomorfos y, por lo regular, imperceptibles para los hombres, aunque con hierofanías frecuentes. Dentro de la pluralidad del panteón, cada dios estaba limitado a determinados ámbitos cósmicos y actuaba de muy particulares formas. Los fieles expresaban la especificidad de cada divinidad por medio de un complejo código iconográfico. En sus atavíos y divisas se mostraban no sólo sus atributos, sino su ubicación y su función en el universo en un momento determinado.

Los "corazones" o esencias de lo mundano —a los cuales ya nos hemos referido— fueron originalmente los dioses del tiempo primigenio. Algunos relatos cuentan que estos dioses deseaban recibir adoración y que la Pareja Suprema castigó su orgullo condenándolos a poblar la superficie de la tierra y el mundo de los muertos. En su nueva y doble morada, los dioses castigados quedaron sujetos al ciclo de la vida y la muerte. Sobre la tierra estos seres ligeros fueron cubiertos por la mate-

ria pesada y dura. Así, dieron origen a hombres, animales, plantas, minerales, meteoros y astros. Como especies, como clases, siguieron siendo inmortales; pero como individuos debían transitar del ámbito de la vida al de la muerte, y de éste al de la vida. Cuando un ser mundano moría, digamos por caso un conejo, la esencia divina continuaba su ciclo en el reino de la muerte, y allí esperaba el momento de introducirse en el vientre de una coneja preñada, para volver a ocupar el cuerpo de un nuevo individuo de la misma especie.

Otros mitos se refieren al establecimiento de la gran máquina cósmica que pondría a circular a los dioses como fuerzas transformadoras. Hemos dicho que el tiempo surgía, ordenadamente, por cada uno de los cuatro árboles de colores que estaban en los extremos del mundo. El tiempo era la unión de los elementos divinos contrarios. Dentro de cada tronco cósmico se producía la unión del fuego celeste y el agua del inframundo. Uno de los principales asuntos narrados en los mitos es la conjunción de las dos sustancias opuestas y complementarias. Esta unión formaba el tiempo. El encuentro tenía por símbolo la guerra, y su representación visual era la figura entrelazada del *atl-tlachinolli* ("el agua, la hoguera").

Entre los relatos más conocidos sobre el tema sobresalen el del diluvio y el de los músicos del Sol. El primero narra que una pareja logró salvarse de la gran inundación dentro de un tronco hueco. Tras retirarse las aguas, los sobrevivientes trataron de calmar su hambre, asando los peces que encontraron muertos en el lodo. El humo de la hoguera ascendió a los cielos y causó la ira de los dioses. Los dos infractores fueron decapitados por su enorme pecado, pues habían unido los contrarios: los peces (materia muerta, acuática, fría) y el fuego (materia viva, seca y caliente).

El segundo mito se refiere a la trampa que Tezcatlipoca, dios de la Noche, fraguó contra el Sol. Tezcatlipoca envió a su negro hijo, Ehécatl, a capturar con sus cantos a los músicos celestes, personajes que aparecen vestidos con los cuatro colores característicos de los árboles cósmicos. El Sol prohibió a sus músicos que respondieran al enviado nocturno; pero éstos, sin poder resistir la belleza del canto, contestaron con su música, y así uno a uno fueron quedando atrapados por el ritmo de las alternancias. La unión de canto y música, de colores y negrura, del día y la noche, dieron origen a la fiesta del mundo.

Los mitos del origen del hombre no escapan a la lógica de la combinación de las dos sustancias. Quetzalcóatl, símbolo de la vida, va al

mundo de los muertos, donde obtiene del Señor del Inframundo los huesos y las cenizas que necesita para su empresa. Tras graves peripecias en el camino, llega a Tamoanchan (el lugar genérico de la creación), donde muele los huesos y mezcla el polvo inerte con la sangre de su propio pene. De la masa resultante surgirá el ser humano.

Con el mito anterior queda claro el papel de Quetzalcóatl como creador del hombre. Pero era necesario, además, exponer cómo habían sido originados los grupos y subgrupos humanos a partir de sus respectivos dioses patronos. Todo se explicaba con base en el mismo mito del viaje al mundo de los muertos. Los cambios en el relato son mínimos, aunque muy significativos. Uno de los dioses, Xólotl, desciende y obtiene la materia fría de la muerte; pero no lleva los huesos a Tamoanchan, sino a Chicomóztoc, el lugar de los siete úteros donde los diferentes grupos humanos eran paridos en conjuntos de siete. En este lugar todos los dioses se sangran para dar origen a sus respectivos hijos. Debido a lo anterior cada grupo tenía su propio progenitor y protector divino.

¿Son contrarias la unidad de Quetzalcóatl y la multiplicidad de los dioses que se sangran? No, si se entiende que en el pensamiento mesoamericano los dioses tenían la capacidad de dividirse en varias personas o de fundirse en una. Vimos el mismo fenómeno cuando hablamos de las unidades temporales; cada unidad era un dios constituido por la unión de otros. En el caso del primer mito de origen del hombre, Quetzalcóatl es el patrono de la humanidad. En el segundo se descompone en múltiples deidades que serán, individualmente, las formadoras de cada uno de los grupos humanos que sucesivamente irán apareciendo en la historia.

La fusión máxima lleva a la idea del dios supremo, al que los nahuas del Centro de México daban, entre otros nombres, los de Yohualli Ehécatl ("Invisible e Impalpable"), Tlácatl ("La Persona"), Moyocoyani ("El Arbitrario") y Ometéotl ("Dios Dos"). Este último nombre es sumamente interesante porque alude a la integración de una deidad masculina con una femenina como símbolo de la unión de las dos sustancias opuestas y complementarias.

De la divinidad suprema derivaba una multitud de dioses individualizados por sus funciones en la dinámica cósmica. Cada uno de ellos tenía su propia personalidad, poderes y atavíos. Generalmente se formaban parejas y grupos mayores que dominaban los grandes sectores del mundo. Por ejemplo, Cihuacóatl, Tlazoltéotl, Toci, otras diosas ma-

dres terrestres y lunares, y Tláloc, el dios de la lluvia, presidían el ámbito de lo frío. Xiuhtecuhtli, señor del fuego, y Huitzilopochtli, dios del Sol, estaban al frente de los dominios ígneos y celestes. Cuatro dioses de colores diferentes actuaban en los cuatro postes de los extremos del mundo. Xipe Tótec y Quetzalcóatl provocaban los movimientos y las luchas de las sustancias opuestas. A su vez, los dioses se subdividían en advocaciones. Por último, lo divino se fragmentaba al grado de diluirse en la infinitud de los seres del universo, pues todos ellos tenían al menos una partícula de lo sagrado.

El mesoamericano seguía tres vías para enfrentarse a lo divino. Podía rogar a los seres invisibles, colocándose en una posición de inferioridad y dependencia; podía tratarlos desde un plano de igualdad o de superioridad, o podía sumergirse en los misterios de lo sagrado sin necesidad de entablar un diálogo. En el primer caso, el hombre actuaba dentro de los marcos religiosos; en el segundo, de los mágicos, y en el tercero, de los adivinatorios. Los tres campos se diferenciaban en sus técnicas; pero en la práctica los límites eran borrosos y la mezcla de procedimientos era lo más común.

Los mexicas y sus contemporáneos imaginaban que la complejidad de su entorno se debía a la multiplicidad de los dioses, pues éstos eran la causa oculta de los fenómenos. Los procesos naturales, por tanto, se explicaban como la sucesión de las fuerzas sobrenaturales que llegaban al mundo. El ser humano estaba obligado a recibir dignamente, con el ritual específico adecuado, a cada uno de los dioses que iban manifestando su poder sobre la tierra. Además, debía contribuir con su esfuerzo —y aun con su propia vida— a la continuidad de los ciclos y a la renovación de las criaturas. Era el colaborador de los dioses.

Paralelo a un intenso culto individual, el rito colectivo adquirió enormes proporciones tanto en nivel comunal como estatal. Fue una de las prácticas más significativas para la cohesión social y para la acción política. La frecuencia de las fiestas, su riqueza de manifestaciones, su fasto y su dispendio hicieron del culto público una de las preocupaciones más profundas del habitante del Centro de México.

Los ritos colectivos pueden dividirse en calendáricos y no calendáricos. Los más importantes de los calendáricos correspondían a las 18 veintenas del ciclo de 365 días. En cada veintena tenían lugar ceremonias ligadas a deidades o grupos de deidades específicas en las que se les ofrecían comida, flores, sangre, papel teñido con hule, joyas, vestidos, incienso y fuego. Estas ofrendas se hacían en medio de plegarias,

danzas, música y canto, de reactualizaciones míticas, peregrinaciones, escaramuzas militares, juegos y consumo de alimentos específicos. Entre otros muchos autores, Henry B. Nicholson ha puntualizado la correspondencia de estos festivales con la fertilidad de la tierra y los sucesivos periodos del ciclo agrícola. Para la exacta correspondencia entre las veintenas y los periodos agrícolas era indispensable algún tipo de corrección bisextil. Sin embargo, Michel Graulich ha desarrollado toda una explicación basada en la inexistencia del bisiesto. Según él, las fiestas tuvieron en el pasado remoto una correlación directa con las labores del campo; pero, con el transcurso del tiempo se fueron desfasando hasta perder su sentido agrícola. Aunque muchas de las ideas de Graulich son sugerentes, es difícil concebir que los mesoamericanos hayan creado todo un complejo calendárico ritual que sólo hubiera tenido concordancia con la naturaleza durante una época relativamente corta.

En lo tocante a los ritos no calendáricos, los principales estaban ligados a los momentos más trascendentes de la vida de los hombres (nacimiento, inscripción escolar, matrimonio, honores militares, defunción, etcétera), a las respuestas colectivas ante las catástrofes (derrotas bélicas, inundaciones, sequías, terremotos, etcétera) y a las rogativas ocasionadas por los fenómenos que consideraban anuncios de desgracias como los eclipses y los cometas.

Se buscaba la comunicación religiosa porque se creía que los dioses eran apetentes de reconocimiento y ávidos de los bienes del hombre. El tipo de relación más común era entablado bajo la forma social de la oblación; el devoto, al entregar su ofrenda, pedía ayuda a los dioses o les agradecía la merced recibida. El bien más preciado por los dioses era la sangre humana, razón que impulsaba al fiel a ofrecer la propia o entregar víctimas para el sacrificio. Una parte de las occisiones rituales era el pago por los favores divinos recibidos; otra parte tenía la finalidad de preservar el movimiento cósmico. Para el efecto, muchas víctimas eran convertidas ritualmente en receptáculos de las fuerzas divinas y, una vez transformadas en hombres-dioses, se les mataba durante las fiestas. Con su destrucción se provocaba el inmediato nacimiento cíclico de los dioses renovados por la muerte. Como anteriormente hemos afirmado, en el Centro de México, sobre todo en tiempos mexicas, la expansión militar contribuyó al incremento del fervor religioso y, particularmente, de los sacrificios humanos.

A diferencia de las religiones de salvación-condenación, la meso-

americana se caracterizó por centrar sus preocupaciones en la vida terrena del hombre. La muerte no fue concebida como el ingreso en la verdadera existencia, sino como el principio de la disgregación de lo que había constituido la integridad y plenitud del ser humano. Según los mexicas, una de las entidades anímicas, la alojada en el corazón, viajaba al más allá, dirigida al Mundo de los Muertos, al Cielo del Sol, al Lugar de Tláloc o al Árbol Nodriza, de acuerdo con la causa y condiciones de la muerte del individuo. Al primer lugar iban quienes perecían de muerte común; al reino solar, los guerreros muertos en combate y las mujeres fallecidas en su primer parto; al dominio de la lluvia, quienes morían por motivos acuáticos (por rayo, ahogados, hidrópicos, bubosos, leprosos, etc.), y al Árbol Nodriza, los niños que no habían probado sino la leche de sus madres. Si bien el destino final podía responder a la moralidad del individuo, se consideraba una consecuencia de haber penetrado en los ámbitos de un dios, el mismo que causaba la muerte.

La magia, fundada en la coacción ejercida por el hombre para influir en la voluntad de los seres sobrenaturales, desarrolló entre sus técnicas dos que merecen una mención particular. La primera fue la comunicación a través de un discurso denominado *nahuallatolli* o "lengua de lo oculto", sumamente difícil de comprender, pero lógico y directo, en consonancia con los fines prácticos que perseguía. El discurso se basaba en buena parte en una nomenclatura que ubicaba de inmediato a los participantes del proceso en el plano sobrenatural: el mago, su cliente, los agresores y los colaboradores, todos se igualaban cuando se recalcaba su aspecto imperceptible. Como puede suponerse, algunos nombres hacían referencia directa al tiempo de la creación, pues se invocaba a los seres por su denominación secreta, la que correspondía al día de su creación. Por ejemplo, si en el proceso intervenía un árbol o un pedazo de madera, su nombre era 1 Agua, derivado del día del ciclo primigenio en el cual se originaron los árboles; si estaba presente el fuego, se le llamaba 4 Caña. El mago, por supuesto, se atribuía el nombre divino que le proporcionaba una adecuada posición de ventaja.

La segunda técnica fue el viaje al mundo de los dioses, que el mago creía realizar exteriorizando una de sus entidades anímicas. El recurso más frecuente era la ingestión de psicotrópicos. El mago imaginaba actuar en los ámbitos de los dioses, con la convicción de que su intervención en el tiempo/espacio mítico trascendería sobre la tierra. Los

viajes al otro tiempo/espacio se consideraban sumamente peligrosos, y lo eran en verdad por los daños que podían resultar de la ingestión de las drogas. Por lo regular, esta técnica era exclusiva de los especialistas de la magia.

Se recurría a la magia con relativa frecuencia. Uno de sus campos era el de la medicina; otro, el del control de los meteoros, principalmente la lluvia y el granizo. El lego hacía uso de ella en actividades laborales, como eran la siembra, la tala de árboles, la pesca, la caza, la producción de cal o la castración de colmenas. En cambio, solicitaba la intervención del especialista para el ritual de inauguración de la casa o del baño de vapor. Sin embargo, el campo más notable y más temido era el de la hechicería, abundante en técnicas específicas. Una de ellas —que no siempre servía a los antisociales propósitos de la hechicería— era el nahualismo. El mago nahual creía poder ocupar con una de sus almas el cuerpo de un animal o una bola de fuego para desenvolverse oculto entre sus enemigos.

La adivinación, por último, desarrolló cuatro técnicas principales: el viaje extático mencionado anteriormente; el manejo de objetos cuyos movimientos o aspecto se interpretaban a partir de los principios de la isonomía cósmica; el uso del calendario adivinatorio junto con la observación de los cielos, y la interpretación de los sueños.

Con el viaje extático el adivino creía situarse en los cielos superiores o en el inframundo, donde el tiempo se encontraba en perpetuo presente y donde era posible observar pasado, presente y futuro del mundo del hombre. Un procedimiento terapéutico era el del *pahini* ("el que toma la medicina"); el médico ingería un psicotrópico, y durante el éxtasis descubría el origen del mal de su paciente.

La adivinación por isonomía hacía uso de múltiples objetos. Entre los más comunes se encontraban los granos de maíz o los atados de cuerdas. El adivino arrojaba maíz o cuerdas sobre un lienzo o hacía girar los granos en el agua de un recipiente, confiando en que el proceso que constituía su problema tuviera un desarrollo paralelo en aquellos objetos que él consideraba equivalentes. Por ejemplo, las partes del cuerpo de su paciente correspondían a los granos de maíz, por lo que la posición que adquirían sobre el lienzo indicaba cuál era el estado del enfermo.

La adivinación por medio del calendario de los destinos era una operación que se inclinaba considerablemente más a los cómputos matemáticos que a la astrología. El especialista determinaba cuáles

eran los dioses que intervenían en cada unidad temporal, y confrontaba sus acciones y su poder para calcular el valor del destino.

En cuanto a los sueños, las fuentes mencionan la existencia de libros para su interpretación, y quedan brevísimos textos de su contenido.

La adivinación caía bajo el dominio de los conocedores, con frecuencia de los magos, aunque el manejo del calendario correspondía a sacerdotes muy prestigiados, especialistas en los libros de los destinos y en la observación de los astros.

Oaxaca en el Posclásico

Oaxaca es una de las áreas mesoamericanas donde se manifiesta más claramente el proceso de fragmentación política que dio su sello característico al Posclásico. Dicho proceso —bautizado por algunos autores como "balcanización" por la proliferación de pequeños estados hostiles— tiene un origen fijado entre 800 y 900 dC. El Posclásico oaxaqueño no sólo significó la fragmentación del territorio, las guerras endémicas y la generalización del sistema de alianzas matrimoniales entre elites; otros fenómenos de gran trascendencia fueron la explosión demográfica y el enriquecimiento y diversificación del paisaje cultural a partir de 800/900 dC como consecuencia de los vaivenes políticos y los flujos migratorios. Estos hechos se reflejan de manera nítida en el mapa lingüístico del área: a la llegada de los españoles había hablantes de nueve lenguas de la familia oaxaqueña (amuzgo, chatino, chocho, ixcateco, mazateco, cuicateco, mixteco, trique y zapoteco), dos lenguas de la familia mixe (mixe y zoque), más el chontal, el huave y el náhuatl. Este mosaico, lejos de lo que pudiera suponerse, no inhibió los contactos sociales durante el periodo; por el contrario, el registro arqueológico da fe de un incremento insólito en los intercambios de bienes e ideas que trascendían cotidianamente las fronteras políticas y étnicas, y que enriquecieron el sustrato cultural compartido.

Aparte de estas notas generales sobre el Posclásico, poco podemos decir con certeza acerca de la historia y la arqueología de la mayor parte de las 14 provincias geográficas de Oaxaca. En abierto contraste con la abundante bibliografía sobre mixtecos y zapotecos, son francamente raquíticos los estudios sobre las demás sociedades de su época. Arqueológicamente, la información más completa de este periodo (entre 800/900 y 1530 dC) procede del Valle de Oaxaca (fase Monte Al-

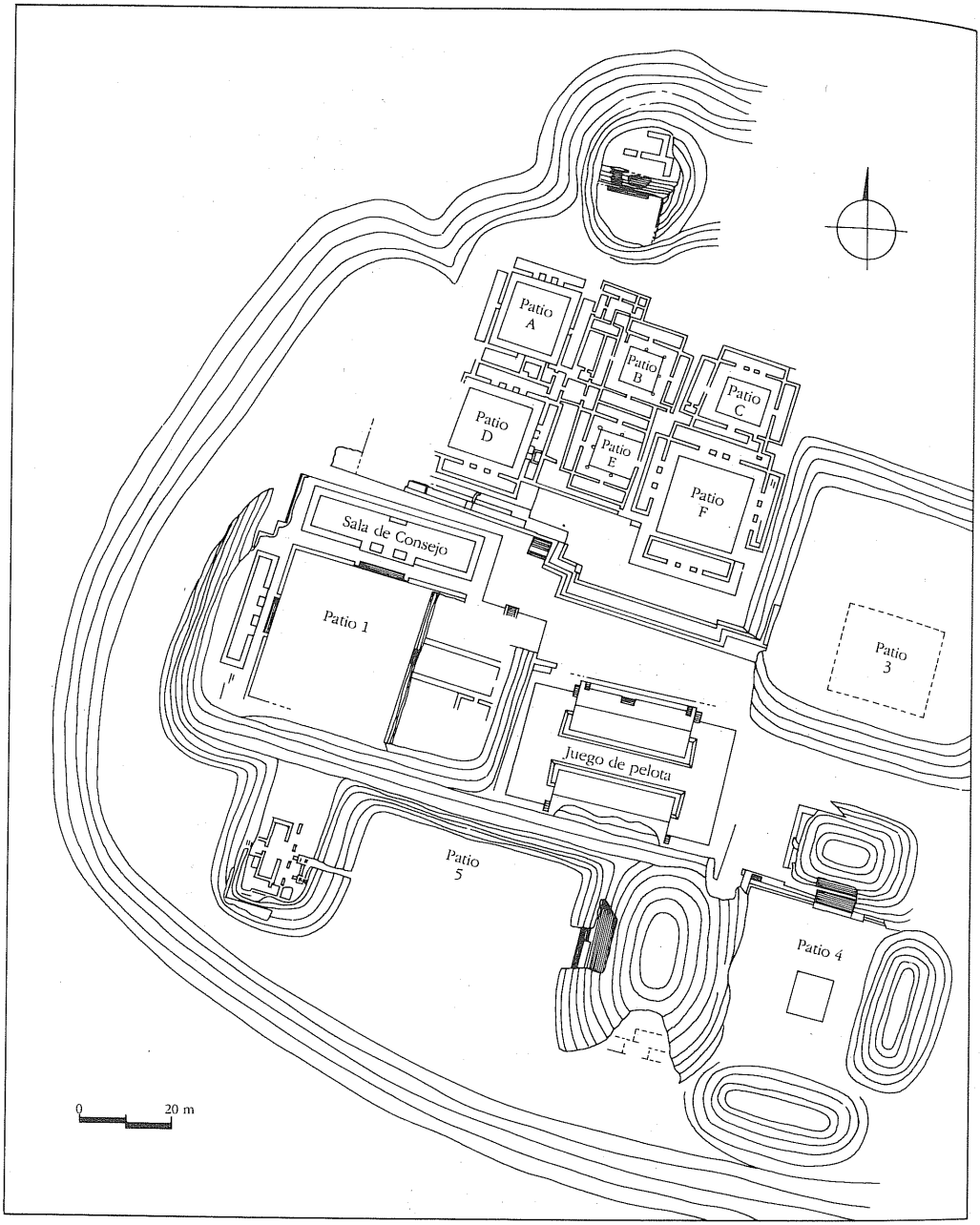
bán V), de la Mixteca Alta (fase Natividad) y del Istmo de Tehuantepec (fases Aguadas y Ulam). Esta información se complementa con la contenida en los códices mixtecos prehispánicos, en las *Relaciones geográficas* escritas en las postrimerías del siglo XVI y en las obras de religiosos como fray Francisco Burgoa.

Sin lugar a dudas, el cuadro más acabado tanto en el nivel sincrónico como en el diacrónico nos lo ofrecen los registros sobre la sociedad mixteca. Es una lástima que carezcamos de información semejante sobre los zapotecos. El lector debe tomar en cuenta, sin embargo, que los datos más fragmentarios acerca de este último grupo muestran algunas semejanzas políticas y sociales con los mixtecos, producto de una larga historia compartida.

De manera análoga a lo que sucedía en el mundo andino en esta misma época, sabemos que los señoríos mixtecos eran básicamente autosuficientes, ya que contaban con territorios discontinuos, distribuidos en ecosistemas pertenecientes a distintas altitudes. Esto les permitía proveerse de toda clase de recursos procedentes de tierras tanto cálidas como frías. Sin embargo, la extensión total de un señorío no era por lo regular demasiado grande; en muchos casos se hacía el recorrido a pie de un extremo a otro en una sola jornada.

A pesar de que en circunstancias particulares los señoríos podían integrarse en confederaciones (como la de Tilantongo-Teozacoalco o la de Coixtlahuaca-Yanhuitlán), cada uno de ellos era una entidad independiente cuya población se distribuía en la capital y en asentamientos satélites de distinta jerarquía. Aunque algunas capitales del Posclásico estaban situadas en la cumbre de cerros, la mayoría se asentaba en las laderas bajas de valles fértiles, en lugares casi siempre próximos a ríos importantes y tierras aluviales. Ya que estos últimos emplazamientos eran sumamente vulnerables al ataque externo, se construyeron fortalezas en partes más elevadas, desde donde se velaba por la seguridad de la ciudad.

La capital era la sede política, religiosa y comercial del señorío. En ella convivían las numerosas clases que conformaban un sistema jerárquico que se supone más complejo que el del Clásico. Las clases sociales mencionadas en las fuentes son muy numerosas, pero pueden ser agrupadas a grandes rasgos en cuatro categorías: la del rey *(yya)* y los principales *(dzayya yya),* la de los hombres libres *(tay ñuu),* la de los terrazgueros *(tay situndayu)* y los sirvientes *(tay sinoquachi),* y la de los esclavos *(dahasaha).*



MAPA V.3. *Plano de la zona arqueológica de Yagul, Oaxaca. Área Oaxaca, periodo Posclásico*

En la cúspide de la pirámide, los *yya* legitimaban su posición de máximo privilegio remontando su ascendencia hasta los guerreros divinos. Según relatan algunos documentos, años después de haber sido engendrado por los dioses, Quetzalcóatl fue enviado a la tierra con el fin de fundar las dinastías mixtecas. En el mítico Apoala dio origen a los cuatro guerreros divinos, desgajando las ramas de unos ahuehuetes que crecían a la orilla del río. A continuación, Quetzalcóatl los hizo contraer nupcias con las hijas de Culebra de León y Culebra de Tigre estableciendo así cuatro casas dinásticas, cada una en un extremo de la tierra.

Para perpetuar esta línea directa de descendencia divina y el legítimo derecho a gobernar, un *yya* se veía obligado a casar a sus hijos con los hijos de otros *yya*. Invariablemente, el varón heredero al trono debía contraer matrimonio con varias mujeres de su misma estirpe, a las cuales llevaba a vivir al señorío de sus padres. Gracias a este sistema de poligamia y patrilocalidad, se lograba tejer una intrincada red de alianzas matrimoniales entre numerosos señoríos, a la vez que se garantizaba la autonomía de cada casa real.

Los *yya* también solían unirse temporalmente con las hijas de los principales o *dzayya yya*. Una vez que quedaban embarazadas, estas mujeres regresaban a casa de sus padres y, poco tiempo después, eran casadas con hombres de su condición. La razón política de esta práctica era estrechar los vínculos sociales en sentido vertical: el señor compartía con sus hijos su naturaleza semidivina, recibiendo a cambio su lealtad y su auxilio en las funciones de dirección militar, administrativa, judicial y sacerdotal.

El grupo de los *dzaya yya* era heterogéneo, ya que incluía desde miembros del consejo real hasta jefes de *siqui* (institución análoga al *calpulli)*. Un *dzaya yya* gozaba de esta posición en la escala social por herencia de sus padres, o por méritos personales de beneficio colectivo. Tal parece que, al igual que los *yya,* los *dzaya yya* extendían sus vínculos de parentesco al siguiente escaño jerárquico a través de las uniones transitorias con mujeres plebeyas.

Los *tay ñuu* u hombres libres comunes, vivían agrupados en *siquis,* unidades de parentesco que reconocían un antepasado divino común, gozaban de derechos colectivos sobre el suelo que habitaban y tenían obligaciones compartidas hacia su señor. Internamente, como lo define Rodolfo Pastor, el *siqui* era una entidad gentilicia compuesta por decenas de familias extensas y monógamas, y encabezada por un jefe

cuya autoridad se derivaba de su ascendencia. Entre sus atribuciones principales, el jefe tenía a su cargo la organización del culto a la deidad protectora del *siqui* y la dirección militar. Sus servicios eran retribuidos colectivamente por el grupo.

Los miembros del *siqui* tenían como ocupación principal el cultivo de sus tierras, fueran de temporal o de regadío. Paralelamente a las faenas agrícolas, realizaban múltiples tareas domésticas y un oficio artesanal característico, gracias al cual el *siqui* ingresaba en los sistemas de intercambio local y regional. Las artesanías mixtecas fueron célebres en Mesoamérica por la alta calidad de su trabajo. Entre ellas destacan los tejidos de algodón teñidos con grana cochinilla; la cerámica polícroma pulida; las joyas de oro y plata y los adornos e instrumentos de cobre; las pequeñas esculturas de jadeíta, cristal de roca y tecali; los mosaicos de turquesa, y las finísimas tallas en concha y hueso.

La información es menor respecto de la tercera y cuarta categorías. De los terrazgueros y sirvientes sabemos que eran hombres despojados por la guerra de sus derechos sobre la tierra, y que tenían que servir a los señores. Por su parte, los esclavos *(dahasaha,* literamente "mano-pie") eran hombres prácticamente sin derechos que, incluso, podían ser ofrecidos en sacrificio.

En la actualidad contamos con un cúmulo nada despreciable de datos sobre el devenir político de los señoríos mixtecos y, en menor medida, de sus vecinos zapotecos. Esta información procede fundamentalmente de los códices *Nuttall, Bodley, Selden I* y *II, Colombino, Becker I* y *II, Vindobonensis* y *Sánchez Solís,* así como de muchos otros documentos pictográficos y relaciones elaborados durante la Colonia. Gracias al trabajo pionero de Alfonso Caso y sus continuadores podemos leer con bastante confiabilidad pasajes completos de la historia mixteca. Éstos se centran casi exclusivamente en la crónica dinástica y militar de los señores locales: nacimientos, matrimonios, alianzas, ritos de paso, conquistas, asesinatos políticos y muertes reales.

Entre todas las narraciones históricas mixtecas, sobresalen por sus implicaciones en el nivel regional las referentes a 8 Venado Garra de Jaguar (1011-1063 dC). Nacido en Tilantongo y perteneciente a uno de los linajes más renombrados de la Mixteca Alta, 8 Venado tenía la desdicha de no ser el sucesor directo al trono. Por ello, de acuerdo con algunas versiones, a los 19 años tuvo que establecerse en el señorío de Tututepec —dependiente de Tilantongo—, convirtiéndolo a la postre en una pujante capital expansionista. Según otras versiones, 8 Ve-

nado mandó sacrificar a su tío y a siete parientes que podían reclamar la sucesión legítima al trono de Tilantongo. Ya sin obstáculos, asumió el poder tanto de dicho señorío como de Tututepec. Cualquiera que haya sido el caso, lo cierto es que a partir de ese momento 8 Venado dio inicio a una nueva página de la historia mixteca, sometiendo por las armas a más de 70 señoríos circundantes. Tal parece que estas conquistas no implicaron la eliminación de los gobiernos locales, sino tan sólo el reconocimiento de subordinación y el pago periódico de tributos. A sus 33 años y tras la derrota que infligió al prestigiado señorío de Acatepec, 8 Venado habría viajado a Tollan para perforarse la nariz y colocarse en ella un ornamento que simbolizaba su nuevo estatus de gran señor y guerrero. Al final de su vida, prácticamente todos los pueblos de las Mixtecas Alta, Baja y de la Costa constituían un solo territorio dependiente de Tilantongo y Tututepec. La muerte de 8 Venado, a manos de su sobrino o de los gobernantes de un señorío que intentaba subyugar, marca el fin de la efímera unidad mixteca. Sus sucesores recurrirían, no siempre con éxito, al uso de las armas y a las consabidas alianzas matrimoniales para intentar recobrar el antiguo régimen.

Comparativamente, la historia posclásica del Valle de Oaxaca plantea muchas más incógnitas. No deja de sorprendernos la cantidad de preguntas básicas que no han podido resolverse tras décadas de ardua investigación. Por ejemplo, hoy día no se sabe con certeza quiénes fueron los constructores de centros de tanto renombre como Mitla y Yagul, quiénes elaboraron la cerámica gris G3M, y cuál era el peso político correlativo de mixtecos y zapotecos en la región a lo largo de los más de 500 años que comprende este periodo. El reto principal de los especialistas ha sido intentar definir los acontecimientos posteriores a la caída de Monte Albán, y aquilatar la importancia de la continuidad cultural con respecto al influjo de nuevos grupos al Valle de Oaxaca.

Los datos contenidos en las *Relaciones geográficas* del siglo XVI no son, por sí mismos, suficientes para precisar la naturaleza de la influencia mixteca. Por ejemplo, una de estas relaciones menciona, acerca del señorío zapoteco de Zaachila (Teozapotlan), la concertación de dos matrimonios con nobles de la Mixteca Alta: el primero contraído por el señor de Zaachila alrededor de 1280, y el segundo por la cuñada de otro de los señores de este sitio poco antes de la Conquista. Como resultado de este último enlace, gente mixteca mayoritariamente dedicada a las tareas agrícolas se asentó junto a la nueva pareja en

Sa'a Yucu (Cuilapan). Años más tarde, los habitantes de Sa'a Yucu se enfrentaron militarmente a la gente de Zaachila, venciéndola y obligándola a cambiar su capital al lejano Tehuantepec. Después de esta victoria, nos cuenta la fuente, los mixtecos lograron sojuzgar a casi todos los señoríos del valle, entre ellos Mitla. En franca contradicción con lo anterior, otra de las *Relaciones* cita que Mitla era un centro religioso zapoteco que nunca fue conquistado por los mixtecos. Esto nos demuestra que los habitantes indígenas de cada lugar daban a los redactores de la relación una visión propia y sesgada de la historia local, hecho que complica la labor de los investigadores actuales.

La información arqueológica tampoco es contundente. Entre los múltiples hallazgos que atañen a esta problemática descuellan el de la Tumba 7 de Monte Albán, y el de la Tumba 1 de Zaachila. Los restos humanos y las ofrendas encontrados en la primera de estas tumbas datan probablemente del siglo XIV o del XV y fueron inhumados en una cámara funeraria construida mucho tiempo atrás, durante el esplendor de Monte Albán. Su importancia reside en que, junto a más de una docena de individuos, fueron colocados objetos del más puro estilo mixteco: joyas de oro y plata, huesos tallados, mosaicos de turquesa, orejeras de obsidiana, etc. Por su parte, la tumba de Zaachila, además de su ofrenda funeraria compuesta por ricos materiales mixtecos, estaba decorada por la representación de dos personajes cuyos nombres se repiten en los códices de este pueblo. No obstante, ante tales datos hay que ser cautos, ya que el origen de las ofrendas no tiene que corresponder necesariamente a la etnia de los individuos enterrados.

Las bellísimas manifestaciones arquitectónicas de Mitla y de Yagul no arrojan demasiada luz. Mientras que algunos de sus elementos característicos (grecas escalonadas, tableros de doble escapulario) ya están presentes en la arquitectura zapoteca desde la fase Monte Albán II, otros (grandes columnas y dinteles monolíticos, mosaicos de piedras admirablemente ensambladas, arreglo general de cuartos y pinturas tipo códice) no tienen antecedentes en la región. Estos elementos arquitectónicos tampoco se encuentran en las Mixtecas; pero las pinturas murales del Grupo de la Iglesia, en Mitla, son las típicas de los códices mixtecos.

Ante esta compleja problemática se han desarrollado dos posiciones extremas que han sido confrontadas, en ocasiones con demasiado vigor. Por un lado se encuentran autores como Alfonso Caso, Ignacio Bernal y John Paddock, quienes afirman que la cultura conocida como

Monte Albán V es el resultado de una o varias invasiones mixtecas en el Valle de Oaxaca. Estas implantaciones masivas habrían eclipsado la cultura de las poblaciones zapotecas, absorbiendo algunas de sus características y adquiriendo una idiosincrasia propia. Los defensores de la posición opuesta, entre ellos Kent V. Flannery y Joyce Marcus, sostienen que Monte Albán V es el resultado evolutivo de Monte Albán IV, lo que, en pocas palabras, significa que los portadores de esta cultura eran zapotecos. La presencia de estilos y objetos mixtecos en el Valle de Oaxaca se explicaría como consecuencia de intercambios y de emulación de modas. Desde esta perspectiva, la presencia mixteca directa se limitó casi exclusivamente a los intercambios de mujeres entre elites.

En su estado actual, esta polémica se encuentra muy lejos de su solución. Hay abundantes testimonios en favor y en contra de cada una de ambas posiciones, lo que indica que los fenómenos históricos fueron mucho más complejos de lo que las dos hipótesis plantean. No puede negarse la presencia mixteca en el Valle de Oaxaca, como tampoco puede afirmarse una supuesta hegemonía absoluta de este pueblo sobre el zapoteco. Probablemente futuros estudios formulen modelos más elaborados que nos hablen de una realidad sumamente fluctuante en la cual intensos procesos de intercambio, emulación, hibridación cultural y fusión étnica expliquen el panorama histórico y arqueológico.

Con la llegada de los mexicas a Oaxaca se inicia el último capítulo de la historia posclásica del área. A mediados del siglo XV, ninguna capital mixteca o zapoteca había podido repetir la hazaña unificadora de 8 Venado. Los tres siglos y medio que siguieron a la muerte de este célebre personaje fueron de interminables guerras intestinas, las cuales mermaban con rapidez las fuerzas de cualquier señorío que adquiriese cierta supremacía. El estado crónico de fragmentación y antagonismo hizo de mixtecos y zapotecos presas fáciles de los ejércitos de la *excan tlatoloyan*.

Las reiteradas campañas militares que los mexicas y sus aliados emprendieron desde 1458 perseguían dos objetivos estratégicos. El primero era sojuzgar a los señoríos que se emplazaban a lo largo de la ruta comercial entre Tenochtitlan y Tochtépec, y controlar esta plaza, encrucijada de los caminos que conducían a Xicalanco y al Soconusco. El otro objetivo era la percepción de ricos tributos oaxaqueños: oro, piedras verdes, turquesa, grana, prendas y mantas de algodón, además de maíz, frijol y chía.

La amplia superioridad de las huestes de la Triple Alianza se reflejó en una larga cadena de victorias durante seis décadas. Sólo unas cuantas capitales fueron capaces de resistir estos embates y conservar su independencia. Tal fue el caso del señorío mixteco de Tututepec y del zapoteco de Tehuantepec. El señor de Tehuantepec, Cocijoeza, tuvo que solicitar el apoyo de miles de mixtecos de Achiotla para derrotar heroicamente a la armada mexica desde la famosa fortaleza sitiada de Guiengola. Al enterarse del revés, Ahuítzotl, el *tlatoani* tenochca, prefirió solucionar el problema casando su hija con Cocijoeza.

Fue difícil para los mexicas mantener el sistema de recaudación de tributos. Las fuentes escritas mencionan continuas negativas de pago, rebeliones armadas y asesinatos de mercaderes y embajadores mexicas. La respuesta fue la represalia brutal, que destinó una enorme cantidad de cautivos al sacrificio, aumentó exageradamente la carga tributaria, eliminó la nobleza local e impuso gobernadores.

El Occidente en el Posclásico

El Occidente se caracteriza por ser, entre todas las áreas mesoamericanas, la que muestra la mayor diversidad cultural. Gracias a sus múltiples recursos naturales, alcanzó una considerable densidad de población; pero ésta se encontraba por lo regular distribuida en unidades sociopolíticas que controlaban territorios relativamente pequeños. Otto Schöndube atribuye esta característica a la difícil comunicación interregional, debido a la geografía accidentada y a que muchas de las unidades eran casi autosuficientes, ya que sus ecosistemas les ofrecían recursos complementarios.

Durante el Posclásico, el panorama general era el de una pléyade de pequeños señoríos enfrascados en continuas guerras. Por lo común, las poblaciones menores se aglutinaban alrededor de centros que llegaban a tener unos 5 000 habitantes, algunos de los cuales controlaban pequeños sistemas de riego y erigían arquitectura monumental, sin que ésta llegara a las dimensiones alcanzadas en otras áreas mesoamericanas. Entre estos centros se encontraban Amapa e Ixtlán del Río en Nayarit; Autlán y Etzatlán en Jalisco, y El Chanal en Colima, este último de dimensiones casi urbanas, con cinco grandes montículos y una cancha de juego de pelota. Algunos autores, entre ellos Phil C. Weigand, señalan que numerosos asentamientos parecen haber estado

organizados jerárquicamente en unidades políticas de importancia; tal sería el caso de los sitios de la zona de Sayula-Atoyac-Zacoalco y de los del Valle de Atemajac.

El Posclásico del Occidente, que algunos consideran que se inicia hacia 600 con la desaparición de la Tradición de las Tumbas de Tiro, está marcado por el incremento de las relaciones con el exterior. El área norte, al sufrir las terribles sequías que dieron fin, entre 800 y 900, a la Cultura Chalchihuites, expulsó a sus agricultores para provocar en el Occidente un crecimiento de la población y la formación de una amplísima frontera con los pueblos recolectores-cazadores que ocuparon los territorios abandonados por los sedentarios. La llegada de los agricultores septentrionales significó para el Occidente no sólo una aportación cultural, sino una presión demográfica que pudo haber propiciado cambios en la organización política hacia sistemas más complejos, como lo fue el de los tarascos.

Otras relaciones se establecieron con América del Sur. A partir de los análisis de Dorothy Hosler se sabe que hacia el año 800 la metalurgia del cobre, el oro y la plata ingresó en el Occidente, probablemente desde Ecuador. De esta manera el área se puso a la cabeza de toda Mesoamérica en el trabajo de los metales. La importancia del cobre fue tal en el Occidente que no sólo se utilizó para fabricar objetos de lujo —como cascabeles, adornos y depiladores—, sino también coas de labranza, hachas para cortar árboles, escoplos para tallar madera, anzuelos y puntas de proyectil para la caza y la guerra. Tiempo después, hacia 1200, llegó al Occidente, al parecer de Perú, la tecnología del bronce.

Debemos mencionar también las interrelaciones culturales del Occidente con el Centro de México. Una de las expresiones más notables de estos vínculos es la bella decoración polícroma de las piezas de cerámica fabricadas a lo largo de la franja costera que va de Sinaloa al norte de Jalisco. Nos referimos particularmente a los elaborados motivos de plumas, grecas escalonadas, serpientes emplumadas y otros muchos diseños de profundo simbolismo religioso, pintados hasta con seis colores con la técnica del seudocloisonné. Entre los sitios con mayor presencia de esta cerámica están Guasave, en el extremo norte de Sinaloa y, muy distante al sur, Amapa, junto al Río Grande de Santiago, en Nayarit; en ambos casos, ha aparecido asociada a objetos suntuarios de cobre, sobre todo leznas, cascabeles y anillos.

Esta fina cerámica ha sido incluida dentro del llamado Complejo Aztatlán, al cual se atribuye una prolongada existencia de 600 o 900

a 1300. Sus diseños muestran considerables similitudes tanto con los de las cerámicas contemporáneas de Tula y Culhuacán, como con los motivos de la alfarería cholulteca y los dibujos de los códices mixteco-poblanos. Ante tales similitudes se han propuesto varias hipótesis. Algunos investigadores sugieren migraciones del Centro a la costa del Pacífico; otros se inclinan por la existencia de un corredor comercial costero que unía Mesoamérica con Oasisamérica, controlado por gente del Centro; también hay quienes estiman que la influencia fue en sentido inverso, a partir de un estilo que, gestado en el Occidente, se difundió en las demás áreas mesoamericanas.

En suma, la definición de la naturaleza de las relaciones queda inmersa en la problemática general del Complejo Aztatlán. Es ésta una de las grandes incógnitas del Posclásico en el Occidente. El planteamiento tradicional ha sido que dicho complejo cerámico fue producto de sociedades enlazadas por la ruta comercial del cobre del sur y la turquesa procedente de las tierras anasazis. Ambas ideas, la del Complejo Aztatlán y la del corredor costero, son sumamente sugerentes y han sido repetidas durante décadas; sin embargo, están prendidas con alfileres. En primer término, son demasiados los tipos cerámicos que han sido integrados en el complejo, lo que ha dado lugar a que éste se defina por producciones muy diversas, no contemporáneas, distribuidas en un radio muy grande y de una enorme amplitud temporal. En segundo lugar, aunque es muy probable que haya existido la ruta de la costa del Pacífico, hoy por hoy no son suficientes los elementos arqueológicos para su corroboración. En conclusión, mientras no se realice una investigación arqueológica más completa, cualquier propuesta es prematura.

Pese a la parcelación política del Occidente, durante la segunda mitad del Posclásico tuvo lugar un importante proceso unificador: el estado tarasco. En su época de apogeo ocupó un territorio de 75 000 km^2, en su mayor parte correspondientes a lo que actualmente ocupa el estado de Michoacán y comprendido entre el río Lerma, al norte, y la cuenca del Balsas, al sur. Es, por tanto, un área de gran diversidad ecológica: las sierras ricas en maderas; la templada región de los valles, alrededor del Lago de Pátzcuaro, a una altura de 2 000 msnm; la tierra caliente, de muy variadas flora y fauna, y la región de la costa, aunque sólo una pequeña parte de ésta fue dominada por los tarascos.

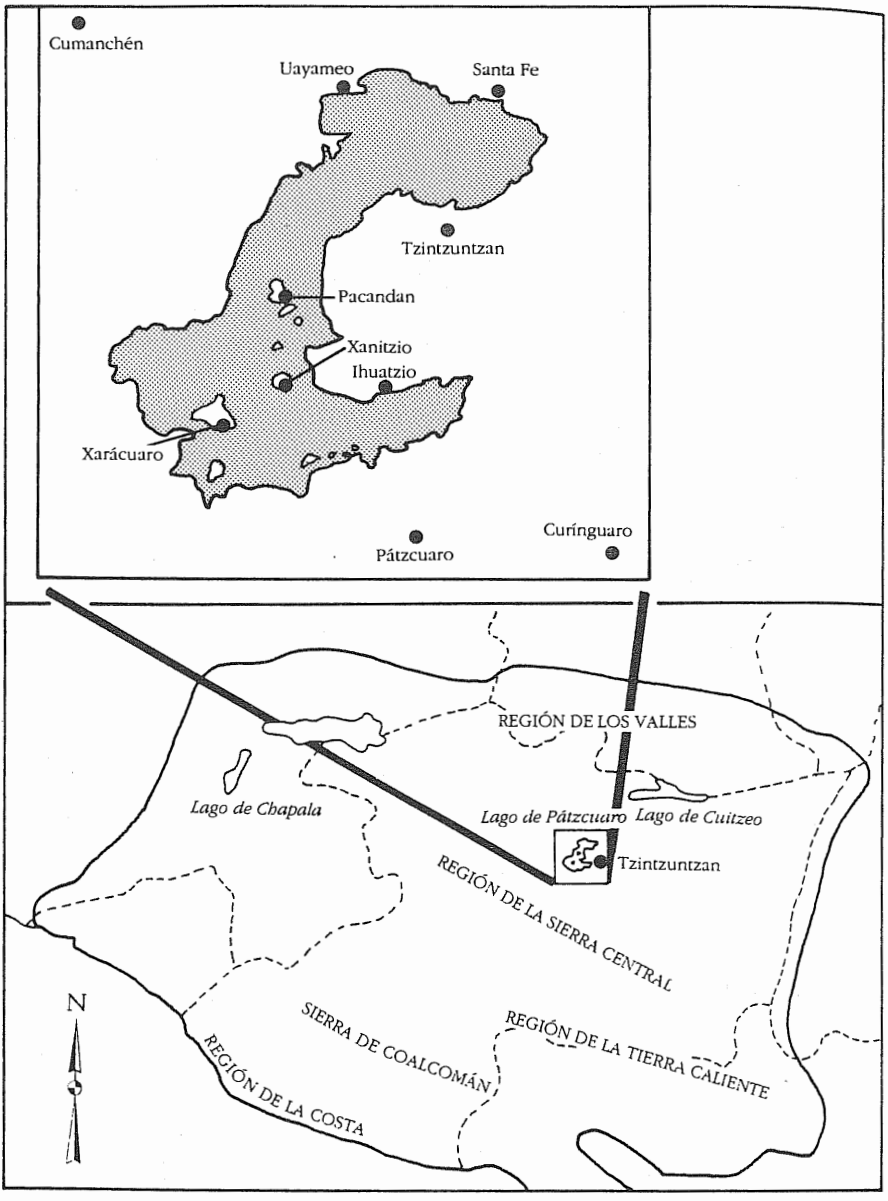
Para 1470 el estado tarasco se había consolidado, manteniendo su poder hasta el tiempo de la conquista española. Su historia llega a

nosotros a través de un documento excepcional, no sólo por el hecho de referirse en forma detallada a uno de los pueblos del Occidente, sino por ser un texto de gran valor historiográfico. Nos referimos a la *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán,* escrita muy probablemente por el franciscano fray Jerónimo de Alcalá hacia 1541, con base en una relación verbal hecha por los propios tarascos y provista de una buena dotación pictográfica. Lamentablemente se perdió la primera parte del manuscrito, que trataba asuntos de religión. La segunda es el largo discurso anual en el cual el sacerdote mayor relataba la historia de su pueblo, desde el remoto fundador de la dinastía hasta el gobernante en turno. La tercera parte contiene la respuesta indígena a las preguntas del franciscano sobre la organización social y política tarasca. Esta obra tiene un importante complemento en las *Relaciones geográficas* del siglo XVI y en otros documentos coloniales, entre los que vale destacar el *Lienzo de Jucutácato,* pictografía con anotaciones en lengua náhuatl que relata la migración de un grupo de artesanos metalúrgicos a partir de su lugar de origen mítico.

El principal escenario político de la historia tarasca fue la región del Lago de Pátzcuaro, a la que llegaron los uacúsechas o "águilas" hacia fines del siglo XII o principios del XIII. Antes del arribo de este grupo tarasco, la región tenía la configuración propia del Occidente durante el Posclásico: existía en ella una población lingüísticamente heterogénea, agrupada en pequeños señoríos independientes que mantenían entre sí mutables relaciones de comercio, alianzas y guerra. Las lenguas principales eran entonces el tarasco o porhé, el náhuatl y el matlatzinca o pirinda.

El lago y sus contornos proporcionaban a sus habitantes amplia diversidad de recursos; entre isleños y pobladores de tierra firme intercambiaban los productos pesqueros, agrícolas, cinegéticos y madereros. Xarácuaro y Pacandan eran las poblaciones isleñas más importantes; entre las de tierra firme destacaban Ihuatzio, Tzintzuntzan y Curínguaro. Por otra parte, Pareo y Záueto eran famosas como centros de comercio en que se trocaban el pequeño pescado conocido como charal, el cobre, los frutos de tierra caliente y la sal que llegaba desde la costa de Colima.

Es muy probable, y así lo propuso Wigberto Jiménez Moreno, que los uacúsechas procedieran de un territorio muy cercano al lago, donde ahora parten términos Guanajuato, Jalisco y Michoacán. Ellos mis-



MAPA V.4. *La región lacustre de Pátzcuaro y la extensión de los dominios tarascos (según Donald D. Brand)*

mos se describen en la historia como chichimecas, como nómadas dedicados originalmente a la recolección y a la caza. La *Relación de Michoacán* afirma que los uacúsechas aprendieron las técnicas agrícolas tras establecerse en la región. Sin embargo, hoy en día algunos autores niegan este origen chichimeca; existen evidencias arqueológicas de que al menos desde 1300 dC los uacúsechas tenían establecimientos agrícolas plenamente mesoamericanos.

Paulatinamente, los uacúsechas se fueron convirtiendo en actores de la política regional, imponiéndose por su agresividad bélica y su destreza en el manejo de las armas. Sin embargo, su débil cohesión y sus continuos enfrentamientos internos los limitaban políticamente. El primer intento unificador fue la fundación de un centro religioso en el sitio revelado milagrosamente por los dioses. Su nombre fue Pátzcuaro, y se dedicó al dios patrono, Curicaueri. La medida no fue suficiente, pues el control de Pátzcuaro se convirtió rápidamente en motivo de disputas.

La *Relación de Michoacán* atribuye el segundo y definitivo intento de unificación a un líder heroico, cuya biografía ocupa una parte considerable del documento: Tariácuri. Éste, auxiliado por su hijo y dos sobrinos, convocó no sólo a los uacúsechas, sino a otros pueblos establecidos de mucho tiempo atrás en la región, para lanzarse a una enorme empresa de conquistas. El proyecto se vio favorecido por el recrudecimiento de los conflictos regionales. Poco a poco, los aliados alcanzaron el control del lago y de su periferia por medio de las armas; luego se volcaron hacia regiones distantes, en las cuatro direcciones, en busca de salinas, minas de cobre, plata y cinabrio, placeres de oro y productos tropicales. Fueron 20 años de lucha en nombre del poderoso dios solar Curicaueri. Sus ejércitos llegaron hasta Tetela del Río en tierra caliente, las inmediaciones de Sayula por el Occidente y Zacatula en la costa.

Tariácuri, el promotor del estado tarasco, no alcanzó a ver coronada su obra. Con el triunfo de los aliados, hacia 1450 se establecieron tres capitales, las tres en las proximidades orientales del lago. En cada una de ellas se instaló como *irecha* o rey uno de los tres auxiliares de Tariácuri, y gobernaron en conjunto los vastos dominios conquistados. A su sobrino Tangáxoan tocó Tzintzuntzan, población bajo la tutela de Xarátanga, la diosa lunar de los antiguos sedentarios; a su hijo Hiquíngare correspondió Pátzcuaro, lugar dedicado a Curicaueri; en su otro sobrino, Hiripan, recayó el gobierno de Ihuatzio, protegido por una advocación de Curicaueri.

La proximidad de las tres capitales, todas ellas en las riberas del lago de Pátzcuaro, centralizó el poder. En comparación con el dominio ejercido por la *excan tlatoloyan* de la Cuenca de México, la coalición tarasca tuvo un mayor control político sobre los pueblos que quedaron bajo su esfera, ya que, además de la imposición tributaria, el centro intervenía directamente en la política local. Por lo general, cuando un pueblo era conquistado, se nombraba como gobernador a uno de los capitanes vencedores. Cada gobernador era sucedido por uno de sus parientes próximos, el cual tenía que ser confirmado en su cargo por el gobierno central. En cambio, los pueblos que se anexaban sin ofrecer resistencia, solían conservar a sus señores naturales, que así se sumaban al gran aparato burocrático. En la nueva organización política, cuatro señores de muy elevado rango se encargaban del control de las cuatro fronteras del territorio tarasco.

De acuerdo con Helen Perlstein Pollard y Shirley Gorenstein, pudo haber existido otra diferencia entre la configuración política tarasca y la de la *excan tlatoloyan*. Según estas autoras, la cuenca de Pátzcuaro no había alcanzado una organización de tipo urbano porque carecía del potencial agrícola que sostuviera una densidad de población suficiente para ello. Sus cálculos arrojan cifras de entre 60 000 y 100 000 habitantes en la cuenca a la llegada de los españoles.

La expansión tarasca significó también una reorganización en la posesión de la tierra. El nuevo dueño era Curicaueri, y sus representantes se arrogaban el derecho de disposición territorial. Los labradores conquistados conservaban una parte de sus sementeras, pero a cambio del pago de tributo. Además, debían seguir cultivando el resto de sus tierras en beneficio de los templos, de los gobernantes y de los militares distinguidos.

En sus guerras de conquista los tarascos se toparon con los ejércitos de la *excan tlatoloyan*, produciéndose así el enfrentamiento entre las dos grandes potencias de la época. Las batallas fueron particularmente sangrientas. Los tarascos tenían de su parte el poder centralizado y, al menos entre los capitanes, el uso del cobre en su armamento. Mexicas y tarascos se encontraron en diversos frentes desde mediados del siglo XV, siendo Taximaroa uno de los más famosos. Ninguno de los ejércitos logró algo más que insignificantes movimientos de fronteras, y a cambio los campos de batalla quedaron cubiertos de cadáveres.

Hacia 1480 diversos acontecimientos históricos llevan a Tzitzispandácuare, *irecha* de Tzintzuntzan, a imponerse como señor único de los tarascos, cargo supremo cuyo nombre fue *cazonci*. Con este acto

concluyó el gobierno conjunto de las tres capitales. La imagen de Curicaueri, el mayor símbolo religioso de los uacúsechas, fue trasladada de Pátzcuaro a Tzintzuntzan. Así llegó a su cúspide la concentración del poder político en el Posclásico Tardío.

En vísperas de la Conquista el estado tarasco gobernaba sobre una población heterogénea de 750 000 a 1 300 000 individuos. Se calcula que su capital, Tzintzuntzan, tenía entre 25 000 y 35 000 habitantes, distribuidos en casi 7 km^2. Sobre un gran promontorio natural, frente al lago, se erigía su centro ceremonial, en el cual una enorme plataforma de 440 m de largo por 260 m de ancho servía de soporte a cinco *yácatas* colocadas en fila. Se trata de basamentos que combinan un cono y una pirámide truncados. Sobre las *yácatas* se levantaban sendas capillas de madera. Estos cinco templos estaban dedicados a Curicaueri, el dios solar, y a sus cuatro hermanos los Tiripeme, los sostenes del cielo en los cuatro extremos del mundo: Xungápeti, el amarillo; Turupten, el blanco; Caheri, el negro, y Cuarencha, el rojo.

El Golfo en el Posclásico

En la historia posclásica del área del Golfo de México hubo muy diversos actores. El pueblo huasteco tenía una gran antigüedad en el extremo norte del territorio. Otros grupos arribaron en épocas mucho más recientes. Algunos de ellos, como los otomíes y los nahuas, llegaron del Centro de México huyendo de las turbulencias propias del Posclásico. De quienes llegaron por el poniente, no pocos eran chichimecas que habían iniciado sus migraciones en muy distantes tierras septentrionales; también hubo grupos que habían sido desplazados del Centro por la afluencia de los hombres del norte; al final se hicieron presentes los mexicas que, en su expansión, sometieron a los habitantes del Golfo para convertirlos en sus tributarios. Las fuentes documentales registran invasiones, ocupaciones, matrimonios nobiliarios y conquistas de toltecas, nonoalcas, olmeca-xicalancas, chichimecas, tlaxcaltecas y mexicas. La arqueología, por su parte, apoya la existencia de estos repetidos influjos en la arquitectura, la cerámica y la escultura de los habitantes del área.

Entre la multiplicidad étnica del Posclásico, fueron dos los pueblos que se destacaron históricamente. Uno de ellos, el huasteco, ocupó de la desembocadura del río Cazones a la del Pánuco y la parte montaño-

sa contigua a la llanura costera; el otro fue el totonaco, que llegó desde la desembocadura del río Tuxpan hasta el río de la Antigua, poblando también una amplia franja de la Sierra Madre Oriental. Es muy probable que los huastecos y los totonacos traslaparan sus dominios, conviviendo en el espacio comprendido entre el Tuxpan y el Cazones.

Milenios atrás, los huastecos habían quedado separados del resto de los pueblos que, al igual que ellos, pertenecían a la familia lingüística maya. Durante muchos siglos mantuvieron contactos con el sur de Veracruz y Tabasco, mismos que disminuyeron durante el Clásico, cuando se hizo presente en la Huasteca la influencia del Centro de México. Ya para el Posclásico parecen haberse incrementado los nexos con el Centro, principalmente con Tula. Este proceso se comprueba en la arquitectura huasteca de sitios como Tepetzintla, Tamuín o Castillo de Teayo, y en Tula, donde se ha descubierto cerámica de la Huasteca. Además, muchos objetos de comercio, entre ellos productos suntuarios de cobre, pipas de barro, sellos, malacates, conchas grabadas y figurillas con ruedas, se comparten en un amplio corredor que va de las costas del Golfo a las sinaloenses del Pacífico, pasando por Tula. Los huastecos, además, tuvieron contactos esporádicos con los habitantes del Sureste de los Estados Unidos (cuenca del Mississippi), como se descubre en las similitudes de los motivos de objetos de lujo que existen entre estos pueblos.

A partir del siglo x, varios de los centros huastecos, entre los que se pueden enumerar Tabuco, Tanhuijo, Cacahuatengo y Metlaltoyuca, crecieron hasta convertirse en poblaciones que contaban con plazas, estructuras rectangulares y montículos hasta de 30 m de altura. Su auge corresponde a la fase Las Flores. En este tiempo es propia de la Huasteca una arquitectura en que abundan los edificios ceremoniales de plantas circulares, predominantes en Las Flores, Pavón y Tancol. Pese a las ricas cosechas de maíz y algodón en las feraces tierras huastecas, el desarrollo de los centros de población nunca alcanzó el nivel suficiente para permitir el nacimiento de verdaderos estados.

La cerámica huasteca también fue peculiar. Siguió estilos locales caracterizados por un buen cocimiento, y en ellos destacan las piezas de colores crema, negro y blanco sobre guinda, y negro sobre crema o sobre blanco, siendo estas últimas muy populares en el Posclásico Tardío. En cuanto a las formas, hubo particularidades mayores, como vasijas con apariencia de tetera, con vertederas verticales apuntadas a lo alto y con asas planas en forma de cinta, que ninguna semejanza

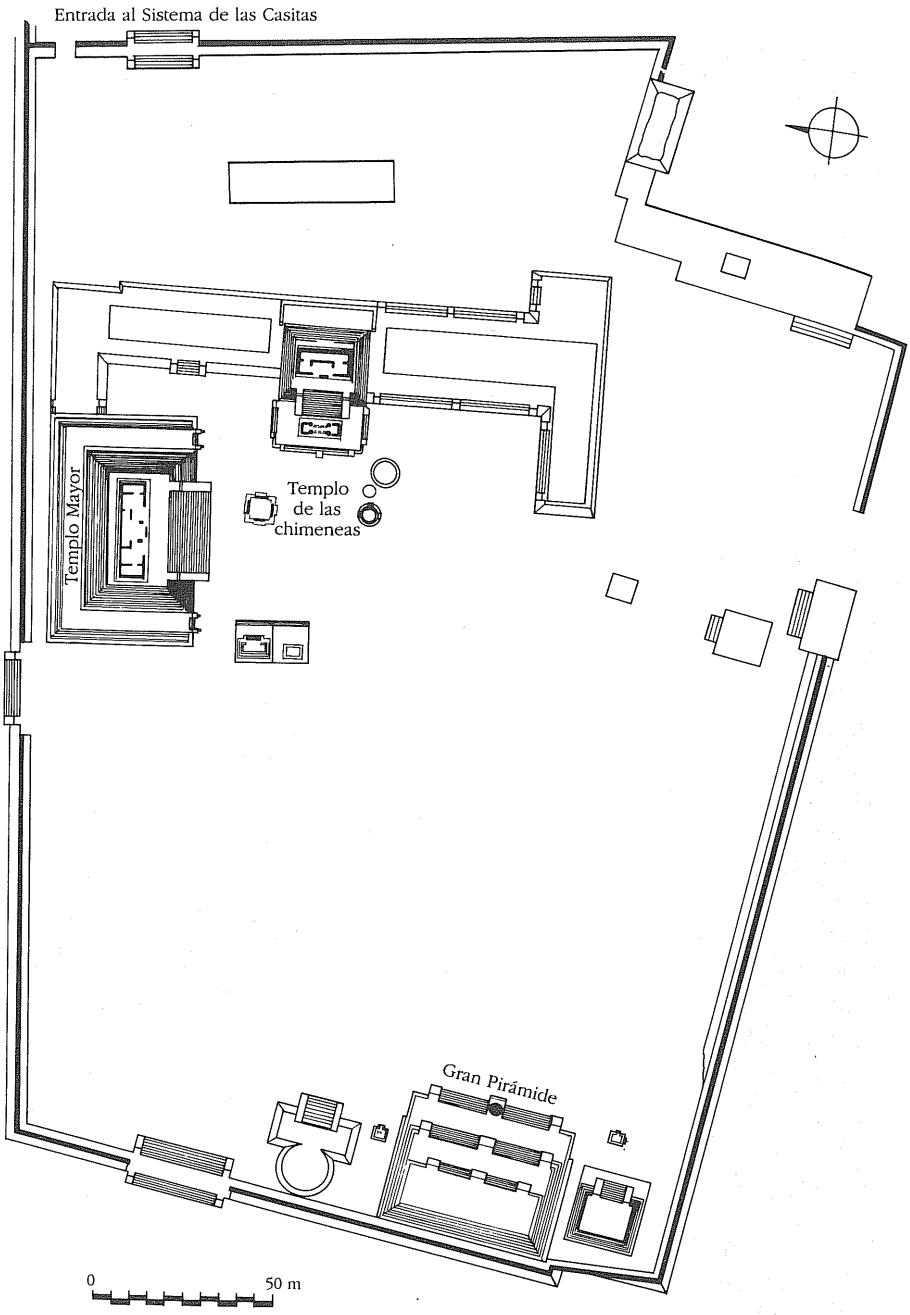
tienen con otras producciones mesoamericanas. Debe mencionarse también entre la fina producción cerámica huasteca, la de decoración profusa, polícroma, abundante en símbolos religiosos, de la que se ha supuesto influencia mixteca y que tiene notables ejemplos en San Luis Potosí.

Sin embargo, es en la escultura donde el arte huasteco adquiere sus mayores dimensiones de originalidad y belleza. Entre las piezas trabajadas en piedra existen tanto volúmenes exentos como tallas planas sobre losas. El tratamiento estilizado y lineal del cuerpo humano ha dado lugar a que algunas de las figuras sean comparadas con formas de adolescentes. Con frecuencia muestran complejos y muy extensos tatuajes. Muchas de estas esculturas tienen atavíos que nos permiten identificarlas con Quetzalcóatl o con las divinidades de la muerte, y entre los símbolos que portan resaltan el gorro cónico peculiar de los dioses del viento y el abanico de papel plegado que adorna la nuca de los seres del inframundo. Algunas imágenes son dobles, pues tienen otro cuerpo adosado en el dorso, que puede ser esquelético. Un motivo escultórico frecuente es el de un extraño personaje anciano que apoya su cuerpo encorvado sobre una gruesa barra, usándola a manera de bastón. Pese a la fuerza artística de estas producciones, tan propias de la Huasteca, la escultura en piedra recibió fuertes influencias del Centro de México, sobre todo en la imaginería de los dioses. En reciprocidad, puede afirmarse que también los símbolos religiosos de la Huasteca pasaron a las artes visuales y a las representaciones rituales de los mexicas.

Entre las obras de talla destacan las conchas labradas, de trabajo delicado y frecuentemente caladas. La pintura mural, que se desarrolló en sitios como Tamuín, reproduce en los frisos, en forma abigarrada, las figuras de los dioses, motivos pictográficos que en otras tradiciones —entre ellas la mixteca— son propios de los códices religiosos.

Los constantes conflictos entre múltiples señoríos permitieron que los mexicas, codiciosos de los productos tropicales de la Huasteca, de la bella cerámica y de la abundante producción de textiles finos de algodón, invadieran la zona a partir del siglo XV y fueran conquistando primero Tuxpan, Tzicóac y Temapache, y posteriormente Huejutla, Tamuín, Tampatel y Oxitipa.

Entre el río Tecolutla y el Cazones se levantaba la imponente ciudad de El Tajín. Recientes interpretaciones arqueológicas proponen que para el siglo XII la ciudad empezó a declinar y que para el XIII ya había



MAPA V.5. *Plano del recinto sagrado de Cempoala, Veracruz. Área Golfo, periodo Posclásico (basado en J. García Payón)*

sido abandonada. ¿Qué papel desempeñaron los totonacos en la historia de El Tajín? El asunto parece distante de una solución. Como anteriormente se vio, son varias las hipótesis al respecto. Tradicionalmente se ha atribuido la construcción de la ciudad a los totonacos. Nuevas hipótesis ponen en tela de juicio esta afirmación. Suponen que los totonacos llegaron tardíamente a la zona central de Veracruz, entre 750 y 800, procedentes de las tierras altas, a través de la Sierra de Puebla; que se establecieron entonces tanto en las estribaciones montañosas como en la llanura costera y en la costa, y que pudieron haber habitado en El Tajín unos cien años antes de su decadencia, participando sólo en la erección de algunos edificios, en los cuales se advierte un cambio estilístico. A partir de estas suposiciones, han sido señalados otros pueblos como los posibles habitantes de El Tajín de la época de esplendor, entre ellos los huastecos.

Tras la caída de El Tajín, no surge ningún estado que desempeñe un papel rector de tal magnitud en territorio totonaco. En efecto, con excepción de Zacatlán, los centros del Posclásico ejercieron su dominio sobre territorios sumamente reducidos. Fue el caso de Cempoala, Misantla, Tuzapan, Cuauhtochco, Cotaxtla, Quiahuiztlan, Cacahuatenco y Tlacolula.

A pesar de lo anterior, algunas de las capitales se distinguieron por su planeación y urbanización. Una de ellas, Tuzapan, en la meseta del Chicualote, tiene calles empedradas, drenaje, temazcales y arquitectura monumental. La más notable es Cempoala, ciudad rica gracias a la intensificación agrícola que le permitía la canalización de las aguas procedentes del río Actopan. Esta población tenía alrededor de 20 000 habitantes, y se ha interpretado arqueológicamente que estaba dividida en barrios cercados, con palacios, pequeños templos y plazas en su interior. El centro ceremonial de la ciudad, delimitado por muros de piedra, comprendía un amplísimo recinto de casi siete hectáreas de extensión, donde se elevaban los principales edificios de culto, entre ellos el Templo Mayor, el absurdamente llamado Templo de las Chimeneas, la Gran Pirámide y sus anexos. Fuera del recinto destaca el Templo de las Caritas, denominado así por los pequeños cráneos de barro que revestían sus tableros. En el Templo de las Chimeneas se encontró, como una prueba más de la influencia tolteca en la región, un *chacmool* de argamasa, con el rostro pintado de rojo y amarillo. Por la ciudad se distribuían canales que iban a las huertas y a las parcelas de cultivo. Cempoala fue uno de los primeros lugares donde los hispanos pudie-

ron enfrentarse a la cultura mesoamericana. Según cuenta Bernal Díaz del Castillo, la belleza de la ciudad y su abundante vegetación le mereció el nombre español de Villaviciosa.

La arquitectura totonaca reprodujo en algunos sitios, como Oceloapan y Manantiales, algunos de los elementos de El Tajín, entre ellos las peculiares cornisas saledizas, las columnas y las franjas decoradas con grecas de mosaico. Posteriormente Tuzapan y otras poblaciones de las partes altas recibieron la influencia tolteca. Son frecuentes en las construcciones del Totonacapan los muros de cantos rodados, arcilla y estuco; las casas con pisos de tierra apisonada en el interior y estucados en el exterior, y los edificios de juego de pelota con aros de piedra empotrados en las paredes de la cancha. En la arquitectura funeraria son características las tumbas que tienen en su parte externa, sobre un basamento, la maqueta de una casa o capilla, en la cual se reproduce la forma de la techumbre de palma.

Isla de Sacrificios, cerro Montoso, Quiahuiztlan y Tres Picos son sitios famosos por su cerámica. Destacan en este arte la sobriedad y belleza de los motivos geométricos combinados con figuras naturalistas estilizadas, de trazos firmes y simples, que reproducen mamíferos, peces o miriápodos.

Las descripciones que las fuentes documentales hacen de la religión totonaca acentúan el carácter cruento de los rituales, la ingestión de la carne de los sacrificados y el uso de su sangre para la preparación de una pasta que los fieles consumían devotamente. Los dioses principales eran los del Sol, la Luna y el Maíz. Entre sus tradiciones funerarias es muy peculiar el enterramiento de los cadáveres en sitios sagrados, como Quiahuiztlan e Isla de Sacrificios. Hay que hacer notar que esta costumbre estaba limitada a un número reducido de cuerpos, posiblemente de personajes muy importantes, sobre todo aquellos depositados en grandes ollas de barro en Isla de Sacrificios. Esto permite afirmar a Lorenzo Ochoa que, más que cementerios, pudiesen ser lugares que resguardaban los restos de seres tocados por la divinidad y, por tanto, sagrados, merecedores de culto y generadores de beneficios para la población.

El Totonacapan, que a la mirada de los mexicas era un paraíso tropical donde se producían excepcionalmente el maíz, el algodón y la valiosa vainilla, atrajo con sus riquezas a los conquistadores del Centro de México. Tras el sometimiento de los totonacos, sus textiles polícromos llegaron como tributos, junto con los cultivos de la región, a Mexico-Tenochtitlan.

El Sureste en el Posclásico

El parentesco lingüístico, la contigüidad territorial y su trato permanente produjeron en los mayas una homogeneidad cultural que no tiene parangón entre los pueblos de Mesoamérica. Esto no quiere decir que desconozcamos las significativas particularidades culturales e históricas de cada región. En efecto, los largos siglos del Posclásico fueron vividos en forma diferente por los habitantes de la plana península yucateca, por los serranos de Chiapas y Guatemala, y por los hombres inmersos en las selvas del Petén. Baste recordar que para estos últimos la conquista española llegó mucho más de siglo y medio después de la caída de los reinos del norte y del sur. Y, sin embargo, las historias mayas del Posclásico son variaciones del mismo drama, actuaciones de personajes paralelos en escenarios diferentes: hay una lucha por el poder que enfrenta dos concepciones políticas opuestas. Los actores son, de una parte, pueblos que buscan preservar el fundamento étnico del poder; por la otra, pueblos innovadores, imbuidos de ideologías distantes, que tratan de implantar un sistema de dominación más amplio, que incluye diversas unidades étnicas.

Conocemos a los primeros. Pero ¿quiénes son los segundos? Se les ha llamado "mexicanos" desde hace mucho tiempo, lo que no sólo es desorientador e inadecuado, sino anacrónico. Otros nombres, entre ellos toltecas, putunes y mexicas, tampoco son convenientes. No puede utilizarse un nombre étnico para definir un fenómeno en el que participaron un gran número de grupos, incluyendo pueblos mayas. Por la misma razón también es equívoco cualquier término lingüístico. Podría optarse por denominarlos neutralmente "occidentales", tomando en cuenta los orígenes de algunos de ellos; pero caeríamos en confusiones tanto en contextos de la historia mesoamericana como de la universal. Tampoco se les puede calificar como "invasores" ya que muchos tenían siglos viviendo en territorio maya.

Nos vemos, por tanto, en el incómodo y riesgoso trance de acuñar un término. Hasta donde las fuentes documentales lo indican, estos pueblos decían que sus remotos antepasados procedían de un mismo y lejano lugar que —como veremos— era mítico: Zuyuá o Siwán. Y ya que fue precisamente esta creencia uno de sus pilares ideológicos, proponemos llamarlos zuyuanos o siwanos.

Desde finales del Clásico y durante varios siglos muchos pueblos

emigraron en oleadas desde la costa del Golfo hasta territorios de Chiapas y el Petén. Entre los indicios más claros de estos movimientos se encuentran las manifestaciones escultóricas tempranas de los sitios del Río de la Pasión, producidas por una cultura que ha sido calificada como mestiza. J. Eric S. Thompson ubicó el punto de partida en la franja fronteriza entre Tabasco y Campeche, e identificó a los invasores como putunes-chontales permeados por una ideología procedente del Centro de México. Las oleadas siguieron diversas rutas: fueron hacia la selva, hacia el norte de la península yucateca o a través del curso del Chixoy rumbo a los valles elevados de Guatemala.

Ya de manera paulatina, ya drásticamente, estos hombres impusieron un orden político militarista, por medio del cual unas cuantas capitales pretendían englobar a todos los pueblos indígenas circundantes. De algunos de los invasores se dice que hablaban una lengua mayance extraña, que observaban y predicaban ideas religiosas exóticas, y que sus costumbres eran escandalosas... Tanto en el norte como en el sur, los gobernantes de las nuevas entidades se ostentaban como representantes de un personaje llamado Serpiente Emplumada, e, incluso, algunos llevaron su nombre.

Debido a que el desarrollo de los acontecimientos fue distinto en cada una de las zonas del Sureste, los especialistas han establecido distintas periodizaciones para su estudio. Empecemos con el dificilísimo problema de cronología de la zona norte, es decir, de la mayor parte de la Península de Yucatán. Ésta es, sin duda, la zona más favorecida en cuanto a la cantidad y riqueza de fuentes documentales. Sin embargo, la correlación entre las fechas que proporcionan las fuentes y las que resultan de la investigación arqueológica tiene escollos aparentemente insalvables. La falta de correspondencia deriva de una historiografía vaga y confusa en la datación de los hechos. En efecto, en el Posclásico quedó en desuso el preciso cómputo maya de la cuenta larga. Ya no era preciso registrar la historia por un medio tan complejo y oneroso, pues el poder derivaba de otro tipo de relaciones con los dioses. En su lugar se empleaba un sistema simplificado, llamado *rueda de los katunes,* cuyos signos se repiten cada 256.26 años. Esta cuenta originó, al menos en los documentos coloniales, una imprecisión considerable. De hecho, tal ambigüedad calendárica sigue perturbando a los mayistas de nuestro tiempo, en cuyos estudios encontramos frecuentes discrepancias en fechas y secuencias de acontecimientos.

Algunos investigadores actuales, basados en los documentos de las

primeras décadas de la Colonia, señalan que el Posclásico Temprano comprende desde la llegada de los invasores —supuestamente toltecas— en el siglo x, hasta la caída de su capital Chichén Itzá, a mediados del XIII. En ese momento se inicia el Posclásico Tardío y termina con la llegada de los españoles en el siglo XVI. De criterio diferente es Miguel Rivera Dorado, quien distingue para esta zona tres periodos y una transición. En el primero, el Posclásico Temprano (1000-1200), se fusionaron la tradición de los invasores —de fuertes tintes toltecas— con la de la región peninsular del Puuc, predominó políticamente Chichén Itzá y prevaleció la cerámica Sotuta. Siguió un periodo de transición (1200-1300) que se caracteriza por la presencia de los tipos cerámicos del Complejo Hocabá. Vino posteriormente el Posclásico Tardío (1300-1450), cuando la ciudad de Mayapán sustituyó a Chichén Itzá como centro hegemónico, y cuando proliferó la cerámica Tasés. Por último, se vivió un periodo de decadencia cultural (1450-1524) a partir de la destrucción de Mayapán, mismo que se caracteriza por la definitiva fragmentación política que llevó a los numerosos reinos a un permanente conflicto bélico. También vale la pena mencionar la periodización que Jeremy Sabloff y E. Wyllys Andrews han difundido desde 1986. De acuerdo con este planteamiento divergente, el Clásico Terminal se extendería varios siglos más, hasta la caída de Chichén Itzá. Esto se debe a que, desde su perspectiva, Chichén no es más que una prolongación tardía y septentrional de las civilizaciones clásicas del Petén, y a que su colapso marca una verdadera discontinuidad con las sociedades posclásicas de Mayapán y de los reinos tardíos.

Con base en los contradictorios documentos coloniales, se estima que hacia finales del siglo x llegó a la región del Puuc una primera oleada de zuyuanos que se estableció en la otrora poderosa ciudad de Uucil Abnal (después llamada Chichén Itzá). En las pinturas y esculturas de la urbe se ven los invasores con morriones cilíndricos, protegidos por pectorales en forma de mariposa estilizada, armados con lanzadardos y decorados con discos dorsales. Algunos morriones tienen teselas, la divisa de la mariposa o la del ave descendente. Los lanzadardos lucen adornos de plumón. En suma, son personajes ataviados a la usanza de los guerreros de Tula. En las escenas bélicas los dirige la Serpiente Emplumada y, por si esto fuera poco, la tradición los asocia a un gobernante llamado Kukulcán, nombre que, como el de Quetzalcóatl, significa "Serpiente Emplumada".

Al vencer los zuyuanos a la población autóctona, la ciudad quedó

como rectora política del Puuc. Pudiéramos suponer por ciertas representaciones cortesanas descubiertas en la subestructura del Templo de los Guerreros, que a partir de entonces existió un gobierno doble integrado por zuyuanos y mayas.

Al parecer, mucho tiempo después de la primera oleada de zuyuanos, llegó a Uucil Abnal una segunda, compuesta por hombres que las fuentes llaman itzaes. Aún es difícil distinguir si unos y otros pertenecían a la misma etnia. Lo cierto es que a los segundos se atribuye el cambio del antiguo nombre de la ciudad por el de Chichén Itzá. Su gobernante también se hacía llamar Kukulcán, como su remoto antecesor. Tiempo después, otros zuyuanos fundarían al oeste la ciudad de Mayapán.

Y aquí surge otra de las grandes incógnitas de la historia maya del Posclásico, la existencia de la famosa Liga de Mayapán, integrada por tres capitales que se confederaron para controlar el norte de la península: Uxmal, Chichén Itzá y Mayapán. En contra de lo afirmado por las fuentes documentales, algunos estudiosos niegan la posibilidad de la conformación de la liga, pues la arqueología no parece avalar la simultaneidad del poderío de las tres ciudades. Proponen, ante esto, que la alianza no se estableció entre tres ciudades, sino entre tres grupos étnicos o tres linajes dinásticos: tutul xiues, itzaes y cocomes.

Cualquiera que haya sido su naturaleza, la liga se disolvió por conflictos bélicos entre las partes. Los itzaes de Chichén, derrotados, emigraron hacia el sur, y hacia finales del siglo XIII el poder pasó a manos de los cocomes de Mayapán. Esta ciudad conservó la hegemonía durante casi dos siglos, aunque fue un pálido reflejo de su antecesora. Al menos arquitectónicamente, Mayapán imitó el estilo de Chichén; pero volvió a emplear algunos elementos arquitectónicos netamente mayas.

A mediados del siglo XV, el colapso de Mayapán trajo aparejada una acusada fragmentación política. Las fuentes documentales narran que los tutul xiues de Uxmal se alzaron contra los cocomes, y que Mayapán fue derrotada. El régimen político de la península cambió radicalmente, dividiéndose el territorio en 17 reinos independientes enzarzados en guerras constantes. La decadencia cultural se generalizó. Fue la situación que encontraron los españoles en el momento de su entrada a Yucatán.

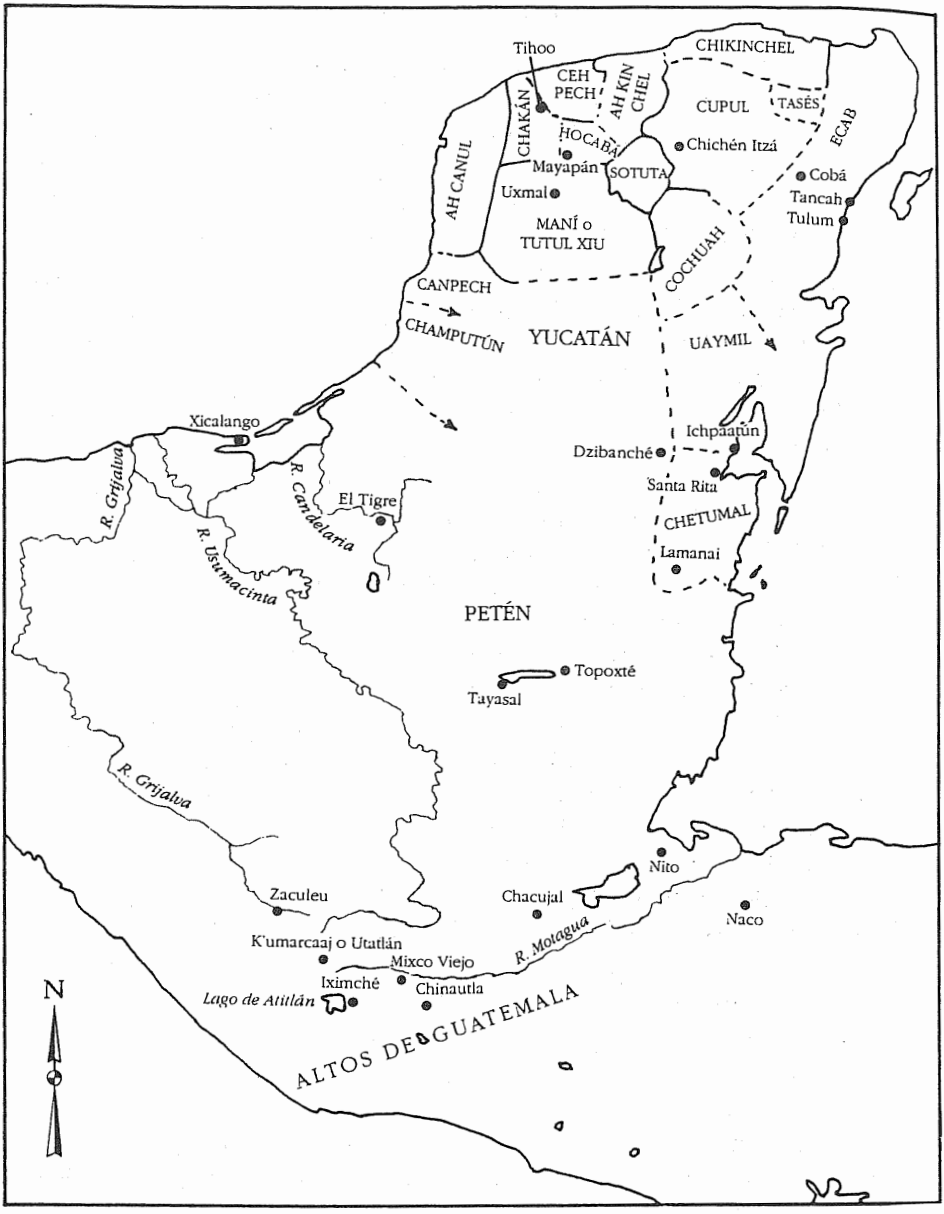
A este momento histórico corresponden las descripciones que hizo fray Diego de Landa de la sociedad maya. En su *Relación de las cosas de Yucatán,* habla de una costumbre ajena a muchos pueblos mesoamericanos: el uso del apellido. Esta práctica ha permitido a los inves-

tigadores ahondar en la organización social de la época. El apellido era doble: materno y paterno. A partir de este último sabemos que al tiempo de la Conquista había aproximadamente 250 patrilinajes en Yucatán, cada uno integrado por personas de muy distinto rango y condición. Al patrilinaje se ligaba el derecho comunal de explotación de las tierras de cultivo. El apellido paterno funcionaba también como regulador del matrimonio, pues estaba prohibida la unión entre dos personas que llevaran el mismo. Por otra parte, todo individuo podía esperar ayuda de quien tuviera igual apellido paterno que él, independientemente de que no se conocieran o vivieran en lugares remotos.

La población se dividía en nobles y plebeyos. Los primeros ocupaban los cargos públicos más importantes, eran los guerreros y sacerdotes de mayores rangos, se dedicaban al comercio a gran escala y se beneficiaban de las mejores tierras. Algunos de los cargos pertenecían a determinados linajes. En cambio, buena parte de los plebeyos eran agricultores libres, con derecho a la explotación de las tierras del patrilinaje, pero obligados al pago tributario, parcialmente en mano de obra. En el nivel más bajo se encontraban los esclavos, a cuya condición se llegaba por delito, por captura en guerra o por herencia.

En vísperas de la Conquista el poder continuaba en manos de una elite hereditaria. Casi todas las entidades políticas estaban gobernadas por un soberano o *halach uinic* ("hombre verdadero"), que había recibido su cargo por la vía del patrilinaje. Su potestad era muy grande, aunque atemperada por un consejo de ancianos nobles. Vivía en la capital, sostenido por la tributación de sus súbditos y por los productos de sus ricas tierras, algunas de ellas plantaciones de cacao. El *halach uinic* ejercía el poder sobre las poblaciones dependientes a través de funcionarios nombrados por él, pertenecientes a patrilinajes próximos al suyo. Estos funcionarios eran los *bataboob* ("los del hacha"), y cada uno estaba auxiliado por consejos de hombres poderosos. El *batab* tenía el mando militar de su territorio, aunque lo compartía con un extraño funcionario que duraba en su cargo tres años, durante los cuales se sujetaba a tantas restricciones sexuales y alimentarias que es posible imaginar que se tratara de un hombre-dios de poderes transitorios. Éste era el *nacom*. En algunos casos excepcionales un *batab* ejercía las funciones propias del *halach uinic,* como sucedía en Cupul y Ah Canul.

Es interesante señalar que en el lenguaje utilizado en el ejercicio del poder se contaba con un código de elegantes adivinanzas con las cua-



MAPA V.6. *El territorio maya en el Posclásico*

les el *halach uinic* ponía a prueba a sus *bataboob*. Por medio de este juego se demostraba la educación dentro del ámbito cortesano y los conocimientos de las raíces míticas de la nobleza de origen zuyuano; este código se llamaba, precisamente, "lenguaje de Zuyuá".

Pese a la atomización política y a los conflictos bélicos del fin del Posclásico, la Península de Yucatán nos revela su intenso tráfico comercial a través de las fuentes arqueológicas y documentales. La costa oriental, que en ese entonces formaba parte de los reinos de Ecab, Uaymil y Chetumal, y las islas de Cancún, Mujeres y Cozumel, tuvieron una activa vida mercantil. Lo atestigua la prosperidad de sitios como Tulum, Ichpatún, Tancah, Xelhá, Akumal, Xcaret y San Gervasio. Por otra parte, conquistadores como Francisco de Montejo y Alfonso Dávila fueron testigos de la riqueza de Chetumal y Bacalar. Eran sitios de intercambio beneficiados por la antigua ruta costera del Caribe que comunicaba por cabotaje Xicalango y los puertos del Golfo de Honduras. Yucatán fue el gran productor de sal marina en toda Mesoamérica. Exportaba, además, algodón, miel, copal, hule, pescado seco y ahumado, y esclavos. A cambio recibía joyas de oro y plata, objetos de cobre (cascabeles, hachas, platos), estambre de pelo de conejo y otros bienes procedentes del Centro de México; piedras y plumas preciosas de las tierras altas mayas y conchas marinas del Pacífico nicaragüense. La mercancía más usada como moneda era el grano de cacao.

La ideología zuyuana se observa en la arqueología yucateca. Así fue en la configuración de sus edificios y en la iconografía, que debían responder a concepciones del cosmos, pautas rituales y prácticas de organización política muy particulares. Pero, ante todo, la arquitectura y la iconografía imitaron elementos propios de la Tula del Centro de México, a su vez la copia terrenal más prestigiosa de la Zuyuá mítica.

Los zuyuanos utilizaban el espacio arquitectónico de manera muy propia. Los reducidos y oscuros cuartos donde los soberanos del Clásico alcanzaban el contacto casi familiar con la divinidad y las relativamente pequeñas salas del trono fueron sustituidos por los recintos amplios, de techos planos sostenidos por columnas, donde un mayor número de personas intervenía en las decisiones políticas y en las ceremonias religiosas de las órdenes de guerreros. Paralelamente se multiplicaron las representaciones de las serpientes emplumadas, del ser mítico compuesto por partes humanas, de ave y de reptil; del *chacmool* y de los atlantes que sostenían el cielo o la superficie de la tierra sobre sus cabezas. El poder militar convertido en símbolo sagrado reprodujo ata-

víos, armas y divisas llegadas del Occidente, rengleras de cráneos, portaestandartes y figuras de águilas y jaguares devoradores de corazones humanos.

Chichén Itzá es la más excelsa expresión de la arquitectura zuyuana, más allá de cualquier otra realidad terrenal, incluida Tula. Y es una expresión que combina armónicamente las formas exógenas con las autóctonas. Su corazón es el grandioso templo que Landa identificara como el dedicado al dios Kukulcán, y en él confluyen los elementos estilísticos del Puuc con las efigies zuyuanas. Llamado hoy El Castillo, es una pirámide que despliega por sus cuatro lados escalinatas de alfardas serpentinas. El Juego de Pelota es el mayor y más impresionante de Mesoamérica. El Templo de los Guerreros descansa en una plataforma de corredores hipóstilos que no tiene par. La ciudad, en suma, es la más digna residencia del dios Kukulcán sobre la tierra.

Mayapán tiene otra apariencia. Es, ante todo, una ciudad residencial cuyo núcleo está totalmente rodeado por un muro. En efecto, de sus estructuras sólo 15% es ceremonial; el resto es una aglomeración anárquica de viviendas que van decreciendo en calidad conforme se avanza a la periferia, sin un patrón urbano perceptible. El muro no es de defensa. Sus pocas dimensiones indican que fue para marcar una barrera social. En el centro se levantaba el Templo de Kukulcán, pobre imitación del de Chichén Itzá. Algunas antiguas formas arquitectónicas mayas desplazan a sus equivalentes zuyuanas; pero el conjunto ya no es armónico ni majestuoso.

Por su parte, Tulum es una buena muestra del ecléctico estilo llamado Costa Oriental. De modestas dimensiones, su centro ceremonial está protegido por el este por los acantilados del Caribe, y por los otros tres lados, por una muralla baja. Las pinturas murales de su Templo de los Frescos parecen inspirarse estilísticamente en los códices mixtecos, aunque los dioses son del antiguo panteón maya.

La religión posclásica de la zona norte cuenta con excelentes fuentes documentales de origen nativo. Por una parte, existen cuatro códices pictográficos dibujados en papel de amate y doblados a manera de biombo, cuyo contenido es ritual y astronómico. El más célebre, el *Códice de Dresde,* es una copia de documentos del Clásico Tardío. Por otra parte, se encuentran los documentos coloniales que consignan buen número de creencias y prácticas de la época prehispánica. Destacan los denominados genéricamente libros de *Chilam Balam,* de contenido heterogéneo. Éstos nos dan a conocer complejos mitos del origen

del mundo y del tiempo. Otro de los manuscritos coloniales es el *Ritual de los Bacabes,* llamado así porque en sus conjuros menciona a los cuatro dioses, de cuatro colores, que fueron colocados en los extremos del mundo para levantar el cielo. Lamentablemente su carácter esotérico oculta todavía muchos significados profundos. El cotejo de estos documentos con la información recabada por los historiadores españoles nos permite reconstruir la base de un panteón presidido por el dios celeste Itzamná y su esposa Ix Chel. Sobre todos los dioses —o mejor dicho, como fusión de todos los dioses— se encuentra Hunab Ku, el dios unitario.

Religión de síntesis, la posclásica muestra una de sus fuentes zuyuanas en el culto mortuorio de los nobles, ya que practicaron la cremación. Los cocomes, además, conservaban las cabezas descarnadas de sus gobernantes muertos, fabricaban artificialmente la encarnadura y les rendían culto.

Uno de los aspectos religiosos interesantes es el valor de los santuarios, que congregaban a los fieles a pesar de las permanentes contiendas bélicas. El más conocido es el Cenote Sagrado de Chichén Itzá, escenario de numerosos sacrificios humanos. Otros son las grutas de Balankanché, dedicadas a Chaac, el dios de la lluvia, y el de San Gervasio, en Cozumel, donde se pedía el oráculo de la diosa Ix Chel.

Ya nos hemos referido a la sustitución en los registros históricos y augurales de la cuenta larga por un sistema que contaba únicamente grupos de 13 katunes. El *katún* era una unidad de 20 ciclos de 360 días, lo que da a la cuenta mayor un total de 93 600 días, cantidad insignificante si se compara con los antiguos cómputos.

La zona central, selvática, también fue de gran significación histórica. En la mitad occidental de dicha zona, los arqueólogos fijan el inicio del Posclásico con la aparición de la cerámica de Jonuta, caracterizada por recipientes negros y por bellas figurillas antropomorfas moldeadas. Habitaron allí los chontales o putunes, grupo étnico maya al cual se ha considerado uno de los pueblos zuyuanos más importantes. Durante siglos, los putunes monopolizaron el comercio terrestre, fluvial y marítimo en el Sureste. Su centro de operaciones fue Xicalanco, situado en la región de la Laguna de Términos entre los ríos Usumacinta y Candelaria. Xicalanco servía de punto de enlace entre la ruta terrestre de la *excan tlatoloyan*, procedente del Centro de México, y la marítima del Caribe, que llegaba hasta Nito y Naco en el Golfo de Honduras. Una vez en Honduras, las mercancías podían seguir su camino y

alcanzar los altos de Guatemala. Las fuentes documentales mencionan el papel de los gobernantes putunes como los principales actores del comercio. Para ejercer esta profesión las familias nobles residían en Xicalanco, Acalan y Nito.

El oriente de la zona central ocupa el Petén guatemalteco y Belize. El inicio del Posclásico Temprano está marcado por las fases New Town en Belize y Cabán en Tikal, y termina con la fundación de Tayasal, que algunos autores ubican en el siglo XIV y otros en el XV. El Posclásico Tardío, caracterizado por su arquitectura monumental en las islas de los lagos Petén y Yaxhá, va desde ese entonces hasta la conquista española.

La historia del Petén y Belize fue distinta a la del resto del área. Al ser expulsados de Chichén Itzá por los cocomes, los itzaes se dirigieron hacia el sur y poblaron varias islas de los lagos comprendidos entre los dominios de los cehachés y los mopanes. En una isla del lago Petén, posiblemente en los albores del siglo XIV, fundaron Noh Petén, llamada también Tayasal. Esta isla mide unas 13 hectáreas, y en su tiempo pudo tener, además de templos y palacios, unas 200 casas. Los relatos de los europeos dicen que Tayasal estaba gobernada por un rey que llevaba como nombre y título el de Ahau Canek, y que era auxiliado en su gobierno por un sacerdote de su mismo linaje, Kin Canek. Como en los pueblos septentrionales, el rey delegaba su poder en los *bataboob* y en el *nacom*.

Los dioses de los itzaes del Petén son los de los peninsulares; pero las fuentes documentales afirman que también rendían culto a una columna de piedra que representaba al árbol cósmico central, Yaxcheelcab.

A pesar de que Cortés llegó a Tayasal en 1524, los mayas de la selva pudieron resistir a los españoles durante más tiempo que cualquier otro pueblo mesoamericano. Tayasal fue vencida el 13 de marzo de 1697.

Por último, nos referiremos a la zona sur, habitada desde tiempos inmemoriales por pueblos que en su gran mayoría hablaban diversas lenguas de la familia maya. Así, en territorio chiapaneco predominan el chol, el tzeltal, el tzotzil, el tojolabal y el chuj. En Guatemala se habla mam, aguacateco, ixil, chuj, achí, quiché, pokomchí, cakchiquel, tzutuhil, kekchí y pokomam. El chortí se encuentra en la frontera entre Honduras y Guatemala. Entre las pocas excepciones de lenguas no mayas estaban la chiapaneca y la pipil, esta última de la familia yuto-azteca, hablada en la costa del Pacífico.

La cronología de la zona es uno de los puntos de mayor discordan-

cia entre los especialistas contemporáneos, debido a que se basan en diferentes criterios, fundamentalmente en lo que toca a las migraciones en territorio guatemalteco. John Fox, quien considera que los elementos intrusivos se encuentran en la zona desde el Clásico, define una primera fase, Pre-Acrópolis (entre 800/1000 y 1100), como una época en la cual continuas oleadas de grupos putunes llegan de la región del Golfo de México, siguiendo los cauces del Usumacinta y de su afluente, el Chixoy. Estos putunes se establecieron en el fondo de los valles, donde levantaron edificios alargados, templos de planta circular y juegos de pelota con canchas cerradas en forma de *H*. Se remontan a este periodo cerámicas bícromas rojo sobre blanco y blanco sobre rojo con decoración geométrica de estilo mixteco-poblano, cuencos trípodes con patas zoomorfas huecas, así como los tipos Tohil Delgado y Anaranjado Fino. Fox llama Acrópolis (1000-1250) a la segunda fase, en la cual se construyen templos piramidales con escalinatas en sus cuatro lados, similares al Castillo de Chichén Itzá y su copia de Mayapán. El nombre de esta fase obedece a que los asentamientos principales se trasladaron a lugares protegidos en las cimas de las montañas, donde era más fácil la defensa militar. Pertenecen a este momento las cerámicas Tohil Plomizo y Anaranjada Fina, y como formas los trípodes con patas moldeadas y los incensarios decorados, en forma de cucharón. Poco a poco las tradiciones exógenas penetraron hacia el norte de los altos, anticipándose a la llegada de los quichés. Viene después una tercera fase a la que se ha dado el nombre de Protohistórico (1250-1524). Corresponde a la que en otras partes de Mesoamérica se denomina Posclásico Tardío. En ella hubo una intensificación de los patrones de la fase anterior, mismos que fueron difundidos en el altiplano guatemalteco, principalmente por obra de los grupos quicheanos. En ese entonces se generalizaron también las "casas largas", edificios cuyas fachadas tienen múltiples columnas y vanos. Las cerámicas principales de esta fase fueron las de engobe rojo y café, sobresaliendo los tipos Fortaleza Blanco sobre Rojo y Chinauhtla Polícromo. Esta fase concluye con la Conquista.

Según Fox, la intrusión de grupos procedentes del Occidente fue aumentando en intensidad en cada fase. Por tanto, podemos pensar que en la primera fase la presencia de los zuyuanos no repercutió demasiado en las poblaciones locales, sino que, por el contrario, se asimilaron paulatinamente a la tradición clásica de las tierras altas. Esto no quiere decir que los zuyuanos perdieran los vínculos con el que había

sido su territorio de origen, puesto que mantuvieron los contactos a través de la vía natural que ofrecían el Usumacinta y el Chixoy.

En su segunda fase, la historia de las tierras altas cambió de tono. No sólo la influencia zuyuana se hizo más patente, sino que las relaciones entre los distintos pueblos de la zona dejaron de ser pacíficas. El nuevo clima beligerante pudo haber sido efecto de un intento de transformación política hacia la hegemonía de grupos poderosos sobre los antiguos señoríos independientes. Los signos de estos tiempos fueron el incremento comercial, la difusión de los elementos culturales, la competitividad por el control económico y político, el militarismo que conduce a la construcción de los mayores centros de población en las cumbres defendidas por barrancos y el inicio de la formación de unidades políticas mayores. Durante estos 250 años habría tenido lugar un proceso aparentemente contradictorio: por un lado, los zuyuanos acabarían asimilándose a la población de mayor raigambre en la zona, al grado de perder sus propias lenguas; por el otro, y en sentido inverso, los gobernantes zuyuanos se asirían aún más a la ideología y a las modas exógenas para imponer sus formas de organización política en sus respectivas áreas de poder.

En este proceso incidió, sin duda, el que los pueblos de la zona sur estrecharan sus nexos mercantiles a través de las grandes rutas de comercio. Entre los bienes más preciados que se producían en la zona estaban la obsidiana, la jadeíta, la serpentina, la nefrita, el ámbar, la alfarería fina, las maderas, el cacao, las plumas de quetzal y de cotinga, las pieles, las conchas del Pacífico, y la sal, tanto la marina como la de tierra adentro.

La tercera y última fase corresponde a la consolidación de los procesos anteriores. Las fuentes documentales nos proporcionan ya para esta época los nombres de los actores históricos, los de sus capitales y gobernantes, las fechas de las fundaciones, alianzas y guerras, e incluso las intrigas y dramas cortesanos. Los pueblos aparecen en sus propios relatos como originarios de un portentoso lugar mítico del que habrían salido, no mucho tiempo atrás, para desempeñar el papel de conquistadores de una tierra prometida. Poco a poco los relatos van cambiando hacia una narración más mundana. En esta historia el pueblo quiché y sus aliados son los protagonistas del altiplano guatemalteco, en el cual extendieron sus dominios por medio de las armas, del establecimiento de confederaciones y de la asimilación de comunidades.

Los quichés crearon un estado centralizado en el cual conservaron

la organización sociopolítica y económica propia de los linajes segmentarios. Durante todo el siglo XIII y la mitad del XIV, estructuraron un enorme poder territorial desde una de sus capitales: Jakawitz. Este poder tuvo por base lo que María Josefa Iglesias Ponce de León y Andrés Ciudad Ruiz denominan un "patrón triádico". En efecto, el nuevo orden se impuso bajo la idea de la existencia de tres grandes capitales: la Jakawitz de los quichés, la Paraxoné de los cakchiqueles y la Tzameneb de los rabinales. Con esta fuerza inusitada las conquistas llegaron hasta el Soconusco, el Valle del Motagua y las tierras septentrionales colindantes con los itzaes del Petén.

Tiempo después, los quichés trasladaron su capital a Ismachí desde donde terminaron de controlar la Meseta Quiché. Hacia 1420 fundaron la más célebre de sus capitales, K'umarcaaj, conocida también por su nombre náhuatl de Utatlán. Allí alcanzó su cúspide la efímera gloria quiché. El declive fue inmediato, durante el reinado del temido Q'uikab. Al gobernar tiránicamente, Q'uikab provocó la rebelión de sus propios hijos, quienes, al derrocarlo en 1493, disolvieron la alianza con cakchiqueles y rabinales. A la separación siguió el estado de guerra, que se mantuvo hasta la Conquista. Cuando los españoles llegaron a la zona existían, entre la pléyade de señoríos, cuatro grandes reinos: el quiché, el cakchiquel, el rabinal y el tzutuhil.

La estructura básica de la sociedad quiché descansaba en la división de 24 "casas grandes", cabezas de patrilinajes, que organizaban tanto la distribución de los grupos humanos como sus interrelaciones sociales, económicas y políticas. Cada "casa grande", o *nim ja,* daba nombre y gobernante a varias unidades menores llamadas *chinamit.* Curiosamente el término es náhuatl *(chinámitl)* y se refiere no a una unidad social, sino al espacio ("el cercado") en que podía habitar dicho grupo humano. Sin embargo, no debemos dudar del carácter social y no meramente espacial del término, pues sabemos que los miembros de un *chinamit* llevaban un mismo apellido. El *chinamit* tenía autoridad jurisdiccional sobre sus miembros, dirigía el culto religioso, formaba una unidad militar y organizaba el pago de los tributos de la comunidad.

Dado que la sociedad quiché estaba tajantemente escindida entre plebeyos y nobles, surge un problema interesante en relación con el *chinamit.* Las fuentes sostienen que éste comprendía tanto a los nobles como a los plebeyos que habitaban dentro de la misma jurisdicción; pero, entonces, ¿pertenecían nobles y plebeyos al mismo patrilinaje? Robert Carmack sostiene que no era así, pues supone que varios patri-

linajes de vasallos estaban sujetos a un patrilinaje noble, dentro de un mismo *chinamit*. Argumenta Carmack que los linajes plebeyos o "arañas" *(amak)* no pertenecían al mismo linaje de una "casa grande" o *nim ja*. La extraña designación *amak* o "araña", deriva de la dispersión de las casas de los agricultores en el campo, por lo cual la representación de su vínculo social adquiría la forma metafórica de una araña que tenía abierta sus patas. Los documentos coloniales aclaran pertinentemente que el *amak* era una "parentela o *calpul*".

Queda la duda de si los plebeyos del *amak* formaban parte del *chinamit* sólo desde el punto de vista administrativo, o si eran un segmento plebeyo de un patrilinaje que, en última instancia, era presidido por una *nim ja*. Dicho en otras palabras, si cada *nim ja* pudo haber estado dividido en dos grupos: uno privilegiado, el gobernante, y otro común, el popular.

Como en otras sociedades mesoamericanas, el sustrato inferior estaba ocupado por esclavos *(alabil)*, gran parte de los cuales eran guerreros extranjeros, plebeyos capturados en combate. Los nobles vencidos, en cambio, eran sacrificados a los dioses.

Políticamente, las 24 "casas grandes" quichés estaban agrupadas en cuatro linajes mayores y éstos constituían a su vez dos mitades. Los cakchiqueles tenían una organización similar, aunque compuesta por 10 "casas grandes". Los principales de las "casas grandes" quichés se distribuían hereditariamente los cargos de gobierno, milicia y clero. Así, por ejemplo, el rey, o *ah pop*, pertenecía al linaje mayor de los Cawek; el consejero, *atzij winek*, al de los Sayil, y el oráculo, *k'alel*, al de los Nijaib. Cada subdivisión de los patrilinajes iba proporcionando funcionarios, sacerdotes, militares y empleados en los distintos niveles de la dirección. Este orden gubernamental se hacía derivar de los antepasados míticos, pues las líneas de descendencia partían de cuatro varones y sus mujeres que habían salido de Tulán-Siwán para reproducirse en el mundo.

El *ah pop*, o rey gobernaba con la colaboración de un alto dignatario, el *ah pop c'amjá;* lo auxiliaban además los cuatro jefes de los linajes mayores y el consejo compuesto por los representantes de las 24 "casas grandes". Si bien todos los reyes eran sagrados, los quichés hacían especial hincapié en la naturaleza portentosa de uno de ellos. Llevaba el nombre del dios Q'ucumatz, "Serpiente Emplumada" en lengua quiché.

La ideología del poder, ceñida a los valores religiosos y militares zu-

yuanos, encontraba en la arquitectura uno de los campos más propicios para el desarrollo de sus símbolos. Diversos autores, entre ellos Carlos Navarrete, han puntualizado las formas arquitectónicas que pasan del Centro de México a las tierras altas guatemaltecas, sobre todo en el Posclásico Tardío y siguiendo la vía comercial mexica del Soconusco. Estas formas eran los templos piramidales con doble escalinata, los de doble capilla, los de planta circular o semicircular, los dados que rematan las alfardas, las salas hipóstilas, los techos planos de vigas y mortero, los *momoztlis* o plataformas rituales en el centro de las plazas, las bases en talud de algunos paramentos, el *téchcatl* o piedra de sacrificio empotrado frente a los templos, el estilo de las pinturas murales, etc. Pero también hay concepciones arquitectónicas propias de las formas de gobierno centralizadoras, entre ellos la simetría bilateral de las capitales, que obedece a la organización en mitades, y las "casas grandes", edificios donde se ventilaban los asuntos más graves de los patrilinajes.

K'umarcaaj de los quichés, Iximché de los cakchiqueles, Zaculeu de los mames o Chinantla Viejo y Mixco Viejo de los pokomames son algunas de las capitales de la época. Casi inexpugnables, se levantaron entre barrancos, laderas y profundas quebradas, y fueron protegidas por murallas y parapetos. A K'umarcaaj sólo se podía llegar por una calzada natural modificada por la mano del hombre. En esta ciudad se yerguen todavía el templo a Tohil ("Tempestad", señor del linaje de los Cawek), el de Hakawitz ("Monte Abierto"), el de la Serpiente Emplumada (de planta circular), el Juego de Pelota y el edificio de las "Casas Grandes". Iximché —al noreste del Lago Atitlán— posee cuatro enormes plazas y dos más pequeñas, todas rodeadas de templos y plataformas, y un juego de pelota de 40 m de longitud. Ambas ciudades carecen de bóvedas falsas, estelas y esculturas de estuco como las que se siguieron produciendo durante el Posclásico en otras regiones de tradición maya; pero también faltan muchos elementos típicos de los zuyuanos: las imágenes de *chacmool,* las columnas de serpientes emplumadas, los atlantes y los guerreros vestidos a la usanza tolteca.

Ambas tradiciones, sin embargo, se conjugan armoniosamente en un documento que fue descubierto en Chichicastenango en 1701. Es el *Popol Vuh,* obra magna del legado literario mesoamericano. Escrito por un miembro del linaje Cawek entre 1554 y 1558, habla de la salida de los padres ancestrales de la Tulán originaria. Narra también el bello mito de los gemelos jugadores de pelota que fueron desafiados y sa-

crificados por los señores del Inframundo; tras su muerte se reproducen como nuevo par gemelar en el vientre de Dama Sangre y derrotan a los terribles señores subterráneos para alcanzar, por fin, la apoteosis, convertidos en Sol y Luna. El mito es maya, de épocas muy remotas. Los héroes gemelos aparecen retratados en las vasijas clásicas del Petén.

El Posclásico, lo tolteca y lo mexica

Al igual que el mundo clásico mesoamericano, el Posclásico recibió la visible marca de las sociedades del Centro de México. Aunque los flujos de personas, bienes e ideas transitaron en todos los sentidos, la huella sucesiva de toltecas y mexicas fue profunda y casi omnipresente en Mesoamérica. Es cierto que en cada área la repercusión fue diferente; pero ninguna quedó exenta de contactos pacíficos o antagónicos, directos o indirectos, con Tula y Mexico-Tenochtitlan.

En lo que a Tula respecta, hoy en día nadie pone en duda el papel protagónico que desempeñó durante los primeros siglos del Posclásico. Paradójicamente y en contraste con la importancia de esta urbe, aún no se ha podido precisar cuál era su zona de dominio directo, con cuáles centros entabló las relaciones comerciales más intensas y de qué naturaleza fueron los nexos con distantes capitales de Oaxaca, Yucatán y los altos de Guatemala. Entre los contados investigadores que han tratado de dar respuesta al primero de dichos interrogantes, destaca Paul Kirchhoff. Empleando como fuente la *Historia tolteca-chichimeca,* pictografía colonial del siglo XVI, Kirchhoff reconstruyó una hipotética esfera tributaria tolteca. Según este modelo, Tula Xicocotitlan fungía como el centro de centros. Ejercía su poder, en primer término, sobre un territorio inmediato divido en cuatro secciones dependientes, ocupadas respectivamente por los cuetlaxtecas, los cozcatecas, los cuitlapiltzincas y los nonoalcas. A una escala mucho mayor, Tula habría sido el núcleo de un vasto dominio tributario dividido en cuatro territorios también cuatripartitas, cada uno de ellos gobernado por una cabecera: Teotenango, al sur; Colhuacan (San Isidro Culiacán), al oeste; Tulancingo, al este, y una cabecera de nombre desconocido al noroeste.

Más allá de esta supuesta zona de influencia tributaria, Tula habría dejado sentir durante siglos su influjo comercial. Al parecer, la ciudad controló varias rutas de primer orden que tenían entre sus destinos la Huasteca, el centro de Veracruz, Morelos, Querétaro, el septentrión

mesoamericano y algunos puntos de la costa del Pacífico, desde Chiapas hasta el mar de Cortés. Sin embargo, los contactos más enigmáticos y controvertidos son los que aparentemente estableció Tula con sitios mucho más lejanos, situados en las costas tabasqueñas y campechanas, en el norte de la Península de Yucatán, en el Soconusco y en los altos de Guatemala. Sin lugar a dudas, el más debatido de todos es el famoso contacto con Chichén Itzá.

Este último problema dio origen en 1887 a una de las más apasionantes controversias del mesoamericanismo. En ese año, Désiré Charnay dio a conocer un libro sobre sus viajes en México y Centroamérica bajo el patrocinio del gobierno francés. En sus páginas, entre anécdotas y comentarios estrafalarios, Charnay repara en un hecho capital que hasta entonces había pasado inadvertido para entendidos y profanos: las enormes semejanzas entre la arquitectura de Chichén Itzá y Tula, a pesar de los cientos de kilómetros que separan a ambos sitios. A partir de ese momento, por medio de excavaciones arqueológicas y análisis cuantitativos, investigadores de la talla de Alfred M. Tozzer comenzaron a descubrir, uno a uno, los múltiples rasgos compartidos, hasta definir un extenso listado.

Las comparaciones continúan en nuestros días. En lo referente a la configuración de las plazas principales de Chichén Itzá y Tula, Lindsay Jones ha señalado similitudes en la orientación de los monumentos; en la articulación pirámide-templos elevados sobre un patio abierto, rectangular, en forma de anfiteatro; en la posición correlativa del juego de pelota, el *tzonpantli* y las tribunas; en la presencia de amplios recintos columnados (el Palacio Quemado en Tula y el Grupo de las Mil Columnas en Chichén), y en la existencia de edificios casi idénticos (la Pirámide de Tlahuizcalpantecuhtli en la ciudad tolteca y el Templo de los Guerreros en la peninsular).

Obviamente, los paralelismos no se limitan a la arquitectura; se extienden a numerosas expresiones culturales como los artefactos, la pintura mural y, especialmente, la escultura. En los dos sitios se encuentran esculturas de bulto, entre las cuales destacan los atlantes que sostienen dinteles o altares, las imágenes conocidas como *chacmool,* las columnas en forma de serpientes emplumadas descendentes y los portaestandartes de rasgos humanos o animales. También abundan las pilastras, las banquetas, los tableros y otros elementos arquitectónicos decorados con bajorrelieves alusivos a la guerra y el sacrificio: aves y felinos devorando corazones, procesiones de guerreros, seres míticos

con partes de hombre, ave y reptil, así como guerreros ricamente ataviados y armados con propulsores y dardos.

Ante tales semejanzas, los investigadores han debatido durante décadas, tratando de explicar al mismo tiempo el tipo de relaciones que pudieron haber existido entre dos ciudades tan distantes y la inexistencia de manifestaciones de la misma índole en puntos intermedios. El resultado del debate ha sido una amplísima gama de respuestas que intentan sustentarse en evidencias arqueológicas y documentales. Por mencionar sólo unas cuantas hipótesis, diremos que una de las primeras y más socorridas propone que un portentoso ejército tolteca encabezado por Topiltzin Quetzalcóatl conquistó a los pacíficos y sabios mayas de Chichén Itzá, para después erigir en ella edificios de estilo idéntico al de Tula.

Un cuadro más complejo es el vislumbrado por Sylvanus G. Morley. Este arqueólogo suponía que los itzaes —un grupo maya proveniente del Petén— habrían sido los constructores de la antigua Chichén. Más tarde este grupo habría viajado al suroeste de la Península de Yucatán, donde supuestamente se fusionó con exiliados toltecas, cultural y lingüísticamente mayanizados. Juntos regresarían a Chichén Itzá para forjar lo que Morley bautizó "Nuevo Imperio Maya".

Tozzer, por su parte, afirmaba que los mayas de Chichén no fueron invadidos en una, sino en tres ocasiones sucesivas, por gentes originarias del Centro de México que habrían introducido —además de un estilo arquitectónico propio— el sacrificio humano, el culto fálico y las prácticas sodomitas: primero llegaron los toltecas, encabezados por Kukulcán I; después, los itzaes mexicanizados de la costa del Golfo, dirigidos por Kukulcán II, y, finalmente, los mercenarios mexicanos de Tabasco.

Una perspectiva distinta es la planteada por J. Eric S. Thompson y defendida por muchos autores más. Según esta hipótesis, los putún itzaes —pujantes mercaderes y guerreros de la región del Golfo— dominaron las costas yucatecas y subyugaron a algunas capitales de la península, entre ellas Chichén Itzá. Para el siglo X, en pleno esplendor, los putún itzaes habían absorbido muchas costumbres de Tula debido a sus continuos contactos con gente del Centro de México. Esto los hizo recibir con beneplácito a Quetzalcóatl y sus huestes, quienes huían del Altiplano. Fue así como se forjó una alianza en la cual los exiliados toltecas, apuntalados por el poder de los putunes, pudieron recrear en Chichén una Tula nueva y mucho más suntuosa.

Ya de manera directa, ya indirecta, todas estas visiones y muchas más conciben a Tula como el motor indiscutible del proceso, y a la capital maya como la "víctima" de una invasión. En franco contraste, unos cuantos autores, entre ellos George Kubler y Román Piña Chan, han invertido el sentido causal de la explicación al sustentar que grupos oriundos del norte de la península habrían fundado una colonia en Tula y realizado allí una modesta copia de su capital.

En fechas más recientes los polemistas han dejado a un lado las hipótesis tradicionales para explorar nuevas rutas. Fundamentalmente esto ha sido posible gracias a las increíbles transformaciones de nuestra manera de concebir a la sociedad maya. En primer lugar, sabemos ahora que los mayas no fueron tan pacíficos. Tanto el incremento de la información arqueológica, histórica y epigráfica, como la reevaluación crítica de viejos datos, permiten reconstruir un panorama de continuo conflicto entre varios centros de poder. En segundo lugar, los mayas no estuvieron exentos de las influencias externas. Existen posibilidades de que los constructores de Chichén hayan sido mayas que imitaron modelos del Centro de México como parte de una novedosa estrategia política.

En esta línea de pensamiento destaca la hipótesis de Jones, quien de manera sugerente opina que el programa arquitectónico y escultórico de Chichén fue emprendido por grupos mayas locales muy beligerantes y conocedores del mundo exterior, dadas sus actividades mercantiles. Deduce que la imitación del estilo tolteca pudo haber sido el resultado del flujo de ideas más que de grupos humanos. La copia, despojada de su significado y función originales, se habría integrado así a un estilo híbrido y cosmopolita cuya finalidad era legitimar ideológicamente ante los vecinos una hegemonía recientemente alcanzada.

Frente a este abanico de propuestas, ¿cuál es nuestra posición? Al igual que Jones, consideramos que existió una evidente intención de reproducir elementos de un estilo exógeno. El sentido de la corriente —independientemente de quiénes fueron sus agentes históricos— fue del Centro de México a territorio maya, puesto que algunos elementos arquitectónicos y escultóricos de Tula (salas hipóstilas, *tzonpantli,* hincapié en lo militar y, quizá, *chacmool)* tienen antecedentes en el Clásico septentrional. En efecto, como vimos anteriormente, Marie-Areti Hers descubrió las raíces culturales de los tolteca-chichimecas en el área Norte de Mesoamérica.

Con Jones afirmamos también que los móviles de la imitación fue-

ron de carácter político. Sin embargo, no creemos que la imitación haya tenido el mero propósito de legitimación a partir de una seductora imagen cosmopolita. Por el contrario, subyace un profundo motivo político e ideológico: la implantación de una nueva concepción del poder. En este sentido, juzgamos que las relaciones entre Tula y Chichén Itzá deben analizarse en un contexto mucho más amplio, el cual rebasa los límites espaciales y temporales del caso específico. Nos referimos al proceso histórico que anteriormente atribuimos a quienes llamamos zuyuanos, del que parecen existir evidencias en el Clásico de Becán, Seibal y Altar de Sacrificios, y que se prolonga hasta el Posclásico Tardío en sitios como K'umarcaaj e Iximché.

En efecto, para evaluar la presencia tolteca en Chichén Itzá —y en toda Mesoamérica— se debe determinar qué es lo zuyuano; se debe distinguir entre lo zuyuano y lo propiamente tolteca, y se debe ubicar el valor de lo tolteca dentro de la esfera de lo zuyuano. Como hemos afirmado, lo zuyuano no corresponde ni a una etnia, ni a una lengua, ni a una región precisa de origen. Además, sus límites temporales preceden y rebasan con varios siglos el esplendor de Tula. El meollo de lo zuyuano debe buscarse en un tipo muy particular de acción política y en su sustento ideológico.

En primer lugar, la acción corresponde a un modelo hegemónico de control político, de amplio rango territorial, sobre una población étnicamente heterogénea. Antes dijimos que este modelo tendía a generalizarse en buena parte de Mesoamérica durante el Posclásico, contra la viva resistencia de las unidades políticas que defendían las formas tradicionales y más autónomas de gobierno. Como ejemplos de esta acción tenemos las campañas, con frecuencia brutales, de la *excan tlatoloyan* del Centro de México, de 8 Venado Garra de Jaguar en Oaxaca, de Q'uikab en los altos de Guatemala, de Tariácuri en Michoacán, y de los itzaes y cocomes en Chichén Itzá y Mayapán.

En segundo lugar, el sustento ideológico se cristalizaba, como es de suponerse, tanto en instituciones políticas como en creencias religiosas. Entre las instituciones típicamente zuyuanas destacan las confederaciones de tres capitales: en la Cuenca de México, Michoacán, Yucatán y Guatemala. Haciendo abstracción de su viabilidad como organizaciones perdurables, las alianzas triples se ostentaron como las encargadas de establecer el orden en el mundo. Otras instituciones notables entre los zuyuanos fueron las órdenes militares cohesionadas por un culto común; el gobierno de un soberano que encarnaba la fuerza del

dios Serpiente Emplumada —Quetzalcóatl, Kukulcán, K'ucumatz, Nacxit—, y el poder real legitimado tras una ceremonia de consagración en santuarios identificados con el mítico lugar de origen: 8 Venado fue a Tollan, donde le perforaron la nariz y le insertaron en ella la joya distintiva del poder supremo, y K'okib', el primer *ah pop* quiché, peregrinó a Oriente para recibir de Nacxit, "el gran señor y único gran juez", los instrumentos rituales del mando. En lo tocante a las creencias, los zuyuanos aseguraban que sus antepasados primordiales procedían de un mismo lugar mítico que recibía, entre otros nombres, los de Tollan, Zuyuá y Tulán-Siwán. En concordancia, la nobleza zuyuana —al menos los *pipiltin* mexicas y los *yya* mixtecos— decían haber sido creados por el propio Serpiente Emplumada, el dios rector de Tollan.

Pero ¿cómo se articulaban esta acción política y esta ideología? La clave está en el mito. Cada pueblo reconocía como su creador a un antepasado primodial, "semilla de hombres", del cual recibía su esencia. Aunque todos los miembros de una comunidad se creyeran integrantes de la progenie del mismo antepasado divino, los gobernantes legitimaban su posición preeminente en una supuesta línea de descendencia privilegiada que los hacía muy próximos a su creador. Como puede suponerse, esta ideología contribuía a la cohesión de las entidades políticas conformadas por una sola etnia, pues la autoridad radicaba en el supuesto parentesco jerárquico.

Sin desconocer esta convicción religiosa generalizada, los zuyuanos tuvieron que buscar un sustento mítico que validara una organización superpuesta al gobierno étnico. Y hallaron la respuesta en los mitos de Quetzalcóatl, el dios creador de la humanidad. Antiguos relatos contaban que Quetzalcóatl había viajado al mundo de los muertos, de donde tomó huesos y ceniza para mezclarlos con la sangre de su pene y formar a los hombres. Con este mito podía acentuarse la creación del género humano, sobreponiéndolo a los mitos del origen específico de cada pueblo.

¿Y Tollan? Era la ciudad ubérrima, la del cielo surcado por las aves de más precioso plumaje. En ella el gobernante Quetzalcóatl ocupaba cuatro casas de cuatro colores, símbolos de los cuatro árboles por los que circulaba el tiempo. En otros términos, era éste el lugar donde se ordenaba el mundo, y Quetzalcóatl era la fuente del orden, de la unidad humana y del poder.

En resumen, estos mitos se enlazaban para justificar el poder sobre las diferentes etnias. No se contraponían a las creencias acerca de los

padres primigenios que habían heredado a sus hijos las lenguas, las profesiones, las imágenes divinas y los bultos sagrados. Paralelamente, acentuaban que la totalidad de los pueblos procedía de la Tollan mítica. Así, en el tiempo primordial —en la oscuridad— todos los hombres hablaban la misma lengua; pero antes de salir de Tollan para poblar el mundo, cada pueblo recibió una lengua distinta, las imágenes de piedra y de madera de sus dioses particulares y su *pisom c'ac'al* o bulto sagrado. Dice el *Popol Vuh:*

> Diferentes eran los nombres de cada uno cuando se multiplicaron allá en el Oriente, y muchos eran los nombres de la gente: tepeu, olomán, cohah, quenech, ahau, que así se llamaban estos hombres allá en el Oriente, donde se multiplicaron [...] No había nacido el Sol ni la luz cuando se multiplicaron. Juntos vivían todos, en gran número existían y andaban allá en el Oriente [...] no sustentaban ni mantenían [a sus dioses]; solamente alzaban las caras al cielo [...] Una misma era la lengua de todos. No invocaban la madera ni la piedra [...] Así hablaban y esperaban con inquietud la llegada de la aurora [...] Ahora bien, el nombre del lugar a donde se dirigieron [los cuatro antepasados de los quichés] Balam-Quitzé, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam y los de tamub e ilocab era Tulán-Zuivá, Vucub-Pec, Vucub-Ziván. Éste era el nombre de la ciudad a donde fueron a recibir a sus dioses [...] Y allí fue donde se alteró el lenguaje de las tribus; diferentes volviéronse sus lenguas. Ya no podían entenderse claramente entre sí después de haber llegado a Tulán. Allí también se separaron [...]

En términos similares, otro documento quiché, *El título de Totonicapán,* relata: "Ellos [...] cambiaron su lengua en el lugar llamado Wukub Pec, Wukub Siwán, Siwán Tulán [...] Y fue en el Paraíso Terrenal donde fuimos formados y creados por Dios el gran Señor [...] Moraban allí antes de venir [...] Vinieron cuando el señor Nacxit les dio el *pisom c'ac'al".*

El personaje que repartió a los pueblos los bultos sagrados es el mismo "gran señor y único gran juez" que dio a K'okib' los instrumentos de gobierno: Nacxit, es decir, Quetzalcóatl.

Las dinastías zuyuanas eran las de Quetzalcóatl, razón por la cual algunos de sus reyes pasaron a la historia como hombres-dioses, santos o seres portentosos que encarnaban a la Serpiente Emplumada.

No sabemos si la Tollan a la cual viajó 8 Venado o la Oriente a donde se dirigió K'okib' para ratificar su poder fueron lugares míticos o terrenales. De cualquier manera, no hay ningún indicio para proponer

la existencia de una gran metrópoli de la que dependieran todos los grupos zuyuanos. Sabemos, en cambio, que algunas urbes —como Cholula y Mexico-Tenochtitlan— recibieron el epíteto de Tollan. Inclusive, es posible que lo zuyuano haya sido muy antiguo, con raíces en las ciudades pluriétnicas y mercantiles del Epiclásico del Centro de México. Cacaxtla o Xochicalco son buenas candidatas como cunas de esta ideología.

Por razones que desconocemos, Tula Xicocotitlan adquirió el prestigio suficiente para erigirse en la Tollan terrenal por excelencia. Esta ciudad habría sido capaz de absorber los principios zuyuanos y de imprimirles formas simbólicas particulares muy vigorosas, convirtiéndose para sus contemporáneos en la imagen terrenal por excelencia de Tollan. Lo anterior explicaría por qué se difundieron sus modelos arquitectónicos y escultóricos por toda Mesoamérica, y por qué ciertos términos propios de la organización sociopolítica zuyuana fueron nahuatlismos.

En otras palabras, Tula no fue la capital de un imperio panmesoamericano, sino, en su momento, el principal centro de irradiación de la ideología zuyuana y quizá de algunos grupos emigrantes de conquistadores.

Los portadores de lo zuyuano fueron de muy diversa naturaleza. Mientras en algunas regiones el sistema fue implantado por extranjeros agresivos que se hicieron del poder, en otras lo impusieron los propios grupos locales sobre sus vecinos. Las rutas de la ideología pudieron haber sido las mismas del comercio, actividad muy importante para los señores zuyuanos. No en vano la cerámica Tohil, producida en los altos de Guatemala, es diagnóstica de su presencia. Sin embargo, el interés principal de los zuyuanos fue el dominio tributario de sus respectivos territorios regionales. Y lo hicieron para sí; no fueron agentes de potencias remotas establecidos en enclaves. Por ello, aun en el caso de que algunos zuyuanos hayan sido en su origen invasores extranjeros, es lógico pensar que con el paso del tiempo se asimilaron a las culturas locales hasta el grado de perder su propia lengua.

Volvamos ahora al caso particular de las relaciones entre Tula y Chichén Itzá. Probablemente eran extranjeros los zuyuanos que aparecen representados en Chichén con armas, atavíos y divisas iguales a las de los toltecas del Centro de México, y algunas veces en franca actitud bélica. Hoy en día no es empresa fácil definir si se trata de toltecas de

Tula o de mayas toltequizados. Según las fuentes documentales, hubo dos irrupciones sucesivas a Chichén Itzá. Suponiendo que cuando menos una de ellas fuera de gente tolteca, su carácter debió de ser el de grupos que emigraron de Tula. En efecto, si esta capital hubiese ejercido un dominio político directo en el norte de la Península de Yucatán, las influencias mayas se habrían dejado sentir de manera contundente en la metrópoli. Sabemos que no fue el caso.

En cuanto a los mexicas, podemos ver que su política fue fluctuante. En buena parte de su historia hubo esfuerzos considerables para enlazarse con los toltecas. Por un lado, establecieron vínculos dinásticos directos con los culhuas, descendientes de los toltecas; por otro, emprendieron excavaciones sistemáticas en las ruinas de Tula con el fin de conocer sus estilos arquitectónicos y escultóricos para reproducirlos en Mexico-Tenochtitlan, y exhumaron desde cerámica hasta monolitos para llevarlos a su capital. Este enlace con lo tolteca, les permitió erigirse como legítimos sucesores al establecerse la última de las *excan tlatoloyan,* institución supuestamente instaurada en Tula. Así, la acción política mexica y su ideología se ajustaron a las normas zuyuanas.

Sin embargo, los dominios de la Triple Alianza pronto trascendieron la esfera regional, hasta alcanzar una extensión extraordinaria. Así, llegó a dominar, por el norte, hasta Xilotépec; por el noreste topó con el río Pánuco, bajando por la costa del Golfo desde Tuxpan hasta el Lago de Catemaco; por el oeste lindó con tarascos; por el suroeste, abarcó la costa del Pacífico, del río Balsas a la región de Tlapa; por el sur alcanzó Coyolapan, en Oaxaca, donde se iniciaba una ruta protegida hasta su lejano enclave del Soconusco. Fuera de su control quedaban, como potencias fronterizas, Metztitlán al norte, los mencionados tarascos al este, Yopitzingo y Tututepec al sur, Coatlicámac al suroeste, además de Tlaxcala y Teotitlan, incluidos en la mancha de sus dominios pero independientes.

Este incremento desmedido, sumado a la imposición de los mexicas sobre los otros dos miembros de la *excan tlatoloyan*, tuvo como consecuencia una transformación paulatina de la ideología zuyuana, acompañada de la exacerbación de los sacrificios humanos. Los mexicas se consideraron los hijos predilectos del Quinto Sol, y declararon que su destino era alimentar con sangre al astro para perpetuar la existencia del mundo. Al sentirse en la cúspide del poder, los mexicas predicaron que había llegado el momento del predominio de su dios patrono, Huitzilopochtli, hecho comprobable en las hazañas militares de sus

hijos. Huitzilopochtli devino en el "padre adoptivo" que recibía bajo su amparo —y potestad— a todos los dioses patronos del mundo y a los pueblos por ellos protegidos. Con esto, sus aliados texcocanos y tlacopanecas quedaron sometidos también a Huitzilopochtli. La Triple Alianza, relegada por Mexico-Tenochtitlan, dejó de ser el foco de las decisiones políticas hegemónicas.

La ideología del dios que "adopta" pueblos por la fuerza de las armas iniciaba un cambio político interrumpido por la Conquista. ¿Fueron los mexicas totalmente originales? No. Al occidente, los tarascos proclamaban lo mismo; sólo que ellos aseveraban que el dios encumbrado era su patrono, Curicaueri.

CONCLUSIONES

Las tres historias

A LO LARGO DE NUESTRO RECORRIDO hemos podido constatar notables diferencias entre los cursos históricos de Aridamérica, Oasisamérica y Mesoamérica. Al analizar la primera de estas tres superáreas, fue evidente que el devenir de sus pobladores estuvo marcado por las condiciones ambientales más duras y difíciles, y por un relativo estado de aislamiento. Si bien es cierto que todos los aridamericanos se mantenían fundamentalmente de la recolección de vegetales y, en menor medida, de la caza, sus técnicas, formas de vida y tradiciones difirieron considerablemente de un lugar a otro dentro de ese vasto mosaico geográfico que es el norte. Pudiera decirse que el origen de tales diferencias culturales se encuentra en que sus contactos, aunque permanentes, de ninguna manera se dieron con la intensidad de las relaciones entabladas por las diversas sociedades oasisamericanas, y menos aún de los estrechos vínculos que caracterizaron a los mesoamericanos. En pocas palabras, sus interconexiones nunca fueron lo suficientemente amplias, sustanciales y constantes como para integrar una vigorosa tradición compartida en Aridamérica.

La unidad histórica de Oasisamérica, muy por el contrario, consolidó culturas afines cuyos rasgos aún identifican a muchos de sus descendientes. Los pueblos oasisamericanos tuvieron un sello muy propio. Como hemos visto, es muy probable que buena parte de las especies domesticadas, las técnicas agrícolas y la cerámica de estas sociedades llegara desde Mesoamérica. Pero, aunque así hubiera sido, los cultivadores del desierto no trasplantaron directamente las formas mesoamericanas de vida, ni posteriormente se asimilaron a esta gran tradición del sur. Pese a los tratos continuos que se establecieron entre las dos superáreas, los habitantes de Oasisamérica mantuvieron su especificidad debido a la enorme distancia que los separaba de sus vecinos más desarrollados; a la marcada diferencia ambiental a la que tuvieron que ajustar la agricultura, en territorios semiáridos o áridos, sujetos a climas extremosos, y a que habían recibido un rico legado cultural de

sus antecesores, los hombres de la Tradición del Desierto, de gran valía para hacer frente a las inclemencias propias de estas tierras.

Mesoamérica, por su parte, gozó de una historia común nacida en las remotas épocas de la sedentarización agrícola. En efecto, durante los 1300 años anteriores a los primeros procesos de jerarquización social, los cultivadores de maíz construyeron los principios fundamentales de lo que sería a la postre una de las tradiciones más creativas del continente antes de la ocupación europea. Sobre dicha plataforma se erigieron poco a poco las historias y culturas locales y regionales, y todo este complejo se entretejió con la acción globalizadora de sociedades que hemos definido como "protagonistas". En términos muy generales, la historia de la tradición mesoamericana se caracterizó por ser de muy larga duración; fue un proceso ininterrumpido que duró cuatro milenios. Durante ese enorme periodo todos los habitantes de la superárea participaron creando y recreando la misma base cultural. Pero, mientras que muchos aspectos de esta tradición resultaron sumamente lábiles al cambio, su núcleo estuvo sujeto a un ritmo de transformación tan lento que hoy día nos parece inmune al paso del tiempo.

Evidentemente, las historias específicas de cada área mesoamericana, de cada región y de cada localidad fueron de naturaleza muy distinta. Aunque no sólo se forjaron en el acontecer interno, casi siempre miraban hacia adentro, unidas de manera indisoluble a la geografía, la economía y la política locales, y al juego secular de las particularidades étnicas, lingüísticas y culturales de sus actores. En ellas intervinieron —y se formaron— las identidades.

En cambio, las historias globalizadoras, en las cuales incidieron mayoritariamente las sociedades "protagonistas", produjeron formas de cohesión en amplios escenarios supraétnicos. Con ello se asemejan, por una parte, a la historia básica de la gran tradición, y se separan de las historias locales-regionales, que tienden a la especificidad. Sin embargo, debemos tomar en cuenta que estas historias globalizadoras también presentan diferencias entre sí. En efecto, las acciones de los "protagonistas" y las reacciones de los actores secundarios cambiaron considerablemente según la época, el área o las áreas en juego, la fuerza correlativa de los participantes, el tipo de sistema que se deseaba imponer y las circunstancias históricas, muchas de ellas de coyuntura.

Veamos las peculiaridades de los principales "protagonistas" de la historia mesoamericana. En lo referente a los olmecas, no es fácil de-

terminar, al menos por ahora, en qué consistió su protagonismo. Su perfil, se dijo, es aún borroso. Sólo puede asegurarse que, a juzgar por sus huellas, se trató de uno de los procesos de mayor importancia en la superárea. La solución de esta incógnita es una de las grandes tareas del futuro.

Algo más sabemos de los teotihuacanos. Su imposición en el ámbito mesoamericano no fue de carácter netamente militar. Hemos insistido en capítulos anteriores que las investigaciones de las últimas décadas han venido echando por tierra la imagen romántica de un Clásico de paz y tranquilidad generalizada. Hoy sabemos, por ejemplo, que las guerras eran endémicas entre los mayas y que las hazañas militares eran muy importantes para sostener a las elites en el gobierno. Y no es remoto, claro está, que los teotihuacanos hayan intervenido con frecuencia en las contiendas regionales de las áreas con que establecieron relaciones, e incluso que fomentaran los conflictos políticos en provecho propio. También es posible que eventualmente hicieran por sí uso de las armas con el propósito de imponer su sistema económico o en defensa de sus intereses. Pero ni el dominio político directo parece haber sido la finalidad del sistema, ni las armas el medio normal para lograrla. Su poder se ejerció a través del control de las redes de comercio, y sus objetivos fueron básicamente mercantiles. Otro aspecto básico es el de la difusión cultural. Durante varios siglos, la influencia de Teotihuacan se dejó sentir en toda Mesoamérica. Los teotihuacanos difundieron estilos y modas, los cuales fueron reproducidos por doquier como parte de las estrategias de ostentación que practicaban las elites locales. Pero, aparte de ello, no hay bases para sostener que estuviese entre las metas de Teotihuacan la imposición de sus instituciones políticas, creencias religiosas o manifestaciones artísticas en los territorios que ingresaban en su esfera de dominio.

La globalización zuyuana tuvo otras características. A diferencia de los teotihuacanos, los zuyuanos lucharon por un dominio político más directo, y su medio cohesivo por excelencia fue el ejercicio de las armas. La difusión —o imposición— de sus formas de poder, de sus creencias religiosas y de sus manifestaciones artísticas formó parte de la ideología hegemónica. En cuanto a la centralización, los zuyuanos no pretendieron la integración de un imperio encabezado por una metrópoli terrenal, sino la formación de sistemas regionales de tributación. En este sentido, los mexicas aparecen como la gran excepción, pues en vísperas de la Conquista ya se habían volcado al exterior de

su propia región para dilatar su poder en un radio de control político de dimensiones inusitadas. Su acción bien pudo haber sido el preludio de una nueva era mesoamericana, interrumpida bruscamente por la llegada de los españoles.

Volvamos ahora a los tres hilos fundamentales del complejo tejido mesoamericano: tradición básica producida por una historia común de larga duración, historia local-regional e historia globalizadora. Obviamente, el entramado de los tres hilos en un solo proceso cambiaba en función de la época, el área y la región. Algunos pueblos, en determinados tiempos, vivieron intensamente la historia globalizadora como "protagonistas", o como sus interlocutores, y entonces se encontraron en el eje del acontecer panmesoamericano. Otros, también en determinados tiempos, dirigieron su atención a los acontecimientos regionales, participando en mucha menor escala en las relaciones globalizadoras de su momento. Y otros más, relativamente apartados del trasiego histórico de los poderosos, permanecieron en el nivel del mesoamericanismo aldeano fundamental.

Lo anterior produce la visión de una Mesoamérica heterogénea, en la cual los procesos históricos marginan a pueblos, regiones e incluso áreas enteras durante siglos, o los desfasan en su desarrollo. Sin embargo, debemos precisar, en primer lugar, que la historia mesoamericana no sólo fue la globalizadora y, en segundo lugar, que —en mayor o menor medida— la intercomunicación del gran complejo se mantuvo permanentemente. El hecho es que la heterogeneidad y la aparente marginación a que nos referimos han producido que en la investigación científica se privilegie una cronología basada en criterios puramente evolutivos. Esta preferencia ha sido muy productiva; nos ha permitido profundizar y puntualizar en los procesos de desarrollo histórico regional. Sin embargo, consideramos que el criterio histórico global de la superárea sería más adecuado para entender el devenir general mesoamericano. Este criterio exigiría el establecimiento de divisiones temporales de validez común en toda la superárea, independientemente de las diferencias evolutivas de las áreas y los pueblos comprendidos. En cada una de dichas divisiones, las semejanzas, diferencias, interrelaciones y relativas marginaciones se explicarían causalmente en su conjunto como manifestaciones de un mismo proceso histórico.

En lo que respecta a las periodizaciones, debemos recordar una crítica que consideramos de peso. En la mayoría de los casos no existe congruencia en la determinación de los criterios clasificatorios, pues se

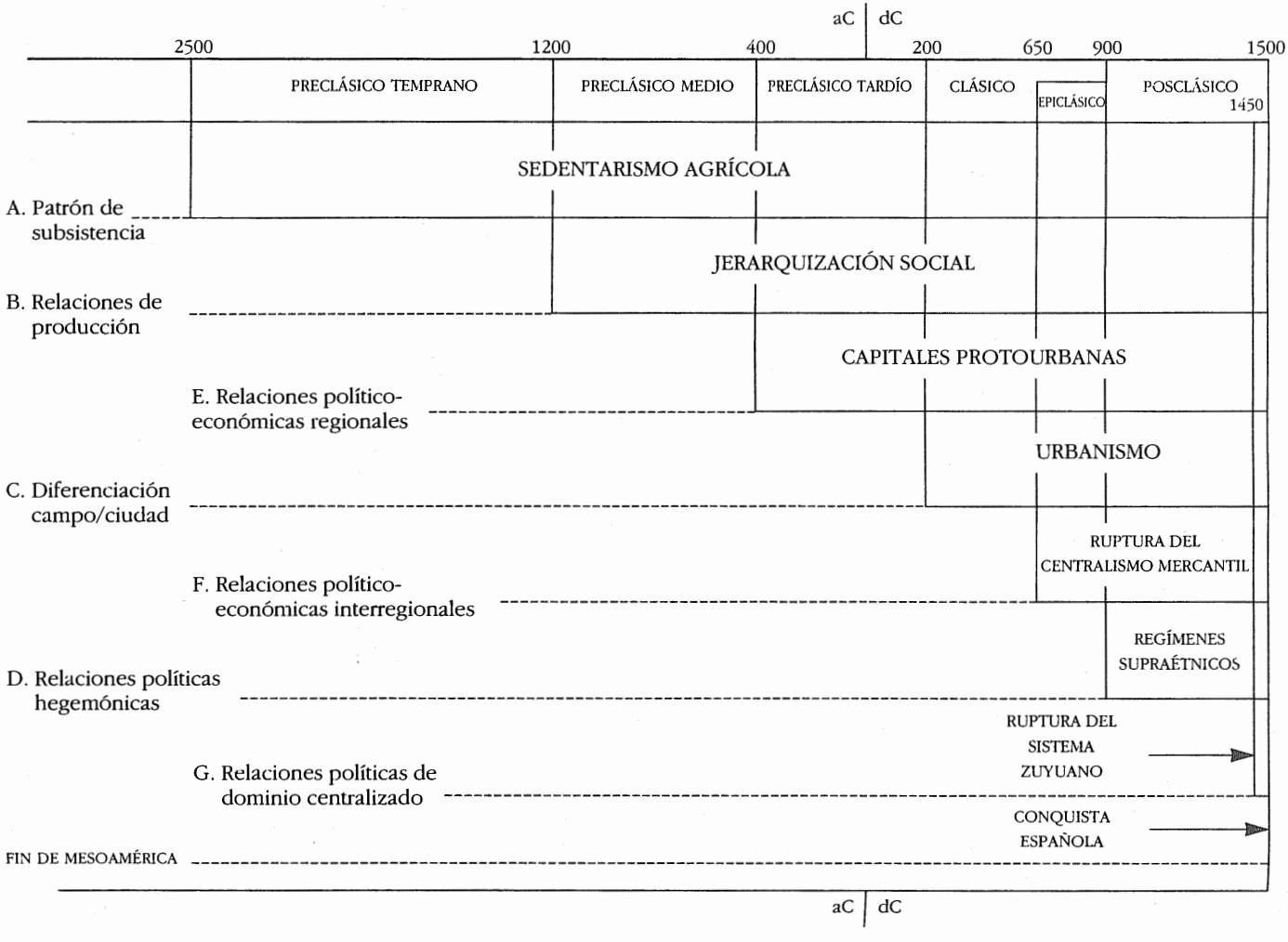
toman en cuenta indistintamente bases de subsistencia, patrón de asentamiento, grado de centralización del poder, importancia del aparato bélico y nivel estético de las manifestaciones artísticas. En alguna ocasión hemos suscrito esta crítica, y la consideramos válida. Sin embargo, al mismo tiempo debemos reconocer que para la aplicación estricta de criterios coherentes y uniformes en la historia mesoamericana, encontramos serios obstáculos de diversa índole: algunas de las transformaciones fundamentales son muy paulatinas, lo que hace difícil fijar las líneas de corte; el uso de un solo criterio conduciría a la formación de divisiones tan amplias que la utilidad taxonómica sería casi nula; por si fuera poco, no existen indicadores arqueológicos precisos para identificar la secuencia de procesos históricos básicos.

Ante esta incontrovertible realidad, revaloremos las periodizaciones que se han utilizado —y que han cristalizado como vehículos de comunicación académica—, no para abogar por su congruencia o para justificar su terminología, sino para hacer notar que han funcionado como herramientas prácticas y que los cortes temporales que proponen tienen correspondencia con hitos históricos reales, aunque de muy distinta naturaleza. Hay un acuerdo generalizado en que existen cuatro periodos fundamentales:

a) de 2500 aC a 1200 aC (Preclásico Temprano);
b) de 1200 aC a 200 dC (Preclásico Medio y Preclásico Tardío);
c) de 200 dC a 900 dC (Clásico), y
d) de 900 dC a 1500 dC (Posclásico).

Estos cuatro grandes segmentos de la historia mesoamericana obedecen, repetimos, a muy distintos criterios de división, que sintéticamente son los siguientes:

a) El primer corte se determina con el criterio fundamental de la adopción de un modelo de subsistencia agrícola-sedentario, que se ubica arqueológicamente hacia 2500 aC.
b) El segundo toma en cuenta las relaciones de producción, pues se ha considerado que el paso entre el igualitarismo aldeano y la jerarquización social tiene lugar hacia 1200 aC.
c) El tercero se fija a partir de la diferenciación campo-ciudad, surgida de las necesidades impuestas por las grandes concentraciones humanas, sumamente diversificadas, pero incapaces de producir por sí mismas sus bienes de subsistencia, lo que ocurre alrededor de 200 dC.



Los distintos criterios seguidos en la división cronológica de Mesoamérica

d) El cuarto corte tiene un fundamento básicamente político: la aparición de sistemas que pretenden el control regional a partir de principios supraétnicos, hacia 900 dC.

Hay, sin embargo, otros tres hitos históricos intermedios que, sin tener la importancia de los anteriores, señalan cambios muy notables en las relaciones mesoamericanas. Colocados en sus respectivas posiciones, encontraríamos el siguiente cuadro completo:

a) de 2500 aC a 1200 aC (Preclásico Temprano);
b) de 1200 aC a 200 dC (Preclásico Medio y Preclásico Tardío);
e) de 400 aC a 200 dC (Preclásico Tardío);
c) de 200 dC a 900 dC (Clásico);
f) de 650 dC a 900 dC (Epiclásico);
d) de 900 dC a 1500 dC (Posclásico), y
g) de 1450 a 1500 (vísperas de la Conquista).

Las tres divisiones intercaladas también obedecen a criterios heterogéneos. Son éstos los siguientes:

e) Hacia 400 aC (inicio del Preclásico Tardío) comienza un periodo de competencia y conflictos bélicos entre los centros regionales, marcado por la transformación de ellos en verdaderas capitales protourbanas. Es probable que la institucionalización del poder para concentrarlo en un sector del grupo dominante haya dado origen a la ideología que propició la arquitectura pública monumental (incluso el gigantismo) y la complejidad del calendario, la escritura y la numeración.

f) Hacia 650 dC (inicio del Epiclásico) empieza la fragmentación de lo que parece haber sido un sistema de control económico sumamente centralizado. Esto no transforma radicalmente la economía mesoamericana, pues aún Teotihuacan, tras el colapso, sigue siendo la capital regional más importante del Centro de México. Sin embargo, los efectos de la fragmentación producen disímbolas consecuencias en diversas partes de Mesoamérica.

g) Hacia 1450 dC (en pleno Posclásico Tardío) y en regiones específicas de Mesoamérica parece arrancar el resquebrajamiento de la ideología política del equilibrio supraétnico. Esto fue producto, al menos en casos muy concretos, del nacimiento de una ideología que propugnaba la supremacía de etnias particulares. No fue posible ya llegar a la cristalización de esta última etapa de la vida mesoamericana.

La invasión europea puso fin a la vida autónoma de las sociedades indígenas de México. Algunas de ellas fueron aniquiladas durante el proceso de conquista y colonización. En proporción considerable, la población sobreviviente se mestizó y se transformó culturalmente para constituir la parte mayoritaria de la llamada sociedad nacional del México contemporáneo. Otro numeroso sector conservó sus lenguas autóctonas y sus tradiciones nativas, aunque severamente afectadas por el expolio, la explotación colonial, la intervención política y religiosa, y la relegación cultural. Quienes forman parte de este último sector continúan, después de más de cinco siglos, sujetos a un régimen de tipo colonial que, pese a los discursos oficiales y a las pretendidas justificaciones académicas, se agrava en los últimos años con la implantación de la política neoliberal que profundiza las diferencias entre los mexicanos. En la actualidad, como en repetidas ocasiones a lo largo de su dura historia, los pueblos indígenas se rebelan contra el poder político y económico que los mantiene en la miseria, en la insalubridad y en el abandono, o que irrumpe en sus territorios en aras del progreso y la captación de capitales extranjeros. Las armas de la resistencia indígena son pocas; pero entre las más valiosas se encuentra el legado cultural que, forjado a lo largo de 13 siglos, durante todo el Preclásico Temprano, formó la esencia de Mesoamérica. Como antaño, los rebeldes recurren al símbolo cohesivo y esperanzador del hombre-dios. No es el Quetzalcóatl prehispánico ni el Canek colonial. Hoy toma fuerza en todo el país la imagen de Emiliano Zapata.

BIBLIOGRAFÍA

Revistas especializadas

American Antiquity, Society for American Archaeology.
Anales de Antropología, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.
Ancient Mesoamerica, Cambridge University Press.
Arqueología Mexicana, INAH y Editorial Raíces.
Arqueología, Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH.
Boletín INAH, INAH.
Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana, Facultad de Arquitectura, UNAM.
Estudios de Cultura Maya, Centro de Estudios Mayas, UNAM.
Estudios de Cultura Náhuatl, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
Journal de la Société des Américanistes, Société des Américanistes.
Journal of Latin American Archaeology, Society for American Archaeology.
Mesoamérica, Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica y Plumsock Mesoamerican Studies.
México en el Tiempo, Editorial Jilguero e INAH.
Mexicon, Internationalen Gesellschaft für Mesoamerika-Forschung.
Revista Española de Antropología Americana, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid.
Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, Sociedad Mexicana de Antropología.
Tlalocan, UNAM.
Tlatoani, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Artículos y libros

Acosta, Jorge R., "Los toltecas", en *Los señoríos y estados militaristas,* Román Piña Chan (ed.), México, INAH, 1976, pp. 137-158.

Acosta Saignes, Miguel, *et al., El comercio en el México prehispánico,* México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1975.

Adams, Richard E. W. (comp.), *Los orígenes de la civilización maya,* México, FCE, 1989.

———, *Prehistoric Mesoamerica,* Norman, University of Oklahoma Press, 1991.

Alcina Franch, José, *Calendario y religión entre los zapotecos,* México, UNAM, 1993.

Alvarado Tezozómoc, Hernando, *Crónica mexicana,* México, Editorial Leyenda, 1944.

Armillas, Pedro, "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica", en *Homenaje a Francisco Márquez Miranda,* Madrid, Universidades de Madrid y Sevilla, 1964, pp. 62-82.

———, "Northern Mesoamerica", en *Prehistoric Man in the New World,* J. D. Jennings y E. Norbeck (eds.), Chicago, University of Chicago Press, 1964, pp. 291-329.

———, "Tecnología, formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica", *The Civilization of Ancient America,* Sol Tax (ed.), Nueva York, Cooper Square Pubs., 1967, pp. 19-30.

———, "The Arid Frontier of Mexican Civilization", *Transactions of the New York Academy of Sciences,* Nueva York, serie II, vol. 31, núm. 6, 1969, pp. 6-8.

———, *Cronología y periodificación en la historia de América precolombina,* México, SAENAH, 1957.

Ashmore, Wendy (ed.), *Lowland Maya Settlement Patterns,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1981.

Aveleyra Arroyo de Anda, Luis, *et al., Cueva de la Candelaria,* México, INAH, 1956.

———, *Los cazadores primitivos en Mesoamérica,* México, UNAM, 1967.

Aveni, Anthony F., *Native American Astronomy,* Austin, University of Texas Press, 1977.

———, *Observadores del cielo en el México antiguo,* México, FCE, 1991.

Barlow, Robert H., *La extensión del imperio de los culhua-mexica,* en *Obras de Robert H. Barlow,* vol. 4, Jesús Monjarás-Ruiz, Elena Limón y María de la Cruz Paillés (eds.), México, INAH y Universidad de las Américas, 1992.

Baudez, Claude-F., *Amérique Central,* Ginebra, Les Editions Nagel, 1970.

Baudez, Claude-F., y Pierre Becquelin, *Les mayas,* París, Gallimard, 1984.

Bell, Betty (ed.), *The Archaeology of West Mexico,* Ajijic, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, 1974.

Benson, Elizabeth P. (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1968.

——— (ed.), *Mesoamerican Sites and World-views,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1981.

——— (ed.), *Mesoamerican Writing Systems,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1973.

——— (ed.), *The Olmec and their Neighbors,* Washington D. C., Dumbarton Oaks, 1981.

Berdan, Frances F., y Patricia Anawalt (eds.), *The Codex Mendoza,* 4 vols., Berkeley, The University of California Press, 1992.

Berdan, Frances F., Richard E. Blanton, Elizabeth Hill Boone, Mary G. Hodge, Michael E. Smith y Emily Umberger, *Aztec Imperial Strategies,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1996.

Berlin, Heinrich, "El glifo 'emblema' en las inscripciones mayas", *Journal de la Société des Américanistes,* vol. 47, 1958, pp. 111-119.

Berlo, Janet Catherine (ed.), *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1992.

Bernal, Ignacio, "Archaeological Synthesis of Oaxaca", en *Handbook of Middle American Indians,* vol. 3, Austin, University of Texas Press, 1965, pp. 788-831.

———, "El Valle de Oaxaca hasta la caída de Monte Albán", en *Historia de México,* Miguel León-Portilla (ed.), México, Salvat Editores de México, 1975, vol. 2, pp. 71-114.

———, "Formación y desarrollo de Mesoamérica", en *Historia general de México,* 4 vols., México, El Colegio de México, 1976, vol. 1, pp. 125-164.

———, *Historia de la arqueología en México,* México, Porrúa, 1979.

——— (ed.), *México: Panorama histórico y cultural,* 10 vols., México, INAH, 1974-1976.

Berrin, Kathleen, y Esther Pasztory (eds.), *Teotihuacan. Art from the City of the Gods,* Nueva York, Thames and Hudson y The Fine Arts Museums of San Francisco, 1993.

Blanton, Richard E., *Monte Alban. Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital,* Nueva York, Academic Press, 1978.

Blanton, Richard E., Stephen A. Kowalewski, Gary Feinman y Jill Appel,

Ancient Mesoamerica. A Comparison of Change in Three Regions, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

Boehm de Lameiras, Brigitte, *Formación del Estado en el México prehispánico,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986.

Boone, Elizabeth H. (ed.), *The Aztec Templo Mayor,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1987.

Boone, Elizabeth H., y Water D. Mignolo (eds.), *Writing without Words. Alternative Literacies in Mesoamerica and the Andes,* Durham, Duke University Press, 1994.

Brand, Donald D., "Bosquejo histórico de la geografía y la antropología en la región tarasca" (primera parte), *Anales del Museo Michoacano,* 2ª época, núm. 5, 1952, pp. 40-153.

Braniff, Beatriz, "Arqueología del Norte de México", en *Los pueblos y señoríos teocráticos,* Ignacio Bernal (ed.), México, INAH, 1975, pp. 217-272.

———, *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P. Un sitio en la frontera mesoamericana,* México, INAH, 1975.

———, "La frontera septentrional de Mesoamérica", en *Historia antigua de México,* 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 1, pp.113-143.

Broda, Johanna, David Carrasco y Eduardo Matos Moctezuma, *The Great Temple of Tenochtitlan. Center and Periphery in the Aztec World,* Berkeley, University of California Press, 1987.

Broda, Johanna *et al.* (eds.), *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica,* México, UNAM, 1991.

Brüggemann, Jürgen, "La zona del Golfo en el Clásico", en *Historia antigua de México,* Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), 3 vols., México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 2, pp. 11-40.

Brüggemann, Jürgen, Sara Ladrón de Guevara y Juan Sánchez Bonilla, *Tajín,* México y Madrid, El Equilibrista y Turner Libros, 1992.

Brüggemann, Jürgen, *et al., Cempoala: El estudio de una ciudad prehispánica,* México, INAH, 1991.

Byland, Bruce, y John Pohl, *In the Realm of 8 Deer: the Archaeology of the Mixtec Codices,* Norman, University of Oklahoma Press, 1995.

Cabrera Castro, Rubén, Ignacio Rodríguez García y Noel Morelos García (coords.), *Teotihuacan 1980-1982. Nuevas interpretaciones,* México, INAH, 1991.

Cabrero, María Teresa, *La muerte en el Occidente del México prehispánico,* México, UNAM, 1995.

Calnek, Edward E., "Settlement Patterns and Chinampa Agriculture at Tenochtitlan", *American Antiquity,* vol. 37, núm. 1, 1972, pp. 104-115.

———, "El sistema de mercado de Tenochtitlan", en *Economía política e ideología en el México prehispánico,* Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), México, Nueva Imagen y CISINAH, 1978, pp. 95-114.

Cardós de Méndez, Amalia (coord.), *La época clásica. Nuevos hallazgos, nuevas ideas,* México, INAH, 1990.

Carmack, Robert M., *Historia social de los quichés,* Guatemala, Ministerio de Educación, 1979.

———, "La estratificación quicheana prehispánica", en *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica,* Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), México, CISINAH, 1976, pp. 245-277.

———, *Quichean Civilization: The Ethnohistoric, Ethnographic and Archaeological Sources,* Berkeley, University of California Press, 1973.

———, *The Quiche Mayas of Utatlan,* Norman, University of Oklahoma Press, 1981.

Carmona, Martha (ed.), *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas,* México, INAH, 1989.

Carrasco, David, *Quetzalcoatl and the Irony of Empire. Myths and Prophecies in the Aztec Tradition,* Chicago, University of Chicago Press, 1982.

———, *Religions of Mesoamerica. Cosmovision and Ceremonial Centers,* San Francisco, Harper & Row, 1990.

Carrasco, Pedro, *América indígena,* en Pedro Carrasco y Guillermo Céspedes, *Historia de América Latina,* vol. 1, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pp. 9-266.

———, "La sociedad mexicana antes de la Conquista", en *Historia general de México,* 4 vols., México, El Colegio de México, 1976, vol. 1, pp. 165-288.

———, *Los otomíes: Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana,* México, UNAM, 1976.

Carrasco, Pedro, *et al., La sociedad indígena en el Centro y en el Occidente de México,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986.

Carrasco, Pedro, y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico,* México, Nueva Imagen y CISINAH, 1978.

——— (eds.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica,* México, INAH, 1976.

Caso, Alfonso, *El pueblo del Sol,* México, FCE, 1953.
———, *Los calendarios prehispánicos,* México, UNAM, 1967.
———, *Reyes y reinos de la Mixteca,* 2 vols., México, FCE, 1977-1979.
Caso, Alfonso, *et al., La cerámica de Monte Albán,* México, INAH, 1967.
Castillo F., Víctor M., *Estructura económica de la sociedad mexica, según las fuentes documentales,* México, UNAM, 1972.
Castro, Efraín, *et al., El arte de Mezcala,* México, Gobierno Constitucional del Estado de Guerrero, 1993.
Castro-Leal, Marcia, *Tzintzuntzan, capital de los tarascos,* Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1986.
Centro de Estudios Históricos, *Historia general de México,* 4 vols., México, El Colegio de México, 1976.
Cervantes-Delgado, Roberto (comp.), *Arqueología y etnohistoria del Estado de Guerrero,* México, INAH y Gobierno del Estado de Guerrero, 1986.
Clark, John E., "Olmecas, olmequismo y olmequización en Mesoamérica", *Arqueología,* 1990, vol. 3, pp. 49-55.
Clark, John E., y Michael Blake, "El origen de la civilización en Mesoamérica: Los olmecas y mocayas del Soconusco de Chiapas", en *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas,* Martha Carmona (ed.), México, INAH, 1989, pp. 385-405.
Clendinen, Inga, *Aztecs. An Interpretation,* Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
Coe, Michael D., *Breaking the Maya Code,* Londres y Nueva York, Thames and Hudson, 1992.
———, *Lords of the Underworld,* Princeton, Princeton University Press, 1978.
———, *Mexico. From the Olmecs to the Aztecs,* 4ª ed., Nueva York, Thames and Hudson, 1994.
———, *The Maya,* 5ª ed., Londres, Thames and Hudson, 1993.
Coe, Michael D., y Richard A. Diehl, *In the Land of the Olmec,* 2 vols., Austin, University of Texas Press, 1980.
Cohen, Mark Nathan, *La crisis alimentaria de la prehistoria,* Madrid, Alianza Editorial, 1981.
Conrad, Geoffrey W., y Arthur A. Demarest, *Religión e imperio. Dinámica del expansionismo azteca e inca,* México, Alianza Editorial, 1988.
Cook de Leonard, Carmen (ed.), *Esplendor del México Antiguo,* 2 vols., México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1959.

Cordell, Linda S., *Prehistory of the Southwest,* Nueva York, Academic Press, 1984.

Covarrubias, Miguel, *Indian Art of Mexico and Central America,* Nueva York, Knopf, 1957.

Covarrubias, Miguel, y Daniel Rubín de la Borbolla, *El arte indígena de Norteamérica,* México, INAH, NGASI e IMNCR, 1945.

Culbert, Patrick T. (ed.), *Classic Maya Political History. Hieroglyphic and Archaeological Evidence,* Cambridge University Press, School of American Research Advanced Seminar Series, 1990.

——— (ed.), *The Classic Maya Collapse,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973.

Chapman, Anne M., "¿Historia o estructura? A propósito de Mesoamérica", *Boletín INAH,* México, 2ª época, núm. 19, 1976, pp. 35-38.

———, *Puertos de intercambio en Mesoamérica prehispánica,* México, INAH, 1959.

Chase, Arlen F., y Prudence M. Rice (eds.), *The Lowland Maya Postclassic,* Austin, University of Texas Press, 1986.

Dahlgren, Barbro, *La Mixteca. Su cultura e historia prehispánica,* México, UNAM, 1966.

Danien, Elin C., y Robert J. Sharer (eds.), *New Theories on Ancient Maya,* Filadelfia, University of Pennsylvania, 1992.

Davies, Nigel, *Los antiguos reinos de México,* México, FCE, 1988.

———, *The Toltecs until the Fall of Tula,* Norman, University of Oklahoma Press, 1977.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* México, Ediciones Mexicanas, 1950.

Diehl, Richard A., *Tula. The Toltec Capital of Ancient Mexico,* Londres, Thames and Hudson, 1983.

Diehl, Richard A., y Janet C. Berlo (eds.), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan: A. D. 700-900,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1989.

DiPeso, Charles C., *Casas Grandes. A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca,* vols. 1-3, Flagstaff, The Amerind Foundation, 1974.

DiPeso, Charles C., *et al., Casas Grandes. A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca,* vols. 4-8, Flagstaff, The Amerind Foundation, 1974.

Duverger, Christian, *El origen de los aztecas,* México, Grijalbo, 1987.

Edmonson, Munro S., *Sistemas calendáricos mesoamericanos. El libro del año solar,* México, UNAM, 1995.

Escalante Gonzalbo, Pablo, "La polémica sobre la organización de las comunidades de productores", *Nueva Antropología,* vol. 11, núm. 38, octubre de 1990, pp. 147-162.

Fash, William L., *Scribes, Warriors and Kings. The City of Copán and the Ancient Maya,* Londres, Thames and Hudson, 1991.

Flannery, Kent V., "Archaeological Systems Theory and Early Mesoamerica", en *Anthropological Archaeology in the Americas,* Betty J. Meggers (ed.), Washington, D. C., Anthropological Society of Washington, 1968, pp. 67-87.

———, *Guilá Naquitz: Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico,* Nueva York, Academic Press, 1986.

———, "Los orígenes de la agricultura en México. Las teorías y la evidencia", en *Historia de la agricultura. Época prehispánica-Siglo XVI,* Teresa Rojas Rabiela y William T. Sanders (eds.), México, INAH, 1985, vol. 1, pp. 237-266.

——— (ed.), *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976.

———, "The Olmec and the Valley of Oaxaca: A Model for Interregional Interaction in Formative Times", en *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec,* Elizabeth P. Benson (ed.), Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1968, pp. 79-110.

Flannery, Kent V., y Joyce Marcus (eds.), *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations,* Nueva York, Academic Press, 1983.

Florescano, Enrique (coord.), *Historia general de Michoacán,* Morelia, Instituto Michoacano de Cultura, 1989.

———, *Memoria mexicana,* 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Foncerrada de Molina, Marta, *Cacaxtla. La iconografía de los olmeca-xicalanca,* México, UNAM, 1993.

Foster, Michael S., y Phil C. Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica,* Boulder, Westview Press, 1985.

Fox, John, "Lowland to Highland Mexicanization Processes in Southern Mesoamerica", *American Antiquity,* vol. 45, núm. 1, 1980, pp. 43-54.

———, *Maya Postclassic State Formation,* Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

———, *Quiche Conquest. Centralism and Regionalism in Highland Guatemalan State Development,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1978.

Fuente, Beatriz de la, *Los hombres de piedra. Escultura olmeca,* México, UNAM, 1977.

Gamio, Manuel, *La población del Valle de Teotihuacan,* 5 vols., México, Instituto Nacional Indigenista, 1979.

García Cook, Ángel, *El desarrollo cultural en el norte del valle poblano-tlaxcalteca: Inferencias de una secuencia cultural, espacial y temporalmente establecida,* México, INAH, 1976.

García Cook, Ángel, y Beatriz Leonor Merino Carreón (comps.), *Antología de Cacaxtla,* 2 vols., México, INAH, 1995.

Garibay K., Ángel M., *Historia de la literatura náhuatl,* México, Porrúa, 1953-1954.

Gendrop, Paul, *Arte prehispánico en Mesoamérica,* México, Trillas, 1982.

González Jácome, Alba (ed.), *Orígenes del hombre americano,* México, Secretaría de Educación Pública, 1987.

González Lauck, Rebeca, "La zona del Golfo en el Preclásico: La etapa olmeca", en *Historia antigua de México,* 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 1, pp. 279-321.

———, *The 1984 Archaeological Investigations at La Venta, Tabasco, Mexico,* tesis doctoral inédita, Berkeley, Univesity of California, 1990.

González Licón, Ernesto, y Lourdes Márquez Morfín, "La zona oaxaqueña en el Posclásico", en *Historia antigua de México,* 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 3, pp. 55-86.

González Torres, Yólotl, *Diccionario de mitología y religión de Mesoamérica,* con la colaboración de Juan Carlos Ruiz Guadalajara, México, Larousse, 1991.

———, *El culto a los astros entre los mexicas,* México, SEP, 1975.

———, *El sacrificio humano entre los mexicas,* México, INAH y FCE, 1985.

Gorenstein, Shirley, y Helen Perlstein Pollard, *The Tarascan Civilization: A Late Prehispanic Cultural System,* Nashville, Vanderbilt University, 1983.

Graulich, Michel, "Dualities in Cacaxtla", en *Mesoamerican Dualism / Dualismo mesoamericano,* Rudolf van Zantwijk, Rob de Ridder y Edwin Braakhuis (eds.), Utrech, R.U.U.-I.S.O.R., 1990, pp. 94-118.

———, *Mitos y rituales del México antiguo,* Madrid, Istmo, 1990.

———, *Montezuma,* París, Fayard, 1994.

Grove, David C., *Chalcatzingo: Excavations on the Olmec Frontier,* Londres, Thames and Hudson, 1984.

Guevara Sánchez, Arturo, "Oasisamérica en el Posclásico: La zona de Chihuahua", en *Historia antigua de México,* 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 3, pp. 329-351.

Hammond, Norman, *Ancient Maya Civilization,* New Jersey, Rutgers University Press, 1982.

Hassig, Ross, *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control,* Norman y Londres, University of Oklahoma Press, 1988.

———, *Comercio, tributo y transportes. La economía política del Valle de México en el siglo XVI,* México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.

Haury, Emil W., "The Greater American Southwest", en *Courses toward Urban Life,* Robert J. Braidwood y Gordon R. Willey (eds.), Chicago, Aldine, 1962, pp. 106-131.

———, "The Problem of Contacts between the Southwestern United States and Mexico", *Southwestern Journal of Anthropology,* vol. 1, núm. 1, 1945, pp. 55-74.

Healan, Dan M. (ed.), *Tula of the Toltecs. Excavations and Survey,* Iowa City, University of Iowa Press, 1989.

Hers, Marie-Areti, "La zona noroccidental en el Clásico", en *Historia antigua de México,* Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), 3 vols., México, INAH, UNAM, Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 2, pp. 227-259.

———, *Los toltecas en tierras chichimecas,* México, UNAM, 1989.

Hirth, Kenneth G., y Ann Cyphers Guillén, *Tiempo y asentamiento en Xochicalco,* México, UNAM, 1988.

Hosler, Dorothy, "Ancient West Mexican Metallurgy: A Technological Chronology", *Journal of Field Archaeology,* vol. 15, núm. 2, 1988, pp. 191-217.

———, "Ancient West Mexico Metallurgy: South and Central America Origins and West Mexican Transformation", *American Anthropologist,* vol. 90, núm. 4, 1988, pp. 832-855.

———, *The Sounds and Colors of Power. The Sacred Metallurgical Technology of Ancient West Mexico,* Cambridge, The MIT Press, 1994.

Iglesias Ponce de León, María Josefa, y Andrés Ciudad Ruiz, "Las tierras altas de la zona maya en el Posclásico", en *Historia antigua de México,* 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 3, pp. 87-120.

Jennings, Jesse D., "Prehistory: Introduction", en *Handbook of North American Indians,* William C. Sturtevant (ed.), vol. 11, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1986, pp. 113-119.

———, *Prehistory of North America,* Nueva York, McGraw-Hill, 1968.

Jiménez Moreno, Wigberto, "Mesoamérica", en *Enciclopedia de México,* Rogelio Álvarez (dir.), México, 1977.

———, *Notas sobre la historia antigua de México,* México, Ediciones de la Sociedad de Alumnos de la ENAH, 1956.

———, "Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica", en *Esplendor del México antiguo,* Carmen Cook de Leonard (ed.), México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1959, vol. 1, pp. 1019-1108.

Jiménez Moreno, Wigberto, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. 5, núms. 2-3, pp. 79-84.

Jones, Lindsay, *Twin City Tales. A Hermeneutical Reassessment of Tula and Chichén Itzá,* Niwot, University of Colorado Press, 1995.

Katz, Friedrich, *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI,* México, UNAM, 1966.

Kelley, J. Charles, "Archaeology of the Northern Frontier: Zacatecas and Durango", en *Handbook of Middle American Indians,* Roberto Wauchope (ed.), Austin, University of Texas Press, 1971, pp. 768-801.

———, "The Chronology of the Chalchihuites Culture", en *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica,* Michael S. Foster y Phil C. Weigand (eds.), Boulder y Londres, Westview Press, 1985, pp. 269-287.

Kelly, Isabel, *Ceramic Sequence in Colima: Capacha, an Early Phase,* Tucson, University of Arizona Press, 1980.

———, *The Archaeology of the Autlan-Tuxcacuesco Area of Jalisco,* 2 vols., Berkeley, University of California, 1945-1949.

Kirchhoff, Paul, "El Imperio tolteca y su caída", en *Mesoamérica y el Centro de México,* Jesús Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila y Emma Pérez-Rocha (recops.), México, INAH, 1985, pp. 249-272.

———, "Los recolectores-cazadores del norte de México", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos,* México, SMA, 1943, pp. 133-144.

———, "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", *Acta Americana,* vol. 1, núm. 1, 1943, pp. 92-107.

———, "Relaciones entre los recolectores-cazadores del norte de México y las áreas circunvecinas", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos,* México, SMA, 1943, pp. 255-258.

Knorosov, Yuri V., "New Data on the Maya Written Language", *Journal de la Société des Américanistes,* vol. 45, 1956, pp. 210-216.

Krickeberg, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

Kubler, George, "Chichén Itzá y Tula", *Estudios de Cultura Maya,* vol. 1, 1961, pp. 47-79.

———, *The Art and Architecture of Ancient America,* Nueva York, Penguin Books, 1975.

Lameiras, José, *Los déspotas armados. Un espectro de la guerra prehispánica,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1985.

Landa, fray Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán,* México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

Lee, Thomas A., y Carlos Navarrete (eds.), *Mesoamerican Communication Routes and Cultural Contacts,* Provo, Brigham Young University, 1978.

Lekson, Stephen H., *et al.,* "The Chaco Canyon Community", *Scientific American,* vol. 259, núm. 1, 1988, pp. 100-109.

León-Portilla, Miguel, "El proceso de aculturación de los chichimecas de Xólotl", *Estudios de Cultura Náhuatl,* vol. 7, 1967, pp. 59-86.

———, (ed.), *Historia de México,* 11 vols., México, Salvat Editores de México, 1974, vols. 1-3.

———, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes,* 2ª ed., México, UNAM, 1959.

———, *Tiempo y realidad en el pensamiento maya,* México, UNAM, 1968.

Litvak King, Jaime, "En torno al problema de la definición de Mesoamérica", *Anales de Antropología,* vol. 12, 1975, pp. 171-195.

———, "Xochicalco en la caída del Clásico: Una hipótesis", *Anales de Antropología,* vol. 7, 1970, pp. 131-144.

Lombardo de Ruiz, Sonia, "La pintura", en *Cacaxtla. El lugar donde muere la lluvia en la tierra,* México, INAH, Gobierno del Estado de Tlaxcala e Instituto Tlaxcalteca de Cultura, 1986, pp. 209-499.

López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas,* 2 vols., México, UNAM, 1980.

———, *Hombre-dios. Religión y política en el mundo náhuatl,* México, UNAM, 1973.

———, *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana,* México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.

———, "Organización política en el Altiplano Central de México durante el Posclásico", en *Mesoamérica y el Centro de México,* Jesús

Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila y Emma Pérez-Rocha (comps.), México, INAH, 1985, pp. 197-234.

López Austin, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan,* México, FCE, 1994.

López de Molina, Diana, y Daniel Molina Feal, "Arqueología", en *Cacaxtla. El lugar donde muere la lluvia en la tierra,* México, INAH, Gobierno del Estado de Tlaxcala e Instituto Tlaxcalteca de Cultura, 1986, pp. 11-208.

———, "Los murales de Cacaxtla", *Boletín del INAH,* 2ª época, núm. 16, 1976, pp. 3-8.

López de Molina, Diana, "Arqueología de superficie y estudios urbanos. El caso de Cantona", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* t. 32, 1986, pp. 177-185.

López Luján, Leonardo, *La recuperación mexica del pasado teotihuacano,* México, INAH y GVEditores, 1989.

———, *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan,* México, INAH, 1993.

———, *Nómadas y sedentarios. El pasado prehispánico de Zacatecas,* México, INAH, 1989.

López Luján, Leonardo, Robert H. Cobean y Alba Guadalupe Mastache F., *Xochicalco y Tula,* México, Jaca Books y CNCA, 1995.

López Mestas C., Lorenza, y Jorge Ramos de la Vega, "Tumba de tiro en Huitzilapa, Jalisco", *Arqueología Mexicana,* núm. 7, abril-mayo de 1994, pp. 59-61.

Lorenzo, José Luis, *La etapa lítica en México,* México, INAH, 1967.

———, "Los orígenes mexicanos", en *Historia general de México,* 4 vols., México, El Colegio de México, 1976, vol. 1, pp. 83-123.

———, "Los primeros pobladores", en *Del nomadismo a los centros ceremoniales,* México, INAH, 1975, pp. 15-60.

———, "Poblamiento del continente americano", en *Historia de México,* Miguel León-Portilla (ed.), México, Salvat, 1978, v. 1, pp. 27-54.

Lorenzo, José Luis, y Lorena Mirambell (coords.), *Tlapacoya: 35,000 años de historia del Lago de Chalco,* México, INAH, 1986.

Lowe, Gareth W., Thomas A. Lee y Eduardo Martínez, *Izapa: An Introduction to the Ruins and Monuments,* Provo, Brigham Young University Press, 1982.

MacNeish, Richard S., *El origen de la civilización mesoamericana vista desde Tehuacán,* México, INAH, 1964.

———, *Preliminary Investigations in the Sierra de Tamaulipas, Mexico,* Washington, D. C., American Philosophical Society, 1958.

MacNeish, Richard S., "The Food-gathering and Incipient Agriculture Stage of Prehistoric Middle America", en *Handbook of Middle American Indians,* Robert Wauchope (ed.), Austin, University of Texas Press, 1964, vol. 1, pp. 413-426.

———, *The Prehistory of Tehuacan Valley,* 5 vols., Austin, University of Texas Press, 1970.

Mangelsdorf, Paul C., "The Origin of Corn", *Scientific American,* vol. 22, núm. 2, 1986, pp. 72-79.

Manrique Castañeda, Leonardo (coord.), *Lingüística,* en *Atlas Cultural de México,* México, SEP, INAH y Editorial Planeta, 1988.

Manzanilla, Linda (coord.), *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyohualco,* 2 vols., México, UNAM, 1993.

———, "La zona del Altiplano Central en el Clásico", en *Historia antigua de México,* Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), 3 vols., México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 2, pp. 139-173.

Manzanilla, Linda, y Leonardo López Luján (coords.), *Atlas histórico de Mesoamérica,* México, Ediciones Larousse, 1989.

———, (coords.), *Historia antigua de México,* 3 vols., México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995.

Marcus, Joyce, "Lowland Maya Archaeology at the Crossroads", *American Antiquity,* vol. 48, núm. 5, 1983, pp. 454-488.

———, *Mesoamerican Writing Systems. Propaganda, Myth, and History in Four Ancient Civilizations,* Princeton, Princeton University Press, 1992.

———, "Where is Lowland Maya Archaeology Headed?", *Journal of Archaeological Research,* vol. 3, núm. 1, 1995, pp. 3-53.

Marcus, Joyce, y Kent V. Flannery, *Zapotec Civilization. How Urban Society Envolved in Mexico's Oaxaca Valley,* Londres, Thames and Hudson, 1996.

Marquina, Ignacio, *Arquitectura prehispánica,* 2ª ed., México, INAH, 1990.

——— (coord.), *Proyecto Cholula,* México, INAH, 1970.

Martínez Marín, Carlos, "La cultura de los mexicas durante la migración. Nuevas ideas", *Cuadernos Americanos,* México, julio-agosto de 1963, núm. 4, pp. 175-183.

Mastache F., Alba Guadalupe, y Robert H. Cobean, "Tula", en *Mesoamérica y el Centro de México,* Jesús Monjarás-Ruiz, Rosa Brambila y Emma Pérez-Rocha (recops.), México, INAH, 1985, pp. 273-307.

Mastache, Alba Guadalupe, Jeffrey R. Parsons, Robert S. Santley y Mari Carmen Serra Puche (coords.), *Arqueología mesoamericana. Homenaje a William T. Sanders,* México, INAH y Arqueología Mexicana, 1996.

Mathien, Frances Joan, y Randall H. McGuire (eds.), *Ripples in the Chichimec Sea. New Consideration of Southwestern-Mesoamerican Interactions,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986.

Matos Moctezuma, Eduardo, "El proceso de desarrollo en Mesoamérica", *Boletín de Antropología Americana,* México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, n. 5, 1982, pp. 117-131.

———, *Muerte a filo de obsidiana,* México, SEP, 1975.

——— (ed.), *Proyecto Tula,* México, INAH, 1976.

———, *The Great Temple of the Aztecs. Treasures of Tenochtitlan,* Londres, Thames and Hudson, 1988.

McClung de Tapia, Emily, y Judith Zurita, "Las primeras sociedades sedentarias", en *Historia antigua de México,* Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), 3 vols., México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 1, pp. 209-246.

McGregor, John C., *Southwestern Archaeology,* Chicago, University of Illinois Press, 1977.

McGuire, Randall, y William Rathje, *Prehistoric Southwest. Hohokam and Patayan Archaeology,* Nueva York, Academic Press, 1982.

Medina, Andrés, Alfredo López Austin y Mari Carmen Serra (eds.), *Origen y formación del Estado en Mesoamérica,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Mendizábal, Miguel Othón de, "De la prehistoria a la Conquista", en *Obras completas,* México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946, vol. III, pp. 119-141.

Michelet, Dominique (coord.), *El Proyecto Michoacán 1983-1987,* México, CEMCA, 1992.

———, "La zona nororiental en el Clásico", en *Historia antigua de México,* 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 2, pp. 205-221.

———, *Río Verde, San Luis Potosí (Mexique),* México, CEMCA, 1984.

Miller, Arthur G. (ed.), *Highland-Lowland Interaction in Mesoamerica: Interdisciplinary Approaches,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1983.

Miller, Mary Ellen, *The Art of Mesoamerica. From Olmec to Aztec,* Londres, Thames and Hudson, 1986.

Miller, Mary Ellen, y Karl Taube, *The Gods and Symbols of Ancient Mexico and the Maya. An Illustrated Dictionary of Mesoamerican Religion,* Londres, Thames and Hudson, 1993.

Millon, Rene, "Teotihuacan: City, State, and Civilization", en *Supplement to the Handbook of Middle American Indians,* Victoria Reifler Bricker (ed.), vol. 1, Austin, University of Texas Press, 1981, pp. 198-243.

———, *Urbanization at Teotihuacan,* Austin, University of Texas Press, 1973.

Monjarás-Ruiz, Jesús, *et al.* (comps.), *Mesoamérica y el Centro de México,* México, INAH, 1985.

Morley, Sylvanus G., *La civilización maya,* México, FCE, 1972.

Morley, Silvanus G., George W. Brainerd y Robert J. Sharer, *The Ancient Maya,* Stanford, Stanford University Press, 1983.

Mountjoy, Joseph B., y Donald L. Brockington (eds.), *El auge y la caída del Clásico en el México Central,* México, UNAM, 1987.

Müller, Florencia, *La alfarería de Cholula,* México, INAH, 1978.

Nalda, Enrique, "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", en *México: Un pueblo en la historia,* Enrique Semo (coord.), México, Universidad Autónoma de Puebla y Editorial Nueva Imagen, 1981, vol. 1, pp. 45-165.

———, "¿Qué es lo que define Mesoamérica?", en *La validez teórica del concepto de Mesoamérica,* México, INAH y SMA, 1990, pp. 11-20.

Nárez, Jesús, "Aridamérica y Oasisamérica", en *Historia antigua de México,* 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 1, pp. 75-111.

———, *Balcón de Montezuma,* México, INAH, 1992.

Navarrete, Carlos, "Algunas influencias mexicanas en el área maya meridional durante el Clásico Tardío", *Estudios de Cultura Náhuatl,* vol. 12, 1976, pp. 345-382.

Nicholson, Henry B., "Religion in Pre-Hispanic Central Mexico", en *Handbook of Middle American Indians,* Robert Wauchope (ed.), vol. 10, Austin, University of Texas Press, 1971, pp. 395-446.

———, *Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan. A Problem in Mesoamerican Ethnohistory,* tesis doctoral inédita, Harvard University, Cambridge, 1957.

———, "West Mesoamerica, A. D. 900-1520", en *Cronologies in New World Archaeology,* R. E. Taylor y W. Meighan (eds.), Nueva York, Academic Press, 1978, pp. 285-329.

Niederberger, Christine, "Early Sedentary Economy in the Basin of Mexico", *Science,* vol. 203, 1979, pp. 131-142.

Niederberger, Christine, *Paléopaysages et archéologie preurbaine du Bassin de Mexico,* México, CEMCA, 1987.

———, *Zohapilco. Cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México,* México, INAH, 1976.

Noguera, Eduardo, *La cerámica arqueológica de Mesoamérica,* México, UNAM, 1965.

Noguez, Xavier, "La zona del Altiplano Central en el Posclásico: La etapa tolteca", en *Historia antigua de México,* 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 3, pp. 189-224.

Ochoa, Lorenzo (comp.), *Comercio, comerciantes y rutas de intercambio en el México antiguo,* México, SECOFI, 1989.

———, *Historia prehispánica de la Huaxteca,* México, UNAM, 1979.

——— (ed.), *Huaxtecos y totonacos. Una antología histórico-cultural,* México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989.

———, "La zona del Golfo en el Posclásico", en *Historia antigua de México,* 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 3, pp. 11-53.

Olivé Negrete, Julio César, *Estructura y dinámica de Mesoamérica,* México, SAENAH, 1958.

Oliveros, Arturo, *Excavaciones de dos tumbas de tiro en El Opeño, Michoacán,* tesis de maestría inédita, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1973.

Oppelt, Norman, *Guide to Prehistoric Ruins of the Southwest,* Boulder, Pruett, 1989.

Ortiz, Alfonso (ed.), *Southwest,* vol. 9, en *Handbook of North American Indians,* Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1979.

Ortiz de Montellano, Bernardo, *Medicina, salud y nutrición aztecas,* México, Siglo XXI, 1993.

Paddock, John (ed.), *Ancient Oaxaca,* Stanford, Stanford University Press, 1966.

———, *Un milenario oaxaqueño,* Oaxaca, Casa de la Cultura Oaxaqueña, 1990.

Palerm, Ángel, *Agricultura y sociedad en Mesoamérica,* México, SEP, 1972.

———, *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México,* México, CISINAH, 1973.

Palerm, Ángel, y Eric Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica,* México, SEP, 1972.

Parsons, Lee A., *The Origins of Maya Art. Monumental Stone Sculpture of Kaminaljuyu, Guatemala and the Southern Pacific Coast,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1986.

Pastor, Rodolfo, *Campesinos y reformas. La Mixteca, 1700-1856,* México, El Colegio de México, 1987.

Pasztory, Esther, *Aztec Art,* Nueva York, Harry N. Abrams, 1983.

——— (ed.), *Middle Classic Mesoamerica: A. D. 400-700,* Nueva York, Columbia University Press, 1978.

Piña Chan, Román, *Chichén Itzá. La ciudad de los brujos del agua,* México, FCE, 1980.

———, *Historia, arqueología y arte prehispánico,* México, FCE, 1972.

——— (dir.), *Teotenango: El antiguo lugar de la muralla. Memoria de las excavaciones arqueológicas,* 2 vols., México, Gobierno del Estado de México, 1975.

———, *Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino,* México, INAH, 1976.

———, *Una visión del México prehispánico,* México, UNAM, 1967.

Pollard, Helen Perlstein, "Central Places and Cities: A Consideration of the Protohistoric Tarascan State", *American Antiquity,* vol. 45, núm. 4, 1980, pp. 677-696.

Pomar, Juan Bautista, *Relación de Tetzcoco,* en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España,* México, Editorial Chávez Hayhoe, 1941, pp. 1-64.

Powell, Philip, *La guerra chichimeca (1550-1600),* México, FCE, 1977.

Proskouriakoff, Tatiana, *A Study of Classic Maya Sculpture,* Washington, Carnegie Institution of Washington, 1950.

———, "Historical Data in the Inscriptions of Yaxchilan (part II)", *Estudios de Cultura Maya,* vol. 4, 1964, pp. 177-202.

———, "Historical Implications of a Pattern of Dates at Piedras Negras, Guatemala", *American Antiquity,* vol. 25, núm. 4, 1960, pp. 454-475.

Rattray, Evelyn Childs, "Nuevas interpretaciones en torno al Barrio de los Comerciantes", *Anales de Antropología,* vol. 25, 1988, pp. 165-182.

Reilly, F. Kent III, "Olmec Iconographic Influences on the Symbols of the Maya Rulership: An Examination of Possible Sources", en *The Sixth Palenque Round Table, 1986,* Virginia M. Fields (ed.), Norman, University of Oklahoma Press, 1991, pp. 151-166.

Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la Provincia de Michoacán (1541), México, Balsal Editores, 1977.

Reyes García, Luis, y Lina Odena Güemes, "La zona del Altiplano Central en el Posclásico: La etapa chichimeca", en *Historia antigua de*

México, 3 vols., Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), México, INAH, UNAM y Miguel Ángel Porrúa, 1994-1995, vol. 3, pp. 225-264.

Rivera Dorado, Miguel, *La religión maya,* Madrid, Alianza Editorial, 1986.

———, *Los mayas de la antigüedad,* Madrid, Editorial Alhambra, 1985, pp. 5-63.

Rojas, José Luis de, *México Tenochtitlan. Economía y sociedad en el siglo XVI,* México, El Colegio de Michoacán y FCE, 1986.

Rojas Rabiela, Teresa (coord.), *La agricultura en tierras mexicanas desde sus orígenes hasta nuestros días,* México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Grijalbo, 1991, pp. 15-138.

Rojas Rabiela, Teresa, y William T. Sanders (eds.), *Historia de la agricultura: Época prehispánica-siglo XVI,* México, INAH, 1985.

Ruz Lhuillier, Alberto, *Costumbres funerarias de los antiguos mayas,* México, UNAM, 1968.

———, *El pueblo maya,* México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1982.

Sabloff, Jeremy A., *The New Archaeology and the Ancient Maya,* Nueva York, Scientific American Library, 1990.

Sabloff, Jeremy A., y E. Wyllys Andrews V (eds.), *Late Lowland Maya Civilization: Classic to Postclassic,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986.

Sabloff, Jeremy A., y Gordon R. Willey, "The Collapse of Maya Civilization in the Southern Lowlands: A Consideration of History and Process", *Southwestern Journal of Anthropology,* vol. 23, núm. 4, 1967, pp. 311-336.

Sabloff, Jeremy A., y John S. Henderson (eds.), *Lowland Maya Civilization in the Eighth Century A. D.,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1993.

Sahagún, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España,* 2 vols., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Alianza Editorial Mexicana, 1989.

Sanders, William T., y Barbara J. Price, *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization,* Nueva York, Random House, 1968.

Sanders, William T., y Deborah L. Nichols, "Ecological Theory and Cultural Evolution in the Valley of Oaxaca", *Current Anthropology,* vol. 29, núm. 1, 1988, pp. 33-52 y 69-80.

Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley, *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization,* Nueva York, Academic Press, 1979.

Sanders, William T., y J. W. Michels, *The Pennsylvania State University Kaminaljuyú Project 1968 Season,* Parte I: *The Excavations,* Filadelfia, Pennsylvania State University, 1969.

Santley, Robert S., "Obsidian Exchange, Economic Stratification, and the Evolution of Complex Society in the Basin of Mexico", en *Trade and Exchange in Early Mesoamerica,* Kenneth Hirth (ed.), Albuquerque, University of New Mexico Press, 1984, pp. 43-86.

Scarborough, Vernon L., y David R. Wilcox (eds.), *The Mesoamerican Ballgame,* Tucson, University of Arizona Press, 1991.

Schele, Linda, y David Freidel, *A Forest of Kings. The Untold Story of the Ancient Maya,* Nueva York, William Morrow, 1990.

Schele, Linda, y Mary Ellen Miller, *The Blood of Kings. Dinasty and Ritual in Maya Art,* Fort Worth, Kimbell Art Museum, 1986.

Schöndube Baumbach, Otto, "El Horizonte Clásico", en *Culturas de Occidente,* México, *Artes de México,* núm. 119, 1969, pp. 23-46.

———, "La evolución cultural en el Occidente de México: Jalisco, Colima y Nayarit", *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas,* México, 1975, vol. 1, pp. 332-337.

———, "La nueva tradición", en *Historia de Jalisco,* José María Muriá (ed.), vol. 1, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco e INAH, 1980, pp. 213-258.

Seler, Eduard, *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach und Altertumskunde,* Graz, Akademische Druck-u Verlagsanstalt, 1961.

Serra Puche, Mari Carmen, *Los recursos lacustres de la Cuenca de México durante el Formativo,* México, UNAM, 1988.

Sharer, Robert J., y David Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

Sociedad Mexicana de Antropología, *El norte de México y el sur de los Estados Unidos,* México, SMA, 1944.

———, *El Occidente de México,* México, SMA, 1948.

———, *La validez teórica del concepto Mesoamérica,* México, INAH, 1990.

———, *Las fronteras de Mesoamérica,* 2 vols., México, SMA, 1976.

———, *Religión en Mesoamérica,* México, SMA, 1972.

———, *Teotihuacan,* México, SMA, 1972.

Sodi Miranda, Federica (coord.), *Mesoamérica y el norte de México, siglos IX-XII,* 2 vols., México, INAH, 1990.

Solís, Felipe, *Gloria y fama mexica,* México, Smurfit Cartón y Papel de México, 1991.

Soustelle, Jacques, *La familia otomí-pame del Centro de México,* Toluca, Gobierno del Estado de México, Universidad Autónoma del Valle de México, Ateneo del Estado de México e Instituto Mexiquense de Cultura, 1993.

———, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la Conquista,* México, FCE, 1956.

———, *Los olmecas,* México, FCE, 1984.

Spinden, Herbert J., *A Study of Maya Art. Its Subject Matter and Historical Development,* Nueva York, Dover, 1975.

———, "Origin of Civilization in Central America and Mexico", *The American Aborigines. Their Origin and Antiquity,* Toronto, Diamond Jenness, Fifth Pacific Science Congress, 1933, pp. 217-246.

Spores, Ronald, *The Mixtecs in Ancient and Colonial Times,* Norman, University of Oklahoma Press, 1984.

Stone, Doris, "The Basic Cultures of Central America", en *Handbook of South American Indians,* Julian H. Steward (ed.), vol. 4, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1948, pp. 169-193.

Stresser-Péan, Guy, *San Antonio Nogalar,* México, CEMCA, 1977.

Sturtevant, William G. (ed.), *Handbook of North American Indians,* Washington, D. C., Smithsonian Institution, vols. 8-11, 1978-1986.

Taladoire, Eric, *Les terrains de jeu de balle. Mésoamérique et Sud-Ouest des États-Unis,* México, MAEFM, 1981.

Taladoire, Eric, y Brigitte Faugëre-Kalfon, *Archéologie et art précolombiens: La Mesoamérique,* París, École du Louvre, Réunion des musées nationaux y La Documentation française, 1995.

Thompson, J. Eric S., *Grandeza y decadencia de los mayas,* México, FCE, 1964.

———, *Historia y religión de los mayas,* México, Siglo XXI, 1984.

———, *Maya Hieroglyphic Writing,* Norman, University of Oklahoma Press, 1960.

Tolstoy, Paul, "Settlement and Population Trends in the Basin of Mexico: Ixtapaluca and Zacatenco Phases", *Journal of Field Archaeology,* vol. 2, 1975, pp. 331-349.

Tolstoy, Paul, y Louise I. Paradis, "Early and Middle Preclassic Culture in the Basin of Mexico", en *Observations of the Emergence of Civilization in Mesoamerica,* Robert F. Heizer y John A. Graham (eds.), University of California, 1971, pp. 2-28.

Torquemada, fray Juan de, *Monarquía indiana,* 3 vols., México, Porrúa, 1969.

Townsend, Richard Fraser, *State and Cosmos in the Art of Tenochtitlan,* Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1979.

Tozzer, Alfred M., *Chichen Itza and its Cenote of Sacrifice. A Comparative Study of Contemporaneus Maya and Toltec,* 2 vols., Cambridge, Peabody Museum, 1957.

Trombold, Charles D., "A Reconsideration of Chronology for the Quemada Portion of the Northern Mesoamerican Frontier", *American Antiquity,* 1990, vol. 55, núm. 2, pp. 308-324.

Urcid Serrano, Javier, *Zapotec Writing Systems,* tesis doctoral inédita, Yale University, 1992.

Wauchope, Robert (ed.), *Handbook of Middle American Indians,* 16 vols., Austin, University of Texas Press, 1964-1971.

Weaver, Muriel Porter, *The Aztecs, Maya, and their Predecessors. Archaeology of Mesoamerica,* 3ª ed., Nueva York, Academic Press, 1993.

Webb, Malcolm C., "The Significance of the 'Epiclassic' Period in Mesoamerican Prehistory", en *Cultural Continuity in Mesoamerica,* David L. Browman (ed.), La Haya, Mouton Publishers, 1978, pp. 155-178.

Weigand, Phil C., *Evolución de una civilización prehispánica,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993.

Weigand, Phil, *et al.,* "Turquoise Sources and Source Analysis: Mesoamerica and the Southwestern USA", en *Exchange Systems in Prehistory,* J. E. Ericson y T. K. Earle (eds.), Nueva York, Academic Press, 1977, pp. 15-34.

Whitecotton, Joseph W., *Los zapotecos. Príncipes, sacerdotes y campesinos,* México, FCE, 1985.

Wilkerson, Jeffrey K., *El Tajín. Una guía para visitantes,* México, Universidad Veracruzana, 1987.

———, "Presencia huasteca y cronología cultural en el norte de Veracruz Central, México", en *Huaxtecos y totonacos. Una antología histórico-cultural,* Lorenzo Ochoa (ed.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, pp. 257-279.

Willey, Gordon R., Gordon F. Ekholm y Rene Millon, "The Patterns of Farming Life and Ancient Civilization", en *Handbook of Middle American Indians,* Robert Wauchope (ed.), Austin, University of Texas Press, 1964, vol. 1, pp. 446-498.

Willey, Gordon R., y Demitri B. Shimkin, "The Maya Collapse: A Summary View", en *Essays in Maya Archaeology,* Gordon R. Willey (ed.) Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987, pp. 19-58.

Willey, Gordon R., y Phillip Phillips, "Method and Theory in American Archaeology", *American Anthropologist,* vol. 57, núm. 4, 1955, pp. 723-819.

Williams, Eduardo, y Robert Novella (coords.), *Arqueología del Occidente de México,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994.

Winfield Capitaine, Fernando, "La Estela 1 de La Mojarra, Veracruz, México", *Research Reports on Ancient Maya Writing,* vol. 16, Washington, D. C., Center for Maya Research, 1988.

Winter, Marcus C., "Oaxaca prehispánica: Una introducción", en *Lecturas históricas del Estado de Oaxaca,* vol. 1, Marcus C. Winter (comp.), México, INAH y Gobierno del Estado de Oaxaca, 1990, pp. 31-219.

———, *Oaxaca. The Archaeological Record,* México, Editorial Minutiae Mexicana, 1989.

Wolf, Eric R. (ed.), *The Valley of Mexico. Studies in Prehispanic Ecology and Society,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1976.

———, *Pueblos y culturas de Mesoamérica,* México, Era, 1959.

Zantwijk, Rudolph van, *The Aztec Arrangement. The Social History of Pre-Spanish Mexico,* Norman, University of Oklahoma Press, 1985.

Zurita, Alonso de, *Breve y sumaria relación de los señores y maneras y diferencias que había de ellos en la Nueva España...,* en Juan Bautista Pomar *et al., Relaciones de Texcoco y de la Nueva España,* México, Editorial Chávez Hayhoe, 1941.

ÍNDICE

Presentación 7
A manera de introducción 11
Lineamientos generales 11

El México antiguo 15

I. *Las grandes divisiones* 19
La etapa Lítica 19
Las primeras sociedades recolectoras-cazadoras, 19; La transición al sedentarismo agrícola, 24

Aridamérica 27
Las áreas del Centro y del Sur de California, 34; El área de la Gran Cuenca, 35; El área del Noroeste de Arizona, 36; La Apachería, 36; El área de la Baja California, 38; El área de la Costa de Sonora, 39; El área del Norte de México, 39; El área del Sur de Texas, 41

Oasisamérica 14
El área Anasazi, 46; El área Hohokam, 50; El área Mogollón, 52; El área Fremont, 57; El área Pataya, 57

Mesoamérica 58
Hombres, tiempos y espacios, 63

II. *El Preclásico mesoamericano* 80
Una visión general del Preclásico 80
El Centro en el Preclásico 84
Oaxaca en el Preclásico 89
El Occidente en el Preclásico 93
El Sureste en el Preclásico 95
El Golfo en el Preclásico 98
El Preclásico y lo olmeca 105

III. *El Clásico mesoamericano* 109
Una visión general del Clásico 109
El Centro en el Clásico 116

Oaxaca en el Clásico 126
El Occidente en el Clásico 133
El Norte en el Clásico 137
El Golfo en el Clásico 144
El Sureste en el Clásico 148
El Clásico y lo teotihuacano 165

IV. *El Epiclásico mesoamericano* 173
La caída del Clásico 173
Una visión general del Epiclásico 178
El Centro en el Epiclásico 181
El Golfo en el Epiclásico 189

V. *El Posclásico mesoamericano* 194
Una visión general del Posclásico 194
El Centro en el Posclásico. Los toltecas 200
El Centro en el Posclásico. Los chichimecas 206
El Centro en el Posclásico. Los mexicas 209
La división social, 218; La tenencia de la tierra, 222; La organización política interna, 225; La educación escolar, 228; Las relaciones entre los pueblos, 231; Las bases del conocimiento, 239; El mito, la religión, la magia y la adivinación, 245
Oaxaca en el Posclásico 252
El Occidente en el Posclásico 260
El Golfo en el Posclásico 267
El Sureste en el Posclásico 273
El Posclásico, lo tolteca y lo mexica 288

Conclusiones 299
Las tres historias 299

Bibliografía 307

El pasado indígena se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de noviembre de 2001 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su tipografía, parada en el Taller de Composición del FCE, se utilizaron tipos Garamond de 8:9, 10:12, 11:13 y 12 puntos. La edición, que estuvo al cuidado de Alejandra García, consta de 2 000 ejemplares.

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES

(viene de la primera solapa)

Mesoamérica desarrolla la tradición de los cultivadores de tierras fértiles, recorriendo el milenario camino que va de los primeros asentamientos agrícolas a la formación de los estados hegemónicos; cómo en Aridamérica se mantuvieron las formas de vida nómada debido a la adversidad del medio, y cómo Oasisamérica surgió cuando pudo implantarse el sedentarismo en reducidas regiones desérticas gracias a técnicas agrícolas avanzadas.

La visión global de las tres superáreas hace que se trasciendan las actuales fronteras de México. En efecto, mientras Mesoamérica prolongó su territorio a la mitad occidental de América Central, Aridamérica llegó por el norte hasta la región norteamericana de la Gran Cuenca, y Oasisamérica tuvo uno de sus centros de mayor importancia en la región en que se unen Utah, Colorado, Arizona y Nuevo México. El criterio de los autores ha sido respetar la unidad de cada una de las tres superáreas, en beneficio de una mejor comprensión histórica.

El propósito de este libro ha sido doble: por una parte, dar a conocer al lector el estado actual del conocimiento sobre las tres superáreas culturales que integran el pasado indígena de México; por otra, llegar a una interpretación integral de un proceso histórico. Los autores de El pasado indígena, *historiador uno, arqueólogo el otro, pertenecientes a dos generaciones distintas, han hecho de cada página del texto el fruto de un debate profesional.*

En la portada: Máscara olmeca procedente de Arroyo Pesquero, Las Choapas, Veracruz. Fotografía de Michel Zabé.

El Colegio de México
Fideicomiso Historia de las Américas
Fondo de Cultura Económica

creative commons

www.fce.com.mx
9 789681 664343